

**BATTLETECH**

**LOBOS EN  
LA FRONTERA**

**Robert Charrette**



Lectulandia

Esta novela narra las aventuras de Minobu Tetsuhara, un MechWarrior del Condominio Draconis que ha adoptado las normas de vida de los samuráis, trasplantadas al siglo xxxi, y rige su conducta por el bushido. Este es un código que engloba los conceptos de vida, muerte, honor y lealtad. En un nefasto momento de su carrera, Minobu cae en desgracia ante sus superiores, quienes lo destinan a una unidad mercenaria. Allí descubre que entre los soldados a sueldo puede existir más honor y solidaridad que entre los supuestamente virtuosos guerreros del reino, y, cuando sus superiores le exigen que traicione a los mercenarios, su espíritu se sentirá dividido entre sus dos lealtades: los Dragones de Wolf y el Condominio. Lobos en la frontera es otro sugestivo título de la serie BattleTech que nos transporta al belicoso y despiadado universo de los grandes robots guerreros.

Lectulandia

Robert N. Charrette

# Lobos en la frontera

**BattleTech**

ePUB r1.0

epublector 04.11.13

# BATTLETECH



Título original: *Wolves on the Border*  
Robert N. Charrette, 1988  
Traducción: Jaime de Marcos Andreu, 1991

Editor digital: epublector  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mis padres, sin quienes yo no sería quien soy, y a ERJ y R W, pues sin ellos este libro no habría visto la luz.

# PRÓLOGO

**Provincia de Franchelco, Dromini VI**

**Distrito Militar de Dieron. Condominio Draconis**

**14 de septiembre de 3021**

El fragor de la batalla había cesado junto con todas las comunicaciones existentes con la Compañía de Tercian. El *Tai-i* Minobu Tetsuhara aún podía ver la columna de humo que se alzaba al otro lado de la estribación. Aquella mancha grasienta implicaba vehículos quemados, y vehículos quemados significaban problemas para el contraataque de los Húsares Blindados Ducales de Dromini.

La Compañía de Reconocimiento de Tetsuhara había recibido órdenes de apoyar a la unidad de Tercian a consecuencia de unos informes que aseguraban que BattleMechs pertenecientes a los mercenarios invasores al servicio de Steiner se encontraban en aquella área. Si el enemigo estaba a punto de lanzar una gran ofensiva, las fuerzas del Condominio Draconis tendrían problemas. Se necesitaría algo más que los doce 'Mechs de Minobu para resistir un ataque realmente importante.

Como los riscos le obstruían los sensores tanto como la visión, la única posibilidad que tenía Minobu de averiguar lo que había ocurrido era ir a verlo. Ordenó a dos lanzas de 'Mechs que maniobrasen por los flancos y obstruyeran ambos extremos del valle, mientras él conducía a su Lanza de Mando en línea recta a través de la sierra.

Los tres *Panthers* PNT-9R de treinta y cinco toneladas se movían con una elegancia impropia de su tamaño. Desde la distancia, un observador casual podría confundir un 'Mech *Panther* con un hombre que corriera vestido con una armadura. Sin embargo, todo parecido con los humanos desaparecía en cuanto pasaba junto a un árbol o un edificio; como todos los 'Mechs, el *Panther* era tan alto como una casa de tres pisos.

La cuarta máquina de la lanza era un *Ostscout* OTT-7J. Aunque también

caminaba sobre dos patas, era improbable que nadie lo confundiera con un ser humano. Sus largas patas estaban unidas a un torso achaparrado en forma de huevo, con unas antenas gemelas que asomaban tras la pequeña cúpula de la carlinga. Los brazos eran una colección de sensores, receptáculos estrechos y cónicos que oscilaban y giraban en círculos al moverse el 'Mech y recogían datos que transmitían al ordenador de la máquina, especializado en la exploración del terreno.

Cuando el suelo comenzó a elevarse hacia los promontorios, se volvió tan abrupto que Minobu tuvo que aminorar la marcha. A pocos metros de la cumbre, se detuvo e indicó con señas a los demás integrantes de la lanza que lo imitaran. Se arrastró hacia la cima, procurando que no entrase rocalla en el cañón proyector de partículas del brazo derecho.

Lo que vio en el valle fue una masacre entre los escombros humeantes del aerodeslizador ligero de la Compañía de Tercian. Minobu contó nueve vehículos, todos los que sabía que utilizaba la compañía. A medio kilómetro del vehículo siniestrado más próximo se alzaba un único BattleMech enemigo.

Minobu lo identificó como un *Archer*, una máquina de setenta toneladas. La llamativa pintura azul y dorada que lucía estaba chamuscada en diversos lugares, mientras que otras zonas estaban tan ennegrecidas que era imposible descubrir un anagrama reconocible de unidad o de rango. El blindaje del *Archer* estaba deteriorado y perforado en diversas áreas y uno de sus brazos colgaba inerte, casi arrancado de los asideros montados bajo el enorme lanzamisiles que el 'Mech llevaba en el hombro. La gigantesca máquina, desde luego, había pagado cara su victoria.

La doctrina de la guerra táctica asignaba a los *Archers* el papel de vehículos pesados con fuego de apoyo, pero aquél parecía actuar solo. Minobu se preguntó si su piloto había estado buscando otros 'Mechs en pos de la gloria de un duelo.

Los Húsares habían atrapado al *Archer* en el campo abierto del valle, donde podían operar con todas las ventajas a su favor. No cabía duda de que esperaban una víctima fácil. El MechWarrior debió de sorprenderlos y resultó ser demasiado hábil para los tanques pese a estar en tanta desventaja numérica. Aquel guerrero debía de ser un adversario formidable.

—Cuña de escaramuza —ordenó Minobu.

Llegó a la cumbre con su *Panther* y descendió velozmente hacia el valle. Los hombres que pilotaban los demás *Panthers*, MechWarriors bien adiestrados, cerraron filas y lo siguieron. El *Ostscout*, pobremente armado y seguro en el interior de la cuña, iba detrás y vigilaba que no hubiera ningún peligro para sus compañeros: el 'Mech era demasiado valioso para arriesgarlo en un combate.

Minobu llevaba doscientos metros de delantera a sus compañeros de lanza cuando llegó al terreno más liso del valle. Aunque el blanco estaba dentro del alcance teórico de su CPP Lord's Light, también conocía las limitaciones del sistema de puntería. Era



una ironía del siglo xxxi que armas con un poder tan increíble hubieran de utilizarse a distancias que guerreros de un milenio atrás habrían considerado ridículamente cortas. El circuito de los sistemas de puntería era una de las tecnologías perdidas a lo largo de los casi trescientos años de guerra entre las cinco Grandes Casas de los Estados Sucesores.

Minobu vio que el *Archer* se movía. Comenzó a girar hacia él, pero se desplomó. Los 'Mechs del Condominio, que ya se hallaban dentro del radio necesario para apuntar con precisión, siguieron avanzando, pero el *Archer* no reaccionó.

—Gibbs, informe de rastreo —ordenó Minobu por el *taccomm*—. ¿Es un truco?

—No lo creo, *Tai-i* —contestó el piloto del *Ostscout*—. Me parece que acaba de apagar todos los sistemas.

Gibbs parecía sorprendido. Minobu lo estaba realmente. Realizó un rastreo de infrarrojos en su pantalla. El 'Mech enemigo brillaba por el calor que desprendía.

Minobu redujo la velocidad de su 'Mech y ordenó a la lanza que se detuviera.

—¡Que su jodido código se vaya a los infiernos budistas! —rugió la voz del MechWarrior Jerry Akuma a través de la frecuencia de comunicaciones—. ¡Es una presa fácil, *Tai-i*!

—Si se adelanta a mí o dispara, Akuma, será usted la presa —replicó Minobu. En ciego modo, esperaba aquella reacción violenta del segundo de su lanza, pero le decepcionó oírla.

Dentro de su carlinga, con el transmisor apagado, Akuma lanzó una maldición. La gélida calma de la voz de Minobu había convertido en plenamente verosímil la amenaza al MechWarrior. Aquella masa de metal retorcido y su piloto habían conmovido el sentido del honor del *Tai-i*. Akuma apartó el dedo del botón de disparo y detuvo el 'Mech.

—Es un *teki* y *Tai-i* —insistió—. Un enemigo por quien no debemos tener piedad. Es un BattleMech pesado que, gracias a su debilidad, podemos destruir sin perder nada a cambio.

—¿Sin perder nada? Usted deshonra a sus antepasados. Ese piloto es un guerrero, pero su 'Mech no responde a sus órdenes. El *bushido* exige que respetemos su debilidad para que pueda luchar y morir más adelante como un guerrero. Nos iremos del valle ahora.

—¿Irnos? —Akuma elevó el tono de voz—. Va a dar la espalda a un enemigo. Usted es...

—¿Está poniendo en tela de juicio mi mando, MechWarrior Akuma? —lo interrumpió Minobu.

Akuma sabía que los demás miembros de la lanza los escuchaban con atención a través del *taccomm*. Todos sabían que desafiar las órdenes de un jefe significaba la muerte. Los mequetrefes con sangre de horchata que tenía por compañeros apoyarían

a Tetsuhara, pese a que su recomendación era mucho más práctica. Al ver que se había abierto la compuerta del afuste de misiles de Kemsai, Akuma decidió que una capitulación no implicaba una derrota.

—No, *Tai-i* Tetsuhara. No pongo en cuestión su mando. Moriré a sus órdenes. — Pronunció los formalismos con naturalidad. Pero, cuando hubo apagado su transmisor, añadió—: Su autoridad, no; pero su cordura, sí. Su precioso código del *bushido* se había olvidado aun antes de que los seres humanos partieran de la antigua Tierra. Aquí no tiene cabida. Esto es la vida real y estamos en guerra. Recordaré esto. Ya me ha avergonzado demasiadas veces.

Minobu vigiló el *Panther* de Akuma por si reaccionaba de alguna otra manera. Hacía tiempo que conocía la negativa opinión del ignorante Akuma sobre el código y había esperado sus quejas y comentarios desdeñosos cuando la batalla hubiera terminado. Sin embargo, jamás pensó que Akuma llegase a estar tan cerca de desobedecer una orden, aunque ésta se basara en el código. De todos modos, el MechWarrior había acabado por aceptar la autoridad de Minobu. La crisis había pasado y Akuma recuperaría la serenidad.

Minobu giró su 'Mech hacia el *Archer* y conectó los altavoces exteriores. El piloto del 'Mech enemigo había abierto la escotilla y estaba de pie sobre el asiento. Podía verse su cuerpo de cintura arriba, aunque un voluminoso neurocasco le ocultaba los rasgos.

—¡Guerrero! —exclamó Minobu—. Yo, Minobu Tetsuhara, *Tai-i* al mando de la Compañía de Reconocimiento Oro del regimiento Segunda Espada de Luz, samurái de Casa Kurita y soldado del Condominio Draconis, honro tu poder y tu valor. Hoy no te mataremos. Vuelve con tu ejército, si puedes, y muere en combate como un auténtico guerrero.

Dicho esto, Minobu dio media vuelta y condujo a su lanza lejos del valle.

LIBRO 1

HONOR

## **Hacienda familiar de los Tetsuhara**

### **Awano Distrito Militar de Benjamín, Condominio Draconis**

#### **9 de marzo de 3023**

La luz del sol de Awano centelleaba en el metal y cegaba a Minobu. Entornó los ojos, pero el resplandor llegó a humedecerle los ojos y nublarle la vista. No podía permitir que esto lo distrajera, pues ser preciso era de máxima importancia. Si fallaba, sería un desastre. Aguardó. Su visión se aclaró de forma mínima, pero mantuvo la calma. Había llegado el momento. Entre los latidos de su corazón, bajó la mano. El pulso era firme.

—¡Hermano!

El inesperado grito, procedente del claro abierto cerca de la casa, le rompió la concentración. Minobu se mordió el labio al tiempo que el pincel resbalaba sobre la superficie del jarrón, desperdiciando horas de paciente trabajo y salpicando de motas doradas la piel oscura de su mano. Aquel día no había conseguido aún la *muga*. Una vez más. Desde el catastrófico combate en Dromini VI, no había sido capaz de alcanzar verdaderamente el estado de «unidad de mente y acción».

Cuando Casa Steiner disparó su trampa y lanzó a sus Regulares para que se unieran a los mercenarios Dragones de Wolf, devastaron las fuerzas del Condominio Draconis que trataban de socorrer Dromini. Las tropas del Condominio habían retenido el planeta, mas a costa de numerosas bajas. Un mes después de la masacre, Minobu había sido despojado de su mando y privado de su BattleMech. Las órdenes habían llegado sin ninguna explicación, procedentes de la más alta instancia: la oficina del Coordinador. Además, estaba firmada por el propio Coordinador: Takashi Kurita, gobernante del Condominio Draconis. Pese a que la orden iba acompañada de un ascenso, Minobu se sintió avergonzado, acuciado por la idea de que había traicionado el ideal, que no había respondido a las exigencias del código de *bushido*. Era esta preocupación la que le impedía alcanzar la *muga*.

Antes de Dromini, una nimiedad como un grito no habría afectado jamás su pincelada. Dejó el jarrón sobre una mesa. La superficie estaba estropeada, pero aún podía servir para algo, como él mismo. Aparte de la decoración, el jarrón seguía siendo lo que era: robusto y fuerte. Como él debía ser.

—¡Hermano!

Minobu todavía estaba ordenando su estudio de trabajo cuando Fuhito, jadeando a consecuencia de su carrera por el diáfano ambiente de la llanura, irrumpió en su cuarto. La amplia sonrisa que dividía su semblante reveló a Minobu que aquella interrupción, por lo menos, se debía a unas buenas noticias.

—Tus prisas son impropias de un samurái, hermano menor —le dijo—. Siéntate y recobra el aliento.

Fuhito le obedeció y se tomó unos momentos para controlar la respiración y asumir una actitud serena. Minobu permaneció sentado, inmóvil; su expresión no traicionaba su deseo de oír las noticias que habían impulsado a su hermano a cruzar la finca corriendo para acudir a su encuentro. Cuando, por fin, Fuhito hubo recuperado su autocontrol, se inclinó ante Minobu y dijo:

—Hermano mayor, he recibido una carta de la Oficina de Administración. Dentro de dos semanas debo partir para iniciar mi servicio como MechWarrior.

La sonrisa de Fuhito se liberó de su control, pues su alegría era demasiado grande para poder contenerla. Buscó una señal de aprobación en el rostro de su hermano y, al no verla de una manera inmediata, su sonrisa vaciló.

—Soy un estúpido, hermano mayor —añadió—. Perdóname. Al dejarme dominar por mi satisfacción de poder demostrar mi valía, he reabierto tu herida. Debería ser a ti a quien avisaran que puede incorporarse al servicio.

Minobu bajó la mirada y contempló el jarrón estropeado. Le angustiaba que su autocontrol fuera tan débil que incluso su poco sutil hermano pudiese reconocer su agitación interior. Los largos meses de aislamiento en Awano estaban cobrándose un precio que aumentaba diariamente. Parecía incapaz de recobrar la calma que siempre había conocido como MechWarrior. Se obligó a relajar los músculos de la cara.

—Mis sentimientos personales no tienen importancia —respondió—, aunque me complace que tengas esta oportunidad de mejorar, hermano. Así honrarás a nuestra familia. Ahora, *Katana Kat* es tu 'Mech.

—¡No! —replicó Fuhito, y se incorporó bruscamente—. No iré. Deberías ser tú quien pilotara el *Panther*. Insistiré en ello.

Se dirigió a la puerta, pero se detuvo al oír la voz de Minobu.

—Ahora sí te comportas como un estúpido —le espetó—. El 'Mech ha estado registrado a tu nombre durante más de un año. No has sido reacio a pilotarlo durante tus sesiones de entrenamiento conmigo y tus progresos han quedado debidamente anotados. Si ahora rechazas esta oportunidad, sólo conseguirás incomodar a la

familia.

—¡Pero yo creía que acabarían por devolverte el 'Mech! Todo esto es una injusticia. Eres un gran guerrero, quizás incluso el mejor que ha habido en la familia desde que el viejo Jackson Hayes renunció a su linaje africano y adoptó el nombre de Tetsuhara. Yo no debería obtener el *Katana Kat* mientras tú puedas pilotarlo todavía. Tú deberías estar en su carlinga. No estás viejo, ni mutilado, ni..., ni...

—¿Muerto? No, no estoy muerto. Ni tampoco soy ya el dueño del *Kat*.

Minobu se incorporó y fue hacia su hermano. Le rodeó los hombros con el brazo y lo condujo al otro extremo de la habitación. Allí se detuvieron y Minobu deslizó el panel que daba paso a la galería. Contempló los árboles que separaban su casa de la parte principal de la finca. Más allá de aquellos árboles estaban la mansión familiar, la vivienda de los sirvientes y los campos de entrenamiento. El *Panther* de Tetsuhara se encontraba en la zona de prácticas, y su cabeza era visible por encima de las copas de los árboles.

—Allí está tu deber —anunció Minobu, señalando al 'Mech—. Eres el piloto designado para ese BattleMech. Será tu espada de combate, el alma de un samurái. No empañes su brillo con acciones estúpidas o innobles. Su lustre reflejará tu honor, del mismo modo que tu honor reflejará el de tu familia. Ahora tienes la ocasión de limpiar toda mancha que mi desgracia haya podido causar en ese honor. La deuda se ha pagado con creces. Tus órdenes son una prueba de ello, hermano menor. El clan Tetsuhara vuelve a tener la oportunidad de honrar a Casa Kurita. —Minobu hizo una pausa y se apartó unos pasos de su hermano—. ¿Adonde irás?

Minobu esperaba que su discurso ayudase a Fuhito a captar la realidad de la situación. La voz serena de su hermano alentó su esperanza, mas su tono monocorde delataba su falta de entusiasmo.

—En el distrito Benjamin —contestó—. Con el Decimoséptimo de Regulares.

—Entonces, no es un regimiento Espada de Luz.

—Yo no pude asistir a la academia de Sun Zhang como tú, hermano. No tuve ningún mecenaz. En las Espadas no están muy interesados por guerreros educados en el campo.

—Por desgracia, así es. El honor y la devoción deberían tener más peso que la escuela. Era una quimera esperar que fueras llamado a ocupar mi antiguo puesto. Sin embargo, el señor de la guerra Yorioshi es un hombre leal y versado en el código. El Decimoséptimo es su regimiento y ostenta el cargo de Señor de Distrito. Es un buen destino en el que puedes prosperar. Comportate como un leal soldado y un valiente guerrero, y conseguirás ingresar en una de las Espadas.

Minobu observó a su hermano, que estaba ligeramente apoyado contra un poste; mantenía la cabeza agachada y daba patadas a guijarros inexistentes sobre los tablones de madera barnizada. Aunque ya estaba en la veintena, solía actuar todavía

como si fuera un niño testarudo. Minobu creía que su padre había sido débil al permitir que su madre mimara y consintiera a Fuhito, el hijo menor.

Fuhito había desarrollado una impetuosidad que podía encenderlo y hacerlo salir adelante, pero aquel fuego no tenía reserva de combustible ni un flujo constante de energía. Su capacidad y su control eran lo bastante buenos como para que pudiera sobrevivir como MechWarrior si tenía la suerte que todo soldado necesitaba en el campo de batalla. Pero Fuhito no llegaría nunca a un puesto de mando hasta que encontrara la fuerza interior y la calma que permitían actuar sin reflexionar demasiado ni arrepentirse, ser decidido y no tener remordimientos. Sin embargo, antes de poder alcanzar esa calma, tenía que aceptar su lugar en el universo.

—Yo también he recibido órdenes —dijo por fin—. Tengo que ir a mi nuevo destino dentro de una semana.

Fuhito levantó la cabeza.

—¿Un puesto de mando? —le preguntó con los ojos brillantes—. ¿Un 'Mech nuevo? ¡Será uno de los *Grand Dragons*, seguro!

—Será algo muy distinto: debo trabajar en el Departamento de Enlace con las Unidades Profesionales.

—¡Los mercenarios! —farfulló Fuhito, irritado—. Te harán trabajar como cuidador de una banda de canallas sin honor. ¡Es un insulto!

—No es ningún insulto. Es la orden de Kurita, nuestro señor. El sabe qué es lo mejor para su reino —respondió Minobu, flemático—. Somos samuráis y debemos obedecer las órdenes de nuestro señor. Es nuestro deber. Tienes que recordar que el deber tiene siempre prioridad sobre nuestros propios deseos.

—Del mismo modo que fue voluntad de nuestro señor el apartarte del mando de tu unidad —comentó Fuhito, y echó a andar por el jardín. Recogió una piedra del suelo y la arrojó hacia los lejanos árboles—. Al igual que arrebatarte el 'Mech. — Otro pedrusco siguió al primero—. Al igual que confinarte en Awano durante más de un año.

Fuhito lanzó una tercera piedra y se volvió, a la espera de la respuesta de Minobu.

—Sí.

—Entonces, estás de acuerdo en que te trate así.

—No he dicho que esté de acuerdo. —Minobu se esforzó por mantener un tono sereno. ¿Cómo podía asentir a algo que no lograba entender?—. Lo acepto. Obedezco órdenes porque soy un samurái.

—Pero...

—No hay peros para un samurái. Debes recordar esto siempre. Ahora eres un samurái Tetsuhara y piloto del BattleMech de la familia. Salvaguarda tu honor: es más precioso que ninguna otra cosa que poseas.

—¿Y qué me dices de tu honor? —protestó Fuhito, frotándose la nuca—. Has

permanecido aquí, caído en desgracia, durante más de un año. Ahora se te ha asignado un destino junto a soldados mercenarios, perros hambrientos de dinero que desconocen el honor y ni siquiera creen en el triunfo del Dragón. Has sido avergonzado.

—Yo he recibido órdenes y cumpliré con mi deber. —Minobu se paseó por la galería. Sin volverse hacia su hermano, añadió—: Al menos, esos mercenarios cuentan con guerreros en sus filas.

Minobu dio media vuelta y vio que Fuhito lo observaba con perplejidad.

—El karma puede actuar de manera extraña, ¿no crees? —prosiguió—. Voy a trabajar con la unidad que fue mi última adversaria en un campo de batalla. —Al ver que Fuhito no captaba la insinuación, agregó—: Ahora que el lord Kurita ha conseguido contratarlos, yo seré el Oficial de Enlace con los Dragones de Wolf.

—¡Los Dragones! ¡Son los mejores guerreros de la Esfera Interior! —exclamó Fuhito—. Si pueden creerse los informes de los otros estados... —se apresuró a añadir—. Y también es una unidad grande. Algunos dicen que tienen más 'Mechs que todos los regimientos Espada de Luz juntos. Pero tú eres sólo *Sho-sa*. Espera un momento...

Fuhito inclinó la cabeza a un lado y miró con suspicacia a su hermano.

—Luciré los galones de un *Chu-sa* —declaró Minobu, confirmando lo que pensaba Fuhito.

—Has estado burlándote de mí —dijo Fuhito, y se echó a reír—. ¡Es una noticia fabulosa! Un ascenso y un destino en una fuerza de tales dimensiones... A pesar de tu abatimiento, vuelves a gozar del favor de nuestro señor. Él ha tenido en cuenta tu lealtad y ha vuelto a confiar en ti. Estoy seguro de que no tardarás en recibir el mando de una unidad de auténticos guerreros.

—Tal vez tengas razón, hermano.

—¿Se lo has dicho a padre? —preguntó Fuhito, en tono súbitamente quedo.

—No.

—Seguramente cederá y aceptará verte.

—No lo creo.

—¿Ni siquiera vas a intentarlo?

—No. Y tú tampoco has de decir nada —le advirtió Minobu.

—Eres tozudo.

—Él también.

Se produjo un silencio embarazoso.

—Debo irme —dijo Fuhito por fin—. Hay muchas cosas que hacer antes de partir. ¿Puedes darme una última lección en el *Katana Kat* dentro de, digamos, tres días?

—Por supuesto.



Minobu lo observó mientras se alejaba. Cuando el joven desapareció tras los cuidados cedros, Minobu dio media vuelta y entró en la casa. Cruzó la habitación y fue hacia un cofre alto.

Del cajón superior extrajo una caja y un sobre de comunicados de ComStar. Dentro del sobre estaba la orden bajo la forma de un *shuga-to-hama*, una carta de alegre celebración, debidamente sellada y lacrada por la Oficina de Sustitución. No necesitaba volver a leer el texto para recordar que la fecha de su partida era al cabo de dos días. Sabía que Fuhito aguardaría a su última lección juntos para tratar de convencerlo de nuevo de que hablara con su padre. Como no le daría aquella lección, Minobu se marcharía antes de que su padre llegara a enterarse siquiera de su nuevo destino. Aquello ofendería el sentido de los buenos modales de su padre y confirmaría la pobre opinión que tenía de su hijo mayor.

Minobu se dirigió a su área de trabajo y se arrodilló entre sus tarros. Dejó la orden en el suelo y abrió la caja que había llegado con ella. Sobre un fondo de terciopelo estaba el galón, la doble banda de *Chu sa*. Extrajo una de su molde y la sacó sin encontrar resistencia. Luego raspó con un cuchillo la fina capa de metal verdoso que la recubría. Las bandas eran de material barato y no tenían ninguna pieza de sujeción, lo que indicaba que el ascenso era sólo aparente y carecía de todo indicio de que pudiera ser permanente. Aquel nuevo destino era una maniobra calculada por alguien. ¿De qué forma había ofendido tanto a Casa Kurita, como para que el castigo se prolongara una y otra vez y sus solicitudes de perdón se viesan rechazadas?

Minobu volvió a dejar las bandas en la caja. Se incorporó y regresó junto al cofre. Abrió uno de sus paneles y activó el ordenador portátil oculto en su interior. Solicitó un uniforme de oficial convocado del Condominio Draconis, así como la insignia de su rango. Ambos debía pagarlos de su propio bolsillo. No albergaba la menor duda de que su petición sería atendida; el ejército no carecía prácticamente de ningún material. Luego fue a la puerta exterior. Antes de cerrar el panel deslizante que daba a la galería, miró al exterior. Las flores recién abiertas eran una promesa de los ya cercanos calores del verano y el sol de la tarde coloreaba el cielo. Sin embargo, en el horizonte, más allá de la cabeza del *Panther*, vio que se acumulaban nubes de tormenta.

## **Espacio aéreo de Batan, Quentin IV Marca Draconis, Federación de Soles**

**13 de junio de 3023**

La violencia salvaje de la tormenta planetaria era una amenaza incluso para una nave tan resistente como el *Lucifer* del teniente Hamilton Atwyl. El Caza Aeroespacial daba bandazos entre las turbulencias de los vientos huracanados. La tempestad ya era lo bastante peligrosa como para, además, tener que preocuparse por la Nave de Descenso enemiga que volaba cerca, por alguna parte. Aquella gigantesca nave debía de verse menos afectada por el viento y los cambios de presión que azotaban su LCF-R15 de sesenta y cinco toneladas.

La Nave de Descenso davionesa que seguía había huido de la batalla en el espacio orbital de Quentin IV. La Escuadrilla Azul de Atwyl había recibido la orden de perseguirla. Aun averiada, una Nave de Descenso de clase *Union* no dejaba de ser una amenaza.

Días atrás, las Naves de Salto de los Dragones de Wolf habían aparecido en el punto de salto nadir del sistema. Habían llegado en su primera misión al servicio del Condominio Draconis: una incursión en el planeta davionés de Quentin IV. Oficialmente hacía tres meses que estaban empleados por Casa Kurita; el tiempo necesario para recorrer la distancia desde el reino de su anterior patrón, Casa Steiner, a la frontera de su nuevo jefe con la Federación de Soles de Casa Davion.

Cuando las Naves de Salto de los Dragones hubieron desembarcado su cargamento de Naves de Descenso para que éstas realizaran el viaje por el interior del sistema estelar hacia Quentin IV, la nave de Davion abandonó su curso en dirección al punto de salto y huyó. El coronel de vuelo Jason Carmody sugirió que quizá transportaba una carga que podía acarrearles dificultades. Además, se había aproximado lo suficiente para descubrir el volumen de las fuerzas enviadas por los Dragones al sistema Quentin; algo que el coronel Wolf no quería que se supiera tan

pronto. Carmody también lanzó la propuesta de destruir inmediatamente la nave davionesa, propuesta que el coronel Wolf aprobó. Las fuerzas Aeroespaciales de Carmody emprendieron su persecución, pero el capitán de la Nave de Descenso tuvo la habilidad de eludir a los cazas en el espacio estelar. Al llegar a Quentin IV, la Nave de Descenso se unió a la defensa, organizada apresuradamente, que la Federación de Soles había logrado oponer al inesperado ataque de los Dragones.

Cuando una Nave de Descenso se alejó de la batalla y puso rumbo hacia el planeta, el ordenador de combate principal a bordo de la Nave de Descenso de Wolf, de clase *Overlord*, la identificó como aquella que había huido de ellos. El combate orbital no estaba decidido todavía y Carmody sólo podía disponer de la Escuadrilla Azul, que se había constituido de manera precipitada. La aerolanza del teniente Atwyl, formada por dos *Lucifers*, y dos aerolanzas de *Sparrowhawks* SPR-H5, recibieron la orden de ir en pos de la nave.

No habrían tenido ninguna posibilidad frente a una Nave de Descenso de clase *Union* intacta, pero el coronel Carmody los informó de que los seis Cazas Aeroespaciales bastarían para una nave a la que se consideraba gravemente averiada. Carmody no contó con la terrible tormenta, que hizo perder el rastro de su presa a la escuadrilla.

Teniendo en cuenta cómo era sacudido el *Lucifer*, Atwyl se sentía aliviado de no estar pilotando un *Sparrowhawk*. Al pensar en aquella diminuta nave de treinta toneladas, que era poco más que una carlinga montada sobre un motor, se acordó de comprobar el estado de su unidad. Era su primera misión como comandante de vuelo y todavía no se había acostumbrado a tener que preocuparse por otra cosa salvo él mismo y su compañero.

La pantalla de radar de Atwyl estaba infestada de datos inútiles, pero mostraba varios puntos intermitentes que debían de ser los demás miembros de su escuadrilla. Un examen visual del espacio aéreo fuera de su carlinga sólo le reveló la presencia del Aeropiloto Gianni Bredel en el otro *Lucifer*, pegado a su ala izquierda como siempre. Elevó la potencia de la radio para hacerse oír sobre las interferencias.

—Vamos a agruparnos un poco, chicos —dijo por el canal reservado a la Escuadrilla Azul—. Por allí hay una Nave de Descenso muy grande y muy mala. Averiada o no, puede hacer picadillo a cualquier *Sparrowhawk*. No quiero que nadie lo descubra en su propio pellejo.

Recibió respuesta de Gordon, Hall y Reischaur, mas no de Morris. Dio más potencia al circuito de comunicaciones y volvió a intentarlo.

—¡Te Jota! ¿Estás ahí, muchacha?

—Claro que sí, jefe. ¿Qué quieres?

Aunque las palabras sonaron desfiguradas y apenas audibles, el tono despreocupado de T. J. fue claramente perceptible. A Hamilton le sorprendió sentirse

tan aliviado. La Aeropiloto T. J. Morris acababa de graduarse en el programa de pilotaje aeroespacial de los Dragones y aquélla era su primera misión. A pesar de sus excelentes notas y sus inmejorables actuaciones en el simulador, no podía evitar preocuparse por ella. El entusiasmo y un buen adiestramiento no solían servir de mucho en el campo de batalla, sobre todo bajo condiciones tan malas como las que estaban atravesando en aquellos momentos.

—Aproxímate a Reischaur y al resto de la escuadrilla. No te creas que podrás tú sola con esa Nave de Descenso, tigresa.

—Recibido, jefe.

Atwyl buscó los otros cazas con la mirada. A la derecha pudo distinguir las figuras de la Lanza Beta entre las nubes. La pintura amarilla fosforescente hacía fácil distinguirlos contra las nubes de tormenta. El revestimiento metálico, oscuro y anodizado, de los láseres Martell que sobresalían a cada lado del fuselaje, daban al *Sparrowhawk* el perfil de una bala con alas. Necesitó el fogonazo de un relámpago para ver la oscura cabeza de lobo sobre un círculo rojo que decoraba el alto estabilizador vertical situado tras la carlinga de cada nave.

Atwyl fue incapaz de reconocer los cazas de la Lanza Gamma y conectó el comunicador en la banda que compartía con su compañero.

—Escucha, Gianni. No consigo ver a los chavales de Gamma en este follón. Me parece que los rastreadores los señalan a nuestra izquierda, pero no estoy seguro de saber distinguir una señal verdadera de un reflejo. Esta tormenta lo ha jodido todo. Sólo espero que los monstruos de tierra firme que controlan ese pedrusco estén tan fastidiados como nosotros.

—Echaré un vistazo, Ham. —El altavoz restalló y chasqueó al tiempo que sonaba la voz de su compañero, serena y fría como siempre. Se necesitaba algo más que unos baqueteos en una tormenta desatada y jugar al escondite con una Nave de Descenso enemiga para inquietar al piloto aeroespacial Gianni Bredel.

—No vayas demasiado lejos, Gianni —le recomendó Atwyl—. No quiero perderte a ti también en este caos.

Observó cómo la otra nave cambiaba de vector y se alejaba de su lado. En la tecnología de parches y cables cruzados de los Estados Sucesores, los aparatos tenían una tendencia demasiado frecuente a desintegrarse. Incluso en la antigua era de la Liga Estelar, los *Lucifers* eran famosos por la fragilidad de sus sistemas de sensores y comunicaciones. Atwyl no quería perder de vista a su compañero, pues temía que los recientes problemas de comunicación se debieran a algo más que las interferencias provocadas por la tormenta.

—Tú y yo, jefe... —dijo Bredel, pero las demás palabras quedaron ahogadas por un restallido de estática.

Atwyl se inquietó al ver que el otro *Lucifer* se alejaba unos doscientos metros y se

colocaba a su altura. Al hacerlo, el ángulo visual de Atwyl cambió y le pareció ver que lo seguía un esqueleto volador. Las alas del segundo *Lucifer*, tanto las falsas que estaban montadas bajo la carlinga como las verdaderas, habían desaparecido en el azul oscuro de la nave. La figura del caza se confundió con el tormentoso cielo y sólo dejó entrever las barras y figuras blancas de los paneles iluminados y los elementos de su estructura.

—¡Los tengo, Ham! —exclamó Bredel, despertando a Atwyl de sus cavilaciones—. Están todos bien.

—Recibido, Gianni. —Atwyl conmutó a la frecuencia de la escuadrilla—. Bien, chicos, vamos a seguir así si podemos —dijo. Decidió concentrarse en sus tareas más inmediatas y observó las indicaciones de los sensores.

Los minutos pasaban lentamente mientras la tempestad azotaba los cazas de la escuadrilla. Atwyl tuvo que advertir por dos veces a los jóvenes pilotos que dejaran de quejarse de las inclemencias del tiempo y mantuviesen libre la frecuencia de comunicación. Durante una breve pausa en la tormenta, el Aeropiloto Friedrich Reischaur fue el primero en captar la señal de la Nave de Descenso.

—Una señal importante en el sensor MAD, mi teniente —informó.

—Yo también la recibo, Friedrich —dijo Atwyl. El ordenador del *Lucifer*, de mayor potencia, había sido más rápido al identificar el objetivo, pero el piloto apenas dejó entrever su satisfacción—. Los datos coinciden con los de la Nave de Descenso davionesa y el ordenador la localiza en la superficie, muy cerca del espacio-puerto de Batan. Si es nuestra pieza, será un blanco fácil siempre y cuando nos mantengamos lejos de los cañones del espaciopuerto.

Atwyl marcó varios números y aguardó a que el ordenador de combate del caza confirmase el plan de vuelo estimado. Cuando así lo hubo hecho, expuso su plan a la escuadrilla.

—Vamos a bajar a las pistas y volar bajo. Así estaremos por debajo de las defensas del espaciopuerto. El ordenador dice que hay un bosque que nos protegerá durante la mayor parte del vuelo hacia la Nave de Descenso. Beta y Gamma: cuando bajemos, adelantaos un poco más al resto. Quiero que mantengáis los ojos bien abiertos por si vienen naves enemigas. Reconoced la zona sólo en la primera pasada. Bredel y yo os seguiremos a toda velocidad y acribillaremos el blanco en cuanto nos deis paso libre. Después de unas cuantas ráfagas, destruirlo será coser y cantar. ¿Alguna pregunta?

Se encendió el indicador del canal de Morris.

—¿Sabes coser, jefe? —preguntó.

Atwyl se echó a reír. De manera intencional o no, T. J. había roto la tensión que había ido creciendo en su interior desde que había captado la primera señal de la Nave de Descenso. Esperaba que sus palabras hubieran relajado también a los demás.

—Eso no te importa, Te Jota —contestó—. Lo que importa es que, cuando Bredel y yo hayamos atacado la nave en nuestra primera pasada, vosotros hagáis lo mismo.

—Entendido, jefe. Vosotros enhebraréis la aguja y nosotros coseremos.

Bredel y Hall soltaron sendas carcajadas. Atwyl hubo de calmarlos.

—Vamos a bajar todos juntos —prosiguió—. Efectuaremos un descenso de seis-ocho grados hasta estar a tres-cero metros de la pista. Entonces acelerad y al ataque. ¿Comprendido?

Cinco voces corearon su asentimiento mientras Atwyl marcaba las últimas cifras en su ordenador de combate. Inició una cuenta atrás en un cronómetro situado en la esquina izquierda de su pantalla frontal.

—Muy bien. Encended las grabadoras. Tres..., dos..., uno... ¡Ya!

La aceleración hundió a Atwyl en la silla de vuelo. Un débil gemido sonó a su espalda al activarse repentinamente el ecualizador de presión. Se suponía que el sistema tenía que inflar unas recámaras en su traje de vuelo para impedir que la sangre se acumulara en las extremidades como efecto de las tremendas fuerzas gravitatorias generadas por las maniobras de picado a elevadas velocidades. Si carecía de potencia en el sistema, podía perder el conocimiento y el control. Aunque el ecualizador era algo ruidoso, parecía funcionar bien.

Un súbito repiqueteo anunció el fin de las nubes y la caída de oleadas de lluvia sobre la veloz nave. El agua bañaba la escotilla de la carlinga y dejaba un rastro gris y ceniciento. Enfrente, Atwyl podía ver las llamas despedidas por los dispositivos de poscombustión del *Sparrowhawk*, así como los cazas que se enderezaban y aceleraban. Tiró de la palanca de control con suavidad hasta abandonar el rumbo en picado. Buscó a Bredel y vio que su compañero lo seguía a poca distancia. Más adelante, las luces de los motores de los cazas más pequeños parpadeaban al alcanzar la velocidad de ataque. Lanzó toda la energía a popa para dar velocidad a su nave.

Los cazas de los Dragones atravesaron el frente de la tormenta. Bajo un cielo más despejado eran visibles las ondulantes colinas del campo. Todas las carreteras que Atwyl podía ver estaban desiertas. En algunos lugares localizó los restos de ciudades y complejos industriales; boyas dejadas por las sucesivas batallas de las Guerras de Sucesión, que habían arrasado aquel planeta una y otra vez. En el momento previsto apareció el bosque en el horizonte. Sus árboles alcanzaban casi los cien metros de altura. Los cazas pasaron rugiendo sobre el bosque.

Cuando llegaron al extremo de la arboleda más próximo a Batan, apareció una senda de árboles recién cortados. Era como si una mano gigantesca y envuelta en llamas hubiera acariciado aquel lugar, quemando copas y troncos pese a estar empapados por la lluvia. Cuando desaparecieron los últimos árboles, la causa resultó evidente.

La inmensa esfera de la Nave de Descenso davionesa yacía semihundida en los

campos que se extendían a las afueras de la ciudad. El piloto debió de haber intentado llegar al espaciopuerto hasta que se produjo el desastre. La nave había caído destrozando los árboles y se había precipitado sobre campo abierto, al oeste de la ciudad. Se había estrellado a siete kilómetros de su destino.

Tenía un enorme agujero abierto en su superficie, con los bordes ennegrecidos y retorcidos hacia el exterior. Había restos esparcidos a lo largo del espacio que separaba el límite del bosque del lugar del accidente. En el lado elevado, una de las grandes compuertas de descarga estaba abierta hacia el cielo con el blindaje protector destrozado. En uno de los extremos, inerte como un hombre desmayado, yacía la figura de un BattleMech. La gigantesca máquina parecía un enano comparada con la masa de la nave de transporte. Mientras Atwyl examinaba la catástrofe, los *Sparrowhawks* sobrevolaban la zona, dos a cada lado de la nave siniestrada.

En aquel momento, dos súbitos centelleos de luz láser partieron los cielos, seguidos de la vacilante luminosidad de las balas trazadoras de unos cañones automáticos. El primer caza de la pareja que volaba a la izquierda cruzó los chorros de luz y se desintegró en una bola de fuego. Ningún sonido llegó a los oídos de Atwyl sobre el rugir de sus propios motores. Reischaur había muerto.

El autor de la destrucción del *Sparrowhawk* surgió de la sombra de la Nave de Descenso estrellada: era un BattleMech modelo *Kifleman*. La antena del ala del sistema de puntería Garret D2-J rotaba al mismo tiempo que el torso de la máquina, para orientar hacia un nuevo blanco el par de cañones automáticos que constituían sus brazos.

Atwyl se sintió paralizado, aturdido por haber perdido a su piloto de forma tan repentina. Sus manos estaban rígidas sobre los controles del *Lucifer*. Sin embargo, los demás miembros de la Escuadrilla Azul se pusieron en acción. La Lanza Beta se dividió y empezó a volar en zigzag para eludir los sistemas de rastreo de la máquina enemiga. Morris lanzó su *Sparrowhawk* a un brusco ascenso con el fin de evitar los haces letales de luz compacta y los proyectiles que asataban el lugar donde debía de haber estado su caza. Incluso Bredel había reaccionado, lanzando una ráfaga de misiles que hizo impacto a escasa distancia de la Nave de Descenso. Los *Lucifers* permanecieron demasiado alejados para causar ningún daño, pero el ataque de Bredel despertó a Atwyl de su aturdimiento por la muerte de Reischaur. Tomó el mando de nuevo.

—¡Potencia extra, soldados! Hemos de llegar allí —exclamó con la voz trémula por la emoción. Había perdido a un hombre y no quería ver morir a ninguno más.

—Recibido —contestó Bredel. Como siempre durante la batalla, su voz se mantenía impasible—. Yo me encargaré del 'Mech.

—¡No! Es mío. Ataca la Nave de Descenso.

Atwyl quería vengarse él solo del asesino. Sabía que no era una reacción propia

de un profesional, pero tampoco le importaba. Armó los misiles y lanzó la nave en un giro evasivo. La tierra y el cielo pasaron fugazmente y de forma alternativa por la escotilla. En una ocasión atisbo el *Lucifer* de Bredel realizando una maniobra similar.

Antes de que pudiesen acercarse lo suficiente para disparar, Atwyl vio un destello de luz sobre una superficie metálica por encima de los campos. Al examinar los rastreadores IFF vio que era el SPR-H5 de Morris, que se precipitaba sobre el lugar del accidente.

—¡No, Te Jota! ¡Rectifica!

El temor de Atwyl por la joven piloto era fácilmente perceptible en su tenso tono de voz. El pequeño caza era demasiado ligero frente a un BattleMech bien pertrechado con fuego antiaéreo.

No llegó ninguna respuesta del Caza Aeroespacial, que realizaba un enloquecido picado en espiral. Sus cuatro láseres destellaban. Algunos de los rayos alcanzaron al *Rifleman* e hicieron saltar fragmentos de blindaje de su torso. Los disparos del 'Mech tejieron una red mortal alrededor del caza, pero la pequeña nave era ágil y veloz como el gavilán que le daba nombre[1]. Una descarga del *Sparrowhawk* hizo impacto en uno de los cañones gemelos del brazo derecho del 'Mech y lo arrancó de cuajo. A continuación, el caza torció a un lado y voló rugiendo sobre los campos. Fue un milagro que ninguno de los disparos del *Rifleman* lo alcanzara.

En cuanto pudo proteger la nave tras la masa de la Nave de Descenso siniestrada, T. J. la aceleró en dirección a los *Lucifers* que se aproximaban a toda velocidad. Atwyl meneó la cabeza, asombrado por aquella exhibición de increíble destreza.

—No te preocupes, jefe —dijo T. J. con voz clara, aunque con las palabras algo espaciadas para recobrar el aliento—. Esos hombres de hojalata son demasiado lentos para alcanzar a esta...

El comentario de T. J. se interrumpió cuando unos misiles surgieron de un lugar de mala visibilidad y alcanzaron su caza. Uno de ellos golpeó una de las alas; su cabeza explosiva y la velocidad a que ella volaba bastaron para arrancar el ala de la nave. El *Sparrowhawk* comenzó a girar y las turbulencias desgajaron más piezas del aparato dañado. Descendía dejando un rastro de llamas. Los gritos de Morris no dejaron de resonar hasta que el caza se estrelló contra el suelo y explotó.

Con aquellos gritos todavía en los oídos, Atwyl apretó el botón de fuego. Todos sus láseres delanteros acribillaron el terreno donde había visto alzarse los misiles asesinos. Se elevaron nubes de humo a consecuencia de los kilojulios de energía con que había recalentado la tierra. Ardieron unas llamaradas al explotar la munición del lanzador. El grupo de infantería que había disparado los MCA dejó de existir. Una sonrisa feroz asomó al rostro de Atwyl, pero se desvaneció con la misma rapidez cuando su *Lucifer* se vio sacudido por el fuego de cañón automático del *Kifleman*, que había despejado el costado de la Nave de Descenso.



Un veloz cambio en los vectores de impulso le permitió eludir los rayos de energía y los proyectiles disparados por el 'Mech. Giró el *Lucifer* y se acercó de nuevo por el otro lado de la Nave siniestrada.

El *Kifleman* estaba esperándolo, con sus tres cañones restantes apuntando al caza de los Dragones. Atwyl, ciego de furia, siguió adelante. El blindaje de su nave se evaporó a consecuencia de la infernal energía de los láseres del 'Mech y los impactos de los proyectiles del cañón automático. Le importaba un comino. Una andanada tras otra de misiles surgió del lanzador Holly de MLA que tenía bajo la carlinga. No tuvo buena puntería y la mayoría de los disparos erraron el blanco, pasando lejos del BattleMech o estallando en el terreno a su alrededor. Algunos se incrustaron en la gruesa armazón de la Nave de Descenso y despidieron fragmentos de metralla que golpearon de manera inofensiva al 'Mech y la tierra quemada. Otros alcanzaron el blanco y devolvieron al BattleMech el daño que estaba infligiendo.

Atwyl tenía los labios retraídos, dejando al descubierto sus dientes apretados. El rostro estaba bañado en sudor, que se acumulaba bajo sus ojos y le nublabla la visión.

La alarma de cierre resonó con un sonido estridente, advirtiendo del exceso de calor que sobrepasaba los límites aceptables. Atwyl lanzó la mano hacia el botón de anulación para acallarla. Con otra pulsación, disparó los últimos restos de la munición del Holly.

El *Rifleman* parecía cada vez más gigantesco. Atwyl maldijo el calor y disparó todos los láseres. El rojo fuego salió disparado de la nave.

Unas fisuras se abrieron en el blindaje del 'Mech y una débil explosión estalló en el interior de la máquina, seguida por una serie de otras más intensas. El BattleMech giró y cayó hacia atrás mientras su pecho se desgarraba. El *Lucifer* pasó como una exhalación a través de la bola de fuego generada allí donde había estado el *Rifleman*.

Pero Atwyl tenía que pagar el precio de aquello. La sobrecarga de calor era excesiva para la unidad de refrigeración del caza. El dispositivo de seguridad automático había desconectado el reactor. La nave se precipitaba hacia el suelo, y Atwyl con ella. Para corregir un defecto en el diseño del LCF-R15, los ingenieros habían creado otro: el caza no tenía ningún sistema de expulsión de emergencia.

Mientras Atwyl forcejeaba inútilmente con los controles, pensó que era una lástima morir después de haber destruido el 'Mech. Por unos momentos, creyó que el morro del *Lucifer*, por fin, se elevaba ligeramente. «¿Lo bastante?», pensó.

«No».

«Quizás».

Por suerte, estaba en una nave que, por lo menos, tenía una estructura aerodinámica mínima. Algunos Cazas Aeroespaciales confiaban para elevarse en sus motores de manera casi exclusiva. El *Lucifer* necesitaba elevarse ya. Para no estrellarse...

Estrellarse...

## **Nave de Descenso *Starblade*, aproximándose a Quentin IV Marca Draconis, Federación de Soles**

**13 de junio de 3023**

Nueve días atrás, la Nave de Descenso kuritana *Starblade* se había desacoplado de su transporte interestelar para comenzar su vuelo desde el punto de salto hacia el interior del sistema. Detrás, la Nave de Salto estaba detenida a la espera de su regreso y desplegaba la vela, de un kilómetro de diámetro, que recogería la energía solar necesaria para recargar los hiperpropulsores.

Faltando aún varias horas para alcanzar su destino, Minobu Tetsuhara contemplaba la pantalla principal sobre el puente de mando de la *Starblade*. La imagen ampliada mostraba el cuarto planeta del sistema Quentin. El terminador biseccionó el continente principal, llamado Aja, y en la porción oscurecida de la esfera unas luces parpadeantes delinearon la masa continental y su compañera de tamaño más reducido, Aja Menor. Las luces mostraban también los centros habitados. Incluso durante una incursión masiva, las ciudades que no temían ser atacadas no habían desconectado sus sistemas de iluminación. Las luces brillaban con tanta fiereza como las estrellas en el negror del espacio.

Apartó la mirada del planeta y buscó el resplandor de Nirasaki. Días atrás, la Nave de Salto *Okomaru* se había transferido al sistema Quentin, cruzando el abismo espacial de manera instantánea gracias a su hiperpropulsor Kearny-Fuchida. Pasarían años hasta que la luz que Nirasaki emitía en aquel día llegara hasta Quentin. Entonces, Minobu ya estaría en otra parte y su labor en Quentin habría concluido mucho tiempo antes. Sin embargo, la luz de Nirasaki estaba allí, una luz de años pasados. El pasado se entretejía con el presente.

En aquel día, reflexionó Minobu, el tiempo pretérito se encontraba con la actualidad en otras formas más importantes. Las fuerzas del Condominio Draconis estaban atacando el sistema Quentin. Una vez más, la Federación de Soles luchaba

por apoderarse de aquellos mundos inhóspitos, como ambos estados habían hecho durante casi toda su historia. El encanto del Quentin no era el de los mundos hospitalarios, maduros para ser colonizados, sino un destello que evocaba la codicia de los Jefes de las Casas. Los recursos minerales del tercer planeta y las fábricas e instalaciones de investigación del cuarto eran presas de gran valor.

En los tiempos en que la Liga Estelar había gobernado la Esfera Interior y los millares de estrellas habitadas por los humanos, las batallas por Quentin siempre habían sido políticas. La Liga se tambaleó cuando Stefan Amaris intentó usurpar el cargo de Primer Señor, y se desintegró cuando el general Alexander Kerensky desapareció repentinamente de la Esfera Interior en 2784, llevándose consigo el grueso del ejército de la Liga Estelar. Cuando el lord Minobu Kurita se declaró como único heredero legítimo al trono de Primer Señor, los otros Señores del Consejo se le opusieron: había comenzado la Primera Guerra de Sucesión.

Cinco estados se habían formado a partir del caos en la Esfera Interior; para bien o para mal, cada uno de ellos estaba estrechamente vinculado a una casa gobernante. Los más poderosos de aquellos reinos enfrentados entre sí eran el Condominio Draconis y la Federación de Soles. El Condominio estaba regido por el clan Kurita y el código del *bushido*. El cargo de Coordinador del Condominio Draconis estaba ocupado en aquellos días por el enérgico e imperioso Takashi Kurita. Bajo su mando, el Dragón era fuerte.

La Federación de Soles estaba encabezada por el último vástago de la familia gobernante, el astuto príncipe Hanse Davion. Minobu había oído decir a menudo que el lord Kurita consideraba a Davion como uno de los pocos enemigos dignos del Condominio.

Minobu no era dueño de ningún imperio espacial. Sólo era un MechWarrior; y, además, un Desposeído. Era cierto que todos aquellos temibles gobernantes habían servido como MechWarriors en sus años mozos, pero ninguno había participado en las batallas de las Guerras de Sucesión. El lord Kurita y el Príncipe Davion dirigían grandes estados. Daban las órdenes que él, un simple soldado, tenía que obedecer. Las órdenes lo habían conducido allí, al sistema Quentin, donde, bajo la luz del sol del presente y las estrellas del pasado, encontraría su futuro...

Los Dragones de Wolf.

Hasta aquel momento, su propia ruta por las vías comerciales había impedido que se uniera a los mercenarios a los que había sido asignado. Tener sus propios medios de transporte daba a los Dragones una tremenda flexibilidad estratégica. Habían cruzado velozmente el Condominio hasta llegar al lugar de la acción.

Por fin, Minobu había podido interponerse en su marcha. No tardaría en tener su primera reunión con los Dragones de Wolf, o al menos con los que participaban en el ataque a Quentin. Entonces conocería a las personas reales, más allá de los

comunicados y los informes de situación.

Un regimiento mercenario y varias unidades auxiliares se habían apresurado a sumarse a una incursión en el sistema Hoff. Un segundo regimiento disfrutaba de un permiso de descanso y realizaba funciones de escolta de los servicios de apoyo y no combatientes de los Dragones, que se dirigían a su base principal de An Ting. Quedaban tres regimientos completos de BattleMechs envueltos en aquella operación, lo que constituía una fuerza inusualmente numerosa. Probablemente, sólo se trataba de una cuestión de sincronización. Los Dragones debían estacionarse en el distrito de Galedon, en la frontera de Draconis con la Federación de Soles. Mientras viajaban por el distrito de Benjamín surgió la oportunidad de realizar una incursión en Quentin. Los Dragones se limitaban a emplear todas sus fuerzas disponibles, pues así se resolvería la lucha más pronto y podrían llegar antes a sus guarniciones.

En los tres meses transcurridos desde que había recibido su nuevo destino, los únicos contactos de Minobu con los Dragones de Wolf habían sido indirectos, mediante informes y comunicados transmitidos a través de ComStar. Dentro de poco, estaría frente a frente con los enigmáticos mercenarios venidos de más allá de la Esfera Interior. De hecho, ni siquiera sabía cuál era el aspecto del comandante de los Dragones. Por alguna razón desconocida, no había solidogramas ni datapics entre el material informativo. Minobu era consciente de que ni siquiera estaba seguro del sexo de Wolf.

Su nombre no era de ninguna ayuda. Minobu había conocido o servido a las órdenes de, como mínimo, siete personas llamadas Jaime, de las cuales sólo cinco eran varones. Aunque en todos los documentos del Condominio se utilizaba el pronombre masculino al referirse a Wolf, aquello no era prueba alguna de su sexo. Las fuerzas del Condominio habían sufrido graves derrotas mientras los Dragones estuvieron al servicio de la Mancomunidad de Lira, el otro Estado Sucesor fronterizo. Muchos oficiales kuritanos no podían aceptar la idea de que una mujer triunfara como jefe militar. Si el líder de los Dragones era una mujer, los oficiales del Condominio podrían haber ocultado y negado este hecho para no quedar avergonzados por haber sido vencidos por una persona del sexo femenino.

Minobu había estudiado todos los datos históricos disponibles sobre los Dragones de Wolf. De su origen no se sabía nada. Simplemente aparecieron en el espacio de Davion en el año 3005 y firmaron con él un contrato como mercenarios. Los detalles acerca de su historia posterior tampoco eran muy abundantes, a excepción de la larga lista de sus victorias y la mucho más breve enumeración de sus derrotas. Durante casi veinte años habían combatido por todas las Casas enfrentadas, pero siempre parecían evitar enfrentarse a su patrón más reciente. Minobu sabía que el contrato con Casa Kurita prohibía específicamente el uso de los Dragones contra Casa Steiner y sospechaba que sus contratos anteriores habían incluido cláusulas similares.

Las Fuerzas Internas de Seguridad kuritanas le habían suministrado diagramas sobre su organización, pero los datos de las FIS eran incompletos. Según Minobu, la deficiencia mayor era la carencia de legajos personales sobre la mayoría de oficiales de los Dragones.

El *Sho-i* Rudorff, segundo oficial de la nave, carraspeó e interrumpió las reflexiones de Minobu.

—El *Sho-sa* Terasu y el *Sho-sa* Hawken vienen al puente —anunció Rudorff.

Su rostro mostraba preocupación por la posición de Minobu. Los dos oficiales de Espada de Luz habían dejado claro que no aprobaban la presencia de Minobu en el puente de mando. El aviso de Rudorff era una más de las gentilezas que había tenido con Minobu a lo largo del viaje. Minobu le agradeció su innecesaria simpatía con un asentimiento de cabeza.

A causa de la evidente hostilidad de los oficiales de Espada en la nave, Minobu se había limitado a evitarlos. Con la soltura que da la experiencia, trepó por la gastada escalera de acero que enlazaba el puente con la primera cubierta. Cuando todavía no había llegado al pasillo por el que pretendía torcer, los dos oficiales de Espada de Luz salían del ascensor. Su sentido del honor impidió a Minobu hacer una tentativa visible de esquivarlos y siguió adelante.

Cuando los tres hombres se encontraron, Minobu se apartó para dejar espacio a los oficiales. Técnicamente, él era su superior, pero ellos tenían destinos de combate mientras que él sólo tenía un cargo burocrático. Además, ellos eran comandantes de una compañía de élite de una Espada de Luz y MechWarriors en activo, mientras que él era un Desposeído. Todo aquello elevaba a los oficiales de Espada a una posición social superior y ellos lo aprovechaban al máximo.

Minobu sintió que lo despreciaban a causa de una altanería callada que parecía justificar su hostigamiento. Desde que Minobu había sido trasladado al *Starblade* desde una Nave de Descenso comercial acoplada a la estación de cénit de Nirasaki, sus ridículas afrentas y comentarios insultantes habían sido constantes. Minobu hacía caso omiso siempre que podía, aunque sabía que ellos lo interpretaban como una señal de debilidad.

Aquel día no había forma de impedirlo.

El *Sho-sa* Brett Hawken, del Primer Regimiento Espada de Luz, se detuvo al llegar a la altura de Minobu. Su largo linaje, que se remontaba al continente terráqueo de África, era tan evidente en él como en Minobu; sin embargo, había dejado claro en numerosos encuentros anteriores que no iba a aceptar ni el menor asomo de relación con él.

—Parece que nuestro chupatintas ha estado paseándose por donde no lo necesitamos —dijo con voz pausada.

—Ni lo queremos —añadió en tono virulento el *Sho-sa* Gensei Terasu, de la

Séptima Espada de Luz.

Los dos oficiales raras veces estaban de acuerdo en algo, salvo en su común desprecio hacia Minobu.

—Casi estamos al alcance de las defensas planetarias, Tetsuhara —prosiguió Terasu—. ¿No debería estar en su silla protectora para accidentes? Tengo entendido que allí se está mucho más seguro.

—Creo que tiene razón —respondió Minobu. El insensible oficial de Espada no captó su deliberada ambigüedad.

—Entonces más le vale ir allí —dijo Hawken, y se aproximó tanto a Minobu que la vaina de su *katana* negra casi lo golpeó en la entrepierna.

Terasu lanzó una ronca carcajada cuando Minobu torció el cuerpo para eludir el contacto. Luego avanzó con largas zancadas por el pasillo detrás de su compañero.

Minobu meneó la cabeza mientras observaba sus espaldas. El código del *bushido* abarcaba a adherentes muy diversos. Algunos incluso podían considerar a aquellos dos individuos como samuráis ejemplares. «*De wa*», pensó. Un hombre ha de cuidar su propio honor.



## **Territorio de Batan, Quentin IV**

### **Marca Draconis. Federación de Soles**

#### **13 de junio de 3023**

Hamilton Atwyl no recordaba haber chocado contra el suelo.

Cuando el teniente de los Dragones abrió los ojos, yacía de espaldas mirando al cielo. Una brisa fría soplaba en su rostro. El intenso olor a marga y humus casi se sobreponía al hedor a aceite quemado, plástico y sangre.

—¡Gianni, se está despenando!

Atwyl hizo una mueca de dolor al oír el grito. Los tensos músculos le causaron un latigazo de dolor en la cabeza hasta reducir su vista a la mínima expresión. La vibración de las pisadas de alguien que se acercaba corriendo lanzó otra oleada de dolor por toda su cabeza, y también le laceró la espalda. El reconfortante calor del sol desapareció cuando los pilotos supervivientes de la Escuadrilla Azul se apiñaron a su alrededor.

Notó un pinchazo en el brazo. Entonces, la voz de Gianni Bredel atravesó las brumas de su conciencia.

—¿Te encuentras bien? Cuando tu *Lucifer* se lanzó como un ariete contra el enemigo, creímos que estabas asaltando un castillo.

—Yo también —respondió Atwyl con la voz enronquecida por el aire recalentado de la carlinga del *Lucifer*—. Supongo que el coronel Carmody querrá mi disco de graduación por esa acrobacia.

—Una acrobacia realmente estúpida —se burló Bredel—, pero impresionante, Ham. La grabadora de tu carlinga debió de trabajar a destajo durante la última pasada contra el 'Mech. Es una lástima que tu heroísmo no vaya a ser recompensado.

Atwyl no entendía de qué hablaba su compañero. ¡Maldición!, la cabeza le daba vueltas. Bredel notó su confusión.

—La caja negra ha sido destruida —le explicó, mientras acariciaba la pistola láser



que llevaba en el cinto—. No ha quedado ninguna grabación de tu carga suicida y... —guiñó el ojo a Gordon y a Hall— nosotros no se lo diremos a nadie.

Los otros pilotos asintieron sonrientes.

Por fin, Atwyl lo comprendió. Sus compañeros de escuadrilla habían sacado la caja negra y la habían destruido. Con ella había desaparecido el registro de su incumplimiento de los criterios de mando. Carmody nunca se enteraría. Así, la Escuadrilla Azul premiaba la lealtad protectora que Atwyl había demostrado hacia los que estaban bajo sus órdenes. Para ellos, aquella lealtad era mucho más importante que las ideas de un coronel cargado de medallas sobre lo que es el distanciamiento profesional. Atwyl ni siquiera sintió el dolor que le causaba su propia sonrisa.

El pitido del comunicador instalado en el caza de Bredel los interrumpió. Bredel se incorporó y fue corriendo a responder a la llamada. Hall y Gordon estaban discutiendo algo, pero Atwyl no lograba concentrarse en sus palabras. Sus voces se desvanecieron de su conciencia y sintió que se le abotargaba el cerebro. Por último, concluyó que debían de haberle administrado un sedante.

Cuando Bredel regresó de su *Lucifer* sostenía una mochila. Se detuvo y habló en voz baja con Hall y Gordon antes de inclinarse sobre Atwyl.

—Era el hombre que está arriba. Dice que ha llegado el momento de iniciar la Fase Dos. Y, como aquí estamos en una situación perfecta, quiere que la Escuadrilla Azul forme parte de la protección aérea para los Exploradores.

Atwyl trató de incorporarse, pero Bredel lo esperaba y le obligó a permanecer tumbado.

—Esta vez, al hablar de la Escuadrilla Azul no se refieren a ti, jefe. Tu nave está hecha una pena, y tú también. Esta parte de la fiesta te la vas a perder.

Sin hacer caso de sus protestas, los pilotos levantaron en vilo a Atwyl y lo colocaron sobre una camilla improvisada. Lo subieron por una ladera y lo condujeron a las sombras de un bosque cercano. A pesar de sus precauciones, las inevitables sacudidas del traslado le provocaban restallidos de dolor que atravesaban el escudo aislante de la droga. Bredel se encargó de sostenerlo mientras los demás cortaban ramas y matorrales para construir un cobertizo. Hall extendió una manta térmica sobre el terreno y la cubrió con matojos. Cuando Bredel vio que Atwyl estaría lo más escondido posible, le entregó un intensificador de imagen Binox y le dijo:

—Ahora, Majestad, tenéis un asiento de primera fila para contemplar los festejos. Incluso un sistema de sonido privado. —Dio unas palmadas a la unidad de comunicaciones que yacía junto a Atwyl. La sonrisa de su compañero cedió ligeramente—. No te muevas de aquí, Ham. Volveremos a buscarte en cuanto podamos.

Se incorporó y avisó a Hall y a Gordon que fueran en busca de sus cazas. Atwyl, invadido por un sopor que sabía que estaba inducido químicamente, los observó

mientras bajaban por la ladera en dirección a sus naves.

Un rugido en los oídos lo arrancó de las soñolientas brumas por las que había comenzado a deslizarse. Miró a la dirección donde habían estado los cazas de la Escuadrilla Azul. Se habían ido. Sin embargo, el ruido seguía allí.

Meneó la cabeza, pero aquel gesto no hizo desaparecer el sonido. Entonces levantó la mirada en busca de su causa. Dos Cazas Aeroespaciales con el emblema de los Dragones surcaban el cielo sobre su cabeza. Volaban en dirección a Batan y al espaciopuerto que estaba en las afueras. Los seguía una voluminosa Nave de Descenso de tipo *Leopard CV*, cuyo distintivo anunciaba que era la nave insignia del coronel Carmody. Alrededor de la nave revoloteaban una docena de cazas o más, y Atwyl creyó ver entre ellos a los restos de la Escuadrilla Azul. La flotilla se desplegó frente a la Nave de Descenso y, como el primer par de cazas, descendieron a toda velocidad hacia las pistas del espaciopuerto. Del mismo modo que la Escuadrilla Azul, trataba de rebasar las defensas del puerto.

Atwyl, que contemplaba la escena con la visión borrosa, pensó que aquella intentona de sorpresa táctica estaba funcionando bien. Las defensas del espaciopuerto eran lentas y carecían de coordinación frente al ataque enemigo. Las fuerzas aeroespaciales de los Dragones abrieron fuego en cuanto estuvieron dentro del radio de alcance de sus armas. El habitual surtido de misiles y el arco iris de rayos energéticos bombardearon las defensas del espaciopuerto. A pesar del aparente caos, Atwyl creyó que los atacantes concentraban el fuego en los emplazamientos de las armas y evitaban las superficies de aterrizaje y las instalaciones. Buscó a tientas el intensificador de imagen.

Cuando lo encontró, un grupo de tres naves pasaron volando sobre los árboles. Seguían la estela de los otros aparatos. Al principio, Atwyl temió que fuesen naves davionesas que pretendieran aplastar a los Dragones, pero la sonriente cabeza de lobo que adornaba sus colas lo convenció de lo contrario.

La Nave de Descenso de clase *Leopard* de la primera escuadrilla podía transportar Cazas Aeroespaciales. El complemento de seis naves formaba parte, sin duda, del enjambre que la acompañaba. Las recién llegadas también eran de clase *Leopard*, pero tenían un diseño más habitual y característico del transporte de BattleMechs. Cada nave podía transportar una lanza completa de cuatro máquinas de guerra gigantes, así como dos Cazas Aeroespaciales. Atwyl imaginó que los cazas de aquellas naves operaban en la oleada de vanguardia.

Cuando la segunda escuadrilla estaba a mitad de camino entre el bosque y el espaciopuerto, otras cuatro Naves de Descenso aparecieron en lontananza. Éstas también lucían la cabeza de lobo de los Dragones, pero eran de un modelo diferente. Eran naves de transporte de tropas de clase *Fury* cada una de ellas podía llevar una compañía de soldados y ocho vehículos de apoyo. Atwyl conmutó la unidad de

comunicaciones a la modalidad de rastreo para captar las frecuencias de combate de los Dragones. Enfocó los binoculares en el espaciopuerto a tiempo de ver el final de la pasada de la primera escuadrilla. Varias de las naves de los Dragones estaban enfrentándose a cazas atmosféricos que el mando davionés había logrado hacer despegar. Atwyl se preguntó si era una decisión valiente o estúpida lanzar simples cazas atmosféricos contra las naves aeroespaciales de los Dragones. Las naves transatmosféricas eran tan superiores que el resultado del combate estaba predicho de antemano.

Los transportadores de 'Mechs llegaron al campo de aterrizaje. Atwyl vio que los trenes para posarse seguían replegados, aunque estaban apenas a diez metros del hormigón. Cuando observó que las puertas de salida de 'Mechs también estaban retraídas, y que las naves no aminoraban su velocidad, supo lo que iba a ocurrir. En sus diez años de servicio en los Dragones de Wolf había oído hablar a menudo de aquella maniobra, aunque no la había presenciado jamás. Para llevarla a cabo se necesitaban guerreros bien adiestrados y un equipo fiable. Los Mechjocks de los Dragones la llamaban «descarga». Otros individuos de menor categoría la calificaban de locura.

Las *Leopards* abrieron fuego para eliminar toda fuerza hostil que hubiera sobrevivido a la primera pasada de los cazas. La nave del ala derecha descendió para abrir una vía de fuego para las armas de estribor de su compañero y su propio armamento de babor. Los BattleMechs de los Exploradores aparecieron en los límites de los hangares. Las corrientes de aire generadas por el vuelo de las Naves de Descenso azotaron las poderosas máquinas. Atwyl oyó la orden de descenso a través de su comunicador. Los 'Mechs se arrojaron al unísono de las naves. Algunos activaron los retropropulsores de la espalda, y otros los que llevaban montados en las patas. En cualquier caso, su terrible impulso disminuyó.

Saltaron chispas cuando los 'Mechs resbalaron hasta detenerse sobre el campo de aterrizaje. A uno de ellos, un *Stinger*, se le quebró la pata izquierda al tomar contacto con el hormigón y se desplomó en el suelo. Los BattleMechs restantes comenzaron a desplegarse a toda velocidad. Algunos abrieron fuego con sus propias armas al localizar emplazamientos defensivos que las fuerzas aeroespaciales habían pasado por alto. Tras ellos, las *Furys* se acercaron con un rugido.

Una orden volvió a resonar en el comunicador de Atwyl. Los BattleMechs del campo de aterrizaje dejaron de disparar y se arrojaron al suelo. Como las *Leopards* anteriormente, las *Furys* llegaron siguiendo trayectorias vacilantes a lo largo de claras líneas de fuego. Luz coherente, partículas cargadas y misiles llovieron sobre las defensas.

Una lanza de BattleMechs de Davion apareció cerca de la torre de control, pero la primera nave *Fury* destruyó los dos 'Mechs de vanguardia con sus rayos de partículas

y sus misiles. El tercer 'Mech, un *Enforcer* ENF-4R, se lanzó al suelo, mientras que el cuarto se ocultó detrás de la torre. El 'Mech tumbado apuntó con su cañón automático a uno de los 'Mechs de los Dragones y abrió fuego. Los proyectiles sembraron el suelo de pequeños cráteres y desgarraron el blindaje del 'Mech enemigo. El Mechjock de los Dragones no respondió. Probablemente, el piloto davionés no tuvo tiempo de preguntarse la razón, pues unos rayos lanzados desde las Naves de Descenso que pasaban a su altura convergieron en su máquina. El *Enforcer*, al ser la única máquina de combate alimentada por reacciones de fusión que disparaba en la superficie asfaltada, era un blanco fácil para los sistemas de puntería de las Naves de Descenso. Su depósito de municiones explotó y sus miembros saltaron por los aires. El cañón automático disparó los últimos proyectiles de la recámara mientras el brazo volaba sin control.

Mientras las armas de las Naves de Descenso diezmaban los BattleMechs davioneses, una tercera orden llegó a través de la frecuencia de combate de los Dragones. Empezaron a saltar un soldado tras otro de las veloces *Furys*; cada uno de ellos llevaba un equipo de propulsión individual. Como los 'Mechs habían hecho anteriormente, la Infantería Aeromóvil utilizó unidades retropropulsoras como freno para tomar contacto con el asfalto a una velocidad más o menos razonable.

Tras desembarcar las tropas, las Naves de Descenso se elevaron por el cielo para reunirse con el resto de las fuerzas aeroespaciales. Acosarían a las tropas de la Federación de Soles que trataban de huir del espaciopuerto y evitarían la llegada de refuerzos. Atwyl conocía bien aquella parte de la misión: había participado en ella muchas veces.

El comunicador se activó de nuevo. Una vez superada la fase de emisión de órdenes apremiantes, los canales quedaban libres para las comunicaciones normales de combate. Los 'Mechs de los Dragones estaban listos para atacar de nuevo. La infantería, que gozaba de gran movilidad gracias a sus equipos de propulsión, se desplazaba velozmente para conservar el terreno conquistado por los 'Mechs.

La sorpresa y el ataque relámpago hicieron que el resto de la operación resultara sencillo. Desde su punto de observación, Atwyl observó que las tropas de Davion se retiraban de Batan de manera ordenada. Mientras se dirigían al sur, alejándose de él, las llamadas y órdenes en la frecuencia de los Dragones cambiaron de naturaleza: en los canales sonaban gritos de victoria y charlas despreocupadas tras el combate. Entretanto, las *Furys* regresaban para desembarcar los vehículos de la infantería.

Atwyl se relajó al escuchar las animadas conversaciones. La tensión que había sentido mientras contemplaba la batalla lo había dejado sin fuerzas. El sueño lo dominaba otra vez cuando la cháchara cesó súbitamente, ahogada por el zumbido del sistema de órdenes.

En el silencio, la voz del coronel Carmody resonó con toda claridad:

—La zona de aterrizaje está controlada, coronel Wolf —dijo—. Pueden comenzar los desembarcos tal como estaba previsto.



## **Espaciopuerto de Batan, Quentin**

### **IV Marca Draconis, Federación de Soles**

#### **14 de junio de 3023**

Las fuerzas de gravedad dificultaban la respiración, pero no bastaban para explicar la zozobra que atenazaba a Minobu. Había participado en descensos dentro de la cápsula ablativa que protegía a un BattleMech mientras penetraba en la atmósfera; había atravesado la tormenta de fuego de las defensas enemigas, encerrado en la carlinga de un 'Mech que estaba, a su vez, oculto en el vientre de una Nave de Descenso. Aquéllos habían sido tiempos angustiosos. ¿Por qué se sentía mal ahora?

Cerró los ojos para que desapareciera el pequeño camarote. ¿Se debía a que era la primera vez que aterrizaba en un planeta controlado por el enemigo sin hallarse en la carlinga de un 'Mech? ¿O notaba la falta del blindaje protector de la máquina? ¿O acaso temía morir? No, la muerte no causaba miedo a un verdadero samurái. El antiguo proverbio de sus antepasados espirituales lo expresaba con absoluta claridad: «La muerte es una pluma; el deber, una montaña».

Era el deber, pues, lo que aceleraba su pulso y agitaba su respiración. O, mejor, el temor a ese deber. El mensaje con su nuevo destino había sido tajante. Estaba caminando por una cuerda floja y afrontaba problemas nuevos para él. Tenía miedo al fracaso y a la vergüenza que éste causaría. Siempre había mantenido la calma antes de la batalla.

Minobu se esforzó por girar la cabeza; abrió los ojos y miró al compartimiento. El *Sho-sa* Gensei Terasu yacía rígidamente en la litera inferior del camarote que compartían los oficiales kuritanos. Estaba pálido, con la frente perlada de sudor y los músculos endurecidos por algo más que la tensión de la aceleración. El miedo deformaba el rostro que, poco antes, había expresado desprecio por Minobu, el MechWarrior desposeído.

A Minobu le parecía una ironía que Terasu sintiera miedo por un descenso que

estaba fuera de su control. Los MechWarriors, acostumbrados a experimentar la sensación de inmenso poder que proporcionaba el pilotaje de un 'Mech, solían manifestar excentricidades y supersticiones cuando viajaban en máquinas pilotadas por otras personas.

Minobu apartó la mirada. Ver a un guerrero tan aterrorizado sólo podía ocasionarle a éste más vergüenza aún. Aquella esclavitud del miedo era digna de compasión, incluso en un hombre tan mezquino y soberbio como Terasu. Su hoja de servicios en combate era excelente y demostraba que era valeroso. Minobu se preguntó si el coraje de Terasu en la batalla no era sino temor a la vergüenza, que podía dominarlo de manera tan absoluta como el miedo a la muerte lo atenazaba entonces. Ello encajaba también con su actitud prepotente.

Entre el rechinar y traquetear de la Nave de Descenso al atravesar las turbulentas capas superiores de la atmósfera sobre el continente de Aja, Minobu captó un sonido mucho más suave. Era una voz, queda y monótona, que recitaba un cántico budista. Si hubiese procedido de algún otro sitio que no fuera la litera de aceleración situada debajo de él, no habría podido oírla. A Minobu jamás se le habría pasado por la cabeza que el *Sho-sa* Brett Hawken tuviera la menor inclinación por lo religioso, a excepción de su ferviente devoción por la Casa Kurita. ¿Acaso Hawken sentía el mismo miedo que atenazaba a Terasu? ¿Entonaba una plegaria por un sincero sentimiento religioso, o aquel cántico sólo era un modo de serenar la mente? ¿Tenía alguna importancia la respuesta?

Mientras Minobu lo escuchaba, el traqueteo de la *Starblade* se redujo, pero el rugido de las unidades de propulsión persistió. La nave había aminorado su velocidad. Minobu calculó el tiempo transcurrido desde que se había iniciado el descenso desde la órbita y dedujo que estaban comenzando el acercamiento final al espaciopuerto de Batan. El Mando Aeroespacial de los Dragones había cumplido su palabra y la *Starblade* no había sido acosada por ninguna defensa davionesa.

El retumbar de los motores de la Nave de Descenso decreció. Cuando regresó la relativa calma de los crujidos y silbidos producidos por una nave de cien años de antigüedad, el *Sho-i* Rudorff apareció en la escotilla del camarote. Se disculpó por la avería en el intercomunicador de la vetusta nave y les aseguró que no había ningún peligro en desabrocharse los cinturones de seguridad. Minobu aflojó las bandas que lo habían sujetado durante el descenso. Cuando empezó a estirar las piernas fuera de la litera, Terasu asomó la cabeza. Tenía el rostro sonrojado.

—Quédese ahí hasta que los soldados de combate hayamos acabado, Tetsuhara — le dijo.

Terasu había puesto un énfasis especial, lleno de altanería, en la palabra «combate». Hawken, que también se había incorporado, sonrió con malicia al oír el comentario y los dientes relucieron en su negro rostro. Minobu aguardó con paciencia

mientras ellos se ataviaban con su equipo completo. Los oficiales de Espada se tomaron todo el tiempo necesario; no obstante, Minobu notó que en sus acciones había algo más que un simple deseo de hacerlo esperar en el estrecho camastro: un aspecto descuidado al salir a la zona de aterrizaje no beneficiaba la dignidad de un soldado de Espada, sobre todo en una instalación capturada y controlada por vulgares mercenarios.

Por fin, Terasu y Hawken terminaron sus preparativos. Terasu fue el primero en salir, sin fijarse siquiera en que su segundo había tenido que arrimarse al casco para dejarlo pasar.

—Haga algo de utilidad, Tetsuhara —dijo Hawken mientras cruzaba la escotilla—. Diga a los hombres que desplieguen la lanza de 'Mechs y constituyan una patrulla de guardia.

—¡Compruebe que mis hombres sean los primeros en salir! —vociferó Terasu por encima del hombro.

Hawken frunció el entrecejo y salió apresuradamente tras los pasos del otro oficial de Espada. Sus voces, discutiendo sobre quién debía ser el primero, resonaban en el corredor.

A Minobu le sorprendió ver que Rudorff acudía a ayudarlo a cambiarse el lóbrego mono gris de tripulante de la nave por su uniforme.

—No sé cómo lo soporta, señor —le dijo—. Esos dos son unos bárbaros. Siempre están dando órdenes. ¡Qué arrogantes! Ni que fueran el Coordinador en persona. Pero usted permanece impasible, como un maestro zen. ¿Por qué les permite que hablen así?

—Forma parte de su naturaleza —respondió Minobu.

Mientras pugnaba por ajustarse la guerrera negra en los hombros, el alto cuello de la prenda se plegó hacia dentro y quedó atrapado, pero lo sacó antes de que Rudorff le sujetara aquélla.

—Tal como parece formar parte de la suya el hablar con ligereza —añadió.

Rudorff no acertó a cerrar un broche.

—Soy un hijo leal del Dragón, señor —farfulló—. No pretendía ofenderlo, señor.

—No me ha ofendido. Tenga, sostenga esta caja.

Minobu sacó de su interior sus espadas de gala y se las ciñó al cinto; primero la más corta, y luego la larga. Guardó la caja, indicó al ayudante que saliera del camarote y se encaminó hacia la rampa.

—En cuanto le sea posible, encárguese de que la orden del *Sho-sa* Hawken sea transmitida a la lanza.

—Como usted ordene, señor —contestó Rudorff con una reverencia.

El pasillo que conducía a la rampa era corto, pero Minobu ya sudaba al llegar a la salida. Incluso en el breve período que la *Starblade* llevaba abierta a la atmósfera



exterior, el árido planeta había vencido la instalación de aire acondicionado de la antigua Nave de Descenso. El sudor de Minobu se evaporó con el primer soplo no filtrado del aire seco y cálido de Quentin IV. Casi pudo sentir cómo el agua era arrancada de su piel.

Por incómodo que resultase, el clima de la mayor parte del planeta era mucho más soportable que el de su mundo gemelo, Quentin III. Incluso en las zonas habitadas de las grandes mesetas del planeta, los hombres tenían que ir vestidos con un traje protector completo siempre que abandonaban la seguridad de una nave o un edificio. Minobu, que confiaba en no pasar en el exterior tanto tiempo como para llegar a deshidratarse, echó un vistazo al área.

Cerca de la torre de control, una Nave de Descenso de clase *Overlord* se alzaba sobre el campo de aterrizaje; su enorme masa, en forma de huevo, empujaba a los BattleMechs que estaban de guardia. La presencia de los 'Mechs centinelas y la gran actividad alrededor de la nave sugerían que la *Overlord* era la nave capitana de Wolf. Era obvio que los oficiales de Espada habían llegado a la misma conclusión, pues se encaminaban hacia ella. Minobu estaba a punto de seguirlos cuando se fijó en unos cables de comunicaciones que se extendían desde la nave a la torre de control. Esbozó una sonrisa, bajó por la rampa y se dirigió al edificio del espaciopuerto.

Al aproximarse a la entrada, los guardias Dragones se cuadraron y lo saludaron al modo kuritano, con el puño sobre el pecho. Su actitud parecía respetuosa. La mayoría de mercenarios que Minobu había visto en el pasado eran notablemente laxos respecto a la etiqueta propia de los militares. Minobu se sorprendió a sí mismo preguntándose si las viseras de los cascos de los soldados ocultaban sonrisas desdeñosas. Aparentar respeto podía ser su manera de mofarse de él. No importaba. Sólo eran centinelas y sus ideas no tenían la menor relevancia. Minobu les hizo caso omiso y pasó del sol abrasador a las sombras del edificio.

Al otro lado del umbral lo aguardaba una joven teniente ataviada con el uniforme de camuflaje de los Dragones. Minobu observó su cabello, de color claro, muy recortado como era habitual en casi todos los MechWarriors. Sobre él sopló una racha de aire frío procedente de las unidades de aire acondicionado, que fue a perderse en el agobiante calor del exterior. La mujer se aproximó, lo saludó y dijo:

—El coronel Wolf está deseando conocerlo, *Chu-sa* Tetsuhara.

Minobu le devolvió el saludo sin responder.

—Tenga la amabilidad de seguirme, señor —prosiguió la joven, y dio media vuelta—. Estoy segura de que los demás oficiales no tardarán en llegar.

Lo condujo entre los escombros causados por la batalla del día anterior, mientras le hablaba por encima del hombro. Minobu apenas tuvo tiempo para contestar con monosílabos a sus preguntas, referentes a su vuelo desde la órbita de la nave, y no alcanzó a contestar cuando ella quiso saber su opinión de las condiciones

climatológicas del lugar. No pasó mucho rato hasta que su atención se apartó de aquel extraño monólogo. Su cuerpo seguía al de la joven por los pasillos, pero su mente divagaba por otros recovecos. Estaba sumido en reflexiones sobre el deber y su significado para él y para su futuro, cuando se sobresaltó al comprobar que ella se ausentaba tras dejarlo ante una puerta.

Más allá se extendía una amplia área que había sido una sala de pasajeros. Su función había cambiado. Aquí y allá había mesas y montones de material electrónico. Los Techs deambulaban de un lado a otro, con una actividad común a todos los de su clase en la Esfera Interior, comprobando cables y dejando al descubierto cajas de circuitos. Un cable pesado serpenteaba a través de la entrada hasta una mesa grande sobre la que había un holoprojector apagado y otras máquinas. Alrededor de la mesa se encontraban varios soldados ataviados con el uniforme de los Dragones, unos de pie y otros sentados. La luz del sol previa al mediodía relucía en sus insignias. Cinco de los presentes lucían estrellas triples, que los identificaban como coroneles de los Dragones.

Por fin, Minobu lo comprendió. Había pasado más de veinte años abriéndose camino por los laberintos del protocolo y los estatutos que subyacían en el Condominio Draconis. Era un juego ya antiguo, más que los Estados Sucesores y que la Liga Estelar, incluso más que la primera nave que partió de la cuna de la Tierra. El hecho de que aquellos mercenarios nómadas preparasen una prueba semejante era algo inesperado y que sugería un sentido insospechado de dignidad y de la medida.

Ya entendía el motivo de que no hubiera ningún solidograma ni datapic entre los materiales informativos. Sólo uno de los cinco coroneles podía ser Jaime Wolf. Minobu debía identificarlo, o sufrir una humillación que entorpecería todo trato con aquellas personas en el futuro. Tendría que observarlo todo con calma y confiar en esas observaciones. Serenó su mente y miró a su alrededor.

Junto a él se hallaba una mujer alta, de rasgos marcados, con cabellos de color rubio oscuro que llevaba recogidos en una cola de caballo. Se paseaba de un lado a otro conversando con un ayudante; la presteza de sus pasos indicaba que era su energía más que el nerviosismo lo que la impulsaba. Además, sus gestos eran naturales.

En su caminar, pasó al lado de otro coronel. Dado que éste se hallaba sentado a la mesa, estudiando unos informes, era imposible determinar su altura. El uniforme era demasiado grande para su delgada complexión. Siempre que la mujer rubia pasaba cerca, sus ojos castaños, insertos en un rostro de tez tan oscura como el de Minobu, se alzaban distraídos. Sus gestos eran tan bruscos como el movimiento de su mirada.

El tercero era un hombre bajo, de cabello canoso, porte erguido y gestos firmes y precisos. Llevaba un uniforme entallado a la perfección para su cuerpo, musculoso como el de un atleta. Aunque prestaba casi toda su atención al cuarto coronel, parecía

estar al corriente de lo que hacían los demás. Su actitud era un pozo de serenidad.

Su interlocutor era una mujer de altura similar, de cuerpo fuerte, endurecido por la actividad física aunque suavizado por curvas femeninas. Sus oscuros cabellos no daban ningún indicio sobre su edad. Minobu creyó que era muy joven hasta que se fijó en las arrugas que le enmarcaban los ojos y que sólo podía haber adquirido tras muchos años de entornar los párpados bajo soles deslumbrantes. Una frágil cáscara la envolvía, protegiendo un corazón tierno pero fuerte.

El último coronel estaba sentado, descansando. Era un hombre corpulento, de enorme pecho y hombros. Debía de ser alto, seguramente más que Minobu, que medía dos metros. No se le acercó ningún ayudante mientras permanecía sentado, escuchando a los demás. En ocasiones hacía algún comentario. Su fuerza permanecía dormida.

Tras escasos minutos, la coronel que se paseaba se detuvo, despidió a su ayudante y escrutó a Minobu con la mirada antes de volver su atención hacia la mesa. Dijo algo al coronel fornido, cuya respuesta la hizo reír.

Minobu sabía que había llegado el momento. Todos esperaban que realizara su elección. Demorarla más sería una vergüenza para él, aunque escogiera al coronel verdadero. Dio unos pasos al frente.

Cruzó la cortina sónica que había ahogado las voces alrededor de la mesa y que le había impedido escuchar sus conversaciones. Cuando se acercó, todos callaron. Dejó atrás a la mujer que paseaba, fue al otro lado de la mesa y se planteó detrás del hombre bajo.

—¿El coronel Wolf? —dijo, convirtiendo la cortés pregunta en una afirmación—. Soy el nuevo Oficial de Enlace.

El hombre se volvió hacia Minobu. Sus ojos, grises y fríos, escudriñaron la guerrera de Minobu y se detuvieron por unos breves instantes en la Hoja de *Bushido* que lucía en el bolsillo de la pechera izquierda. Le lanzó una fugaz mirada a los ojos, que desvió justo antes de que resultara impertinente.

—Creo que ha sido algo más que un golpe de suerte. ¿Qué me delató?

—Era obvio —respondió Minobu con voz serena, casi indiferente—. Su *ki* es el único de la sala lo bastante fuerte para el mando que ostenta.

—*Ki*, ¿eh? —Wolf arqueó una ceja y paseó su mirada por los demás oficiales—. Me parece que vamos a mantener una relación interesante, coronel, ¿o debería decir *Chu-sa?*, Tetsuhara.

»Permítame que le presente a mis oficiales. La andariega es Kathleen Dumont, Regimiento Delta; éste es Jason Carmody, Grupo de Operaciones Aeroespaciales. — Señaló con el pulgar a la otra mujer coronel—. Wilhelmina Korsht, Regimiento Gamma. Ese oso cachazudo de la silla es Andrei Shostokovitch, Regimiento Beta; el joven es Kelly Yukinov. —Wolf señaló a un comandante que estaba de pie junto a

Carmody—. Es quien realmente dirige el Regimiento Alfa.

»Me temo que habrá de esperar para conocer al resto de los oficiales. Los transportes no están llegando a las horas previstas.

—Coronel...

El que había hablado era el comandante Yukinov. Cuando hubo atraído su atención, inclinó la cabeza en dirección al umbral de la entrada. Vio al otro lado a los dos oficiales de Espada que se aproximaban, guiados por la misma teniente rubia que había ido al encuentro de Minobu. La mujer tenía una expresión impasible y no decía nada. No cabía duda de que Terasu o Hawken le había ordenado que callara, pues ninguno de ellos tenía una opinión muy elevada sobre la capacidad de las mujeres como conversadoras. Sin vacilar, ambos oficiales cruzaron el arco de la entrada. Tras ellos, la teniente se encogió de hombros y se fue.

—¿Quién de ustedes es Wolf? —inquirió Terasu, que miró a Minobu sólo el tiempo suficiente para dirigirle la pregunta a él. Luego, como Hawken, escrutó a los oficiales mercenarios allí reunidos. Su desprecio era evidente en su porte.

—Yo soy Wolf —dijo el coronel antes de que Minobu pudiese responder.

—Debe ponernos al corriente de la situación actual —le ordenó Hawken.

Wolf se inclinó ligeramente en señal de reconocimiento y empezó a enumerar los planes de los Dragones. Si le había molestado la actitud imperiosa de los oficiales de Espada, no dio ningún indicio de ello.

Sin embargo, aquella inclinación era sorprendente. Demostraba que el jefe mercenario había realizado, como mínimo, un estudio superficial de los gestos de cortesía practicados entre los militares del Condominio. Minobu se preguntó si Wolf era consciente de que ningún *Tai-sa*, o coronel, con mando de las Fuerzas Armadas del Condominio se inclinaría jamás ante un *Sho-sa*, o comandante, como él había hecho. Tal vez consideraba que era lo apropiado para un mercenario ante los soldados de su patrón. Los oficiales de Espada, desde luego, lo habían aceptado como un gesto al que estaba obligado. Por lo que Minobu había presenciado a lo largo del día, Wolf podía estar haciendo el juego a la arrogancia de aquellos oficiales, del mismo modo que se complace a un niño pequeño. Minobu concluyó que aquel coronel mercenario era un hombre que debía ser observado atentamente.

Wolf se disculpó porque el holoprojector no era operativo todavía y pasó a esbozar la situación con palabras. Su resumen fue sucinto y claro, interrumpido de vez en cuando por comentarios y cuestiones de los oficiales de Espada. Parecían especialmente interesados en la actividad de las fuerzas de Davion en el área inmediata del espaciopuerto y el espacio situado sobre él. Aunque sus preguntas eran pertinentes, Minobu notaba, por la estructura de la presentación del mercenario, que a lo largo de su sumario aclararía todas sus dudas. En cuanto hubieron comprobado que todo iba según lo previsto, los oficiales de Espada anunciaron que inspeccionarían

personalmente las medidas de seguridad tomadas para vigilar el espaciopuerto.

El resumen recordó a Minobu que aún había problemas militares en su mundo que afectaban constantemente a él y a quienes lo rodeaban. La obsesión de los oficiales de Espada por los asuntos de seguridad parecía inusual. Creía que la presencia de los oficiales y las compañías que comandaban en aquella operación era una mera oportunidad de sangrar a algunos de los miembros más recientes del regimiento o «calentar» a los veteranos. También era la ocasión de poner a prueba la coordinación, la táctica y, quizá, la lealtad en una situación de combate relativamente controlada. El Primero y Séptimo Regimientos Espada de Luz, desde luego, paladeaban poca acción desde sus posiciones como guardias de honor en la capital, Luthien. Aquel planeta no había presenciado ninguna actividad militar en el tiempo de vida de Minobu. Era un lugar seguro, como correspondía a la capital del Condominio.

—El administrador de la ciudad está en la puerta, mi coronel.

Aquella voz queda irrumpió en los pensamientos de Minobu. Miró a su alrededor. Quien había hablado era un capitán de complexión delgada que había permanecido junto a la mesa todo el tiempo. Llevaba una caja plana y metálica bajo la axila, que estaba unida mediante un cable a un receptor que llevaba en el oído derecho, y, a través de otro, al ordenador portátil que sostenía en la diestra. El micrófono le tapaba parcialmente la boca. Era evidente que se trataba de un dispositivo de comunicaciones, pero Minobu no había visto nunca otro igual.

—Gracias, William —respondió Wolf—. Que pase y que traigan el cuartel general móvil de Alfa.

El capitán ya estaba murmurando las órdenes por el micrófono antes de que Wolf se hubiera vuelto hacia el comandante Yukinov.

—Llegó la hora de marcharte, Kelly. Informa a intervalos regulares.

Yukinov se cuadró con gesto brusco y se dirigió a la salida acompañado de varios suboficiales. Mientras caminaban, todos ellos comenzaron a ajustarse las máscaras humedecedoras. A Minobu le asombró que aquellos mercenarios, tan sencillos en su trato personal, pudieran responder a las órdenes con tanta prontitud, como era su deber. Al menos, aquellos Dragones tenían algunas virtudes militares. La voz de Wolf le llamó la atención.

—Kathy, enciende ese cacharro —dijo.

La oficial rubia, que era la más cercana al holoprojector, cumplió la orden. En el aire, flotando sobre la mesa, apareció un mapa en relieve del continente de Aja. El terreno estaba pintado con un color gris apagado, que permitía que las luces rojas y azules de las unidades desplegadas quedaran resaltadas.

—Acabemos con este jaleo —comentó Wolf con impaciencia—. Así podremos dedicarnos por completo a nuestro invitado.

Alrededor de la mesa, los coroneles empezaron a desgranar sus informes, consultar sus ordenadores personales e impartir órdenes a sus subordinados. La tumultuosa actividad reflejó la reacción de Minobu al último comentario de Wolf.

—¿Qué significa este «jaleo», coronel Wolf? —le preguntó, confundido.

Wolf dejó de estudiar el holomapa.

—Se debe a la visita del barón de Batan. Ha venido a conocer a los enloquecidos mercenarios y no queremos defraudarlo.

—*So ka*. ¿Así, el invitado al que esperan no es el administrador de Davion?

—Por supuesto que no —contestó Wolf, y frunció el entrecejo levemente por un instante fugaz—. ¿No se lo han comunicado? Su Coordinador quiere volver a ser un soldado.

Minobu creyó que no había comprendido bien a Wolf. Tal vez el mercenario había confundido los rangos del Condominio. No podía referirse al lord Kurita.

—Takashi Kurita viene a visitarnos en persona —dijo Wolf.

De súbito, la preocupación de los oficiales por la seguridad resultó obvia. En su mezquindad, le habían negado aquella información. Una vez que Minobu supo que el Coordinador del Condominio Draconis venía a Quentin, no pudo más que preguntarse el porqué.

## **Espaciopuerto de Batan, Quentin IV Marca Draconis, Federación de Soles**

**14 de junio de 3023**

La carretera de Batan al espaciopuerto corría paralela al campo de aterrizaje a lo largo de un kilómetro. El coche que recorría aquella carretera era de un sobrio color gris. Del guardabarros derecho colgaba una bandera con los colores de la Federación de Soles; del de la izquierda, la enseña de la ciudad de Batan. El barón Augustus Davis, jefe administrativo de la ciudad, podía ver por la ventanilla del coche al invasor que formaba sus tropas.

En el cielo, una Nave de Descenso se hallaba en el vector de aproximación final para unirse a otras que ya estaban posadas sobre el campo de aterrizaje. Más allá de la verja, cuyos orificios estaban recubiertos de alambre de espino, distinguió aparcamientos de vehículos, caserones prefabricados y, lo peor de todo, hileras e hileras de BattleMechs. En lugar de soldados patrulleros se alzaban torres de vigilancia dotadas de sensores.

El coche aminoró la velocidad al acercarse a la barricada que se había elevado al otro lado del recodo en que la carretera torcía hacia el espaciopuerto. Davis frunció el entrecejo al ver las dos banderas colgadas de mástil del puesto de guardia. Una era la enseña con la cabeza de lobo negro de los Dragones de Wolf, que reconoció por los informes holográficos sobre batallas celebradas por toda la esfera interior. Sabía que los Dragones eran mercenarios, soldados de alquiler, leales únicamente al todopoderoso billete C. Había oído decir que aquellos que servían bajo la cabeza del lobo eran mejores que la mayoría de los de su calaña, pero apenas importaba, teniendo en cuenta a qué amo servían entonces. Sobre la bandera del lobo ondeaba la enseña de su nuevo patrón: el odiado Dragón de Casa Kurita.

El Dragón había traído la guerra al sistema Quentin durante siglos y, con las hostilidades, muchos sufrimientos a los dos planetas habitados. La producción anual

total de las minas de Quentin III era menor que la cuota de un solo mes en los días de la Liga Estelar. Quentin IV se había sumido en una época todavía más oscura. Sus instalaciones de investigación habían desaparecido y las pocas industrias que quedaban pugnaban por sobrevivir. Pero el Dragón había vuelto, y Quentin IV sufriría de nuevo.

Los pensamientos de Davis se detuvieron al mismo tiempo que el coche. El conductor bajó su ventanilla, por la que entró un soplo de aire seco y caliente, y entregó un salvoconducto al guardia. El salvoconducto había sido presentado al Ayuntamiento aquella misma mañana, junto con una invitación —o, mejor dicho, una orden— para visitar al jefe de la guarnición.

Tras la visera opaca del casco, que le cubría el rostro, el soldado examinó los documentos durante un rato en silencio. Con voz desfigurada por los filtros del casco, anunció que podían pasar. El guardia hizo una seña a sus compañeros de que levantasen la barrera. Cuando el camino quedó despejado, indicó al vehículo que siguiera adelante.

El coche entró en el espaciopuerto, convertido en campamento enemigo. Allí, diversas Naves de Descenso desembarcaban hombres, equipos y provisiones. Mecánicos y obreros ataviados con uniformes de los Dragones trabajaban por doquier. Entre ellos había hombres que vestían trajes aislantes del calor, manufacturados en el mismo planeta. Davis se esforzó por reconocer los trajes cuando alguno de aquellos trabajadores pasaba cerca, pero la máscara humedecedora siempre lo derrotaba.

En una ocasión, el vehículo hubo de apartarse para dejar pasar una columna de BattleMechs. La mayor parte de aquellas gigantescas máquinas estaban pintadas de marrón, rojo apagado y gris, para confundirse con los colores de las tierras erosionadas del interior del continente. Había algunos colores brillantes y diseños extravagantes, como si el piloto desafiara a sus enemigos a fijarse en su BattleMech para combatirlo. Desde la distancia, aquellas máquinas sólo parecían otros útiles de guerra. Pero, cuando los 'Mechs pasaron caminando pesadamente junto a su coche, Davis se estremeció y se hundió en el asiento, mientras su odio desaparecía bajo una oleada de miedo. Conocía el tamaño de aquellos ingenios, pero la presencia física de aquellas enormes patas pasando junto a la ventanilla como una mancha borrosa, con pies lo bastante grandes como para aplastar el vehículo, le causaba una profunda desazón. Juntó sus manos trémulas, pero no consiguió que dejaran de temblar y acabó por esconderlas entre las rodillas. Todavía las tenía allí apesadas cuando el coche reemprendió la marcha.

Cuando el vehículo llegó al edificio principal, una rubia estúpida fue a recibir al barón. La mujer estuvo parloteando de manera interminable mientras lo guiaba entre los escombros esparcidos por el ataque contra el espaciopuerto. Si aquella soldado



representaba la clase de individuos que eran los invasores kuritanos, Davis pensó que las fuerzas de Davion no tardarían en ahuyentarlos hacia el punto de salto del sistema. De súbito, vio que su guía se había desvanecido y él se hallaba en una sala llena de militares.

La primera persona que le llamó la atención fue un hombre alto y negro, ataviado con el uniforme de oficial kuritano. Un miembro de las tres veces malditas Fuerzas Internas de Seguridad, sin duda; un perro enviado por los draconianos para vigilar a su jauría asesina. Batan vería a otros como él si los invasores permanecían allí mucho tiempo.

Los demás vestían monos de camuflaje. Con toda seguridad, uno de ellos era Wolf. Davis buscó la insignia de coronel, pero descubrió con asombro que había cinco. «¿Cómo se supone que puedo adivinar cuál de ellos es Wolf?», se preguntó. Seguramente, los mercenarios habían montado aquella farsa para avergonzarlo y ponerlo nervioso. Les daría una lección. Examinó con atención a los candidatos y encontró a su hombre: un retrato perfecto del bárbaro, cómodamente sentado y satisfecho de la destrucción que había causado. Davis se acercó a él y, con el volumen exacto de aburrida indiferencia que quería manifestar, dijo:

—El coronel Wolf, supongo. Soy Augustus Davis, barón de Batan. Tengo entendido que deseaba discutir ciertas cuestiones conmigo.

El hombre se incorporó de la silla. Sus anchos hombros rebasaron la altura de la mirada de Davis, que acabó contemplando un pecho cubierto de cintas recordatorias de campañas.

—¿Davis? No recuerdo haber solicitado la presencia de ningún Davis —masculló, y agregó por encima de la cabeza del barón—: Me voy a echar una cabezada. Despertadme si ocurre algo importante.

El hombretón dio media vuelta y salió de la sala. Davis clavó una mirada feroz en su espalda y maldijo en silencio al coronel y su insufrible arrogancia por haberlo convocado al espaciopuerto sólo para insultarlo de una forma tan burda.

—¿El barón Davis?

El aristócrata se revolvió y vio al coronel bajo y de cabellos grises, que tenía la mano tendida hacia él.

—Soy Jaime Wolf. Me alegro de que pudiera encontrar tiempo en su agenda para atenderme hoy. Trataré de ser breve.

Davis le estrechó la mano. Su presa era firme. Comprendió que había hecho el ridículo al presentarse al hombre equivocado. Necesitaría ciego esfuerzo para recuperar la iniciativa. Antes de que pudiera decir nada, Wolf volvió a hablar.

—No se enfade con el coronel Shostokovitch. A menudo, su sentido del humor es difícil de entender para los que lo tratan. Por favor, tome asiento y vayamos al grano.

—Yo... Bueno..., sí, desde luego —balbuceó el barón. Al fin y al cabo, había

perdido los nervios y cedido la iniciativa a Wolf. Las cosas no se producían tal como las había previsto. El coronel mercenario no era en absoluto la clase de hombre que Davis había esperado encontrar. Wolf parecía sincero y abierto, y su manera de hablar era la de una persona culta. Era evidente que no se trataba de un jefe mercenario normal y corriente.

—Deseo ofrecerle mis disculpas por la molestia que significa nuestra presencia en este lugar. Le aseguro que tampoco a nosotros nos agrada esta situación. Nuestra llegada no estaba planeada de antemano. Sus defensas orbitales fueron un poco más expeditivas de lo que esperábamos.

Wolf se encogió de hombros y esbozó una sonrisa. A Davis le distraía el juego de colores en el holomapa, donde se mostraba la disposición de las fuerzas de los Dragones. «Este Wolf no es infalible», se jactó Davis para sus adentros. Sin duda, el mercenario pensaba que él estaría demasiado desconcertado para fijarse en el mapa, que podía ser de gran ayuda para las fuerzas de Davion.

—Hemos tenido que desviar el grueso de nuestra fuerza a este lugar para asegurarnos de que no habría problemas con los aterrizajes —prosiguió Wolf, aparentando no haberse percatado del interés del barón por el holomapa—. Batan no es nuestro objetivo y no tengo ningún deseo de traer la guerra aquí, Excelencia. Sin embargo, no me malinterprete. Ya que estamos aquí, tengo la intención de retener el espaciopuerto mientras permanezcamos en el planeta; sus instalaciones son muy provechosas para nosotros.

»Nuestras tropas partirán dentro de poco tiempo y sólo dejaremos una guarnición. Su ciudad sufrirá escasas molestias, y su cooperación podría reducirlas al mínimo.

«¡Ah!, llegó el turno de las advertencias y las amenazas —se dijo Davis—, seguidas de órdenes de abastecer de provisiones y trabajadores a los invasores sin recibir nada a cambio».

—Si me asegura que no habrá actividades guerrilleras ni sabotajes contra nuestra retaguardia, declararé la ciudad como zona neutral..., sin combates —prosiguió Wolf—. También necesitaremos obreros, pero no habrá esclavitud ni trabajos forzados. Pagaremos salarios justos por el trabajo bien hecho, así como un dos por ciento por encima del precio de mercado por las provisiones... en billetes C. —Wolf hizo una pausa para que el barón sopesara la oferta—. ¿Cree que nuestras condiciones son razonables?

—Creo que..., pues..., sí, lo son.

El coronel mercenario había vuelto a pillarlo desprevenido. Los términos del acuerdo eran generosos, más de lo que él habría podido imaginar. La oferta de declarar neutral la ciudad, y ahorrarle así la destrucción de la guerra, era casi increíble. Tenía que haber una trampa.

—Coronel, ¿por qué me ofrece todo esto?

—Usted recela de nosotros y no lo culpo de ello —contestó Wolf, y lo miró con expresión de complicidad—. La cuestión es sencilla: no tenemos ninguna cuenta pendiente con la población que usted gobierna. Nuestra misión es una incursión ordinaria, pero este aterrizaje forzoso ha complicado las cosas. Su cooperación las simplificará y me facilitará el trabajo. Estoy dispuesto a pagar por ello. Piense en su pueblo, Excelencia.

»Somos mercenarios. Las fuerzas de BattleMechs que defienden Quentin también son mercenarias... Empresarios, como nosotros. —Wolf gesticuló como para sugerir que Davis también era un empresario—. Somos conscientes de lo que cuesta hacer negocios. Tenemos la oportunidad de realizar una acción militar limpia. Desde luego, este planeta tiene las condiciones idóneas para ello. Un combate urbano sería muy costoso y deseo evitarlo mientras pueda. ¿Y usted?

—También, por supuesto.

—Entonces estamos de acuerdo. Cuento con su colaboración.

—Bien..., lo que usted dice tiene sentido —comentó Davis en tono evasivo, mientras se acariciaba la barbilla.

Preguntó a Wolf por los detalles administrativos y trató de hacerlo hablar mientras pensaba desenfadadamente. Era un buen trato: en aquella ocasión, Batan se salvaría de la destrucción de la guerra. Incluso podía progresar, pues la competencia en el planeta, especialmente de Port Gailfry, el lugar al que se dirigían los mercenarios, disminuiría. Siempre podía informar al duque de que los mercenarios habían mantenido rehenes para obligarlo a cooperar. Tampoco sería muy difícil ocultar los beneficios que él iba a obtener.

—Sí, coronel, trato hecho.

Cuando Wolf regresó tras haber acompañado a Davis hasta su coche, Minobu observó que el mercenario parecía complacido por los resultados de la reunión.

—De acuerdo, gente, volvamos al trabajo —dijo, y se pasó una mano por los cabellos—. William, borra esa estupidez del proyector.

El aire sobre la mesa vibró al cambiar la imagen. Surgieron detalles adicionales del terreno y unas imágenes coloreadas que representaban unidades fluyeron por el mapa. Cuando se hubieron detenido, el aspecto del simulacro era muy distinto del que había tenido durante la visita del barón Davis. En particular, las luces azules, que simbolizaban las unidades de los Dragones, eran mucho más abundantes. Habían aparecido nuevos marcadores de unidades, la mayor parte de ellos en Batan y sus alrededores. Ninguna de las unidades mostradas anteriormente, a excepción de unas pocas en el espacio-puerto de Batan, ocupaban las posiciones de unos minutos antes. Era obvio que Wolf quería que el barón viese el holomapa y la información falsa que contenía. Minobu se preguntó cuántas de las intenciones expresadas por Wolf eran

ciertas. Aquel hombre era un estratega astuto que operaba en varios niveles al mismo tiempo.

Los oficiales comenzaron a describir las operaciones de sus fuerzas, detallando los aspectos fundamentales de su despliegue o sus movimientos planeados, o manipulando la representación holográfica mediante sus ordenadores de bolsillo. Minobu conoció así los detalles del plan de los Dragones. No, se recordó; sólo estaba aprendiendo lo que ellos querían que supiera sobre su plan.

Según las previsiones, los aterrizajes de tropas finalizarían a las seis horas estándar del día siguiente. Luego, el grueso de los Regimientos Alfa y Delta, junto con elementos del Gamma, empezarían a avanzar hacia el sudoeste de Batan. Saltaba a la vista que iba a unirse a los miembros del Regimiento Delta que combatían en Port Gailfry, que era lo sugerido por el tránsito de comunicaciones, cuidadosamente controlado. Aquella maniobra pretendía atraer a las fuerzas davionesas para que atacasen el flanco de la fuerza de los Dragones, que estaba tentadoramente desguarnecido. En realidad, aquel flanco era una pantalla de unidades que se retirarían en caso de presión y atraerían a las tropas de la Federación a la trampa de Wolf.

Cuando las fuerzas enemigas estuvieran lo bastante dispersas, los Dragones atacarían el flanco de los davioneses y los entretendrían. Al mismo tiempo, la fuerza principal atacaría el verdadero objetivo: la ciudad de Fasolht y sus fábricas de BattleMechs, cuyas defensas ya estarían debilitadas por la ausencia de unidades, enviadas a atacar a los supuestamente vulnerables Dragones. Era un plan complejo, que Minobu jamás habría concebido que ejecutaran las tropas de Casa Kurita, por no hablar de unos mercenarios. Sin embargo, Wolf y sus oficiales no parecían extrañarse por las complicaciones y las contingencias, y su tono era de confianza.

Cuando Wolf anunció su satisfacción por el resultado de la escaramuza preliminar y los preparativos de las acciones posteriores, la discusión se concentró en la seguridad de la región de Batan. De acuerdo con los informes, todo iba bien. No se había avistado ninguna unidad enemiga en un radio de cien kilómetros de Batan en las últimas veinte horas.

—¿Le complacen nuestros planes, coronel..., eh..., *Chu-sa* Tetsuhara? —preguntó Wolf a Minobu.

—Suponiendo que sus informes de reconocimiento sean correctos, coronel Wolf, no encuentro ningún defecto en ellos. Sin embargo, tal vez mis colegas sugieran algunas alteraciones de escasa importancia para demostrar sus conocimientos tácticos.

—Entiendo —dijo Wolf, sonriendo—. Aun así, confío en que su lord Kurita tendrá un aterrizaje con toda clase de seguridades.

—Sí —gruñó Wilhelmina Korsht—. En cuanto haya bajado, tendrá sus propios

guardaespaldas para protegerlo. Si entonces se mete en algún lío, no podrá culparnos a nosotros.

—Calma, Willie —la reprendió Wolf. Su siguiente comentario fue dirigido a todos sus oficiales—. Creo que hemos acabado por hoy, gente. Vestíos de gala mañana en honor del lord Kurita. Tal vez sólo sea un jefe de Estado, pero es quien nos paga. Romped filas.

Minobu, estupefacto por el trato irreverente que los oficiales de los Dragones daban al lord Kurita, observó cómo se dispersaban. Habían sostenido la discusión sobre estrategia y táctica con una experiencia y prontitud impresionantes; no obstante, su falta de respeto era tan molesta como desconcertante. Minobu sabía que el respeto era una parte integrante de una valoración de lo apropiado.

En cuanto al propio Wolf, parecía un hombre multifacético, capaz de adaptarse a las circunstancias. Minobu no podía evitar sentirse intrigado.

Se acercó a Wolf, que seguía de pie junto a la mesa.

—¿Por qué juega a este juego, coronel? —le preguntó—. ¿Por qué se oculta entre sus oficiales?

Wolf lo miró y guardó silencio por unos momentos.

—Me dice algo sobre la gente con la que trato.

—*So ka* —asintió Minobu, comprendiendo—. Yo también he descubierto algo sobre la gente con la que trato.

—¿En serio? —La mirada de Wolf era penetrante. Levantó su ordenador portátil y añadió—: ¿Sabe?, usted es el primero que lo entiende desde hace bastante tiempo... ¿*Ki*, dijo usted?

—Sí.

—Lo tendré en cuenta.



## **Espaciopuerto de Batan, Quentin IV Marca Draconis, Federación de Soles**

**17 de junio de 3023**

Minobu entró en el centro de mando acompañado del coronel Andrei Shostokovitch, el corpulento oficial de los Dragones designado guía de Minobu por el campamento. La ronda había empezado tres días atrás en el lugar del accidente de una Nave de Descenso davionesa. Los Dragones ya estaban reparándola para añadirla a su dotación de naves; su contrato les permitía apropiarse de los equipos del enemigo que averiasen. Desde aquel momento, los dos coroneles habían sido compañeros casi inseparables durante las horas de vigilia de Minobu. «Enlace del enlace», había definido su labor el propio Shostokovitch.

El hombretón había respondido libremente a todas las preguntas de Minobu, rasgando el velo del secreto que parecía rodear a los Dragones de Wolf. Sin embargo, mantenía la reserva sobre toda cuestión anterior al período de servicio de los Dragones en favor de Casa Davion.

Shostokovitch se aseguró de que Minobu visitara todas las instalaciones que los Dragones tenían en el planeta. El único lugar aparentemente inaccesible eran las cubiertas superiores de la Nave de Descenso capitana de Wolf, la *Chieftain*, pero a Minobu no le extrañó: Wolf era el jefe de aquellos hombres —y mujeres, se recordó— y era natural que tuviera unos aposentos privados. Shostokovitch le dio un codazo, guiñó el ojo y le aseguró que Wolf tenía un harén de chicas preciosas escondidas allí para pasar un buen rato entre batalla y batalla. Era una broma, por supuesto, de las que el fornido coronel parecía tener una provisión inagotable. En cierto momento del segundo día, Minobu había capitulado ante la alegre y simpática insistencia de su compañero de que lo llamara por su apodo.

—Shos, ¿convocará el coronel Wolf a los jefes de regimiento para la recepción de la Nave de Descenso del lord Kurita?

—No lo creo. Aquí estamos empezando a trabajar en serio y Jaime no permitirá que la pompa sea un obstáculo.

La demora en la llegada del lord Kurita, de tres días ya, había obligado a Wolf a enviar a los jefes de regimiento a sus puestos de combate. Parecía que la presión del mando les impediría reunirse para recibir al Coordinador. El coronel Dumont había partido hacia el noroeste para supervisar el acoso a Port Gailfry, mientras que el coronel Korsht se había unido al comandante Yukinov y al grueso de las fuerzas de los Dragones en campo abierto. Shos y el coronel de vuelo Carmody permanecían en el espaciopuerto. Carmody, aunque protestaba cada día, parecía satisfecho de controlar las operaciones orbitales desde tierra firme. Shostokovitch, que no tenía ningún destino, acompañaba a Minobu y, en sus propias palabras, «se había quedado por allí para asustar a los enemigos». Cada vez que lo decía, su estruendosa risa resonaba por toda la zona de aterrizaje, pero Minobu no estaba seguro de haber entendido el chiste.

Wolf continuaba allí. A medida que pasaban los días y seguía retrasándose la llegada del lord Kurita, pareció inquietarse cada vez más; caminaba sin cesar por el centro de mando y hablaba en raras ocasiones, salvo para dar una orden o solicitar información. Más que estar enojado, como era habitual entre los jefes contrariados, Wolf parecía molesto, inquieto. Cada vez que llegaba un nuevo informe del campo de batalla, Wolf lo introducía en persona en el holomapa y proyectaba infinitas alternativas de futuro posibles. A todas partes lo seguía su especialista en comunicaciones, el capitán William Cameron, que susurraba comentarios al oído del coronel como un espíritu guardián.

Minobu escrutó a Cameron. El joven oficial de los Dragones era, como mínimo, treinta años más joven que Wolf, y de altura lo aventajaba en una cabeza. Su complexión delgada estaba presidida por un rostro vulgar y pecoso que le daba un aspecto muy poco atractivo. Ello, combinado con sus ademanes serenos, hacían que aquel hombre pasara inadvertido entre la multitud de deslumbrantes oficiales que rodeaban a Wolf. Tal vez fuese disimulado, pero de ningún modo carecía de importancia. El aspecto corriente de Cameron ocultaba un talento excepcional.

William Cameron era el filtro de Wolf. Los datos transmitidos desde el campo de batalla y del ordenador principal, a través del sistema Tacticon B-2000 instalado a bordo del BattleMech *Cyclops* CP10-Z del capitán, se introducían en la unidad informática que llevaba sobre el hombro. Así, Cameron podía supervisar al mismo tiempo todas las comunicaciones de los Dragones y comprender lo que para otras personas no sería más que una cháchara indescifrable. Era capaz de seleccionar y aislar los datos importantes, actualizar el mapa de situación de su líder e informarle de los comunicados de relevancia vital. Y lo más importante: sus juicios sobre el valor de las informaciones era fiable. El talento de Cameron, unido a la tecnología de

los Dragones, constituía una poderosa combinación que liberaba a Wolf para que pudiese ejercer sus considerables dotes de mando, una libertad por la que muchos otros líderes habrían pagado un alto precio por disfrutar.

A una orden de Wolf, Cameron rodeó la mesa del mapa para ir al encuentro de Carmody. No había cubierto la mitad de la distancia cuando se detuvo bruscamente y escuchó con atención por unos momentos. Luego habló, y su voz era grave, con un matiz de emoción impropio de alguien como él. ¿Ansiedad, tal vez?

—Llamada delta, mi coronel.

—Pásamela —dijo Wolf.

Los dedos de Wolf tablearon rápidamente sobre el teclado de su ordenador portátil. Datos sobre la preparación de las unidades parpadearon sobre el holomapa. Puntos de un color rojo intenso aparecieron a un tercio del camino de Batan a Fasolht. Una fantástica luz carmesí rodeaba estos puntos y bañaba una extensión de terreno que abarcaba todas las líneas de marcha previstas que Minobu había visto en las reuniones de planificación de la campaña. Wolf quedó absorto en las imágenes que se mostraban en la pantalla mientras Cameron volvía a colocarse a su lado.

Minobu no deseaba interrumpir a Wolf y optó por dirigirse a su acompañante.

—El coronel Wolf parece inquieto, Shos —dijo—. ¿Qué es una llamada delta?

—Significa problemas —respondió el hombretón; el tono jocosó había desaparecido de su voz por completo—. Alguien se ha visto envuelto en una situación crítica.

—¿Qué clase de situación crítica?

—Una emboscada, una batalla... Algo gordo. —Shostokovitch señaló la imagen y prosiguió—: Mira, es en el área de Kelly, cerca de un lugar que los nativos conocen como la Grieta de Fuego. Kelly se ha topado con algo y, como comandante provisional, ha decidido que eso podría afectar al plan. Por eso ha querido consultarlo con el jefe. Observa el mapa.

Estaba parpadeando de nuevo. La porción coloreada de rojo creció hasta llenar casi todo el volumen de la imagen. Allí donde los indicativos de unidad habían señalado a batallones, aparecían los símbolos de compañías y lanzas. Varias listas de las unidades de Dragones en el área registraban bajas. Un brillo amarillento, que indicaba la existencia de un enfrentamiento, abarcó varias líneas de riscos. Detrás de aquellas señalizaciones, el fantasmal resplandor rojizo que identificaba los lugares donde se sospechaba que había una concentración de tropas era especialmente intenso en el área que Shostokovitch había denominado «la Grieta de Fuego». De algún modo, las tropas enemigas habían tomado posiciones en el camino escogido por los Dragones.

—Jason, consígueme un mapa del terreno... —dijo Wolf. Su mirada se desvió por unos instantes hacia Minobu, pero éste no hizo ningún gesto de haberlo visto—.



Amplía la proyección. Quiero ver la situación con detalle para que todos podamos examinarla. Luego vuélcalo, con toda clase de refinamientos, en el Tacticon de William.

Minobu notó un leve énfasis en la palabra *todos*, ello sugería que la composición del grupo reunido alrededor de la mesa tenía importancia. Wolf había estado a punto de dejar escapar algo que había mantenido en secreto hasta entonces: una fuente oculta de datos que podía aportar *refinamientos*. No había pista alguna sobre su naturaleza. Tal vez las FIS lo sabían y, desde luego, estarían interesadas en averiguarlo.

Desde el momento en que Cameron había anunciado la llamada delta se había incrementado la actividad alrededor de la mesa del mapa. Habían aparecido más oficiales, de cabellos alborotados, ojos vidriosos y uniformes arrugados que delataban que algunos habían sido despenados de su sueño. Al parecer, nadie había creído conveniente llamar a Hawken y Terasu del lugar donde preparaban a sus compañías para la llegada del lord Kurita. Wolf levantó la mirada, con la que abarcó rápidamente a los oficiales allí reunidos.

—Kelly ha encontrado un punto de conflicto. Hay varios 'Mechs en un área llamada Grieta de Fuego, una especie de anomalía geológica.

El comandante Stanford Blake, jefe de espionaje de Wolf y el primer oficial en llegar que no estaba de servicio, comenzó un informe sobre la situación:

—Las fuerzas enemigas han sido identificadas como pertenecientes a una unidad llamada «los Aplastadores de Serpientes». William, trae el archivo de mercenarios sobre ellos. Estos tipos son guerreros fronterizos muy experimentados y sienten un gran odio hacia Kurita. —Una nueva ventana de datos se abrió en la imagen holográfica—. Como podéis ver, los informes preliminares de reconocimiento e inteligencia ofrecen una probabilidad del noventa por ciento de que tengan un batallón en Quentin III y otros dos aquí, en IV. La base principal sobre el planeta se encuentra en Carson, con dos compañías separadas para acosar a la guarnición de Fasolht. Los primeros informes indican que sólo estas dos compañías están organizando todo el jaleo, pero se bastan y sobran para causarnos problemas.

—Serán duros de roer —resumió Wolf—. Son veteranos y conocen el planeta.

—Mi coronel, las transmisiones davionesas interceptadas indican que la oposición encontrada en la Grieta de Fuego actúa sin órdenes específicas —anunció Cameron—. Es un avance no autorizado.

—Tal vez podamos aprovecharnos de ello —comentó Wolf. Se peinó los cabellos con los dedos y reflexionó por unos momentos—. Actualmente se encuentran en el lugar donde queremos ir. Si pueden complicarnos la vida o buscar más compañía, tendremos que revisar nuestros cálculos sobre el costo de esta operación. Nuestras visitas están al llegar y no quiero ninguna situación embarazosa. Creo que voy a

echar un vistazo yo mismo.

»William, que la lanza se prepare para partir inmediatamente. Jason, estáte alerta, pero no quiero ninguna otra misión de reconocimiento. No podemos permitir que el enemigo se percate de cuáles son nuestros intereses.

»Shos, quedas reincorporado al trabajo. Dirige el campamento. Ejercerás funciones de protocolo si yo no vuelvo a tiempo para saludar a nuestro invitado.

Cada uno de los oficiales mencionados asintieron en señal de reconocimiento de sus órdenes.

Minobu observó el rostro de Wolf mientras impartía las órdenes y cuando emprendió el camino hacia el campo de aterrizaje, donde debía de estar esperándolo su BattleMech. Aquella faz estaba libre de las molestas preocupaciones que habían contraído su expresión. La llamada a la acción parecía haber liberado su espíritu. Su energía estaba orientada, enfocada hacia un objetivo. Estaba listo para actuar con resolución. Se sentía en su elemento. Wolf se detuvo en seco al pasar junto a Minobu.

—*Chu-sa*, usted ha venido a observar cómo trabajamos. ¿Desea venir conmigo?

Minobu no respondió de inmediato. Seguramente Wolf sabía que él no tenía BattleMech. El mercenario estaba pidiéndole que confesara su deshonor. Muy bien.

—Soy un Desposeído, coronel Wolf. Sería un lastre para ustedes.

—Tonterías —dijo Wolf, y lo tomó del brazo—. Eso podemos arreglarlo. ¡Vamos!

La presión que sentía en el brazo y la atención de los presentes en la sala impulsó a Minobu a obedecerlo. La única alternativa era montar una escena de indecoroso rechazo al ofrecimiento.

Cuando cayó sobre ellos el calor agobiante del sol de Quentin, Minobu apenas dispuso de tiempo para pensar, conducido por Wolf a paso ligero. Blake y Cameron los acompañaban. Una mayor rapidez sería absurdo, porque era contraproducente calentar el cuerpo *antes* de entrar en la carlinga de un BattleMech. Frente a ellos, la media docena de BattleMechs de la Lanza de Mando de Wolf se alzaban bajo el deslumbrante sol.

Entre las extrañas máquinas estaba plantado el *Cyclops* que era el 'Mech de Cameron. Minobu se fijó en un *Archer* azul con unos bordes dorados que le resultaba familiar. *So ka*. ¿Había sobrevivido también el piloto en Dromini? Dispondría de tiempo para averiguarlo después de aquella crisis. Si era el mismo piloto, valía la pena conocer a aquel guerrero.

A la sombra de las máquinas de guerra se encontraba un pequeño grupo de personas. Tres de ellos iban ataviados con chalecos refrigerantes, que los identificaban como MechWarriors. Como los oficiales recién llegados del centro de mando, no llevaban máscaras humedecedoras. Esperaban escapar del árido ambiente muy pronto, en el interior de sus 'Mechs, donde los sistemas de filtro mantendrían la humedad del aire.

Los rostros de los MechWarriors eran desconocidos para Minobu. Cualquiera de ellos podía ser el guerrero cuya vida había salvado en Dromini VI, pues todos tenían aspecto de ser veteranos de los cruentos campos de batalla de los Estados Sucesores.

Los demás miembros del grupo, cuyos distintivos de los uniformes los identificaban como Techs, iban equipados para trabajar en las brutales condiciones del planeta. Estaban ocupados realizando comprobaciones de última hora o poniendo al corriente a los pilotos sobre el estado de sus máquinas.

Al llegar el grupo de Wolf, un par de Techs se adelantaron para ayudar a los oficiales de los Dragones a despojarse de sus uniformes. En cuanto Wolf se hubo ajustado su chaleco, y mientras su asistente le colocaba los sensores de *biofeedback*, hizo señas a una mujer que lucía la insignia de Tech de Primera, para que se acercara.

—Bynfield, quiero que encuentre algo para el coronel Tetsuhara —le dijo.

—Como desee, mi coronel —respondió la mujer. Su voz, aunque apagada por la máscara, transmitió la molestia de una persona ocupada a la que se pedía que emprendiera una labor todavía más pesada. Se volvió hacia Minobu y dijo—: Tenga la bondad de seguirme, señor.

Minobu la obedeció y la siguió hasta un hangar. Al entrar, miró hacia atrás y vio a Wolf conversando con los miembros de su lanza.

—¿Qué máquina pilota, señor?

Minobu notó que había empleado el tiempo presente. Era imposible que aquella Tech supiese que él carecía de 'Mech y, por tanto, había supuesto que no disponía de la máquina en aquellos momentos. Minobu no tenía por qué manifestar su desgracia a una persona de la posición social de aquella técnica, pero tampoco se esforzaría por elaborar una mentira.

—Mi último BattleMech fue un *Panther*.

—Un *Panther*... —La Tech consultó un ordenador de mesa—. Mmmm... No puedo conseguirle uno ahora. Tengo un VND-1R que acabamos de reparar. Está en el parque de vehículos. ¿Qué le parece?

Minobu no había manejado nunca un *Vindicator*, así que preguntó los detalles de su pilotaje a Bynfield mientras examinaba los diagramas que aparecían en la consola. De un MechWarrior se esperaba que fuese capaz de pilotar cualquier 'Mech. En teoría, su adiestramiento lo había preparado para ello, pero, como era habitual en todo el universo, la teoría no se correspondía con la realidad.

La mayoría de BattleMechs tenían una forma humanoide. Sin embargo, fuera cual fuese su tamaño, había que diseñar los controles para que se acoplasen a un piloto humano. Aquello los hacía similares, mas no idénticos. Incluso unas diferencias secundarias en la disposición de los instrumentos podían causar unos momentos de duda capaces de costar la vida a un MechWarrior. Del mismo modo, prever un cierto radio de giro o la proporción de una dispersión de calor no apropiada para su

máquina, podían ser letales en el mundo de la batalla, regido por acciones tomadas en décimas de segundo. El problema se complicaba todavía más por el declive de la tecnología de los Estados Sucesores. Cada vez eran más comunes las modificaciones y los apaños. Había una variedad tan desorbitada de alteraciones que ningún plan de estudios de una academia de MechWarriors podía abarcarlas todas.

Las características de funcionamiento de aquel *Vindicator* eran similares a las de su antiguo *Panther*. El 'Mech tenía capacidad de autopropulsión y una velocidad similar en tierra. Pesaba diez toneladas más e iba equipado con un armamento y un blindaje más pesados. La mayor diferencia radicaba en el CPP Smasher de Ceres Arms que llevaba montado en el brazo derecho, en lugar de un puño de combate. El complejo dispositivo de refrigeración del arma hacía de ella un sistema menos compacto que el CPP Lord's Light del *Panther*.

La lectura de datos del ordenador mostró un único sistema no estándar: un afuste Holly en sustitución del lanzamisiles Jaguar de Sian/Ceres, de producción capelense. La velocidad de descarga del Holly era ligeramente inferior a la valorada en un afuste Jaguar recién salido de fábrica, pero su reputación entre los MechWarriors de la Esfera Interior era mucho mayor. El registro de mantenimiento de aquella unidad era irreprochable y el registro general del BattleMech era casi tan bueno como el del arma.

—El *Vindicator* es adecuado, Tech Bynfield.

—Me alegra que sea de su agrado, *coronel* —respondió Bynfield con sarcasmo—. Trabajamos duro para tener máquinas con la calidad adecuada. Tenga la amabilidad de acompañarme.

La Tech señaló un microbús que había llegado mientras Minobu estudiaba los archivos del ordenador. En el asiento del pasajero había un chaleco refrigerante, con los cables de los sensores de retroalimentación enrollados cuidadosamente sobre él. Minobu lo apartó y tomó asiento. Apenas se había puesto cómodo cuando Bynfield encendió el motor y dirigió el vehículo hacia el fondo del hangar. Atravesaron las puertas abiertas y fueron al parque de vehículos. Minobu reconoció la silueta del *Vindicator* gracias a las vistas almacenadas en el archivo de datos. La estructura de un ascensor estaba arrimada al 'Mech, y un par de microbuses y un camión refrigerante estaban aparcados a sus pies.

Bynfield frenó bruscamente y saltó del vehículo. Se encaminó al 'Mech con la espalda tiesa. Minobu bajó y permaneció a la sombra del BattleMech para despojarse del uniforme y ajustarse el chaleco refrigerante. Mientras observaba cómo Bynfield supervisaba los últimos preparativos de su personal para activar el 'Mech, notó claramente su perfeccionismo y su maestría técnica. Actuaba y daba instrucciones con la seguridad de una experta. Por fin, comprendió su actitud. Él la había tratado como a una simple obrera, no como a la artista que, evidentemente, creía ser. Cuando

ella volvió para anunciarle que el 'Mech estaba listo, Minobu hizo una reverencia y respondió:

—Le doy las gracias, Maestra de Primera.

Bynfield se quedó atónita. Luego meneó la cabeza e hizo ademán de recoger el bulto del uniforme y las espadas.

—Sus cosas estarán en el cuartel general, señor.

Minobu se cruzó en su camino.

—Puede recoger el uniforme cuando me haya ido —le dijo—, pero debo llevar conmigo las espadas.

Levantó la *wakizashi*. Aflojó el cinto *sageyo*, se lo echó sobre el hombro y volvió a ajustarlo. Se colocó la espada en un lugar donde la hoja no le molestase cuando estuviera a bordo del 'Mech. Luego efectuó la misma operación con la *katana*. Sus movimientos eran rápidos y precisos.

—De acuerdo. El *Vindicator* está a punto, señor. Como los neurocircuitos han sido ajustados en una posición abierta, no debería recibir retroalimentación. Puede subir por el ascensor.

La Tech lo observó mientras entraba en el aparato. Minobu pulsó el botón y comenzó a elevarse a lo largo del 'Mech.

—Un samurái chiflado... —oyó que Bynfield decía a otro técnico, aunque sabía que ella no había pretendido que la escuchara. A continuación recogió el uniforme y se alejó.

El ascensor se detuvo con cierto estrépito a la altura de la carlinga y Minobu se agarró al recalentado metal exterior del 'Mech. Antes de entrar se quitó las espadas. Sujetándolas por los cintos de las vainas, se deslizó por la escotilla y se sentó en la silla del piloto. Guardó las espadas, echó un vistazo a los controles y comprobó los monitores del sistema antes de cerrar la escotilla.

Extrajo el neurocasco de su departamento, lo apoyó sobre las hombreras del chaleco y conectó los cables de control en el tablero de instrumentos. Aguardó el breve mareo que sabía que se produciría. El neurocasco era una compleja interfase con el ordenador que suministraba datos sobre la situación y posición del BattleMech a la persona que lo llevaba puesto. Los sistemas de control del 'Mech utilizaban la retroalimentación del sentido del equilibrio del propio piloto para guiar los giróscopos en el control de los movimientos de la máquina. El MechWarrior realizaba todas aquellas operaciones de manera subconsciente, pero el momento de la conexión siempre era perceptible.

El vértigo llegó y se desvaneció enseguida. Sólo había resultado un poco más desagradable de lo que Minobu estaba habituado, pues las frecuencias no estaban ajustadas específicamente para él. Segregó una notable cantidad de adrenalina al percibir el equilibrio de la máquina: ya controlaba el BattleMech. Las pantallas de

visión, configuradas para el espectro de luz visible, mostraban cómo el personal de tierra se dispersaba. Cuando salió del parque de vehículos, levantó el CPP en señal de saludo.

Aquel día, aunque sólo fuera por un rato, Minobu Tetsuhara volvía a ser un MechWarrior.

## **Grieta de Fuego, Quentin IV**

### **Marca Draconis, Federación de Soles**

**17 de junio de 3023**

El *Vindicator* avanzaba por un paisaje infernal. Minobu no había visto ningún indicio de vida animal, y las únicas plantas eran unos raquíuticos matorrales y hierbajos, teñidos del color ámbar oscuro del análogo de la clorofila que había evolucionado en aquel planeta. Dondequiera que mirase veía columnas de roca rojiza con la forma de fantásticas agujas que recordaban los antiguos minaretes y arcos de Al Na'ir. Entre ellas se alzaban altiplanicies de sedimentos amontonados y cubiertas de grisáceas cenizas y piedra pómez desgastada por la erosión. En diversos lugares, penachos de vapor se alzaban de cráteres volcánicos activos; y todo parecía deformado por el efecto del calor y el humo.

Hacía mucho más calor que en el espaciopuerto, un calor producido por la luz directa del cegador sol blanco, reflejado por las cenizas y generado por los movimientos del 'Mech. El calor era una preocupación constante para un MechWarrior. Si el caldeoamiento interno de un BattleMech aumentaba en exceso, su eficacia funcional quedaba en entredicho. Sus delicados sistemas podían averiarse y existía el peligro de una explosión en el depósito de municiones si la máquina llevaba un afuste de misiles o un arma balística. Y, si los niveles de calentamiento subían demasiado, los circuitos de seguridad automáticos podían desactivar la planta de fusión del 'Mech, dejando al MechWarrior indefenso en medio de una batalla. Apenas estaba en los alrededores de la Grieta de Fuego. Cuanto más se adentrara, las condiciones serían peores, pues los penachos de humo que se elevaban al sur mostraban que la actividad volcánica era mayor en aquella área.

Minobu comprobó la escala de calor del *Vindicator*. Se mantenía baja, pero aquello cambiaría si tenía que librar un combate. Los Techs de los Dragones habían montado controladores de velocidad y habían alargado el tiempo de reciclamiento de

las armas de los 'Mechs para demorar la paralizante acumulación de calor. No debía olvidarlo si quería utilizar aquel 'Mech con eficacia. Los datos de estado indicaban que los radiadores operaban al cincuenta y dos por ciento de la capacidad estándar. Era demasiado sencillo sobrecalentar aquella máquina.

El *Vindicator* avanzaba por la ruta que Minobu había recibido del centro de mando al salir de Batan y que teóricamente debía conducirlo al cuartel general de campaña del Regimiento Alfa para reunirse con Wolf. El mercenario no había aguardado a que se facilitara a Minobu el 'Mech prestado. El y su Lanza de Mando habían partido, dejando que el oficial de enlace tuviera que ir en su busca. Minobu se preguntó por unos momentos si no sería otra prueba, pero concluyó que la explicación más probable era que Wolf quisiera encargarse de la situación cuanto antes.

Las comunicaciones eran irregulares desde que había entrado en el área de la Grieta de Fuego. Cuando no estaban interrumpidas por completo por las masas de granito del paisaje, lo eran por la estática. Sólo cuando cruzaba un risco podía captar las frecuencias de batalla de los Dragones con una claridad razonable. La elevación también exponía al *Vindicator* a la observación del enemigo: un riesgo que no valía la pena correr. En aquellos momentos no era indispensable mantener un contacto permanente.

No había sido capaz de comunicarse con el Mando Alfa. Seguramente se mantenían en la ubicación que había visto en el mapa. Al consultar la visualización del mapa a su derecha, vio que sólo estaba a unos cuarenta y cinco kilómetros del lugar. Si el terreno hubiera sido llano, el 'Mech habría podido llevarlo allí en dos horas, incluso con la velocidad limitada por un controlador. Sin embargo, era un pensamiento inútil: el terreno no era plano en absoluto; por el contrario, cada vez era más escabroso. El viaje se prolongaría mucho más en el tiempo, mas no podía predecir cuánto.

Minobu descendió por una ladera con el *Vindicator* y luego avanzó sobre un antiguo río de lava. Como al 'Mech le resultaba más sencillo andar sobre aquella superficie relativamente llana, pudo aumentar la velocidad por un rato. Cuando el río comenzó a desviarse en otra dirección, hubo de regresar al terreno rocoso y accidentado y buscar el mejor camino por pedregales.

Las distancias eran engañosas en aquella región yerma. La erosión había esculpido numerosas formas fantásticas de diversos tamaños; pero el tamaño y la silueta no tenían ninguna relación entre sí y la piedra carecía de toda escala. Si aquello se sumaba a la falta de medidas ordinarias, tales como árboles, vehículos o gente, era casi imposible estimar las distancias de acuerdo con los accidentes naturales. Lo que parecía una enorme meseta situada a muchos kilómetros resultaba ser una ridícula elevación a escasos metros. Todo era una gigantesca ilusión que



habría intrigado y deleitado a su abuelo, un jardinero educado en la antigua tradición japonesa de recrear el mundo natural en el microcosmos de un jardín.

El abuelo solía llevarlo al jardín de la familia. En aquel tranquilo lugar, el anciano dio las primeras lecciones al joven Minobu en las disciplinas de la *muga* y le abrió los senderos de la soledad interior que constituyen la fuerza de un samurái. Con el abuelo a su lado, Minobu recorrió aquellos caminos, internos y externos, entre árboles *bonsai* cultivados de manera minuciosa para convertir montículos en picos.

Minobu atisbo por vez primera el BattleMech destrozado cuando atravesó un arco de piedra rojiza. El 'Mech, inmóvil sobre un fondo de agujas de piedra y promontorios, era descomunal y empequeñecía las mesetas. El espejismo y los recuerdos lo habían traicionado: aquello no era un fugitivo del holojuego de un niño, ni una máquina increíble de cientos de metros de altura. Era un *Griffin* normal, destruido en combate. El 'Mech sólo estaba a cincuenta metros de distancia, no a los centenares que había parecido a primera vista.

El costado izquierdo del torso de la máquina carecía de brazo y estaba abierto. Incluso un MechWarrior novato habría notado que una explosión del depósito de municiones había destruido el 'Mech. El daño sufrido en batalla era ligero: todo apuntaba que el calor había sido el asesino. Probablemente, un recalentamiento interno seguido de la detonación de las cabezas explosivas de los misiles. Un destino similar podía aguardar a su *Vindicator*, pues transportaba ciento veinte cohetes de vuelo libre de ochenta y siete milímetros, en afustes de cinco. Si cualquiera de ellos explotaba en uno de los afustes, el BattleMech quedaría reventado con mayor seguridad que si sufriera el impacto de un CPP enemigo. Hacer caso omiso del elevado calor ambiental era un suicidio.

Como el *Griffin* lucía los distintivos de los Dragones, Minobu buscó al piloto. Sin embargo, el sensor de rayos infrarrojos era inútil para localizar el calor de un cuerpo humano entre las rocas. Un rastreo visual no dio mejor resultado. El MechWarrior se había ido o estaba muerto. Minobu introdujo aquella posición en la visualización del mapa para una acción posterior de recuperación de piezas y siguió adelante.

En un momento dado, un géiser hizo erupción en las proximidades y arrojó gotas de agua hirviente sobre el *Vindicator*. Sin realizar un esfuerzo consciente, Minobu apartó el 'Mech de casi toda el agua. En cuanto el 'Mech y él estuvieron a salvo, se dio cuenta de que había alcanzado la *muga*: acción sin pensamiento. Aunque sólo por breves momentos, había superado la barrera. El control de los movimientos del Mech le resultaba más sencillo. Aunque la máquina era torpe a causa del controlador de velocidad, había llevado a cabo los movimientos como si fueran los de su propio cuerpo. De improviso, el camino le pareció más corto y el paisaje empezó a pasar rápidamente ante sus ojos.

Una hora después, al llegar a la cima de una elevación, el receptor de Minobu

captó una emisión. Ajustó ligeramente la unidad de comunicaciones para que la señal fuera más clara. La estática seguía ocultando muchas de las palabras, pero aun así Minobu reconoció la voz tensa del capitán Cameron, que anunciaba una serie de coordenadas. Aguardó a que terminara, desvió la corriente hacia su unidad y envió su propia llamada.

—Cameron, aquí el *Chusa* Tetsuhara. ¿Me recibe?

—¡Por la Unidad! —El siseo de la estática deformaba las palabras, pero no hasta el punto de impedir su comprensión—. Coronel Tetsuhara, ¿dónde está? Espere. Siga transmitiendo para que pueda localizarlo. Creíamos que lo habíamos perdido a usted también.

«¿También?» Minobu se preguntó quién más faltaba. La súbita idea de que pudiera ser el lord Kurita lo aterrorizó.

—¿Qué quiere decir? —inquirió—. ¿Está el Coordinador a salvo?

—¿Eh? —La pregunta pilló desprevenido al capitán. Su habitual tranquilidad quedó destrozada, perdida en el caos—. Creo que sí. Quiero decir que su nave no ha aterrizado todavía. Es el coronel, señor: hemos perdido el contacto con él.

—Cálmese, capitán —dijo Minobu, y siguió su propio consejo al saber que el Coordinador estaba a salvo—. ¿Puede enviarme los vectores de su posición?

—Sí, señor.

La comunicación se interrumpió mientras Cameron consultaba el ordenador. Minobu aguardó a que transmitiese la señal inicial. Cuando captó las coordenadas, cambió de dirección de acuerdo con ellas.

—Cuénteme lo sucedido —le ordenó.

—La Lanza de Mando salió después de que usted fuera a buscar su 'Mech. Cuando llegamos al cuartel general de Alfa, el comandante Yukinov recibió la cuenta confirmada de más de veinte 'Mechs, todos ellos con los colores de los Aplastadores, agazapados en la Grieta. Tenía tres 'Mechs fuera de combate y otros cuatro perdidos. Alfa tenía problemas para localizar a los Aplastadores y no estaba consiguiendo nada.

»Al coronel le preocupaba que hubiéramos de desviar demasiada potencia de fuego para enfrentarnos a esos tipos y delatar nuestra presencia a los davioneses. Los rastreadores eran inútiles y las comunicaciones, intermitentes. El coronel quería saber qué estaba ocurriendo y fue a reconocer la zona en persona. A mí y al comandante Blake nos dejó aquí y se llevó consigo al resto de la Lanza de Mando.

Aquello quería decir que Wolf iba acompañado de otros tres 'Mechs.

—Hace unos tres cuartos de hora, recibimos una transmisión urgente según la cual habían caído en una emboscada de los Aplastadores. En su último informe, el teniente Vordel informó de que las antenas del coronel habían sido arrancadas justo después de ordenar a la lanza que se dispersara. Vordel perdió de vista al coronel en el páramo.

»Hemos llamado de la reserva a la Compañía de Charleton, para quitarnos de encima a esos Aplastadores mientras buscamos al coronel. El comandante Blake está en el aire con su MAT.

Aquello era interesante. Minobu no sabía que la Lanza de Mando incluyera también uno de los raros 'Mechs Aero terrestres. La mayoría de Estados Sucesores tenían problemas para mantener aquellos 'Mechs polimorfos en buenas condiciones para el combate. El hecho de que una fuerza mercenaria pudiese mantener uno de ellos decía mucho sobre la capacidad técnica del personal y el volumen de suministros de los Dragones.

—Las condiciones ambientales son terribles. Los rastreadores de largo alcance no merecen una plegaria de reparación de ComStar. Ya que la radio del coronel está desconectada de nosotros, hemos de encontrarlo por el sistema visual.

—Entonces necesitarán a todos los pilotos disponibles —afirmó Minobu—. ¿A qué distancia estoy del lugar desde donde se recibió la última comunicación del coronel?

—A cinco kilómetros —respondió Cameron con voz titubeante tras una larga pausa—. Al nordeste.

—¿Dónde están los otros buscadores?

Cameron le dio los detalles de los sectores de búsqueda asignados y el número de 'Mechs de los Dragones que había en cada uno. El número de enemigos era desconocido.

—Muy bien. Entraré en el sector siete-delta-tres-tres, porque su cobertura es limitada.

Minobu cambió la orientación de su 'Mech sin prestar atención a las protestas de Cameron de que fuera al cuartel general de campaña por su propia seguridad. Minobu era Oficial en Jefe de Enlace con los Dragones de Wolf por el PSL. Estar al corriente de las actuaciones de Wolf formaba parte de su deber. Si nadie más disponía de aquella información, tenía que obtenerla por sí mismo. Un samurái no podía quedarse de brazos cruzados cuando su deber estaba claro.

Sintió una extraña sensación de alivio cuando las crecientes interferencias ahogaron la voz de Cameron. ¿Era solamente que agradecía el fin de una fuente de distracción? ¿Se alegraba de que nadie pudiera recordarle que sus actos eran más propios de un simple soldado que de un oficial? ¿Que era negligente con su deber auténtico sólo para probar que todavía era un MechWarrior? Se concentró en el pilotaje de la máquina para olvidar unas preguntas que no quería contestar.

Los cambios de rumbo obligados por el tortuoso terreno lo llevaron cerca de las coordenadas de la emboscada. En las frecuencias de comunicaciones no sonaba nada más que el sisear y crepitar de la estática. Minobu decidió explorar el área. Era muy posible que Wolf hubiese regresado para averiguar el destino de su lanza. A falta de

comunicaciones, el último lugar donde habían estado juntos podía parecer un punto de encuentro razonable.

La lucha había sido dura y el terreno daba testimonio de la furia que se había desatado en ella. Minobu escrutó el suelo e imaginó lo que había sucedido. Los Dragones habían sido atacados por sorpresa. Unos cráteres ennegrecidos y algunas zonas de arena vidriada, marcas de disparos errados, delataban de dónde habían venido las fuerzas enemigas. Sin embargo, no todo su fuego había fallado el blanco: fragmentos de blindaje y bloques de metal fundido lo atestiguaban. El brazo de un BattleMech yacía semienterrado, arrancado por la fuerza de una explosión. Pero no había ningún cadáver a la vista.

Minobu observó las huellas de los rápidos giros y aceleraciones efectuados por las máquinas de los Dragones para escapar de la zona de fuego. Vio que se habían dispersado en cuatro direcciones, seguramente con la esperanza de despistar a sus perseguidores en el laberinto de aquella tierras rocosas.

De súbito, comprendió que no tenía la menor idea sobre el tipo de BattleMech que pilotaba Wolf. Tres de los 'Mechs de los Dragones envueltos en la batalla eran máquinas pesadas. Sus rastros eran distinguibles por la profundidad de las marcas. El cuarto era mucho más ligero: un *Wasp* o un *Stinger*. Era el poseedor del brazo arrancado. No era probable que fuera el 'Mech de Wolf: un jefe de su categoría era demasiado valioso para luchar con un BattleMech tan frágil. Entre las otras, cualquiera podía ser la de Wolf.

Superpuestas a las huellas de los 'Mechs de la Lanza de Mando estaban las dejadas por muchas otras máquinas: eran los Aplastadores de Serpientes, que perseguían a sus presas. Sus marcas indicaban que era 'Mechs más ligeros, pero también más numerosos.

Minobu trató de enviar un mensaje por las frecuencias de los Dragones sin tener éxito, lo cual no le sorprendió. Como cualquiera de los rastros de los 'Mechs pesados podía ser el de Wolf, era una decisión fácil para un samurái: siguió la que mostraba el paso de más BattleMechs enemigos.

El rastro pronto resultó difícil de seguir. El Dragón buscaba el terreno más duro, indudablemente porque creía que así dificultaría la persecución. Los rastreadores de sus enemigos debían de estar tan afectados por las interferencias como los de los Dragones, aunque ello también complicaría la tarea de quien tratase de ayudar al guerrero Dragón.

Las marcas de los 'Mechs de los Aplastadores fueron las primeras en desaparecer; eran más superficiales que las de la máquina que perseguían. Luego, las huellas del 'Mech de los Dragones también comenzaron a ser más escasas. Minobu había agachado el *Vindicator* para aprovechar las sombras en el examen de ciertas marcas. Entonces, los receptores de sonido exterior captaron el ruido de pasos sobre grava.

Mientras enderezaba la máquina, el recién llegado anunció su presencia por los altavoces externos de su 'Mech:

—No hagas ningún movimiento raro si no quieres volar en pedazos, amigo.

## **Grieta de Fuego, Quentin IV**

### **Marca Draconis, Federación de Soles**

#### **17 de junio de 3023**

Mientras realizaba movimientos lentos con el 'Mech, Minobu observó que sus rastreadores traseros mostraban un BattleMech semioculto entre las sombras de una aguja retorcida de piedra. Ningún distintivo delataba su bando, aunque el tipo de 'Mech, un *Shadow Hawk* de cincuenta y cinco toneladas, era evidente. El cañón automático, colocado en posición de disparo, sobresalía de su hombro izquierdo, mientras que el brazo derecho, en el que llevaba montado externamente un láser, estaba extendido hacia Minobu.

—Calma, MechWarrior —transmitió Minobu mientras giraba su 'Mech poco a poco—. Soy el *Chusa* Tetsuhara. Estamos en el mismo bando.

Minobu estaba seguro de que, si el piloto hubiera sido uno de los mercenarios hostiles, habría disparado en vez de hablar. Como ellos conocían todos sus BattleMechs de vista, una máquina desconocida tenía que ser forzosamente enemiga y objeto de un ataque inmediato. Era menos probable que los Dragones, con una organización mucho más amplia y mejor suministrada, conocieran todas sus máquinas. Era evidente que aquella había sido una de las ventajas de los Aplastadores en el laberinto de la Grieta de Fuego. Minobu apuntó al cielo con el CPP, pero mantuvo el dedo cerca del interruptor de ignición de sus retropropulsores, por si acaso su análisis de la situación era equivocado.

—Tetsu... —retumbó la voz por los altavoces del *Shadow Hawk*—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Si no le importa conectar la radio en vez de vociferar por toda la Grieta, estaré encantado de discutirlo con usted —respondió Minobu a través de su unidad de comunicaciones.

—Eeeh, de acuerdo... —La voz del otro piloto tenía un matiz de recelo. Un par

de segundos después, el MechWarrior añadió—:... coronel.

—En cuanto a la razón de estar aquí, estoy buscando al coronel Wolf.

—¡Qué sorpresa! —exclamó el MechWarrior. Sus sospechas se habían desvanecido. Los Dragones tenían la suficiente confianza en su red de comunicaciones para crearla libre de intromisiones. Sólo un Dragón, o un aliado, podía saber que Wolf estaba ilocalizable—. Soy el sargento Dechan Fraser. Creía que era el único asignado a este sector, coronel.

—Yo me he asignado a mí mismo. Debemos encontrar al coronel Wolf cuanto antes.

—¿No es lo más imponente?

Cuando el *Shadow Hawk* fue a reunirse con él, retrajo el cañón automático a la posición de transporte. La luz del sol cayó sobre el 'Mech azul oscuro y reveló un halcón dorado encorvado sobre el pecho y la cabeza de un lobo negro sobre un disco rojo en el hombro izquierdo.

Fraser hizo que el 'Mech se agachara y examinó las huellas que Minobu había estado observando.

—No ha pasado mucho tiempo —comentó—. El sol no ha secado todavía el fondo. —El *Shadow Hawk* se irguió y levantó el brazo izquierdo—. Parece que se fue por allí. Este 'Mech tiene compañía. Va a necesitar ayuda, con los Aplastadores pisándole los talones.

—Nosotros lo ayudaremos.

—¿Sabe, coronel? Me gusta su actitud. Vamos.

Diez minutos después, sus micrófonos captaron el ruido lejano de unos misiles. Corrigieron el rumbo y aceleraron la marcha en dirección al ruido. Sólo aminoraron la velocidad cuando Fraser anunció que había visto un BattleMech moviéndose entre las sombras de un risco. Minobu y él pusieron sus 'Mechs a cubierto para observar la situación.

Vieron que allí había varias máquinas de los Aplastadores acosando a una presa que aún no podían localizar. Minobu contó cuatro 'Mechs: un *Locust*, un *Stinger*, un *Javelin* y un *Valkyrie*, todos eran 'Mechs ligeros con armas de escasa potencia. Se movían con cautela y aprovechaban todas las sombras. Seguramente, los pilotos estaban preocupados por la potencia de fuego de su presa. A excepción del *Valkyrie*, ninguno llevaba armamento de largo alcance. Cualquiera de los BattleMechs perdidos de los Dragones era más poderoso que ellos.

Minobu hizo avanzar su máquina y atisbo a la presa de los Aplastadores a través de una rendija entre las rocas: era un *Archer* pintado de azul y oro.

El piloto había intentado cruzar lo que debió de tomar por un río de lava; sin embargo, éste no era lo bastante antiguo, y la máquina, que pesaba setenta toneladas, había roto la corteza y se había hundido hasta la cintura. Nubes de vapor se alzaban a

su alrededor. Minobu podía ver el brillo de la roca fundida cada vez que el 'Mech agitaba las patas tratando de liberarse.

Transmitió un mensaje al BattleMech en el que avisaba al piloto que la ayuda estaba a punto de llegar, pero a Minobu no le sorprendió que el *Archer* no contestara. Los movimientos del 'Mech eran lentos y faltos de coordinación, como si el piloto estuviera mareado o desorientado. El calor en el interior de la carlinga debía de haberlo debilitado y dejado desvalido. Si el guerrero disparaba alguna de sus armas, podía morir cocido allí dentro.

—Su compañero está en graves problemas —transmitió Minobu a Fraser—. Los Aplastadores no se han dado cuenta todavía, pero está indefenso. No le queda mucho tiempo.

—Entonces, ¿a qué está esperando, coronel? Vamos a buscarlo.

El *Shadow Hawk* se incorporó y emprendió la marcha, al tiempo que levantaba una cortina de fuego con el cañón automático.

Minobu lo siguió con mayor precaución. En circunstancias normales, los BattleMechs de los Dragones habrían sido superiores a aquellos Aplastadores, pero los 'Mechs ligeros no tenían los problemas de recalentamiento de sus hermanos mayores. Además, sus niveles de actividad debían de ser más altos. En Quentin, aquello podía compensar y superar las ventajas en blindaje y armamento de los 'Mechs medios.

Los Aplastadores corrieron a refugiarse ante el repentino ataque, pero también disparaban al mismo tiempo. Manteniéndose fuera de la vista del *Archer* atrapado, se volvieron para encargarse primero de sus amigos: la respuesta de unos veteranos disciplinados. Aun así, un Aplastador no se puso a cubierto lo bastante rápido. Algunos proyectiles del cañón automático de Fraser alcanzaron su 'Mech, un *Locust*, y lo hicieron tambalearse.

En una batalla entre 'Mechs, un titubeo significa la muerte. Minobu descargó una ráfaga de su CPP hacia el vacilante *Locust*. Su cuerpo quedó bañado en sudor por el súbito calor generado por la descarga, que amenazó con saturar el sistema de dispersión de calor del *Vindicator*. No obstante, su contrincante tenía problemas más inmediatos: la infernal energía del CPP evaporó parte del blindaje y abrió una brecha hasta las entrañas del 'Mech, que se desplomó entre una lluvia de chispas hasta quedar inmóvil.

La primera victoria de los rescatadores.

Tras haber ahuyentado a los Aplastadores, Fraser puso también su 'Mech a cubierto. Una vez pasada la sorpresa de la primera acometida, los MechWarriors comenzaron un mortífero juego del escondite en las tierras rocosas de la Grieta de Fuego. Era un juego que los Aplastadores de Serpientes ya habían jugado antes. Tenían la ventaja de jugar, por así decir, en «campo propio», que habían aprovechado



para emboscar a la Lanza de Mando de los Dragones. Esta vez iban a tratar de usarla para destruir a dos 'Mechs Dragones más.

Mientras Minobu avanzaba por un paso estrecho, sus micrófonos captaron el rugir de un cañón automático y el fuerte soprido de los misiles más allá de la siguiente colina. Antes de que pudiera acercarse, un *Locust* que lucía el estandarte de los Aplastadores en la antena apareció por un recodo a sus espaldas. El *Vindicator* quedó atrapado en el resplandor rojo de su láser. La luz desgarró profundamente la coraza trasera del 'Mech, pero el disparo de réplica de Minobu hizo huir a toda velocidad a su adversario.

Sus enemigos volvían a ser cuatro. «Cómo mínimo», se recordó Minobu. En aquellas tortuosas tierras podía haber muchos más escondidos. Por los ruidos de batalla que se oían, Fraser estaba enfrentándose a dos de ellos.

El nuevo *Locust* se había perdido de vista detrás de una columna basáltica. Minobu llevó el *Vindicator* a un promontorio para atacarlo desde el siguiente barranco. Al cruzar la cumbre atisbo el cuarto 'Mech de los Aplastadores. Era un *Javelin* que trepaba por una ladera para conseguir una posición de tiro idónea contra el atrapado *Archer*.

El brazo derecho del *Vindicator* se elevó en el mismo instante en que Minobu lo pensó. Un rayo azul voló hacia el 'Mech de los Aplastadores e hizo impacto en la pata que tenía adelantada. El blindaje se desvaneció y, con él, parte de los pseudomúsculos de miómero y los miembros estructurales de aleación de carbono que habían protegido. El 'Mech perdió el equilibrio y cayó hacia adelante. Sus misiles volaron hacia el cielo en una representación visual del grito que había resonado en las frecuencias de comunicaciones abiertas. El *Javelin* se estrelló contra la corteza de lava, la quebró y desapareció en el magma.

Tras utilizar el CPP, el recalentamiento del *Vindicator* creció de manera desorbitada. El retículo del punto de mira de Minobu parpadeó hasta desvanecerse ante la oleada de calor, pero el guerrero pensó que había pagado un precio bajo. El piloto del *Javelin* había ido a reunirse con sus antepasados. Todo MechWarrior temía morir quemado, pero a Minobu le pareció un fin adecuado para un cobarde que quería atacar a un adversario indefenso.

La destrucción del *Javelin* debió de conmover a los Aplastadores, pues dejaron de acechar a los 'Mechs de los Dragones. Sin dejar de disparar, comenzaron a retirarse en orden hacia el este. Habían perdido a dos compañeros y la situación se había vuelto en su contra. Sus BattleMechs estaban dañados y sus adversarios eran mucho más pesados. Se retiraban para volver al combate en un campo de batalla que elegirían ellos.

Aunque el 'Mech de Fraser había sufrido algunos daños, persiguió a sus enemigos haciendo rugir su cañón automático. Al llegar a los límites del páramo, las

máquinas más ligeras eran más rápidas y podían atacar y huir con gran velocidad. Él se lanzó a la carga para matar a un contrario.

Al ver que los enemigos se retiraban, Minobu empezó también a seguirlos. Un guerrero no dejaba escapar al adversario mientras fuera capaz de destruirlo.

¡Un guerrero! ¡El *Archer*!

Minobu frenó.

Los radiadores del BattleMech no podrían soportar la temperatura del magma durante mucho tiempo. Un *Archer* era capaz de transportar casi quinientos misiles. Era cierto que muchos de ellos los habría disparado durante el combate, pero también lo era que el creciente calor haría inminente la explosión de las municiones restantes. Aunque sólo algunos misiles permanecieran en el depósito, probablemente bastaría para hacer pedazos el 'Mech. No podía abandonar a aquel destino al piloto del *Archer*. Ya se enfrentaría y mataría a los Aplastadores otro día.

Minobu se dirigió hacia el *Archer*, que seguía pugnando débilmente por salir de aquella trampa. Sin embargo, con cada intentona se resquebrajaban más trozos de corteza. Minobu maniobró con cuidado para evitar la misma suerte.

—¡Salte, guerrero! —vociferó tanto por el altavoz como por la unidad de comunicaciones.

El piloto no saltó. Cuando Minobu llegó al borde del río de lava, comprendió la razón: el *Archer* había sufrido una serie de impactos de misil en la parte superior del torso, cerca del afuste de misiles del hombro. Fragmentos del blindaje habían salido despedidos y habían obstruido la escotilla. El peso del 'Mech era excesivo para que el *Vindicator* pudiera sacarlo de allí. El MechWarrior estaba encerrado en un ataúd de setenta toneladas.

Inaceptable. Aquélla no era una muerte digna de un auténtico guerrero.

Minobu bajó su 'Mech hasta el suelo y lo hizo arrastrarse sobre la corteza de lava. La piel del magma se agrietó bajo su peso, pero no se quebró por el momento. Minobu sabía tras cada movimiento que el siguiente podía ser una repentina zambullida en la roca fundida a través de la corteza. Avanzó con lentitud desesperante hasta que la carlinga del *Archer* estuvo al alcance del puño del brazo izquierdo del *Vindicator*. Dobló el brazo derecho con el CPP para equilibrar el peso del 'Mech y levantó la parte superior del torso.

Una luz de color rubí brotó del láser Ceres Arms de cinco centímetros que el *Vindicator* llevaba montado en la cabeza. Centímetro a centímetro, la luz concentrada carcomió el blindaje del otro 'Mech más pesado, delineando la zona de la carlinga. Cada centímetro lo conseguía al precio de un mayor calor en la cabina de Minobu, que estaba llevando a su 'Mech a la parálisis de los sistemas. Siguiendo la estela del láser, el puño ejercía una increíble presión para arrancar el debilitado blindaje cerámico. Era un trabajo lento. Cada momento hacía más cercana la inevitable

explosión de las municiones.

Cuando hubo el espacio suficiente, Minobu cerró el puño del 'Mech alrededor del compartimiento blindado que tenía encerrado al piloto. Se balanceó hacia atrás e intentó arrancar la carlinga. Su intentona estuvo a punto de arrojar al *Vindicator* sobre el *Archer* y, por tanto, sobre el magma. El 'Mech no quería dejar escapar a su guerrero.

Necesitó tres intentos más hasta arrancar la carlinga. Con su trofeo en la mano, el *Vindicator* empezó a recular como un cangrejo gigante, alejándose de la grieta.

En cuanto se consideró a salvo, Minobu irguió el 'Mech y fue corriendo a refugiarse.

Antes de que pudiese llegar a un lugar seguro, ocurrió lo inevitable: los misiles del *Archer* detonaron. La onda expansiva golpeó al *Vindicator* y lo lanzó por los aires como un muñeco de trapo. Minobu cruzó el brazo izquierdo del 'Mech sobre el pecho y encorvó la máquina sobre él.

El choque del 'Mech contra el terreno fue formidable. Una correa de sujeción se partió y Minobu saltó despedido contra el visor. El neurocasco evitó que se le rompiera el cráneo, pero el impacto lo dejó aturdido. Los conectores de control saltaron de sus enchufes y el 'Mech quedó tumbado inerte como su piloto.

Minobu colocó apresuradamente los conectores en su sitio. El 'Mech yacía sobre la carlinga del *Archer*. Confió en que ésta siguiera intacta. Haberla aplastado después de salvarla de la explosión sería una cruel broma del destino. Hizo girar el *Vindicator* sobre su costado.

La cubierta metálica del *Archer* estaba abollada, pero parecía intacta. Minobu podía distinguir vagamente una figura que se movía en su interior. ¡El guerrero seguía vivo! Empezó a quitar con cuidado los fragmentos de coraza que mantenían obstruida la escotilla.

Minobu había arrancado a aquel hombre de las garras de la muerte, tomando su vida literalmente en sus manos. De no haber sido por Minobu, el MechWarrior habría muerto y su futuro se lo habría llevado el viento junto con sus átomos. A partir de entonces, el karma que aquel hombre había ganado, bueno o malo, era también el karma de Minobu. Sus palabras, sus actos, incluso su vida pasaban a ser responsabilidad de Minobu. El *bushido* así lo exigía.

Quitó la escotilla, que se abrió con un gemido metálico, y apareció el neurocasco del MechWarrior. Salió despacio, magullado y con el brazo izquierdo colgando inerte junto a su costado.

—Parece que le debo la vida —dijo el piloto, y utilizó la mano sana para despojarse del neurocasco. Por fin, Minobu vio el rostro del otro guerrero. El hombre que había salvado era el coronel Jaime Wolf.

**Cuartel General Móvil del Regimiento Alfa**  
**Grieta de Fuego, Quentin IV**  
**Marca Draconis, Federación de Soles**

**18 de junio de 3023**

—Vienen unos BattleMechs por el este, mi coronel —dijo Cameron. Aunque había hablado en voz baja, atrajo la atención de todos los presentes en el vehículo del cuartel general móvil del Regimiento Alfa—. No son de los nuestros.

Wolf levantó la mirada del holotank y consultó el cronómetro de la pared delantera.

—Nuestros invitados llegan con bastante puntualidad —comentó. Su voz era áspera, reseca todavía tras el suplicio vivido en el BattleMech sobrecalentado. Sorbió un poco de líquido de electrolitos de la botella de plástico que sostenía—. Envía una lanza de reconocimiento para interceptarlos y confirmarlo, William.

—Ya ha partido, mi coronel. Los interceptará dentro de diez minutos.

—¿La Compañía de Girard está alertada?

—Sí, mi coronel.

—Entonces, hasta que recibamos la identificación, esperaremos —dijo Wolf, y volvió a centrar su atención en el holotank, que mostraba la disposición de los combatientes que participaban en escaramuzas en la Grieta de Fuego.

Al observar al jefe mercenario a través del holotank, Minobu pensó que Wolf parecía demacrado. Había rehusado la sugerencia del doctor de administrarle un sedante, argumentando que necesitaba pensar con claridad. Cuando se movía, lo hacía con lentitud y con gran cautela para no golpearse el brazo izquierdo, que mantenía rígido en un cabestrillo. El color blanco de éste contrastaba con el azul oscuro del mono que llevaba puesto. Estaba claramente exhausto.

Minobu sabía que el cuerpo humano no estaba preparado para soportar la agonía experimentada por Wolf el día anterior. Además, el coronel ya no era ningún joven.

Minobu sabía también que el cuerpo humano era lo bastante resistente para curarse velozmente de un daño espantoso si estaba dominado por una gran voluntad. Sólo le quedaba preguntarse si Wolf aún poseía aquella fuerza de voluntad.

El coronel mercenario observaba el holomapa como en el centro de mando de Batan, aunque no efectuaba ninguna variación. Atendía los problemas que le planteaban sus oficiales, mas no iniciaba ninguna discusión. Su respuesta a las preguntas era lenta, y su habla, confusa. Parecía embotado y despegado de su contorno.

¿Aquél era el guerrero que había venido con sus tropas de la nada a la Esfera Interior, hasta labrarse la reputación de ser la unidad mercenaria de élite de los Estados Sucesores? ¿Aquél era el jefe incansable? ¿El enemigo implacable? Aquél era un hombre que mostraba las consecuencias de casi veinte años de guerra constante. Era una sombra del zorro que había sometido a prueba a Minobu en su primer encuentro. ¿Su roce con la muerte había sido una especie de drenaje? ¿Había salvado el cuerpo de Wolf para perder la esencia del personaje?

Si la reciente aventura no había sido una coyuntura crítica para Wolf, sí lo había sido para Minobu. Se sentía renovado y en contacto con su paz interior. En aquellas tierras yermas había vuelto a conocer la *muga*. Luego, en la batalla, había sentido el *mushin*, aquella forma peculiarmente marcial de «acción sin pensamiento» en que uno estaba libre de todo remordimiento. La acción del momento y su realización adecuada se convertiría en el ápice de la existencia. Era la paz del samurái.

La voz de Cameron le llamó la atención. El capitán confirmaba que las máquinas que se aproximaban constituían el grupo esperado de Batan. Wolf no contestó. El coronel se había quedado dormido en su asiento.

Al no obtener ninguna reacción de su superior, Cameron no repitió sus palabras, sino que se colocó junto al comandante Yukinov. La actividad continuaba en el cuartel general; Yukinov respondía a las preguntas en nombre de Wolf y daba las órdenes que probablemente habría dado su coronel. Aparentemente no había ninguna preocupación por el traspaso del mando. Nadie contradijo a Yukinov, ni se cuestionó su autoridad, ni hubo preocupación de que sus órdenes pudieran ser revocadas si Wolf se despertaba. Los Dragones continuaron sus operaciones sin padecer la parálisis que otras unidades habrían experimentado al no tener a su jefe al timón. Minobu se puso cómodo para observar sus actividades.

—Los 'Mechs de Kurita han rebasado las estacas, mi coronel —dijo Cameron al dormido Wolf, y le apoyó la mano en el hombro.

Wolf abrió los ojos de inmediato y parpadeó ante la luz que entraba por la escotilla abierta.

—Es la hora de ir a su encuentro —afirmó.

Wolf se incorporó. Hizo una mueca cuando su brazo herido topó con el borde del

holotank. Los oficiales presentes abandonaron sus puestos para acompañarlo y Minobu fue tras ellos.

El aire aún estaba gélido por el frío de la noche, excesivo para el ligero abrigo de Minobu. Cuando el grupo salió a la luz del sol para contemplar el extremo nororiental del cañón, el calor bañó el cuerpo de Minobu y sus temblores cesaron.

A lo lejos, la luz de la mañana relucía en los 'Mechs de Kurita, que avanzaban en fila por una garganta abierta entre las paredes del cañón que abrigaba el cuartel general de campaña de Alfa. La cabeza de la columna ya había desaparecido en las sombras, donde debía afrontar el tortuoso terreno que separaba la entrada y la ancha meseta donde se hallaba el cuartel general. Dos compañías enteras pasaron ante los ojos de Minobu.

Más allá del conjunto de vehículos de reconocimiento que prestaban servicio en el cuartel general móvil, la actividad continuaba sin alteraciones, como lo había hecho durante toda la noche. El Regimiento Alfa había establecido sus instalaciones de reparaciones y almacenamiento de suministros en el mismo lugar. Algunos teóricos han conjeturado que el doble blanco del centro de mando y de logística era una tentación excesiva para un enemigo, pero los Dragones parecían sentirse seguros. Incluso los BattleMechs averiados resultarían peligrosos para un atacante. Los vehículos funcionales de la Lanza de Mando y los 'Mechs guardianes escondidos en los alrededores harían pagar muy caro cualquier ataque. Sin duda, demasiado caro para los Aplastadores, por lo que pudo verse en la Grieta de Fuego.

Minobu observó los Techs Dragones que reparaban los 'Mechs esparcidos por el suelo del cañón. Los camiones refrigerantes y los transportes de municiones los atendían por turno. Los camiones se encargaban del sistema de intercambio de calor: extraían el refrigerante caliente y lo sustituían por líquido nuevo y frío antes de que los transportes trajeran las municiones y llenaran por completo los depósitos de la máquina. Los técnicos hormigueaban sobre los 'Mechs, montando planchas de blindaje, reemplazando los componentes dañados por otros nuevos e improvisando cuando no disponían de las piezas necesarias. Aunque los Techs habían trabajado toda la noche, lo hacían sin prisas y cada turno tenía tareas poco pesadas. Los combates, hasta el momento, habían sido irrelevantes y no era necesario reparar las máquinas a un ritmo frenético para tenerlas operativas cuanto antes.

Una actividad llamó la atención a Minobu. Un *Wolverine* estaba plantado en el interior de una estructura de una aleación metálica ligera. Placas antirradiación colgaban de los andamiajes para mantener la máquina aislada del resto del campo, mientras un Tech trabajaba en la planta de fusión desde una plataforma de reparación protegida. Trabajos como aquél solían realizarse únicamente en áreas de retaguardia o después de una batalla decisiva, lo que confirmaba lo seguros que se sentían los Dragones en su campamento.

Cuando los primeros 'Mechs de Kurita llegaron al campo, la atención de Minobu se apartó de inmediato de las operaciones de reparación de los Dragones. Se emocionó al pensar que pronto conocería a su señor: Takashi Kurita. Se acomodó las espadas en el cinto; le inquietaba que el abrigo que le habían prestado los Dragones no fuese reglamentario. Ojalá hubiera llevado consigo su propio uniforme en el *Vindicator*. Esperaba que el lord Kurita entendería las exigencias de la necesidad.

A diferencia de los elementos que iban en la vanguardia de una típica compañía kuritana de BattleMechs, aquella lanza no se componía de 'Mechs ligeros. Cada máquina pesaba cincuenta toneladas como mínimo. El más adelantado era un *Marauder*, pintado con franjas de tigre, que lucía la insignia de Brett Hawken: la garra del dragón blanco. El 'Mech hizo una señal a las otras máquinas extendiendo los brazos, que tenían un aspecto abultado y macizo a causa de las pesadas fundas refrigerantes que cubrían las armas gemelas en que acababan ambas extremidades. Los 'Mechs se dispersaron y tomaron posiciones de vigilancia alrededor del cuartel general móvil. El *Marauder* se puso en cuclillas sobre sus zarpas como un escorpión que aguardase a su presa.

Aparecieron más 'Mechs, entre ellos un *BattleMaster* con el dragón-serpiente de Casa Kurita pintado sobre el pecho. Aunque la mayoría de las máquinas se detuvieron a un centenar de metros de distancia, el *BattleMaster* siguió avanzando, seguido por otras cuatro máquinas que lucían los galones de oficiales. Continuaron la marcha hacia el grupo de oficiales de los Dragones hasta que sus sombras cubrieron a los hombres que estaban en tierra y los vehículos aparcados detrás de ellos.

El *BattleMaster* se alzaba por encima de todo el grupo. Los servomotores suspiraron cuando la gigantesca máquina se paró. Al quedar inmóvil, unos suaves siseos y crujidos indicaron la liberación de tensión en los componentes del motor. Cuando los ventiladores se abrieron en los costados de su enorme torso, el olor a lubricante caliente llegó hasta Minobu. La escotilla de la carlinga se abrió y el piloto del 'Mech comenzó a descender de su máquina.

Era un hombre fornido, con los músculos y el vientre de un maestro de *ki*. Sus gestos eran seguros y firmes, más propios de un hombre en la treintena que de alguien que ya había superado las cincuenta primaveras. Llevaba un uniforme de combate estándar de un MechWarrior kuritano, a excepción de que no lucía ningún galón y la hebilla del cinturón estaba hecha de marfil engastado en oro. Minobu lo reconoció al instante.

El hombre que caminaba hacia el grupo que lo esperaba era el lord Takashi Kurita, Coordinador del Condominio Draconis, duque de Luthien y señor supremo de todo samurái draconiano.

Aunque Minobu no había visto jamás al lord Kurita en persona, ¿acaso había algún habitante del Condominio que no conociera aquel rostro? Los miraba desde

millones de pósters y solidogramas patrióticos. Sus rasgos, duros y angulosos, estaban deformados por unas pequeñas cicatrices en la mejilla izquierda. Salvo las canas que lucía en las sienes y en un mechón en medio de la cabeza, sus cortos cabellos eran negros como la pez. Pero lo más sorprendente eran sus ojos: de un azul acerado, asomaban tras unos ligeros pliegues. Eran los mismos ojos del Dragón: fríos, penetrantes, que mantenían sus secretos al tiempo que descubrían los de aquellas personas a las que miraba. En aquellos momentos, aquellos ojos estaban clavados en los oficiales con mando de Wolf.

La mirada del lord Kurita se posó en Minobu. Se detuvo en el abrigo de los Dragones que llevaba puesto y se deslizó hasta las espadas del cinto antes de regresar al rostro. Minobu creyó ver en él una fugaz expresión de haberlo reconocido, antes de que se ocultara tras la máscara flexible del político. Minobu se dio cuenta de la tensión que había experimentado al notar alivio cuando, sin decir ni palabra, el Coordinador siguió adelante y alargó la mano hacia Jaime Wolf.

—Buenos días, coronel Wolf —dijo—. Es una gran satisfacción para mí conocerlo por fin.

Wolf estrechó la mano al Coordinador. Minobu vio los tendones de las manos de ambos hombres, que se abultaron al comprobar la fuerza del otro.

—Nos honráis con vuestra presencia, lord Kurita.

—No es un honor inusual para usted. Ha trabajado para todos los demás Señores Sucesores y ahora, por fin, también para mí. Espero visitar a menudo a un líder militar tan afamado. Tal vez me explique en una de ellas por qué se ha resistido durante tanto tiempo a aceptar mis ofertas. —La voz del Coordinador era cordial, carente de cualquier matiz acusador—. Ustedes, los Dragones, tienen una reputación insuperable como guerreros y sabemos cómo honrar a los auténticos guerreros del Condominio. Tal vez hayan encontrado un hogar duradero. Espero que nuestro estilo marcial sea más de su agrado que la mala y decadente administración que han recibido bajo el contrato de Steiner.

—Esperamos mantener una buena relación laboral, Coordinador.

—Una respuesta diplomática, coronel —replicó Takashi Kurita, y ladeó la cabeza—. Quizá no tan diplomática como sus acciones. No vino a saludarme a Batan, lo cual desagradó a mis oficiales. —Señaló con un breve gesto a los oficiales que habían bajado de sus Mechs. Entre ellos estaba Gensei Terasu, con el entrecejo fruncido como siempre—. Me informaron que había algo que usted consideraba más importante que ir al encuentro del jefe del Estado.

—La situación militar requería mi presencia, lord Kurita. —La respuesta de Wolf fue atrevida y honesta, pero la suavizó de la manera acertada para tranquilizar a alguien como Kurita—. Estaba seguro de que entenderíais que un guerrero debe cumplir con su deber.



Wolf había jugado su carta de la forma correcta. Takashi lanzó una breve risa.

—Me alegra comprobar que pone su deber antes que ridículos asuntos de protocolo —comentó.

Sin embargo, las expresiones de los oficiales de Espada demostraban sin ambages que no estaban de acuerdo.

—¡Pero qué descortés soy! —exclamó el Coordinador—. Es obvio que todavía no se ha recuperado de su último infortunio. Ordenaré a mi médico personal que lo atienda. Es el mejor médico de la Hermandad.

—Con todos mis respetos, Coordinador, mis heridas carecen de importancia —explicó Wolf. No obstante, a pesar de sus palabras, Minobu vio que había palidecido de forma considerable durante su charla con lord Kurita. Wolf estaba aguantando estoicamente. Como un samurái, no dejaba traslucir ningún signo de debilidad ni admitía la importancia de las heridas. El fuego seguía vivo. En su interior, donde nadie podía verlo, Minobu sonrió.

El Coordinador debía de haberse fijado también en la palidez de Wolf, pues dijo:

—Al menos, le sugiero que nos retiremos al vehículo de mando, donde estaremos mucho más cómodos. Los antiguos soldados sabemos lo que es una herida. ¡Ah, qué tiempos aquellos en que las heridas eran mi única preocupación! —Echó a andar junto con Wolf hacia el cuartel general. Cuando subieron al vehículo, añadió—: Estoy deseoso de ver a sus Dragones en acción.

El ambiente refrigerado del cuartel general era, evidentemente, un alivio para Wolf. Aun así, a Minobu todavía le parecía tembloroso. Wolf presentó a sus oficiales y cedió hábilmente la tarea de presentar el informe a su oficial de inteligencia, el comandante Blake, que describió las líneas maestras de la situación a los recién llegados.

—Como podéis ver, Coordinador, hemos contenido a la avanzadilla en la Grieta de Fuego y estamos preparados para lanzar un ataque que elimine esta amenaza. Un destacamento ha acosado a las dos compañías de Aplastadores que avanzaban sin órdenes desde Fasolht durante la noche. No se esperan refuerzos. De hecho, transmisiones de la Federación interceptadas por nuestro servicio de inteligencia indican que rechazan todas las órdenes de retirada. Las fuerzas davionesas se mantienen dentro de los perímetros de sus fortalezas en Carson y Fasolht.

Blake calló para mirar ostensiblemente el reloj. Se volvió de nuevo hacia los oficiales de Kurita y sonrió.

—Hace cinco minutos, elementos del Regimiento Alfa comenzaron la Operación Ardid. Tened la bondad de fijar la atención en el holotank para seguir las acciones.

En el tanque aparecieron imágenes de la batalla. El comandante Blake hacía comentarios sobre la cháchara del canal de mando que llegaba al cuartel general.

La fuerza principal de los Dragones avanzaba hacia el oeste. Era obvio que había

sido descubierta por los Aplastadores de Serpientes, pues varias máquinas enemigas se dirigían a su encuentro. Mientras se aproximaban, un destacamento se separó del grupo principal de Dragones. A los presentes en el cuartel general no les cabía duda de que no era una simple reacción para eliminar un posible contratiempo: las dos compañías de 'Mechs medianos estaban bajo el mando directo del comandante Yikinov, pero era imposible que los mercenarios davioneses lo supieran.

La lucha no tardó en separar a los primeros 'Mechs hostiles de sus compañeros. Los Dragones pretendían mantenerlos así. Gracias a maniobras inteligentes y enérgicas réplicas a los contraataques, lo consiguieron. Sin que lo supiesen los integrantes del comando, el resto de Aplastadores eran obligados a retroceder lejos de Fasolht y de sus compañeros: los estaban conduciendo a una trampa.

El grueso de las fuerzas de los Aplastadores, que realizaban su táctica de combate habitual de atacar y retirarse, tenían que retroceder lentamente hacia el oeste. Eran empujados a una posición en que los Dragones iban a volverles las tornas. Las tierras yermas que habían resguardado a los Aplastadores durante días daban cobijo ahora a la trampa de los Dragones. Dos compañías de BattleMechs pesados salieron de sus escondites y abrieron fuego sobre los Aplastadores; en la primera descarga destruyeron a una cuarta parte de ellos. Luego, unidades de demolición y obstrucción cuidadosamente emplazadas les cortaron la retirada. Los veteranos Aplastadores no tardaron en darse cuenta de su desesperada situación y comenzaron a rendirse.

La operación de los Dragones, sincronizada, eficaz y profesional, se había llevado a cabo sin un solo error. Cameron anunció la lista de bajas: sólo dos 'Mechs habían quedado totalmente inutilizados. De los otros quince que los Aplastadores había logrado dañar o averiar, nueve estarían reparados aquella misma noche, mientras que los restantes volverían a funcionar al atardecer del día siguiente. La calidad de los equipos de recuperación y reparaciones de los Dragones eran tan impresionantes como sus soldados.

—¡Cobardes! —exclamó Hawken—. Esos Aplastadores se rinden pese a que aún podrían combatir. Son unos perros despreciables.

—Si se hubieran enfrentado a soldados kuritanos, no se habrían rendido, *Sho-sa* —replicó Wolf con expresión hosca—. Habrían muerto todos y se habrían llevado consigo a la muerte a numerosos draconianos. Muchos habrían muerto innecesariamente.

—Una muerte así es digna de un guerrero. Un soldado no puede esperar nada mejor. —Una sonrisa cruzó el rostro de Hawken cuando pensó en ello—. Si hubiesen combatido hasta el último hombre, yo estaría orgulloso de liderar una carga contra guerreros con tanta determinación y de causar la muerte a enemigos tan entregados a un ideal. Y ellos se enorgullecerían de morir.

—No hay motivos de ufanarse de una muerte inútil. Lo que usted describe es una

pérdida absurda de hombres y material. Sólo un jefe irresponsable malgastaría así sus recursos.

Hawken se encogió de hombros y dio la espalda a Wolf.

Minobu observó al lord Kurita, que no dijo nada. Aunque aparentaba no haber oído la discusión, era imposible que se le hubiera pasado por alto. Hawken sólo había manifestado lo que se esperaba que dijese cualquier soldado kuritano, mientras que Wolf había hablado como un mercader sin honor. También había insinuado que un oficial del Condominio era un loco. Sin embargo, lord Kurita no había replicado. ¿Acaso estaba de acuerdo con Wolf?

Un MechWarrior aislado, de tamaño diminuto en el holotank, resistía con tozudez el avance inexorable de los Dragones.

—¿Qué ocurrirá a continuación, comandante Blake? —preguntó un *Tai-i* kuritano que Minobu no reconoció.

—Vamos a limpiar la zona de la emboscada. No queremos que el enemigo sepa la fuerza que hemos empleado. Permitiremos que los exploradores de los Aplastadores vean reunirse a sus enemigos con nuestra columna que avanza hacia el oeste. También hemos planeado dejarlos escuchar buena parte de las comunicaciones por radio. Pero no podrán ver dónde detendremos la columna.

»Con todo esto esperamos convencerlos de que hemos pasado de largo de Fasolht y probablemente también de Carson. Las continuas maniobras falsas de nuestra vanguardia acrecentarán la impresión de que nuestra fuerza terrestre va en socorro del Regimiento Delta y al asalto de Port Gailfry. Prevemos que los davioneses reaccionarán constituyendo una fuerza de ataque con las unidades móviles de Fasolht y Carson. Intentarán atacarnos por el flanco que aparentemente hemos dejado desguarnecido, y lo harán antes de que podamos reunirnos con Delta y vencer a las Brujas Blancas y el Equipo Defensivo de Port Gailfry.

»Esperamos darles una buena sorpresa cuando los ataquemos con el auténtico grueso de las fuerzas de Delta, mientras ellos están concentrados en nuestro engaño. En ese momento se producirá el ataque de Alfa contra las plantas industriales de Fasolht.

—Excelente, comandante —dijo lord Kurita, y su halago pareció sincero. Se volvió hacia Wolf y añadió—: Me gustaría presenciar parte de las operaciones, coronel Wolf. Acompañaré a su Regimiento Delta en el combate con los 'Mechs de Davion. Deseo estar presente también en el ataque verdadero. El *Chu-sa* Tetsuhara y el *Sho-sa* Hawken con su unidad también se unirán al Regimiento Alfa.

—Como deseáis. Coordinador —repuso Wolf.

Era obvio que no estaba complacido por ello, pero tampoco lo estaba Hawken. De hecho, la única persona en la sala que parecía satisfecha por aquel anuncio era el propio Coordinador, Takashi Kurita.



## **Cuartel General Móvil del Regimiento Alfa Fasolht, Quentin IV Marca Draconis, Federación de Soles**

**21 de junio de 3023**

Minobu estaba prácticamente solo en el cuartel general móvil de Alfa. El comandante Yukinov y sus subordinados inmediatos habían ido a observar un asalto sobre un puesto fortificado davionés en el complejo de fabricación de armas Independence Weaponry. Sólo habían dejado el personal imprescindible para supervisar las operaciones. Mientras Hawken dormitaba en un rincón, Minobu conectó la holomesa. Accedió al archivo Stratops y reprodujo, a velocidad acelerada, las maniobras desarrolladas desde la acción en la Grieta de Fuego cuatro días atrás.

La improvisación de Wolf sobre el plan básico había funcionado a la perfección. El servicio de espionaje davionés pasó por alto la concentración de fuerzas de los Dragones y cayeron en la trampa. El comandante en jefe del ejército de la Federación de Soles dejó sin fuerzas móviles a Fasolht y Carson para atacar el flanco de un destacamento de Dragones inexistente. Una vez movilizadas las unidades de la Federación, Wolf condujo al conjunto de BattleMechs del Regimiento Delta contra el flanco de los davioneses. Las batallas entre 'Mechs fueron terribles, sobre todo cuando la lucha se libró en las Llanuras de Cristal. Allí se perdieron más 'Mechs por problemas de sobrecalentamiento que por el fuego enemigo.

Al mismo tiempo, las fuerzas aeroespaciales de los Dragones comenzaban a hacer notar su presencia y destruían las esperanzas davionesas de transportar tropas con Naves de Descenso desde Barnaby, la capital del sur, o desde el continente vecino de Aja Menor. Los defensores eran tenaces y, aunque los Dragones dominaban las principales rutas orbitales, los cazas atmosféricos de Davion seguían disputando a los Dragones el control sobre el espacio atmosférico del continente.

En cuanto el grueso de las fuerzas davionesas emprendió la marcha, el

comandante Yukinov condujo a su grupo a las faldas de las Montañas Escarpadas con el fin de atacar Fasolht. Su avance era constante y con un costo reducido. Como habían pillado por sorpresa a los jefes militares davioneses, sólo encontraban resistencias aisladas. Al aproximarse a Fasolht las dificultades aumentaron, pero no lo bastante como para preocupar a Yukinov. No obstante, los pilotos de cazas del Equipo Defensivo de Fasolht habían demostrado ser demasiado agresivos y competentes para su agrado. Anuló el descenso del Regimiento Gamma porque consideró que la ventaja de unos BattleMechs más no valía la pena de arriesgar aquellas máquinas tan caras. Optó por seguir adelante con las tropas de que disponía. Tal vez el comandante Yukinov estaba lamentando su decisión, pues el asalto había fracasado el día anterior.

La súbita conmoción provocada por el regreso de Yukinov y sus oficiales arrancó a Minobu de sus reflexiones. El comandante se encerró en la cabina de comunicaciones mientras sus subordinados se ocupaban de sus respectivas obligaciones. Uno de ellos borró el mapa de Minobu para que el holotank estuviera preparado para nuevos datos. Ni siquiera se disculpó.

Hawken, despertado por el bullicio, lo observaba todo con cautela. La frenética actividad insinuaba que algo estaba en marcha. Minobu reconoció la sonrisa torcida en los labios del oficial como un gesto de expectación. Sin duda, Hawken esperaba que los Dragones hubieran encontrado la manera de quedar en ridículo.

Yukinov salió de la cabina y se reunió con sus oficiales alrededor de la holomesa.

—He informado al coronel —dijo—. No puede prescindir de ningún elemento de Delta y quiere que Gamma descienda cuanto antes.

—¡Por la Unidad! Hemos perdido la posibilidad de capturar la plaza. Ya no hay nada que hacer hasta el domingo —replicó el comandante Patrick Chan con un enérgico tono de protesta—. Kelly, conquistaremos ese basurero dentro de unos días. ¿Por qué los de Gamma no siguen enfriándose el culo en su órbita y dejan el botín para nosotros?

—Eso es lo que todos esperábamos, Pat; pero las cosas se han complicado un poco. Los espías davioneses han descubierto por fin a lo que se están enfrentando. Una fuerza de 'Mechs de las Brujas Blancas ha atravesado la barrera puesta por Dumont alrededor de Pon Gailfry y va a reforzar las tropas de la Federación en las Llanuras de Cristal, que podrían convertirse en un hueso realmente duro de roer. El coronel quiere que acabemos el trabajo aquí antes de que suceda todo eso.

Con expresión de suficiencia, Hawken se incorporó y caminó lentamente hacia la mesa.

—Ustedes, los soldados de paga, no tienen ganas de combatir —dijo.

Tal como el oficial de Espada esperaba, todas las miradas se volvieron hacia él. Minobu vio que el rostro de Yukinov se oscurecía de ira mientras hablaba; había picado enseguida el anzuelo de Hawken.

—Supongo que usted cree poder hacerlo mejor —le espetó.

—Por supuesto —replicó Hawken, y se encogió de hombros.

Un capitán susurró algo al oído de Yukinov, quien asintió.

—Voy a darle la oportunidad de comerse sus palabras —declaró.

Como respuesta, el kuritano sonrió. Era la sonrisa de un tiburón, reforzada por su mirada fría e implacable.

—Eso es el cuello de botella de las operaciones —dijo Yukinov, señalando la imagen del holotank—. Es el complejo Independence Weaponry. ¿Cree que puede tomarlo esta misma noche?

Hawken echó un vistazo al holomapa.

—¿Esos son sus cálculos más pesimistas de la fuerza del enemigo? —preguntó. Cuando Yukinov asintió, Hawken lanzó una seca carcajada—. Cenaremos en el comedor de la empresa.

El oficial de Espada se encaminó hacia la puerta del cuartel general. A los pocos pasos se detuvo y se volvió hacia Minobu.

—Tetsuhara, supongo que no querrá venir conmigo y ver la batalla.

—Entre mis órdenes no está el participar en un ataque —contestó Minobu.

—Tal como lo imaginé —repuso Hawken, y prosiguió su marcha hacia la puerta. Ni siquiera se molestó en comprobar las reacciones a su desplante—. Bien, tampoco queremos que dañe material prestado.

Minobu tenía las mejillas encendidas. Yukinov le apoyó la mano en el hombro, indudablemente como gesto de solidaridad. Minobu se limitó a clavar su mirada en él. El comandante se apresuró a retirar la mano.

—Eh..., coronel, pienso presenciar el espectáculo desde mi 'Mech. Le agradecería que me acompañara en el suyo propio.

Minobu observó a aquel hombre. Debía de ser bastante estúpido para no haber captado la alusión de Hawken a «material prestado». Algo en la expresión de Minobu hizo retroceder al comandante. Minobu Tetsuhara no podía acompañarlo en su *propio* 'Mech, simplemente porque no poseía ninguno.

—Lo acompañaré en el *Vindicator* —dijo Minobu. Dio media vuelta y salió de la habitación.

—¡Eh! ¿Qué te dije, eh, Jenkins? Ya sabía que esos jodidos tíos de Wolf iban a venir aquí. ¿Te lo dije o no?

—Vale, vale, me lo dijiste, Gramps.

«Demasiadas veces, viejo —pensó—. ¿Por qué habías de tener razón?»

—Son demasiado escurridizos. Me las vi con ellos en espacio de Marik, cuando *curraban* para Max Liao. ¡Sus trucos son la leche! A mi compañía le dieron una buena paliza.

—Ya me lo has contado, Gramps.

Jenkins estaba cansado del viejo. Y cansado de perder batallas frente a los Dragones de Wolf. Estaba realmente harto. Se giró del otro costado con la esperanza de que el anciano pensara que quería dormir un poco mientras durase la calma. No sirvió de nada. Gramps seguía hablando. Le contó toda la historia de su desgraciada compañía, desde la masacre de su familia por los kuritanos en el planeta Bergman hasta que se alistó en los Aplastadores de Serpientes para vengarse.

Su relato era parecido al de Jenkins. ¡Demonios!, era prácticamente igual. Detalles distintos, lugares diferentes, pero la misma pérdida y la misma ansia de venganza. Todos los MechWarriors de los Aplastadores tenían buenas razones para odiar a las Serpientes. Para incorporarse a los Aplastadores uno sólo tenía que jurar una cosa: «¡Muerte a Kurita!». Eso era todo lo que quería: matar Serpientes. No a mercenarios, y mucho menos a los tres veces malditos Dragones de Wolf. Con ellos sólo habría sangre y ningún desquite. Sus fantasmas no conocerían la paz. ¡Ojalá aquella incursión hubiera sido de Regulares kuritanos!

Era cierto que los Dragones habían provocado un derramamiento de sangre. Habían embaucado por completo al mando davionés. Ahora, las cosas estaban realmente mal. Tras el desastre de la Grieta de Fuego, el mando de los Aplastadores había convocado a los sobrevivientes del destacamento de Faselht para que se uniesen al resto del batallón en Carson. Tenían que sumarse a las fuerzas móviles en el ataque al flanco de los Dragones. La lanza se había negado; su teniente había insistido en que era una maniobra de distracción y que el ataque verdadero sería sobre Faselht. El mando no le creyó, ni siquiera cuando el capitán Edison, ahora jefe de los mercenarios y de los supervivientes del Equipo Defensivo de Batan que habían huido a Faselht, se mostró de acuerdo con el jefe de Lanza de los Aplastadores. Sus argumentos cayeron en saco roto.

Los Jinetes de Hard, la otra unidad de 'Mechs que defendía la ciudad, partieron del Valle de Acero con sus máquinas, llevando consigo las corazas y los APC del Equipo Defensivo de Faselht. El gobernante planetario davionés había amenazado con denunciar a la Comisión de Revisión de Contratos de ComStar a los mercenarios que se negaran a abandonar la ciudad. Edison lo mandó al infierno. Era una dama elocuente.

Los hechos demostraron que los mercenarios recalcitrantes tenían razón. Los Dragones habían venido a Faselht. No habría sesión de la Comisión de Revisión. Su rehabilitación sólo les había causado graves problemas.

El teniente había muerto. Jenkins, Gramps y algunos Techs eran los únicos Aplastadores supervivientes en Faselht. Jenkins pilotaba el *Phoenix Hawk* del teniente, porque su *Stinger* era un montón de chatarra humeante tres kilómetros al norte, en el extremo del valle. Los mercenarios de Edison habían llegado con retraso a Faselht, trayendo consigo a sólo ocho 'Mechs de la compañía. Jenkins había oído

decir que únicamente seis funcionaban. Los expatriados de Batan utilizaban el aerodeslizador ligero de reconocimiento para realizar patrullas de contraataque. No había ninguna esperanza de que llegaran refuerzos antes de que el Dragón los aplastase.

Si libraban una buena batalla, podían esperar honores de guerra: un destino mucho mejor que el que les habrían dado las Serpientes. Era un pobre consuelo; al menos un regimiento de los Dragones les pisaba los talones. No tardarían mucho.

Un ruido creció al otro lado de la pared del campamento. Las pisadas de los BattleMechs que avanzaban a paso ligero tenían un sonido inconfundible. Jenkins se asomó sobre la pared mientras los soldados de infantería buscaban sus armas. Como esperaba ver el camuflaje para el páramo que utilizaban los Dragones, su mente fue lenta en registrar lo que veían sus ojos: los 'Mechs lanzados a la carga estaban organizados en una formación que conocía demasiado bien.

—¡Dios santo! —gimió—. ¡La Espada de Luz!

Su grito fue lo bastante alto para convertir el disciplinado tumulto del campamento en un auténtico caos. Un joven Tech soltó lo que llevaba en las manos y se quedó inmóvil con la mirada perdida. Gramps aulló y se precipitó hacia su 'Mech entre la gente que corría de un lado a otro. Subió como una ardilla por su *Commando* y entró en la carlinga. Hasta entonces, el 'Mech había permanecido de pie y sin ser utilizado, pero el viejo lo puso en marcha antes incluso de ajustarse el neurocasco. Jenkins contempló cómo la máquina se tambaleaba y estaba a punto de desplomarse hasta que, por fin, los giróscopos estuvieron bajo control. Gramps ya estaba disparando antes de irrumpir a través de la pared.

Ver al anciano en acción hizo reaccionar a Jenkins. Subió a su máquina y, en cuanto se hubo acomodado en su carlinga, lanzó una desenfundada ráfaga de rayos de energía que atravesaron el campamento, y cohetes que hicieron impacto en los edificios cercanos. Al otro lado de la pared vio a Gramps, que ya había alcanzado la primera fila de los 'Mechs kuritanos. Un disparo del afuste de MCA que el *Commando* llevaba montado en el pecho dio de lleno en un *Jenner* y lo hizo tambalearse. El viejo MechWarrior se aproximó para rematarlo, lanzando una descarga de misiles tras otra contra su oponente casi vencido. En aquel momento, un *Pnnther* surgió de la nada y lo derribó al suelo de un golpe. Antes de que pudiera incorporarse, un segundo 'Mech descargó un disparo de CPP en la carlinga.

Jenkins no tenía tiempo de preocuparse por Gramps, pues su propio 'Mech estaba siendo atacado. Un chorro paralizante de partículas cargadas destruyó la mitad de los actuadores de la pata izquierda. A trompicones, puso el *P-Hawk* a cubierto e intentó efectuar disparos de simulación contra la infantería en retirada del Equipo Defensivo.

—¡Marchaos de aquí, memos! —los apremió a través de los altavoces—. ¡Aquí se va a montar un infierno!



Junto a la fábrica principal vio que se aproximaban los 'Mechs de Edison. Sus soldados eran buenos, pero no tenían ninguna posibilidad frente a los fanáticos integrantes de la Espada de Luz. A pesar de su salvaje asalto, la puntería de los kuritanos era precisa y su pilotaje, soberbio. Antes de que pudiera avisar a los 'Mechs mercenarios, uno de ellos se desplomó. Más allá de las máquinas de Edison vio los BattleMechs de los Dragones, que avanzaban para desbordar sus posiciones. No tardarían en rodear por completo a los defensores.

—¡Edison, salga de aquí! Van a rodearnos. Vaya a las montañas.

—¡Aguante, Jenkins! Nosotros lo cubriremos. Saldremos de ésta todos juntos.

—Negativo, señora. He recibido un disparo en la pata. No lo conseguiré. — Jenkins trató de mantener un tono de voz sereno y añadió—: Si me esperan, sólo lograrán que los maten. Los Serpientes no toman prisioneros.

—Pero...

—Sin peros. Huyan y continúen la lucha. Los malditos Serpientes están aquí en persona, señora. Envíelos de vuelta al infierno del que salieron.

Jenkins suspiró al oír a Edison dar la orden de retirada.

Un 'Mech kuritano pasó frente a él. «No te pavonees demasiado, hijo de puta — dijo para sus adentros—. Todavía no estoy fuera de combate».

El rayo de su láser de ocho centímetros incidió en plena espalda de la máquina enemiga, atravesó el blindaje y recalentó una cabeza explosiva hasta hacerla estallar. Una cadena de detonaciones reventó el 'Mech.

La alarma de sobrecalentamiento se activó con un sonido estridente para advertir a Jenkins. A consecuencia de la explosión, algún objeto había desgarrado el revestimiento refrigerante del láser y dañado el arma. No se incendiaría, pero seguía produciéndose una peligrosa acumulación de calor. El *P-Hawk* se aproximaba a un sobrecalentamiento. Jenkins acurrucó el 'Mech y esperó. Uno a uno, desactivó los dispositivos automáticos de anulación.

Un *Crusader* kuritano se aproximó. Cuando pasó a su altura, Jenkins apartó el 'Mech del muro. El *P-Hawk* avanzó hacia su enemigo con paso vacilante. Los rayos láser le fundían el blindaje y los misiles lo resquebrajaban y destrozaban, pero a Jenkins le importaba un comino. Abrazó al 'Mech enemigo con su único brazo operativo y se estrechó contra él. Entre el forcejeo del *Crusader*, apuntó a su carlinga con el cañón del inutilizado láser. Ajustó la radio a lo que esperaba que fuese la frecuencia de combate de los kuritanos y exclamó:

—¡Tú te quedas conmigo. Serpiente samurái! Nos iremos juntos a dar un paseo.

Jenkins desconectó los radiadores y dejó que el calor destruyera el contenedor magnético del reactor de fusión del *Phoenix Hawk*.

Minobu encontró a Hawken apoyado en un aerotanque y vendándose la mano izquierda. Al verlo, Hawken se incorporó.

—Un glorioso combate, Tetsuhara —dijo—. Y una gran victoria.

Minobu escrutó su rostro, bañado en sudor. No vio ningún gesto de preocupación por la carnicería de aquel día, ni por las vidas sacrificadas para satisfacer el ego del Oficial de Espada y su deseo de avergonzar a unos mercenarios.

—No habría podido resistirlo —contestó.

—¿Resistirlo? ¿Resistir qué? —preguntó Hawken en un tono que rezumaba desdén—. Hemos zurrado a los perros davioneses, que han huido con el rabo entre las piernas. Ya no volverán.

—¿Y si lo hacen?

—Los zurraremos de nuevo, por supuesto.

Hawken estaba muy seguro de ello. Minobu lo notó en su voz y lo vio en su pose.

—¿Con qué? Todos sus 'Mechs están averiados. Una cuarta parte están destruidos sin posibilidad alguna de reconstrucción, y otra cuarta parte permanecerán varios días en el hangar de reparaciones. Además, un tercio de sus hombres han muerto.

—Habrá más 'Mechs. Y también habrá más soldados —dijo Hawken—. Cualquiera buen kuritano moriría gustoso por tener la ocasión de participar en una batalla tan gloriosa.

—¿Como usted? —El tono de Minobu era suave, simplemente curioso. No iba a picar el anzuelo con tanta facilidad como el ingenuo comandante Yukinov. No hizo caso de la implicación de que podía no ser un buen kuritano.

—Sí —siseó Hawken, con una mirada llena de odio—. Como yo.

Ambos se observaron mutuamente en silencio durante unos momentos. Cuando un enfermero vino a comprobar el vendaje de Hawken, éste lo ahuyentó con una patada.

—¡Lárgate, imbécil! —le gritó—. Ve a mimar a alguien que te necesite.

El hombre se apartó del oficial con una expresión entre confusa y enojada.

Hawken se marchó sin decir nada más a Minobu. Fue a unirse a un grupo de sus soldados, a la sombra de un *Scorpion* davionés destruido.

Minobu meneó la cabeza mientras lo veía alejarse.

—Coronel Tetsuhara —dijo una voz a través de la unidad de comunicaciones que llevaba en el cinto—. Aquí Yukinov. Acabo de recibir la confirmación de que tenemos controlado el perímetro de la fábrica principal de Independence Weaponry. Pensé que le gustaría echar un vistazo al botín antes de que nos lo llevemos.

—Gracias, comandante. Iré enseguida —respondió, y se encaminó hacia el edificio principal.

El deber lo reclamaba.

**Complejo de Independence Weaponry**  
**Valle de Acero, Quentin IV**  
**Marca Draconis, Federación de Soles**

**21 de junio de 3023**

Las salas de Independence Weaponry estaban abarrotadas de Techs de los Dragones. La mayoría de ellos etiquetaban cajones de embalaje y piezas individuales para que fueran retirados por personal nativo alistado. Soldados de infantería de los Dragones observaban a los alistados mientras cargaban el botín en camiones y vagones preparados para ser transportados por BattleMechs. El trabajo se realizaba de manera apresurada.

Algunos Techs operaban las terminales de ordenador. Su labor consistía en algo más que una simple identificación de los objetos saqueados: intentaban romper los códigos de seguridad que permitían el acceso a los datos criptografiados en el ordenador. Tiempo atrás, las empresas industriales de la Esfera Interior habían aprendido a guardar sus datos más importantes de la manera menos transportable que fuera posible. Sus fábricas eran mucho más seguras si un extraño sabía que destruiría los datos que quería obtener si pretendía penetrar a sangre y fuego.

La Tech de Primera Bynfield tenía a su cargo a los equipos de registro. Cuando Minobu y Yukinov entraron, ella avisó al comandante. Bynfield estaba entusiasmada y no tardó en interesar a Yukinov en lo que aparecía por su pantalla. Minobu les prestaba escasa atención y prefería supervisar las operaciones por sí mismo.

El *Sho-sa* Hawken caminaba en medio del caos organizado en la factoría. Como un señor que se paseara entre los siervos de sus dominios, se encaminó a grandes zancadas al lugar donde se hallaban Yukinov y Bynfield.

—Todo esto es propiedad del Condominio, comandante —anunció a Yukinov sin hacer el menor caso a la Tech.

—¿Qué? —exclamó Bynfield, irritada. Enrojeció, lo que provocó en Hawken una

sonrisa de satisfacción.

—Cálmese, Bynfield —le ordenó Yukinov, y dijo a Hawken—: Creo que está confundido, comandante. Nuestro contrato especifica que debemos dividirnos todo el botín de acuerdo a los riesgos y al costo de las operaciones que cada uno haya soportado.

—¿Su contrato? —gruñó Hawken—. No era más que un pedazo de papel. Estoy seguro de que ustedes, los mercenarios, están obsesionados por adueñarse de los restos dejados por los guerreros; por eso les interesa tanto el botín. Los soldados sólo se preocupan por la información y los suministros militares. —Con un amplio gesto, abarcó el edificio y la actividad que se desarrollaba en él—. Como esto. Todo es estrictamente militar y, por tanto, propiedad del Condominio Draconis.

—Militares... —rezongó la Tech.

—¡Bynfield!

—Debería dar lecciones de educación a sus subordinados, comandante Yukinov.

—Sabandijas...

—¡Bynfield!

La Tech oyó el tono de advertencia de Yukinov. Borró la pantalla y, con gestos ostensibles de furia, fue a encender otra terminal.

Yukinov no se molestó en verla marchar, sino que mantuvo la mirada clavada en Hawken. Controló sus sentimientos y dijo:

—Si lee nuestro contrato, verá que especifica que...

—Ustedes —lo interrumpió Hawken— verán que el Condominio ha clasificado todos los materiales de esta fábrica como información y suministros de carácter militar. Ello los conviene en propiedad de Casa Kurita.

—No se saldrán con la suya. Si insisten, los denunciaremos ante la Comisión de ComStar.

Hawken se limitó a reírse y se marchó.

Yukinov miró a su alrededor. Vio a Minobu y fue a su encuentro. La ira que había contenido mientras hablaba con el oficial de Espada inundó su tono de voz.

—Muy bien, se supone que usted es el Oficial de Enlace con los Soldados Profesionales. ¿Qué está pasando aquí?

—Tranquilícese, comandante —lo previno Minobu—. La defensa que ha hecho de su contrato ha sido adecuada y correcta. Sin embargo, el comandante Hawken tiene razón respecto al reparto de las propiedades; bien entendido, si se les concede prioridad militar.

Mientras hablaban, se acercaron unos soldados de la Espada de Luz y comenzaron a dirigir el cambio de las etiquetas de destino. En el exterior llegó un BattleMech kuritano para proteger a los guardianes de los trabajadores nativos alistados.

—¿Qué se supone que debo hacer ahora? —quiso saber Yukinov.

—Por el momento, comandante, le sugiero que acepte los hechos.

—De acuerdo. En interés de nuestras relaciones amistosas, lo haré. Pero espero una actitud distinta cuando venga el coronel.

Siguieron con sus tareas, aunque sin alegría. Minobu dudaba de que Hawken pudiera notar la diferencia, pero percibió un evidente bajón en la eficacia de los Dragones al etiquetar y trasladar los objetos. El ambiente se volvió más tenso y los soldados de la Espada empezaron a dar órdenes en tono más brusco. Se inició una pelea a puñetazos entre un MechWarrior de los Dragones y otro de la Espada, que fueron separados de inmediato. Poco después, un segundo 'Mech kuritano se unió al primero en el exterior del edificio.

Así estaba la situación cuando llegaron lord Kurita y Jaime Wolf, conversando amigablemente como si fueran compañeros de unidad. Sin mediar palabra, ambos percibieron la tensión en la factoría.

—¿Cuál es el problema? —inquirió Wolf a Yukinov.

La explicación del comandante fue breve y concreta, sin omitir nada relevante.

—Si son datos militares, estamos obligados a entregarlos al Condominio —concluyó Wolf, y se volvió hacia Takashi Kurita—: ¿Están clasificados así, lord Kurita?

Ambos hombres se escudriñaron las miradas mutuamente; ojos de un azul frío frente a otros grises como el acero. Minobu casi pudo ver cómo las fuerzas de sus *ki* forcejeaban en el espacio que los separaba. La situación se había convertido en una prueba de sus voluntades y lealtades. Mucho tiempo después (apenas un latido de corazón), Takashi Kurita replicó:

—En efecto.

—Pues así sea, comandante Yukinov. Encárguese de que Casa Kurita reciba todas las propiedades que le corresponden.

—Bien dicho, coronel —comentó lord Kurita con una sonrisa—. Estoy seguro de que sus subordinados sólo se excedieron en su celo profesional. Yo he de tratar a menudo con partidarios tan entusiastas como ellos.

Apoyó la mano en el hombro de Wolf y lo guio hacia la puerta. Mientras el Coordinador conducía al coronel mercenario fuera de la cámara, habló más fuerte. Minobu no dudaba de que lord Kurita quería que todos los presentes escucharan sus palabras.

—No hay ningún problema, mi amigo coronel. No he presenciado nada que esté fuera de lo normal. Todo seguirá como si nada hubiera pasado.

Un correo fue al encuentro de los dos líderes en las grandes puertas dobles de la cámara. Entregó un mensaje a lord Kurita, quien lo leyó rápidamente y lo guardó en un bolsillo de su uniforme.

—Me temo que debo irme, coronel. Los deberes del estado me exigen que regrese a Luthien —dijo.

No pasó mucho tiempo hasta que el Coordinador hubo reunido a sus oficiales para preparar el viaje de vuelta. El trabajo en la fábrica continuó como antes. Bynfield se aproximó al grupo de oficiales de los Dragones.

—Condenado samurái... —dijo, y escupió sobre el suelo de hormigón—. Datos militares, ¡qué fresca! Es puro material para los Techs. ¡Por la Unidad! La mitad es sólo teoría. Al menos, no se han quedado con todo.

Wolf se revolvió hacia ella con gesto adusto.

—¿Qué quiere decir?

—Esto —contestó, y les mostró un cartucho de cinta—. También es material aprovechable: patrones de flujo axial en botellas de contención de fusión, modelos de reacción del miómero a la tensión.

Bynfield prosiguió con detalles cada vez más intrincados. Sumida en su nube de técnica, no notó que Wolf sólo la contemplaba con expresión severa.

—Bynfield, queda confinada en sus aposentos hasta nueva orden —le dijo.

—¿Qué? —exclamó ella, atónita. Evidentemente, no era la respuesta que esperaba.

—Ha puesto en peligro nuestra posición al desobedecer las órdenes. Hemos aceptado entregar esos datos, pero usted ha transgredido nuestro contrato.

Bynfield movió los carrillos, pero no emitió ningún sonido.

—¿No podemos entregarlos ahora? —preguntó otro oficial.

—Su sugerencia demuestra que no ha leído los informes. Ya no podemos deshacernos de esto. Si alguien descubre la existencia de esta cinta, tendremos problemas y quedaré avergonzado por no controlar a mis propias tropas. —Su mirada señaló claramente a las «tropas» a que se refería—. Kurita también quedará avergonzado por haber sido generoso al pasar por alto nuestra pequeña escena. En resumen, nadie saldrá ganando.

»Kurita podría llegar a la conclusión de que no se nos puede confiar nada —continuó—. ¿Qué haremos? Cumpliremos un contrato por cinco años como guarnición en alguna región interior del Condominio. No habrá bonificaciones de combate ni reparto del botín. Todos ustedes saben que no podemos permitirnos eso, porque el breve contrato con Steiner nos ha dejado en una difícil situación económica.

»Además, tenemos que cuidar nuestra reputación. Se supone que somos los mejores y más fiables mercenarios de la Esfera. Si quebrantamos este contrato, iremos de mal en peor.

En el silencio que siguió a las palabras de Wolf, Minobu oyó que alguien sugería:

—Podríamos hacer el equipaje y volver a casa.

—Esa no es una alternativa válida por ahora —dijo Wolf, dirigiendo su respuesta a todos los Dragones.

Volvió a hacerse el silencio. Un momento después, Wolf se volvió hacia Bynfield.

—Escóndalo bien, Talia —le dijo—. Durante cinco años, esa cinta no existirá.

Minobu notó que el rostro de la Tech reflejaba una lucha interior. Evidentemente, una orden de esconder conocimientos no era de su agrado en absoluto.

—Sí, mi coronel —respondió por fin Bynfield.

Al disolverse la improvisada reunión, Wolf descubrió que Minobu los había estado observando. La sorpresa le hizo abrir los ojos desmesuradamente por unos momentos. Gracias a aquella mirada, Minobu comprendió que el coronel mercenario había olvidado su presencia, lo que significaba que había hablado con sinceridad. El discurso no había sido un montaje. Minobu hizo una leve reverencia a Wolf, quien asintió con la cabeza antes de salir de la cámara.

Minobu reflexionó sobre el incidente. Wolf conocía bien las costumbres del Condominio y su solución tuvo la elegancia que cabía esperar de quien no era un samurái. Nadie podía esperar que Wolf o sus subordinados se hicieran el *seppuku* por aquel suceso. Sin embargo, Wolf había demostrado una auténtica preocupación por ser avergonzado, especialmente ante lord Kurita. ¿Era posible que un mercenario fuera un hombre verdaderamente honorable?

En los escasos días que Minobu había pasado con los Dragones de Wolf, había aprendido que muchas cosas no eran como él había creído. Concluyó que su estancia con los Dragones iba ser interesante. Sí, muy interesante.

Lord Kurita encontró tiempo para partir de Quentin IV de una manera elegante. Se despidió formalmente de los oficiales de los Dragones que había conocido durante su estancia en el planeta. Incluso tuvo palabras de elogio para el ejemplar trabajo que la Tech de Primera Bynfield había realizado en la organización del desmantelamiento del complejo de Independence Weaponry. Antes de subir a su Nave de Descenso, se paró a hablar con Minobu.

—Ahora que vuelve a vestir de uniforme ha mejorado mucho de aspecto, *Chusa* Tetsuhara —le dijo.

Minobu hizo una reverencia. No sabía si debía responder.

—Los Dragones de Wolf pueden ser una ventaja duradera para el Condominio —prosiguió Kurita. Hizo una breve pausa para echar un vistazo a la guardia de honor de BattleMechs que los Dragones habían reunido para su partida—. Aunque un samurái obediente no deba esperar nada, un señor siempre recompensa los buenos servicios.

—*Hat, Tono* —contestó Minobu al antiguo proverbio. Tenía entendido que al Coordinador le gustaba envolver sus órdenes en proverbios o poemas. Se preguntó si las palabras de lord Kurita contenían algún mensaje oculto, o si su señor se había limitado a enunciar un principio general.

Takashi Kurita se volvió, en señal de que deseaba marcharse. Minobu hizo una reverencia e, inmediatamente, sintió todo el peso de la mirada del Coordinador sobre su espalda. Todas sus dudas sobre un significado especial en las palabras de su señor se desvanecieron cuando lo oyó decir:

—Sea un samurái obediente, *Chusa* Tetsuhara.

—*Hai, Tono* —contestó.

Takashi Kurita subió a bordo de la Nave de Descenso que lo llevaría hasta su Nave de Salto. No tardaría en estar de vuelta en su Ciudad Imperial en Luthien.



**Mansión Hoshon, Cerant, An Ting**  
**Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**  
**9 de noviembre de 3024**

La flecha se clavó a dos dedos de la anterior y completó el programa de práctica en la quinta diana. Minobu volvió su atención hacia la sexta y seleccionó otra flecha. La ajustó a la cuerda y levantó el arco sobre la cabeza. Se quedó inmóvil por unos instantes, bajó el arco y lo tensó al máximo. Aguardó el momento en que el arquero, la flecha y la diana se hacían una sola cosa. Esperó y...

—¡Esposo!

... llegó el momento. Soltó la flecha y la vio volar con elegancia hacia su destino en el centro de la diana.

Ya podía pensar en la interrupción de Tomiko.

Minobu destensó el arco y lo dejó en el soporte. Cerró la tapa para protegerlo, al igual que sus otros arcos, del frío aire matutino de An Ting. Se volvió hacia la casa y se cubrió los hombros con el quimono. En el umbral de la puerta, su mujer estaba temblando, arrebuada en su vestido.

Cuando él entró, ella cerró el panel a sus espaldas y le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Estás tan frío, esposo mío! ¿No podrías practicar tu *kyudo* en la casa?

—Si lo hiciera, no necesitaría que luego me calentaras —dijo, abrazando a Tomiko. Encontró sus labios mientras alargaba la mano hacia el lazo que sujetaba sus negros cabellos en la nuca. La tumbó sobre el *futon* y el pelo de la mujer se soltó, desplegando un nuevo cielo nocturno que escondía a su intimidad.

Ella se liberó de su abrazo y dijo:

—Tu ayudante, el capitán Noketsuna, ha llamado. Alguien quiere verte.

—Hay paz en la frontera —replicó Minobu, y deslizó la mano por el cuello de su esposa, por debajo de su vestido, hasta acariciarle el pecho—. Que esperen.

—Parecía preocupado —insistió, aunque con la voz ronca por el placer.

—¡Pobre samurái, el que tenga una mujer más dedicada a su deber que a él mismo!

Ella sonrió burlona mientras le hacía cosquillas y se soltaba de su presa. Él le devolvió la sonrisa.

—Si hay paz, habrá otras ocasiones.

—Otras ocasiones, ¿eh? De acuerdo, voy a cumplir con mi deber —dijo Minobu, y un matiz de malicia se deslizó en su voz—. Pero no aceptaré ninguna queja de mi mujer si visito el barrio del placer porque ella no se interesa por mí.

Esquivó la almohada que, hecha de fina madera de cedro, le habría causado un gran hematoma. Pasó cerca y fue a caer al suelo sin romper nada. Cuando Minobu notó que ella no se unía a sus risas, vio que su expresión era muy seria.

—Tiene algo que ver con esos terribles Dragones, ¿verdad? —Sus palabras fueron más una afirmación que una pregunta—. Ellos serán tu perdición.

—Es más probable que sea la de los Dragones, pero no deberías hablar así de ellos. Desde que fui destinado a su unidad hace más de año y medio, ellos nos han traído *buena* suene. Como Oficial de Enlace, se me ha asignado una espléndida casa donde vivimos cómodamente y nuestro hijo Ito ha sido aceptado para cursar el trimestre de primavera en la academia Sun Zhang.

¿Se te ocurre una señal más clara de fortuna? Eso le garantizará un puesto como MechWarrior.

Tomiko suspiró sin quedar convencida.

—A veces, todo esto me parece una ilusión —dijo—. Me preocupa. Pasas demasiado tiempo con esos... mercenarios.

Tomiko pronunció aquella palabra con aversión. Minobu se preguntó si su propia voz destilaba el mismo desprecio cuando supo de su nombramiento. En tal caso, aquel desdén había desaparecido. Había aprendido muchas cosas en su puesto junto a los Dragones.

—Paso tanto tiempo con ellos porque ése es mi deber —replicó.

—No es preciso que pases el tiempo libre con ese Jaime Wolf.

—No, no lo es —contestó. Era la misma discusión de siempre—. Eso, al menos, es mi propia decisión. Jaime es más que un simple soldado mercenario: es muchas cosas pero, sobre todo, es un hombre de honor. Además, ¿acaso el Coordinador no nos anima a iluminar las almas receptivas con la superioridad del Dragón? Sólo estoy cumpliendo con mi obligación.

Ella le dio la espalda, lo que marcaba el fin de la discusión de una manera que él conocía demasiado bien.

Acabó de vestirse sin que ella le volviera a dirigir la palabra. Cuando estuvo listo, miró de nuevo a su mujer, que no se había movido del sitio. Fue hacia la puerta, la

abrió y salió al pasillo.

—Estaré en el despacho —dijo, y cerró el panel.

El trayecto hasta los aposentos privados de la Mansión Hoshon era corto, pero las sombras del bosque y los paneles *shoji* finamente confeccionados creaban una sensación de paz que le apaciguó los nervios. Aquella casa, con su mobiliario sencillo y tradicional, solía producirle aquel efecto.

Minobu entró en el despacho por la puerta interior. Pudo oír en la habitación exterior el tono estridente de Natasha Kerensky, que estaba regañando a su ayudante. ¡Pobre Michi Noketsuna! El joven *Tai-i* era demasiado novato para tener que enfrentarse a la fiera capitana Kerensky a una hora tan temprana. Minobu se sentó ante su escritorio y pulsó el botón que debía iluminar una luz piloto en la mesa de Noketsuna, para informarle de que él estaba presente en su oficina.

Noketsuna debía de estar esperando aquella señal, pues, casi de inmediato, convirtió sus ruegos a la capitana Kerensky de que se calmara por peticiones concretas de que se sentara para que él pudiera encargarse de cierto asunto en el despacho interior. Pero ella no le dio la ocasión de hacerlo.

—¡Ah, no! ¡Nada de eso, pequeño tocho japonés! Ya he visto esa luz y me voy contigo.

Cumplió su palabra.

Michi Noketsuna fue el primero en llegar al escritorio. La mirada experta de Minobu vio que estaba molesto, pero el joven capitán logró conservar su decoro. Ni un solo mechón de pelo estaba fuera de su lugar. Su piel era más oscura de lo normal en la mayoría de kuritanos de antepasados japoneses. Minobu sospechaba que aquella tez ocultaba probablemente un tono sonrojado de turbación por la vestimenta de su visitante.

Como siempre, Natasha Kerensky iba ataviada de una manera provocadora. Desde el cordón plateado con piedras de ónice con la cabeza de lobo en sus extremos, que sujetaba sus rizos de tono rojo oscuro, hasta las relucientes botas de piel moteada de *shant*... Toda su ropa resaltaba su famosa belleza. Del cinto le pendía una pistola Marakov adaptada; el reflejo de la luz en la empuñadura de marfil atraía la atención hacia el oscilar de sus caderas. El arma daba un matiz amenazador a su imagen cuidadosamente cultivada. Ella era muy consciente de la impresión que causaba en los hombres y se sabía que se aprovechaba de ello.

Kerensky empezó a acuciar a Minobu en cuanto Noketsuna comenzó a explicarle la situación. Minobu no lograba entender a ninguno de los dos.

—Por favor, capitana Kerensky, disfrutará de toda mi atención tan pronto como me haya enterado de lo sucedido —dijo, y señaló la silla que estaba frente a la suya. Ella se sentó, pero no dejaba de repicar el suelo con el pie con un ritmo irritado—. Ahora, capitán Noketsuna, tenga la bondad de comenzar de nuevo.

Así lo hizo. La historia era simple y Minobu la había oído en otras ocasiones. La Compañía Independiente de Kerensky, las famosas «Viudas Negras», volvía a estar de permiso en el puerto y, una vez más, el Cuerpo de Vigilancia Civil había detenido a varios de sus miembros bajo acusación de alcoholismo, gamberrismo, destrucción de la propiedad y otros incidentes vandálicos. Al menos, en aquella ocasión no había nadie acusado de homicidio.

Minobu escuchó el informe de su ayudante sobre cada caso y luego le hizo preguntas sobre ciertos detalles. A veces pedía una aclaración a Kerensky. A pesar de sus tensas y hostiles respuestas, no tardó en quedar claro que los cargos eran de poca importancia y las protestas de Kerensky eran puramente rutinarias. Demostraba la misma lealtad fiera que una osa dispensaría a sus cachorros. De hecho, Minobu había oído opinar a otros Dragones que sus oseznos, sus soldados, la seguirían aunque hubieran de atravesar todos los infiernos budistas. Aquella lealtad era envidiable, y la persona capaz de inspirarla era afortunada. A Minobu le parecía lamentable que la conducta social de aquella mujer fuese tan brusca y carente de modales.

Como no era la primera vez que las tropas de Kerensky causaban disturbios en An Ting, Minobu decidió que era necesario dejar las cosas claras.

—Capitana Kerensky —dijo—, aunque todo cuanto ofrece An Ting está a disposición de los Dragones de Wolf mientras dure su contrato, los Dragones no son los dueños de este planeta. El pueblo de An Ting ya estaba aquí antes de que viniesen los Dragones, y aquí seguirá mucho después de que los Dragones se hayan ido. Ni usted, ni sus tropas, ni ningún otro soldado de los Dragones, puede hacer libre uso de ellos. Cuando sean liberados del cuartel de la Vigilancia Civil, sus soldados quedarán confinados en el campamento militar de Boupeig durante el resto de su estancia en An Ting.

Kerensky iba a protestar de nuevo, pero Minobu la interrumpió.

—Naturalmente, los daños causados se cargarán al presupuesto de los Dragones. El coronel Wolf recibirá un informe completo de la situación y su reacción, capitana.

Kerensky, aunque claramente furiosa, se marchó sin decir ni una palabra.

—Esa mujer se comporta como un hombre —comentó Noketsuna después de que Kerensky diera un portazo al salir. Minobu casi se echó a reír al ver su falta de experiencia.

—No debería sorprenderle. Ha vivido una vida de hombre y ha sido MechWarrior casi tantos años como usted tiene de vida, mi joven amigo.

—¡Imposible! Apenas es un poco mayor que yo.

—Lea su ficha. Ella estaba al mando de una compañía antes de que usted entrara en la academia —replicó Minobu. A Michi se le desorbitaron los ojos—. Es una mujer admirable, Michi —*san*. Esta es sólo una de las cosas que aprenderá sobre los Dragones de Wolf. Confío en que sabrá estar a la altura de las circunstancias. De lo

contrario, no habría solicitado su nombramiento como mi ayudante. Ahora, antes de hincharle más la cabeza, ¿qué asuntos hay previstos para hoy?

Noketsuna dirigió primero su atención hacia los informes sobre la situación militar. A Minobu le enorgulleció que todas las unidades de los Dragones que habían salido de expedición informasen de progresos satisfactorios. Los elementos del Regimiento Epsilon en Courasin avisaron que habían terminado sus operaciones y regresaban a su base principal de Thestria. La actividad davionesa en todos los sectores era mínima. En general, no había sorpresas.

El siguiente asunto fue una revisión del estado de las unidades de combate de los Dragones presentes en el planeta para disfrutar de un permiso. Wolf había establecido un programa regular y rotatorio de períodos de descanso para los regimientos. Cada uno de ellos tenía en An Ting una unidad, a veces tan grande como un batallón, para que pudiesen descansar y divertirse. Así, las tropas disfrutaban de una pausa en sus deberes de guarnición o unas vacaciones de las incursiones periódicas por los planetas fronterizos.

Aquello también significaba que, además de los empleados de los Dragones, An Ting tenía siempre una población importante de combatientes, casi como si fuera una auténtica guarnición. Wolf había dicho a Minobu en una ocasión que, en realidad, aquel programa era una idea de Takashi Kurita. El coronel aseguró que lord Kurita sabía que él consideraría que el planeta asignado a los Dragones para sus empleados estaba demasiado cerca de la frontera y, por tanto, era vulnerable a una incursión enemiga profunda. Wolf alegó que era la manera que tenía el Coordinador de mantener una guarnición gratis en un planeta no incluido en el contrato de servicios.

Los programas rotatorios estaban bien planificados. La Compañía de Branson, del Regimiento Alfa, tenía previsto su regreso a Capra aquel mismo día y cedería su lugar al Batallón de Specter, del Regimiento Delta. El Batallón Zeta volvía a An Ting para descansar y recuperar energías tras su acción en el planeta Bergman. Hasta que las tres compañías de Gamma regresaran al campo de batalla, habría bastante gente en Boupeig. Minobu dictó la orden de abrir los cuarteles del sur en previsión de la llegada del Batallón Zeta.

Seguían los recuentos de provisiones. Todo estaba en orden y según lo previsto. El Regimiento Beta había presentado la queja de que los equipos para tiempo frío del último envío tenían varios defectos y eran inadecuados para las gélidas temperaturas del interior del continente Borealis. Minobu firmó la nota con sus iniciales y realizó un pedido sustitutorio para que lo enviaran a través del Departamento de Aprovisionamiento. No era habitual que enviaran material defectuoso a una unidad de primera línea del frente. El Regimiento Gamma, compañeros de Beta en Misery, no había presentado ninguna protesta similar. El único otro elemento destacado era un envío de armamento de Ceres Metal, que había llegado a la estación orbital de An

Ting a la espera de ser entregado al Regimiento Delta en Capra. Tras leer el manifiesto y comprobar su veracidad con Noketsuna, Minobu aprobó la transferencia. No debía haber problemas para que el material llegara a manos del regimiento antes de su siguiente acción prevista.

El último tema del orden del día era una solicitud formal de permiso de la Comandancia de Adiestramiento para empezar unas maniobras. Pretendían realizar un simulacro de operación en órbita sobre el continente Hotel, en el hemisferio septentrional, y pedían que la red de defensa planetaria que cubría aquella zona fuera alertada de su presencia. Como siempre, el coronel Wellman prevenía la seguridad de sus Dragones novatos. Minobu aprobó la solicitud y la trasladó al comandante en jefe de la guarnición kuritana para su aprobación final.

Cuando Minobu daba los últimos retoques a la nota para el comandante, Noketsuna regresó con un sobre cerrado con los sellos de ComStar. La expresión sombría de su ayudante revelaba su preocupación por la gravedad de la misiva.

—Acaba de llegar para usted, señor —dijo—. Estrictamente confidencial.

En la solapa constaba el lugar de remisión: la Nave de Descenso *Chieftain*. Aunque la nave había permanecido en órbita sobre An Ting durante una semana, Minobu no había recibido ninguna noticia de Wolf tras el cordial anuncio de su regreso. Minobu abrió el sobre y leyó su contenido de inmediato. La espectacularidad de su entrega sólo era la manera de Wolf de llamar su atención.

Noketsuna permanecía expectante, con la esperanza de que su superior le concediera el privilegio de compartir con él aquella información.

—¿Ha atacado Davion? —preguntó por fin, impaciente—. ¿Vamos a combatir al lado de los Dragones?

—Sólo es una invitación, Michi-san —contestó Minobu. Noketsuna se encorvó, decepcionado—. Sin embargo, también lo incluye a usted.

»El coronel Wolf será el anfitrión de una celebración de algo que llama «Día de la Resolución». Tendrá lugar a bordo del complejo orbital de los Dragones.

La desilusión de Noketsuna se desvaneció al comprobar que había sido invitado a un lugar prohibido hasta entonces. Mostró una sonrisa radiante, obviamente halagado por aquel honor.

A Minobu también le parecía un honor. Una vez más, Jaime Wolf le tendía la mano de la confianza, una mano que Minobu había estrechado con orgullo en los meses pasados. La invitación era un paso más hacia la confianza y la amistad de Wolf. Minobu empezó a formular su aceptación formal.

## Estación Hefaistos, Órbita de An Ting Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis

11 de noviembre de 3024

Noketsuna abrió la esclusa de aire para que pasaran Minobu y Tomiko y se apartó con el fin de dejarles sitio en el estrecho pasillo de acceso. Aun así, las rígidas hombreras del ceremonial *kataginu* de Minobu lo rozaron al pasar a su lado. El quimono de Tomiko no causó el mismo problema, pero Noketsuna hubo de procurar no pisarle el dobladillo que llevaba arrastrando.

En el siguiente corredor, iluminado con una luz tenue, J. Elliot Jamison los estaba aguardando. El coronel era tan grueso y corpulento como los BattleMechs de asalto que dirigía en el Batallón Zeta. Una amplia sonrisa le dividía el ancho rostro y mostraba unos dientes blancos enmarcados por el color negro de su barba y bigote.

—Buenas noches, *Chusa* Tetsuhara y señora Tetsuhara —dijo cuando cruzaron la escotilla—. Bienvenidos a bordo de la Estación *Hefaistos*.

—Gracias, coronel Jamison —contestó Minobu—. Cuando nos aproximábamos, la estación tenía un aspecto impresionante. Creo que no he visto ninguna igual.

—Es muy probable, *Chu-sa*. Aunque su diseño corresponde en su mayor parte a la época de la Liga Estelar, hemos añadido algunos elementos por nuestra cuenta. *Hefaistos* nos es muy útil. —Jamison los guiaba por el pasillo, sin dejar de hablar—. Esta estación ha obtenido una cierta notoriedad. Ya saben que es lo que los colegas de Fasan Press llaman «nuestra fábrica». ¡Como si uno pudiera levantar en vilo una fábrica de BattleMechs y llevársela!

—Entonces, ¿ustedes no producen sus propios BattleMechs? —preguntó Noketsuna.

Jamison le lanzó una mirada penetrante antes de responder.

—Esta instalación puede encargarse del ensamblado final y la mayoría de las reparaciones pero, desde luego, no está preparada para una producción pesada o una

planta de energía de fusión. En el cursillo de introducción a la tecnología de guerra deberían de haberle explicado que esas operaciones se llevan a cabo mejor sobre un planeta.

—Por favor, disculpe a mi ayudante, coronel —terció Minobu—. Es joven y curioso. Estamos aquí para descansar, no para trabajar.

Noketsuna captó el oblicuo reproche.

—No hay nada que perdonar —contestó Jamison con magnanimidad.

A pesar de las palabras de Minobu a Jamison y su crítica a Noketsuna, tenía la misma curiosidad por aprender cuanto pudiera sobre los Dragones. La pregunta de su ayudante había provocado una respuesta interesante. Aunque Jamison había descrito algunas de las posibilidades de la estación, no había negado de manera explícita que los Dragones pudiesen producir sus propios BattleMechs. A pesar de que los Dragones revelaban algunas cosas, también guardaban sus secretos. Pero los secretos eran negocio, y aquel negocio turbaba a Tomiko. Minobu había notado que ella se había puesto tiesa al oír la pregunta de Noketsuna. Más valía que la conversación volviera al orden del día: la cordial celebración que Jaime Wolf había preparado.

—He de admitir que yo también tengo cierta curiosidad. En su invitación, el coronel Wolf se refería al «Día de la Resolución». No he podido identificar esta referencia. Tal vez usted pueda ayudarme.

—En efecto, pero dado que fue el coronel quien se lo mencionó, creo que debe ser él quien se lo explique.

La actitud de Jamison no era hostil en absoluto, pero parecía esconder otro secreto más. Anteriormente había eludido la pregunta de Noketsuna, pero ahora parecía inseguro del nivel de información que debía facilitar a sus visitantes kuritanos.

Pareció alegrarse de llegar a la última puerta. Esta se abrió con un siseo y les mostró una amplia estancia llena de civiles ataviados con ropajes de colores abigarrados y Dragones con sus uniformes de gala negros. La inmensa mayoría de los allí reunidos estaban enzarzados en conversaciones o picando entremeses en el *buffet*, aunque algunas parejas bailaban a los sonos de una dulce melodía en una pista un poco elevada. La iluminación procedía principalmente de unos paneles transparentes en el techo. La luz del sol reflejada por An Ting, visible en su gloria azul y blanca, era su fuente.

Jamison guio a sus acompañantes al *buffet* y se cercioró de que se les proporcionaba una buena cantidad de los manjares servidos en las mesas. Incluso encontró los suficientes tentempiés para llenar el plato de Tomiko, a pesar de sus inusuales manías al elegir la comida.

Para Noketsuna, Jamison encontró algo más que alimentos: le presentó a una joven y hermosa dama de los Dragones, que lucía un reluciente vestido de color



lavanda. Si quedaba algún resquicio de ganas de trabajar en la mente del joven *Tai-i*, debió de esfumarse en aquel momento. Ambos jóvenes parecieron encontrarse mutuamente fascinantes. El constante movimiento de la multitud no tardó en empujarlos hacia un rincón, pero no dieron muestras de darse cuenta ni de importarles.

Entonces apareció la pareja de Jamison, quien la presentó como Jaella Domichardt. Iba vestida con un uniforme de gala de los Dragones, de corte elegante y cuello alto, con las dobles estrellas de comandante en ambas mangas. La conversación era intrascendente, pero la hierática actitud de Tomiko pareció molestar a Domichardt. Poco después apremió a Jamison a que bailase con ella. Jamison capituló y Minobu y Tomiko se quedaron solos para abrirse paso entre la muchedumbre.

Minobu saludó a varios Dragones que conocía y que le respondieron con afecto. Todos los varones eran lisonjeros con Tomiko, quien recibía sus halagos con un tono gélido dentro de su habitual elegancia. Las conversaciones eran de breve duración.

Entre los hombres que encontraron estaba Dechan Fraser, el osado guerrero que Minobu había conocido por primera vez en Quentin. Fraser ya lucía el disco plateado de teniente y no dio importancia a las felicitaciones de Minobu, pues aseguraba no merecerlas más que su propio ascenso. En otro hombre, aquellos aires de humildad habrían parecido hipócritas, pero Minobu sabía que la modestia de Fraser era sincera. Como no deseaba incomodarlo más, simuló ver a otro amigo y se excusó junto con Tomiko.

Mientras caminaban entre la gente, Minobu oía fragmentos de conversaciones: recuerdos, anécdotas de pasadas aventuras o infortunios, tanto militares como privados. Todas las personas con las que hablaba eran amables y ninguna se negaba a incluir a la pareja en su charla. No obstante, algunos grupos, sobre todo los dominados por los Dragones de mayor edad, parecían titubear al ver acercarse a la pareja kuritana. La conversación siempre se reanudaba de manera inmediata, pero era evidente que el tema había cambiado.

Por fin, Minobu vio a Jaime Wolf cerca de uno de los enormes cazos de plata para el ponche. El coronel estaba con una mujer de cabellos oscuros, cuyo vestido azul cielo caía en delicados pliegues alrededor de su esbelta figura. Aun desde lejos, Minobu notó que ambos se sentían muy a gusto en compañía del otro. Al ver que Minobu y Tomiko se acercaban, Wolf sonrió satisfecho.

—Me alegra comprobar que has podido venir, Minobu-san —dijo. Se volvió hacia Tomiko y la saludó con una reverencia—. Es un placer volver a verla, señora Tomiko. Está muy hermosa esta noche.

—Tiene palabras muy amables para una mujer vieja, señor Wolf.

—¡Tonterías! Sólo serían amables si fueran hipócritas. En su caso, sólo subrayan

la verdad.

—No es ningún lisonjeador, señora de Tetsuhara. Lo conozco bien —intervino la acompañante de Wolf, cuyos ojos parpadeaban regocijados—. Permítame que me presente, ya que Jaime está tan abrumado que ha olvidado sus buenos modales: me llamo Marisha Dandridge y en ocasiones he sido compañera de este coronel vagabundo.

Si a Tomiko le había ofendido el desparpajo de aquella mujer, no hizo ninguna demostración de ello. Le hizo una reverencia.

—El placer es nuestro, señora —dijo Minobu—. Jaime la ha guardado como uno de los misterios de sus Dragones. ¿Es usted un secreto militar?

—Todo se debe simplemente a un descuido y a la falta de una oportunidad propicia, amigo mío —contestó Wolf, y agachó la cabeza aceptando burlonamente el reproche—. Marisha está aún más atareada que yo. Trabaja en la sección civil de la Comandancia de Adiestramiento. No encontrará a ningún consejero de niños mejor que ella. Y tampoco es muy mala con los adultos...

Dandridge dio un codazo a Wolf.

—Jaime me ha contado que su hijo mayor va a ingresar en la academia de Sun Zhang —dijo a Tomiko.

—Sí. Es un honor para nuestra familia.

La respuesta de Tomiko había sido formal y breve. Incluso el afectuoso interés de Dandridge no había bastado para vencer sus reservas.

—Jaime dijo «el hijo mayor», señora de Tetsuhara. ¿Es que tiene otros hijos? —insistió Dandridge, quien parecía decidida a arrancar a Tomiko de su actitud recelosa.

—Sí, una hija y otro hijo. Son algo más jóvenes —respondió Tomiko. De nuevo volvió a usar un tono cortante, pero Minobu percibió una grieta en su distanciamiento.

—Bien, estoy convencida de que le interesará visitar las instalaciones de cuidado y recreo que tenemos para los niños —añadió Dandridge y, sin esperar a la contestación de Tomiko, la tomó del brazo. Aunque Tomiko parecía recelosa de acompañarla, todavía tenía menos deseos de organizar una escena, por lo que cedió ante el entusiasmo de Marisha.

—¿Cuál es la razón de todo esto, amigo Jaime? —preguntó Minobu—. Jamás habría esperado que tu señora fuese tan... sociable.

—Te sorprendería. Pero tienes razón; habitualmente no lo es —repuso Wolf—. Pero es casi tan aviesa como yo. Pensamos que ésta podía ser una buena oportunidad para mejorar la opinión que tu esposa tiene de nosotros. Marisha se está aprovechando de ello ahora. Además, ella sabía que quería hablar contigo a solas un rato.

Minobu inclinó la cabeza de manera inquisitiva. Como respuesta, Wolf lo condujo

junto a la pared y oprimió un panel del diseño decorativo. Se abrió una puerta y ambos pasaron a un pequeño despacho. Wolf indicó a Minobu que tomara asiento, se acercó una silla y se sentó a su lado. Ambos hombres estaban frente a la ventana de la habitación, a través de la cual podían ver dos de las lunas menores de An Ting, avanzando en una majestuosa procesión entre las estrellas.

Como siempre, Wolf fue directamente al grano.

—¿Qué puedes contarme sobre el Señor de la Guerra Samsonov? —inquirió.

En los primeros días de su relación, aquella rudeza había desconcertado a Minobu, acostumbrado a la típica práctica en el Condominio de abordar los asuntos de manera indirecta. Los draconianos recurrían a una serie de cuestiones preliminares irrelevantes con la intención de analizar el estado de ánimo y el temperamento de sus interlocutores. Sólo los buenos amigos y los viejos compinches podían prescindir de aquellas formalidades iniciales. Con el paso de los meses trabajando al lado de los Dragones, Minobu había aprendido que todos eran de modales impetuosos, pero había logrado habituarse a ello.

—¿A qué se debe ese repentino interés? —le preguntó.

—Es una de las cosas que me gustaría saber —dijo Wolf—. Llevamos más de un año en su Distrito, pero sólo ahora el Señor de la Guerra ha decidido que ha llegado la hora de hablar. Vendrá a An Ting para asistir a una reunión y pensé que tú podrías darme una idea de lo que debo esperar.

Wolf aguardó mientras Minobu organizaba sus pensamientos. Minobu sólo había visto al Señor de la Guerra Samsonov en dos ocasiones, pero no tuvo problemas para evocar la imagen de un Señor de la Guerra alto y vigoroso, de cabellos canosos, que siempre estaba pendiente de su apariencia. Wolf no preguntaba por aspectos, desde luego, pero quería saber qué clase de hombre era Samsonov.

—He tratado con él en algunas ocasiones respecto a las operaciones de los Dragones —comenzó Minobu—. El general Samsonov es un hombre interesante. En honor a nuestra amistad, y sabiendo que mantendrás discreción sobre lo que yo te diga, te hablaré con franqueza.

»Su aspecto es distinguido y responde en todo a la imagen estereotipada de un general —prosiguió—. Siempre habla con respeto del Coordinador y se presenta como un hijo leal del Dragón. Tiene un currículo militar admirable y ha recibido la Orden del Dragón en reconocimiento a las conquistas territoriales que ha realizado para el Condominio.

»Sin embargo, hay algo en su actitud que parece fuera de lugar. Me temo que alberga ambiciones personales que rebasan las adecuadas para un samurái de Casa Kurita.

Wolf renovó su atención al oír aquellas palabras. Minobu se dio cuenta de su interés y trató de explicarse.

—Su forma de tratar a los inferiores no puede considerarse respetuosa. Cabe preguntarse si un hombre que no trata con respeto a sus subordinados puede respetar a sus superiores. Un hombre que no respeta a sus superiores puede aspirar a sustituirlos.

«Naturalmente, todos los hombres tienen ambiciones de algún tipo y bien podría ser que el general no sea tan excepcional, al fin y al cabo. Lo importante es que un hombre cumpla con su deber y, en esto, el general Samsonov es casi irreprochable. Se preocupa por las labores de su cargo y, por tanto, el distrito de Galedon prospera. Las unidades que están bajo su mando disfrutaban de un buen mantenimiento y suministros, aunque he oído decir que utiliza métodos inusuales para conseguir esos fines. Seguramente, estos comentarios son simples rumores. Quién sabe si se deben más a la envidia de sus rivales que a la realidad.

»Como sabes, ostenta el título de Señor de la Guerra de Galedon. Como tal, está en una alta posición de la estructura de poder del Condominio Draconis, con un mando casi absoluto en el distrito. El Señor de la Guerra Samsonov también es un honorable consejero del Coordinador. Es el gran señor, en nombre de lord Kurita, de más de sesenta sistemas estelares y guardián de casi la mitad de nuestra frontera con la Federación de Soles.

»Es un hombre muy poderoso. Como amigo, es útil; pero como enemigo, es muy peligroso —concluyó Minobu.

Wolf guardó silencio durante unos momentos.

—Agradezco tu honestidad, Minobu —respondió al fin—. Me has dado información para reflexionar —y volvió a sumirse en el silencio.

Minobu lo dejó pensar un rato y aprovechó la ocasión para ponderar a qué se debía la visita de Samsonov. Algo estaba preparándose. Pero ¿qué? Minobu no disponía de suficiente información para razonar una respuesta.

Miró a Wolf por el rabillo del ojo. En los últimos meses habían aprendido a confiar el uno en el otro, respetando sus respectivas cualidades. Minobu había pensado poco en la vida privada de Jaime. Claro está que Wolf jamás había hecho la menor mención de ella. Aquella noche, Minobu había conocido a alguien que era obviamente importante en la vida de Wolf. Una vez más, la reserva de los Dragones... Una vez más, Minobu recordó lo poco que sabía de aquel en quien confiaba tanto.

—Marisha Dandridge parece una mujer de primera categoría, amigo Jaime —comentó, rompiendo el silencio.

Wolf pareció un tanto sorprendido por el cambio de tema. Como siempre, se recuperó enseguida.

—Un hombre no podría pedir ninguna mejor —contestó.

—No obstante, en todos estos meses me has hablado poco de ella. Incluso diría

que no has hablado nunca de tu familia.

—No. Los Dragones procuramos mantener a la familia separada de los negocios. Pero, a veces, los negocios no nos lo permiten —dijo Wolf con amargura.

—¡Ah, el incidente de Nueva Délos! Aquello fue algo deshonroso. Fue a tu hermano a quien Antón Marik mató, ¿verdad?

Minobu sabía que su comentario podía abrir una vieja herida, pero Wolf parecía mostrarse dispuesto a hablar.

—Esa es la versión pública del suceso —replicó Wolf. La amargura había desaparecido de la voz de Wolf tan repentinamente como había surgido, y la había sustituido un matiz de pesar.

Pasaron varios momentos antes de que continuara.

—Antón Marik intentó asumir el control de los regimientos. Trató de obligarnos a someternos a su voluntad tomando como rehenes a varios familiares nuestros que estaban en Nueva Délos. Nosotros, los bravos guerreros, no íbamos a doblegarnos ante él —dijo Wolf con palabras teñidas de sarcasmo—. Nos enfrentamos a él.

»No sólo murió mi hermano allí. Mi esposa y nuestros dos hijos más jóvenes estaban entre los civiles asesinados por Marik.

Aquello no era lo que esperaba Minobu. Un hermano perdido en las peripecias de una maniobra política era una cosa muy distinta. Joshua Wolf había sido un soldado, y los soldados esperaban encontrar la muerte en el torbellino político y militar de los Estados Sucesores. El asesinato injustificado de miembros de la familia era otra cosa. Incluso si los Dragones hubieran asaltado el palacio de Nueva Délos y hubiesen matado a Antón Marik, ello no habría justificado la masacre de almas inocentes.

—Perdóname, amigo mío. No pretendía avivar recuerdos como éstos —dijo.

—No te preocupes —contestó Wolf, y le mostró una débil sonrisa de perdón—. Pasó hace diez años. Ahora ya puedo hablar de ello. A ese respecto, Marisha ha sido una bendición. Me ha ayudado a superar lo peor y me ha enseñado a afrontar el futuro de nuevo. Pero, por todos los dioses del espacio —añadió con voz acerada— que no dejaré que vuelva a ocurrir.

Se hizo el silencio de nuevo. Ambos hombres contemplaron las estrellas, sumidos en sus pensamientos. Para poner fin a aquella incómoda pausa, Minobu se aventuró a decir:

—Has insinuado que tenías otros hijos.

—Es cierto. —El tono de Wolf era distante, pero la aspereza se había desvanecido de su voz—. No se te escapa nada, ¿eh, Minobu? —Éste inclinó la cabeza con humildad—. Sí, tengo un hijo. Está en el Regimiento Beta.

—¿El Beta? No hay ningún Wolf en la lista del regimiento.

—También es verdad. Combate bajo otro nombre. Y no, ni siquiera tú, amigo mío, me arrancarás ese nombre. —Wolf se echó a reír, para alivio de Minobu—. No

recibiría un trato justo si se supiera que es mi hijo.

—Entonces, ¿no disfrutará de su herencia?

—Sí. La tendrá cuando haya aprendido a valerse por sí mismo. Nadie viaja gratis con los Dragones. El nepotismo sólo es admisible cuando los favorecidos pueden ganarse el puesto. Si él se merece ocupar mi lugar, lo tendrá.

»Pero, por ahora, mi lugar consiste en ser el anfitrión de esta fiesta. Volvamos a ella. A comer, a beber y a divertirse, ¿eh? —dijo Wolf, y se rio tratando de aparentar buen humor, pero a Minobu le pareció que lo hacía forzado. No todas las sombras se habían desvanecido, a pesar del valeroso discurso de Wolf—. El ayer ya quedó atrás y el mañana traerá sus propios problemas —añadió, y dio una palmada a Minobu en el hombro—. Al fin y al cabo, ¿cuántas veces están las estrellas tan tranquilas?

## **Cerant, An Ting**

### **Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**

**12 de noviembre de 3024**

El Señor de la Guerra de Galedon, Grieg Samsonov, llegó a la estación orbital de An Ting a las trece horas estándar, exactamente en el momento previsto.

Dos horas después desembarcaba de su Nave de Descenso *Winter Dragón* en el espaciopuerto de Cerant, seguido de su séquito. Entre ellos se encontraba un hombre que Minobu reconoció de inmediato, pese a no haberlo visto en varios años: era Jerry Akuma, un japonés alto y ataviado con el uniforme bien entallado de un *Sho-sa*, o comandante, del Octavo Regimiento Espada de Luz. Una pequeña insignia con el sello de Galedon lo identificaba como ayudante del Señor de la Guerra.

Wolf no había podido reunir su habitual batería de coroneles para recibir al Señor de la Guerra Samsonov. Sólo Ellman, de la Comandancia de Adiestramiento, y Jamison, del Batallón Zeta, estaban disponibles. Cuando se aproximó el grupo de oficiales visitantes, un ayudante se adelantó con un paquete. Se plantó ante los coroneles de los Dragones, alargó el paquete y preguntó por el coronel Jaime Wolf.

—Credenciales y protocolo, señor —dijo, y entregó el sobre a Wolf. El ayudante se sumergió en el gentío que rodeaba al Señor de la Guerra, dejando el paso libre para el propio Samsonov. Ahora que Wolf había sido identificado, el Señor de la Guerra no prestó atención a nadie más del grupo de los Dragones.

—Es un placer conocer al ilustre Jaime Wolf —gruñó, aunque su voz indicaba algo muy distinto del placer.

—El honor es mío, Señor de la Guerra Samsonov —contestó Wolf con una reverencia. Minobu sabía que Wolf no se sentía particularmente honrado, pero la voz del mercenario no traicionó sus verdaderos sentimientos.

Los rasgados ojos de Samsonov escudriñaron el rostro de Wolf mientras éste hablaba. Su propia faz se había aposentado en una expresión de desdén. El tono altivo

que el Señor de la Guerra adoptó para el resto de los preliminares reveló a Minobu que consideraba a Wolf como un inferior, un mero soldado de paga. Minobu se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que el Señor de la Guerra descubriera que había cometido un error al subestimar al mercenario.

El grupo de bienvenida y los visitantes prepararon el viaje al cuartel general administrativo de los Dragones, donde se habían preparado unas instalaciones para la reunión. Samsonov subió a un opulento coche que arrancó casi de inmediato, escoltado por los autos ligeramente blindados del Cuerpo de Vigilancia Civil de Cerant. Mientras Wolf y sus oficiales ocupaban el segundo vehículo, los ayudantes del Señor de la Guerra pugnaban por ocupar un asiento en los coches restantes. Antes de que Minobu pudiera unirse a Wolf, Akuma se interpuso en su camino.

—Tiene buen aspecto en su uniforme de *Chusa*, Tetsuhara —dijo con una gélida sonrisa—. ¿Es cómodo?

—Me va razonablemente bien, *Sho-sa* —respondió Minobu.

No había visto a Akuma desde los días de Dromini VI, en que su trato con él se había vuelto insufrible. Akuma había cumplido con su deber y siempre era respetuoso cuando había otras personas presentes, pero en privado o en el campo de batalla era otro cantar. Akuma había cuestionado las decisiones de Minobu, acuciándolo sin cesar y ridiculizando el código del *bushido*. Ahora, sus caminos volvían a cruzarse. Como ayudante de Samsonov, Akuma podía estar en una situación capaz de afectar sus relaciones con la unidad de que era responsable Minobu, los Dragones. Era mejor seguirle la corriente.

Todos los coches habían partido, menos uno. Ambos hombres se volvieron y avanzaron por la columnata hacia él. La fuerte brisa agitaba sus uniformes y los golpeaba con pétalos fugitivos de los árboles en flor alineados en el paseo. El guerrero de la Espada procuraba parecer simpático, pero sus ojos escrutaban atentamente las reacciones de Minobu.

—Realmente parece estar en lo más alto. Ello debería darle una visión clara de cuanto sucede a su alrededor. Pero tal vez haya nubes que vuelven borrosas algunas cosas —sugirió Akuma en tono desenfadado.

A Minobu le desconcertó el reproche de Akuma, pero se negó a darle la satisfacción de saberlo. Mantuvo el rostro impassible y no replicó.

—Ha estado pilotando un BattleMech en sus correrías con estos mercenarios, ¿verdad? —prosiguió Akuma sin inmutarse.

—Sí.

—¿No le interesa en lo más mínimo que su nombre siga en la lista de Desposeídos de los libros de las Fuerzas Armadas del Condominio Draconis?

Aquel recordatorio, que venía de alguien de quien Minobu sabía que era un piloto, al menos, mediocre, dio en la llaga. Minobu comprendió que había de



controlar su temperamento. Desde luego, aquel hombre sabía cómo sacarlo de sus casillas.

—Soy consciente de ello —replicó.

—Tenga cuidado con su tono, Tetsuhara. Hay que ser cortés con un MechWarrior.

—Tiene razón, MechWarrior.

«¡Insoportable bufón! —pensó Minobu—. A los bufones hay que enseñarles cuál es el lugar que les corresponde».

—¿No es cierto también que un suboficial debe ser respetuoso con un oficial? —añadió.

—Así es, *Chu-sa* —contestó Akuma con suave urbanidad—. Aunque los galones no estén cosidos a las mangas.

Minobu le lanzó una mirada feroz. ¿Cómo podía Akuma estar informado de la insignia que había acompañado a su ascenso? ¿Había tenido algo que ver con la caída en desgracia de Minobu después de los hechos de Dromini? ¿Acaso era miembro de las FIS? ¿Era ésa la razón de sus constantes pullas? Minobu siempre había supuesto que era una disputa personal, de filosofías distintas. ¿Acaso era algo más?

Para ganar tiempo y recobrar la compostura, Minobu dirigió la atención de Akuma hacia el campo de prácticas, donde algunos alumnos de los Dragones participaban en un simulacro de batalla. Los 'Mechs simuladores se paseaban por el campo disparando rayos de baja potencia contra blindajes tachonados de sensores. Un ordenador registraba y evaluaba los impactos y paralizaba porciones de las máquinas cuando la estimación de los daños alcanzaba una cierta gravedad.

—¿Sabía que los Dragones adiestran ellos mismos a la mayoría de sus MechWarrior? —preguntó Minobu.

—*So ka*. ¿No pueden encontrar suficientes soldados entre los ineptos rechazados por las Casas? —replicó Akuma.

—Los Dragones son buenos soldados, no ineptos. Son guerreros eficaces y competentes. De hecho, conocen mejor lo que significa el honor de un guerrero que lo que usted sabrá jamás.

—Vigile su temperamento, *Chusa* —lo reprendió Akuma—. Alterará su preciosa *wa* y, entonces, ¿quién sabe qué sandeces le exigirá su código del *bushido*?

Efectivamente, Akuma siempre encontraba la manera de sacar de sus casillas a Minobu, y éste trataba ahora de demostrar las cualidades de los mercenarios con los que trabajaba. Siguieron su camino y Minobu mostró al guerrero de la Espada más instalaciones de los Dragones. Tras ellos, Noketsuna los seguía como una sombra silenciosa. El último coche, olvidado, había partido hacia la ciudad.

Pasó una hora antes de que Minobu comprendiera la estratagema de Akuma: pretendía mantenerlo alejado de la reunión con Samsonov. Por alguna razón, su nuevo señor no quería que el Oficial de Enlace estuviera presente, como era su deber.

Minobu dijo tener que ponerse en contacto con su oficina y se excusó para utilizar un comunicador. En cuanto estuvo fuera de su vista, salió por una puerta trasera y llamó a uno de los taxis privados del espaciopuerto. Ordenó al conductor que fuese a la plaza central.

El hecho de haber dejado a Noketsuna para que entretuviera a Akuma y recogiese sus protestas no preocupaba a Minobu. Su ayudante era un hombre inteligente y no tenía un pasado compartido con Akuma que éste pudiera aprovechar para zaherirlo. Además, tras las invectivas de Natasha Kerensky, ni siquiera Akuma podía parecerle hiriente. Noketsuna podía considerar a Akuma como una dura prueba, pero el joven capitán tenía que ser capaz de aguantarlo.

Había atascos de tráfico en la ciudad. Cuando Minobu llegó a la reunión, ésta ya había empezado. Se sentó en una silla junto a la puerta sin que, al parecer, el Señor de la Guerra se hubiera fijado en él. Uno de los ayudantes de Samsonov estaba narrando una película grabada recientemente en Courasin. Sus palabras describían una escena nada halagadora para el Regimiento Epsilon, con sugerencias de incompetencia diseminadas por sus comentarios. Si la reunión era del típico estilo de Samsonov, todo se orientaba a un punto crítico en que el propio Señor de la Guerra se levantaría para sentenciar la cuestión.

Wolf permaneció sentado en posición tiesa durante la exhibición. Los oficiales de mayor edad también mantenían una notable serenidad, pero algunos de los oficiales más jóvenes estrujaban los papeles y parecían claramente incómodos. Minobu notaba la tensión que emanaba del lado de la mesa ocupado por los Dragones, pero el Señor de la Guerra y sus hombres parecían no darse cuenta de ello. Cuando, por fin, el ayudante terminó su narración, Samsonov se incorporó y aprovechó su gran altura para cernirse sobre los Dragones sentados.

—Como ya ha visto y oído, coronel Wolf, sus oficiales han hecho caso omiso continuamente de la cadena de mando. En algunos casos han llegado al extremo de arrogarse responsabilidades de mando. —El Señor de la Guerra se paseaba por la habitación mientras hablaba, gesticulando de manera teatral—. La peor ofensa ha venido de esa mujer, Korsht. El hecho de que permita que una mujer asuma tanta responsabilidad fuera de la que la corresponde me desconcierta.

Al no obtener ninguna reacción de Wolf, el general pareció tomar su actitud como un asentimiento. Minobu se maravilló de que aquel hombre fuera tan ciego. Pero Samsonov insistió en su argumentación.

—He venido a ordenarle que ponga sus unidades directamente bajo mi mando con efectos inmediatos —prosiguió.

—Señor de la Guerra Samsonov, eso una violación directa del contrato —lo interrumpió Minobu.

Samsonov levantó la mirada. Era obvio que estaba molesto por la interrupción. Al

ver de quién procedía aquel comentario, los músculos de su rostro se tensaron y torcieron sus rasgos en una mueca perversa. Minobu sintió una súbita oleada de odio. Si aquel hombre hubiera sido un maestro de *ki*, el poder de su emoción habría sido peligroso.

—El *Chu-sa* Tetsuhara tiene razón —dijo Wolf. Aunque habló en voz baja, atrajo la atención del Señor de la Guerra de nuevo hacia él.

Samsonov torció el gesto. No estaba acostumbrado a que lo contradijeran aquellos que consideraba sus inferiores.

—¡Quería que esta reunión fuera amistosa! —exclamó, y dio un violento puñetazo sobre la mesa sin soltar los papeles que sostenía en la mano—. La evidencia es clara. Su hostilidad y resistencia carecen de importancia. El Coordinador ordenará lo mismo en cuanto se lo pida.

—Entonces pídaselo —replicó Wolf.

Era un desafío.

—Si no desea discutir —prosiguió Wolf—, no le importará que nosotros enviemos nuestra propia prueba.

—Envíen lo que les apetezca —contestó Samsonov, y añadió con soberbia—: Soy un Señor de la Guerra del Condominio Draconis y tengo el favor de lord Kurita. Usted no es más que un mercenario nómada. Mi posición es irrefutable.

Wolf se incorporó y, desde el otro lado de la mesa, miró directamente a los ojos de Samsonov.

—Conservaré el mando —declaró.

—No.

La mirada de Wolf no flaqueó.

—No apueste su vida —le aconsejó.

# INTERLUDIO

## **Palacio de la Unidad, Ciudad Imperial, Luthien Distrito Militar de Pesbt, Condominio Draconis**

**16 de diciembre de 3025**

Takashi Kurita entró en el laberinto de pasillos que formaban el nivel inferior del Palacio de la Unidad. Tenía grabadas en la memoria las esquinas que debía doblar y cambiaba de dirección sin vacilar. Cuando, por fin, el pasadizo llegó a su fin, otro corredor lo cruzaba en perpendicular. Sin detenerse, Takashi siguió hacia adelante y atravesó la pared.

La pared era un holograma. Inmediatamente detrás de la imagen había un tramo de escalones irregulares, que Takashi empezó a bajar con la soltura que da el hábito. Cualquiera que no estuviese familiarizado con aquel camino podía perder el equilibrio fácilmente y rodar hasta el final de las escaleras, donde dos de los leales *otomo* del Coordinador montaban guardia a la entrada de la Habitación Negra.

De todos los lugares situados dentro de las fronteras del Condominio Draconis, ninguno era tan seguro como aquella sala. Su existencia dentro del palacio no era ningún secreto, pues cada Señor Sucesor tenía su propia versión de ella. La situación exacta de la habitación de Takashi Kurita sólo era conocida por los jefes principales del Condominio y miembros selectos de la Guardia de la Casa.

El acceso a la Habitación Negra estaba restringido y supervisado de manera estricta. El nivel del palacio en que estaba ubicado sólo era accesible mediante el ascensor, y para llegar a él se requería marcar un código especial.

Evidentemente, el propósito de la habitación era mantener el secreto. A tal fin, sus cinco paredes, techo y suelo estaban envueltos de barreras tecnológicas y recubiertos de materiales que impedían la intromisión de los curiosos ojos y oídos de los dispositivos de espionaje. Para interferir las transmisiones de microondas, una pintura negra de una composición especial —y que daba nombre a la sala— cubría todas las superficies interiores. Entre las defensas destacaba un campo magnético de pulsación

de magma que se activaba al sellarse la puerta.

Takashi llegó al final de las escaleras, donde Chamasa y Potemkin, dos de sus fiables Guardias de la Casa, flanqueaban la puerta. La luz piloto roja, que les permitía conservar la visión nocturna en caso de una interrupción en el suministro eléctrico, no atravesaba el holograma que encubría la escalera. La rojiza iluminación relucía en los salientes de sus corazas y cascos, dándoles la apariencia de espíritus guardianes Myoo.

—Selle la habitación. *Tai-i* Chamasa —dijo Takashi a uno de ellos.

—¡*Hat*, Coordinador!

Takashi no esperó la respuesta; ni siquiera la oyó. Obedecer era lo normal. Cruzó el umbral y entró en la pequeña habitación. La puerta se cerró a sus espaldas.

En la sala lo aguardaba el director de las Fuerzas Internas de Seguridad y los Señores de la Guerra de los cinco Distritos Militares del Condominio Draconis. El único miembro del consejo que faltaba era el primo de Takashi, Marcus Kurita, jefe nominal de Estrategias. «No es propio de Marcus el estar ausente», pensó Takashi. Desde que lo había destituido como Señor de la Guerra del Distrito Militar de Rasalhague seis años atrás, Marcus había acudido con regularidad, aunque debía de tener claro que no mandaba en nada. Takashi seguía escuchando sus valiosos consejos, pero Marcus mostraba signos de amargura por haber perdido su base de poder. Aquellos signos indicaban a Takashi que había hecho bien al cesar a Marcus como Señor de la Guerra. Con el fin de satisfacer sus peligrosas ambiciones, el joven Kurita podría haber llegado a la traición.

Takashi ocupó su lugar en la cabecera de la mesa y saludó a cada Señor de la Guerra según la edad. Terminó dando la bienvenida al consejo a Hirushi Shotugama, recién designado Señor de la Guerra del Distrito Militar de Benjamín. Sin embargo, no mencionó la misteriosa razón por la que su predecesor, Yorioshi, había sido sustituido. Tras saludar a Subhash Indrahar, el director de las FIS, Takashi se arrellanó en su asiento y solicitó los informes de situación de cada Distrito Militar.

Todos los Señores de la Guerra presentaron informes favorables. Todos y cada uno fueron también interrogados y corregidos por sus colegas. Takashi observaba el desarrollo de la reunión con suma atención. Jugaba al peligroso juego de equilibrar las rivalidades de sus Señores de la Guerra. Siempre tenía que vigilar los cambios en el equilibrio, las variaciones en las corrientes subterráneas.

Tras los informes de los distritos se inició un debate general sobre la situación estratégica. Los generales discutieron acaloradamente sobre sus actuaciones respectivas y las prioridades del Condominio, que parecían corresponder casi siempre a las prioridades de cada uno de los distritos. Como era habitual, Takashi dejó hablar a sus generales y los escuchó con atención para distinguir las perlas de verdadera preocupación de las conchas de interés egoísta. Cuando llegó al convencimiento de

que no obtendría ninguna idea clarificadora más de sus pullas, puso fin al debate.

—Gracias, Señores de la Guerra —dijo—. Las órdenes generales se dictarán en cuanto haya reflexionado sobre sus consejos. —Se volvió hacia Indrahar y añadió—: Director, sé que desea presentar algunos asuntos ante el consejo. Proceda, por favor.

Indrahar se levantó de su asiento para tomar la palabra. Tras limpiar las arcaicas gafas que usaba, brindó una fugaz sonrisa a los allí reunidos.

—Los datos correlacionados que hemos obtenido de los ataques a las instalaciones de BattleMechs de Davion en Quentin y Hoff han demostrado, sin lugar a la menor duda, que se está produciendo una transferencia de tecnología entre la Federación de Soles de Casa Davion y la Mancomunidad de Lira de los Steiner. Los documentos capturados en fecha reciente contienen datos de las instalaciones lirananas de Hesperus II, Coventry y Alarion. Estos documentos se encontraron en ambas ofensivas. Un archivo técnico lirano incluye hasta una cita del doctor Roben Willis, un científico davionés que, según las últimas informaciones sobre sus actividades, estaba trabajando en el ultrasecreto programa de desarrollo de BattleMechs de la Federación de Soles.

»Hemos enviado una valija diplomática a Maximilian Liao por correo especial —continuó—, con documentación sobre los intercambios militares entre Davion y Steiner. Esta información debería impulsarlo a emprender alguna iniciativa, pues tiene aún más que perder por culpa de esta coalición que nosotros.

»Hay otros indicios, quizá todavía más ominosos, de que Davion y Steiner están aproximándose cada vez más. El príncipe Davion ha admitido a oficiales lirananos en su muy solicitado Instituto de Ciencias de Nueva Avalon, que, según mis informadores, es más una academia militar que el instituto de investigación proclamado por la propaganda davionesa. Últimamente también se ha observado la presencia de consejeros militares de Davion en el frente lirano. Los analistas de las FIS creen que eso explica las recientes mejoras en el rendimiento en combate de las tropas de Lira.

»Todos estos signos apuntan a un vínculo más profundo y fuerte entre las Casas Davion y Steiner que todavía no se ha hecho público. Es posible que el príncipe Davion haya aceptado en secreto la propuesta de alto el fuego de la arcontesa Steiner del año 3020, aunque no hemos visto ninguna evidencia de las garantías necesarias para sellar un acuerdo así. Hasta la fecha, todos los beneficios, aparte de una mejora en las condiciones comerciales, parecen ser para la Mancomunidad. Apuesto a que el zorro de Davion tiene un plan mucho más sutil.

Indrahar volvió a tomar asiento, satisfecho de dejar a su público meditando sus palabras. Estaba claro que los Señores de la Guerra estaban contrariados por el informe de Indrahar.

A Takashi le complació verlos preocupados. Una alianza entre Steiner y Davion

podía ser desastrosa para el Condominio Draconis: uniría la economía más robusta de la Esfera Interior con el poderío militar de la Federación de Soles. Una combinación explosiva, aun sin tener a su frente al taimado Hanse Davion.

Tras un espacio de tiempo razonable, Takashi hizo guardar silencio a sus consejeros para que Indrahar pasara al siguiente punto de su informe. El director de las FIS volvió a incorporarse.

—Respecto al desastre de la campaña de Galtor, se han contenido de manera satisfactoria las informaciones de los medios de comunicación. Según los medios más populares, hemos conseguido una victoria —Indrahar miró de forma significativa al general Samsonov— pese a la situación militar.

—Tal vez hayamos perdido un arsenal oculto de la Liga Estelar, pero yo no soy culpable de ello. El propio Coordinador ha adoptado esta posición.

Samsonov se refería a la ceremonia en que Takashi le había negado públicamente el derecho de hacerse el *seppuku* por su «fracaso en alcanzar los objetivos del Condominio». Takashi había mencionado lo necesarios que eran los servicios del general para el Condominio. El hombre que había compartido el mando de la invasión con Samsonov, el señor de la guerra Yorioshi, había sido degradado y apartado a un oscuro cargo burocrático en el interior del Condominio. La absolución del Coordinador había persuadido a Samsonov de que estaba justificado su acto de provocar a su rival para que se lanzara a la acción de forma irreflexiva, y creía gozar del apoyo de lord Kurita.

A Takashi le divertía que Samsonov ni siquiera lo mirase para confirmar su propia posición. Aquel hombre estaba muy seguro del apoyo de su señor, lo cual le satisfacía. Samsonov estaría aún más desestabilizado si fuera necesario retirarle aquel apoyo.

—Yorioshi fue la causa del fracaso —prosiguió Samsonov—. Cuando abandonó a mis tropas en Galtor, demostró ser un traidor y un incompetente, totalmente incapacitado para estar al mando del distrito de Benjamín.

El Señor de la Guerra olvidó mencionar que él había provocado a Yorioshi a actuar así al minar continuamente su liderazgo y ponerlo en peligro con sus propias acciones y omisiones.

Samsonov se volvió hacia Shotugama. En un esfuerzo por alejar la atención de su persona, atacó a su colega.

—Debemos mirar al futuro —dijo—. Hemos recuperado todas las unidades del distrito de Galedon con una fuerza del setenta y cinco por ciento como mínimo. ¿Puede igualar eso el sucesor de Yorioshi?

Shotugama no respondió de inmediato, lo que permitió intervenir a Vasily Cherenkoff, Señor de la Guerra de Dieron.

—Me temo que nuestro nuevo camarada está intimidado por la compañía que

tiene ahora. Tal vez haya de consultar a una de sus monjas.

A Takashi le sorprendió la alusión de Cherenkoff a la educación de Shotugama en un monasterio. El gordo Cherenkoff, con sus hábitos personales y sus hirientes comentarios, solía resultar ofensivo para quienes lo rodeaban; no obstante, raras veces se tomaba la molestia de investigar sus insultos apenas disimulados. En aquella ocasión, él —o, lo que era más probable, alguno de sus lacayos— debía de haber hurgado en el pasado de Shotugama. La franca hostilidad que delataba el tono de voz del señor de Dieron demostraba que había cultivado un profundo desdén por su nuevo colega. Había que tenerlo en cuenta, sobre todo si el sentimiento era mutuo. El distrito de Benjamín estaba enclavado entre el distrito de Dieron, regido por Cherenkoff, y el resto del Condominio. Más allá de Dieron estaba la Tierra; y al otro lado del planeta madre, los inestables aliados del Condominio. Una lucha interna podía cortar las líneas de comunicaciones, lo que sería una auténtica catástrofe.

—Ya he efectuado todas las consultas necesarias, general Cherenkoff —replicó Shotugama—. Aunque no tengo una reputación que iguale su peso, conozco mi trabajo.

Los modales de aquel hombrecillo eran tranquilos, pero demostraba tener coraje al responder al ataque de Cherenkoff sin mordacidad. Mantenía controlada su hostilidad en nombre de su deber más importante hacia el Condominio. Takashi decidió que Shotugama había sido una buena elección. Se mantenía el equilibrio.

—En marzo habremos subsanado las pérdidas de pilotos y equipos en las unidades que participaron en la aventura de Galtor —continuó Shotugama—. Las fuerzas actuales varían, pero la media es del sesenta y ocho por ciento de fuerza autorizada aproximadamente. Es mucho más grave el bajón en la moral de las tropas. La caída en desgracia del señor de la guerra Yorioshi ha tenido un efecto generalizado en el distrito.

—Aquel perro no recibió todo su merecido —gruñó Samsonov.

—¡Basta! —ordenó Takashi. No podía permitir que se cuestionaran sus decisiones como Coordinador, ni siquiera allí—. Nuestras pérdidas en Galtor han debilitado la frontera con la Federación de Soles. Pero Casa Davion ha pagado un alto precio por el triunfo militar y ahora también está débil. No les concederemos ningún descanso. Aunque no podamos organizar ningún esfuerzo importante sin poner en peligro nuestra seguridad, sí podemos mantener la presión sobre Davion.

»Por tanto, ordeno que la Quinta Espada de Luz sea transferida a Dieron. Deberán realizar incursiones por todo el pasillo que Davion mantiene hasta la Tierra. Si descubren un punto débil, deben explotarlo.

»Nuestros amigos de la Confederación de Capela y la Liga de Mundos Libres se animarán a realizar tentativas similares. Si podemos separar a Davion y Steiner, anularemos la amenaza de una coalición entre ambos.



—¿Cabe esperar de esos estados que sean una amenaza grave para nuestros enemigos inmediatos? —preguntó Kester Hsiun Chi.

El Señor de la Guerra de Pesht siempre vigilaba los acontecimientos que sucedían fuera de su distrito. ¿Estaba desperdiciando la valía de aquel anciano en el tranquilo Pesht?, se preguntó Takashi. ¿Podía serle más útil en un distrito más activo? Benjamín acababa de estrenar un nuevo Señor de la Guerra y la situación en los demás distritos era aceptable. No era el momento propicio para un traslado.

Indrahar observó que Takashi estaba sumido en sus pensamientos y contestó en su nombre:

—La Liga de Mundos Libres, como es habitual, está concentrada en sus querellas internas. Las FIS creen que podría persuadirse a una o más de sus facciones de que vale la pena atacar a nuestros enemigos. Sin embargo, es improbable que una facción de la Liga persuadida de este modo llegue a atacar la Federación de Soles cruzando la Confederación de Capela. La Mancomunidad de Lira es su único objetivo probable, pero no podemos esperar mucho de ellos. Con suerte, distraerán una parte de la atención de la Mancomunidad. La arcontesa Steiner podría percibir un peligro mayor de lo que los adherentes a Casa Marik pueden causar en realidad.

»En cuanto a los capelenses, es seguro que Davion habrá de ocuparse de ellos de alguna manera, pues Maximilian Liao parece haber declarado a Hanse Davion como su principal enemigo. Aunque son posibles algunas acciones militares, es más probable que Liao utilice sus intrigas para debilitar a nuestro enemigo común.

—A la larga, las acciones de los demás estados carecerán de relevancia —dijo Takashi—. Si el Condominio Draconis ha de ir a la guerra, lo hará. Concéntrense en esa dirección, Señores. Tarde o temprano, habrá guerra.

Takashi hizo el ademán de incorporarse, señal de que la reunión había concluido, pero Samsonov intervino antes:

—*Tono*, hay otro asunto que creo que merece vuestra atención: los Dragones de Wolf.

—Fue insensata su iniciativa del año pasado de querer ponerlos bajo su mando —repuso fríamente Takashi—. Yo estaba satisfecho de su rendimiento y así se lo hice saber a usted. ¿Desea volver a plantear la cuestión de su docilidad?

*¡Iie, Tono!* —respondió Samsonov, pero la amargura de su tono desmintió su negativa—. Su récord de éxitos es un argumento contra cualquier queja por mi parte. De hecho, estoy preocupado por su lealtad.

Hizo una pausa y abarcó toda la habitación con su mirada. Estaba claro que deseaba obtener la atención de todos los presentes.

—¿Estáis al corriente. *Tono*, de que han enviado a un oficial a Galatea, la llamada «Estrella del Mercenario»?

Takashi miró por el rabillo del ojo a Indrahar, quien asintió con la cabeza.

—Se me ha comunicado —contestó—. ¿Por qué le inquieta eso?

—No es una inquietud personal: me preocupa la seguridad del Condominio. El contrato de los Dragones seguirá vigente todavía durante dos años. No obstante, ese oficial está entrevistándose con agentes de reclutamiento de todas partes. ¿No es una prueba clara de que esos mercenarios, los Dragones de Wolf, no tienen la intención de renovar su contrato?

—Quizá sólo deseen elevar el precio de la renovación. Al fin y al cabo, son mercenarios —comentó Hsiun Chi.

—Es posible —admitió Samsonov—. Pero debemos tener en cuenta la alternativa: si los Dragones van a abandonar el servicio al Condominio, debilitarán gravemente nuestras fuerzas en la frontera con la Federación de Soles. Debemos actuar para impedir que deserten hacia nuestros enemigos.

Takashi sabía que Samsonov tenía otros intereses en su espíritu, aparte de los del Condominio, pero había planteado un problema auténtico. Perder a los Dragones podía ser catastrófico, sobre todo si se deterioraba la situación militar. Casa Kurita no disponía de ninguna unidad que combinase la capacidad para lanzar ataques fulminantes con la adaptabilidad táctica de los Dragones. *So ka*. Aquello no debía quedar así.

—Mientras siga vigente el contrato de los Dragones con nosotros, aprovecharemos su presencia aquí y los emplearemos como maestros. Crearemos una unidad nueva que trabajará a su lado. Esa unidad aprenderá a combatir como los Dragones de Wolf y añadirá así sus cualidades al Brazo del Dragón. Su Oficial de Enlace estará al mando de la nueva unidad. Como ya tiene cierta experiencia gracias a su observación de los métodos de Wolf, parte con ventaja.

Samsonov se sonrojó, furioso. Su plan para controlar a los Dragones había sido perturbado. La súbita solución de Takashi había abortado su posibilidad de presentar los documentos que había preparado con tanto cuidado su ayudante, Akuma. La orden del Coordinador de que Tetsuhara se pusiera al mando de aquella nueva unidad daría más poder al rígido metomentodo que Samsonov confiaba en degradar en cuanto ya no fuese necesario un Oficial de Enlace. El Señor de la Guerra se apresuró a disimular su ira con una frente fruncida y una expresión malhumorada.

—General Samsonov, espero que pueda encontrar al oficial adecuado para ejercer las funciones de Enlace —añadió Takashi, ofreciéndole una vía para salvar su orgullo.

La expresión del Señor de la Guerra de Galedon se animó. Takashi no adivinó qué perverso plan acababa de tomar forma en la mente de Samsonov, pero era evidente que había tenido alguna inspiración.

—Tengo al hombre perfecto para esa labor —dijo Samsonov.

—Aunque deseo ver una unidad del Condominio con las capacidades de los

Dragones de Wolf, no quiero perder la colaboración de esos mercenarios —anunció Takashi. Esperaba que esta afirmación impidiera que Samsonov cometiera ningún exceso. Se volvió hacia Indrahar y dijo—: Director Indrahar, vea lo que puede hacerse para persuadir a los Dragones de que sigan con nosotros. Anímelos a comprender que su futuro está en el Condominio Draconis. Si no puede persuadirlos, deberíamos obtener algún tipo de garantía en caso de que los Dragones opten por pasar al servicio de un enemigo nuestro.

Mientras hablaba, Takashi se incorporó de su silla. En aquella ocasión no dio ninguna oportunidad de que lo interrumpieran otra vez.

Observó cómo sus consejeros salían de la habitación. Las disputas entre los Señores de la Guerra eran un mal necesario. Mientras estaban atareados vigilándose mutuamente, no planeaban ninguna revolución. Le parecía una estrategia necesaria, aunque decepcionante. Habría preferido poder confiar en ellos porque carecieran de la ambición de ocupar el trono del Coordinador. Si se unieran bajo su mando, ninguna potencia de la Esfera Interior podría resistir al Dragón. «Es una quimera —meditó—. Una ilusión». No debía olvidar que la realidad es el maestro más cruel de todos, con un corazón tan negro como las paredes de aquella habitación.

LIBRO 2

LEALTAD

**Mansión Hosbon, Cerant, An Ting**  
**Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**

**15 de agosto de 3026**

Los rayos del sol del atardecer proyectaban largas sombras sobre el patio de la Mansión Hoshon. La sombra del muro exterior se extendía a lo largo del borde del área de tiro con arco donde Minobu y Jaime Wolf ponían a prueba su puntería. La gran torre que se alzaba en la esquina del muro estaba construida a semejanza de una antigua fortaleza japonesa y su sombra dividía en dos el área de tiro, aún bañada por la luz solar. La imagen parpadeó con unos movimientos. Minobu apartó la mirada de la terraza y vio a Tomiko y Marisha, que contemplaban Cerant desde el balcón del segundo piso. Minobu llamó la atención de Wolf y señaló a las dos mujeres.

—Me alegro de que hayáis vuelto por fin, y de que Marisha y tú hayáis podido encontrar tiempo para visitarnos. Han pasado demasiados meses. Tomiko echaba de menos a tu señora. El plan que pusiste en marcha hace dos años en la *Hefaistos* ha dado unos frutos maravillosos. Tomiko y Marisha se han vuelto como hermanas.

—No era *mi* plan —dijo Wolf, sonriendo—. Pero a mí también me alegra que se hayan hecho amigas. Tomiko parecía siempre muy distante, pero ahora es incluso cortés conmigo, un bárbaro mercenario con las manos manchadas de sangre. Ha llegado al extremo de querer enseñarme los modales de las personas civilizadas. — Jaime hizo una pausa, con la mirada fija en las dos mujeres—. Es bueno que Marisha tenga a alguien con quien hablar y que no sea uno de los Dragones.

—¿Y tú no has venido aquí por una necesidad similar?

—No es necesario que me sonsaques las frases de agradecimiento —dijo Jaime con una amplia sonrisa—. Las cosas son distintas entre nosotros. Somos hermanos y nada más importa, pues compartimos la profesión de las armas.

—Yo comparto mi profesión con mucha gente, pero a pocos los llamo hermanos. La amistad es extraña incluso entre los escasos hombres con verdadero honor.

—Estás intentando adularme.

—En absoluto. No necesitas a nadie para hinchar tu ego.

—¿Qué?! —rugió Wolf, aunque su mirada delataba que su ira era una farsa.

—Cálmate. No es propio de un hombre civilizado el expresar su mal genio... Aunque, claro, tú no eres un hombre civilizado. Ahí tienes esa monstruosidad de metal y plástico que llamas arco. Ningún hombre *civilizado* manejaría algo así.

Jaime estaba fascinado por el ánimo campechano de su amigo. Los años desaparecían y las preocupaciones se olvidaban en favor de las bromas.

—Es un producto fabricado con la tecnología más avanzada disponible para los arqueros de la Esfera Interior. Es equilibrado, fuerte...

—Es materia muerta —replicó Minobu, y desdeñó el arco con un gesto—. ¿Cómo puedes sentir el disparo a través de toda esa chatarra sin vida?

—No necesito sentirlo —dijo Jaime—. El equipo de puntería permite una precisión milimétrica. Con este arco, el arquero no necesita esas tonterías místicas de «ser la diana y tú una misma cosa». Y el sistema de poleas genera más potencia que ese arco largo de bambú tuyo.

—¿Potencia? No hay ninguna potencia en ese aparato.

—¿Ah, no? Mira esto.

Wolf ajustó los marcadores de tensión, tomó una flecha y apuntó con cuidado antes de dispararla. La saeta zumbó por el aire y hundió su cabeza más de siete centímetros en el macizo soporte de la diana. Se había clavado en el mismo centro del círculo interior y sus plumas azules destacaban sobre el astil dorado. Wolf se volvió hacia Minobu y le mostró una amplia sonrisa, claramente satisfecho de su disparo.

—Buen tiro —admitió Minobu.

Seleccionó una de sus propias flechas. La ajustó a la cuerda y se concentró por unos instantes. En aquel momento, enfocó su *Ai*, tensó el arco y soltó la flecha con un movimiento rápido pero fluido. La quietud siguió al breve torrente de movimientos; mantuvo la posición de disparo hasta que la flecha alcanzó el blanco.

La cabeza de su saeta destrozó la de Jaime y atravesó el soporte. Sólo las plumas eran visibles en el círculo de la diana. Jaime meneó la cabeza con incredulidad.

—¿Puedes enseñarme cómo has hecho eso? —le preguntó.

—He tratado de mostrarte la manera, pero los métodos te han parecido inaceptables.

—¿Te refieres a eso de apuntar a un blanco que está a treinta centímetros de distancia? Eso es absurdo.

—Un hombre ha de andar antes de poder correr —contestó Minobu.

Jaime se encogió de hombros. Hizo caso omiso de la expresión decepcionada de Minobu y lanzó otra flecha a la diana.

—Al menos, has tenido más éxito enseñándome japonés.

—Tienes la capacidad de aprender. Sólo es cuestión de orientar esa capacidad.

—Me lo has dicho una y otra vez. Jaime Wolf, maestro secreto de Ai —dijo Jaime con fingida seriedad, y luego se echó a reír—. Supongo que ya soy un perro viejo. Tendrás que contentarte con ser *sensei* de Michi.

Minobu se tomó el tiempo preciso para disparar otra flecha antes de contestar.

—Michi es un buen ayudante y siempre se esfuerza por complacerme. Tiene el corazón de un excelente samurái y promete mucho como MechWarrior, pero su *ki* es todavía débil.

—Conseguiré desarrollarlo. Las nuevas generaciones siempre lo logran. —Wolf escogió otra saeta. Tras dispararla, añadió—: Kelly me ha dicho que el Condominio Draconis te ha asignado un BattleMech como vehículo de mando.

Con su amigo no era preciso esconderse tras la máscara impasible que un samurái debe presentar al mundo. Minobu dejó que su satisfacción de haber dejado de ser un Desposeído aflorase en su sonrisa.

—Es cieno: un DRG-IN.

—¿Un *Dragón*? No es el tipo de máquina que más se adecúa a ti.

—El tipo no me importa en absoluto en estos momentos. Vuelvo a tener un 'Mech y se ha restaurado mi honor bajo lord Kurita. No puedo ser un desagradecido cuestionando el modelo que han seleccionado para mí.

—¿Lo has probado ya? —preguntó Jaime.

—Sí. Es muy distinto de mi antiguo *Panther*, pero también mi posición ha variado. Estoy adaptándome.

—¿Tienes problemas para sentir los disparos a través de toda esa materia muerta? —inquirió Wolf, y agitó su arco de poleas para dar más énfasis a sus palabras.

—Un BattleMech es distinto.

Minobu calló para reflexionar. Jaime era un genio estratégico y táctico, con la intuición y el conocimiento de las personas capacitadas para ser generales. Era también un guerrero magnífico, curtido en la dura escuela de las Guerras de Sucesión durante más de veinte años. A pesar de todo ello, era incapaz de entender la esencia del espíritu del *bushido* y apreciar la naturaleza espiritual del código del samurái.

—En el pasado lejano, la espada de un samurái era su alma. Era una parte de él, un canal por el que podía fluir su *ki*. Actualmente, los samuráis de Casa Kurita llevamos las espadas como meros símbolos. El BattleMech ha ocupado el lugar de la espada para un samurái, como canal para el *ki* del guerrero. Cuando un MechWarrior entra en su 'Mech, ambos se convierten casi literalmente en un solo ser. Es una simbiosis que un antiguo samurái jamás habría podido conseguir con su espada.

»No todos los guerreros son samuráis para canalizar sus *ki* a través de sus 'Mechs. De aquellos que son samuráis, no todos tienen 'Mechs que sean adecuados para ellos. Habitualmente, son burócratas faltos de inspiración los que realizan estas

asignaciones.

»En realidad, el tipo de máquina carece de importancia. Lo que cuenta es el guerrero que pilota el BattleMech. El espíritu del guerrero es la verdadera fuerza, no la tecnología.

Minobu miró a Jaime a los ojos. Podía leer en ellos la falta de una verdadera comprensión, pero sí brillaba un destello de aprecio. Aunque Jaime no podía entenderlo, al menos respetaba el código y a aquellos que lo seguían. El código personal de Jaime podía ser diferente, pero aún recorría una senda de honor, algo que inspiraba respeto a Minobu. Habían construido su amistad sobre la base de aquel respeto mutuo. La devoción al honor había unido a los dos guerreros, a pesar de sus distintas culturas y todo lo que no podían saber o comprender uno del otro.

—En cuanto a la adecuación de un 'Mech a su piloto —añadió Minobu—, mírate a ti mismo. Un *Archer* no parece la mejor elección para el jefe de la unidad mercenaria más grande y victoriosa de la Esfera Interior.

—Tal vez tengas razón en eso. Es cierto que hay ocasiones en que me gustaría una máquina más resistente o rápida. Es una cuestión de prestigio. Los Dragones tienen muchos *Archers*, todos ellos de nuestro modelo especial. Es casi como una imagen de marca. Verme como piloto de uno de ellos hace que las tropas se identifiquen con su jefe. Esto es algo que debes tener en cuenta ahora que eres jefe tú también.

—*So ka*. Te has convertido en el *sensei*.

—No —dijo Jaime, meneando la cabeza—. No, no soy ningún maestro. Soy un hombre práctico. Ahí afuera hay demasiada acción. Hay demasiadas cosas que hacer. Tal vez te dé algún consejo amistoso de vez en cuando, como ahora, pero no puedo ser tu maestro. —Un nuevo matiz había penetrado en la voz de Jaime, una nostalgia de los ayer pasados—. El campo de batalla es el verdadero *sensei*, la única manera de aprender a mandar.

—Si realmente creyeras eso, los Dragones no mantendríais el Mando de Adiestramiento con los programas regimentales de instrucción.

—No. Algunas cosas pueden aprenderse en la práctica; *deben* aprenderse. Tu propio arte del *kyudo* exige una práctica constante. Lo mismo sucede con cualquier habilidad de un guerrero.

»El mando es algo más que una habilidad más. No puede adiestrarse a un hombre para que tome decisiones de mando en fracciones de segundo y vivir cargando con las consecuencias. Un hombre ha de aprender eso por sí mismo. Si tarda demasiado tiempo en aprender, o no alcanza a ver que jamás aprenderá, morirán buenos soldados. Y además tiene que vivir con ello. —Wolf calló y tomó aliento. Pareció volver en sí y al presente—. *Touché*, Minobu. Ya has recibido una clase del *sensei* Wolf. Pero por tu mirada, creo que no te he contado nada que no supieras ya.

—Un hombre ha de sentir que no está solo, ni siquiera cuando sabe que lo está.



—¡Ah, la sabiduría del Dragón! —exclamó Wolf. Las bromas habían vuelto para proteger las emociones expuestas a la superficie—. Amigo mío, nos hemos puesto demasiado serios. ¿Regresamos a cuestiones más mundanas? Cuéntame cómo va la organización de tu unidad. Las jaquecas que causa la logística son una de las cosas más mundanas que conozco de este universo.

—Es muy cierto, pero en este caso quizá te lleves una sorpresa. El Coordinador nos ha nombrado *Ryuken*, la Espada del Dragón, y parece que quiere cuidar su espada. Nuestro equipo es de excelente calidad y nuestros niveles de suministros son altos. Mi principal quebradero de cabeza es almacenarlo todo hasta que tenga el personal para utilizarlo.

—¿Te faltan MechWarriors?

—En realidad, no. Algunos han de recorrer largas distancias para unirse a la unidad; otros no tienen todavía la experiencia necesaria. ¿Sabes?, se me ha concedido el permiso para solicitar pilotos de otras unidades. También hay muchos voluntarios.

»Si la *Ryuken* ha de combatir como tus Dragones, debe tener un cierto linaje de MechWarriors. He sido selectivo y, sin embargo, he encontrado muchos candidatos magníficos entre los soldados del Condominio. No obstante, en cuanto selecciono un o una piloto, especialmente si va a servir como oficial, las FIS deben aprobar su lealtad al Condominio.

—No parece muy satisfecho por esta última condición —comentó Wolf.

—Digamos que las FIS y yo no siempre estamos de acuerdo sobre la cualificación de un MechWarrior.

Wolf asintió. Su frente se arrugó por unos instantes al recapacitar en una expresión utilizada por Minobu.

—Has dicho «un o una piloto», ¿verdad?

—Sí —respondió Minobu—. ¿Te sorprende que un samurái de Casa Kurita piense en mujeres para ocupar puestos de una unidad de combate? Muchas mujeres sirven en el ejército del Condominio. Aunque no espero que descuellen en un trabajo de hombres, sí confío en que todos mis MechWarriors rindan al máximo. Espero que trabajen juntos, en equipo, equilibrando sus puntos fuertes y débiles respectivos, como hacen tus MechWarriors. Un jefe no puede permitirse el lujo de despreciar el talento y la competencia. Por eso busco esas cualidades al realizar la selección.

»Además, he visto a mujeres que trabajan bien en los Dragones. Por tanto, muchas de las personas que he elegido son mujeres. Hasta ahora se ha demostrado que fue una decisión acertada. Ellas agradecen que se reconozcan sus dotes; trabajan duro, a menudo más que los hombres, y rinden bien. Otra ventaja es que las FIS plantean menos objeciones a las mujeres que elijo como MechWarriors que a los varones.

—Una actitud noble.

Minobu notó el regocijo de Jaime por su sonrisa satisfecha, pero no tenía idea de lo que el mercenario encontraba tan divertido. Confuso, pero sin dejarse amilanar, siguió informando a su amigo de los progresos de la *Ryuken*.

—El adiestramiento va bien con los soldados de que disponemos. El Primer Batallón debería ser operativo el mes próximo, a tiempo para la incursión en Barlow's End.

Con los arcos olvidados en las manos, Minobu y Jaime estaban entrando en los detalles de la preparación de la *Ryuken* cuando la llegada de Tomiko y Marisha interrumpió su conversación.

—¿Lo ves? Te dije que estaban hablando del trabajo —dijo la mujer de Wolf a su amiga.

—Lo dices como si no habláramos de otra cosa —replicó Jaime.

—A veces lo parece.

—Marido, he pedido a Marisha que nos acompañe para cenar —dijo Tomiko a Minobu, interrumpiendo la cordial discusión antes de que se volviese más arisca.

—Eso significa, amigo mío —dijo Minobu, volviéndose hacia Wolf—, que yo debo hacerte la misma invitación.

—Estaría encantado, pero ya tengo una cita.

—Trabajo... —murmuró Marisha con aversión.

—Me temo que sí —confirmó Jaime—. Pero no hay razón para que tú rechaces la hospitalidad de los Tetsuhara. Con suerte, resolveré mi compromiso enseguida y podré reunirme con vosotros más tarde.

Jaime quiso despedirse, pero Minobu insistió en acompañarlo por el corto trecho que los separaba del edificio administrativo de los Dragones. Jaime pareció poco comunicativo y sumido en sus pensamientos por el camino, pero a Minobu le pareció aceptable aquella actitud. Un paseo bajo el crepúsculo resultaba agradable, y todavía lo era más si se realizaba en la compañía reconfortante, aunque silenciosa, de un amigo.

Al acercarse a su destino, Minobu vio a un grupo de oficiales de los Dragones reunidos en el exterior del edificio. Había dos Jefes de Regimiento, Baxter Arbuthnot y Wilhelmina Korsht, varios comandantes y algunos oficiales de menor graduación. Entre los reunidos estaba Natasha Kerensky, una de los que más hablaban. Aunque técnicamente tenía un rango inferior a la mitad de los oficiales presentes, su *status* real era casi tan elevado como el de los Jefes de Regimiento. Estaba al mando de una compañía independiente y había rechazado el ascenso en más de una ocasión. Todos los presentes parecían dar mucha importancia a sus palabras.

En el grupo había agitación y descontento. Aunque Minobu no podía percibir una violencia inmediata, era evidente que la policía local no compartía su sensación de seguridad, pues cuatro miembros del Cuerpo de Vigilancia Civil se habían reunido al

otro extremo del bloque y observaban con nerviosismo a los Dragones. Uno de ellos, ataviado con su uniforme característico de franjas blanquirrojas, hablaba a través de una unidad de comunicaciones.

En cuanto uno de los oficiales reunidos anunció la llegada de Jaime Wolf, todo el grupo fue a recibirlo. Los Dragones vociferaban sin cesar y el estruendo de voces hacía difícil determinar de qué hablaban. Minobu observó que Jaime también tenía problemas para entenderlos.

—Por favor, sigamos hablando dentro del edificio —dijo Minobu con voz grave para hacerse oír entre la cháchara—. No parece apropiado airear los agravios en público. No favorece la reputación de los Dragones.

—El *Tai-sa* Tetsuhara tiene razón, amigos —añadió Wolf, aprovechando el repentino silencio que se había producido—. Vamos a entrar. ¿Vienes, Minobu?

—¡Un momento, coronel! —exclamó Kerensky, cruzándose en el camino de Jaime hacia la puerta—. ¡Es un kuritano!

Se alzó un coro de voces de aprobación de sus palabras y lo que implicaban. Jaime los hizo callar con dos palabras preñadas de su fuerza de voluntad:

—¿Y bien?

—Y bien, es de los kuritanos de quienes nos quejamos —contestó Natasha—. Los Serpientes nos están fastidiando, y él es uno de ellos.

—¿Tienes algún problema concreto con el *Tai-sa* Tetsuhara, Natasha?

Jaime usó su nombre de pila de manera deliberada para llevar la conversación a un terreno personal; era una forma de recordarle que estaba hablando de un hombre y no de una «Serpiente» anónima.

Kerensky titubeó, pero sólo por un momento.

—Sigue siendo un oficial de Kurita. ¿Cómo sabemos que no irá corriendo a las FIS para denunciarnos como amotinados? —insistió. Aunque su voz traicionó una ligera falta de convicción, su actitud se mantuvo tan arrogante como siempre.

—Confío en él. Eso debería bastaros a todos —replicó Jaime, y abarcó con su mirada a todos los reunidos—. Quiero saber su opinión sobre la justicia de vuestras quejas después de haberos escuchado, y será más sencillo si está presente.

—Tal vez sería mejor que no lo estuviera, coronel Wolf —dijo Minobu en tono conciliador—. Al fin y al cabo, ya no soy vuestro Oficial de Enlace.

—Lo eras antes y conoces al nuevo. Además, tus tropas van a trabajar a nuestro lado. Sigues profundamente implicado en todo esto, amigo mío.

En una sala apenas iluminada del Centro de Gobierno, un hombre alto y delgado sonreía al extender el brazo sobre su escritorio de teca y superficie de mármol. Apagó el monitor que recibía señales de la estación de comunicaciones que había más abajo. La imagen se esfumó antes que el sonido, llevándose consigo las gesticulantes figuras antes de que las voces se desvanecieran también.

—Parece que todo marcha sobre ruedas —dijo.

Sostenía en las manos una gorra de diario de los Dragones. Uno de sus dedos tabaleaba rítmicamente sobre la negra cabeza de lobo de la insignia identificadora. Lanzó la gorra al más alto de los otros dos hombres presentes en la habitación. El hombre, rubio y con cicatrices, alargó la mano y atrapó la gorra. Sin realizar ningún esfuerzo aparente, la hizo desaparecer de la vista.

El hombre delgado se incorporó y fue a la ventana que se asomaba a Cerant. Una carcajada de satisfacción resonó en la sala. Aquella risa resultaba irritante, pero los dos hombres vestidos con los negros uniformes kuritanos se mantuvieron impassibles.

**Mansión Hoshon, Cerant, An Ting**  
**Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**  
**16 de agosto de 3026**

—Michi —lo llamó Minobu a través del interfono.

Noketsuna apareció inmediatamente.

—¿Sí, *sensei*?

—Quiero enseñarte algo que hay en el jardín.

—¿Algo va mal, *sensei*?

—Tal vez.

Ninguno habló mientras recorrían los pasadizos. Las suelas de sus calzados golpeaban suavemente el suelo de madera barnizada de la Mansión Hoshon. Minobu esperó a seguir hablando hasta que pasaron entre las cuidadas plantas del jardín, lejos de las paredes de la mansión.

—Quiero comentarte una cuestión que podría tener una gran importancia para el futuro de la *Ryuken*.

—¿Por qué quiere decírmelo, *sensei*? —se extrañó Michi—. Estoy seguro de que su Oficial Ejecutivo o algún otro miembro de la plana mayor le serían de más ayuda que yo. ¿Y su amigo, el coronel Wolf?

—Ya he hablado un poco con Jaime Wolf. Tú estabas a mi lado cuando era Oficial de Enlace y eso te da una perspectiva de la que carecen los demás oficiales. Además, si reúno a la plana mayor, las FIS sabrán lo que se ha dicho en la reunión antes de que la reseña salga por la impresora. Prefiero evitar eso.

Minobu vio que Noketsuna reaccionaba con una fugaz consternación, sustituida rápidamente por la confianza en su superior.

—Habría que informar a las FIS en caso de traición, *sensei*. Estoy seguro de que no será necesario comunicarles nada —afirmó.

—Eres un hombre de honor y confianza, Michi-san —dijo Minobu—. Y también

eres inteligente.

—Gracias, *sensei*.

—Pero creo que ha llegado el momento de que dejes de llamarme *sensei*, en especial cuando estamos a solas. Ambos somos soldados y hemos soportado juntos el acoso de la burocracia militar y del Condominio. Hablemos como amigos.

—Me siento honrado por su confianza, *sen* ...

Noketsuna tartamudeó mientras buscaba la forma correcta para dirigirse a Minobu. Era evidente que la súbita oferta de amistad de aquel hombre mayor que él, y además su superior en el ejército, lo había desconcertado.

—Puedes llamarme Minobu en privado —le sugirió Minobu.

—Minobu... —repitió Noketsuna en tono vacilante. Se irguió, de manera casi desafiante, y apostilló—: Obedeceré su petición, pero usted seguirá siendo mi *sensei*.

Minobu meneó la cabeza con resignación, pero pasó a describirle los problemas que los oficiales de los Dragones habían presentado a Wolf la noche anterior. Noketsuna lo escuchó con atención. Minobu vio que estaba llegando a una conclusión antes aun de conocer todos los detalles.

—Bien, ¿qué te parece? —le preguntó Minobu sin esperar a acabar.

—Los Dragones tienen motivos para llamar obstruccionista al *Chusa Akuma* —contestó—. Utiliza su cargo como Oficial de Enlace para complicarles la vida.

—Hace un año, habrías dicho que los mercenarios no debían esperar un tratamiento mejor, o que Akuma tenía razones para complicarles la vida. Has cambiado, Michi.

—He aprendido de usted, *sensei* —dijo, sin abandonar el hábito de usar el título honorífico.

—¿Has aprendido también a predecir lo que harán los Dragones?

—Eso es algo que creía que ni siquiera el maestro podía hacer.

—Bien dicho, muchacho. En muchos aspectos es difícil prever sus reacciones. Jaime Wolf es un hombre tan obligado por su honor como nosotros por el nuestro y cumplirá su contrato. La mayoría de los demás seguirán su ejemplo sin vacilar. La única persona que me preocupa es Natasha Kerensky. Tiene un carácter indómito; es impetuosa y, por el momento, está muy insatisfecha de su patrón. Me temo que hará algo... precipitado... que causará grandes problemas.

—Seguramente no llegará a desobedecer las órdenes de Wolf.

—Esperemos que no —dijo Minobu—. Las cosas ya están bastante confusas en la situación actual, aun sin una personalidad tan imprevisible. Por ejemplo, los recortes en los suministros que los Dragones están sufriendo carecen de sentido, especialmente si los comparamos con nuestra abundancia.

—¿El *Chu-sa Akuma* podría estar recortándoles los suministros? ¿Estará poniéndoles una trampa para que se endeuden con el Condominio?

—Quizá. No puedo decirlo con rotundidad. No ha ofrecido ninguna alternativa del Condominio con precios más altos como sustituto de los poco fiables suministradores en que confían los Dragones. Si ése es su plan, fracasará. Los Dragones tienen demasiados recursos a su alcance.

—Pero usted dijo que tenían problemas incluso con envíos de suministradores veteranos como Ceres Metals.

—Es otro dato curioso —dijo Minobu—. Por pistas que Jaime ha dejado escapar, tenía la impresión de que los Dragones tenían su *stock* en esa empresa. El comandante Seward, del Grupo de Operaciones Contractuales, informó de un aumento en las tarifas y problemas en las comunicaciones. ¿Por que pasa eso? Aquí operan factores desconocidos.

—Si son desconocidos, ¿cómo podemos afrontarlos?

—Lo mejor que podamos, Michi-san. Lo mejor que podamos. —Minobu contempló la pared que impedía ver la ciudad de Cerant—. Empiezo a creer que muchos hechos recientes están interrelacionados de una manera que no acabo de comprender.

—Parece una suposición razonable —comentó Michi.

—¿No somos los mismos, mi joven amigo? Se nos ha encargado la tarea de aprender los métodos que justifican los éxitos de los Dragones de Wolf, y copiarlos para servir mejor al Condominio. También debemos conocer sus puntos débiles.

—¿Por qué nos convierte eso en espías? Copiar sus éxitos es un acto de sabiduría. ¿No es de sabios el reconocer los errores de otros para saber evitarlos?

—Sí, lo es. De algún modo, creo que las cosas no son tan simples e inocentes. Me temo que alguien quiere que descubramos esas debilidades para desarrollar un plan que las explote y destruya a los Dragones si fuera necesario.

—Si son una amenaza para el Condominio, ¿no deberían ser destruidos?

—El deber constante de un samurái kuritano es destruir las amenazas al Condominio —dijo Minobu, convencido. Inspiró hondo y cerró los ojos. Al cabo de unos instantes agregó—: Creo que pocas cosas más podemos sacar en claro en estos momentos. Tenemos trabajo que hacer y unas tropas que adiestrar.

—Al menos, eso es algo que podemos hacer con todo nuestro empeño, Minobu-*sama*. Es un buen trabajo que ya está muy adelantado.

Minobu asintió, mirando al cielo.

—Pero, mi joven amigo, me temo que la labor de Akuma sólo acaba de empezar.

**Provincia de Greggville, Nueva Mendham**  
**Distrito Militar de Benjamín, Condominio Draconis**  
**19 de septiembre de 3026**

—¡Su documentación!

John Norris hizo una mueca al oficial kuritano. ¡Documentación! Como si la cámara y el equipo de grabación no bastaran para identificarlos. El rojizo anagrama de la Compañía Emisora de Donegal estaba adherido a todos los aparatos que llevaban y era bien visible en sus gorros blancos y las bandas de los brazos. Norris buscó sus papeles en su bolsa.

Si el draconiano estaba molesto por la tardanza, no lo aparentaba. Esperaba con paciencia, con la brillante luz del sol dando un tono pastel al color marrón oscuro de su chaqueta de combate y su bronceo traje de faena. Su rostro permanecía impávido a la sombra de la amplia visera del casco.

Por fin, Norris encontró los documentos y los dejó sobre la mano alargada del soldado. Como si esperase aquella señal, el holotech, Berger, dejó caer sus propios pases sobre los de su compañero.

El kuritano los examinó durante varios minutos antes de anunciar que estaban en regla. Al devolvérselos, su actitud inicial se transformó en curiosidad.

—¿Por qué están ustedes aquí en Kempis, tan lejos del frente? —les preguntó—. Este sector es muy tranquilo. No hay mucha acción para un equipo de reporteros.

—Vamos de paso —mintió Norris—. Nos dirigimos a Seldes para rodar la historia de ese tipo del Undécimo de Benjamín. Ya sabe, el que resistió el ataque davionés en el desfiladero la semana pasada.

—¿El sargento Yamato?

—Sí, ése. Es todo un héroe.

—Lo es —asintió el *Tai-i*—. Me alegro de que los medios de comunicación extranjeros reconozcan el verdadero heroísmo de los soldados del Condominio



Draconis.

—Claro que sí. Hace mucho que deberíamos haberlo hecho.

—Bien, caballeros; que tengan un buen viaje —dijo el *Tai-i*, y aprobó con la cabeza la actitud del periodista.

—¡Vaya! Se tragó el rollo... —comentó el fornido holotech cuando el oficial fue a seguir inspeccionando la carga de combustible en el convoy de camiones que vigilaba su pelotón.

—Baja la voz, ¿quieres? Esos *dracos* pueden volverse susceptibles —siseó Norris.

—¡Bah! No puede oírme con esos motores en marcha.

—Vale, pero quizá tenga amigos que sí te oigan. Es mejor que no vuelva para hacernos más preguntas.

Berger parecía molesto. No le extrañaba que los más bromistas de la emisora lo llamaran Norris «el Nervioso». Aquel periodista siempre estaba preocupado por algo.

—No somos espías —protestó—. Somos periodistas acreditados. No puede hacernos nada.

—Si decide que somos espías, nos hará lo que quiera —replicó Norris con aire de autoridad—. Una vez me pasé dos semanas en un calabozo davionés esperando que la emisora demostrase que yo estaba acreditado.

Los *dracos* no se toman la molestia de encarcelar a los espías: los *fusilan*.

Berger no palideció del todo, pero sí dejó de refunfuñar.

—¿Crees que la confidencia de que va a haber un ataque davionés sobre esta ciudad es correcta?

—Lo sabremos muy pronto. Si lo es, tendremos una exclusiva. —Norris se inclinó para susurrar al oído de Berger, como si quisiera hacerlo partícipe de un secreto—: Ya sé dónde voy a gastarme la paga extra.

—¡No me digas! —exclamó Berger. «Probablemente se la gastará en una novela picante», pensó.

Antes de que Norris pudiera comunicar sus planes a Berger, el centinela kuritano que montaba guardia en la torre de vigilancia exclamó:

—¡Se acercan unos 'Mechs!

Las tropas de Kurita corrieron a ocupar posiciones defensivas, mientras los ciudadanos se ponían a cubierto. Un equipo de draconianos descargó un láser con su trípode de uno de los camiones y se dirigió a las afueras del pueblo. El *Tai-i* echó a correr hacia la torre, desviándose sólo por unos momentos para recoger unos binoculares.

Norris se volvió para decirle a Berger que buscara un buen lugar para filmar la acción, pero el holotech ya había emprendido la marcha hacia una escalera exterior de un edificio cercano. Un rápido vistazo a su alrededor indicó al reportero que era la

última persona que seguía en la calle. Emitió un sordo gemido y corrió en pos de Berger.

La atalaya que el holotech había escogido le proporcionaba una vista despejada de los campos más próximos. Los BattleMechs venían del oeste. A causa de su pintura negra, las cuatro máquinas destacaban entre el verde de las cosechas que pisoteaban. Al frente de ellos avanzaba un *Warhammer*. Lo seguía de cerca un *Marauder* y, a cierta distancia, lo flanqueaban un *Crusader* y un *Griffin*. Incluso éste, el más ligero de los cuatro con sus cincuenta y cinco toneladas de peso, bastaba para encargarse de los soldados kuritanos.

Norris notaba cómo las gotas de sudor resbalaban por su espalda y sabía que no se debían al calor del sol. Nadie podía contemplar aquellas montañas de acero y cristal alineado, enarbolando sus mortíferas armas, sin sentir un escalofrío de terror en la médula. Eran monstruos de un tiempo perdido, pesadillas hechas realidad para devorar a hombres inocentes. Una voz procedente de la torre de vigilancia lo arrancó de sus ensoñaciones.

—¡Salid! —exclamó el *Tai-i*—. ¡Son amigos!

Por todo el pueblo, los soldados de Kurita salieron de sus escondrijos. Aquellas tropas iban mal equipadas para enfrentarse a BattleMechs; por eso el alivio era evidente en sus poses. Los dos soldados que transportaban unos lanzadores de MCA empezaron a guardar los dispositivos de puntería. Los del arma láser se dispusieron a desmontar el cañón.

—Manténte a cubierto —ordenó Norris a Berger—. Davion también emplea a mercenarios. Tal vez el *draco* haya captado mal su identificación.

Berger lanzó a Norris una mirada que no dejaba dudas sobre lo que el reportero podía hacer con sus órdenes, pero se mantuvo a cubierto. Al fin y al cabo, era absurdo correr riesgos innecesarios, es decir, no remunerados.

Al parecer, el *Tai-i* no compartía su opinión, pues había bajado de la torre y avanzaba por campo abierto al encuentro de las máquinas, con el brazo derecho levantado en señal de saludo.

De súbito, su torso explotó cuando un rayo láser del *Warhammer* sobrecalentó el agua de las células de su cuerpo. Entonces, los otros 'Mechs abrieron fuego.

Los rayos azules de partículas abrasaron el pueblo y diezmaron a los sorprendidos soldados. La furia explosiva de los misiles y las balas de los cañones automáticos masacraban a los hombres a puñados. Los láseres buscaban y destruían a los rezagados. Las balas de gran calibre acribillaban a los que lograban escapar de los rayos láser.

—¡Maldición! —chilló, atenazado por el miedo. Sin poder apartar los ojos de la matanza, susurró—: Berger, ¿lo captas todo?

Berger no contestó. Estaba demasiado atareado filmando la masacre causada por

los 'Mechs. El sudor le perlaba la frente y volvía resbaladiza el asa de la holocámara.

Debajo de ellos, el terror reinaba en el poblado. El primer 'Mech que llegó a los edificios fue el *Griffin*. El equipo del cañón láser murió entonces, cuando el pie del BattleMech los aplastó a todos con su arma, reduciéndolos a una masa imposible de identificar.

Un soldado kuritano se plantó ante el *Warhammer* con un lanzador de MCA sobre el hombro y apuntando al gigantesco 'Mech. Cuando lo disparó, el soldado desapareció por unos momentos de la vista de Norris entre la humareda producida por los gases de escape del misil. Éste alcanzó la pata izquierda del BattleMech y arrancó el grueso blindaje que la recubría.

Inclinándose ligeramente hacia atrás, como ofendido porque alguien había osado disparar contra él, el *Warhammer* dejó de disparar y giró el torso en busca del causante de aquella ofensa. Cuando el segundo cohete del draconiano hizo impacto en la coraza del 'Mech, éste se volvió hacia el hombre.

Paralizado por el miedo o impulsado por un valor desquiciado, el soldado permaneció en su sitio. En un gesto de máxima futilidad, dejó caer el lanzador vacío, desenfundó su pistola y disparó al *Warhammer*. Ninguna pistola tenía la menor posibilidad de perforar el blindaje de un BattleMech de setenta toneladas. Todavía estaba disparando cuando el piloto del *Warhammer* abrió fuego sobre él con las armas antiinfantería de la máquina. El cuerpo del hombre sufrió una sacudida y se desplomó cuando las balas de gran calibre lo acribillaron, pero el piloto siguió disparando mucho después de que la vida hubiera huido del desafiante soldado.

Los 'Mechs merodeaban por todo el pueblo, derribando los edificios donde sospechaban que podía haber kuritanos ocultos. Si encontraban alguno, el soldado no sobrevivía por mucho tiempo. Pese a que no aparentaban preocuparse por las bajas civiles causadas por su cacería, no se desviaban para perseguir a los nativos que huían de ellos.

Poco después, las cuatro máquinas de guerra volvieron su atención hacia los camiones que habían quedado indemnes tras la masacre. El *Griffin*, usando sus manos, empezó a cargar cajones en contenedores sujetos a las espaldas de los otros 'Mechs. Sin embargo, antes de cargar el contenedor del *Warhammer*, el *Griffin* extrajo un voluminoso objeto y lo entregó al *Crusader*, que se dirigió con él a las afueras del pueblo. El *Griffin* continuó con su tarea.

—Mira lo que hace el *Crusader* —dijo Norris, dando un codazo a Berger para llamar su atención—. ¿Qué lleva?

Berger enfocó la cámara en la máquina que señaló Norris y amplió la imagen.

—¡Rayos! Es un brazo de BattleMech.

—¿Qué?

—Espera un momento. Hay una especie de marca en el brazo... —Berger

manipuló los controles de la cámara—. Sí, eso es. ¡*Frackencrack!* ¡Es un emblema de la Federación de Soles! ¿Qué diablos pasa aquí?

—Nada que debáis saber —retumbó a sus espaldas una voz, aumentada de volumen por medios artificiales.

Los periodistas se quedaron paralizados. Lentamente se volvieron y vieron al *Marauder*, que se alzaba por encima de su atalaya. Ninguno de ellos tenía la menor intención de poner nervioso al piloto de la máquina que había aparecido por detrás del edificio en que se encontraban. Norris y Berger cruzaron una mirada de desesperanza mientras el Mechjock, olvidando que tenía los altavoces exteriores conectados, llamó a su líder:

—Viuda, he encontrado a un par de pájaros raros.

El piloto del *Marauder* les ordenó que bajaran a la calle mientras se aproximaba el *Warhammer* negro.

El *Warhammer* se detuvo casi sobre ellos. Una escotilla se abrió en la parte posterior de la superficie superior del 'Mech. Se oyó un tintineo metálico cuando una escalera de cadena fue arrojada al exterior, se extendió a lo largo de la espalda de la máquina y quedó colgando de ella.

Una esbelta figura, coronada con una cabellera de color granate, descendió por la escalera de mano. Era una mujer, vestida con poco más que el chaleco refrigerante; una visión seductora, hasta que vieron que de su cinto colgaba una funda con una pistola de empuñadura de marfil, de un diseño excéntrico pero mortífera efectividad.

La mujer pasó entre las patas de su 'Mech. Norris parpadeó cuando un rayo de sol se reflejó en la araña de cristal negro que lucía en el cuello de su chaleco refrigerante. Dos fragmentos triangulares de rubí relucían en el abdomen del insecto. Berger emitió un silbido bajo; Norris se preguntó si estaba más impresionado por las joyas que lucía la mujer, o por su cuerpo y la elegancia felina de sus movimientos. La guerrera ocultaba sus ojos tras unas gafas opacas.

—Vaya, vaya... —dijo en un ronco tono de contralto—. ¿Qué ha atrapado hoy la Viuda en su telaraña?

—Pertenece a la Compañía de Emisoras de Don... —contestó Norris.

—Ya lo sé, Pellejudo —lo interrumpió la mujer—. Tengo ojos en la cara.

Asió la cámara de Berger. Este se resistió a entregársela hasta que Norris lo tomó del brazo. El periodista señaló con la barbilla al *Marauder*, que había girado su caparazón hacia ellos. Los dos cañones en cada uno de sus brazos cúbicos sugerían muerte y destrucción como pago a la resistencia. Berger soltó la cámara.

La mujer accionó la palanca de la recámara y atrapó el carrito mientras caía. Tiró la cámara al pavimento y sonrió al oír el gemido de dolor y protesta de Berger. Siguió sonriendo mientras se guardaba el carrito de película en el cinto.

—Ahora va a matarnos, ¿verdad?

Norris pensó que la voz de Berger era más firme de lo que tenía derecho a ser.

La MechWarrior lanzó una carcajada.

—Tal vez me llamen la Primera Dama de la Muerte, pero no pierdo el tiempo con esfuerzos inútiles —respondió—. Ahora tengo vuestra película. Sin ella, nadie os creerá.

Les dio la espalda, regresó a la escalera de mano y empezó a subir por ella mientras los periodistas la observaban. Cuando llegó a la escotilla y guardó la escalera, exclamó:

—¡Mataros a los dos sería una pérdida de tiempo!

La escotilla se cerró de golpe. Al cabo de dos minutos, los cuatro 'Mechs negros se encaminaron de nuevo hacia el horizonte, cargados con su botín.

—¡Maldito sol!

Norris hizo oídos sordos a la imprecación de Berger. Se concentró en seguir poniendo un pie delante del otro.

—¡Malditas Viudas!

Norris siguió caminando, sin hacerle caso.

—No tenían por qué destruir todos los medios de transportes del pueblo, ¿verdad?

Norris trató de aparentar que no le había oído, pero la palmada que Berger le dio en el hombro lo hizo imposible.

—Claro que sí —contestó con voz rota por la sed—. Así es más difícil que los supervivientes cuenten su versión de los hechos.

—Sí, bueno, estos dos supervivientes van a contar su versión. Las Viudas van a pagar por lo que hicieron allá. Y van a pagar por mi cámara.

Norris no tenía ninguna respuesta para eso. El también quería que las Viudas pagasen por sus actos. Sin embargo, antes tenían que llegar a un refugio seguro. Sería una larga caminata. Apenas habían reanudado la marcha cuando Berger dio un grito y señaló una colina que se alzaba a unos cincuenta metros de distancia.

—¡Demonios del infierno! ¡Hay un tanque allí! —exclamó el holotech, y echó a andar hacia una arboleda—. ¡Pongámonos a cubierto!

—Demasiado tarde, Berger: nos han visto —dijo Norris. No sabía si estaba en lo cierto o no, pero tampoco le importaba. Estaba demasiado cansado para correr.

El vehículo que Berger había visto era un tanque Striker con ruedas. El patrón de camuflaje de verano tardío no reveló su afiliación cuando llegó a la cima de la elevación y comenzó a bajar por la ladera. Luego aparecieron dos tanques más y los tres vehículos se dirigieron hacia ellos a gran velocidad.

El vehículo que iba al frente torció a babor. Sus grandes ruedas levantaron el blando terreno y se detuvieron a tres escasos metros del exhausto reportero. La escotilla se abrió y un *Chu-i* salió del tanque. Bajó del vehículo y se despolvó su

pulcro uniforme antes de acercarse a Norris. Incluso a los ojos cansados del periodista, su figura alta y enjuta parecía inusual para un tanquista. «No hay que cuestionar la salvación», se recordó Norris.

—Me alegro de haberlos encontrado, caballeros —dijo el oficial, e hizo una seña a Berger para que se reuniera con ellos. Cuando llegó el holotech, intercambió una mirada de desconcierto con Norris. Ninguno de ellos tenía la menor idea de la razón por la que alguien, en especial un oficial kuritano, podía estar buscándolos.

—Mis hombres y yo acabamos de venir de Kempis —les explicó el oficial.

—Entonces se han enterado de la masacre —afirmó Norris.

—Por desgracia, sí. Quiero llevarlos a ambos a Greggville. Es una ciudad libre. Allí podrán utilizar la estación de ComStar para archivar su relato e informar a toda la Esfera Interior sobre esta atrocidad. El Condominio Draconis no tolerará una rebelión semejante de sus soldados contratados.

No hubo incidencias en el viaje a Greggville. No vieron ningún BattleMech en el camino, por lo que Norris se sentía muy agradecido. Cuando llegaron a la ciudad, ésta parecía tranquila, con sus habitantes ocupándose de sus asuntos como si no hubiera ninguna batalla desencadenada en el horizonte. Tampoco había más indicios de la presencia de militares que los tres tanques kuritanos. De hecho, los habitantes de la ciudad prestaban poca atención a los vehículos blindados.

Los draconianos llevaron a Norris y Berger directamente a la estación de Comstar. Detuvieron sus vehículos a la entrada de la puerta nororiental. Como muchos complejos de ComStar, tenía seis puertas, una para cada una de las Grandes Casas y la sexta para el público en general. Cada una de las cinco puertas de las Casas lucía el símbolo del Señor Sucesor correspondiente. Aquella construcción quería representar simbólicamente la posición neutral de ComStar a lo largo de tantos siglos de guerra. Como cada estado tenía su propia puerta, cada Señor Sucesor —en teoría— tenía acceso ilimitado a ComStar, incluso en un planeta gobernado por un estado hostil. Se suponía que la sexta puerta simbolizaba la misión de ComStar hacia la humanidad en general, y estaba abierta a cualquiera que deseara utilizar los servicios de la red de comunicaciones interestelares.

La puerta nororiental lucía el dragón negro de Casa Kurita. La escolta kuritana se aseguró de que los periodistas eran atendidos inmediatamente por un acólito de ComStar y los hizo entrar en el edificio para que grabaran y transmitieran su relato sobre aquella traición y atrocidad. Una hora después, cuando ambos reporteros salieron del edificio, encontraron al *Chu-i* esperándolos. Parecía preocupado por que tuviesen una buena impresión del ejército de Kurita. A pesar de las miradas asesinas de Berger, Norris rechazó sus ofertas de llevarlos a donde quisieran.

—Gracias por su ayuda, *Chu-i* —dijo el periodista, y echó a andar por la calle—. Cuando nuestro relato se divulgue por la red, esas Viudas recibirán su merecido. Su

intento de echarle la culpa a Davion dejando aquel brazo de 'Mech no habrá servido de nada. Nosotros vimos cómo lo hacían. Pagarán por ello.

—Así lo espero, señor Norris.

El hombre ataviado con el uniforme de *Chu-i* observó cómo los periodistas se alejaban. Cuando llegaron al otro extremo de la calle, se volvió hacia el hombre achaparrado y de rostro impenetrable que estaba a su lado.

—Tengo entendido que el tráfico es muy denso cerca del distrito comercial —le dijo—. Prepare un accidente.

—*Hai, Chu-sa* —contestó el hombre, y partió.

Al oír aquel desliz, el hombre vestido como un *Chu-i* hizo una mueca de desprecio. La obediencia podía mejorarse con un buen adiestramiento, decidió mientras su subordinado se alejaba, pero parecía que el cerebro se encogía en la misma proporción. El ruido de unas suelas sobre el sendero embaldosado interrumpió sus pensamientos. Se volvió y vio una figura femenina ataviada con una túnica y capucha, que había salido del edificio principal. Cuando llegó a su lado, el oficial hizo una reverencia.

—Buenos días, hijo mío —dijo la Adepta de ComStar.

—Muy buenos días, Adepta Sharilar —contestó el kuritano.

—Se me ha informado de que tiene algo para mí.

—Así es.

Le entregó un carrete de holopelícula. En uno de los lados tenía el anagrama de la Compañía de Emisoras de Donegal, de la Mancomunidad de Lira. Un sobre grueso estaba pegado al carrete con una cinta adhesiva. La Adepta sopesó el paquete por unos instantes y lo escondió entre los pliegues de la túnica.

—Permanecerá bien guardado hasta que sea necesario —dijo—. Tal como acordamos.

El kuritano hizo ademán de irse, pero pareció recordar algo más que quería decir.

—Los caballeros que he traído a su estación tenían un mensaje que transmitir por la red.

—En efecto, y ha sido grabado con total fidelidad. Lamentablemente —dijo Sharilar con fingida seriedad— se realizó un ritual inadecuado y algunos datos se perdieron en el vacío. Me temo que su relato estaba entre esos datos perdidos. Tal vez, en el futuro, puedan recuperarse gracias a las diligentes plegarias y el duro trabajo de mis hermanos y hermanas.

El hombre uniformado como *Chu-i* asintió en señal de comprensión. La «recuperación» se produciría cuando fuera políticamente conveniente. Volvió a montar en el tanque sonriendo satisfecho.

Al otro lado de la calle, unos ojos feroces, escondidos en un callejón, observaban aquella conversación.

Cuando los kuritanos partieron y la Adepta desapareció en el interior del edificio, un hombre desaliñado se puso en pie a duras penas y fue paseando hacia la entrada para el público del complejo de ComStar.

—¡Las Viudas! —murmuraba para sí—. ¡Je, je! Billy, muchacho, tú sabes la manera de sacarles la pasta. El Cazador pagará muchos billetes C por una pista de la Viuda.

Llegó junto a la ventanilla y dijo al acólito de guardia:

—Quiero enviar un mensaje a un colega de Solaris.

Los billetes kuritanos con que pagó la transmisión del mensaje estaban limpios, todo lo contrario que su cuerpo y el resto de sus posesiones.



**Distrito de Shaw, Barlow's End**  
**Marca Draconis, Federación de Soles**  
**29 de septiembre de 3026**

La *Chu-i* Isabella Armstrong observaba las pantallas de su BattleMech, que mostraban una enorme masa moviéndose más allá de las secoyas dispersas en los límites del bosque. Debía de ser el 'Mech patrulla de los davioneses, que llegaba a la hora prevista. Comprobó la pantalla visual para asegurarse de que el resto de su lanza estaba bien escondida entre los sotos de pequeños árboles. Esperaba que fueran invisibles para el enemigo. Aquella incursión en Barlow's End era la primera misión de combate de la *Ryuken*, así como el primer destino de Isabella como jefe de lanza. No quería que nada saliese mal.

El 'Mech davionés, un *Thunderbolt* de sesenta y cinco toneladas, apareció. Avanzaba con pocas precauciones entre los últimos árboles, cada vez más dispersos, del denso bosque que tenía a sus espaldas. De repente, el *Thunderbolt* se tambaleó y dio un paso atrás: había recibido el impacto de, al menos, doce misiles. Lo más probable era que un ataque como aquél sorprendiese al piloto, más que causarle desperfectos en el 'Mech.

Aquellas pocas cabezas explosivas podían dejar escasas marcas en el blindaje de una máquina de sesenta y cinco toneladas. Volutas de humo rodearon el *T-Bolt* hasta ocultarlo a la vista.

—¡Hurra! ¡Primera sangre! Reclamo la primera sangre —resonó la voz del MechWarrior Hiraku Jacobs a través del *taccomm* de la *Ryuken*.

Jacobs confirmó lo que Armstrong ya había advertido al observar el impacto de los misiles. Además de su *Catapulta* el *Whitworth* de Jacobs era el único 'Mech de la lanza capaz de lanzar una andanada como aquélla. Aquel impetuoso había estropeado la emboscada al disparar prematuramente al enemigo. Su 'Mech todavía se movía entre los árboles que habían cubierto al *T-Bolt* davionés. Buscaba un ángulo de

disparo mejor.

—Constará tu nombre en mi informe, insensato —comentó Armstrong, aunque nadie pudo oírla en la carlinga de su *Catapult*.

La posición de Armstrong le permitía ver cien metros más allá del *T-Bolt* y el sendero por el que había venido. Entre las sombras proyectadas por los árboles gigantes, pudo ver las formas cúbicas de otros 'Mechs que se movían. ¡Maldición! Se suponía que sólo tenía que haber una máquina en el circuito de patrulla. Conectó su frecuencia de mando.

—Tenemos invitados extra en nuestra fiesta, lanza —anunció—. Atacad deprisa, avanzando y retirándoos. Aprovechemos la poca sorpresa que nos ha dejado Jacobs.

Las expresiones de aquiescencia de los MechWarriors Frost y Toragama llegaron al tiempo que Armstrong activaba sus retropropulsores. Su 'Mech de sesenta y cinco toneladas se alejó volando de los árboles y aterrizó flexionando las patas sobre la cima de un promontorio cercano. Aun antes de que *Catapult* se irguiera, disparó una andanada de cohetes de setenta y cinco milímetros desde los afustes dobles que llevaba en la parte posterior del caparazón. No se tomó la molestia de apuntar. Los enemigos seguían acurrucados en el sendero y los proyectiles que no dieran en la primera máquina tenían muchas probabilidades de hacer impacto en la de atrás.

En cualquier caso, la imprevista andanada podía intimidar y confundir al enemigo.

En aquel momento, Frost hizo avanzar su *Panther* a la izquierda de Armstrong y disparó rayos de partículas contra los BattleMechs adversarios que estaban entre los árboles. Mientras tanto, el otro *Panther*, pilotado por Toragama, se colocó al lado de Jacobs. Ambos buscaron un blanco juntos. Entre su ángulo de disparo y el humo producido por el primer ataque de Jacobs, quedaban fuera de la visión del resto de la lanza davionesa. Cuando los dos 'Mechs empezaron a disparar hacia la última posición conocida del *Thunderbolt*, el objeto de su atención surgió de improviso. El *Thunderbolt* saltó hacia adelante disparando rayos de luz roja contra el *Whitworth* con el enorme láser de su brazo derecho.

—¡Cuidado! —exclamó Toragama para alertar a Jacobs del peligro.

Jacobs consiguió eludir el primer disparo, pero el piloto enemigo era mejor que él. El segundo rayo láser pasó mucho más cerca y el movimiento evasivo de Jacobs lo llevó directamente a la trayectoria de vuelo de los misiles disparados desde el afuste Delta Dart del *T-Bolt*. Aparecieron cráteres en el blindaje del torso superior y del hombro del *Whitworth*. Después de que se disparara la nube creada por las explosiones, todavía se elevaban volutas de humo de los orificios abiertos por los misiles en la coraza del 'Mech. Aunque Jacobs había sido el primero en acertar en su blanco, el piloto del *T-Bolt* había causado el primer desperfecto importante: el brazo izquierdo del *Whitworth* colgaba inerte.

Armstrong tuvo poco tiempo de valorar la angustiada situación de su compañero. Los pilotos davioneses se habían sumado al ataque de su líder y un *Valkyrie* estaba haciendo fuego entre las secoyas, lanzando misiles al tiempo que se aproximaba. El MechWarrior enemigo disparó un rayo láser contra el *Catapult* de Armstrong. Las pantallas de Armstrong se quedaron en blanco por unos momentos cuando el compensador de luminosidad reaccionó al haz de luz coherente que había hecho impacto en el 'Mech. Sin embargo, no se preocupó por los posibles daños. A más de trescientos metros era muy difícil poder atravesar incluso el blindaje más ligero de un BattleMech. El piloto davionés debía de ser un novato. Armstrong optó por reservar su propio láser hasta que tuviera un radio de acción más eficaz.

Apuntó al *Valkyrie*, un 'Mech ligero. Si pudiese derribarlo enseguida, habría mucho más equilibrio entre las dos fuerzas. Lanzó una doble andanada de misiles contra el *Valkyrie*. Los gases de escape de los cohetes resplandecieron más allá de su punto de mira, arrojando de inmediato sus cargas destructivas hacia la máquina davionesa.

Frost debía de estar pensando lo mismo que ella, pues concentraba su propio fuego en el mismo 'Mech. El rayo blanco azulado de su CPP restalló en el aire, desprendió la capa de pintura del *Valk* y dejó al descubierto el metal, que empezó a fundirse bajo el intenso calor.

Convertido en el centro de tanta atención no deseada, el piloto del *Valkyrie* se dejó dominar por el pánico y disparó los retropropulsores antes de haber salido por completo de la arboleda. El 'Mech chocó con la copa de una gigantesca secoya solitaria. Las ramas se quebraban a medida que el 'Mech se elevaba, pero le arrancaron casi toda la instalación de antenas. La máquina, que pesaba treinta toneladas, se desvió de su trayectoria hacia una extensión de colinas al nordeste. Gracias a su errático vuelo, ni el 'Mech ni su piloto sufrieron desperfectos por los ataques draconianos.

Armstrong no tuvo tiempo de ver si el guerrero enemigo aterrizaba sano y salvo, pues hubo de fijar su atención en los otros dos 'Mechs davioneses que surgían del bosque.

El *Valkyrie* seguía siendo una amenaza potencial, pero estaba descartado de la lucha por el momento. Los nuevos 'Mechs eran un peligro mayor e inmediato. El más adelantado era un *Shadow Hawk* de cincuenta y cinco toneladas, seguido de cerca por un *Ostsol* de sesenta toneladas. Juntos eran más pesados que los tres miembros de la lanza de Armstrong. En un combate entre BattleMechs, un mayor peso solía significar una mayor capacidad de combate.

—Lanza, tenemos problemas con P mayúscula —dijo Armstrong por radio. Lo que se suponía que iba a ser una emboscada estaba a punto de convertirse en una escaramuza... con su propia fuerza en clara desventaja—. ¡Retirada! —gritó por el

canal de mando—. ¡Fuego por extracción!

Armstrong hizo retroceder el *Catapult* por la otra vertiente. Justo antes de que el cuerpo en forma de bala de su 'Mech desapareciese detrás de la cumbre, disparó otra andanada doble de cohetes.

Los rastreadores indicaban que Frost se retiraba de acuerdo con las órdenes; su *Panther* disparaba mientras iba de escondite en escondite en dirección a Armstrong. La colina obstruía a Armstrong la visión de Toragama y Jacobs. De súbito, el *taccomm* se conectó con un crujido de estática.

—¡Jacobs ha caído! No ha saltado del 'Mech. ¡Creo que está herido!

—No pierdas la calma, Toragama —le aconsejó Armstrong. Mal asunto. Con un 'Mech derribado, lo último que quería era perder otro piloto por culpa del pánico—. ¿Qué ha ocurrido?

—El *T-Bolt* lo acribilló con misiles hasta derribarlo. El 'Mech no se mueve. Debe de estar herido.

—Confirmado, *Chu-i* —intervino Frost—. Tengo una LDV de ellos. El *Whitworth* ha caído y Toragama resiste el avance del *T-Bolt*. Los otros Federados se dirigen hacia allí. TEL del primer enemigo: dos minutos.

«Gracias al Dragón que Frost tiene sangre fría», pensó Armstrong. Sabía que tenían que salir de allí, pero, si Jacobs seguía vivo, no podía abandonarlo. Y, si todavía estaba metido en el 'Mech, habrían de llevárselos a ambos. Su *Catapult* no tenía brazos y un solo *Panther* tenía poco peso para aquella tarea. Se necesitaban los dos *Panthers* para arrastrar el *Whitworth* lejos del campo de batalla. Con los 'Mechs davioneses sobre ellos, sería imposible. Había que hacer algo.

—Frost, escucha: Toragama y tú tendréis que salvarle el culo a Jacobs. Yo os cubriré y trataré de mantener alejados a los Federados. Nos reuniremos en el punto de encuentro.

—¡Hai, *Chu-i*!

—¡Moveos!

El 'Mech de Frost ya se había puesto en marcha antes de que le llegase la orden. Su máquina corrió lejos de la visión del enemigo.

La máquina de Armstrong se alzó sobre una columna de vapor abrasador. Dejó la elevación y bajó al campo abierto, a ochenta metros del primer 'Mech davionés. Cuando aterrizó, Armstrong sintió una tremenda sacudida, pues había calculado mal la posición de la ladera. El impacto alteró su puntería y el fuego de láser que lanzó contra el *T-Bolt* apenas sirvió más que para llamar la atención del piloto. El pesado 'Mech se volvió hacia ella, y sus compañeros cambiaron de vector para apuntar también en aquella dirección. Armstrong comenzó la mortífera danza de esquivar y disparar con el propósito de distraer a los Federados mientras los demás miembros de su lanza pugnaban por escapar.

—Mando de Ataque, aquí Asaltante Uno —emitió desesperadamente por radio cuando los enemigos le dieron unos segundos de respiro—. Tenemos problemas. Adelante, Mando de Ataque.

Necesitó otros dos intentos antes de obtener respuesta. Entonces había sufrido ya numerosos impactos de misiles y cañón automático que le habían horadado y destrozado planchas del blindaje; sin embargo, ningún proyectil había logrado penetrar y despedazar las estructuras más delicadas del interior de su cuerpo. Mucho peor había sido el daño causado por uno de los láseres de ocho centímetros del *Ostsol*: el intenso rayo había desgarrado el blindaje de la pata del 'Mech y averiado un actuador. A Armstrong empezó a serle difícil eludir los disparos con una pata inutilizada.

—Mando de Ataque a Asaltante Uno: ¿cuál es su situación? —sonó la voz del oficial de comunicaciones en tono sereno e indiferente. Podía permitírsele, pues estaba a salvo en el CGM.

—Un 'Mech caído. Dos en proceso de rescate. Tres enemigos pesados nos persiguen —informó Armstrong.

—Entendido, Asaltante.

Se produjo una pausa. Armstrong rezó que fuera para ordenar a un par de lanzas de 'Mechs que acudieran en su auxilio. Un socorro que rogaba, con más fervor aún, para que llegase a tiempo. Un nuevo locutor sustituyó al oficial de comunicaciones. Armstrong reconoció la voz del *Tai-sa* Tetsuhara.

—Negativo sobre fuerzas terrestres disponibles, Asaltante —dijo.

Armstrong se quedó helada. De modo que así estaban las cosas: si el Hombre de Hierro había utilizado la línea, era para decirle que le había llegado el momento de resistir hasta la muerte, el momento de la dignidad y el honor. ¡Maldición! Quiso llorar, pero no era una reacción digna.

En teoría, sacrificarse por los camaradas era un acto noble. Sin embargo, en la caliente carlinga de un BattleMech, afrontando a la muerte bajo la forma de tres BattleMechs enemigos, la teoría no era tan atractiva. ¡La supervivencia sí que resultaba interesante! Mucho más que algo tan abstracto como el honor de la unidad.

—Asaltante —la llamó el *Tai-sa*.

«*Frackencrack* —pensó ella—. Ahora dará la orden de morir».

—Hemos desviado una lanza aeroespacial hacia sus coordenadas. EL TEL es seis minutos. ¿Podrán resistir?

«¿Qué?»

Por unos segundos, aquellas inesperadas palabras resultaron incomprensibles para Armstrong. Durante aquellos instantes de confusión, el *Shadow Hawk* rodeó una arboleda y lanzó un par de misiles contra el *Catapult*. Armstrong reaccionó de manera refleja y lanzó el Mech a una desenfrenada carrera para ponerse a cubierto

tras un peñasco de granito.

—Asaltante, ¿podrán resistir durante seis minutos?

—¿Tengo alguna alternativa? —preguntó ella.

—El tiempo es inconquistable, *Chu-i*. Haga cuanto pueda. No espero menos de mis samuráis.

—¡*Hai, Tai-sa!*

La había llamado samurái. En diez años de servicio para el Condominio, ningún oficial le había concedido aquel honor. El Hombre de Hierro estaba haciendo todo lo posible por ella. Armstrong no podía hacer menos.

Aquellos seis minutos fueron los más largos de la vida de Armstrong. La batalla se convirtió en un juego letal del escondite. La sobrecarga de calor del *Catapult* crecía y varias luces rojas de anomalía se encendían tras cada encuentro con un enemigo davionés. Su munición de misiles se redujo sensiblemente y no tenía idea de cuántos daños podía soportar todavía. El siguiente impacto podía ser el último.

—¡Asaltante Uno, Asaltante Uno! ¿Sigue ahí?

Armstrong derramó lágrimas de alivio, sin preocuparse por su dignidad en lo más mínimo, cuando oyó aquella voz a través del *taccomm*.

—Apenas —respondió—. Gracias al Dragón que lo han conseguido.

—Mejor dé las gracias a la Escuadrilla Azul de los Dragones de Wolf, señora —la corrigió la voz. Un estallido de estática interrumpió la conexión por unos instantes—. Tenemos cuatro 'Mechs en nuestras pantallas. ¿Puede darnos una señal para nuestro ataque? No querríamos perderla por accidente.

—Recibida la petición de señal —dijo ella, e inició una emisión rítmica y repetitiva en el *taccomm* para identificar su 'Mech.

Dos *Lucifers* que lucían sendas cabezas negras de lobo descendieron del cielo con un rugido y lanzaron una lluvia de cargas explosivas sobre los 'Mechs davioneses. Los Mechjocks Federados no eran ningunos principiantes, pero poco podían hacer frente a unos cazas tan rápidos. Ninguna de aquellas máquinas estaba equipada con armamento tierra-aire. Así pues, los 'Mechs enemigos tuvieron que huir en busca de refugio.

Armstrong no se quedó inmóvil. En cuanto vio que los primeros cohetes daban en el blanco, se alejó del campo a toda velocidad. Quería poner toda la distancia posible entre su *Catapult* y los 'Mechs davioneses que la habían acosado.

Los cazas de los Dragones realizaron otra pasada, pero tuvo escaso efecto porque los Federados habían desaparecido. El jefe de la Lanza de los Dragones transmitió su preocupación a Armstrong:

—Hemos de irnos, señora —dijo—. Tenemos que atender otras llamadas. Espero que haya conseguido la ventaja suficiente, porque no creo que nos hayamos cargado a ningún 'Mech de los Federados.

—Con esto bastará —contestó Armstrong con seguridad—. Guerrero, ¿a quién le debo la vida?

—Me llamo Atwyl, señora; pero no me debe nada. Esto formaba parte del trabajo. ¡Buena suerte!

Los cazas desaparecieron en las lejanas brumas en dirección al valle del río Shaw.

Armstrong necesitó una hora para llegar al punto de encuentro, pero estaba segura de haber eludido a todos los posibles perseguidores davioneses. El resto de la lanza estaba esperándola. El *Whitworth* yacía en el suelo, con la escotilla de la carlinga abierta. Frost y Toragama estaban de pie junto a la máquina tumbada. Antes de que ella abriese su escotilla, ya sabía la noticia.

—Jacobs ha caído, *Chu-i* —le informó Frost cuando ella bajó de la carlinga.

Armstrong se despojó del chaleco refrigerante y se sentó en una roca. El frío aire del bosque era como un bálsamo para su cuerpo e incluso para su mente.

—Bueno, él se lo buscó, y lo encontró —dijo.

—Son palabras muy duras, *Chu-i* —replicó Toragama en tono beligerante—. Hiraku Jacobs murió en combate como un guerrero. Debe ser honrado por ello.

—¡Debería ser juzgado por desobedecer las órdenes! —exclamó ella—. Cuando reveló la emboscada, estuvo a punto de causarnos la muerte a todos.

—Fue un acto honorable. Su primera sangre como guerrero —protestó Toragama.

—¡Al diablo con el honor! Su honor era obedecer las órdenes y servir a su señor. Jacobs era un insensato y no era consciente de su deber. Su muerte ha costado un guerrero a Casa Kurita, y casi otros tres. Nos ha costado tener dos 'Mechs gravemente averiados, y podría haber significado la pérdida de toda una lanza.

»Si Jacobs hubiera utilizado la cabeza, ahora estaría vivo. Los guerreros davioneses estarían lamiéndose sus heridas y enterrando a sus muertos.

»Somos *Ryuken*. Somos responsables de reaccionar ante cada situación, y de no obedecer órdenes ciegamente ni realizar actos inútiles de bravura individual. Debemos tener esto en cuenta siempre. ¿Me ha entendido, Toragama? *Wakarimasu-Ka?*

El soldado reprendido asintió con la cabeza.

—*Wakarimasu, Chu-i.*

**Cuartel General Móvil del Regimiento Alfa  
Campamento de la Ryuken, Barlow's End  
Marca Draconis, Federación de Soles**

**30 de septiembre de 3026**

El cabo se abrió paso por el abarrotado interior del vehículo del cuartel general móvil. Tropezaba por igual con oficiales kuritanos y Dragones, y se disculpaba sin detenerse. Cuando llegó junto a Minobu, le entregó una carta.

—De parte del coronel Wolf, señor.

Minobu tomó el sobre, cuyas marcas delataban que no había pasado por la red militar. Minobu miró al comandante Kelly Yukinov y enarcó una ceja. Yukinov meneó la cabeza para indicarle que no tenía idea del contenido de aquel mensaje. Minobu abrió el sobre y desdobló el papel que había en el interior. Una sonrisa apareció en su rostro cuando leyó el texto del mensaje.

—El coronel nos desea éxito en nuestra primera misión conjunta —dijo.

—Todavía nos queda mucho trabajo por delante si hemos de hacer realidad esos deseos —replicó Yukinov.

—Estoy seguro de que exagera, comandante —dijo alguien.

Todas las cabezas se volvieron hacia él. Era Jerry Akuma.

Minobu notó que el oficial del SESP estaba disfrutando del efecto que había causado al romper el silencio. Aunque la presencia de aquel alto japonés había ensombrecido los ánimos en el vehículo de mando, había hablado poco y parecía escoger los mejores momentos con un sentido de la oportunidad que Minobu envidiaba.

—Los gloriosos Dragones de Wolf no son famosos por su derrotismo —añadió Akuma.

—No es derrotismo, *Chu-sa* Akuma, sino realismo —repuso Yukinov—. Esta operación no está prevista.



—Usted estaba presente ayer cuando se produjo el incidente de la emboscada fallida de Armstrong. Los informes de las Lanzas de Reconocimiento de la *Ryuken* y los Dragones son igual de preocupantes. La presencia militar de los davioneses es más importante de lo que pronosticó el servicio de espionaje de Kurita.

—Tal vez —concedió Akuma—. Pero los informes de reconocimiento no son más que la reacción desmesurada de tropas mal entrenadas y mercenarios ansiosos de hinchar los números del enemigo para aumentar sus bonificaciones de combate. —Si Akuma estaba decepcionado porque ni Minobu ni Yukinov habían picado su anzuelo, lo disimulaba bien—. Si los informes de reconocimiento están en lo cierto, eso sólo significa que los lacayos de Davion tienen buenas razones para proteger lo que andamos buscando. El premio debe de ser más valioso de lo que creen las FIS.

—Ello también significa que tenemos que «trabajar» más para conseguirlo —replicó Yukinov.

—La cantidad de «trabajo» que realicen es, por supuesto, cosa suya. El coronel Wolf aceptó esta misión y ahora están obligados a obtener resultados.

—Los tendrá.

—Lo sé —contestó Akuma, sonriente.

Detrás de él, manteniendo un prudente silencio, se encontraban sus dos ayudantes. Uno era rubio y tan alto como Akuma, pero considerablemente más corpulento. El otro era un japonés achaparrado y fornido.

Acompañaban al *Chu-sa* a todas partes y siempre mostraban expresiones hoscas e impasibles.

El oficial del SESP alargó un brazo y el ayudante más bajo le entregó una hoja de papel. Akuma sostuvo el papel en alto y dijo:

—Yo ya tengo resultados. Esto es un mensaje de nuestro informante en los Campos de Prueba Achernar de Landova. El agente anuncia en su informe que el comandante en jefe davionés planea trasladar el prototipo del profesor McGuffin a un lugar más seguro dentro de cuatro días.

Los oficiales de la *Ryuken* y de los Dragones se cruzaron miradas de preocupación al oír aquellas noticias, que alteraban la planificación del equipo de ataque. Akuma, satisfecho de la conmoción que había creado, retrocedió y salió del círculo de personas que rodeaban el holotanque, alejándose de la discusión que comenzaba entre ellas.

—¿Se habrán enterado de nuestros planes? —preguntó el comandante Patrick Chan con expresión inquieta. El batallón de Chan constituía casi toda la fuerza del Regimiento Alfa que iba a participar en el ataque.

—Bien, Pat, hemos de suponer que, como mínimo, saben lo que estamos buscando —respondió el coronel Jamison. Su semblante mostraba que tampoco le gustaba mucho la idea de que el enemigo estuviese al corriente de sus objetivos.

—Tal vez podamos aprovechar eso en nuestro beneficio —sugirió Minobu.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Yukinov.

Minobu se preguntó si Yukinov sabía ya lo que tenía en mente y sólo le daba la oportunidad de poner el plan sobre la mesa.

—Si llevamos a cabo el esperado ataque contra las instalaciones, no esperarán ningún asalto al convoy de traslado.

—Parece una buena idea... —intervino la capitana Kristen Stane, comandante en jefe de una compañía ampliada de BattleMechs ligeros, famosos por sus elementos aéreos y su capacidad para realizar ataques relámpago. Stane siempre era partidaria de aquellos planes que incluyesen ataques repentinos e inesperados; afirmaba que la velocidad y el riesgo concordaban con su carácter—, si encontramos un buen enclave para una emboscada —agregó con la típica rudeza de los Dragones.

—Puede haber uno —respondió Minobu, y marcó un código en su consola.

El holotank reaccionó proyectando una ampliación del sector de Landova. Una autopista salía de la ciudad y se dirigía al sur; luego giraba al oeste y cruzaba el valle del río Shaw sobre un pantano de control del cauce. Tras pasar el pantano, la autopista seguía la ribera del río hacia el oeste-noroeste hasta que los densos bosques de la Reserva Forestal Renbourn la obligaban a apartarse.

—Miren aquí —indicó Minobu, y solicitó una nueva ampliación del lado sur del río Shaw.

—Ya lo veo —dijeron Chan y Stane al unísono. Se miraron, sorprendidos por el comentario del otro. Eran conocidos entre los Dragones como maestros en emboscadas de BattleMechs. También se respetaban mutuamente sus conocimientos. Stane cedió la palabra a su superior.

—Allí, donde la carretera pasa por los límites de la Reserva Forestal Renbourn —dijo Chan—. Parece un lugar perfecto.

—Exacto —confirmó Stane—. Por eso la emboscada debería montarse aquí, en el bosque Millón. Antes de que la carretera llegue al lugar obvio.

—No me gusta. No tendríamos ninguna vía de retirada si las cosas salieran mal —objetó Yukinov. Como oficial a cargo de las fuerzas de los Dragones en el planeta, debía defender su preservación.

—Hay una vía de retirada —dijo Minobu— si la fuerza atacante es seleccionada de manera meticulosa.

—¿Qué?

Los Dragones parecían confusos. Minobu se había adelantado a ellos. Los oficiales ayudantes de Minobu estaban todavía más desconcertados, e incómodos por una sesión de planificación de acciones que se realizaba al estilo de los Dragones. No estaban acostumbrados a la rapidez con que se aceptaban o descartaban las alternativas. Sólo Michi Noketsuna se mantenía al corriente de la discusión. Había

notado lo que Minobu estaba mirando mientras los Dragones hablaban y lo expresaba esbozando una sonrisa.

—El río Shaw es un fenómeno de temporada —prosiguió Minobu—. En esta época del año, el valle está totalmente seco y su fondo es firme. Sería una carretera casi perfecta para una fuerza de 'Mechs ligeros.

—Sigue sin ser una buena solución —objetó Chan—. Las riberas son verdaderos riscos de casi cincuenta metros.

—¡Ah! Por eso la fuerza atacante debe ir equipada con retropropulsores...

—... Para que puedan asaltar el convoy, destruirlo y saltar de nuevo al valle —concluyó Yukinov. Mientras Chan exponía su objeción, él ya había imaginado lo que Minobu sugería—. Me gusta.

Minobu agachó la cabeza en señal de reconocimiento.

—Si nuestros informes de reconocimientos sobre el planeta son fiables, no más de la mitad de los 'Mechs de Davion en la vecindad disponen de retropropulsores. La proporción de los que escoltan el convoy es probable que sea algo inferior.

—¿Por qué piensa eso, *Tai-sa*? —preguntó el *Sho-sa* Charles Earnst. De todos los oficiales de Minobu, era el más hablador. Un par de oficiales de la *Ryuken* demostraron su curiosidad asintiendo con la cabeza a la petición de explicaciones de Earnst.

—Si el prototipo de McGuffin es realmente valioso para Casa Davion —contestó Minobu—, utilizarán una fuerza poderosa para defenderlo en caso de que el convoy tenga problemas. Una fuerza poderosa implica BattleMechs pesados, la mayoría de los cuales no pueden despegar del suelo. Dadas las condiciones que lo obligan a defender otros posibles objetivos, el comandante en jefe davionés tendrá también suficientes elementos móviles para replicar a nuestras maniobras. Los elementos móviles indican BattleMechs ligeros, preferiblemente equipados con retropropulsores.

»Eso significa que podrán disponer de menos de la mitad de la escolta para perseguir a nuestra fuerza por el valle. Veamos ahora los canales alternativos que el río ha abierto a lo largo de eones. El jefe militar de la Federación de Soles no sabrá qué canal pensamos emplear como ruta de escape y se verá forzado a dividir sus fuerzas para cubrir todas las posibilidades. Algunos de sus 'Mechs acabarán en canales que se alejarán de nuestra ruta, lo que los eliminará de la batalla. Otros llegarán a cauces sin salida, con el mismo resultado.

—Este plan todavía tiene un defecto —intervino Chan, probablemente molesto porque el enclave que había propuesto para la emboscada había sido rechazado—. Los otros 'Mechs del convoy podrán seguirlos por el cauce. Podrían transmitir información sobre la dirección de la persecución, así como acosarlos con su fuego. Además, su mayor altura resultaría devastadora.

—Quizá, si les permiten que se aprovechen de ello —dijo Minobu, ganándose de nuevo la atención de todos—. Pero los 'Mechs davioneses en la ribera sur estarán ocupados. Una vez que nuestra fuerza principal haya realizado el esperado ataque sobre Landova, dejaremos una fuerza simbólica para demostrar nuestro falso propósito de ocupar los terrenos de prueba. Otro contingente formará un cordón alrededor de la ciudad, mientras el grueso de nuestra fuerza irá a enfrentarse a los 'Mechs de Davion en la ribera norte del río Shaw. En cuanto el grupo de la emboscada haya huido, las fuerzas que los cubrirán se pondrán en marcha. Las fuerzas de Landova también se dirigirán hacia las Naves de Descenso. No deberían de tener más problemas de los habituales en partir del planeta con nuestro botín.

—Suenan realizables —dijo Yukinov—. ¿Quién se encargará de cada labor?

—La naturaleza hostigadora de la fuerza de la emboscada sugiere el uso de los Dragones, en mi opinión —sugirió Minobu.

—¡Menuda idea!

—Gracias, capitana Stane —replicó Yukinov. Su tono de advertencia no tuvo ningún efecto visible en aquella temperamental mujer—. Estoy de acuerdo. Ello deja a la *Ryuken* y a nuestras máquinas más pesadas para la operación en Landova.

—Sí, pero creo que los elementos más ligeros de la *Ryuken* pueden distraer a las fuerzas de Davion moviéndose...

—¡Un momento, un momento! —la interrumpió Chan—. Miren ese pantano: tiene vías de acceso que descienden al lecho del río. Los Federados podrían bajar con sus máquinas pesadas y perseguir a nuestros atacantes. Si sus luces mantienen el contacto y frenan a nuestras tropas, podríamos tener verdaderos problemas.

—Con todos mis respetos, comandante Chan —dijo Michi Noketsuna, dando un taconazo y haciendo una brusca reverencia—, si lo hacen, tendrán el mismo problema que usted temía que causarían a nuestros atacantes.

—¡Hum! —gruñó Chan. Parecía amargado. No le gustaba que se usara su propia objeción para rechazar su argumento, especialmente si lo hacía un mequetrefe como aquel oficial kuritano, por muy respetuoso que fuera. Al lanzar una mirada al holotank se le ocurrió otra idea—. ¿Y si no bajan, sino que retroceden por el mismo lugar? Tanto si persiguieran a nuestra fuerza auxiliar de la ribera norte como si se dirigiesen a Landova, estarían en un apuro.

—Creo que tiene razón, comandante —concedió Minobu—. El pantano habrá de ser destruido una vez que el convoy lo haya atravesado.

—Kristen, ¿tu fuerza aérea está preparada para esa labor? —preguntó Yukinov.

—Están demasiado ocupados con los pilotos davioneses.

—Parece que tendremos que hacerlo todo desde el suelo. ¿Qué me dice de esas fuerzas diversivas tuyas, *Tai-sa* Tetsuhara?

—Las utilizaremos sólo en caso de necesidad. En cuanto hayamos cercado las

instalaciones de Achernar, estarán disponibles para realizar el golpe. —Minobu valoró las distancias y añadió—: Deberían llegar al pantano justo después de que el convoy alcance el enclave de la emboscada. Este cálculo horario puede retrasarse más de lo que desearía el comandante Chan, pero aun así deberían ser capaces de destruir el paso por debajo o por encima del pantano mucho antes de que los jefes militares davioneses se planteen alguna opción de acuerdo con estas líneas.

Cuando la discusión derivó hacia problemas específicos, como tablas horarias, puntos de salto, zonas de responsabilidad y designación de puntos de reaprovisionamiento, Akuma perdió el interés. Aquellas trivialidades le resultaban aburridas. Sin embargo, había escuchado con atención la discusión anterior y coincidía en que el plan estaba bien formulado. Era una buena estratagema, con excelentes posibilidades de éxito, y se ajustaba muy bien a sus propios planes. En el batiburrillo de la discusión en el CGM, nadie pudo oírlo cuando se volvió hacia sus ayudantes y les dijo en voz baja:

—Esta noche.

## **Campamento Ryuken-Dragones, Barlow's End**

### **Marca Draconis, Federación de Soles**

**1 de octubre de 3026**

El MechWarrior Malcolm Spence hundió dos terrones de azúcar en su café y consultó el reloj de la pared de la cabina de monitores. ¡Por la Unidad! ¡Sólo era la una y media! Todavía faltaban cuatro horas y media para que llegase el relevo. Iba a ser una noche larga. Como los Federados no sabían dónde estaba el campamento de los atacantes, no era probable que hubiera ningún asalto. Pero a *Cara de Piedra* Chan no le importaba. «Vigilancia completa habitual», había ordenado, y Spence había acabado haciendo la imaginaria. ¿Por qué *Cara de Piedra* le tenía tanta ojeriza? Bueno, no servía de nada darle vueltas al asunto. Sólo tenía que permanecer despierto, pero para eso estaba el café. Ojalá no hubiera tanto silencio.

Cuando alguien llamó a la puerta, casi vertió el líquido caliente sobre su regazo. Antes de que pudiese decir nada, la puerta se abrió y apareció un MechWarrior Ryuken alto y musculoso. El claro de luna convertía sus cabellos rubios recortados en una calavera plateada, y la cicatriz que le recorría la mejilla derecha podría haberle dado un aspecto siniestro, de no ser por su sonrisa y simpatía.

—¡Eh, no quería asustarte!

—No te preocupes —dijo Spence, y limpió las gotas de café que habían caído—. ¿Qué sucede?

—Nada. No podía dormir. Los nervios, supongo. Pensé que, si alguien estaba de guardia ante los monitores, tal vez quisiera charlar para pasar el rato. Yo he hecho esta misma imaginaria y sé lo aburrido que puede ser.

—¡Ya lo creo! —confirmó el guerrero de los Dragones.

—Me llamo Kahn —dijo el visitante, y alargó una mano adornada con un anillo de oro macizo que relucía bajo la luz. Spence le estrechó la mano y le impresionó la fuerza de su apretón.

—¿Primero o último?

—Como quieras —respondió el kuritano, y se acercó una silla.

Se enzarzaron en la charla despreocupada típica de los MechWarriors. Kahn comprendía los problemas de Spence con una anomalía técnica en los retropropulsores de su *Shadow Hawk*, pues se daba la coincidencia de que él también había tenido el mismo problema con su 'Mech dos años atrás. Él y su Tech no habían sido capaces de localizar la avería y habían tenido que reemplazar por completo los sistemas de propulsión para resolver el problema.

Spence se quedó sorprendido cuando a Kahn se le desorbitaron los ojos y se inclinó hacia adelante.

—¿Qué es eso? —preguntó el kuritano.

—¿Dónde?

—En el monitor cuatro. Detrás del 'Mech.

El kuritano se incorporó, se apoyó en la silla de Spence y señaló la pantalla con la zurda. Su mano derecha, que descansaba en la espalda de Spence, lo hizo girar hacia la consola de monitores. Spence sintió el frío contacto del anillo de Kahn sobre la piel de su cogote.

Spence miró la pantalla entornando los ojos, pero no distinguió nada inusual.

—No veo nada —dijo.

—Creí ver algo que se movía —explicó Kahn—. Debí de imaginarlo. —Se frotó los ojos con la mano izquierda y regresó a su asiento—. No estoy acostumbrado a las distorsiones de esas cámaras de vídeo nocturnas. Son distintas de los circuitos de amplificación de luz de mi 'Mech. Tendré que habituarme a ellas.

—Sí, es lo mejor.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando con ellas?

—Más de lo que me gustaría —rezongó Spence. Para él, cualquier espacio de tiempo habría sido excesivo. ¡Por la Unidad! Estaba cansado y muerto de sueño...

—¿Aún falta mucho para el relevo?

—¿Eh? —gruñó Spence. Le costaba concentrarse en las palabras de Kahn—. Sí, mucho.

—Seguramente tu relevo vendrá tarde, ¿no? —La voz de Kahn era insistente, segura y persuasiva.

—Tar... tarde...

—Pero no importa, ¿verdad?

—N... no...

—La noche está tranquila. Nada se ve en los monitores. Todo es normal, aburrido...

La voz de Kahn era muy convincente.

Spence no respondió.

Kahn emitió un gruñido de satisfacción y se levantó del asiento. Fue a la consola de monitores y desplegó una imagen del campamento en la pantalla principal. Tras ajustar la calidad de la imagen, sacó un estuche negro y estrecho de un bolsillo de su guerrera. Colocó el objeto sobre la cubierta de la pantalla y tocó un botón escondido en el borde superior. Un conjunto de pequeñas letras y números verdes empezaron a brillar en una esquina del estuche; repetían los códigos de tiempo y ubicación de la pantalla de vídeo. Unas letras más pequeñas aún formaron la palabra «grabando».

Al cabo de un minuto, una figura vestida con un mono negro apareció en la pantalla. El parche que llevaba en un hombro reflejó un rayo de luz, mostrando la cabeza de un lobo con las fauces abiertas sobre un campo circular.

La fornida figura pasó de largo de la tienda que lucía la enseña personal de Minobu Tetsuhara y desapareció por unos instantes entre las sombras. Volvió a aparecer junto a la tienda y subió al aerocoche que estaba aparcado allí. Levantó la capota y se sumergió en la oscuridad que había más abajo. Tras hacer algo, cerró la capota y miró a su alrededor como para comprobar que nadie lo había estado observando. Al cabo de unos momentos, el hombre se desvaneció en la oscuridad.

Kahn ajustó los controles de la consola y escogió una imagen que mostraba una sección de la valla exterior. Los símbolos verdes del estuche cambiaron para coincidir con los nuevos códigos de la pantalla.

En aquella ocasión pasaron casi catorce minutos antes de que algo se moviera en la pantalla. El mismo hombre que Kahn había observado apareció por la izquierda y avanzó a media carrera hasta la valla de alambre enrollado. Con un ágil salto superó la valla y cayó en cuclillas al otro lado. Luego desapareció en las tinieblas, lejos del campo de visión de la cámara.

Estaba de vuelta ocho minutos después. Volvió a entrar en el campamento haciendo un agujero en la valla. Una vez en el interior, pasó un rato enterrando pequeños objetos por toda el área. El hombre desapareció de la imagen mientras estaba enfrascado todavía en aquella tarea.

Cuando Kahn ya no pudo distinguir al hombre, apagó el estuche negro y volvió a guardarlo en el bolsillo. Extrajo un pequeño cilindro de otro bolsillo y colocó su extremo sobre la yugular de Spence. El cilindro emitió un suave siseo. Kahn comprobó el pulso de Spence y asintió satisfecho: la droga que le había administrado antes estaba acelerando de nuevo el pulso del guerrero de los Dragones. Guardó el cilindro en el segundo bolsillo. Por último, antes de volver a su asiento, sirvió a Spence una taza nueva y llena de café.

Kahn comenzó a hablar con voz monótona. Habló de cosas aburridas, creando imágenes claras y detalladas de monitores de vídeo carentes de interés y relevos de guardia, sazonados de tazas de café.

—He debido de quedarme adormilado —dijo Spence por fin. Sus palabras



sonaron ligeramente confusas, pero Kahn aparentó no darse cuenta. «También debe de estar medio dormido», decidió Spence—. ¿Qué estabas diciendo?

—Nada importante —contestó Kahn—. Estoy algo cansado. Creo que me voy a dormir.

—¡Vaya suerte! Yo tengo que quedarme aquí hasta que venga el relevo.

—¿Estarás bien? ¿No te dormirás otra vez?

—No. Tengo esta taza de café: me mantendrá despierto un rato. —Tomó un sorbo—. ¡Uf! Necesitaba este café. Estaba tan adormilado que me olvidé de echar azúcar.

Kahn sonrió y cerró la puerta a sus espaldas.

Dos horas después, la primera explosión sacudió la noche.

Minobu se había levantado del catre y estaba vistiéndose antes de que resonara la bocina de alarma. El estallido de la primera explosión lo había despertado. Con la guerrera a medio abrochar y el cinturón en la mano, apartó el toldo de entrada y salió al aire frío del alba. El ruido de explosiones y disparos procedía de la sección sudoccidental del perímetro. El 'Mech centinela de aquel cuadrante hacia girar su foco en busca de los intrusos. Los soldados corrían en aquella dirección. La mayoría iban a medio vestir como Minobu, pero todos llevaban armas. Entre ellos estaba Kelly Yukinov. Minobu fue a su encuentro.

—¿Qué sucede?

—Todavía no estoy seguro —contestó Yukinov—. Parece la incursión de un comando en la sección sudoeste de la valla. No creo que los Federados sepan dónde estamos.

—¿'Mechs?

—No, que yo sepa. Voy a comprobarlo.

—Mi deslizador nos llevará allí más deprisa.

—Cierto.

Michi, que todavía se hallaba abotargado por el sueño pero estaba ciñéndose el arma de cinto de todas maneras, salió con paso vacilante de su tienda justo a tiempo para ver a los dos oficiales que subían al aerocoché. El motor se encendió, ahogando las preguntas que Michi hacía a voz en grito. El vehículo se elevó sobre su colchón de aire y partió con un rugido. Decepcionado y molesto, Michi lo vio alejarse. De súbito, el aerocoché sufrió una sacudida hacia babor y giró. Uno de los faldones topó con una roca y el vehículo saltó por los aires sin control. Recortada contra el resplandor de una explosión en el perímetro del campamento, Michi vio la silueta de un cuerpo que salía despedido como un muñeco antes de que el vehículo se estrellara en el suelo, donde quedó convenido en una masa de hierros retorcidos.

Michi corrió hacia el lugar del accidente y se detuvo en el lugar donde había visto caer el cuerpo. A pesar de sus plegarias a Buda, el cuerpo resultó ser el de Kelly Yulunov. Tenía una pierna doblada sobre sí misma, pero el gemido de dolor del

oficial de los Dragones le demostró que seguía vivo.

—¡MedTech! —gritó Michi en el caos de la noche.

Buscó a su *sensei* con la mirada y rezó para que Minobu también hubiera sido despedido del vehículo. El foco iluminó el paisaje con fuertes contrastes; intensos blancos y negros como la pez se entremezclaban en la escena del accidente, dándole un aspecto grotesco. La mano que sobresalía del destrozado deslizador la hizo demasiado real.

Michi dejó al comandante de los Dragones y corrió hacia el aparato accidentado. Minobu estaba atrapado en él y había sangre derramada por doquier. Michi buscó el pulso con dedos temblorosos. Al no encontrarlo, sus ojos se inundaron de lágrimas, pero no soltó la mano del *sensei*.

## Sur del río Shaw, Barlow's End Marca Draconis, Federación de Soles

3 de octubre de 3026

El teniente de los Dragones Dechan Fraser miró al cielo y trató de descubrir si iba a llover, pero un escrutinio minucioso de las nubes no le aportó más información. Volvió a colocarse debajo de los doseles térmicos que protegían los 'Mechs de los rastreadores IR aéreos y orbitales. Proyectaban una capa térmica que dispersaba sus identificaciones calóricas; además, unos complejos patrones de camuflaje impresos en el tejido ocultaban aquellas máquinas de la observación óptica.

El teniente se dirigió hacia un grupo de MechWarriors. A excepción de sus propios compañeros de lanza, jamás había trabajado con ninguno de ellos. Estaban en el bosque Millón en misión de destacamento, una «compañía ligera» especial reunida para la emboscada a partir de distintas lanzas de los elementos del Regimiento Alfa presentes en Barlow's End. Como hacen los soldados en todas partes, aquellas tropas se dedicaban a expresar sus quejas y divulgar rumores para pasar el rato y aliviar la palpable tensión que siempre ha precedido a las batallas.

Cuando Dechan se aproximó, reconoció a la bonita Mechjock rubia que decía ser Jenette Rand, de la Compañía de Laskowski. Esperaba llegar a conocerla mejor, pero ella no parecía haberse fijado en él entre todos los demás MechWarriors.

—¿Alguien sabe qué le pasó a aquel coronel *draco*? —estaba preguntando—. ¿Al que los Jocks de la *Ryuken* llamaban el Hombre de Hierro?

—He oído decir que los comandos de la Federación se lo cargaron en la incursión de hace dos días —dijo la sargento Kerri Tennler. Aquella pelirroja fornida era la piloto de un *Grasshopper* que, con setenta toneladas, era el 'Mech más pesado del equipo de emboscada. Aunque Dechan tampoco la conocía, había oído comentarios sobre su reputación de «tía dura». Cuando el cabo Thom Domínguez soltó una carcajada, Dechan creyó que iba a ver una demostración de su fama.

—¿De *dónde* sacas la información, Tennler? —logró articular Domínguez cuando recobró el aliento. Todos los batallones de 'Mechs tenían gorriones, y Domínguez era el gorrón del batallón de Chan. Pero, a diferencia de la mayoría de sus colegas, era tan bueno obteniendo información como adquiriendo piezas sueltas mientras buscaba un nuevo hogar. Sin embargo, tenía poca paciencia con los simples aficionados a algo que él consideraba un arte—. No fueron los Federados. El *draco* estaba con el Viejo cuando tuvo el accidente con el deslizador. No sé si ya está criando malvas, pero los MedTechs que lo llevaron corriendo a la Nave de Descenso de los *dracos* tenían caras muy largas.

—Será una lástima si la palma —reflexionó Dechan. Al ver las expresiones hoscas que se volvían hacia él, aclaró—: Me ayudó a salvar al coronel en Quentin. Es un gran tipo... para ser una Serpiente.

—¡Eh, Domínguez! Ya que estás tan enterado, ¿qué se sabe del Viejo? —preguntó Rand.

—Estará cascado por un tiempo —contestó Domínguez, encantado de ser el centro de la atención—. Lo vi aquella noche. Parecía como si su pierna tuviera una articulación de más.

—¿La perderá? —La nueva voz era la del soldado Erik Johansson. Como Domínguez, pertenecía a la lanza de Fraser; pero, a diferencia del gorrón, Johansson era un novato recién salido de la Compañía de Adiestramiento Alfa. A pesar de la suave descripción de Domínguez, el muchacho parecía un recién nacido en aquel grupo.

—Si la pierde, Wolf se encargará de que tenga lo mejor, una pierna artificial completa con músculos de miómero —respondió Domínguez, encogiéndose de hombros—. Nada es demasiado para el chico favorito del coronel.

—¿Por qué no habrían de ponerle buenos materiales? —le espetó Tennler—. Tal vez sea algo viejo, pero es un buen oficial que se preocupa por sus soldados.

Aquella referencia sarcástica de Domínguez a un oficial que ella respetaba exasperó a Tennler más que sus anteriores comentarios jocosos sobre su propia capacidad. Hizo ademán de incorporarse con la intención de hacer que el gorrón se comiera sus palabras. En el mismo momento, el soldado Donal Cameron, que estaba sentado a su lado, se levantó como por casualidad y se interpuso entre Tennler y Domínguez. Dechan, sin embargo, no lo imitó; Cameron era el pacificador de su lanza y tenía mucha experiencia en sacar de apuros al gorrón.

—Sí, Yukinov es un buen hombre —dijo Cameron para aplacar a Tennler, pero se apresuró a cambiar de tema—. Jamison nos espera arriba. Confío en que se acuerde de que no todos pilotamos 'Mechs de Asalto.

—No hay por qué preocuparse —lo tranquilizó Domínguez, a quien parecía no importarle que la pelea hubiera estado a punto de estallar—. El viejo Jamison ha

estado cuidando 'Mechs durante mucho más tiempo que nosotros llevamos de servicio. Tal vez el Batallón Zeta esté lleno de 'Mechs de Asalto, pero estoy seguro de que sabe distinguir un 'Mech ligero de uno pesado. Al menos, en las dos o tres últimas semanas no he oído que haya enviado ningún *Locust* contra un *Atlas*.

Todo el grupo rompió a reír, difuminando así los restos de tensión. La idea de una máquina de veinte toneladas desafiando a un gigantesco *Atlas* de cien toneladas tenía gracia. «Suponiendo que uno no sea el Jock que pilota el *Locust*», pensó Dechan.

—Al menos, el Viejo no es como ese remilgado de Satoh. No sé cómo lo soportan los Jocks de la *Ryuken* —comentó Rand cuando los ánimos se sosegaron de nuevo. Por alguna razón, parecía fascinada por los jefes *dracos*. Dechan decidió que aquella podía ser una forma de atraer su atención.

—Podría ser peor —sugirió—. Llegué a pensar que ese gilipuetas de Akuma tomaría el mando.

Su comentario fue recibido con ademanes de asentimiento, incluido uno de Rand.

—No, se largó —dijo Domínguez, convirtiéndose de nuevo en la estrella—. Creo que se fue en la misma Nave de Descenso que el Hombre de Hierro.

—¿En serio? Pensaba que quería quedarse por aquí para llevarse lo que andamos buscando —dijo Rand, e hizo el gesto de llevarse algo valioso al corazón. Su mímica provocó más risas.

—¡Callaos! —intervino Tennler en voz baja—. ¡Ahí viene Cara de Piedra!

El comandante Chan, en efecto, se acercaba a ellos acompañado de la capitana Amy Laskowski, de la Compañía Ligera formada apresuradamente. Tras ellos, Dechan pudo ver a los otros jefes de compañía que se dirigían hacia sus propias unidades.

—Está bien, soldados: nuestro observador ha dado la señal —anunció Chan—. Los «pichones» están en camino y llegarán dentro de poco. Sé que la mayoría de ustedes son nuevos compañeros de lanza para esta operación. ¡Ténganlo presente! No se fíen de un compañero que no esté allí. No quiero bajas porque alguien ha actuado movido por sus reflejos y no por su cerebro. ¿Entendido?

Entre el coro de «Sí, señor», Dechan también oyó un sumiso «Sí, papá». No pudo distinguir quién había sido el gracioso, pero Chan no lo había oído. Sin embargo, tal vez Laskowski sí, pues apenas esbozaba una sonrisa cuando devolvió el saludo a Chan, que fue corriendo hacia su *Crusader-L*.

—¡Monten! —ordenó la capitana, y los MechWarriors se dispersaron hacia sus máquinas. Johansson, que corría al lado de Dechan, sonreía de oreja a oreja al pensar en la próxima misión.

—Esto será fácil —comentó.

—No te confíes demasiado —la previno Dechan—. Todavía hemos de superar a los 'Mechs pesados de los Federados.

—Lo conseguiremos. Todos los Federados que hay aquí son mercenarios de segunda división. Las Brujas Blancas son los mejores que tienen en esta roca y tengo entendido que no se portaron muy bien frente a Delta en Quentin. ¡Delta, por el amor de la Unidad! Ahora se enfrentan a Alfa, y nosotros somos los mejores.

Mientras Johansson trepaba a su *Javelin*, Dechan comenzaba a subir por la escalerilla que colgaba de la carlinga de su *Shadow Hawk*. En cuanto tomó asiento, se ajustó y abrochó el neurocasco mientras se encendían los sistemas del 'Mech. Como jefe de Lanza, comprobó el estado de los otros y recibió señales positivas de los tres. Dechan conectó el circuito de *taccomm* para anunciar que su unidad estaba preparada.

Cuando todas las lanzas hubieron dado su informe, Chan reprodujo el vídeo tomado desde la posición del explorador en los monitores de los jefes de Lanza. El convoy de la Federación de Soles parecía diminuto en la pantalla de la carlinga de Dechan. La docena de BattleMechs que caminaban junto a los camiones y aerotanques de la columna podían pasar por hombres vestidos con armadura que se paseaban al lado de coches de juguetes. Dechan sabía muy bien que no era así.

La columna davionesa, que avanzaba a unos cuarenta kilómetros por hora por la autopista, pasó junto a la posición de la Lanza de Fraser. La lanza de BattleMechs que protegía la vanguardia del convoy ya se había perdido de vista, alejándose del lugar de la emboscada. Todavía no podía verse la patrulla de retaguardia, otra lanza de 'Mechs, sobre la que había informado el explorador.

—¡Al ataque! —rugió Chan a través del *taccomm* cuando la columna de Federados ocupó la posición prevista.

La Lanza de Mando de Chan descargó una andanada de misiles de largo alcance para iniciar la batalla. Los cohetes cayeron entre los primeros elementos de la columna. Su objetivo principal, el vehículo de mando del convoy, desapareció en una nube de humo negro.

Desde el lugar donde Dechan permanecía oculto en el bosque Millón, pudo presenciar la confusión causada por el inesperado ataque. La destrucción del vehículo de mando y la súbita aparición de más de una docena de BattleMechs enemigos había convertido el convoy davionés en un caos. Los camiones que transportaban el cargamento frenaron en seco, mientras los vehículos de combate y los 'Mechs comenzaban a desplegarse en formaciones carente de coordinación. Dechan captó sus conversaciones a través de su unidad de comunicaciones; aunque las palabras estaban cifradas en códigos electrónicos, los patrones de señal delataban claramente su desconcierto.

El equipo de Chan se aprovechó del desorden en las filas de la Federación para reducir las distancias entre ambos. Los Dragones avanzaron a toda velocidad para aislar la cabeza de la columna. Mientras la lanza del comandante se desplegaba para hacer frente al esperado regreso de la fuerza de vanguardia, el resto del equipo,

compuesto por la Compañía de Uchimaya, atacaba la columna.

Por fin, los defensores davioneses empezaron a reaccionar. Aerotanques *Saracen* y *Scimitar* se apartaron de la carretera; para sus disparadores de aire, el ondulante terreno del campo resultó ser casi tan propicio como el pavimento de la carretera. Los 'Mechs de los flancos formaron una línea entre los Dragones y los camiones cuyo cargamento querían capturar.

Antes de que los camiones pudiesen organizar la huida del campo de batalla, el resto de los Dragones salió de sus escondites. La Lanza de Fraser corrió en ayuda de la fuerza principal, compuesta de la Compañía de Stane y la Compañía Ligera. Medio kilómetro más al sur, el capitán Waller conducía a los 'Mechs con retropropulsores del batallón de Yukinov al encuentro de la retaguardia de los Federados.

La Compañía de Stane apenas tuvo problemas para superar a los pocos 'Mechs y tanques que se habían replegado para interceptarlos. Dechan distinguió un BattleMech davionés y tres o cuatro tanques que humeaban en el campo de batalla. Todos lucían la imagen de una hechicera desnuda y de cabellos blancos: la insignia de las Brujas Blancas. Los supervivientes retrocedían hacia sus propias fuerzas, hostigadas a su vez por la compañía de Uchimaya.

—Esto va sobre ruedas, jefe —dijo Johansson respecto a la falta de oposición que la Lanza de Fraser había encontrado en su avance hacia la autopista.

Dechan no le prestó atención, ni tampoco a los fútiles disparos de armas de mano de las tropas que iban en los camiones. Estaba demasiado atareado transmitiendo las órdenes de Laskowski para dirigir el fuego de su lanza en apoyo de la Compañía de Stane. La Lanza de Fraser y el resto de la Compañía Ligera cubrían a los 'Mechs de Stane, que a su vez desvencijaban los camiones. Buscaban cajones marcados con el símbolo de un pájaro negro, los cuales, según el espía kuritano, identificaban los componentes del botín que andaban buscando.

—Vamos a tener compañía —avisó Dechan a la capitana al ver una lanza de Brujas que se preparaba para un ataque devastador.

Mientras las tropas de Stane seguían cargando la mercancía, la Compañía Ligera hizo retroceder a los mercenarios davioneses con una lluvia de misiles y rayos de energía. Luego, Stane dio la orden de emprender velozmente la retirada. A los pocos segundos, los 'Mechs de los Dragones habían abandonado la autopista.

Mientras su lanza se alejaba de la carretera, Dechan miró atrás para confirmar que el resto de la fuerza atacante de los Dragones se había ido de la línea de combate davionesa. Por lo que pudo distinguir, todo había salido a la perfección. La Compañía de Stane y el resto de la Compañía Ligera se retiraban de manera ordenada, y la propia Stane transportaba el cajón más grande de los marcados con el pájaro negro. Los de Waller iban por la autopista; al parecer, no habían tenido que enfrentarse a la retaguardia davionesa. Al noreste, el equipo de Chan se retiraba combatiendo hacia el

río Shaw.

—¡Los hemos pillado en bragas! —exclamó Johansson, exultante, refiriéndose a varios de los 'Mechs pesados davioneses que se habían colocado en la supuesta vía de retirada de los Dragones. Los rápidos atacantes quedaron fuera de su alcance cuando siguieron por la autopista en vez de retirarse de nuevo hacia el bosque.

—Eso es lo que tú te crees, chico —dijo Domínguez, deformando deliberadamente el comentario de Johansson—. A esas Brujas no les interesan los novatos; sólo buscan a los veteranos.

Las máquinas davionesas tenían que organizar todavía la persecución cuando la Lanza de Fraser llegó a la ribera del Shaw. Dechan interrumpió la charla de sus compañeros de lanza y avanzó ruidosamente hasta la orilla.

—¡Está bien, chicos, vámonos!

Dechan activó los retropropulsores de su *Hawk* y lanzó su máquina al vacío. El *Javelin* de Johansson pasó como un cohete a su lado; aquel 'Mech más ligero era casi el doble de rápido en el aire que el *Hawk*. Los siguió el resto de la lanza.

Cuando el *Javelin* se acercó al suelo, quedó atrapado en una reluciente red de rayos de energía. El blindaje se fundía y resbalaba hasta el suelo bajo el impacto de energías inimaginables. El tableteo de un cañón automático pesado entonaba una melodía macabra que hacía bailar rítmicamente el *Javelin*. Incluso un novato sabía cuándo un BattleMech había dado ya todo lo que podía. Johansson salió expulsado de la carlinga.

Pudo ser un accidente, o el resultado de una acción páfida... El asiento eyectable se cruzó con un rayo de partículas cargadas. El metal de la silla y la frágil carne humana se desintegraron en el haz azulado, y el combustible explotó por efecto del súbito calor.

—¡Erik! —gritó Dechan inútilmente.

Para evitar el mismo destino que Johansson, Dechan se mantuvo en el aire realizando movimientos al azar mientras trataba de localizar a los enemigos. Humeando por las heridas sufridas por los rayos energéticos, el *Shadow Hawk* aterrizó con una violenta sacudida. El cañón automático casi derribó la máquina al disparar sus municiones; luego, el 'Mech siguió su camino. Dechan buscó refugio antes de atreverse a comprobar el origen del ataque letal sobre Johansson.

Entretanto, los enemigos habían empezado a orientar su fuego hacia los nuevos blancos que bajaban al valle. Dechan vio que eran demasiados los que sufrían graves daños a consecuencia de las ráfagas de disparos. Aprovechando que la atención de los enemigos estaba dirigida hacia otro lugar, se arriesgó a asomar el 'Mech para ver a los desconocidos atacantes.

Al menos una compañía entera de BattleMechs avanzaba por el cauce del río hacia su posición. No eran Brujas; era evidente por sus insignias. Cada 'Mech



mostraba de manera prominente un disco amarillo con una figura negra en su interior. Dechan enfocó las lentes ópticas en el *Centurión* que iba a la cabeza y amplió la imagen.

El disco amarillo rodeaba la silueta negra de un corcel encabritado, que Dechan reconoció de inmediato como la insignia de la Caballería Ligera de Eridani. Los Jinetes eran los únicos rivales serios de los Dragones como los mercenarios de élite de la Esfera Interior. Eran gente curtida y astuta.

Dechan comprendió que, si las cosas estaban mal antes, estaban a punto de ponerse muy negras.

## **Campamento de la Ryuken, Barlow's End Marca Draconis, Federación de Soles**

**3 de octubre de 3026**

Hacía un tremendo calor en la cabina de mando de la *Ryuken* y el aire estaba cargado, pues no disponía del sistema de aire acondicionado de que alardeaba el vehículo del cuartel general móvil, alimentado por fusión, del Regimiento Alfa. La cabina carecía también de los sistemas informático y de pantallas holográficas del CGM.

De todos modos, durante los dos días de hostigamiento que habían conducido al ataque diversivo sobre las instalaciones de Achernar y la emboscada al convoy davionés, el *Tai-sa* Elijah Satoh había dirigido la *Ryuken* desde aquella estructura prefabricada. Al tomar el mando, Satoh se había negado a entrar en el CGM de los Dragones y había ordenado que se construyera aquella cabina como prueba de que él, en nombre de lord Kurita, estaba al mando.

Michi Noketsuna estaba de pie, al lado del comTech que controlaba la banda de radio que unía a los jefes militares con el equipo de emboscada. Antes del ataque, las transmisiones de radio se habían mantenido en un mínimo absoluto para evitar que fuesen detectadas. El comandante Chan de los Dragones había emitido la orden de ataque al cuartel general al mismo tiempo que a sus tropas, indicando que la emboscada había comenzado. Desde entonces, las transmisiones habían sido irregulares y no muy ilustrativas. Pero ello era comprensible, ya que la coordinación del ataque requería mucha atención. Michi consultó la hora. Chan no tardaría en transmitir la confirmación de que los atacantes habían alcanzado sus objetivos y se dirigían al valle del río Shaw.

Miró al *Tai-sa* Satoh. Su uniforme estaba limpio como una patena, sus gestos eran atildados y su desprecio por los suboficiales era evidente. No era un hombre con carisma para sus guerreros. No era como *Minobu-sensei*, ¡que Buda lo protegiera!

Habían pasado varios días desde que Michi contempló cómo los MedTechs

extraían el cuerpo magullado de Minobu de los restos de su vehículo y lo subían a un aerodeslizador para llevarlo a uno de los centros médicos de las Naves de Descenso. Minobu todavía estaba vivo, pero el jefe médico parecía dudar de que pudiera recuperarse. No había llegado ninguna noticia sobre el estado de salud de Minobu desde entonces. Akuma, que lo había acompañado en el aerodeslizador, había rehusado contestar las llamadas de Michi, había enviado a Satoh y había dejado el planeta en la Nave de Descenso en que estaba internado Minobu.

El *Tai-sa* Satoh llegó la mañana después del accidente. Su nombramiento como observador por el Señor de la Guerra Samsonov incluía una cláusula que le permitía actuar como comandante en jefe de la *Ryuken* en ausencia del primer oficial en la cadena de mando, y así lo había hecho. También era el sustituto de Akuma como Oficial de Enlace. En un discurso ante los oficiales de la *Ryuken*, Satoh habló de lo afortunada que era la Casa Kurita porque él, un oficial experimentado con graduación de mando, estaba disponible para ocupar el vacío dejado por el comandante en jefe de la *Ryuken* cuando un accidente se lo había llevado.

«Se llevó a Minobu», había dicho aquel hombre. ¡Como si Minobu ya estuviese muerto! Aquella suposición de Satoh enfureció a Michi. *Minobu-sensei* no iba a morir. Era un guerrero demasiado grande para morir en un accidente.

Fueran cuales fuesen sus preocupaciones, Michi estaba atado al presente. Su lealtad a Casa Kurita lo obligaba a servir bajo las órdenes de Satoh, por mucho que quisiera seguir a Minobu y estar a su lado.

Una voz fuerte, que sonó cerca del centro de la cabina, llamó la atención a Michi. Era el coronel Jamison de los Dragones, que había venido a comunicar sus preocupaciones a Satoh.

—Mire, la emboscada se ha llevado a cabo. Ha llegado la hora de cubrir a nuestra gente.

—*Su* gente, coronel —lo corrigió Satoh, puntilloso—. No se han ocupado todavía los Terrenos de Prueba de Achnar. Hasta entonces, sus 'Mechs deben seguir participando en esta parte de la operación. Todo está previsto en el plan maestro.

—Al menos, envíe sus 'Mechs ligeros para cortar la autopista en el pantano.

—No es posible en estos momentos, coronel —repuso Satoh—. Irán cuando las instalaciones de Achnar estén aisladas. El tiempo previsto para todas las fases está especificado en el plan.

—¡El plan! ¡El plan! —vociferó Jamison. Dejó caer la mandíbula y respiró ruidosamente, hinchando las narices—. El plan no exige que haya muertes innecesarias. Si se empeña en seguir lo que dice ese pedazo de papel, muchos van a morir.

—Siempre hay bajas en combate, coronel. En cuanto hayamos rodeado las instalaciones de Achnar, pasaremos a la siguiente fase del plan.

—Entonces, será mejor que cumpla con su parte. Zeta ya ha fijado sus objetivos, de acuerdo con el *plan*. Son sus tropas las que no han aparecido.

—Soy consciente de ello, coronel —dijo Satoh. Dejó traslucir un cieno tono de irritación, y una comisura de su boca se torció en una mueca de disgusto—. La Ryuken ha tropezado con una resistencia inesperada. Una unidad mercenaria de Davion, no prevista anteriormente, ha aparecido en la ciudad. Habrá un ligero retraso en la tarea de completar el asedio.

Aquello fue demasiado para Jamison. Arrojó su bolígrafo al suelo y dio la espalda a Satoh. El kuritano no dio importancia al gesto del oficial de los Dragones y siguió revisando los informes de los oficiales de la Ryuken, comparándolos con los mapas desplegados en la mesa central.

Michi aprovechó la preocupación de Satoh para mirar a los ojos de Jamison. Cuando hubo atraído la atención del oficial de los Dragones, señaló la estación de comunicaciones, luego su propia oreja, y finalmente a Jamison. El coronel asintió y fue a la consola de comunicaciones que los Dragones habían montado para transmitir datos desde el CGM del Regimiento Alfa. Jamison recogió unos auriculares para escuchar, pero mantuvo la mirada fija en Satoh.

En cuanto estuvo seguro de que el oficial de los Dragones estaba informándose de lo ocurrido, Michi comunicó a Satoh que los emboscados habían sido víctimas a su vez de una trampa de la Caballería Ligera de Eridani. El rostro del *Tai-sa* permaneció impasible mientras Michi le comunicaba la petición de ayuda de los acosados Dragones. Cuando Michi hubo terminado, Satoh se dio por enterado con un movimiento seco de la cabeza. Despidió al *Tai-i* Noketsuna con un ademán y siguió examinando los mapas.

Jamison tiró los auriculares y fue como un basilisco hacia Satoh.

—¿Las noticias del río Shaw no le bastan para hacerlo reaccionar? Mis hombres me dicen que es la Caballería Ligera de Eridani la que está resistiendo también en Landova.

—Sí, coronel —confirmó Satoh en tono aburrido—. Creo que ésa fue la identificación realizada en el campo de batalla.

—¿Y conoce su potencia?

—No con exactitud, coronel. —Satoh hizo una pausa para recoger una copia en papel y observarla con atención—. Los informes de inteligencia en el frente avisan de un exceso de dos compañías en la ciudad.

—¡Dos compañías! ¡Por la Unidad, hombre! ¡Eso significa que hay más de un batallón de Jinetes ahí afuera!

Esto lo cambia todo. ¡Renuncie a ese absurdo ataque contra Landova y retírese! Hemos de reagrupar nuestras fuerzas hasta que sepamos a qué nos enfrentamos.

—No.

El semblante de Satoh permaneció hosco e impasible, como una roca contra la que se estrellaban las olas de genio de Jamison.

—No esperaré a que nos entreguen las cabezas de nuestros soldados —le avisó Jamison.

—Coronel, piénselo bien antes de emprender ninguna acción que contravenga el plan aprobado por su oficial del SESP, representante del Coordinador. Recuerde su contrato.

Jamison se irguió cuan alto era, alzándose sobre el hombre que tenía enfrente.

—El contrato nos obliga a cumplir con nuestro papel en cualquier plan que haya sido aprobado —dijo con voz tajante—. El Batallón Zeta ha cumplido sus objetivos en dicho plan. Al-pie-de-la-letra.

Jamison dio media vuelta e hizo una seña a los demás oficiales de los Dragones presentes en la cabina. Dejaron cuanto estaban haciendo y salieron con él. El último se llevó a rastras la consola de comunicaciones, sin tomarse la molestia de cerrar la puerta.

Satoh permaneció de pie, tieso y con los brazos a los costados, viendo cómo se marchaban. Cuando un guardia kuritano cerró la puerta, Satoh se volvió hacia Michi.

—*Tai-i* Noketsuna, anote que el jefe sobre el planeta de los Dragones de Wolf ha abandonado su puesto. En este día y a esta hora.

—*Hai, Tai-sa* —respondió Michi.

El deber lo obligaba a hacer lo que se le ordenase y Minobu le había enseñado que el deber era todo para un samurái. La evaluación que había hecho Jamison de la situación era razonable. La rígida adhesión de Satoh al plan era contraria a los principios que Minobu había establecido para la Ryuken. Las cosas habrían sido muy distinta si él hubiera estado allí. Pero Minobu no estaba allí, y sí Satoh. Michi sintió que se le revolvía el estómago al obedecer sus órdenes.

## Valle del río Shaw, Barlow's End Marca Draconis, Federación de Soles

3 de octubre de 3026

—¡Dom, cuidado a la izquierda! —exclamó Dechan Fraser mientras disparaba contra un *Commando* que había salido de su escondite para lanzar una andanada de misiles. El láser Martell de su *Shadow Hawk* rascó el 'Mech de Eridani. Aunque Dechan no vio ningún desperfecto, el Jock enemigo volvió a agazapar su máquina.

Domínguez hizo caso del aviso de Fraser y disparó proyectiles de noventa milímetros y fuego de láser contra un par de enemigos que trataban de avanzar entre las sombras del terraplén.

La retirada hasta el valle del río se había realizado durante casi una hora. La Compañía Ligera y la gente de la capitana Stane habían estado relevándose sin cesar, disparando y huyendo por turnos. Tras haber encontrado un cierto refugio, la Compañía Ligera se dedicaba a cubrir a la unidad de Stane con su fuego.

Al principio, el 'Mech de la capitana Laskowski se había desplomado al perder una de las patas. Como los Mechs de Eridani estaban ganando terreno, Dechan tuvo que escoger entre abandonar a la capitana o perder toda la compañía. Si la capitana sobrevivía, seguramente sería canjeada por los Jinetes. Entretanto, Dechan quedaba al mando de la compañía.

—¡Eh, Fraser! —lo llamó la sargento Tennler por el *taccomm*—. ¿Dónde está la ayuda?

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa? Pregúntaselo al comandante Chan. Es él quien está al mando de esta operación.

—Lo he intentado, tesoro, pero el canal de comunicaciones está plagado de estática.

—Estupendo...

Dechan esperaba que aquello no quisiera decir que Chan y el resto de los

Dragones habían sido capturados. Trató de convencerse de que sólo se debía a las condenadas rocas que desfiguraban las frecuencias.

Los Jinetes de la Caballería Ligera estaban presionándolos sin descanso y no les daban mucho tiempo para preocuparse por los demás. Dechan reconoció la táctica: los 'Mechs de Eridani estaban aumentando el acoso justo antes de obtener apoyo procedente de las tierras altas que se extendían a lo largo de las riberas del río seco. Aquello quería decir que las Brujas Blancas, que seguían la ribera sur, los habían alcanzado. Levantó la mirada. En efecto, el *Zeus* de color azul cielo que había estado liderando a las Brujas todo el tiempo apareció en el borde del terraplén.

—¡A cubierto, soldados! ¡Enemigos a las dos en punto!

El *Zeus* y sus compañeros concentraron su fuego en la fácil presa que era la Compañía de Stane, mientras los 'Mechs de los Dragones corrían hacia el escaso cobijo que proporcionaba la Compañía Ligera. Las máquinas, en su huida, no dejaban de escupir fuego. Haciendo honor a su nombre, el *Zeus* les arrojaba rayos y truenos.

Una ráfaga entera de misiles alcanzó al *Phoenix Hawk* de Stane y lo derribó. El 'Mech cayó pesadamente y se quedó inerte. Las tropas de Stane reaccionaron al instante y cerraron filas para proteger a su jefe. Habían olvidado los cajones que habían venido a capturar. Un *Griffin* y un *Wolverine* corrieron en socorro de su capitana caída.

Agarraron el 'Mech y se lo llevaron arrastrando mientras el resto de la compañía devolvía el fuego.

—Cúbranlos —ordenó Dechan.

La Compañía Ligera respondió con una cegadora cortina de fuego que hizo retroceder a los Jinetes. Todos los 'Mechs del terraplén, a excepción del *Zeus*, se retiraron también. Las castigadas máquinas de la Compañía de Stane llegaron a la posición de Fraser. Una vez caída su presa, incluso el *Zeus* se retiró para no convertirse en el único blanco de unos vengativos Dragones.

El silencio cayó sobre el valle y dio a ambos bandos un respiro y la oportunidad de rebajar los sobrecalentamientos sufridos por las máquinas en el último y furioso intercambio de disparos.

Dechan aprovechó aquellos minutos para contar a los Dragones supervivientes. La Compañía Ligera tenía aún ocho 'Mechs operantes, mientras que la Compañía de Stane disponía de nueve, incluido el de la capitana. El examen realizado por uno de los soldados de Stane demostró a Dechan que el 'Mech de la capitana seguía siendo capaz de combatir, pero ella no estaba en condiciones de pilotarlo. Así pues, quedaban dieciséis 'Mechs con capacidad de combate. No, diecisiete: en un momento dado, uno de los hombres del capitán Waller se había separado de su compañía y se había unido a su grupo. Todas las máquinas habían sufrido desperfectos.

Dechan, que había soñado con mandar una compañía algún día, era el oficial de

mayor edad de ambas unidades. Sin embargo, aquel sueño convertido en realidad era una auténtica pesadilla.

Los BattleMechs de una unidad podían combatir durante cierto tiempo antes de que su número se redujera muy sensiblemente. Tarde o temprano, los daños acumulados comenzarían a dejarse notar. Las máquinas se desplomarían y los hombres morirían. El término «Grupo de Pérdidas en Combate» asomó de manera inconsciente a los pensamientos de Dechan. En la academia había aprendido la fórmula para calcular el GPC. Aquella cruel operación matemática afirmaba que, dado un volumen constante de fuego enemigo, era probable que los BattleMechs de la misma clase de peso dejaran de funcionar, por lo que se refería al combate, al mismo tiempo. Una idea desagradable que, sin embargo, no podía despreciar mientras examinaba los maltrechos restos de sus dos compañías. Faltaba poco para que hubiera pérdidas devastadoras entre los 'Mechs más ligeros.

La situación de las municiones era todavía peor. Dechan sabía que había agotado su depósito de MCA y una rápida comprobación en las otras máquinas reveló que todas ellas tenían escasas reservas de municiones. Algunos 'Mechs sólo disponían de una o dos andanadas, lo que no tardaría en limitarlos al uso de armas de energía. En general, el balance tenía demasiados ceros en la suma total. Si la batalla continuaba durante mucho más tiempo, se pondrían en números rojos.

Para acabar de complicar las cosas, la unidad no podía establecer contacto con el equipo del comandante Chan y la Compañía del capitán Waller. Estaban solos.

—¿Dónde está la ayuda, Fraser? ¡Nos están masacrando!

Era Tennler otra vez.

—¡Por la Unidad! ¿Cómo quiere que lo sepa? —gritó Dechan a través del *taccomm*—. Tal vez hayan sido atacados también por los Jinetes.

En cuanto acabó de hablar, Dechan se mordió el labio. Estaba perdiendo la sangre fría. Los demás Jocks lo consideraban el único oficial que quedaba. Gritar no arreglaría nada y sólo conseguiría deteriorar la moral de sus hombres.

—Creo que tendremos que salir de aquí por nuestros propios medios —dijo cuando hubo recobrado la serenidad.

—¿Qué hay del botín? —preguntó una voz que Dechan no reconoció. Había llegado a través de la frecuencia de la Compañía de Stane.

—Podríamos tratar de recuperarlo —sugirió la cabo Rand con escasa confianza.

—También podríamos conseguir que nos cosieran el culo a balazos —objetó Tennler—. ¿Y si nos largamos de aquí hacia las Naves de Descenso? Los Federados nos dejarán marchar si les dejamos sus juguetes.

—No lo creo —replicó Dechan—. En cuanto volvamos a la llanura, seremos un blanco fácil para las Brujas. Nuestro GPC es demasiado alto y no dejaremos de sufrir bajas antes de que podamos escapar de su radio de alcance. Además, los Jinetes



tienen suficientes 'Mechs con retropropulsores para mantener la persecución largo rato.

—¿Por qué habrían de hacer algo así? —inquirió Tennler.

—Somos Dragones —intervino el cabo Domínguez—. En estos momentos somos presa fácil. Las Brujas se acuerdan de Quentin. Podrían sacar mucho jugo a la hazaña de habernos liquidado. Los Jinetes no necesitan esa reputación, pero son más peligrosos porque tienen un gran orgullo. Además, se acuerdan de Hoff. Ninguno de nuestros amigos de ahí afuera quieren que nos vayamos de la fiesta hasta que ellos se hayan divertido.

—Y, como nuestros verdaderos amigos no han aparecido —apostilló Dechan—, sólo nos queda el plan de huida de emergencia. Hemos de seguir retrocediendo por el cauce del río. Las riberas serán menos escarpadas en el oeste, y la tierra será más áspera. Cuando lleguemos allí, podremos aprovechar el terreno para cubrir nuestra retirada sin tener que preocuparnos de que alguien apunte a nuestras espaldas desnudas.

Hubo algunos murmullos de desaprobación, pero nadie aportó ninguna idea mejor. Dechan había empezado a dividir a los supervivientes en lanzas pequeñas cuando unos misiles estallaron cerca de ellos. Dos alcanzaron su *Hawk* y otro dio al *Javelin* de Donal Cameron. La mayoría sólo hicieron añicos las rocas por encima de los 'Mechs, cuyos fragmentos llovieron a su alrededor.

Dechan levantó la mirada hacia el *Zeus*, que giraba el brazo para apuntar al blanco de su inminente andanada. Otros 'Mechs se sumaron al fuego sobre los sorprendidos Dragones. Las Brujas habían rodeado la posición de los Dragones y, desde lo alto del terraplén, estaban en una posición privilegiada para disparar a los agazapados 'Mechs.

Los Dragones emprendieron la marcha por el cauce del río en busca de un escondite mejor. Dechan se mantuvo firme y trató de centrar un blanco. Quería disparar algunos MLA y destruir a alguien. Antes de que el retículo de su punto de mira se encendiera con la luz verde, el 'Mech enemigo se tambaleó y su blindaje se disolvió bajo el fuego de un CPP y un láser pesado. Las Brujas retrocedieron.

Dechan no entendió lo que ocurría hasta que un gigantesco *BattleMaster* asomó por la otra ribera. El reluciente barnizado del 'Mech lo deslumbró, pero no antes de que pudiese distinguir la sonriente cabeza de lobo de su insignia.

—¿Queréis que os echemos una mano?

El *BattleMaster* siguió disparando contra las Brujas mientras su piloto hablaba con Dechan. Luego, un *Awesome* apareció a su izquierda y un *Stalker* llegó estrepitosamente por la derecha. El Batallón Zeta había llegado.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —exclamó Dechan—. Ya nos creíamos unos huérfanos.

—Tuvimos algún jaleo con un Serpiente tozudo. —Aquellas frívolas palabras sonaron en un tono sombrío—. Espera, el coronel Jamison quiere hablar contigo.

Hubo unos segundos de espera mientras el piloto preparaba la transmisión.

—¿Quién está al mando? —ladró la ronca voz de Jamison.

—Supongo que soy yo, mi coronel. Soy el teniente Fraser, señor. Tengo la Compañía Ligera y la de Stane.

—¿Qué ha pasado con el comandante Chan y los demás?

—Escaparon por otros canales para tratar de atraer a la mayor parte de los Jinetes. Perdimos el contacto con ellos hace una hora. La capitana Laskowski cayó y creemos que fue capturada. La capitana Stana está con nosotros, pero está inconsciente.

—¡Por la Unidad! —exclamó Jamison, y guardó silencio por unos momentos—. ¿Dónde está el prototipo?

—En el lecho del río, en campo abierto. Cayó cuando Stane fue atacada. —Dechan titubeó, pero optó por presentar toda la situación al coronel—. Nadie quiere ir a buscarlo, señor. Es una muerte segura y estamos al borde de un GPC. Aun con el apoyo de Zeta, perderíamos al menos la mitad de nuestros hombres en el intento.

Dechan quedó desconectado del circuito mientras Jamison consultaba a sus ayudantes.

—He establecido contacto con Chan y Uchimaya —anunció Jamison al restablecer la conexión con Dechan—. Están a treinta y cinco kilómetros siguiendo el río, pero la unidad de Waller sigue perdida. Esta situación apesta.

»Fraser, ha llegado la hora de acabar con nuestras pérdidas. Prepárese para largarse de aquí. —La conexión permaneció abierta mientras Jamison hablaba con el capitán que pilotaba el *BattleMaster*—. Lucas, reduzca a átomos ese condenado montón de chatarra. Si no podemos llevarnos el prototipo, no vamos a dejárselo a los Federados. Luego cubra a las tropas de Dechan para que puedan salir de aquí.

»Volvemos a casa. Confiemos en poder encontrar a la gente de Waller en el camino.

—¿Qué haremos con la Ryuken? —preguntó Dechan.

—Como ellos los han abandonado en manos de los Federados —contestó Jamison—, les devolveremos el favor.

## **Campamento de la Ryuken, Barlow's End Marca Draconis, Federación de Soles**

**4 de octubre de 3026**

—La Lanza de Reconocimiento de Kantel informa de que la fuerza de emboscada de los Dragones se ha unido al Batallón Zeta y sigue avanzando hacia el norte en dirección a la zona de aterrizaje —informó Michi. El *Tai-sa* Satoh se limitó a asentir con la cabeza.

Michi observó asombrado al silencioso *Tai-sa* que permanecía arrellanado en su asiento. ¿No había comprendido lo que le había insinuado? La mayor parte de la fuerza de combate que había aterrizado en Barlow's End estaba retirándose. La Ryuken corría el peligro de quedar rodeada, especialmente si las fuerzas de la Federación dejaban de perseguir a los Dragones y se volvían hacia Landova. Las tropas de Davion estaban expulsando a la Ryuken de la ciudad; dentro de poco, sus fuerzas de vanguardia llegarían al perímetro del campamento.

Algo estalló en el exterior de la cabina de mando, seguido de varias detonaciones más. El tiempo se había agotado y las fuerzas de Davion ya habían llegado. Los Mechs de guardia respondieron al asalto.

Satoh se sobresaltó con el primer ruido, pero luego se sumió de nuevo en la apatía. Su falta de capacidad de reacción desató la alarma entre los Techs y las tropas kuritanas que trabajaban en el puesto de mando. Con el creciente estrépito de la batalla, comenzó el pánico.

Michi aguardaba a que Satoh diera las órdenes de defensa del campamento, pero otros no lo hicieron. El *Tai-i* Wakabe, comandante en jefe de la Lanza del Cuartel General, salió corriendo para dirigir a sus MechWarriors; el resto se desperdigó en todas direcciones. Algunos fueron a recoger armas y unirse a las tropas que se enfrentaban al enemigo; otros, simplemente, huyeron aterrorizados, unos en busca de una salvación temporal para acabar por ser capturados en la espesura, mientras que

otros corrían a echarse en brazos de la muerte. Al cabo de escasos momentos, la cabina quedó desierta, a excepción de Satoh, Michi y un comTech.

—Las fuerzas davionesas están rodeándonos —dijo Michi a su silencioso superior—. Debemos retirarnos a las Naves de Descenso, *Tai-sa*.

Satoh giró lentamente la cabeza y contempló a Michi durante un largo momento. Sus ojos estaban vidriosos y el semblante desfallecido.

—Se suponía que esto no debía pasar —dijo por fin—. Me lo prometieron.

El comentario del *Tai-sa* no parecía tener relación con su situación desesperada. Michi apretó los dientes, furioso por la pobre excusa de su jefe.

—Sea fuerte, *Tai-sa* —lo exhortó—. Todavía no nos han vencido. Debe asumir el mando de sus tropas.

Michi vio que el comTech paseaba nerviosamente la mirada de él al *Tai-sa*. Quería decir algo, pero no sabía a quién debía informar.

—Hable, hombre —lo apremió Michi—. ¿Qué pasa?

—Una llamada del comandante en jefe de la Caballería Ligera de Eridani, señor. Quiere que entreguemos las armas y nos rindamos.

—No habrá rendición —murmuró Satoh.

Michi lo miró asqueado. Una negativa de rendición debía anunciarse con energía para impresionar con su determinación.

—El *Tai-sa* tiene razón —dijo Michi al comTech—. No nos rendiremos. Diga al jefe de los de Eridani que rechazamos su propuesta.

—No puedo, señor. Todas las frecuencias están saturadas.

—Entonces, en realidad no quiere que nos rindamos.

Michi lanzó una mirada a Satoh para ver cómo recibía aquella noticia. El hombre manoseaba los mapas con gesto cansino; parecía no importarle lo que iba a ser una sentencia de muerte para las fuerzas de Kurita en Barlow's End. Si los davioneses no podían aceptar su rendición, nadie podría culparlos de haber matado a todos los kuritanos que encontrasen. Afirmarían que las ofertas de rendición eran simples trampas para acercarse más antes de atacar.

El fin se acercaba.

—Ya no puede hacer nada más aquí —dijo Michi al comTech—. Busque un fusil y únase a los valientes soldados que defienden el campamento.

—Debemos resistir aquí —masculló Satoh—. Hemos de completar el plan... El plan..., el plan tendrá éxito.

El comTech no se había movido a pesar de la orden de Michi. Su rostro era una mueca de terror y sus ojos rogaban al joven oficial que lo salvara.

—Le he dado una orden, soldado —dijo Michi con rudeza—. ¡Muévase!

El hombre casi chocó con la puerta en su afán de escapar.

Michi observó a Satoh. El *Tai-sa* seguía revolviendo los mapas..., unos mapas

que estaban varias horas anticuados. Satoh estaba perdido en sus propios pensamientos. Destrozado anímicamente por el desastre que se producía a su alrededor, empezó a dar órdenes a subordinados que habían muerto o habían sido capturados por las fuerzas de Davion.

El fracaso de Satoh y su alejamiento de la realidad eran una traición a los hombres que estaban bajo su mando. Su última orden los condenaba a todos ellos a una muerte inútil. Aquellas tropas que Minobu había reunido con tanto cariño, iban a ser desperdiciadas, perdidas de manera absurda.

Michi decidió que aquél no podía considerarse un buen servicio a lord Kurita. Su semblante se heló en una torva máscara cuando comprendió lo que debía hacer.

Entre el estrépito de la batalla, nadie escuchó el restallido de una pistola.

**Despacho del Comandante en Jefe  
Ciudad Galedon, Galedon V  
Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis  
2 de noviembre de 3026**

—Señor de la Guerra, el capiscal de Galedon de ComStar solicita audiencia.

El ayudante permaneció en posición de firmes, con el puño derecho sobre el corazón, tal como exigía el saludo militar kuritano.

—Un cambio interesante —comentó Samsonov a Jerry Akuma, sin prestar atención a su asistente—. Generalmente he de ir acompañado de un batallón para obtener unos momentos del precioso tiempo del capiscal. ¿Qué le parece?

—Quizás algo más impresionante que tres docenas de BattleMechs haya convencido al venerable capiscal Phud.

—Hay pocas cosas más persuasivas —rio Samsonov con voz ronca—, salvo unos cuantos 'Mechs más.

—Incluso los Coordinadores Planetarios de ComStar son humanos, Señor de la Guerra —dijo Akuma con el rostro iluminado por una sonrisa maliciosa—. La mayoría de ellos consideran que el interés propio es un elemento motivador poderoso. Tal vez nuestro capiscal desee obtener un favor.

—Quizá tenga razón. Si quisiera causar problemas, habría irrumpido en esta sala sin que nadie pudiese detenerlo y quejándose en nombre de la santidad de su cargo. Debe de querer algo. —Samsonov bajó la quijada inferior y se la acarició—. Sea lo que sea, le costará caro. Empecemos haciéndolo esperar. —Samsonov atravesó a su ayudante con una mirada y ordenó—: Haga entrar al capiscal dentro de una hora.

—*Hai*, Señor de la Guerra.

Exactamente una hora después, el capiscal fue conducido al despacho del Señor de la Guerra. Sin embargo, el hombre que cruzó la puerta que Akuma había abierto no era Jhi To Phud.

La túnica oficial de capiscal se agitaba alrededor de un hombre más alto y delgado que el gordo burócrata que había tratado con ellos en el pasado. La luz se reflejaba en los lujosos tejidos y adornos que lucía, así como en su cabeza calva. En su rostro podía verse el paso de muchos años, pero su paso firme no sugería en absoluto que lo avanzado de su edad lo hubiera debilitado. Sus gestos eran los de un hombre seguro de su propia dignidad y poder. Se aproximó al pesado escritorio de teca del Señor de la Guerra, hizo una reverencia y dijo:

—Las bendiciones del Bienaventurado Blake sean sobre usted, hijo mío.

Samsonov miró fríamente a aquel hombre. El imprevisto cambio de capiscal era, sin duda, un intento de desconcertarlo. Decidió que él iba a jugar también a aquel juego. En vez de contestar al visitante, el Señor de la Guerra señaló una silla con un ademán. El capiscal no se mostró ofendido por aquel mínimo insulto. Se sentó en el lugar indicado sin decir nada más.

El silencio se prolongó; cada uno de ellos esperaba que el otro cediera a la tensión. Con la curiosidad excitada y un mal genio creciente, fue Samsonov quien rompió el mutismo.

—¿A qué debo el honor de su visita, capiscal? —preguntó sonriendo con frialdad.

—El honor es mío, Señor de la Guerra —contestó el hombre—. Lamento informarle de que el capiscal Phud ha sido llamado a otra misión. —Hizo una breve pausa al tiempo que mostraba una expresión de tristeza acorde con las circunstancias—. El capiscal había informado al Primer Circuito que la relación que mantenía con usted era cordial y beneficiosa para todos los afectados. Creo que vale la pena prolongar esta situación.

»Me llamo Alexandre Kalafon y soy su sustituto. He venido a presentarle mis credenciales. Todos los documentos están en la valija semanal de mensajes que tiene mi secretario en la oficina exterior.

—Supongo que habrá otra razón para su visita.

El capiscal sonrió con gesto benigno. Ambos sabían que aquella afirmación era obvia.

—¿Tiene que estar presente ese hombre? —inquirió Kalafon. Aunque su mirada no se apartó de Samsonov ni hizo el menor gesto, no cabía duda de que se refería a Akuma, quien seguía junto a la puerta.

—Desde luego —contestó Samsonov—. Se ha ganado mi confianza en numerosas ocasiones como un servidor discreto y leal.

—Como desee, Señor de la Guerra. Estoy seguro de que sabe juzgar a los hombres. Quien disfrute de su confianza jamás debería temer los castigos que Casa Kurita reserva a los que traicionan sus secretos.

Tras aquel comentario amenazador, el capiscal habló de los rigores del viaje a Galedon y el placer que había sentido al comprobar el agradable clima con que se

había encontrado a su llegada.

Samsonov sabía que aquel hombre estaba divagando con tonterías, como dictaba el hábito kuritano de charlar sobre temas intrascendentes antes de ir al grano. Samsonov sabía también que el primero que concretara la cuestión quedaría avergonzado, de acuerdo con la costumbre. Era otro de los fastidios que debía aguantar cada día. A diferencia de muchas personas integradas en la estructura de poder del Condominio, Samsonov no se sentía vinculado a los rituales formales y a las nociones sobre el honor. Tales cosas sólo le eran útiles si podían ayudarlo en sus propósitos o perjudicar a un rival. El capiscol no era de Casa Kurita y resultaba molesto. Cuanto antes se marchara, mejor.

—Debe de ser un hombre muy ocupado, capiscol —lo interrumpió Samsonov—. Yo también. Dejemos a un lado las formalidades y conversemos como viejos amigos, sin preámbulos y yendo directamente al asunto más inmediato. —Se inclinó hacia adelante y dijo muy serio—: ¿Qué es lo que quiere?

—Será como usted desee. Señor de la Guerra —asintió Kalafon.

Samsonov no percibió ninguna señal de que el capiscol estuviera disgustado por la manera como había quebrantado la etiqueta. Tal vez aquél fuera un hombre con quien se pudiese negociar.

—Me temo que ha malinterpretado el propósito de mi visita —continuó Kalafon plácidamente—. No quiero nada de usted. Por el contrario, soy yo quien tiene algo que ofrecerle. —Hizo una pausa y sonrió con expresión bondadosa—. Por casualidad, ha llegado a mi conocimiento una información que puede ser valiosa para algunas de sus gestiones.

Samsonov sospechó de inmediato. ¿Qué sabía aquel anciano sobre sus «gestiones»?

—¿Qué clase de información? —le preguntó, entornando los ojos.

—Voy a contarle la historia de un soldado, un MechWarrior llamado Padre Singh.

—No tengo por costumbre el contratar soldados, capiscol —replicó Samsonov—. Creía que había hablado de información.

—El MechWarrior Singh es una persona muy interesante, Señor de la Guerra. ¿Conoce su historial más reciente?

—No —gruñó Samsonov, irritado.

El capiscol no se dejaba influir por tácticas intimidatorias y parecía decidido a llevar la conversación a su manera. Aquello lo convenía en un socio todavía más probable. Cuanto antes acabara el anciano con su preparada cháchara, antes se iría.

—Estoy seguro de que usted podrá contármelo todo sobre él.

—Hasta cierto punto, sí —contestó Kalafon con tono aún plácido—. Singh obtuvo su éxito más reciente con los Dragones de Wolf. Se comportó de forma brillante, digna de un samurái, en la incursión sobre Hoff de tres mil veintitrés. Tengo



entendido que dirigió una carga que su superior no se atrevió a emprender y cambió así el resultado de la batalla. La incursión sobre Hoff tuvo un final feliz para el Condominio, ¿no?

Samsonov guardó silencio. Dejó que Kalafon lo interpretase como una confirmación de sus noticias.

—Por desgracia, el infortunado Singh fue tratado de manera injusta —prosiguió el capiscal—. Al parecer, el bochorno que había causado a su comandante en jefe contó más que su buena labor como militar. El celoso oficial provocó la caída en desgracia de Singh y su expulsión de la unidad.

»Su siguiente destino fue un solitario destacamento en Miseria. Es un mundo desolado, con un frío implacable en casi todos sus continentes, y árido e infernal en las demás zonas, sembradas de volcanes en plena actividad. De hecho, era un exilio totalmente inadecuado para un héroe como él.

»En Miseria conoció a una MechWarrior. Era mercenaria, creo. Se compadeció de su suerte y le dio una gran serenidad. Fue gracias a aquella samaritana viajera que supe de las desdichas del pobre Singh.

Kalafon calló y esperó.

Samsonov se tomó tiempo para reflexionar hasta qué punto podía ser útil un MechWarrior enemigo de los Dragones. Resolvió que era una trampa. Sin embargo, un pez astuto podía comerse el cebo sin quedar enganchado en el anzuelo.

—Así pues, ese tal Singh no está muy contento con los Dragones —dijo.

—Eso fue lo que se me dio a entender —contestó Kalafon sin comprometerse.

—¿Por qué debería interesarme eso?

—¡Ah, claro! Usted no contrata soldados. Perdone mi frágil memoria. Había algo más.

»En una larga y oscura noche en Miseria, el MechWarrior Singh sostuvo una prolongada conversación con su amiga. En su curso, mencionó algo a esta dama; lo llamó el «Plan Hégira». Afirmó que aquel plan significaba un éxodo a gran escala de los Dragones de Wolf para salir del espacio kuritano. ¿Le interesa, Señor de la Guerra?

—Es una pregunta tonta, y usted no es ningún tonto, capiscal. ¿Cuál es el precio?

—No hable de precios. Señor de la Guerra. —Kalafon extendió las manos en señal de franqueza. Su sonrisa acentuó las arrugas de su rostro—. No puedo venderle nada. Me limito a ofrecerle un regalo de buena voluntad.

—La buena voluntad se mantiene con buena voluntad, ¿no es cierto? —dijo Samsonov, mirando fijamente a los oscuros ojos de Kalafon, que brillaban con una inteligencia fría y calculadora.

«Hay un hombre peligroso detrás de esta fachada de buenos modales», se dijo Samsonov. Habría de ser precavido y circunspecto.

—Me satisface comprobar que es tan sabio como se me había dicho, Señor de la Guerra.

—A veces, la sabiduría tarda en llegar —respondió Samsonov, uniéndose al juego de cortesías y eufemismos—. Déjeme meditar sobre la triste historia de ese MechWarrior. Tal vez encuentre la forma de aliviar su pesada carga.

—El Bendito Blake ve la generosidad con complacencia —dijo Kalafon, y se incorporó—. Lo dejo ahora, Señor de la Guerra. Hay muchas cosas que debo poner en orden en nuestra estación. Por supuesto, puede llamarme allí. Reciba las bendiciones de Blake, hijo mío.

Con aquellas palabras corteses, el capiscol fue hacia la puerta, que Akuma abrió. El dirigente de ComStar pasó a su lado sin devolverle la mirada.

—Un hombre muy interesante, Señor de la Guerra —comentó Akuma—. Será mucho más divertido que Phud.

—Y también más peligroso —repuso Samsonov.

—Eso es lo que lo hace interesante.

Samsonov escudriñó el semblante de su asistente. En él no encontró nada más que confianza.

—Algún día meterá la mano en el fuego demasiado tiempo, Akuma.

—Le aseguro que soy siempre muy cuidadoso cuando juego con fuego —contestó Akuma con los ojos brillantes.

Las palabras de Akuma hicieron reflexionar a Samsonov sobre lo que sabía realmente de su ayudante. Aquel hombre le había llamado la atención por primera vez cuando solicitó el traslado al Octavo Regimiento Espada de Luz. Había rumores de represalias contra aquel joven oficial a causa del papel secundario que había desempeñado en la caída en desgracia de un oficial con mando. En circunstancias normales, aquello lo habría marcado como un subordinado peligroso; pero las FIS habían asegurado a Samsonov que Akuma era fiel al Condominio. Atribuyeron aquel problema al rechazo de Akuma al duro código del *bushido*. Samsonov era capaz de entender su actitud, pues pensaba que aquel código anacrónico y sus devotos no eran más que molestias, porque se interponían en los negocios. Si Akuma compartía aquel punto de vista, podía serle útil un hombre como él, que comprendiera la naturaleza de los negocios.

Además, Akuma había provocado la desgracia de uno de los oficiales del Señor de la Guerra Yorioshi, y su caída se había reflejado en la de su superior. Samsonov decidió recompensar a Akuma por su inesperada ayuda y aprobó su traslado a la Octava Espada de Luz.

Una vez en Galedon, el oficial de Espada había dado muestras de algunos rasgos de carácter que le hicieron recordar a Samsonov cómo había sido él mismo en sus años jóvenes. Akuma era eficaz, astuto y ambicioso. Su único escrúpulo era su

sentido del deber. Devolvía bien por bien y mal por mal a quienes se cruzaban en su camino. Un hombre como aquél era una bendición para quien se ganara su gratitud. Así pues, el Señor de la Guerra procuró que Akuma tuviera motivos para estarle agradecido.

Después, el Señor de la Guerra ascendió a Akuma y lo convirtió en su ayudante. Una decisión afortunada, ya que Akuma era un buen consejero y agente, y era un hombre leal y eficaz.

Sin embargo, el brillo que había en los ojos de Akuma le preocupaba. Un intenso odio alimentaba aquel fuego y era un indicio de fanatismo. Samsonov creía que un fanático era un individuo peligroso. Un fanático podía olvidar la importancia de cualquier cosa que no fuera su propia obsesión. Tal vez había llegado la hora de sacrificar aquel peón. Todo dependía de lo bien que Akuma siguiera respondiendo a las exigencias que le plantease. Si había dejado de pensar con claridad, sería una fuente de problemas.

—¿Qué piensa de ese «Plan Hégira»? —le preguntó—. ¿Es real? ¿Podemos utilizarlo?

—Dejemos al margen la cuestión de la fiabilidad de las fuentes del capisco —comenzó Akuma en tono casi pedante—. Si es un plan de huida, más nos vale conocer sus detalles. Si los Dragones se enterasen de nuestros preparativos, podrían optar por marcharse, y saber adonde irán tal vez no tenga precio.

—Pero, si no se van, no lo tendrá en absoluto —replicó Samsonov.

—Por supuesto. ¿No pidió el Coordinador que nos «asegurásemos» ante tal eventualidad?

—En efecto. —Absorto en sus disquisiciones sobre los mercenarios, a Samsonov no se le ocurrió preguntarse cómo podía saber Akuma lo que quería el Coordinador—. ¿Cómo van las relaciones con la unidad de la que es responsable?

—De acuerdo con sus órdenes, Señor de la Guerra. Estoy siguiendo todas las vías de acoso legal que tengo abiertas. La posición de los Dragones se debilita constantemente. Las derrotas aumentan y ciertos miembros de sus fuerzas han quedado rezagados en planetas enemigos como desaparecidos en combate. Por desgracia, los horarios establecidos han obligado a menudo a abandonar a esos desdichados en planetas enemigos antes de que pudiera organizarse su búsqueda. Esta política es muy impopular entre los Dragones. Les he expresado mis condolencias en diversas ocasiones, pero en cada acción me vi obligado a subrayar que las órdenes de partir eran completamente legales según su contrato. Así, exigía a los Dragones que obedeciesen, también de acuerdo con el contrato. Algunos de aquellos infortunados guerreros han sido rescatados por los Dragones, pero estos rescates son muy caros.

»Cada vez son menos capaces de permitirse estos gastos, porque tienen problemas financieros. Aunque se les paga escrupulosamente según el contrato, es de

lamentar que los ingresos de An Ting están bajando. En el mercado del Condominio parece haber escaso interés por los productos de ese planeta. Además, tienen que gastar mucho dinero en provisiones. Es algo muy inconveniente, pero inevitable a causa de las presiones económicas que nuestros enemigos ejercen sobre el Condominio. He ofrecido suministros militares a los Dragones, pero ellos parecen preferir a otros proveedores. Seguramente, dentro de poco descubrirán que ciertas provisiones vitales ya no están disponibles en absoluto de suministradores convencionales situados más allá de nuestras fronteras. Les he advertido de ello. También están llevándose a cabo otros planes.

—¿Por ejemplo? —lo apremió Samsonov.

—Por ejemplo, conseguir que su defensor más acérrimo desaparezca de la escena.

Akuma sólo podía referirse a un hombre. Desde que se había incorporado al personal del Señor de la Guerra, el oficial de Espada había demostrado sentir un odio irracional, aunque no ilógico, hacia Tetsuhara. ¿Había sucumbido aquel frío calculador a un impulso ciego?

—¿Ha asesinado a Tetsuhara?

—¿Asesinar a Tetsuhara? —repitió Akuma, indignado—. Yo no soy un vulgar asesino.

«No —pensó Samsonov—. Nada vulgar».

—Estaba a punto de informarle antes de que llegara el capiscol —dijo Akuma tras recuperar la calma—. Uno de los oficiales más leales a usted, Elijah Satoh, está ahora al mando de la Ryuken. Al parecer, el *Tai-sa* Tetsuhara sufrió un accidente con su deslizador.

—¿Murió?

—Sólo sufrió heridas graves... por desgracia. El médico de la Hermandad que estaba a bordo de la Nave de Descenso fue muy fiel a su código ético profesional —explicó Akuma. Torció la boca, como irritado por un recuerdo desagradable—. El médico era muy hábil y Tetsuhara sobrevivió. Tal vez pueda reincorporarse incluso al servicio tras su convalecencia.

»Sin embargo, la operación en Barlow's End no resultó comprometida. A Satoh se le confió un plan excelente que debería poder ejecutar sin problemas, de modo de regresar victorioso. Incluso con un Tetsuhara sano sería difícil despedir a un héroe —concluyó Akuma.

—Esperemos que tenga razón —dijo Samsonov—. Satoh carece de imaginación, pero es un hombre fiel. Puedo controlar la Ryuken a través de él. Serán una palanca útil en los días venideros. La Espada del Dragón podría proporcionarme incluso un arma frente a las Sombras del Dragón si fuera necesario.

Akuma se arrellanó satisfecho en su asiento mientras observaba al Señor de la Guerra, que saboreaba el éxito y calibraba las posibilidades. Samsonov era una figura

en alza a quien se podía dirigir para llevar a las alturas a un hombre listo. Y Akuma sabía mejor que nadie que él era listo.

Tras un prudente intervalo de tiempo, recordó al Señor de la Guerra que había llegado la valija de mensajes, que debía de contener despachos sobre el resultado del ataque en Barlow's End.

—Ha pasado el tiempo adecuado —confirmó Samsonov, y abrió un panel de su escritorio para acceder al ordenador.

Cuando la pantalla salió de su escondrijo, el Señor de la Guerra tecleó una solicitud de los textos correspondientes.

—Aquí están —dijo.

Una luz ambarina parpadeó sobre el rostro del Señor de la Guerra cuando las palabras aparecieron en la pantalla. Akuma vio que Samsonov tensaba los músculos de la cara, se le desorbitaban los ojos y enrojecía por momentos. Algo había ido mal.

—¡Traición! —prorrumpió. Se había desatado la tormenta—. ¡Los cobardes mercenarios han huido del campo de batalla!

Samsonov empezó a imprecicar a los Dragones, pero Akuma no lo escuchaba. Giró la pantalla hacia sí y leyó el texto. La retirada de los mercenarios era lo último que esperaba. ¡*Frackencrack!* Era difícil imaginar la influencia que aquello iba a tener en aquel gordo y viejo loco. Realmente tenía muy poco autocontrol, pensó Akuma, como él mismo unos años atrás. Al menos, Samsonov no echaba la culpa a las iniciativas de Akuma. Tendría que calmar al Señor de la Guerra antes de que pudiesen ocuparse de aquel desastre.

Una hora después, Samsonov estaba sentado con las manos unidas frente a él y sobre el escritorio. Su ira había remitido por el momento, pero seguía bullendo bajo la superficie.

—Los Dragones de Wolf me han avergonzado e insultado demasiadas veces —dijo—. Quiero verlos destruidos.

Akuma no se sumó a la resolución que el Señor de la Guerra había formulado con tanta frialdad. También quería destruir a los Dragones, pero en su caso no era algo personal. Su destrucción era una manera de herir a Tetsuhara. Era algo que debía planearse de manera meticulosa. Era un proceso paso a paso. Había que organizar un millar de pequeños detalles hasta que no hubiese escapatoria. Pequeños matices podían salir mal, pero el creciente impulso del proyecto debía fomentarse hasta que nada pudiera pararlo. Las acciones precipitadas, tomadas en un acceso de ira, tenían más probabilidades de fracasar y alterar el plan. Tales actos podían ser tan peligrosos para el ejecutor como para la víctima. Si Samsonov hacía una locura, ambos podían ser «invitados» a eliminarse honrosamente. Akuma no tenía la menor intención de desgarrarse el vientre.

—¿Es sensato hacerlo sin el permiso del Coordinador? —preguntó, tratando de

avisar a Samsonov.

—No —respondió el Señor de la Guerra—. No, no lo es.

Una extraña sonrisa de placer asomó al rostro de Samsonov. Akuma esperó que significara el amanecer de un plan brillante y no la previsión de una masacre.

—Tendremos que ser sutiles —dijo, y rio con voz áspera—. Llame al capiscol.

Aunque Akuma temía haber perdido el control sobre el Señor de la Guerra, no tenía más remedio que seguir obedeciéndolo.

## **Corte Real, Ciudad Avalon, Nueva Avalon Marca Crucis. Federación de Soles**

**15 de noviembre de 3026**

Quintus Allard pasó junto a los guardias situados a la entrada del ala privada del palacio, sin dedicarles más que un saludo cordial. Aquel anciano y el traje gastado y ligeramente grande que solía vestir eran bien conocidos para la Guardia Real, que servía en el palacio del príncipe Hanse en Ciudad Avalon. Los guardias mandaron al Príncipe el mensaje de que su ministro de Inteligencia, Información y Operaciones había llegado.

Cuando se abrió la pesada puerta de la sala de audiencias privadas, Hanse Davion miró a su visitante con una sonrisa de bienvenida.

—¿Una entrega especial, Quintus? —le preguntó—. Espero que no sean malas noticias.

—No estoy seguro siquiera de que sean noticias, mi Príncipe —contestó Allard, y sacó del bolsillo un holodisco verde y dorado.

Hanse quedó desconcertado. Si Quintus Allard no estaba seguro, las circunstancias debían de ser realmente confusas.

—No es que las circunstancias sean confusas —continuó Allard, como si hubiera leído los pensamientos al Príncipe—. Lo que me tiene intrigado es el motivo que ha impulsado a vuestro querido cuñado a enviaros este mensaje. Me pregunto qué espera ganar con ello.

—Bueno, has conseguido despertar mi curiosidad. Vamos a verlo.

Allard asintió y colocó el disco en una ranura del visor. Las luces bajaron de intensidad cuando la pantalla se encendió. La primera imagen fue la del escudo heráldico personal de Michael Hasek-Davion: un león dorado sobre un campo verde. La imagen se disolvió y apareció Michael sentado ante su escritorio. El holotech había preparado la toma de manera minuciosa para que los ojos del león estuvieran en

el mismo lugar donde iban a aparecer luego los de Michael. El truco de identificar a Michael con aquel noble animal resultó estropeado por la inquietud de los ojos del personaje. La voz que salió del altavoz era más adecuada: era la voz de un político, profunda y sonora.

—Saludos, hermano —dijo—, de parte de Marie y de mí mismo. Esperamos que te encuentres bien. Sé que gobernar la Federación de Soles es un trabajo agotador. Por tanto, te haré perder el menor tiempo posible.

Hanse y Allard se miraron. Ambos sabían con qué rapidez Michael se haría con aquel «trabajo agotador», si tuviera posibilidades. En la holopelícula, el duque de Nueva Sirtis dobló su larga trenza sobre el hombro de su immaculado uniforme.

—Recientemente ha llegado a mis oídos una noticia que podría interesarte —añadió.

Michael extendió la mano hacia alguien que no aparecía en el encuadre. La imagen holográfica se aplanó hasta convertirse en una filmación normal de vídeo en blanco y negro. La nueva escena era una habitación a oscuras, sólo iluminada de manera caprichosa por un globo de luz azul parpadeante en el centro de una mesa. Un hombre bajo y arrugado estaba sentado ante ella y la luz proyectaba extrañas sombras en sus pronunciados rasgos. La inquieta mirada del hombre se paseó por la habitación hasta posarse en algo o alguien que estaba fuera de la imagen.

Los escasos muebles y las mugrientas paredes eran de poca ayuda para identificar la localización de aquella sala. Unos anuncios de bebidas alcohólicas testimoniaban que se trataba de un bar. Probablemente era la sala del fondo de una taberna que podía hallarse casi en cualquier lugar de la Esfera Interior.

—Mi agente interceptó esta grabación en Le Blanc —explicó la voz de Michael—. Iba dirigida a un tal Sten Weller, un famoso cazador independiente. Creo que son unos datos que acompañaban a una invitación a realizar cierto trabajo.

El duque calló en el mismo momento en que el hombre de la pantalla comenzaba a hablar.

—Te lo dije, tío. Era ella. No podía ser nadie más. Incluso usaba 'Mechs negros.

»Fui a Kempis, ¿no? Cuando se acabó el jaleo. Allí hablé con un tío que la había visto. La reconoció por sus curvas y el pelo rojo. Hasta me habló de la chatarra que lleva puesta de adorno. Se enteró de lo de su *Hammer* por otro colega.

»Son profesionales de verdad, oye. Yo vi el brazo del 'Mech de los Federados que tiraron por el camino. El ataque fue visto y no visto. Cogieron lo que quisieron y limpiaron el sitio de Serpientes. ¡Jo! Auténticos profesionales. Todo encaja. Tuvieron que ser ellos.

»Fue un buen trabajo, te lo juro.

Otro hombre apareció parcialmente en la imagen. La luz de color azulado del globo se reflejó en una coraza y chaleco cargados de bolsillos y protuberancias.



Aunque su cabeza permanecía envuelta en sombras, rayos de luz perdidos revelaban que también llevaba casco. El atiplado informador se encogió cuando el hombre armado avanzó con el brazo extendido. Abrió la mano y dejó caer una cartera sobre la mesa. El hombrecillo con cara de rata la agarró como si temiera que desapareciese allí mismo; aunque eso fue lo que sucedió, pero entre sus raídas ropas.

—¡Genial, amigo! Ha sido un buen trabajo. Como un detective de verdad.

—Más valdría que fuera un buen policía, mi bien pagado amigo —dijo el hombre armado. Su voz tenía una modulación electrónica, lo que indicaba que su casco estaba aislado del entorno o tenía dinero para pagarse un desfigurador de voz que la disimulara como el casco ocultaba su rostro—. Si es una trampa, Billy, no encontrarás ningún lugar donde puedas esconderte de mí.

—¡Es cierto! En serio. Apuesto mi vida —farfulló el informador. Era evidente que su socio lo aterrorizaba.

—Exacto —dijo la fría voz, convirtiendo aquellas palabras en una promesa.

La escena desapareció y el rostro de Michael volvió a la pantalla.

—Si no lo has adivinado ya, hermano, el centro de esa conversación era la famosa Viuda Negra, Natasha Kerensky. Al parecer, ella y su banda de rebeldes e inadaptados han estado realizando atrocidades contra Casa Kurita en el planeta de Nueva Mendham.

»Como dijo el hombrecillo, son auténticos profesionales. *Asesinos* profesionales, no soldados.

»Como conozco tu fascinación por los Dragones de Wolf, pensé que esto podía abrirte los ojos y ver más allá de su aureola. No son más que unos forajidos, bandidos de la Periferia. Es cierto que están bien equipados en estos tiempos de 'Mechs de segunda mano y fábricas a medio gas. Sin duda, habrán saqueado alguna estación orbital olvidada y abandonada durante el éxodo del general Kerensky.

»Pero, bien o mal equipados, son miserables mercenarios que se ocultan tras la mentira cuidadosamente elaborada de que son soldados profesionales. Son *saqueadores* profesionales que merodean por la Esfera Interior. Hay que aplastarlos y no cortejarlos.

»Como sabes, sólo me mueve el más noble interés por el bien de la Federación de Soles y de nuestra gloriosa Casa. Pensé que debías ver esto antes de que tus agentes en Galatea firmen un acuerdo que pueda ensombrecer nuestro prestigio.

»He dicho que te haría perder poco tiempo, de modo que termino la grabación. Te dejo para que reflexiones sobre esta reveladora información. —El rostro de Michael pasó de una absoluta seriedad a la habitual sonrisa complacida—. Hasta la próxima, hermano.

La imagen holográfica se difuminó y Allard aumentó la intensidad de las luces a su nivel normal. Hanse tenía el entrecejo fruncido.

—Atrocidades... Esta no es la Natasha Kerensky que conocí hace veinte años.

«Aquella Kerensky era veinte años más joven y no había perdido a un amante por la traición de un Señor Sucesor —pensó Allard—. Podría haber cambiado».

—Estoy de acuerdo en que es impulsiva y franca, porque es de las personas a quienes les gusta destacarse. Pero no es traicionera. —A pesar de su defensa del carácter de Kerensky, Hanse creyó necesario preguntar—: ¿Realmente sucedió?

—Eso es lo que me desconcierta —confesó Allard—. Un convoy de suministros de Kurita fue saqueado y destruido en Kempis en la fecha señalada. Hubo muchas bajas civiles. No cabe duda de que esa atrocidad tuvo lugar.

»La cuestión de la identidad de los autores permanece abierta. La fuerza expedicionaria mercenaria que despachamos a Nueva Mendham no informó de ningún contacto con las Viudas Negras y mis subordinados no pueden determinar con precisión dónde se hallaban las Viudas durante aquel período. Es posible que la compañía de Kerensky estuviese en Nueva Mendham y se comportara como afirmaron los testigos.

—¿Por qué Michael nos envía ahora esta cinta? —inquirió Hanse.

—Si es cierto cuanto alega, se comporta como cualquier Davion leal y preocupado por nuestro honor.

—¿Michael, leal? —exclamó Hanse, y se echó a reír.

—Por mucho que anhele obtener lo que cree que le corresponde, incluso Michael no aceptaría ver que la Federación de Soles es destruida por sus enemigos —recordó Allard al Príncipe—. Y, tanto si la historia es cierta o falsa, tal vez sólo sea un mensajero que pasa material que los amigos de su amigo Liao quieren que veamos.

—Una posibilidad interesante —dijo Hanse. Su expresión se volvió más pensativa—. Pese a mi «conocida fascinación», he perdido la pista de lo que Wolf y su gente están haciendo últimamente. ¿No estaban en el asunto de Barlow's End?

—En efecto, mi Príncipe. Los informes de inteligencia de combate dicen que las fuerzas atacantes estaban compuestas por el grueso del Regimiento Alfa y el Batallón Zeta, junto con un sustancial componente kuritano.

—¿Tropas de la Casa? ¿Era alguna clase de réplica a la Operación Galahad?

—Los informes indican que la incursión kuritana en Barlow's End estaba planeada antes de que montáramos nuestros juegos de guerra.

—De todos modos, se toparon con la Caballería Ligera de Eridani en plena transferencia. —Hanse tabaleó un bolígrafo sobre su barbilla mientras sopesaba las distintas posibilidades—. ¿Cuánto pueden haber averiguado?

—Creo que poco. La batalla les fue mal. Los Dragones abandonaron a las tropas de Casa Kurita poco después de que la Caballería Ligera entrase en combate. Seguramente creyeron imposible poder alcanzar los objetivos de su misión y dejaron la unidad kuritana desvalida. Tras otro día de combates, los kuritanos se retiraron

también.

»Nosotros también tuvimos bajas, más bien pocas, aunque el único prototipo existente del estabilizador de vuelo del profesor McGuffin quedó destruido. Naturalmente, el profesor está furioso. Estoy seguro de que el doctor Banzai también quedará apesadumbrado, puesto que trabajó mucho en aquel diseño.

»No obstante, hay un elemento inusual en el informe de acción realizado por la Caballería Ligera: es cierto que los kuritanos se retiraron, pero aquellas tropas parecían estar compuestas de fanáticos. Encontramos al comandante en jefe kuritano muerto en el campamento y con una espada en la mano. Le habían pegado un tiro en la nuca. Era una especie de asesinato ritual, tal vez una variante del *seppuku*.

Hanse meneó la cabeza. Era incapaz de entender un código que reclamara la vida por un simple revés militar. Ya se perdían suficientes vidas en el campo de batalla.

—De modo que crees que los kuritanos estarán demasiado atareados reuniendo sus unidades y repartiendo culpas como para comprender el significado de la naturaleza de nuestros defensores.

—Sí —contestó Allard—. Es muy probable que la tapadera de Galahad siga a salvo de ellos. Sin embargo, pienso que la red de espionaje de los Dragones puede estar llevando la delantera a las FIS.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Hanse con recelo—. ¿Qué es lo que planean?

—Como sabéis, unos agentes nuestros han estado reclutando mercenarios por toda la Esfera, particularmente en Galatea. Los Dragones también tienen a una oficial en ese planeta, que permanece en contacto con el mercado de mercenarios. Aunque ella se mantiene indiferente a nuestras ofertas de cambiar de patrón, se ha interesado por nuestras condiciones.

»También están las visitas que las Naves de Salto de los Dragones han estado realizando a algunos de nuestros sistemas. Un número demasiado elevado de esos enclaves son puntos de transferencia.

—No luchan: sólo están analizándonos —observó Hanse, y Allard asintió—. No creo que sean exploraciones autorizadas. El Lobo está comprobando los datos de los espías de las FIS. Está cubriéndose las espaldas. —Una sonrisa astuta asomó al rostro del príncipe Davion—. Tal vez los Dragones y mi viejo amigo Takashi no estén viviendo esa famosa luna de miel. ¿Cuándo acabará su contrato?

—Dentro de casi año y medio —contestó Allard de inmediato.

Hanse pareció decepcionado. Faltaba mucho tiempo.

—¿Qué se cuece entre los Dragones? —preguntó—. ¿No teníamos un agente infiltrado?

—Lo intentamos, pero los Dragones no suelen reclutar personas ajenas a su organización. Son prácticamente una tienda cerrada. Nuestro reciente plan de infiltrarnos no ha tenido un verdadero éxito. Nuestro agente se presentó como un

recluta en potencia. Supusimos que un MechWarrior con una máquina nueva como el *Hatchetman* llamaría la atención de los Dragones, ya que ellos siempre han parecido interesarse por la tecnología nueva y poco distribuida durante sus contratos con nosotros y con Casa Steiner. Creíamos que sus líderes se sentirían tan tentados ante la oportunidad de echar mano a un *Hatchetman* que admitirían a nuestro agente.

Hanse bufó suavemente.

—A veces pienso que Wolf es más zorro que yo —comentó—. Hallaron la manera de quedarse con nuestro 'Mech sin enrolar a nuestro agente, ¿verdad?

—En efecto —confirmó Allard—. Ofrecieron un pacto a nuestro agente: uno de sus *Archers* especiales a cambio de su 'Mech. También le ofrecieron un puesto en los Caballeros de Cárter, una unidad mercenaria subcontratada. Dijeron que estaría «en período de prueba». Para preservar el engaño, nuestro agente no tuvo más remedio que aceptar.

—Cosas de la guerra —sentenció Hanse con resignación. No todos los gambitos podían dar buenos resultados. Al menos, aquél no había sido un fracaso total. Aún podía dar sus frutos en el futuro. Hasta entonces, debían probar otra cosa—. Ahora que el ambiente está un poco tenso al otro lado de la frontera, tal vez podamos caldearlo algo más. ¿Tenemos alguna filmación de los Dragones retirándose de Barlow's End?

—Una corta —respondió Allard, desconcertado.

—Que la monten de manera que se resalte el tiempo de la partida de los Dragones y se disimule la verdadera fuerza de nuestras unidades. Luego, que un agente de Kurita adquiera la película. Tal vez Takashi nos ayude volviéndose contra los Dragones. Es posible que no vengan con nosotros, pero al menos no trabajarán para él.

Allard aceptó en silencio la orden. Echó a andar hacia la puerta, pero, antes de llegar a ella, Hanse lo llamó. El ministro se volvió y atrapó al vuelo un pequeño objeto que el Príncipe le había arrojado. Era el holodisco que había traído.

—Mientras envías los paquetes, mira a ver si puedes encontrar una manera anónima de hacer llegar esto a Jaime Wolf —le dijo—. El Lobo es un hombre de honor. Si existe un plan para desacreditar a su gente, no le gustará. Incluso podría romper su contrato.

Hanse sonrió al pensar en su propia inteligencia. Nadie le había negado jamás que se mereciera el apelativo de «el Zorro».

**Mansión Hoshon, Cerant, An Ting**  
**Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**  
**24 de noviembre de 3026**

El sol de la mañana se colaba desde el jardín, proyectando sombras onduladas sobre el suelo de madera. Los paneles abiertos permitían que el aire fresco recorriese la habitación como una suave brisa, pero Minobu no sentía el frío. Estaba absorto en su cuadro: terminaba un delicado crisantemo en el jarrón negro que sostenía en la mano izquierda. El oscuro brillo de la pieza de cerámica reflejaba la luz en formas sutiles y armoniosas.

Minobu sostuvo el jarrón en alto y lo volvió hacia la luz. Satisfecho por su obra, lo dejó sobre una mesa para que se secase y limpió el pincel. Cuando se volvió hacia la habitación interior, el panel se abrió y apareció Jaime Wolf en el umbral. Aunque el dintel era bajo, el mercenario no hubo de agacharse para entrar.

—¿Por fin has encontrado tiempo para visitar a este pobre inválido? —preguntó Minobu cuando el líder de los Dragones se aproximó.

—Ha habido muchos nervios desde lo de Barlow's End —contestó Jaime con serenidad, aunque el áspero tono de voz de su amigo le sorprendió.

—Eso esperaba.

Minobu no había estado atareado, pero había padecido mucho dolor mientras su magullado cuerpo se curaba gradualmente. La convalecencia había sido larga y lenta, y carente del apoyo de los amigos. Había visto pocas veces incluso a Tomiko, que había salido corriendo de la habitación al ver el brazo y la pierna postizos.

—Marisha está con Tomiko —le informó Jaime.

—A mi esposa le gustará su compañía.

«Tal vez cambien las cosas ahora —pensó Minobu—. Marisha podría ayudar a Tomiko a aceptar la nueva realidad de su marido».

La visita de Jaime podía ser un indicio del fin de su distanciamiento. En las siete

semanas transcurridas desde su accidente, Minobu se había sentido abandonado. Incluso el regreso de Michi, una semana atrás, no le había dado ningún consuelo. El joven *Tai-i* había permanecido distante y reservado, y obsesionado por el trabajo. Parecía haber cambiado mucho. Era como si él, más que Minobu, hubiese sido herido en Barlow's End.

«No —pensó Minobu, atenazado por la autocompasión—. Más grave que mi herida física, es mi herida moral».

—Lamento no haberte dado todavía las gracias por el informe que enviaste sobre la operación en Barlow's End —dijo con voz monótona—. Fue muy esclarecedor.

—No me vengas con monsergas de samurái —dijo Jaime, visiblemente irritado—. Hemos sido amigos durante demasiado tiempo.

Minobu quedó estupefacto. Absorto en sus propios problemas, no había notado que Wolf también estaba atribulado.

—Cuando nos conocimos, comprendí que eras un hombre receptivo, amigo mío —añadió Wolf—. No sabía que tus percepciones iban a hacerte daño en el trasero.

Minobu esbozó una débil sonrisa que se desvaneció cuando intentó incorporarse. El dolor que le restalló en la pierna lo hizo tambalearse. Apoyó su peso en el bastón y se irguió. El punzante dolor remitió gracias a su fuerza de voluntad.

—Ya tengo bastante daño por ahora —respondió.

La expresión de Wolf se debatía entre el enojo y la simpatía.

—Te pido perdón por mi falta de cortesía. Ven y toma una taza de té —le dijo Minobu, invitándolo con un gesto de su mano libre.

Minobu y Jaime salieron al jardín y echaron a andar por sus senderos de grava. Pasaron junto a castillos en miniatura y árboles enanos cuidadosamente cultivados. Cuando llegaron a lo alto de un puente que cruzaba un riachuelo, Minobu se detuvo.

—Has hecho cuanto podías —dijo, retomando el hilo de la conversación—. Si estoy decepcionado por el rendimiento de la Ryuken en Barlow's End, no debería hacértelo pagar a ti.

—Fue un fuerte revés que los Jinetes aparecieran. No podías prever eso. Problemas como éste pueden hacer incluso que unidades experimentadas parezcan malas.

El comentario de Wolf indicó a Minobu que Jaime también estaba preocupado por el resultado del desdichado ataque.

—Kelly dice que tus hombres se desempeñaron muy bien hasta que Satoh tomó el mando.

¡Satoh! Minobu frunció el entrecejo al oír su nombre. El lacayo de Samsonov había sido incompetente e insensato: ¡un estúpido peligroso! Minobu controló su ataque de cólera y relajó los músculos de la cara. Había temas más adecuados para una charla cordial. No quería hablar a nadie de aquel hombre y lo que él había

permitido que ocurriera en Barlow's End, ni siquiera a Jaime.

—¿Cómo está el comandante Yukinov?

—Le he proporcionado lo mejor. Volverá al servicio dentro de una semana, aunque cojeando un poco. El implante de miómero no se ajustó totalmente bien.

La voz de Jaime se quebró al comprender que había tocado una cuestión difícil para Minobu.

A lo largo de las semanas en que había esperado su operación, Minobu no había visto nunca a Wolf. Los médicos kuritanos de la Hermandad lo habían atendido y sustituyeron por miembros artificiales el brazo y la pierna destrozados. Le aseguraron que podría hacer las cosas prácticamente tan bien como antes del accidente. No obstante, las prótesis que había recibido Minobu no podían compararse con la tecnología de postizos de miómero que Wolf había procurado a Yukinov. Minobu daba gracias por poder pilotar todavía un 'Mech, aunque su rendimiento se hubiese reducido; sin embargo, no podía evitar sentir cierta envidia. Pero su *ki* lo ayudaría a superar sus incapacidades.

Jaime trató de dar nuevos bríos a la conversación llevándola al tema del trabajo:

—Kelly está muy atareado poniendo en forma de nuevo a Alfa. Ya he oído quejas de que estaban mejor con J. E. al mando. Kelly es mucho más exigente y no permite la libertad que Jamison da a los guerreros de Zeta. Alfa volverá a la acción pronto.

—¿Tuvisteis graves pérdidas?

—Bastante graves —contestó Jaime. Como en los días de Quentin, no daba detalles y guardaba sus secretos—. Pero nos recuperaremos. Tenemos nuestra manera de hacerlo.

—¡Ah, sí! Vuestra misteriosa fuente de suministros y tropas que se encuentra en la Periferia. Es el mayor de los secretos de los Dragones.

Wolf se detuvo y miró a su compañero.

—Espera un momento, Minobu. ¿Qué te propones con todas estas insinuaciones?

—¿Qué he insinuado?

—¡Por la Unidad! Ya estás otra vez. Yo no soy uno de tus estudiantes de zen para que me respondas con una pregunta. —Jaime volvió a usar su tono más tajante para añadir—: ¿A qué estás jugando?

—Si esto es un juego, no es nada frívolo —contestó Minobu en tono solemne—. Hoy hay tensión y distancia entre nosotros. Conozco mis tribulaciones, pero no las tuyas. Te conozco lo bastante bien para saber que estás eludiendo algo desagradable. Habla con franqueza.

Minobu y Jaime se miraron por unos instantes.

—Descubramos las cartas, pues —dijo Jaime sin dar ninguna señal de rendición.

Minobu asintió con la cabeza.

—He venido a hablarte sobre lo que está ocurriendo con los regimientos —

comenzó Jaime—. Ese cabrón de Akuma no deja de causar problemas en cuanto le doy la espalda. Las cosas van de mal en peor. Algunos oficiales me han pedido su cabeza. Vamos hacia un enfrentamiento total.

»Huelo a Samsonov en todo esto. Está claro que deja a Akuma hacer de las suyas. También hemos oído que está corriendo el rumor por todo el Condominio de que los Dragones están fuera de todo control, que somos demasiado fuertes y constituimos una amenaza para la seguridad del Condominio. ¡Tú sabes que eso no es verdad!

»Creo que tratarán otra vez de dividir los regimientos —concluyó, y hundió los hombros. Una vez expuesto el problema, la energía de Wolf pareció agotarse.

—Y eso jamás lo permitirás —dijo Minobu, y se llevó una mano a la cabeza. Le dolía tanto como la primera semana después del accidente, pero no podía deberse a sus heridas. Aquellas jaquecas habían cesado un mes atrás—. ¿Por qué has acudido a mí?

—Los Dragones están amenazados —contestó Jaime en voz baja.

—Y tú harás cualquier cosa, incluso utilizar a tus amigos, para protegerlos.

—Sí —asintió Jaime. No había arrepentimiento en su voz.

Minobu estuvo mirando más allá del estanque durante largo rato, mientras Jaime permanecía en silencio a su lado. Lo que Wolf había admitido aportaba una nueva luz a su relación. Ambos sabían que la respuesta de Minobu afectaría a su amistad de manera irrevocable.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Minobu.

—Tú comprendes nuestra situación y sabes que los Dragones están dando un servicio bueno y honesto al Condominio. Diles esto. Diles la verdad y desenmascara las mentiras de Samsonov. Tú fuiste nombrado por el propio Coordinador. Tienes autoridad. Te pido que la uses.

—Si intento lo que tú me solicitas, no puedo prometerme ningún resultado. Y hay cosas que necesito saber. —Al ver que Wolf fruncía el entrecejo, Minobu añadió—: No te pido que me reveles vuestros secretos. Lo que he de saber es lo que estás dispuesto a aceptar. ¿Cuál es el límite?

—¿Las exigencias mínimas?

—Sí.

Wolf inspiró hondo y se humedeció los labios.

—Lo mínimo aceptable es que cada regimiento permanezca unido. No quiero que se divida ni uno solo de ellos, y no permitiré que las unidades independientes sean aisladas del resto. Mientras tengamos An Ting, mantendré la rotación en el planeta porque no pienso dejar indefensos a nuestros civiles.

—No se me ocurriría pedirte algo así —dijo Minobu, pero ninguno de ellos creyó oportuno mencionar que otros sí podían exigirlo. Minobu contempló el jardín mientras sopesaba las palabras de Jaime—. Tu posición es razonable. Tal vez el



Coordinador me escuche.

—Pero supones que Samsonov será difícil de convencer.

—Sí. Es un Señor de la Guerra. La derrota de Barlow's End le ha dado motivos para envalentonarse. Será difícil rebatir lo que hicieron tus tropas.

—No vamos a rebatir nada —dijo Jaime llanamente—. Hicimos lo que tuvimos que hacer. Te daré todo los datos que pueda: cintas, transcripciones, declaraciones juradas... Cualquier persona con dos dedos de frente comprendería que no podíamos hacer otra cosa.

»El rendimiento en combate de los Dragones es bueno —prosiguió—. Mejor incluso que el de la mayoría de Regimientos Espada de Luz. Somos de gran valor para el Condominio. Takashi Kurita entenderá que vale más la pena conservar mis tropas que satisfacer el ego de un megalómano.

Minobu escrutó la expresión sincera e implorante de Jaime. El coronel estaba reclamando la lealtad de su amigo y camarada en unos momentos de adversidad. Aquello bastaría para muchos hombres, pero Minobu estaba atado con otras cadenas. Como había salvado la vida de Jaime Wolf, era responsable de sus actos. Bajo todas las leyes, Jaime asumía la responsabilidad de sus tropas como su comandante en jefe. Aquello significaba que Minobu también la asumía. Si los Dragones se volvían contra el Condominio, Minobu sería el responsable. No podía permitir que los Dragones se viesen obligados a realizar actos injustificados de rebelión.

—Muy bien, amigo Jaime —dijo—. Lo intentaré.

**Mansión Hoshon, Cerant, An Ting**  
**Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**  
**1 de diciembre de 3026**

Michi abrió la puerta del estudio de Minobu. Esperaba ver trabajando a su mentor, pero la habitación estaba vacía. En una esquina yacían los fragmentos de varios jarrones rotos, sus delicadas formas destruidas para siempre. Picado por la curiosidad, entró en el cuarto. Encontró gotas de sangre cerca del lugar de trabajo.

Temiendo lo peor, Michi apartó los paneles que daban al exterior y salió a la galería de la Mansión Hoshon. El jardín también estaba vacío y tranquilo, en una armonía perfecta con el atardecer.

Michi pensó que, si a Minobu le hubiera sucedido algo, debería de haber notado alguna alteración en aquel lugar. Intentó enfocar sus sentidos internos tal como Minobu le había enseñado. Sí, algo había desfigurado el flujo de energía en el antiguo edificio. Estaba arriba, por encima del nivel de las paredes.

Michi miró hacia la torre de la esquina. Minobu se hallaba en el tercer piso. Su figura estaba iluminada por la gloria del sol poniente. Su quimono era azotado por la brisa y su ondear contrastaba con la quietud del hombre, tanto como su color pálido destacaba sobre su piel oscura.

Michi suspiró de alivio: Minobu estaba bien.

Corrió a la torre y ascendió la escalera interior. Mientras subía, la funda de la pistola láser le golpeaba el muslo. Al llegar al tercer piso, vio que había un brasero encendido; el humo se elevaba desde unos pedazos de papel chamuscado y trataba de escapar arrastrándose por el techo. Michi hizo caso omiso y salió al balcón. Contuvo el aliento antes de hablar.

—He encontrado sangre en su estudio. ¿Se ha herido?

Minobu no miró a Michi. Siguió con la mirada perdida hacia Cerant mientras extendía la mano derecha. Llevaba un paño blanco envuelto alrededor de la palma.

—No es nada importante.

Tal vez el corte no fuera grave, pero Michi notó que otra cosa sí lo era.

—Está angustiado. Lo presiento.

—Sí.

Michi aguardó, pero Minobu no parecía dispuesto a dar más explicaciones.

—¿Qué lo angustia, *sensei*? —lo apremió—. ¿Puedo ayudarlo?

—Lo que me angustia es la noticia de que la Ryuken va a ampliarse —dijo Minobu, volviéndose por fin hacia su asistente—. Cada una de sus compañías debe formar el cuadro de una nueva unidad. Estas nuevas unidades están autorizadas para expandirse hasta alcanzar la categoría de regimiento. Al parecer, el experimento ha sido un éxito a pesar de los resultados obtenidos en Barlow's End.

—Eso son buenas noticias —aseveró Michi. No entendía nada. El éxito del programa de adiestramiento de Minobu y la aceptación de la Ryuken debía haberlo alegrado, no afligido de aquella manera. La locura de Satoh había sido pasada por alto y el genio de Minobu-*sensei*, exaltado. ¿Por qué estaba tan preocupado? Algo no iba bien.

—¿Por qué está angustiado, entonces?

—Los destinos son An Ting, Capra, Miseria, Thestia, Delacruz y Marlowe's Rift —continuó Minobu en tono monocorde, como si Michi no lo hubiera interrumpido—. ¿No te sugiere nada?

Michi reflexionó. No sabía que hubiese ninguna relación entre aquellos seis sistemas, salvo su proximidad a la Federación de Soles y su localización en el Distrito Militar de Galedon. Aquello era demasiado obvio y sencillo. Minobu había estado recibiendo a mensajeros de los Dragones durante toda la semana. Tal vez aquella fuera la conexión.

—Los cuatro primeros tienen planetas donde hay presencia de los Dragones. No veo la relación entre ellos y los otros dos sistemas.

—Ahora, todos son sistemas de guarnición para los Dragones de Wolf. Alfa ha sido destinada a Delacruz, mientras que Beta debe ir a Marlowe's Rift. Se ha «descubierto» una creciente actividad de los davioneses cerca de esos sistemas.

La razón de aquellos destinos ya era evidente para Michi. Cada unidad de la Ryuken iba a compartir una guarnición con una unidad de los Dragones. Aquello era bueno: la Ryuken sería un complemento para los Dragones y aprendería de ellos.

El misterio de la melancolía de Minobu seguía sin resolverse, aunque Michi comenzaba a sospechar el motivo. Seis regimientos serían una fuerza formidable bajo el mando de un general. La razón de la depresión de Minobu debía de ser la pérdida del mando.

—¿Va a usted a mandar la Ryuken? —se vio obligado a preguntarle.

—Los regimientos Ryuken no tendrán ningún general —contestó Minobu—.

Cada uno responderá directamente ante Galedon. Si nuestro Señor de la Guerra actual no puede controlar a los Dragones, al menos dominará la Ryuken.

—Entonces van a retirarlo a usted —dijo Michi, tratando de teñir su tono de voz de la simpatía que sentía hacia él.

Minobu no se dio cuenta. Su voz sonó tan distante y fría como siempre, sin aceptar ni rechazar lo que se le ofrecía.

—No. Debo estar al mando la *Ryuken-ichi* en Miseria.

«¿El segundo regimiento? ¿Y por qué no el primero?», pensó Michi. Minobu había creado la Ryuken y se merecía el puesto de mayor honor.

—¿Qué hay de la *Ryuken-ichi*?

—La *Ryuken-ichi* tendrá su base en An Ting bajo el mando del *Chu-sa* Akuma, el Oficial de Enlace con las Unidades Profesionales destinado a los Dragones de Wolf.

Michi quedó estupefacto, tanto por el nombramiento como por la pasividad con que Minobu había recibido la noticia.

—Eso es un insulto. No puede aceptarlo —dijo.

—Hay muchas cosas que no puedo hacer —repuso Minobu—. En estos momentos, destaca sobre todas ellas que no puedo negarme a aceptarlo. El Señor de la Guerra Samsonov me ha informado que éste es el deseo de lord Kurita.

—Al menos, Akuma no ha sido ascendido a un rango superior al suyo —declaró Michi en tono desafiante—. No tendrá que obedecer sus órdenes.

Minobu elevó la mirada hacia las estrellas que empezaban a alumbrar en el cielo. Su voz sonó tan distante como la fría presencia de aquellos luceros.

—Mi joven amigo, todavía tienes mucho que aprender.

**Cuartel General de los Dragones, Farsund, Miseria**  
**Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**

**8 de abril de 3027**

—Descanso —dijo Wolf—. Felicidades por su ascenso, capitán Fraser.

—Gracias, mi coronel —contestó el joven MechWarrior al tiempo que relajaba su posición de firmes. Se preguntó qué estaba preparándose. El coronel no llamaba a flamantes nuevos capitanes sólo para darles palmadas en la espalda. ¿Y si había ascendido lo suficiente para conocer algunos de los secretos de la unidad? Hacía siete años que combatía con los Dragones y aún no sabía qué sitio, aparte de sus Naves de Descenso, podían llamar «hogar».

—Supongo que se preguntará por qué está aquí —dijo Wolf, sin prestar atención a la conmoción que sus palabras causaban en Dechan—. Estoy reuniendo un grupo especial para ataques rápidos. El equipo se compondrá de lanzas de todos los regimientos, gente no habituada a trabajar juntos. Usted tuvo alguna experiencia en ese mismo sentido el año pasado en Barlow's End. Su grupo se portó bien allí, y también aquí en Miseria.

»Me gustaría que usted y su lanza se unieran a este equipo. Pero es de carácter voluntario...

Una misión de voluntarios era algo inusual. El agolpamiento de unidades de todos los regimientos todavía lo era más.

—No lo entiendo, mi coronel. ¿De qué se trata?

—¿La misión o el equipo?

—Ambas cosas, señor.

—El equipo se trata de algo sencillo: quiero a alguien de cada uno de nuestros regimientos en esta operación, como una declaración a nuestros patrones.

»La misión es una incursión. Una de nuestras naves de reconocimiento de sistemas interceptó un comunicado davionés. Los Federados han descubierto parte de

un envío desconocido de suministros que nosotros tenemos la ocasión de aprovechar. Si llegamos deprisa, será nuestro. Si no, nuestro servicio de inteligencia predice que los suministros servirán para reequipar a las mismas unidades del Séptimo de Crucis que nos hemos esforzado tanto por diezmar en Miseria.

—¿Quiere volver a atacar a los Lanceros? —preguntó Dechan.

Los Lanceros de Crucis eran los incursores que acababan de atacar Miseria. Eran tropas que también pertenecían a Casa Davion y estaban presentes en una cantidad rara en la frontera. Durante el año anterior, la mayor parte de las fuerzas habían sido unidades mercenarias y no las regulares de la Federación, que eran los verdaderos objetivos de los Dragones. Los informes de inteligencia de los Dragones habían mencionado que tropas de Casa Davion se habían desplazado por la frontera atacando y desviándose hacia otro enclave en vez de volver a sus bases. Aquella táctica era extraña, pero nadie, ni siquiera el analista Domínguez, adivinaba lo que se escondía tras ella.

Aquello quería decir que los Dragones raras veces tenían la ocasión de luchar contra los Regulares de Davion. Pero se les presentaba la oportunidad de seguir a algunos de aquellos Regulares e infligirles un castigo de efectos duraderos. El hecho de que el Séptimo de Crucis fuera la víctima propiciatoria sólo era la guinda del pastel.

—De acuerdo, mi coronel. Estamos dispuestos —declaró Fraser.

—Bien. Que sus Techs preparen los 'Mechs para Udibi. Pueden acceder al archivo de operaciones de la nave *Chieftain*. —Wolf entregó a Dechan un disco en código de acceso informático—. Va a ser un gran cambio para sus hombres, de las nieves de este planeta a las dunas de allá. Udibi es una puerta al espacio davionés; por tanto, asegúrese de que su Nave de Descenso tenga provisiones para un largo viaje. Tiene una semana para organizado todo.

Wolf hizo una pausa. Lanzó una severa mirada a Dechan y añadió:

—Esto es importante, hijo. No habrá pases para los que se vayan. Tampoco habrá cartas para los residentes en An Ting. Debemos mantener la discreción.

La insistencia de Wolf en tantas medidas extraordinarias de seguridad despertó la curiosidad de Dechan.

—Señor, no vamos a romper nuestro contrato, ¿verdad?

—No, hijo. Esto es legal de principio a fin. Necesitamos provisiones y estamos negociando su recepción de acuerdo con el contrato. Sin embargo, a nuestros patrones no va a preocuparles que hagamos una excursión al otro lado de la frontera. Tal vez no entiendan bien la situación, de modo que no les diremos nada.

A Dechan no le gustó aquello. Los rumores sobre el estado de las finanzas debían de tener fundamento.

—¿Tan mal está la situación de los suministros?

—No está bien, hijo, y no quiero que empeore más. Nuestros amigos de la oficina de las FIS nos han estado acosando cada vez más desde que cambiaron las guarniciones el pasado diciembre. No sería rentable retroceder, así que esta vez, digamos, vamos a ir un poco a la nuestra.

## **Condado de Gakken, Benet III**

### **Marca Draconis, Federación de Soles**

**19 de mayo de 3027**

—Reconocimiento, aquí Mando —repitió Natasha Kerensky—. Clavell, ¿puedes oírme?

«¡*Boshemoi!* ¿Cómo ha podido?», pensó. Apenas podía oír su propia voz entre el estrépito de las balas que repiqueteaban sobre la escotilla de la carlinga del *Warhammer*.

La infantería federada que su lanza estaba diezmando era la fuerza enemiga más débil a la que se habían enfrentado desde su aterrizaje una semana atrás. Sin tener armas más pesadas que unos fusiles contra el 'Mech que se paseaba entre ellos, los Federados malgastaban tiempo y municiones. Lo mejor que podían esperar era que una serie de disparos afortunados estropearan los sensores de los BattleMechs. La probabilidad de una hazaña semejante era casi inexistente. Aquellos soldados tenían agallas, y Natasha tenía que reconocerlo. Nadie hubiera podido convencerla a *ella* de que hiciera frente a un BattleMech con un simple fusil.

Los 'Mechs de las Viudas avanzaban en fila india por el paso sin prestar atención a los inofensivos soldaditos. ¿Para qué desperdiciar unas municiones valiosas?

De súbito, pareció que a Colín MacLaren se le ocurría otra idea. Su *Marauder* salió de la línea en dirección a un grupo de soldados davioneses. Como un depredador, el BattleMech se abalanzó sobre ellos y, con el cegador fuego de láser que brotó de sus macizos antebrazos, buscó víctimas entre las trincheras.

Los Federados mantuvieron sus posiciones hasta que MacLaren abrió fuego con el cañón automático de ciento veinte milímetros. Su boca oscilaba hacia uno y otro costado sobre el caparazón del 'Mech, escupiendo explosivos mortíferos sobre la infantería. La destrucción que causó fue excesiva para los Federados, que rompieron filas.



MacLaren desistió de perseguirlos. Al fin y al cabo, sólo eran soldaditos. El *Marauder* regresó a su lugar en la formación.

—¿Has perdido los nervios, viejo? —le preguntó Kerensky, sonriendo en la intimidad de su carlinga.

—He oído que la capitana trataba de establecer contacto con la Lanza de Reconocimiento y pensé que tal vez agradecería un poco de silencio.

Como siempre, el sargento MacLaren se dirigió a su superior usando la tercera persona.

—Eres muy amable. Muchas gracias.

Kerensky aprovechó la falta de distracciones para volver a intentar el contacto mientras sus compañeros de lanza ocupaban posiciones defensivas. El nuevo intento no dio mejores resultados. Por alguna razón, la Lanza de Reconocimiento estaba fuera de su alcance. Probó suerte con el resto de su compañía.

—Mando a Fuego, informe.

—Mando, aquí Fuego. Hay problemas en la placa principal.

Aquello quería decir que algo le había ocurrido a la Nave de Descenso. Toda aquella misión era una sucesión de problemas.

—¿Dónde estás, Ikeda?

—En las colinas que se alzan sobre la placa principal. Algunos invitados han estado armando jaleo. Los hemos ahuyentado, pero supongo que pronto volverán con amigos.

—¿Qué hay de la nave? —preguntó Kerensky. Si los Federados habían localizado la Nave de Descenso, la convertirían en su blanco principal para aislar a las Viudas.

—No creo que la hayan descubierto, pero deben de estar preguntándose qué hace una lanza paseando por el campo.

—Perdón, pero creo que a la capitana le gustaría saber que unos 'Mechs davioneses avanzan por el valle —anunció la ronca voz de MacLaren por el *taccomm*.

—Gracias, Colin —contestó Kerensky—. Aguanta ahí, Ikeda. Tengo que comprobar esto.

Kerensky llevó su *Warhammer* al lugar donde se encontraba el *Griffin* de Hayes, que estaba acurrucado junto a una roca arrastrada por un glaciar en el pasado. Desde allí podía ver el *Marauder* de MacLaren y el *Crusader* de Sheridan al fondo de la quebrada. Más allá, una lanza de BattleMechs davioneses avanzaban por el valle.

Las máquinas de la Federación iban en orden abierto y se movían despacio. Al parecer no habían localizado a las Viudas ni estaban informadas de su presencia por la infantería que se retiraba: eran corderos que iban al matadero.

—Contened el fuego hasta que yo dé la orden, amigos —anunció Kerensky por el *taccomm*—. Dejad que se acerquen y luego concentrad el fuego en el líder. No nos

interesa empezar una batalla ahora. Si podemos dispersarlos cargándonos a su jefe, se retirarán y nos dejarán tranquilos un rato.

Mientras los BattleMechs davioneses continuaban su avance, Kerensky aguardó a que el primer 'Mech, un *Enforcer*, llegara a unos treinta metros de Sheridan. Cuando así lo hizo, sacó su *Warhammer* de su escondrijo y disparó sus dos CPP Donal. Los rayos desgarraron el torso de su blanco. Entonces, Kerensky gritó por el *taccomm* la orden de disparar.

Su lanza replicó con un arco iris de rayos energéticos. Antes de que los Federados pudiesen reaccionar, el *Enforcer* se había convertido en una masa de hierros humeantes y su piloto se ponía a salvo con su asiento eyectable.

Las Viudas volvieron su atención al resto de la lanza enemiga. Los Federados, al ver que se enfrentaban a un enemigo de número desconocido y con una fuerza propia reducida a las tres cuartas partes, decidieron retirarse. Sus armas siguieron resonando durante su retirada, pero no causaron auténticos desperfectos a los 'Mechs de las Viudas. Los Dragones tuvieron mejor puntería, pero tampoco derribaron ninguna máquina davionesa.

—Buena demostración —felicizó Kerensky a su lanza—. Hayes, busca un camino para salir de estas montañas que no nos lleve de narices contra los Federados. Colin y Sheridan, mantened los ojos abiertos. Yo voy a recuperar la comunicación con Ikeda.

Kerensky hubo de adentrarse de nuevo en el paso para poder obtener una buena recepción de la Lanza Fuego.

—¿Alguna señal de nuestros ayudantes *dracos*, Ikeda?

—Negativo, Viuda.

«Nunca te fíes de una Serpiente», se dijo Kerensky. Al carecer de la unidad kuritana que debía aterrizar en Benet para apoyarlos, los Dragones no tenían potencia suficiente para romper las líneas davionesas. Hasta entonces, la compañía de Kerensky no había atravesado ningún problema insuperable. A menos que el silencio de la Lanza de Reconocimiento significara otra cosa, seguían en un estado razonablemente bueno. No obstante, las cosas se complicaban cada vez más y no estaban próximos a realizar sus objetivos. Si el resto de los Dragones no se comportaban mejor, podían estar a punto de meterse en un auténtico lío.

—¿Qué hay de Epsilon?

—Están en un atasco de tráfico en la escarpa. El coronel Arbuthnot ha expresado su interés por hacer las maletas.

Kerensky soltó una serie de maldiciones rusas. Ikeda, acostumbrado a los excesos verbales de Kerensky, esperó pacientemente a que acabara antes de reanudar la conversación normal.

—Ya vamos, Ikeda. Si oyes noticias de Reconocimiento, diles que nos vamos a casa.

Kerensky confiaba en que la incursión en Udibi fuese mejor. Con un creciente problema de suministros, los Dragones necesitaban todo lo que pudieran encontrar. Ella había querido ir allí, pero el coronel había considerado que su temeraria compañía debía estar donde los kuritanos pudiesen verla, como una especie de distracción. Así pues, las Viudas habían emprendido aquella excursión a Benet y, al parecer, las Serpientes no querían que ningún Dragón sobreviviera. Eso no implicaba que ella fuese a permitir que aquella operación se convirtiera en un ataque suicida.

—Está bien, lanza —dijo Kerensky por los circuitos de comunicación—. Ha llegado el momento de que las arañitas tejamos nuestra telaraña.

La Lanza de Mando empezó a bajar de la montaña. Hayes informó que las fuerzas de Davion habían obstruido todas las rutas principales, pero que habían encontrado un sendero cerca de la atalaya de vigilancia que rodeaba la ladera oriental de la montaña y luego descendía. Kerensky, que quería evitar encuentros con las tropas de la Federación de Soles, decidió seguir aquella senda.

Cuando llegaron a ella, un pequeño contingente davionés había ocupado la atalaya. En un breve y feroz ataque, las Viudas destruyeron un *Valkyrie* y un 'Mechcazador de Despegue y Aterrizaje en Vertical e hicieron huir a los demás Federados. El *Griffin* de Hayes sufrió un impacto en sus ya deteriorados retropropulsores que lo obligó a desactivarlos hasta que pudieran ser reparados. El resto de las Viudas sólo sufrieron daños de escasa importancia y siguieron adelante.

Por dos veces vieron vehículos DAV que los buscaban. Al primero debía de faltarle un equipo de infrarrojos, porque los recalentados BattleMechs habrían resaltado claramente en la pantalla a pesar de los escondites en que se habían refugiado, entre los árboles que crecían al borde del camino. El Federado pasó de largo. El segundo iba mejor equipado o el piloto era más observador; de todos modos, aquella virtud se convirtió en su sentencia de muerte. Una andanada de misiles del *Crusader* de Sheridan convirtió el explorador davionés en una bola de fuego.

Kerensky maldijo la impetuosidad de Sheridan y apremió a su lanza a avanzar más deprisa. Sabía que aquella destrucción iba a atraer a las tropas de la Federación de Soles con tanta seguridad como un informe radiado de un observador. Con suerte, podrían recorrer una distancia suficiente para obligar a los Federados a realizar una búsqueda en un área mayor y forzarlos a dispersar sus máquinas para cubrir todas las rutas posibles que los 'Mechs negros de las Viudas pudiesen haber tomado. Aquello les daría una probabilidad mucho mayor de escapar.

El sendero que seguían se fue estrechando progresivamente hasta que apenas fue lo bastante ancho para dejar pasar a un 'Mech. Kerensky envió a Hayes como explorador. Su *Griffin* era el más ligero y maniobrable de todas las máquinas de la lanza y, por ello, podía reaccionar mejor si se topaba con algún conflicto. A pesar de sus protestas, Kerensky envió a MacLaren a continuación. El sargento quería

quedarse cerca de Kerensky para protegerla. Ella lo convenció de que, si Hayes tenía problemas, la aterradora potencia de fuego del *Marauder* podía bastar para impedir que las Viudas, y por tanto Kerensky, quedasen atrapadas en un cuello de botella. Sheridan fue la tercera porque Kerensky se reservó la vigilancia de la retaguardia. Si los Federados los atrapaban en aquella angosta senda, no quería que uno de sus hombres o mujeres se sacrificara para que la Viuda pudiese escapar.

Durante veinte angustiosos minutos, las Viudas avanzaron por la ladera. A casi cada paso, las pesadas máquinas de guerra arrojaban lluvias de guijarros que rodaban por la escarpada ladera. MacLaren fue quien tuvo más problemas. La forma no humanoide de su *Marauder* hacía que su necesidad de mantener el equilibrio fuese doblemente peligrosa. Siempre que Kerensky comprobaba la marcha de MacLaren, podía oír como chirriaban los giróscopos de su 'Mech.

La persecución de los davioneses no se hizo realidad. Cuando Kerensky empezaba a pensar que iban a escapar sin mayores problemas, oyó un gran estruendo a través de sus micrófonos exteriores. Un creciente temblor acompañó la onda explosiva que sacudió al *Warhammer* hasta casi derribarlo al suelo. Kerensky luchó por mantenerlo erguido. Entonces, uno de sus pies pisó el borde del sendero y setenta toneladas de BattleMech fueron demasiado para el erosionado granito: el suelo cedió.

Kerensky cargó el peso de la máquina a la derecha. Aunque se arriesgaba a caer sobre el sendero, aquello era preferible a rodar montaña abajo. Su maniobra tuvo éxito, pero resultó inútil.

El temblor continuaba. Su causante se precipitó sobre el *Warhammer*, cientos de toneladas de rocas que caían en una avalancha. El 'Mech fue arrastrado fuera de la senda.

Lynn Sheridan dio un grito de rabia e impotencia. Mientras ella permanecía en su *Crusader* sin poder hacer nada, el *Warhammer* negro de Natasha Kerensky desapareció bajo una nube de polvo de roca.

El grito de Sheridan hizo detenerse al resto de la Lanza de Mando. Sin reflexionar sobre los peligros que corría, MacLaren dio media vuelta a su 'Mech y corrió por el sendero. Cuando llegó junto a Sheridan, encontró al *Crusader* asomado al borde del barranco y dirigiendo sus sensores hacia abajo. Más allá, la senda estaba cubierta de rocas.

—No puedo captar el 'Mech, sargento —informó Sheridan.

—Sigue rastreando la zona —le ordenó MacLaren. Llamó a su capitana una y otra vez por el *taccomm*, pero no obtuvo ninguna respuesta.

## Condado de Gakken, Benet III Marca Draconis, Federación de Soles

19 de mayo de 3027

Mucho después de que el estruendo de la avalancha se hubiera reducido al silencio, Colin MacLaren seguía llamando a Kerensky. Hayes y Sheridan trataron de convencerlo de que la Viuda había muerto, víctima de un accidente natural. Pero Colin creía que Natasha Kerensky no podía serle arrebatada de aquella manera y se negó a dejar de llamarla. Sus compañeros de lanza empezaron a discutir cómo podrían obligarlo a ir a la Nave de Descenso.

Cuando un débil crujido pudo oírse en el circuito de la lanza, las tres Viudas dejaron lo que estaban haciendo y suministraron más potencias a los circuitos de comunicaciones.

—Cálmate, viejo —dijo una débil voz—. Todavía no me has perdido.

Sheridan y Hayes dieron un alarido de alegría. MacLaren, a pesar de su anterior preocupación, permaneció tranquilo, pero no pudo evitar que su emoción se trasluciera en su voz.

—¿La capitana está bien?

—Estoy viva, que es más de lo que tengo derecho a tener. *Dama Negra* ha conocido días mejores: he perdido la antena en la caída. He tardado un poco para poner en funcionamiento la de repuesto. Perdonad el susto.

—La capitana no necesita disculparse —contestó MacLaren—. Si la capitana nos da sus coordenadas, nos reuniremos con ella.

—Ojalá fuese tan fácil, Colin. Estoy en una especie de fosa. Las paredes son demasiado escarpadas para que pueda trepar por ellas, y tratar de bajar sería suicida sin retropropulsores. La ladera creada por la avalancha es muy inestable y probablemente habría un nuevo deslizamiento si un 'Mech intentara caminar sobre ella.

»Intentad establecer contacto con la *Telaraña* y que utilicen el ordenador de la nave para hacernos un mapa. Este sitio debe de ir a parar a algún sitio.

MacLaren obedeció. Cuando el ordenador de la *Telaraña de la Viuda* suministró el mapa del área, localizó la fosa y vio que la salida estaba a unos veinte kilómetros al nordeste. Transmitió esta información a Kerensky.

—Eso es —dijo ella—. Nos reuniremos en el punto setenta y dos, referencia trece diecisiete. Poneos en marcha. Ya habéis estado demasiado tiempo al descubierto.

—Pero la capitana estará sola.

—Nada de peros, Colin. No tenemos elección. No puedes dejarte caer deslizándote. ¡En marcha!

—Sí, capitana.

Kerensky se imaginó al *Marauder* caminando como un niño contrariado. Aquella imagen la animó. Sus hombres darían la vida por ella, del mismo modo que ella la daría por ellos. La Compañía de las Viudas Negras era la mejor, aunque habían sido la escoria de los Dragones de Wolf en el pasado. Ella había convertido aquella banda de jugadores y criminales indisciplinados en unos soldados de primera división y, más tarde, en la compañía más formidable de la unidad mercenaria más formidable de la Esfera Interior. Aquél era un logro que incluso cualquiera de sus antepasados valoraría con orgullo.

Sin embargo, debía afrontar el presente. Tenía ante sí una marcha de veinte kilómetros con un 'Mech deteriorado. Hacía calor en la carlinga, porque varios radiadores habían quedado averiados tras la caída. Los indicadores de mal funcionamiento que señalaban los fallos en los intercambiadores de calor apenas podían distinguirse entre la multitud de luces amarillas y rojas de su tablero de instrumentos. Uno de los CPP Donal estaba totalmente inutilizado, pero todas las demás armas constaban en funcionamiento. «Suponiendo que los indicadores sean fiables», se recordó Natasha. Esperaba no verse obligada a combatir.

El fondo del abismo era de bloques de granito y acumulaciones de morrena glacial, muchas de ellas más altas, y probablemente cinco veces más pesadas, que su 'Mech. Las enormes rocas obstruían la mayoría de sus sensores y todas sus frecuencias de comunicaciones; además, su alcance visual se había reducido a un puñado de metros. Sí, sin duda confiaba en no tener que combatir.

Antes de que hubiese recorrido medio kilómetro, apareció un punto en su Detector de Anomalía de Masas. Natasha optó por evitar el encuentro y desvió el rumbo. Lo alteró dos veces más al captar unas masas del tamaño de 'Mechs que se movían entre los peñascos. Cuando la cuarta de ellas surgió en mitad del único camino que tenía disponible, Kerensky empezó a avanzar con cautela. Sin embargo, al llegar a un punto de buena observación visual no descubrió nada.

Activó los sistemas de sensores DAM, que se encendieron con una luz verde. O el

sistema de comprobación funcionaba mal, o ella estaba cazando fantasmas. Al investigar los otros tres puntos obtuvo los mismos resultados. Tenía que ser el sistema de sensores. «Los fantasmas no existen», se dijo. En la penumbra y con unos gigantes de piedra que recordaban tiempos pasados, su racionalidad pareció sucumbir ante los antiguos miedos humanos a la oscuridad y lo desconocido. El *Warhammer* siguió avanzando; sus cautelosos movimientos reflejaban el creciente nerviosismo de su piloto.

—¡Pum! Estás muerta —sonó una voz desfigurada a través del *taccomm*.

Kerensky dio bruscamente la vuelta al *Warhammer* en busca de la señal que había aparecido en el sensor DAM. Una voz significaba un enemigo al que ella podía enfrentarse, no una sombra sin nombre. Encontró el blanco, se ocultó en una grieta de la roca y proyectó los pliegues de una cortina de camuflaje sobre las patas de su máquina. Era un *Marauder* de color verde brillante, con unos símbolos plateados que relucían en su coraza.

Cuando Natasha reconoció el 'Mech, las escotillas protectoras del afuste de MCA del *Warhammer* se abrieron y el CPP que todavía funcionaba se irguió. Era la máquina del Cazador de Recompensas. No sabía cómo se llamaba en realidad, ni tampoco quería enterarse.

La escotilla dorsal del BattleMech enemigo estaba abierta. Allí estaba su piloto, con los brazos extendidos. Kerensky contuvo las ganas de disparar sus armas; no podía abrasar a alguien que estaba a su merced. Ni siquiera a aquella escoria. Al parecer, el Cazador de Recompensas quería conversar. Tal vez le diera una razón para cambiar de opinión.

—¡No dispires. Viuda! Al menos, no hasta que hayas examinado tu retaguardia.

Tres 'Mechs más habían salido de sus escondites: eran un *Orion*, un *Quickdraw* y un *Shadow Hawk*. Eran ciento noventa toneladas de problemas que había que sumar a las setenta y cinco que ya tenía enfrente. Aunque el *Hammer* no estuviese maltrecho tras los combates de la semana anterior y su reciente caída de la montaña, probablemente Kerensky no habría podido escapar de aquella emboscada.

—¿No podrías saludar al menos, Natasha? —dijo el Cazador—. Sé que no quedamos como buenos amigos en Le Blanc, pero me costó mucho conseguir tu frecuencia de comunicaciones.

Kerensky no se dignó contestar. La última vez que se había topado con aquel guerrero sin nombre, habían combatido. Michael Hasek-Davion había informado a los Dragones de que tenía retenida una familia de Techs renegados, y Wolf la había enviado para asegurarse de que aquellos Techs no eran desertores de los regimientos. Cuando Kerensky llegó a Le Blanc, el duque le ofreció un empleo y una parte de los servicios de los Techs. Natasha seguía preguntándose por qué aquel hombre pensó que podría tentarla. Cuando el duque se negó a permitirle que viera a los Techs y las

Viudas intentaron capturarlos, lanzó contra ellos al Cazador y sus perros de presa. El Cazador destruyó a dos Dragones aquel día. Las Viudas capturaron a los Techs y escaparon, pero también lo hizo el Cazador.

El *Warhammer* estaba inmóvil. El Cazador y sus secuaces tenían atrapada a Natasha; por eso ella iba a cederles la iniciativa. Si era de carácter hostil, reduciría a aquel hombre a cenizas antes de que la *Dama Negra* cayese.

—¡Vamos, Viuda! Lo que nos ocurrió en el pasado sólo fue un asunto de negocios. Ya diste caña al bueno de Michael cuando te largaste con sus Techs. Digamos que estamos en paz.

—Nunca estaremos en paz, cabrón. ¡Me has costado demasiado!

—¡Ah, esa dulzura femenina! Nunca diga nunca, mi querida Viuda —dijo en tono jovial. Se sentía aliviado por haber conseguido que Kerensky se aviniera a conversar. Ahora, todo sería cuesta abajo. Primero, había que recordarle exactamente en qué situación estaba, porque las negociaciones serían más fáciles así—. Si quisiera quemarte el culo hoy, pronto tendría tu cabeza colgada en mi habitación. Pero estoy de buen humor y quiero ofrecerte un trato.

—Métetelo por las toberas de escape —le espetó Natasha. ¿Cómo podía esperar que confiara en él? ¡Ya habían hecho «tratos» antes!

—¡Eh! ¿Es que no hay manera de que hables con alguien que intenta hacerte un favor?

—¡El único favor que puedes hacerme es caerte muerto!

—Estás acabando con mi paciencia —dijo el Cazador. El tono áspero de su voz se debía a algo más que la distorsión electrónica—. Voy a dejarte las cosas claras: tengo un contrato referido a ti y mis muchachos te están apuntando con sus armas. No saldrás de aquí a menos que yo vaya contigo. Y eso es exactamente lo que pretendo hacer.

—¡Nunca!

—¿Qué te he dicho sobre esa palabra? Escucha, ambos tenemos problemas. Tus Serpientes no han asomado el hocico, y os han dejado a los Lobos a vuestra suerte. Estáis atrapados en este pedrusco hasta que ocupéis la estación de rastreo de *Beaux Pawl*, a menos que quieras perder la mitad de vuestras Naves de Descenso en el camino hasta la órbita. Y no vas a tomar esa estación hasta que hayas vencido a un número de defensores que dobla el vuestro.

»En cuanto a mí, mis muchachos y yo hemos ofendido en cierto modo a nuestros amigos, que han decidido que ya no les caemos bien. Nos han engañado y nos han dejado sin el pasaje de vuelta a casa. Así que nosotros también hemos sido abandonados.

»Tenemos mucho que ofrecernos mutuamente. Vosotros tenéis Naves de Salto dentro de este sistema; yo tengo un amigo en *Beaux Pawl* que es muy bueno con los



explosivos. Además, cancelaré el contrato que tenía sobre ti. Sólo necesito salir de este sistema con vuestra Nave de Salto. Un paseo por el espacio es un precio barato para que mantengas intacta tu sedosa piel.

—Yo no viajo con asesinos a sangre fría —replicó Kerensky.

—No es eso lo que se dice de ti.

—¿Qué quieres decir?

—He recibido una llamada de un amigo. Dijo haberte visto en Nueva Mendham hace ocho meses. En los mismos días en que un puñado de 'Mechs negros arrasaron una ciudad dominada por Kurita. Un asunto feo. Aquellos Jocks también trataron de echarle la culpa a Davion.

—Mi compañía no estaba allí.

—Yo te creo, encanto. Ya sé que jamás me mentirías. Pero no puedes demostrarlo, ¿verdad?

Kerensky reflexionó intensamente. No, no podía probarlo sin comprometer la seguridad de los Dragones. Aquello podía causar graves problemas a Wolf; algo que ella no quería provocar. El Cazador tomó su silencio como una respuesta.

—Eso pensaba —prosiguió—. Mi amigo dice que hay una filmación para corroborar la historia. —Dentro de su casco, el Cazador de Recompensas sonrió al oír la maldición pronunciada por Kerensky—. ¿Sabes, Viuda? Creo que os han hecho una encerrona. Alguien os quiere muy mal. No eres la única Lobezna de quien me han pedido la cabeza.

—¿Quién haría algo así? —se preguntó ella, dejando que su indignación se trasluciera en su tono de voz. Tal vez el Cazador quisiera fanfarronear y dejase escapar algún dato importante.

—Eso no me corresponde a mí decirlo —contestó. «Lo siento, Natasha; no es tan fácil pillarme», se dijo en silencio—. Es un privilegio del cliente, ya sabes. Puedo decirte que mi patrón iba ataviado con un traje de Ranger Waco apenas disimulado, puesto que esto casi no significa nada. Todos los que están metidos en el ajo conocen el Juramento de Muerte del viejo Whacko. Es una tapadera obvia para cualquiera que desee liquidar a Lobos.

»Naturalmente, en cuanto hayamos salido de este sistema, tal vez recuerde algún detalle revelador. Incluso podría mencionar un par de nombres y fechas que podrían merecer una investigación más profunda.

—¡Dilos ahora mismo! —le ordenó Kerensky, abandonando tanto la sutileza como toda esperanza de sonsacar información al Cazador.

—Ni hablar, Viuda. No, mientras estemos en este sistema —respondió el Cazador. «Jamás te los revelaré; pero si esto te lo digo ahora, me dejarás tirado aquí», pensó.

Kerensky estaba furiosa. El Cazador era demasiado astuto para que ella pudiese

pillarlo desprevenido, mientras que ella seguía trastornada por la caída y demasiado atribulada para buscar dobles sentidos a las palabras. Su anterior exclamación había dejado al descubierto su intenso deseo de enfrentarse a los cobardes que se rebajaban a contratar a cazadores de recompensas para perseguirla y arruinar su reputación como negociadora.

—Muy bien, acepto tu oferta —dijo—. Os sacaremos del sistema y tú me dirás los nombres. ¡Quiero al canalla que está detrás de esto!

—Estoy seguro de ello, damita. —Kerensky comprendió que el Cazador había estado hablando por un circuito abierto a sus hombres cuando lo oyó añadir—. ¡Vámonos, chicos! Ya tenemos billete para largarnos de este peñasco.

**Cuartel General de las fuerzas davionesas**  
**Kitcbuken Barrens, Udibi**  
**Marca Draconis, Federación de Soles**

**22 de junio de 3027**

Cuando el capitán Frank Woomack paseó su mirada por el desolado paisaje, un movimiento a su izquierda le llamó la atención. Observó cómo uno de los lagartos *gyru* de aquel planeta se deslizaba desde un soleado saliente a las sombras de un peñasco, mientras pasaba retumbando un aerodeslizador que lucía el emblema del sol y la espada. El ruido de los motores de aquel vehículo podía oírse incluso a través del plastividrio. La máquina cruzó la línea de visión de Woomack y aceleró en dirección al perímetro del complejo. La siguió una segunda máquina, y luego una tercera.

—Los Federados están muy inquietos —anunció el Dragón a sus compañeros.

—¿Cree que el coronel ha enviado a alguien para rescatarnos, mi capitán? —preguntó la cabo Kathy Keegan en tono esperanzado. Ella había sido la más afectada de los tres por su reclusión en la base davionesa. Aunque sus captores les habían dado bastante libertad de movimientos, Kathy se asfixiaba en los confines de los edificios con clima controlado de aquel puesto avanzado de la Federación de Soles.

—Si lo ha hecho, Kathy, antes de que caiga la noche ya estaremos de viaje hacia una nave en órbita —dijo Steve Geiger, confiado. La pérdida de su *Stinger* y las heridas que había sufrido apenas habían logrado ensombrecer su carácter optimista.

—No juegues con las esperanzas de Kathy, Geiger —le advirtió Woomack—. No sabemos qué es lo que ocurre. Podrían ser simples maniobras.

—Pero, mi capitán, ya hace un mes que estamos retenidos aquí. Si los Federados hubieran pensado en canjearnos por otros prisioneros, ya seríamos libres. Deben de haberse negado —concluyó Geiger—. El coronel no dejaría que nos pudriéramos en este lugar.

—En eso tienes razón, Steve. Los Dragones no abandonan a nadie —contestó

Woomack, mirando a Keegan—. Los Federados deben de estar demorando las conversaciones por algún motivo de carácter político. En tal caso, debemos sentarnos y esperar. Las cosas podrían estar peor. Al fin y al cabo, nos tratan más como invitados que como prisioneros.

—Supongo que tiene razón, mi capitán —admitió Keegan, cruzándose de brazos—. Pero, a veces, es muy duro. Las paredes, no poder salir... Está acabando conmigo.

Keegan había comenzado a temblar mientras hablaba. Woomack fue hacia ella y le rodeó los hombros con el brazo.

—Tienes que resistir, Kathy —la animó—. Pronto saldremos de aquí.

Keegan ahogó un sollozo y Woomack se mordió el labio. Siempre le había resultado fácil mandar a la gente al combate. Los problemas de moral siempre desaparecían en la batalla. Sin embargo, allí no había ninguna lucha que distrajese a sus hombres. Aunque se sentía fuera de su elemento, volvió a intentarlo.

—¿Te sería de ayuda que yo consiguiera autorización para una salida al exterior?

—Tal vez —respondió Keegan con un hilo de voz.

—Entonces eso es lo que voy a hacer. —Woomack le dio una palmada en la espalda y dijo a Geiger—: Kid, mira a ver si puedes encontrar a un oficial *federata*.

—Eso está hecho, jefe —dijo Geiger, haciendo un gesto con la cabeza hacia la puerta.

Woomack se giró y vio a un teniente de la Federación de Soles plantado en el umbral de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Capitán Woomack, el comandante Whitfield quiere verlo otra vez —dijo el oficial davionés.

—¿Ah, sí? Bueno, pues yo no tengo ganas de verlo a él —repuso. Si los Federados querían mimarlo, quizá debía empezar a comportarse como un niño malcriado para comprobar hasta qué extremo podía presionarlos.

—No creo que tenga elección, Dragón.

—¿Vas a llevarme a rastras, *federata*?

—Yo no. Pero puedo encargárselo a otros —dijo con aplomo el teniente. Su tono de voz no dejaba lugar a dudas de la firmeza de su voluntad de hacer efectiva la invitación.

—Voy a decirte una cosa, *federata*, si sacas a dar un paseo a mis hombres, iré contigo sin rechistar.

—Que rechistes o no carece de importancia, Woomack —contestó el teniente riéndose—. Si sus hombres quieren dar un paseo, irán acompañados de varios de mis soldados. No es un gran problema. Al fin y al cabo, ¿adonde pueden ir?

Woomack lanzó una mirada a Keegan. Los ojos de la mujer ya chispeaban ante la expectativa de respirar aire fresco. Tal vez Woomack no había impresionado al oficial

federado, pero al menos había conseguido lo que quería.

—De acuerdo, *federata*. Vamos a ver a tu comandante.

Woomack pasó de largo junto al teniente y echó a andar por el pasillo. El teniente davionés meneó la cabeza y le siguió los pasos.

Woomack no aguardó a su escolta: conocía el camino. No tenía otro remedio. El comandante había convocado aquellas entrevistas tres veces a la semana desde que el Séptimo de Crucis se había marchado tres semanas atrás. En cada ocasión habían sido dos o tres horas de aburrimiento. Las cosas eran más interesantes cuando los Corsarios de McKinnon estaban a cargo de los prisioneros. Entonces era divertido provocar a Kate Nomura: estaba preciosa cuando perdía los estribos.

El Dragón llegó al despacho del comandante y aguardó, aunque no por mucho tiempo. El teniente sólo iba rezagado unos pocos pasos. Cuando llegó a su altura, abrió la puerta y Woomack la cruzó.

El comandante Whitfield estaba sentado ante su escritorio. A su izquierda, como siempre, se encontraba su secretario, a cargo de la grabadora. Un extraño de cabellos canos estaba sentado al otro extremo del escritorio. Su traje de hombre de negocios era inusual en aquella instalación militar. Woomack supuso que sería una especie de psiquiatra venido para analizar todo lo que él dijera.

Whitfield señaló la única silla vacía de la habitación y el oficial de los Dragones se sentó en ella.

—Capitán Woomack —dijo Whitfield—, me gustaría que contara su participación en el reciente ataque de los Dragones de Wolf al planeta Udibi de la Federación de Soles.

—¿Otra vez?

—Otra vez, capitán.

Woomack se encogió de hombros. Relató la incursión de los Dragones y su exitosa huida con la mayor parte del material descubierto en el envío de suministros. En aquella ocasión se esforzó en subrayar los logros de los Dragones y su estricta adhesión a las Convenciones de Ares sobre la guerra. Woomack no sabía quién era aquel anciano, pero no estaba de más destacar la fuerza de los Dragones e incluso mejorar su reputación, si es que aquel viejo tenía alguna influencia. Woomack terminó su relato con una solemne petición de ser canjeados, pulcramente formulada, como era habitual entre los mercenarios capturados.

—Le aseguro, capitán Woomack, que será devuelto a su unidad lo antes posible —dijo Whitfield, y fue tan sincero y honesto como siempre que había hecho aquellas mismas promesas.

—Ya he oído antes ese rollo, *federata* —replicó Woomack—. Se lo oí a Ryder cuando hube de darle mi palabra. Se lo oí a McKinnon antes de que se marchara. También se lo he oído a usted durante tres semanas. Desde mi punto de vista, no

parece ser más que una promesa hueca.

—No es preciso que sea tan desconfiado, capitán —dijo el viejo de cabellos canos—. Yo soy el causante de la demora.

Woomack escrutó aquel hombre con expresión calculadora. Aquel viejo no parecía gran cosa.

—¿Quién es usted, anciano?

—Me llamo Allard y soy ministro del gobierno del príncipe Hanse Davion. —Allard sonrió cordialmente al oficial mercenario—. He venido a ultimar los preparativos para su regreso a los Dragones.

—¡Basta de memeces burocráticas! —explotó Woomack.

—Quizá sean burocráticas —repuso Allard, riendo en voz baja—, pero espero sinceramente que no le parezcan memeces. Usted y sus compañeros, al igual que sus 'Mechs en funcionamiento, serán conducidos a un encuentro en Le Blanc. No habrá ningún canje.

—¿Qué quiere decir?

—Sólo tendrán que realizar una tarea muy sencilla.

—De modo que es eso —espetó Woomack—. Entérese bien de esto: los soldados de los Dragones no somos traidores.

—Nadie ha hablado de traición, capitán. Sólo deseamos que actúe como nuestro mensajero. El príncipe Davion quiere transmitir una oferta bastante sustanciosa al coronel Wolf.

**Cuartel General Administrativo de los Dragones  
Cerant, An Ting  
Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**

**29 de junio de 3027**

La luz del sol inundaba la plaza central de Cerant. La alta mole de la Casa de Gobierno, sede de la autoridad planetaria kuritana, se alzaba frente al antiguo complejo de oficinas que se había convertido en el Cuartel General Administrativo de los Dragones de Wolf. Los habitantes civiles de An Ting se ocupaban de sus asuntos cotidianos sin ser conscientes, o al menos sin preocuparse, de las tensiones que existían entre ambos bandos. Los vendedores de alimentos y los buhoneros llamaban a gritos a la multitud que había salido a pasear al mediodía. Aquí y allá podían verse los uniformes de brillantes franjas blanquirrojas de los miembros del Cuerpo de Vigilancia Civil, que con su mera presencia intimidaban a los delincuentes y a los elementos perturbadores. Había gente por doquier, movida por sus propios intereses. Un puñado de soldados kuritanos, avanzaban entre la muchedumbre en dirección al edificio de los Dragones.

Al frente de ellos iba Minobu Tetsuhara en nombre del Oficial de Enlace, que estaba ausente. Lo seguía su ayudante, Michi, y el *Sho-sa* Charles Earnst, su segundo en la *Ryuken-ichi*. Los acompañaban la *Tai-i* De la Saraguchi y un pelotón de seis soldados de las fuerzas de seguridad. Sus hoscas semblantes les abrían paso entre la gente sin necesidad de que dijese nada.

Subieron la escalinata de la entrada principal del edificio y se sumergieron en las sombras del pórtico. Cuando atravesaron una hilera de columnas, Minobu contempló los fieros rostros de los guardianes Myoos, con cuyas figuras se habían labrado aquellos pilares. Su resolución era inconfundible. «¡Oh grandes espíritus! Que mi propia determinación sea tan fuerte como la vuestra», les rogó mentalmente.

Cuatro centinelas de los Dragones estaban plantados ante la puerta. En sus rostros

sólo se reflejaba la confusión y la preocupación. Los kuritanos pasaron de largo sin prestar atención a sus apresurados saludos.

El cálido ambiente del vestíbulo resultó un brusco cambio respecto a la temperatura exterior. Mientras caminaba hacia la recepción, Minobu observó las modificaciones que se habían efectuado en el edificio desde que los Dragones lo habían ocupado. Habían desaparecido los inspiradores carteles en los que aparecía lord Kurita apremiando a los funcionarios a producir más por el bien del Condominio. También faltaban las obras de arte colocadas allí para elevar el espíritu de los trabajadores. Los Dragones habían vaciado el lugar en nombre de la eficacia utilitaria. Si hubieran podido quitar los Myoos sin derribar el edificio, probablemente lo habrían hecho.

—¿Dónde está el coronel Wolf? —preguntó al teniente que estaba sentado en la recepción.

—El coronel está reunido en la sala de conferencias, *Tai-sa* Tetsuhara —contestó el suboficial. Era competente y no aparentó sorprenderse al ver aquellos soldados armados. Manteniendo el tono cortés, añadió—: Si tienen la bondad de tomar asiento en la sala de espera, estoy seguro de que los atenderá en cuanto haya terminado.

—Vigilen la recepción —ordenó Minobu sin mirar a sus hombres—. Noketsuna, encárguese de la red de comunicaciones.

Antes de que el teniente pudiese protestar, dos de los soldados lo sujetaron de los brazos. Los aturdidores que blandían los restantes soldados kuritanos ahogaron todo intento posterior. En franca inferioridad, y sin ningún deseo de sufrir los desagradables efectos de aquellas armas, el teniente dejó que lo condujesen a la sala de espera. Mientras sus captores se lo llevaban, el teniente pudo ver la solitaria figura de Minobu alejándose por el pasillo. Todo había sucedido de manera tan rápida y discreta que los guardias del exterior no se habían enterado.

Minobu no tuvo problemas para encontrar la sala de conferencias; había estado allí a menudo en tiempos más felices. Su tarjeta certificada de Oficial de Enlace desactivó el cerrojo y la puerta se abrió con un siseo. Cuando Minobu entró en la sala, todas las cabezas se volvieron hacia él y la conversación cesó.

Escudriñó aquellos rostros. Algunos sólo mostraban un cierto enojo por la interrupción; otros parecían confundidos o sorprendidos; unos pocos expresaban puro odio, aunque Minobu supuso que no iba dirigido a él en persona. Sus sentidos *ki* confirmaban que se concentraba en su uniforme. Los Dragones tenían motivos para detestar los símbolos de Casa Kurita.

Al otro extremo de la mesa estaba sentado Jaime Wolf. Su expresión no delataba ninguno de sus pensamientos y Minobu no pudo percibir sus emociones. Jaime era un enigma.

Fue Natasha Kerensky quien rompió el silencio.



—No estás invitado. ¿Qué te ha traído aquí, Serpiente? —siseó. Su semblante era uno de los francamente hostiles.

Minobu hizo caso omiso de ella y dirigió sus palabras a Jaime Wolf:

—Acabo de recibir un comunicado del Señor de la Guerra Samsonov. Es una cuestión que debe discutirse de inmediato.

—Estamos en el curso de una reunión sobre estrategia —afirmó Wolf.

—Son sus estrategias las que están en tela de juicio.

—Muy bien. Tome asiento. —Cuando Minobu se dispuso a hacerlo, se alzaron algunos murmullos—. ¡Silencio, amigos! —ordenó Wolf—. Vamos a escuchar lo que tenga que decirnos.

Minobu se aproximó a la mesa. El coronel Shostokovitch se incorporó y lo invitó a ocupar su asiento con un ademán. Aquella mole humana fue al extremo de la mesa y se quedó de pie, con los brazos cruzados, junto a Wolf. Parecía satisfecho de observar los acontecimientos desde allí.

Minobu se acomodó en la silla vacante y dejó un mensaje impreso en papel sobre la mesa. No hizo el menor gesto de pretender abrirlo ni pasarlo a los Dragones que estaban a su lado.

—El Señor de la Guerra me ha enviado una relación de las acciones realizadas durante el último mes en Udibi.

Minobu aguardó una reacción o explicación de Wolf, pero éstas no se produjeron. El silencio se prolongó con creciente tensión.

—El Señor de la Guerra asegura que los Dragones de Wolf han realizado una incursión no autorizada en espacio enemigo —insistió Minobu—. Como respuesta, ha presentado una protesta formal por insubordinación ante la oficina del Coordinador.

—¿No por traición? —preguntó el coronel Korsht.

—No. Es imposible que unos mercenarios sean traidores —puntualizó Minobu.

—Pero eso es lo que se pretende en realidad, ¿no? —insistió Korsht.

—No tengo acceso a los pensamientos del Señor de la Guerra, coronel. Es posible. En cualquier caso, la acusación es grave. —La mirada de Minobu se paseó por los rostros de los demás oficiales—. El Señor de la Guerra ha preparado otros cargos, de los cuales no es el menor la rescisión del contrato.

Aquel comentario levantó una oleada de protestas, como Minobu había previsto, algo que también debía de haber hecho Akuma. Minobu se preguntó si el antiguo oficial de Espada lo había elegido deliberadamente como mensajero para concentrar la hostilidad de los Dragones contra su persona, y no contra sí mismo. En cualquier caso, Minobu no podía hacer nada: el Señor de la Guerra le había ordenado que ocupase el lugar del Oficial de Enlace en aquella misión y él no podía desobedecer.

—Los Dragones no han llevado a cabo ninguna acción que viole la estricta

formulación de nuestro contrato con el Condominio Draconis —dijo Wolf.

Minobu había confiado en que su amigo negaría la acusación y respaldaría su desmentido con pruebas. En cambio, sus palabras no dejaron ninguna duda a Minobu de que los Dragones habían realizado la incursión en Udibi tal como había anunciado Samsonov. «La estricta formulación» significaba que Wolf se basaba en una interpretación legalista de las cláusulas; un truco de mercader, no una solución de samurái.

—Entonces, no niega que los Dragones hayan realizado una incursión en el planeta Udibi de la Federación de Soles.

—Como comandante en jefe de los Dragones, no voy a confirmar ni desmentir nada hasta que haya visto la especificación de las acusaciones.

—Muy bien, coronel Wolf.

Minobu creyó vislumbrar un atisbo de pesar en los ojos de Wolf por el tono frío y oficial que utilizaba, pero no podía estar seguro. Wolf actuaba como jefe de sus tropas, no como amigo de Minobu. Había existido un vínculo entre ellos, pero estaba tenso y quizá ya roto. En nombre de lo que había habido entre ellos, Minobu se sintió obligado a dar explicaciones.

—Las palabras utilizadas por el Señor de la Guerra Samsonov para relatar la acción en Udibi demuestran que está furioso. Es un hombre al que no le gusta que lo dejen en mal lugar. Por lo que a él respecta, el éxito de los Dragones los perjudica a ustedes mismos. De manera confidencial se me ha comunicado que Samsonov ha jurado destruir a los Dragones si rompen su relación con Casa Kurita. Sean ustedes fieles o no al Condominio, parece que Samsonov piensa que sus actos han mancillado su honor. Un hombre avergonzado puede tomar medidas drásticas. Incluso si tales medidas no redundan en su propio interés, tal vez la vergüenza lo impulse a tomarlas.

Wolf permaneció en silencio por unos momentos después de que Minobu hubo terminado de hablar. Entrelazó los dedos y los frotó repetidas veces entre sí.

—¿Insinúa que tratará de destruirnos en cualquier caso? —preguntó mirándose las manos.

—No estoy seguro de lo que hará —contestó Minobu, e inspiró hondo—. Me ha avisado que quiere la cabeza de cualquier kuritano que ayude a los Dragones de Wolf contra el Condominio... o contra él.

—No necesitamos ayuda contra esa sabandija viscosa —alardeó Kerensky—. Los Dragones podemos enviarlo a Aldebaran de una patada en el culo. Si intenta algo, eso es lo que recibirá.

Los Dragones corearon su aprobación. Entre los insultos y protestas que se levantaron contra los patrones desagradecidos, la voz de Kerensky se alzó de nuevo:

—Dejémoslos plantados ahora, coronel. Sólo la Unidad sabe que se lo han merecido.

—La capitana Kerensky tiene mucha razón —la secundó Korsht—. Tal vez sería preferible rescindir el contrato ahora y cortar todos nuestros vínculos.

Muchos otros oficiales asintieron o expresaron a voces su acuerdo con aquellas palabras.

—¿Y adonde iremos? —preguntó Wolf—. Nadie quiere a una unidad mercenaria que huye cuando las cosas se ponen feas.

—Lo entenderán —afirmó el comandante Patrick Chan—. Nadie nos culpará por haber abandonado a Kurita.

—Estás equivocado, Pat. Los Señores Sucesores vigilan todos nuestros movimientos —le recordó Wolf—. Si faltamos a la palabra con uno de ellos, los demás supondrán que podemos hacer lo mismo con ellos en cuanto estemos descontentos. Lo que a nosotros nos parece un buen motivo puede no serlo desde el otro lado de la ventanilla de pago.

»Aunque tengamos buenas razones para rescindir el contrato, todavía hemos de preocuparnos por nuestro honor. Dimos nuestra palabra. Si la rompemos ahora, ¿de qué nos sirve? Nos convertiremos en los asalariados que dicen que somos. ¿Alguno de vosotros quiere eso?

La única respuesta fue el silencio.

—Cumpliremos nuestro contrato al pie de la letra —continuó Wolf—. Si el Condominio rompe la baraja, podremos actuar con honor. Hasta entonces, trabajaremos para Casa Kurita.

Las expresiones de asentimiento fueron débiles, pero se produjeron. Minobu observó que algunos Dragones, incluidos Kerensky y Korsht, no decían nada. Al menos, no se opusieron. A pesar de sus conocidas opiniones, Minobu pensó que no desobedecerían a Wolf.

—Su devoción por el honor es muy noble, coronel Wolf —lo felicitó Minobu—. Lo deja en un excelente lugar.

—Hay algo más, ¿verdad, *Tai-sa* Tetsuhara? —inquirió Wolf, mirándolo de manera penetrante.

Tanto si Wolf había sentido algo antes o no, Minobu experimentó la punzada de su tono protocolario. Incluyó la cabeza, inspiró y exhaló el aire. Empujó la hoja de papel sobre la mesa y levantó la mirada hacia Wolf.

—El lord Takashi Kurita lo convoca a Luthien para que dé cuenta de sus actos.

# INTERLUDIO

## **Palacio de la Unidad, Ciudad Imperial, Luthien Distrito Militar de Pesht, Condominio Draconis**

**28 de agosto de 3027**

El pequeño grupo de Dragones llegó al Palacio de la Unidad. Eran sólo seis, todos los que permitirían los pases de viaje que acompañaban al llamamiento. Jaime Wolf había querido ir sin compañía, pensando que, cuantos menos fuesen, menos podrían ser hechos rehenes. Pero el comandante Stanford Blake había argumentado que, como jefe de inteligencia, él debería exponer la posición de los Dragones. La comandante Olga Kormenski también se incluyó a sí misma, aduciendo que por su puesto de Jefa de Seguridad de Wolf debía estar presente. Los otros tres del grupo vestían uniformes de oficiales de los Dragones, pero tenían la apariencia de sentirse más a gusto en un fangoso 'Mech de combate. Fue Kormenski quien insistió en que ellos formasen parte del grupo. Si no podía llevar BattleMechs para proteger a Wolf, decidió llevar algo casi tan efectivo: tropas del Séptimo Comando, el altamente secreto Equipo de Fuerzas Especiales de Dragones.

Un pelotón de *O tomo*, los leales guardaespaldas del Coordinador, salió a su encuentro en las puertas del palacio para servirles de escolta. El *Tai-i* de la guardia portaba una pistolera de cuero negro y las tradicionales dos espadas, ambas con las insignias de la Academia Militar de Sun Zhang. La blanca túnica de su uniforme contrastaba con las coloridas ropas de su pelotón, quienes vestían uniformes rojos y azules con brillantes escudos de cerámica metalizada. Los guardias usaban las corazas de ceremonias del palacio, y cada uno de ellos llevaba un pesado cañón a sus espaldas, que semejaban casi delicados comparados con las abultadas placas del pecho y con los amplios guantes de cuero.

El *Tai-i* saludó a los Dragones con una rígida reverencia antes de conducirlos en silencio a través de los jardines que rodeaban el esplendoroso Palacio de la Unidad. El grupo pasó junto a árboles podados con formas decorativas y a otros maravillosos

ejemplos de horticultura mientras cruzó por los jardines que no tenían rival en la Esfera Interior.

Una vez en el palacio, en el cual se destacaba la arquitectura en madera de teca y la ebanistería, descubrieron que la interacción de luces y sombras en medio de las decoraciones a base de tallados daba una sensación que era a la vez de solidez y de ligereza. El *Otomo* los condujo a través de innumerables salas hasta llegar a una pequeña habitación decorada con paneles *shoji*.

—Coronel Wolf, su grupo lo esperará aquí. —El *Tai-i* señaló una fila de sillas de respaldo recto, cuyo diseño no combinaba con la omnipresente decoración japonesa—. Sólo usted deberá entrar en la cámara de audiencias.

—El comandante Blake ha venido para exponer datos relevantes —objetó Wolf.

—Todos los datos pueden entrarse desde aquí. —El hombre aplaudió, y uno de los guardias corrió un enorme biombo dorado, que dejó al descubierto el brillante cromado de la consola de un ordenador. El *Tai-i* hizo nuevamente su ceremoniosa reverencia y se retiró dejándolos a solas.

—Esto no parece correcto, coronel —dijo Kormenski.

—Es aún peor de lo que esperaba —le respondió Wolf, apesadumbrado—. No tienen la intención de escucharnos.

—Usted no puede estar tan seguro de eso, coronel —le replicó Blake desde la consola del ordenador.

Wolf dejó de frotarse entre los ojos y se giró hacia Blake.

—¿No puedo? Se supone que usted es un oficial de inteligencia, Stan. Eche una mirada a su alrededor. Observe cómo nos están tratando. ¿A qué otra conclusión puede llegar?

—No ayudará que usted se comporte como un viejo testarudo —lo reprendió Kormenski y Blake asintió.

Wolf, contrariado, observó a sus oficiales.

—Puedo ser testarudo y puedo ser viejo, pero no seré tan tonto como para malgastar mis fuerzas. Ni siquiera un joven puede revertir la entropía sin ayuda.

Blake y Kormenski habían estado durante tantos años bajo las órdenes de Wolf que sabían que debían replegarse cuando el coronel, sencillamente, no estaba receptivo a ninguna argumentación lógica. Tras intercambiar miradas de impotencia, Blake volvió su atención a la consola del ordenador y Kormenski simuló interesarse por una de las cinco estatuas que adornaba la habitación. Wolf se quedó de pie, en silencio, dándoles la espalda.

El *Tai-i* y dos guardias regresaron al cabo de media hora para escoltarlo a la sala de audiencias. Tras cruzar bajo una gran arcada, se encontraron frente a dos macizas puertas de teca decoradas con escenas de la historia del clan de Kurita, flanqueadas por dos guardias. El *Tai-i* se detuvo en la antesala e indicó una fila de sillas.

—Por favor, siéntese, coronel Wolf. El Señor de la Guerra Samsonov vendrá aquí en unos instantes.

En efecto, Samsonov llegó unos minutos después, y cruzó la arcada con largas zancadas. El Señor de la Guerra resopló cuando vio que Wolf había llegado antes que él. Sin decir palabra, se dirigió hacia las grandes puertas de madera y entró en la cámara interna. Lo seguía el pulcro Akuma, que parecía de hielo junto al fuego del Señor de la Guerra. El oficial de Espada le hizo una seña con la cabeza a Wolf, quien se puso de pie y fue tras ellos.

Cuando las enormes puertas se abrieron silenciosamente, se reveló el interior de la cámara de audiencias.

A pesar de que la arquitectura era simple, limpia y funcional, a su manera también era opulenta. Las bellas maderas lucían la perfección de su brillo, destacado por la sutileza del detalle de las juntas doradas en las uniones de las vigas. Había unos nichos en donde, sobre unos pedestales, se exponían unas exquisitas obras maestras de marfil tallado.

En el extremo más alejado de la sala, se erguía una figura vestida con un kimono de seda negra muy brillante. El hombre se mantuvo de espaldas a ellos aun cuando el ruido de los pasos lo había alertado sobre la presencia de los recién llegados. Takashi Kurita se giró para quedar de frente a sus visitantes e inclinó la cabeza como saludo a cada uno de los oficiales.

—Señor de la Guerra Samsonov, bienvenido otra vez a Luthien.

»*Chu-sa* Akuma, usted también es bienvenido.

»Me agrada verlo, coronel Wolf. Ha pasado mucho tiempo desde Quentin, y no hemos tenido tiempo para charlar después que le presenté a Bushido Blade el año pasado en Benjamin. —Takashi no hizo referencia a la convocatoria que había dejado a Wolf sin opciones, salvo venir a Luthien.

—Ha gastado mucho dinero para tener esta pequeña charla —dijo Wolf.

—Como Coordinador, a menudo puedo permitirme tales caprichos —repuso Takashi con voz que traslucía pesar—. Me gustaría que ése fuese el caso en esta oportunidad. El Señor de la Guerra tiene unas observaciones muy severas que decir acerca de sus Dragones, coronel Wolf. Pensé que usted querría tener la oportunidad de enfrentarse a su acusador y de responder a sus cargos.

—No hay ningún argumento que pueda contraponerse a los hechos —gritó Samsonov. Takashi y Wolf giraron las cabezas para mirarlo, sorprendidos por la vehemencia con que había iniciado la conversación.

—Asegúrese de sus hechos. Señor de la Guerra —advirtió Wolf.

Samsonov parecía dispuesto a agregar algo más, pero se contuvo. Takashi carraspeó y tomó la palabra.

—Los hechos existen, caballeros. Existen como entidades separadas. Lo que nos

concierno a nosotros es interpretarlos adecuadamente. He estudiado su resumen de la situación, y ahora escucharé su exposición.

Takashi se sentó en el estrado y con un movimiento del brazo indicó a los oficiales que podían utilizar la esterilla al borde del estrado. Wolf y Akuma se arrodillaron, mas Samsonov permaneció de pie.

—Señor de la Guerra, plantee el caso —dijo Takashi.

—Los Dragones de Wolf son un peligro para el Condominio Draconis y para la seguridad de casa Kurita —comenzó Samsonov la exposición en su típica manera altisonante—. Sus oficiales son cobardes, temerosos de perder batallas. Cicatean el uso de sus tropas en detrimento de las operaciones militares que les son asignadas. Y esta práctica, en definitiva, perjudica al Condominio. Fuera de control, los Dragones son una amenaza para nuestras defensas fronterizas contra la imperialista Casa Davion.

Como Takashi no contradijo a Samsonov, el Señor de la Guerra dedicó una feroz sonrisa de victoria a Wolf y se lanzó al análisis detallado de la historia de los servicios prestados por los Dragones al Condominio. Cada vez que le faltaba un nombre, un dato o una estadística, Akuma se lo suministraba, con un tono de voz frío y desapasionado.

Los ataques verbales continuaron por una hora. Cuando Samsonov pareció estar satisfecho con su exposición, con la seguridad de que había sido convincente en sus argumentaciones, alzó su arrogante mirada hacia el Coordinador.

—Seguramente, el Coordinador puede observar que los Dragones, por su propia naturaleza, son un riesgo para el Condominio Draconis. Esa amenaza debe ser eliminada. Sus líderes, que son todos unos criminales, deben ser eliminados.

Takashi había permanecido inmóvil durante toda la diatriba y se dio cuenta de que Wolf había hecho lo mismo, casi como si hubiese hecho oídos sordos a las palabras de Samsonov.

—Ha hablado con firmeza en la descripción de los hechos, Señor de la Guerra.

La mirada que Samsonov le echó a Takashi parecía expresar que no estaba convencido de que el Coordinador realmente apreciase el peligro que él había delineado. Moviéndose lenta y torpemente, el Señor de la Guerra se arrodilló sobre su esterilla.

Takashi dirigió su mirada hacia Akuma.

—*Chusa* Akuma, ¿qué tiene que decir al respecto?

Akuma, desde su sitio, se inclinó con elegancia y se puso de pie.

—Es poco lo que puedo agregar a lo que ya ha dicho el Señor de la Guerra. Como Oficial de Enlace, he trabajado en pro de los intereses del Condominio Draconis, siempre tratando de que los Dragones cooperasen con los planes de Casa Kurita. No ha sido una tarea fácil para mí. Los Dragones son muy tercos e independientes.

»Mis evaluaciones las he realizado por escrito y creo que detallan todo este asunto adecuadamente, Coordinador. Pienso que no hay nada que pueda añadir. Si, en vuestra sabiduría, encontráis alguna área que no he explicado completamente, intentaré, con mis mejores esfuerzos, subsanar el fallo.

—Gracias, *Chusa*. Por ahora no tengo más preguntas para usted. Puede dejarnos y atender sus propias obligaciones.

Akuma aceptó las órdenes con una profunda reverencia y se dirigió hacia la salida de la cámara de audiencias. Al aproximarse a las puertas de madera tallada, éstas se abrieron; el oficial cruzó la puerta con zancadas vigorosas sin volver a mirar hacia atrás. Una vez que las macizas puertas volvieron a estar cerradas, Takashi volvió la cabeza hacia Wolf.

—Ahora, coronel Wolf. Ya ha escuchado las acusaciones contra usted y los Dragones. ¿Qué tiene que alegar?

Wolf permaneció inmóvil. No se inclinó. Cuando comenzó a hablar su voz era calma.

—Los Dragones son lo que son, Coordinador. —A pesar de la suavidad del tono de voz, las palabras eran claras e inconfundibles y se podían oír desde cualquier rincón de la cámara de audiencias—. Su jefatura es inseparable del cuerpo. No aceptarán ningún mando más que los propios. Usted no puede quitar al padre y esperar que la familia acepte un nuevo hombre como jefe de familia.

—Una interesante refutación, coronel Wolf. —Takashi se mantuvo silencioso y quieto por unos instantes. Por el rabillo del ojo podía observar a Samsonov, ceñudo y con la mandíbula contraída por una rabia no disimulada. El Señor de la Guerra estaba expresando abiertamente sus emociones, en contraposición al frío y displicente Wolf—. No ha negado usted ninguno de los cargos.

—Una detallada relación de nuestras acciones desde que nos hemos comprometido con el Condominio Draconis está registrada en el archivo de datos que el comandante Blake ha traspasado a vuestro ordenador. Además, hay una pequeña observación que quiero dejar en claro. Coordinador. Se nos está prejuzgando.

—No tanto. No he tomado ninguna decisión.

—¿Por qué no? —rugió Samsonov, poniéndose de pie de un salto—. La situación es intolerable. Habéis escuchado las pruebas. Habéis visto cómo este gusano cobarde es incapaz de negar todas las canalladas que ha cometido. Exijo que los Dragones de Wolf sean puestos inmediatamente bajo mis directas órdenes. Exijo que Korsht y Dumont sean relevados del mando de sus regimientos. Exijo que los criminales, en especial la sucia Kerensky y el carnicero Arbuthnot, que instigaron la sangrienta represión de la revuelta popular en Kawabe, sean detenidos al instante y sentenciados a muerte por sus atrocidades.

El Señor de la Guerra puntualizaba cada exigencia levantando su puño hacia



Wolf.

—Señor de la Guerra, no exija nada al Coordinador. —La voz de Takashi sonó áspera mientras miraba fijamente a Samsonov—. Los Dragones permanecerán bajo el mando independiente del coronel Wolf.

Samsonov dejó de hacer gesticulaciones, pero su expresión, mientras iba oyendo las palabras de Takashi, comenzó a traslucir su furia. Su color se fue tornando del rojo al púrpura y su respiración se volvió agitada.

—Respetuosamente hago recordar al Coordinador sus obligaciones ante el Condominio —dijo Samsonov con voz casi ahogada.

—Le recuerdo a usted, *Tai-sho*, sus deberes ante mí.

Insultado por el uso de su título de menor importancia y avergonzado por el tono de voz del Coordinador, Samsonov se calló repentinamente, aunque su silencio duró sólo un instante.

—Entiendo. Volveré, por lo tanto, a mi distrito y a mis obligaciones.

El Señor de la Guerra cumplió el formalismo de la reverencia y giró sobre sus talones. Después de que los guardias cerraron la puerta de la cámara de audiencias, Takashi y Wolf pudieron oír los insultos que Samsonov prodigaba a sus ayudantes que habían ido a atenderlo. Un pesado golpe sordo y un estruendo metálico fueron los últimos sonidos del tumulto exterior que pudieron oírse desde la cámara de audiencias antes de que las macizas puertas de teca se cerrasen.

El Coordinador se incorporó de su asiento y comenzó a hablar como si no hubiese ocurrido nada importante.

—Creo que necesito tomar un poco de aire fresco, coronel Wolf. Por favor, acompañeme hasta el balcón. Desde allí podrá apreciar una fabulosa vista de la ciudad.

Wolf siguió los pasos de Takashi. Cruzaron la puerta corredera que comunicaba con el balcón, en donde corría una brisa lo bastante fresca como para sentir cómo atravesaba las ropas. Takashi movió ampulosamente un brazo como intentando hacer resaltar el maravilloso panorama que desde allí se dominaba. La ciudad imperial de Luthien era una de las más bellas ciudades de la Esfera Interior.

—Este es el corazón del reino de los Dragones. Desde aquí, gobierno a más de cuatrocientas estrellas. No es una tarea fácil. Siempre hay asuntos complicados que resolver y decisiones difíciles que tomar. Me absorbe prácticamente todo mi tiempo, de modo que casi no me deja oportunidades para gozar de los pequeños placeres de la vida.

»Cuando nos conocimos en Quentin, percibí que estaba frente a un alma gemela. Un hombre que podía ver más allá de la mezquina rutina diaria de aquellos días. Un hombre con visión. ¿Dónde está ese hombre?

—Si os referís a mí, estoy aquí a las órdenes de mi patrón. Ahora, como en aquel

entonces, simplemente estoy al frente de los Dragones.

—No hay nada simple en eso. Los Dragones son una fuerza formidable. Usted es un oficial extraordinario. Me gustaría seguir contando con los servicios de los Dragones de Wolf.

—Aún no ha sido decidido.

Takashi detectó la amargura del tono de voz de Wolf.

—Las cosas pueden ser mejores: incrementos de recursos, relaciones más adecuadas, asignaciones más generosas...

—Evaluaré su ofrecimiento.

—No lo piense mucho tiempo, mi amigo. Hay personas que consideran una demora como si fuera una negativa.

—¿Os incluís dentro de ese grupo, Coordinador?

—Yo no dije eso, coronel. Su cólera está fuera de lugar.

Takashi volvió a contemplar la ciudad. El resplandor de las luces lo tranquilizó, suavizando la irritación que le había provocado el juego de palabras del mercenario.

—Somos dos hombres muy parecidos. Compartimos una misma manera de ver al pueblo. Deberíamos ser amigos, Jaime Wolf.

—Vuestras palabras hablan de amistad, sin embargo permitís que sucedan cosas como las de hoy. ¿No enseña vuestra filosofía que el hombre ha de ser juzgado tanto por sus hechos como por sus palabras?

—Sí.

—También es la mía.

Takashi se sintió tocado al quedar en evidencia con sus mismas armas.

—Piense bien en lo que ha sucedido aquí el día de hoy, Jaime Wolf. Está en un espacio peligroso. Hay almas hostiles y descarriadas que pueden intentar borrar lo que consideran una mancha en el honor del Condominio. En la peor de las posibilidades, esas... personas... podrían reivindicar que actúan en mi nombre mientras llevan a cabo acciones violentas contra sus Dragones.

Wolf no dijo nada y no demostró ninguna reacción que Takashi pudiese detectar, pero al Coordinador no le preocupaba analizar el *ki* que emanaba de Wolf. Ya había aprendido de sus encuentros en Quentin que aquel mercenario podría oponerse a sus sondeos. Dejó pasar un minuto sin romper el silencio.

—Disfrute de una semana de estancia aquí en la capital mientras analiza mi ofrecimiento. Estaré a su disposición si desea hablar conmigo.

—Lo tendré presente.

Wolf giró y cruzó la cámara de audiencias hacia las puertas, las cuales no se abrieron en forma inmediata. El mercenario quedó de pie, rígido, hasta que los paneles se abrieron lo suficiente como para que él pudiese pasar, y retomó su marcha con paso enérgico.

Takashi esperó en el balcón hasta que vio a Wolf y su grupo salir por el nivel inferior del palacio. Estudió al pequeño grupo mientras caminaban rápidamente a través de los jardines. «No es necesario apresurarse, coronel Wolf», le aconsejó Takashi en silencio.

Para Takashi estaba claro que Wolf se había cuidado de manifestar abiertamente sus pensamientos. Durante toda la reunión, el mercenario parecía estar otra parte. Takashi sabía perfectamente que Wolf se estaba preguntando cuánto había sido simple espectáculo, cuánto había de sincero y en cuánto podría confiar. No había tomado seriamente la oferta del Coordinador. Takashi no creía que Wolf retornase al palacio.

El viaje de regreso a An Ting les llevaría a los Dragones mucho más tiempo que lo que tardaron en llegar a Luthien. No habría, ahora, Naves de Salto del Circuito de Mando esperando para transportar su Nave de Descenso rápidamente desde un punto de salto hasta el siguiente, en donde otra Nave de Salto debería estar aguardando. Esta vez, tendrían que esperar mientras su Nave de Salto recargaba su energía en cada detención del trayecto.

Takashi entró en la cámara lo necesario como para, mirando hacia el techo, ordenar:

—Enviad el holofilm de la reunión al director Indrahara. —Luego volvió sobre sus pasos y contempló nuevamente la Ciudad Imperial. Esta vez, las luces de la ciudad no le otorgaron esa suave sensación de bienestar, tal como había ocurrido unos minutos antes.

La función del Coordinador era una tarea dura. Siempre enfrentado al antiguo conflicto: *ninjo* o *giri*. Era siempre una elección entre sus sentimientos por los demás, que era el modo en que lo conducía su corazón, y la inexorable llamada de su obligación. Como Coordinador del Condominio Draconis, Takashi sabía qué camino debía elegir. Cuando ya todo estaba dicho y hecho, él ya no tenía más opciones.

*Giri*. Los deberes siempre gobiernan al que gobierna. Las decisiones difíciles también deben llevarse a cabo y los sentimientos personales o los deseos siempre quedan subordinados a la ley de hierro de la obligación. No podía permitir que nada pusiera en peligro a su reino mientras tuviese el poder para evitarlo. La amistad no tenía cabida en el mundo del Coordinador, y las personas sólo eran peones en la partida que él jugaba con la historia, piezas que había que mover para mejorar la posición de su Casa. Era un juego solitario.

LIBRO 3

DEBER

**Centro de Comando de la Ryuken-ichi**  
**Región Exterior de Boras, Miseria**  
**Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**

**22 de diciembre de 3027**

El frío aire azotó el rostro de Michi Noketsuna al salir del cuartel general móvil. Rápidamente bajó las gafas que tenía subidas en la frente y se calzó la máscara de respiración que podría calentar y humidificar el seco aire de Miseria. Con las manos, de tacto torpe debido a los guantes térmicos demasiado grandes, colocó los dispositivos de protección en su sitio. Mientras se alejaba del vehículo sintió el humo arremolinado y el vapor condensado que provenía de los motores. A pesar del traje especial contra el frío, Michi no pudo evitar el temblor. Escudriñó por entre la tormenta de nieve, pero no pudo ver ninguna señal de la llegada de la Lanza de Mando.

Michi inclinó el cuerpo para protegerse del viento y se encaminó al cobertizo de vehículos. Aunque la caminata hasta el cobertizo era corta, las ráfagas heladas de nieve y viento le hicieron pensar que había recorrido kilómetros antes de llegar al edificio y entrar agachado por la puerta.

Seis meses atrás había estado en An Ting durante la estación fría, pero Cerant no era nada comparado con este mundo, atrapado en la era glacial. Por qué, se preguntaba sin encontrar respuesta, no habían establecido los cuarteles generales de la Ryuken más al sur, en Laerdal, cerca de las minas de magma. Era cierto que el aire allí tenía un desagradable olor a azufre, pero al menos era caliente.

Desde el refugio del cobertizo, Michi contempló el campo. A través de los remolinos de nieve que generaba el temporal, podía ver al viejo —pero recientemente restaurado— vehículo del cuartel general móvil de la *Ryuken-ichi*. El motor de combustión interna del CGM era nuevo, pero siempre sería un pobre sustituto del original motor de fusión, reemplazado hacía mucho tiempo para ser utilizado en

algún BattleMech. El instrumental electrónico del vehículo era sumamente limitado si lo comparaba con el que disponían los Dragones, pero, al menos, éste pertenecía a la Ryuken. Esto lo hacía superior. El CGM llevaba labrado el orgulloso símbolo de la unidad: un dragón y una *katana*. También llevaba la imagen que Minobu había decretado para el regimiento: una feroz cabeza de felino con un antiguo casco japonés, el *kabuto*. Esos dos símbolos eran el orgullo de Michi, hasta el punto de sentir por ellos más orgullo que por el símbolo que el Condominio había diseñado últimamente, el dragón-serpiente.

Al percibir el sordo ruido de unas pisadas, dirigió la mirada más allá del campo, sabiendo que tenían que ser los BattleMechs. Así era. Por entre los remolinos de viento, divisó los tres oscuros perfiles que se aproximaban desde la meseta, más allá del CGM.

Oculto en parte por el cuartel general, sólo el sector superior de la primera máquina era visible y, por un momento, el blanco torbellino la hizo parecer un blanco dragón olfateando su presa. La ilusión óptica se desvaneció cuando la silueta de la máquina quedó completamente a la vista. Sus macizas patas ocupaban el lugar donde se suponía que debía estar el pescuezo del dragón de nieve, y el morro de la bestia imaginaria era en realidad el prominente torso de un BattleMech. Era el *Dragón del Tai-sa Tetsuhara*.

Michi no había sido el primero en imaginar la figura de un dragón en el perfil de un BattleMech DRG-1N. Su torso central estaba dominado por la alargada configuración de su armamento principal, un afuste de misiles Telos DecaCluster. También contribuía a la semejanza con un saurio la ubicación baja de la carlinga. Muchos 'Mechs *Dragón* se decoraban con imágenes de bocas de dragones, en las que se hacían destacar los blancos colmillos de las bestias para aumentar aún más la similitud.

Desplazándose con pesadez a través de la abierta arcada del cobertizo de vehículos, el BattleMech de sesenta toneladas ingresó en la zona rayada cercana al *Ostroc* de Michi. Una segunda máquina lo siguió poco tiempo después. El cuerpo cilíndrico de la máquina centelleaba a causa de los cristales de hielo que lo cubrían. El *JaegerMech* de Tong se colocó detrás del *Dragón* recientemente llegado y se detuvo con una sacudida. Los carámbanos, negros por el lubricante congelado, se desprendieron del brazo derecho del 'Mech y cayeron con estrépito sobre el asfalto.

El último en llegar fue el 'Mech de Willoughby. El *Panther* parecía liviano comparado con las dos máquinas que lo habían precedido. Willoughby divisó a Michi acurrucado contra la puerta y levantó el brazo derecho de su 'Mech a modo de saludo. El *Panther* se deslizó hasta el lugar de amarre que tenía designado y quedó inmóvil mientras Willoughby comenzaba el procedimiento de cierre.

Con la Lanza de Mando ya a resguardo, las grandes puertas comenzaron a

cerrarse con un ruido sordo. Michi caminó hacia el *Dragón*. A cinco metros sobre su cabeza, Minobu dejó caer la escalera de cadenas que colgaba de la parte inferior del morro del 'Mech y, con su abultado traje contra el frío, descendió desde su 'Mech con movimientos doblemente torpes debido a la dificultad añadida de las superficies congeladas.

Cuando alcanzó el último escalón de la escalera, dio un salto de un metro hasta el suelo y, flexionando las rodillas, cayó suavemente. Nadie podría haber descubierto que sólo una de sus piernas era natural. Antes de saludar a Michi, el *Tai-sa* conversó con los Techs que se habían acercado a realizar el mantenimiento de los BattleMechs. Satisfecho porque el jefe de los Techs había comprendido los problemas que habían surgido durante la salida reciente, Minobu se giró hacia su ayudante.

—¿Cuáles son las noticias urgentes que me trae con este frío, Michi-san?

—Deseo hablar con usted.

Minobu asintió y comprendió que la charla debía ser privada, por lo que hizo un ademán a Tong y Willoughby, quienes se estaban aproximando.

—Id a la sala de descanso y tomad algo caliente —les dijo—. Nos uniremos a vosotros en unos minutos. Os pediré vuestras evaluaciones preliminares sobre el ejercicio.

Los MechWarriors esbozaron unos saludos y giraron sobre sus talones. Michi esperó hasta que desaparecieron tras cruzar la puerta, y luego se volvió para encontrarse con la mirada fija y expectante de Minobu, que lo observaba detrás de sus gafas oscuras de plastividrio. El ruido que producían los Techs en su tarea de mantenimiento impediría que alguien los escuchara.

—¿Es una sabia decisión salir ahora? —preguntó Michi con un tono de voz que no dejaba lugar a dudas acerca de lo que él pensaba que era un proceder sabio.

—Ahora, más tarde... No hay tanta diferencia.

—Ahora no es un buen momento. Ha habido otro combate en Bharyspost. Tres batallones de la Ryuken y dos del comandante Jarrett. Nada serio esta vez, al menos físicamente. Pero éste no será el último incidente.

—Si tiene que haber una explosión, la habrá. *Shigata ga nai*.

Michi apretó los dientes. Minobu solía utilizar esa frase para menospreciar las preocupaciones de Michi y, para disgusto de éste, lo hacía con frustrante regularidad. Desde el accidente, el *Tai-sa* parecía resignado a su suerte, pero esta vez Michi no estaba dispuesto a permitirselo.

—Si usted se va ahora, será el responsable del problema.

—No tiene sentido lo que dice. Usted está aquí para mantener las cosas en orden. En los últimos meses sus responsabilidades han aumentado y, fácilmente, podrá mantener al comandante Jarrett libre del riesgo de acciones imprudentes. Además, el coronel Arbuthnot también estará de viaje hacia An Ting. Sus oficiales no harán nada

drástico mientras él no esté.

—¿Sigue, entonces, con la intención de ir a An Ting?

—Por supuesto. Debo ver a mi familia —dijo Minobu flemáticamente.

Michi no se dejó engañar por la respuesta. Sabía que Minobu no tenía mucha relación con su familia después del accidente.

—Esa no es su motivación verdadera. Podría delegar en alguien esa tarea.

—¿Y cuál es mi real motivación? ¿Ya ha determinado usted qué es lo que yo debería hacer y qué es lo que debería dejar de hacer? —dijo Minobu sin ofuscarse.

—Usted va a hablar con el coronel Wolf —aseveró Michi en tono acusador—. Pronto él estará de regreso en An Ting, ¿no es así? Por eso el coronel Arbuthnot va hacia allí.

—Si es o no el motivo real, mi inquisidor amigo, no se lo diré. Intento hablar con Jaime Wolf. Al menos para saber cómo fue su viaje a Luthien.

—¿Cree usted que lord Kurita ha arreglado las cosas? Seguramente ha hecho caso omiso de las mentiras de Samsonov y Akuma.

—Quizá. —Minobu miró hacia el cielo a través de la ventana. Nubes gruesas, portadoras de nieve, se estaban moviendo desde el nordeste—. Se está acercando una tormenta y no tenemos manera de evitarla. Por lo tanto, debemos prepararnos lo mejor posible.



## **Estación Orbital de An Ting**

### **Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**

**2 de enero de 3028**

—La Nave de Salto *Wolf Pack 1* ha atracado en la plataforma veintisiete —reiteró la voz para quienes podían no haber entendido el primer anuncio en japonés. El locutor expresó la frase con desgana, como si le fastidiase repetir lo obvio.

—¿Ha visto? Le dije que era la nave del coronel. —Susan Lean, una mujer delgada y jovial, parecía demasiado joven como para lucir la estrella de capitán. Estaba contenta por su pequeña victoria sobre sus compañeros capitanes, pero especialmente porque le había ganado a Antón Shadd. Ella consideraba a los integrantes del Séptimo Comando demasiado orgullosos de sí mismos.

—Pero, cuando embarcamos, nos dijeron que sería en la plataforma veintidós —se quejó Dechan Fraser.

—Si mintieron o cometieron un error no tiene demasiada importancia, muchacho —le dijo lentamente Shadd, un hombre macizo y musculoso. Su enorme mano, marcada con una increíble cantidad de cicatrices, jugueteaba con un cigarrillo aún sin encender. Vestía un uniforme que parecía demasiado nuevo para ser de alguien que había servido durante tanto tiempo en los Dragones. El anuncio de la inminente llegada de *Wolf* había eliminado el mal humor que dominaba a Shadd desde que habían transbordado a la Estación *Hefaistos*.

—Lo importante es que nos encontremos con el coronel cuando suba a bordo.

Dicho esto, Shadd tiró su cigarrillo y se encaminó por el pasillo. El cuarto miembro de su grupo iba un paso más adelante. Las largas piernas de William Cameron lo mantenían en la delantera mientras los Dragones iban a paso ligero por el extenso y curvado corredor. Los pasajeros que estaban a la espera de transporte y la dotación de la estación, uniformada con trajes grises y marrón oscuro, se apartaban del camino del decidido grupo. Este pasó ante varios monitores de control de la

estación, fácilmente identificables por la chapa en el pecho, pero ninguno de ellos cuestionó la prisa del cuarteto.

Cameron giró hacia la sala de espera de la plataforma veintisiete y se paró de improviso, lo que provocó que sus compañeros Dechan y Lean chocasen contra él y casi lo tirasen al suelo. Shadd logró evitar la colisión pasando al lado de la *mélée* de Dragones y llevó la mano hacia el arma, pero se detuvo cuando vio el porqué de la frenada brusca de Cameron.

Reposando despreocupadamente en el área de recepción, se hallaba el *Chu sa* Jerry Akuma. Vestido con el uniforme de servicio de la Ryuken, el hombre lucía inmaculado, como siempre. En su pecho brillaba fríamente la cadena que proclamaba su posición de Oficial de Enlace. Akuma, que estaba con sus pulidas botas apoyadas sobre el borde de una mesa baja, se puso de pie y adoptó una pose de indiferencia. Parecía no estar en absoluto sorprendido por la repentina aparición de los Dragones.

Shadd adivinó una media sonrisa en el rostro de Akuma y un brillo divertido en sus ojos, como si algo hubiese sucedido de la manera que él había previsto. Era una victoria insignificante que no costaría nada a los Dragones, se dijo Shadd obligándose a relajarse. Akuma no era la clase de amenaza que podía combatir con una pistola láser. Aún no, al menos, agregó para sus adentros dejando que su expresión de desprecio ante la maniobra de Akuma se le trasluciese en la cara.

«Este hombre es una pequeña sorpresa —pensó Akuma—. No usa la denominación de un MechWarrior. Sin embargo, se comporta como uno de ellos, no como un apoyo de tropa a medio entrenar ni como un oficial de la comandancia fuera de estado. Sus reacciones son rápidas y adaptadas al mundo de una manera en que un MechWarrior no lo está. Es casi tan astuto como Quinn, tranquilamente de pie en una esquina. Este Dragón no tiene ese defecto tan común de los pilotos MechWarrior de creerse invulnerables. Es un hombre que confía en sí mismo y que sabe qué es lo que puede hacer. Un elemento interesante entre los Dragones. Me pregunto si no será una anomalía, o quizá será que hay algunos Dragones que se apartan del denominador común».

Cuando Akuma vio la forma en que Shadd se relajaba y bajaba la guardia antes de detectar a Quinn, pensó que quizá, después de todo, ese hombre no era tan peligroso. Ni siquiera un batallón de Dragones como ese capitán podrían hacer mucho para detener lo inevitable. Aquellos que se distendían ante la presencia de un peligro potencial no eran una amenaza.

—Adelante, oficiales —invitó Akuma—. Supongo que están aquí para encontrarse con el coronel Wolf. El desembarque está completando su ciclo de descompresión, de modo que no tendrán que esperar mucho tiempo.

Los oficiales Dragones entraron con cautela en la sala de recepción y se distribuyeron en los distintos asientos del área. Akuma percibió que Shadd giraba

levemente la cabeza al ver al hombre alto y rubio, vestido íntegramente de negro, que estaba acodado en un rincón. Aun cuando Akuma sabía perfectamente que Quinn estaba atento a todo lo que ocurría, advirtió que el hombre no movía un solo músculo ante la aparición del grupo de Dragones. Shadd fingió hacer caso omiso de la presencia del kuritano, una actitud que divirtió a Akuma.

El ruido proveniente de las puertas interiores de la cámara de desembarque atrajo la atención de todos. Los cilindros neumáticos zumbaron al ser liberados los cerrojos que sellaban el área de desembarco de la Nave de Descenso y la separaban de la zona de recepción. La pesada puerta de metal se deslizó hacia adentro de la pared, dejando a la vista las siluetas de siete personas que se iban acercando por el túnel de unión. Eran siete sombras sobre un fondo iluminado, irreconocibles hasta que no llegasen a la luz de la sala de recepción. Las sombras se transformaron en personas cuando Wolf y sus cinco oficiales entraron en la estación orbital de An Ting. La séptima persona era un oficial kuritano que saludó con una solemne reverencia a Akuma y luego a Wolf para luego retirarse caminando con grandes zancadas y sin mediar palabras con nadie.

El rostro de Wolf tenía una expresión tan sombría que no se necesitaba ser un maestro de *ki* para saber que estaba de mal humor. Akuma sabía que probablemente sería porque el Comando Espacial de Kurita había denegado el vuelo de la Nave de Descenso, desde la Nave de Salto hasta la Estación *Hefaistos*, mientras no hubiese a bordo un oficial escolta.

Wolf, que había visto a Akuma y a su hombre en un rincón de la sala, deliberadamente hizo caso omiso de su presencia dándoles la espalda y, dirigiéndose a su grupo de oficiales, preguntó:

—¿Qué es lo que está pasando aquí?

Cameron carraspeó para llamar la atención de Wolf sobre sí y, echando una mirada a Akuma, comenzó a balbucear:

—Ah..., coronel...

Wolf levantó una mano para interrumpirlo y, sin bajarla, giró el cuerpo para mirar con gesto adusto hacia el sitio en donde estaba Akuma. El kuritano se mantuvo firme aun cuando Wolf hizo un gesto con la cabeza señalando la dirección del pasillo.

Akuma fingió entender ese gesto de Wolf como una invitación a conversar.

—No entiendo la renuencia de sus oficiales a hablar. Cuando entraron aquí parecían ansiosos por verlo llegar. —De pronto fingió una expresión de sorpresa—. Ah, quizá tengan que comunicarle alguna cosa desagradable acerca del Condominio. Dejémoslos ser francos.

Después de todo, soy vuestro Oficial de Enlace. Si hay quejas, usted debería ventilarlas en mi presencia. Puede haber algo que yo podría resolver.

—No importa si él está presente o no, coronel. Supongo que en esta estación no

hay ningún sitio seguro para hablar sin ser espiados —dijo el comandante Stanford Blake acercándose. Su hostilidad se traslucía en el tono agrio de su voz.

—Bueno, Cameron, ¿qué es lo que sucede? —preguntó Wolf.

—Bien, coronel, la cosa es así —comenzó a hablar sin mucha decisión Cameron—. Ha habido muchas fricciones con los draconianos desde que usted se fue. Nuestra reputación entre los civiles se ha visto repetidamente socavada por las mentiras de los medios de comunicación kuritanos. Y estamos recibiendo el mismo tratamiento injusto en todos los planetas con guarniciones. El resultado de toda esta maniobra se ha visto reflejado en manifestaciones, protestas, huelgas y reyertas, pero nada que no nos haya sido posible controlar. Hasta ahora. Las tropas se sienten provocadas, coronel. Creo que se está gestando un problema.

—¡Gestando! —explotó Dechan Fraser, quien durante el relato de Cameron había estado impaciente—. ¡Ya ha nacido, diría yo! No le dé más vueltas al asunto, Cameron.

—Con tranquilidad, capitán Fraser —le aconsejó Blake.

—¿De qué estáis hablando, hijos? —preguntó Wolf con serenidad, aunque en su semblante se dibujaba la preocupación.

—Anoche hubo una trifulca. Algunos *dracos* se hirieron entre ellos mismos.

—¿Se hicieron mucho daño?

—Hay muertos —le contestó Dechan con la mirada fija en el suelo.

—¿Qué fue exactamente lo que sucedió? —El tono de Wolf era sereno, pero ahora era una calma casi glacial.

Dechan titubeó y Shadd se le adelantó.

—Cinco miembros de la compañía de Fraser, tres de la de Lean y dos de mis..., eh..., amigos estaban fuera de servicio pasando el rato en un bar llamado Munnan. Es un sitio agradable. Desde que nuestra gente comenzó a frecuentarlo, todos los clientes son Dragones o amigos. Los vecinos de la zona ya sabían eso, pero anoche el bar estaba atestado. Supongo que habría algún festival o algo por el estilo. Había gente de otras ciudades, algunos Jocks de la Ryuken y unos pocos regulares, pero principalmente eran forasteros. El ambiente estaba bastante bullicioso, y algunos de los forasteros comenzaron a decir cosas acerca de los Dragones. Algunos de los nuestros se sintieron ofendidos y respondieron con los puños. Cuando pasó todo, teníamos a cinco de los nuestros heridos, uno en estado crítico. También había tres *dracos* muertos. Todos iban vestidos de paisano.

—Esto es muy desagradable, coronel Wolf —dijo Akuma con indignación—. Estoy horrorizado de la incapacidad de los Dragones para contenerse a sí mismos.

—Aquellos pendencieros sólo recibieron lo que se buscaron —insistió Dechan.

Shadd puso la mano sobre el hombro de Dechan con la intención de calmarlo.

—Tranquilízate, chico —le dijo, apretándole el hombro. La presión de la mano

fue más efectiva que las palabras.

—La pelea fue limpia y justa. Aquellos *dracos* jugaron con fuego y resultaron quemados —agregó Shadd, dirigiéndose a Wolf.

—Habrá consecuencias —señaló Blake—. Estoy seguro de que habrá testigos presenciales que dirán que los Dragones fueron quienes iniciaron la provocación.

Akuma pasó por alto la observación del oficial de inteligencia y desvió la mirada hacia el rostro de Wolf. Quería observar cómo reaccionaba el coronel mercenario ante estas argumentaciones que le presentaban sus oficiales, pero la expresión de Wolf no le dio ninguna pista.

—Quizás —opinó Akuma— eso haya sido lo sucedido. Quizá sus tropas pensaron que podían aprovechar la oportunidad de la fiesta de final de año para esconder sus acciones criminales. Quizá provocaron a civiles inocentes para crear la violencia necesaria que tranquilizaría sus impulsos salvajes. Una provocación deliberada realizada por un guerrero entrenado contra un pacífico civil puede considerarse asesinato.

—¡Asesinato! ¡Aquellas Serpientes no eran ni civiles ni pacíficos! Han mandado a cinco de los nuestros al hospital. ¡Debemos prepararnos!

—¡Fraser! —lo cortó Wolf—. ¡Basta!

—Este incidente puede conducir a otros peores —dijo Akuma con tono amenazador.

—¿Como, por ejemplo, la intervención del ejército draconiano? —replicó Wolf indignado.

—La intervención militar sería la solución más drástica, coronel. En esta situación no sería, por cierto, lo que yo recomendaría. Sus propios oficiales acaban de mencionar que las tropas estaban gozando de su día franco de servicio. Por los términos de las cláusulas del contrato, están dentro de la jurisdicción de las leyes civiles si han abandonado los enclaves militares estando de franco. Por lo tanto, esto parecería ser un asunto civil que debe ser tratado por el Cuerpo de Vigilancia Civil, pues entra en la jurisdicción del Ministerio de Justicia. Si una investigación demuestra la culpabilidad de sus oficiales, éstos pagarán por sus crímenes. Mientras tanto, cuento con que los soldados en cuestión y los otros involucrados en el caso, como testigos o participantes secundarios, permanezcan en el planeta.

Varios de los Dragones refunfuñaron, cosa que agradó a Akuma, aunque se cuidó de no demostrarlo. Su voz continuó suave y tranquila.

—Le aseguro, coronel Wolf, que no habrá intervenciones militares en problemas civiles.

—No nos lo pondrá fácil, ¿no es así?

—¿Qué es lo que me quiere decir, coronel? —preguntó Akuma simulando un desconcierto que, por supuesto, no sentía.

—Está bien. Le seguiremos el juego, por ahora.

Wolf se giró hacia Cameron y le ordenó:

—William, haz los preparativos para traer a Kormenski y su gente a *Hefaistos*.

—¿Y qué haremos nosotros? —Shadd habló en nombre del resto de los capitanes.

—Quiero que vosotros cuatro vengáis conmigo y con Blake en el *Wolf Pack 1*. En marcha. —Mientras los Dragones se ponían en movimiento cumpliendo las órdenes, Wolf se volvió hacia Akuma, como si un repentino pensamiento hubiese cruzado por su mente.

—Como nuestro Oficial de Enlace, ¿responderá algunas preguntas concernientes a nuestra interacción con el Condominio Draconis?

—Por supuesto, coronel. Ese es mi trabajo.

—¿Por qué no he oído nada acerca de estos problemas en el camino desde Luthien?

Akuma abrió las manos para expresar su impotencia.

—No tengo noticias de esta pérdida de información. Mi oficial ha ido adelantando informes regulares a los sistemas en su ruta. Tendría que haberlos tenido a su disposición. ¿No los ha recibido?

La única respuesta de Wolf fue su gesto adusto.

—Soy un simple soldado, coronel Wolf, no un experto de ComStar. Quizás usted debería hablar con ellos, porque son quienes dirigen todo lo referente a comunicaciones interestelares. Tal vez debería preguntarles también a sus oficiales. Si no ha recibido informes de ellos, puede ser que haya sido por temor a tener que notificarle sus propias negligencias e incompetencias.

Wolf levantó la cabeza ante la última aseveración. Akuma sabía que era falsa, pero una vez más se sintió gratificado por el hecho de producir la cólera de un Dragón. Wolf no lo creería, pero sólo el pensar en no poder confiar en sus propios hombres le produciría una sensación de impotencia. Sería como un gusano que corroería la confianza que el mercenario tenía en sus subordinados, una semilla a ser cosechada en el momento más adecuado.

—¿Por qué las comunicaciones de los Dragones dentro del sistema han sido interferidas? —preguntó Wolf, haciendo caso omiso de las deducciones de Akuma.

—No sea paranoico, coronel. Las interferencias forman parte de un plan de prácticas de mi *Ryuken-ichi*, cuyas maniobras habrán concluido en pocas horas. Hasta tanto, usted y tantos otros se han visto afectados por los ensayos. Pronto podrá realizar todas las comunicaciones que desee. —Luego, en un deliberado intento de aumentar la irritación de Wolf, agregó con tono altivo—: Estoy impaciente por ver cómo manejará este asunto.

Akuma comenzó a caminar hacia el túnel de la Nave de Salto, y Quinn fue tras él. Wolf quedó solo, de pie.

—¿Bajamos? —lo invitó Akuma.

Wolf le respondió con una fría mirada, pero, apretando los dientes, lo siguió.

## **Mansión Hoshon, Cerant, An Ting**

### **Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**

**2 de enero de 3028**

Minobu vagó por la casa luego de haber empaquetado las cerámicas. Lo único que quedaba por ordenar para el embarque era el equipo de *kyudo*. Las cosas seguían su curso normal, con los trastornos lógicos de cualquier mudanza. Sin embargo, un leve sentimiento de intranquilidad lo fastidiaba. Algo iba mal, algo no estaba en su lugar.

La Mansión Hoshon había sido su casa por casi cinco años, y esos años habían sido muy completos. Su hijo primogénito, Ito, se había inscrito en la Academia Sun Zhang y había sido aceptado, lo que lo había llenado de orgullo a la vez que le producía un secreto alivio. Su hija Tomoe había crecido, pasando de ser una torpe alborotadora a una hermosa jovencita de suaves maneras. El pequeño Kiyomasa, ciertamente ya no tan pequeño, se había convertido en un robusto joven que prometía seguir los pasos de su padre y llegar a los dos metros de altura en pocos años. Aquel muchacho tendría problemas para caber en el habitáculo de cualquier 'Mech.

Habían sido unos años muy buenos y la mansión había estado llena de afecto y felicidad. También habían tenido días sombríos, pues los asuntos de trabajo se habían tratado en la casa con demasiada frecuencia. El recuerdo más oscuro que le proporcionaba la casa era la casi separación de Tomiko después de su accidente en Barlow's End. Al principio a ella le había sido imposible aceptar las consecuencias del accidente y rechazaba mirarlo si no estaba vestido. Aun vestido, su mirada se desviaba para evitar ver la mano de plástico negro que sobresalía de su manga. Sin embargo, ya todo eso había pasado, como todas las cosas que suceden en el universo.

Durante el último permiso de Minobu para abandonar el regimiento, Tamiko dejó de lado su rechazo por la pierna y el brazo artificial y volvió al lecho conyugal. Ella evitaba tocar las prótesis, pero eso era comprensible. Ni ella ni él se habían acostumbrado a la sensación que producía rozar esas secas y rígidas superficies de



plástico.

Más tarde, Tomiko le había confesado entre lágrimas que Marisha Dandridge había sido la artífice de su retorno. El sabio consejo de la compañera de Wolf la había ayudado a recapacitar en que Minobu no había cambiado y que aún era su marido pasara lo que pasase. Tomiko finalmente había entendido que la esencia del hombre que amaba estaba aún allí.

A pesar del alivio que le produjo el retorno de su mujer, Minobu tuvo que soportar el golpe del contrasentido del motivo que la había decidido a regresar. Había regresado porque creía que él era el mismo de siempre. Sólo que él sabía perfectamente que ya no lo era.

Por ciego, seguía amando a Tomiko. Podía perdonarle su estúpido comportamiento en el asunto de sus miembros artificiales. Tal reacción era casi lógica en una mujer, más aún en una como Tomiko, tan preocupada por las apariencias. Su amor por ella aún era muy fuerte, pero él no se sentía el mismo hombre que se había casado con ella hacía ya dieciséis años. Estos últimos cinco años lo habían hecho cambiar.

Las raíces de aquel cambio se remontaban a Dromini VI, cuando se le encomendó una acción cuyo resultado fue su relevo como comandante. Minobu nunca llegó a entender el porqué, pero jamás osó preguntarlo. La obligación de un samurái era obedecer, no hacer planteos. En realidad, esa firme creencia en los deberes de los militares fue la que lo mantuvo a salvo de la desesperación. Sin embargo, los mensajes que había recibido eran contradictorios: por un lado su destitución y por otro la promoción que la acompañó. Y luego le llegó otra promoción, esta vez junto con una advertencia que le indicaba que todo era una farsa. De modo que, cuando fue asignado a los Dragones, Minobu era un hombre muy confundido.

Ahora, años después, sabía que ese nombramiento había sido un momento decisivo en su vida. Su confusión comenzó a disiparse en el mismo momento en que empezó a darse cuenta de que muchas de sus suposiciones, largamente sostenidas, eran falsas. El honor era lo que lo había sostenido durante todos estos años. Y el honor era, después de todo, el fundamento de la existencia de un samurái.

En esa etapa de su vida conoció a Jaime Wolf, un hombre con nombre de bestia rapaz pero con el corazón de un verdadero guerrero. Otra contradicción, pero Minobu había sido lo bastante curioso como para no contentarse con una simple visión superficial. En el interior del coronel mercenario, Minobu había encontrado a un hombre que creía en el honor, y ese hombre se transformó en su amigo. La amistad le había hecho cambiar la forma en que consideraba a quienes tenía a su alrededor. Minobu no podía precisar cuándo se había producido el cambio, pero la transformación aún continuaba y lo afectaría por toda la vida.

Oh, no, ciertamente que no era el mismo hombre con quien Tomiko se había

casado.

No obstante, seguía siendo el leal samurái kuritano Minobu Tetsuhara, e incluso más fuerte que antes de haber conocido a Jaime Wolf y a sus Dragones. Después que lord Kurita lo removió del Segundo de Espada de Luz, Minobu había perdido su paz interior y con él, su *ki*. Sus años de leales servicios como Oficial de Enlace y la confianza fomentada por la amistad de Jaime lo habían ayudado a recuperar su equilibrio y a renovar su fortaleza interior. Después del terrible accidente en Barlow's End, había sido capaz de invocar a su *ki* para fortalecerse en el proceso de recuperación. Esta vez, no había perdido *muga*. Su paz alimentaba su *ki* y eso lo ayudó a superar el proceso de rehabilitación con más rapidez de la que los médicos esperaban. Ellos no creían en el *ki* y se burlaron de sus explicaciones, pero eso no alteró la verdad.

Su *ki* le dijo que había algo en su mansión que hoy no iba bien. Fue sólo una sensación de intranquilidad..., una sensación de engaño lo que lo invadió. No había ningún indicio de un peligro inmediato, ningún foco de perturbación.

Un sirviente pasó de prisa por el pasillo que conducía al jardín llevando un paquete envuelto. Tan ocupado estaba con su tarea que apenas tuvo tiempo para saludar a su amo con una leve reverencia. «Una mudanza —pensó Minobu— desbarata todos los esquemas de la rutina diaria».

Decidió que sólo podía existir una explicación para sus sentimientos de inquietud. Esto era, después de todo, algo más que un simple traslado. Tomiko y los niños no podrían unirse a él en Miseria, pero irían a la casa de la familia en Awano, en donde estarían seguros. Dado el estado de cosas entre los Dragones de Wolf y Casa Kurita, no podía permitirse el riesgo de que su familia lo acompañase a Miseria. Como medida de protección, Minobu había resuelto mantener el secreto del destino, de modo que ni siquiera Tomiko lo sabía. Aunque el engaño estaba basado en buenas intenciones, la falta de armonía con el resto del universo debía de agravar su sensación de perturbación.

Minobu caminó por el pasillo hacia el dormitorio. Desde la puerta de entrada podía ver a Tomiko y a Marisha atareadas ordenando cuidadosamente pilas de ropas dobladas, trasladándolas de un cofre a otro, mientras debatían la mejor forma de empaquetar el guardarropa. De su charla, Minobu pudo deducir que Tamiko pensaba que lo acompañaría a Miseria, como lo haría cualquier esposa amante de las obligaciones con su marido. Él estuvo de pie sólo unos pocos instantes antes de que ella se diese cuenta de que estaba observándolas. Tomiko le sonrió, pero su sonrisa se diluyó ligeramente cuando percibió que su marido estaba preocupado.

—El empaquetado está llevando más tiempo del previsto, esposo. Espero que terminemos a tiempo —le dijo, confiando en que sus preocupaciones sólo fuesen por ese motivo—. ¿Cuándo partiremos hacia Miseria?

—Regreso mañana al regimiento.

—¡Mañana! Entonces será mejor que fin... —Tomiko se calló sin terminar la frase, dándose cuenta de lo que él había querido decir—. ¿Tú solo? Pero, si te vas solo, ¿por qué estamos empaquetando las cosas mías y de los niños?

—Porque os vais de An Ting.

Tomiko miró fijamente a Marisha. No hizo falta decir ninguna palabra más; Marisha entendió el pedido. Pidió disculpas para ir a verificar los paquetes de Tomoe. Una vez que Dandridge se hubo ido, Tomiko miró severamente a Minobu.

—¿Tienes alguna explicación, esposo?

—Sólo que debo ir a Miseria. No es un mundo para esposas e hijos. —Cortó sus objeciones colocando un dedo cruzado sobre los labios de su esposa, en señal de silencio—. Entiendo tu devoción, esposa. Pero no quiero oír protestas. Irás con los niños a Awano.

—Awano... —Tomiko se giró dándole la espalda y bajó la cabeza, entristecida—. Hay algo más que esas condiciones de vida que tiene Miseria.

—No, sólo es eso.

Cuando Minobu se acercó a ella y la cogió por los hombros, Tomiko se estremeció ante su abrazo. Ella lo conocía muy bien y había percibido que le estaba mintiendo. Minobu bajó las manos e, impotente, se quedó con la vista perdida mirando al campo de tiro a través de la ventana entreabierta. En el extremo más alejado del campo, vio que un sirviente, el que momentos antes se había cruzado con él en el pasillo, desaparecía por entre las sombras de la torre. Minobu anheló poder desaparecer con tanta facilidad.

Tomiko se volvió hacia su esposo y levantó su mano para acariciarle la cara, evitando tocarle las cicatrices de la cirugía reconstructiva. La suave presión de las yemas de los dedos lo hizo regresar de sus pensamientos.

—¿Puedes decirme, mirándome a los ojos, que sólo es debido a las duras condiciones de vida de Miseria?

La mirada de Minobu se encontró con los ojos de ella. Se dio cuenta de que no podía decirle todo lo que temía. Perdido en sus cavilaciones, no le contestó; y ésa era, en realidad, una forma de respuesta que Tomiko comprendió.

—Me has dejado de lado. Cada vez me tienes menos en cuenta.

—No es así —le respondió mientras le secaba una lágrima que iba cayendo por la mejilla.

—No hagas esto, esposo. He cambiado. Verdaderamente, cambié. Ahora puedo aceptarlo —le dijo tocándole el brazo artificial. Había una especie de ruego en su voz. Luchaba contra la repugnancia que aún trataba de disimular—. Podemos volver a conseguir lo que teníamos —agregó Tomiko con un hilo de voz.

—Sí, efectivamente has cambiado. Pero ahora no me entiendes. No deseo

interponer un abismo entre nosotros, Miko-*chan*, pero no podéis venir conmigo a Miseria.

—Entonces, al menos, déjame estar contigo ahora —sollozó mientras lo rodeaba con los brazos.

Él respondió al abrazo con su brazo natural y luego, cuidadosamente, con el artificial. Ella no se sobrecogió. En cambio, se apretó mucho más a él con una intensidad como nunca antes había demostrado. Se besaron, respondiendo al deseo de ambos. Su pasión los llevó hasta el *futon*, tras dejar sus ropas esparcidas por el suelo.

Mientras yacían tranquilamente después de haber estado haciendo el amor, Minobu sintió el regreso de esa fastidiosa tensión que horas antes lo había preocupado. Era como una llamada de sirena, un mensaje que no podía ni comprender ni desoír. Lo empujaba hacia la acción, pero no le decía cuál era la acción ni cuál sería su objetivo. Sólo presentía que no debía permanecer quieto.

Tomiko dormitaba recostada sobre el costado derecho de él, lejos de las partes artificiales de su destrozado lado izquierdo. No deseaba tener que perturbar su sueño pero debía levantarse. Tan amablemente como pudo, fue deslizando su brazo, en donde ella estaba apoyando la cabeza. En medio del sueño, el movimiento apenas la perturbó, pero algo había sentido, ya que volvió el cuerpo hacia el lado opuesto. Libre para incorporarse, Minobu se levantó y se colocó el kimono. Cuando se estaba poniendo la faja, se percató de que su esposa lo estaba observando con sus enormes ojos llenos de tristeza y preocupación.

—¿Qué es lo que sucede, esposo?

—Alguna cosa está mal —le dijo mientras enrollaba la faja en la cintura.

—¿Conmigo?

—En absoluto. No sé que es, pero no es un problema entre nosotros dos. Al menos eso es un alivio.

—Entonces deberías descansar. Vuelve aquí, debajo de las mantas —lo invitó tendiéndole los brazos. La cálida luz que entraba en la habitación hacía que su piel brillara con la luminosidad del alabastro.

Minobu se sintió tentado. Muy tentado.

—Creo que me encontraría muy a gusto bajo esas colchas.

La sonrisa de Tomiko aumentó su deseo.

—No, Miko-*chan*, no puedo. Lo deseo mucho, mas no puedo. —Era la verdad. Sentía que la intranquilidad iba creciendo dentro de él. No podía volver a caer vencido entre sus brazos.

—*Shigata ga nai*. Haz lo que tengas que hacer. Lo entenderé.

—Lo sé.

Minobu caminó hacia la terraza, como si estuviera viviendo en otro plano, con Tomiko olvidada detrás de él. Fuera lo que fuese lo que lo preocupaba, no estaba en

la casa. Con la brisa fría atravesando la fina tela del kimono, ese sentimiento se intensificó. Sí, la fuente de su intranquilidad estaba en algún sitio fuera de allí.

Esa incomodidad se cristalizó en un claro aviso de peligro, una sensación que Minobu jamás había experimentado fuera de un campo de batalla. Instintivamente giró la cabeza y enfocó los ojos en el extremo de la torre. Allí, agachado en el balcón del tercer nivel, había alguien. La sombra borrosa manipulaba un objeto alargado que brilló fríamente a la luz del atardecer. Un rifle.

Confiando en su *ki*, Minobu actuó.

Con un encogimiento de hombros y un giro del torso logró liberarse de la prenda que lo limitaba. La piel oscura y el plástico más oscuro aún, se confundían bajo los últimos rayos de sol de la tarde. Minobu abrió la vitrina en donde guardaba su equipo de tiro y cogió un arco. Sus músculos se tensaron mientras doblaba el arco para colocar la cuerda en su posición. Con una flecha en la mano, volvió a mirar hacia la torre una vez más.

La figura estaba inclinándose contra la baranda. El hombre del rifle preparó el arma apoyándola sobre el borde mientras avistaba algún objetivo en la ciudad. El presentimiento del peligro de Minobu había sido certero.

Colocó la flecha en el arco y suavemente lo levantó hasta la altura de la cabeza; miró fijamente el blanco y soltó la cuerda. Un suave silbido acompañó el trayecto de la flecha, la que dio en el objetivo justo cuando el hombre disparaba su arma.

El arma centelleó en el aire mientras caía desde la torre.

La oscura figura se desplomó.

Fue demasiado tarde.

## **Plaza Central, Cerant, An Ting**

### **Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**

**2 de enero de 3028**

El coche de Akuma fue disminuyendo progresivamente la velocidad a medida que se adentraba en la ciudad de Cerant. Al llegar a la Plaza Central el conductor tuvo que detener totalmente el vehículo. El coche, a pesar de llevar las banderas del Condominio Draconis en el capó, no podía seguir su trayecto. La plaza y las calles que conducían a ella estaban obstruidas por la gente. Gente muy encolerizada.

—Parece que tiene un comité de recepción, coronel Wolf —comentó Akuma señalando la aglomeración de gente que se extendía más allá de las ventanillas del coche. Wolf y Blake observaron la multitud pero no dijeron nada. Quinn parecía inconsciente de lo que sucedía a su alrededor.

Wolf miró por la ventanilla trasera para comprobar que el segundo coche aún se mantenía detrás del de ellos, y advirtió que se había detenido con su parachoques casi tocando el del coche de Akuma.

—¿Verificando que sus impulsivos amigos no se hayan metido en problemas, coronel?

—Sólo me aseguro de que su conductor no tome por el camino equivocado.

—No hace falta que se preocupe por eso —replicó Akuma, para luego ordenarle al conductor—: Conductor, acerque el coche lo más posible al Cuartel General de los Dragones. No queremos que nuestros pasajeros tengan que caminar demasiado.

El coche siguió deslizándose a ritmo muy lento pero regular. Aun los elementos más radicales y vociferantes de la multitud se apartaban del camino del coche cuando se daban cuenta de que el vehículo pasaría tanto si se moviesen como si no.

La atención del gentío estaba dirigida hacia el Cuartel General Administrativo, en donde había un cordón de soldados formado al pie de la gran escalinata de entrada. Cada soldado de la tropa estaba provisto de un Ceres MM-22 Crowdbuster, un fusil

de un extraordinario poder. El aparatoso volumen del arma era intimidatorio, y su equilibrado peso permitía que fuese fácilmente utilizada como una cachiporra.

Dos oficiales Dragones, situados en el medio de la escalinata, dividían su atención entre observar el comportamiento de la multitud y organizar una barricada que uniese ambas columnas del pórtico de entrada, generando un perímetro fácilmente defendible. Las puertas principales estaban flanqueadas por dos refugios erigidos con sacos de arena, cada uno de ellos con un láser semiportátil y una dotación de soldados. La artillería pesada que habían instalado los Dragones era una declaración tácita de su decisión de responder a la violencia de la multitud con alto poder de fuego.

Más allá del cordón militar, la multitud rugía mientras prendían fuego a un muñeco de paja vestido con el uniforme de los Dragones. Este ardió con la voracidad que otorga la conjunción de la paja con la gasolina, y durante el fugaz espectáculo la gente se acercó a la hoguera para escupirla. Cada vez que las llamas se avivaban por efecto de la brisa, la muchedumbre gritaba con más intensidad. No había ningún indicio de que en los alrededores hubiese la más mínima presencia de representantes del Cuerpo de Vigilancia Civil, quienes habrían sido fácilmente distinguibles por sus uniformes a rayas rojiblancas.

El coche de Akuma debió detenerse ante los restos de un carro, similar a los que se utilizaban en los festivales. La aglomeración no permitía que el conductor pudiese maniobrar con soltura al vehículo. El coche que venía detrás no hizo más que complicar las cosas, cerrando la posibilidad de que el primer coche retrocediese. Aún quedaban unos veinte metros para llegar hasta los escalones del Cuartel General de los Dragones.

—No podremos acercarnos más, *Chu-sa-sama* —le dijo el conductor a Akuma.

Wolf alargó la mano para coger la manija de la puerta.

—Vaya con cuidado, coronel —le advirtió Akuma.

—No puedo reconocerlo en su faceta de persona preocupada por nosotros —le replicó Wolf con frialdad.

Blake sonrió ante el sarcasmo de su coronel.

—No me importaría verlo víctima de una violencia fortuita.

Wolf abrió la puerta y se quedó de pie al lado del coche. Tan pronto como el coronel consiguió hacer el espacio suficiente entre el coche y su cuerpo, Blake lo siguió. Ya fuera del interior insonorizado del vehículo, pudieron oír los abucheos, las burlas y las recriminaciones que la gente lanzaba a los soldados Dragones. «Cobardes» y «renegados» eran los epítetos más suaves que se oían entre la furia generalizada. Repentinamente, una voz se destacó entre la barahúnda; decía a gritos que los Dragones eran unos asesinos desenfrenados de inocentes, y los llamó *teki*.

Wolf observó con detenimiento a quien había hablado, en tanto la multitud

comenzaba a corear:

—¡Enemigos! ¡Enemigos!

—No pierdas de vista a aquel de túnica roja, Stan —ordenó Wolf mientras comenzaba a forcejear, intentando abrirse paso entre la muchedumbre, para dirigirse a donde estaba el agitador. Era demasiado bajo como para poder ver por sobre las cabezas de la gente, por lo que confiaba en las directivas que le iba dando Blake, quien le corregía el curso a medida que el objetivo iba cambiando de posición.

Un inesperado movimiento de la masa de gente hizo que súbitamente se encontrase a las espaldas de su presa. Acortó con rapidez la distancia que lo separaba del hombre y, de un manotazo, lo cogió por el hombro.

—¡Eh, tú! —Wolf impostó la voz al mejor estilo de un comandante de campo, hablando en japonés para que toda la gente lo entendiese—. Tienes una gran boca para ser alguien que necesita esconderse entre la multitud. Si tienes alguna acusación, debes decírmela a la cara. Soy Jaime Wolf.

El hombre se volvió hacia el coronel Wolf. Medía treinta centímetros más que él y tenía la musculatura de un luchador profesional. Sacó pecho, tensó los músculos y miró con desdén al mercenario que no le llegaba al cuello. La facilidad con que realizó esos movimientos demostraban que estaba habituado a intimidar a la gente con su sola presencia, en especial a aquellos que eran más pequeños que él.

Wolf no se dejó impresionar.

—¿Has perdido las ganas de hacer discursos ahora que hay alguien que te pide cuentas por tus mentiras? —le espetó Wolf.

Los ojos del hombre se empequeñecieron bajo sus tupidas cejas. Echó una rápida mirada por sobre el hombro de Wolf, quien, confiando en que Blake lo cubriría ante cualquier traición, se giró para seguir la línea de la mirada del agitador. Había mirado hacia el coche de Akuma, quien había descendido del vehículo y se había quedado de pie al lado de la puerta del coche. Su larguirucha figura era fácilmente visible, a pesar de la corta estatura de Wolf. Al coronel le pareció ver que Akuma había hecho una señal con la cabeza, pero un alboroto alrededor del segundo vehículo lo distrajo. Los Dragones que iban en ese coche habían descendido y estaban abriéndose camino, sin contemplaciones, a través de la multitud. Cuando Wolf volvió a mirar al matón, éste estaba preparado para sus bravatas.

—Así que tú eres Wolf, el bárbaro. Pareces un tipo insignificante, pero aun así has provocado un gran dolor en el Condominio Draconis.

El gentío que los rodeaba se calló para atender la discusión.

Wolf estaba consiguiendo la confrontación que había buscado y ahora tenía que afrontarla.

—Y al parecer tú has escapado de alguna jaula, atolondrado. No vine aquí a intercambiar insultos. Has dicho que los Dragones son unos asesinos y yo dije que



eras un mentiroso.

—¡Yo no miento! Aquí sólo hay un mentiroso: tú, si niegas lo que han hecho los Dragones. Esta gente ya sabe las tropelías que tus bandidos han cometido contra los pacíficos pobladores del planeta Kawabe. Y ahora has traído la violencia a An Ting.

—Nunca hemos matado gente pacífica, ni en este ni en ningún otro mundo.

—¡Aquí están sus mentiras, compañeros draconianos! Vosotros me conocéis. Soy Albert Nitta. Sabéis que soy un hombre honrado. Yo mismo vi a dos de estos hombres cómo anoche en el bar atacaban brutalmente y asesinaban a un hombre inocente. No hubo ninguna razón. El pobre compañero sólo se había puesto en su camino. —Nitta levantó el brazo y gritó—: ¡Ciudadanos, debemos librarnos de estas sabandijas antes de que decidan que nuestros hijos también están interponiéndose en su camino!

—Estás deformando la realidad —replicó Wolf con un tono de advertencia.

—Y ahora este cobarde canalla quiere cambiar los hechos en su beneficio. ¡Sus hechos tienen poco que ver con la verdad! —gritó Nitta—. Espera poder zafarse de nuestra justicia utilizando su verbo fácil. Con su labia pretende vendarnos los ojos ante lo evidente. Puedo decirte cómo fueron los hechos. La verdad es que tres leales hijos del Dragón hoy yacen muertos. Su sangre está entre las manos de unos mercenarios canallas. Estos son los únicos hechos, villano. ¿Puedes negarlos? ¿Puedes hacer callar mi voz sincera y veraz?

Una nueva voz irrumpió antes de que Wolf pudiese replicar a las acusaciones. La voz atravesó el murmullo de la multitud, aguda y cortante como un rayo láser.

—¡Mirad, el *teki* tiene un arma! —Las palabras fueron acompañadas con el ruido de un disparo.

Nitta se puso rígido como si se fuese a lanzar sobre Wolf. Entonces un delgado hilo de sangre empezó a brotar de la comisura de sus labios y se desplomó hacia adelante, sobre el coronel Wolf.

Wolf lo rodeó con un brazo antes de que tocara el suelo. El hombre era pesado, un peso muerto. El cuerpo de Nitta se fue deslizando de las manos de Wolf, un poco debido al gran peso y también porque la sangre que le cubría la espalda hacía que la mano del mercenario resbalase sin poder asirlo. La mano y el brazo derecho de Wolf estaban cubiertos de la sangre de Nitta.

La muchedumbre se abalanzó hacia adelante aullando salvajemente y se precipitó sobre Wolf. Las manos lo agarraban y lo golpeaban. Wolf se defendió como pudo, golpeando con los codos, los puños y los pies. Pero esa marea humana era demasiado fuerte para que una sola persona pudiese defenderse y, en un instante, fue arrollado por la multitud.

Blake también fue atacado, pero su mayor tamaño físico y su menor edad hizo que se pudiera defender mejor. Varios kuritanos retrocedieron, gritando de dolor,

antes de que la fuerza de la superioridad numérica pudiese con los poderosos brazos del comandante Blake. Unos segundos más tarde, también él se desplomaba bajo la vociferante e incontrolable masa.

El estampido de un disparo retumbó en el aire cuando uno de los Dragones hizo fuego desde la escalera. Instantáneamente, los draconianos que estaban en la refriega alrededor del caído Wolf se arrojaron al suelo. Pero los Dragones no se atrevían a disparar demasiado cerca de su coronel. Herirlo sería fatal para él pues quedaría a merced de sus atacantes.

El teniente Riker estaba por ordenar la formación de una cuña de soldados para cargar contra el gentío, cuando los Dragones que habían viajado en el segundo coche comenzaron a forcejear para abrirse camino hacia donde estaba el coronel. Estaban muy cerca de su objetivo. El teniente, entonces, cambió la táctica. Hizo que sus hombres disparasen sobre el sector de la muchedumbre que quedaba entre el trayecto que estaban siguiendo los Dragones que iban en apoyo de su coronel y la pila humana de kuritanos en donde había quedado sumergido Wolf. La decisión de Riker resultó ser muy sabia.

Luchando por llegar al rescate del coronel, Antón Shadd no entendía el motivo por el cual su avance se había facilitado, pero aprovechó esa circunstancia. Aplicó unos pocos, pero bien colocados, golpes de puño contra los draconianos que se interponían en su camino y abrió un claro entre la gente. Sólo unos cuerpos tumbados y otros pocos kuritanos tambaleantes y medio inconscientes era lo que lo separaba del nudo humano que rodeaba al coronel. Animado al ver el destello de los uniformes de los Dragones, al otro lado del gentío, Shadd se lanzó con más furia hacia adelante.

A sus espaldas, sus compañeros también se abrieron paso. Shadd no tenía tiempo para mirar lo que sucedía atrás, por lo que no pudo ver cuando Cameron tropezó con un draconiano caído. Lean se detuvo para ayudar a su compañero, dejando que Shadd y Fraser iniciaran solos el primer asalto contra el grupo de gente que rodeaba al coronel.

Sin pensarlo, Shadd se arrojó contra el nudo de Serpientes que estaban machacando a Wolf. Los cuerpos salieron despedidos cuando ochenta y dos kilos de duros músculos y huesos los arrollaron. Shadd cayó con ellos, pero él estaba preparado. Golpeó con manos y pies, rodillas y codos, con la ferocidad que a él le gustaba. Cinco segundos más tarde, estaba nuevamente de pie, peto aquellos que había derribado quedaron en el suelo.

Fraser llegó justo a tiempo para derribar a un rufián que estaba por golpear a Blake en la cabeza con un grueso ladrillo. Luego el joven Dragón se enzarzó en lucha con dos amigos del draconiano. O, al menos, parecían ser de la misma panda, al estar los tres vestidos con túnicas del mismo color.

Wolf estaba agazapado apoyado en sus manos y sus rodillas, abatido y sangrante,

pero aún vivo. Comenzó a moverse despacio, totalmente ajeno a lo que sucedía a su alrededor. Todavía aturdido por los golpes recibidos, no se dio cuenta de que una mujer, gritando, aparecía a su lado con un cuchillo. Fraser y Blake estaban ocupados con sus propios problemas. Cameron y Lean, justo en ese instante, reanudaban la marcha hacia la refriega y estaban aún muy lejos como para acudir en su ayuda.

Fue Shadd quien se lanzó volando con los pies hacia adelante. Su grito «kiai» resonó por encima de los de la multitud. El ruido de los huesos rotos del cuello de la mujer, cuando los pies de Shadd la golpearon certeramente, se oyó en toda la plaza. Aun antes de que el cuerpo de la mujer hubiese caído al suelo, Shadd ya estaba de pie con el cuchillo recuperado en sus manos.

—Vamos, coronel. Tenemos que sacarlo de aquí.

Shadd tuvo que ayudar a Wolf a ponerse de pie. El coronel estaba tembloroso y cubierto de sangre, propia y ajena. Shadd no podía determinar la gravedad de las heridas de Wolf, pero sabía que éste era demasiado viejo para esta clase de maltratos.

Cameron y Lean se unieron al grupo justo a tiempo para ayudar a Fraser y a Blake con sus oponentes más cercanos. Por un momento, la muchedumbre se replegó, insegura ante la firmeza de los Dragones. Shadd no quiso darles tiempo a que se recuperasen. Golpear y desaparecer, era la táctica del Séptimo Comando. Pero desaparecer con toda esa multitud alrededor era algo un poco problemático.

—¡Comandante! —gritó Shadd—. Debemos llevar al coronel hasta el edificio. Está herido.

—De acuerdo. —La sangre chorreaba por el rostro de Blake, herido por una cuchillada en el cuero cabelludo. Parecía estar peor que Wolf, pero estaba de pie y preparado para seguir en la acción—. ¿Todos en condiciones?

Se oyó un rápido coro de síes.

—Shadd, vaya adelante. Fraser, en la retaguardia. Lean, en el flanco derecho —ordenó Blake. Para él se reservó el lado izquierdo. No necesitó dar ninguna orden a Cameron, pues el oficial ya estaba sosteniendo al coronel. Alguno tenía que hacerlo, y Cameron era el luchador menos efectivo del grupo—. ¡Vamos ya!

El rescate de Wolf, y la velocidad con la cual se organizaron los Dragones, cogió a los manifestantes por sorpresa y no les dio tiempo a reaccionar. La arremetida repentina de Shadd contra la muchedumbre que se interponía en su trayecto hacia el Cuartel General de los Dragones hizo que los fugitivos ganasen un poco de terreno con relativa facilidad, debido tanto a la sorpresa como al hecho de que Shadd aún blandía el cuchillo en la mano.

Sólo habían realizado una cuarta parte del recorrido hasta las escalinatas, cuando Shadd topó contra una figura armada. Estuvo a punto de derribarlo en un movimiento reflejo, cuando de improviso reconoció el equipo de los Dragones.

El teniente Riker, al ver la maniobra planeada por Shadd y su grupo, organizó una

salida con una cuadrilla de soldados que fue a apoyar a los oficiales Dragones. Al llegar hasta ellos, los cercaron formando a su alrededor un anillo de soldados armados con sendos Crowdbusters. En el camino de regreso hasta la escalera sólo encontraron cuerpos caídos como única oposición.

La multitud, reaccionando tardíamente, hizo un intento de abalanzarse sobre el cordón de Dragones para tratar de recuperar a la víctima que les habían arrebatado de entre las garras. Se produjo una descarga de disparos concentrados contra los líderes de la revuelta y la masa retrocedió. Los kuritanos más beligerantes respondieron arrojando piedras y botellas. Sobre la escalinata y la barricada llovieron trozos de comida podrida.

Seguro detrás de aquel refugio, Blake se volvió. Con voz lo suficientemente fuerte como para sobresalir por sobre el bullicio de la multitud, gritó:

—¡Despejad la escalera! ¡Volved a casa!

La muchedumbre sólo le respondió con insultos y abucheos.

—¡Muy bien! —dijo ya con más calma—. Teniente, haga que nuestros Dragones barran con los aturdidores a esta gentuza de la escalinata. No quiero draconianos en nuestra propiedad.

—¡Sí, señor!

Blake no necesitaba ver la expresión del teniente detrás de su casco metálico; podía adivinar la sonrisa de satisfacción que se había dibujado en su rostro. Riker pasó prestamente la orden a sus hombres, y Blake observó cómo se desplegaban los soldados. El penetrante sonido de los Crowdbusters ahogó el rugido de la multitud. Sin ninguna protección y sin sitio para escapar, la gente comenzó a caer. El coraje de la muchedumbre desapareció y todos huyeron desordenadamente.

Aunque los aturdidores no apuntaron hacia él, Blake sintió un terrible dolor de cabeza, más por la acción de aquéllos que por la herida obtenida en la lucha cuerpo a cuerpo con los agitadores. Al carecer de la protección sónica que otorgaban los cascos, el zumbido cercano de las armas lo afectó. Aquel dolor podría estar con él durante varias horas, pero eso no le preocupó. Sintió una especie de satisfacción salvaje. Algunos de los kuritanos habían recibido varios impactos de aturdidores. Tal abuso acumulado a lo largo de la vida a menudo solía traer consecuencias muy serias. Blake suponía que algunos morirían.

En pocos minutos, la plaza estaba despejada de alborotadores. Los cuerpos yacían en el sitio en donde habían caído. Unos pocos kuritanos deambulaban semiinconscientes. En ese estado de adormilamiento, constituían más un peligro para sí mismos que una amenaza para los Dragones. Los carros de festival seguían quemándose sobre el pavimento, y la plaza parecía un campo de batalla.

**Cuartel General Administrativo de los Dragones  
Cerant, An Ting  
Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**

**2 de enero de 3028**

Los dos coches kuritanos se detuvieron silenciosamente en la plaza, como dos arrecifes en un mar de escombros y cuerpos. Los coches estaban golpeados y abollados, y manchados con trozos de comida; a pesar de todo, sus ocupantes estaban ilesos.

La puerta trasera de la primera limusina se abrió y por ella asomó Akuma, con su uniforme aún impecable. Empezó a caminar hacia el Cuartel General de los Dragones, esquivando con cuidado los cuerpos caídos y los escombros dejados por la lucha. Su enorme guardaespaldas rubio marchaba detrás, siguiéndole los pasos.

Ningún Dragón hizo intento alguno por detener a los kuritanos, pero Blake percibió que, por la forma en que se tensaron algunos dedos sobre los gatillos de las armas, más de uno pensó en hacerlo. Cuando Akuma se desvió de su camino para evitar pasar cerca de Blake, el oficial de inteligencia dio dos pasos y se interpuso en su trayecto. Akuma ya no pudo evitarlo.

—Pienso que debería ver al coronel Wolf —le anunció Akuma sin intimidarse.

—Creo que el coronel querrá dejar pasar unos minutos antes de hablar con usted.

—Una suposición razonable —respondió Akuma inclinando la cabeza—. ¿Puedo esperar allí adentro?

«Odiosa Serpiente —pensó Blake—. Actúa como si no hubiese pasado nada. Le demostraré que yo también puedo comportarme de manera irracionalmente racional».

—Si el *Chu-sa* me acompaña al área de espera...

—Desde luego —aceptó Akuma.

Después de enviar a un mensajero para informar al coronel Wolf de la presencia de Akuma, Blake escoltó silenciosamente al kuritano hasta una sala de recepción.

Akuma se sentó y esperó, conforme con el tratamiento prodigado por el Dragón. Unos minutos más tarde, se presentó Lean acompañada por el mensajero.

—El coronel desea verlo ahora —le dijo la mujer. Cuando Akuma comenzó a incorporarse, Lean aclaró—: No a usted, coronel Serpiente. Wolf quiere hablar primero con el comandante Blake.

—Como él desee, capitán. Pero le sugiero que su coronel no demore demasiado tiempo.

—Creo que el coronel Wolf sabe lo que está haciendo —le replicó ella bruscamente.

—Mientras que la espera sea por lo que él hace y no por lo que usted deja de hacer... —Akuma sabía que era una insignificancia provocar a Lean de esta forma, pero le agradaba sobremanera ver cómo a ella le subían los colores a las mejillas. Después de todo, dentro de poco tiempo ya no quedarían Dragones para acosar.

—Cinco minutos —le respondió cortante la mujer.

—Correcto, creo que podré esperar ese tiempo. La veré entonces, capitán. —Con un movimiento de la mano, la autorizó a retirarse.

Lean regresó exactamente en el tiempo prometido para escoltar a los kuritanos hasta la sala de planeamiento. Con ella vinieron dos guardias de seguridad. A diferencia de los hombres que estaban afuera, éstos portaban subfusiles Ryonex. Akuma dedujo que esto se debía a que cualquier problema dentro del cuartel general se resolvería con ataques mortales. «¡Cuán patéticamente infantil!», pensó Akuma.

Los Dragones habían reemplazado la mesa de teca de la sala de planeamiento por un holotank de una de sus Naves de Salto. Los técnicos estaban trabajando con él, diseñando un mapa de Cerant. Aun cuando Akuma no quiso parecer demasiado curioso, se permitió echar una rápida ojeada al mapa y le llamó la atención su extraordinario detalle. Quedó sorprendido, ya que ni sus propios mapas tenían tal calidad. Lo que sí detallaban con precisión sus mapas eran las posiciones exactas de las fuerzas kuritanas, tan exactamente como también señalaban los asentamientos de las instalaciones de los Dragones. Encontró un error en el mapa de los Dragones: no tenía en cuenta algunas posiciones claves de las unidades de la Ryuken.

Sabía que no sería una postura muy inteligente demostrar demasiado interés en el mapa, por lo que buscó con la vista a Wolf. El coronel mercenario estaba conferenciando con Blake en el extremo más alejado del salón. Aunque el hombre lucía bastante disminuido por la paliza recibida en la plaza, desgraciadamente, para Akuma, parecía estar en plena forma. Ahora, mientras Wolf aún seguía hablando, podía ser el momento de entrar en tema. Akuma se acercó resueltamente e interrumpió la conversación.

—Fue una verdadera manifestación la que provocó, coronel Wolf.

Los ojos de Wolf brillaron al dirigirse hacia Akuma.

—Supongo que usted no sabía que las cosas iban a ponerse tan mal —le replicó Wolf agriamente.

—Lo que sí sé es que sus Dragones han perturbado una manifestación popular. No tengo ningún indicio de que la gente haya llevado las cosas a un punto en que se justificase tal represión.

—Por lo tanto, somos los culpables.

—¿Podría ser de otra manera? Usted estaba disconforme con su contrato y está buscando una forma para romperlo, pero sin querer perder su altamente sobrevalorado sentido del honor. ¡Pero esto...! Nunca imaginé que no dudaría en asesinar inocentes por el solo hecho de lograr sus propósitos; que haría una matanza de civiles que sólo ejercitaban su derecho a protestar contra la conducta criminal de sus soldados. Ahora no vacilaré en sostener que la manifestación fue preparada e incitada deliberadamente y que, por lo tanto, se siente liberado de las obligaciones de su contrato. ¿Cómo podrá presentar las evidencias que prueben que yo, o mis oficiales, hemos organizado esta amenaza en contra suya? ¿Cuál es su siguiente movimiento, carnicero?

Wolf no dijo nada. En la sala, todas las voces se habían acallado durante el discurso de Akuma.

—He estado muy cerca de la verdad, ¿no es así? —Akuma movió el brazo derecho en un ademán con el que quería hacer partícipes de su exposición a todos los oficiales presentes en la sala—. Algunos de sus oficiales parecen sorprendidos. ¿Es que quizás usted no ha compartido su siniestro plan con ellos? ¿Es que usted, en su megalomanía, está intentando arrastrar hacia abajo la buena reputación de soldados honrados junto con la suya propia? ¿Tiene miedo de que no le crean sus calumnias y falsedades acerca de la traición kuritana? ¿Ha tenido que prefabricar un motivo que asegure que lo acompañen en su sendero de bandido?

—¡Cállese! —gritó Blake.

—¿Necesita lacayos que hablen por usted? —Akuma miró despectivamente en dirección a Blake—. ¿Me silenciará como lo ha hecho con Nitta? ¿Qué conseguirá con eso?

—Nada —contestó al fin Wolf—. No lo hice con él y no lo haré con usted. Los bocazas camorristas no valen la pena. Una reacción sólo logra dignificar sus mentiras. Silenciado o no, yo ya estoy en un problema que ni busqué ni deseo. Todos nuestros puestos en el planeta están sitiados por la muchedumbre.

—Eso es algo inesperado. Usted ha liberado a una bestia de muchas cabezas. Vea lo que ha obtenido con su táctica. Traerá la muerte a su propia gente.

—¿Dónde está ese tan alardeado Cuerpo de Vigilancia Civil? Sus civiles necesitan alguna dirección. —La voz de Wolf era fría, pero sus brazos caídos a los lados del cuerpo terminaban en sendos puños tensos. Akuma se dio cuenta de ese

detalle y se sintió satisfecho por su logro.

—Los Cuerpos difícilmente podían esperar algo así y, probablemente, se han visto superados por la situación que ha provocado esta bestia que usted ha liberado. Pero eso estaba en sus planes, ¿no es cierto? Ahora, la suya es la única fuerza existente en Cerant. ¿Espera una orden que lo autorice a restablecer la paz? ¿Continuará así su escalada sangrienta y suprimirá a la muchedumbre revoltosa? Estoy seguro de que sus 'Mechs serán capaces de restaurar el orden con suma eficacia. Las bajas kuritanas serán, sin duda, muy leves.

—Y así usted podrá reivindicar que hemos disparado sobre civiles y que hemos hecho justicia con nuestras propias manos. ¿Me equivoco? —Wolf movió su cabeza negativamente—. No, no conseguirá eso. Traiga a su Ryuken a la ciudad.

—Muy perspicaz. De esa manera podrá decir que vienen hacia aquí para enfrentarse con ustedes. No le daré esa oportunidad; no podrá hacer creer que he sido quien dio el primer paso para esta batalla que usted desea con tanta claridad. En esta oportunidad, la Ryuken permanecerá lejos de la ciudad. No seré quien le suministre la amenaza que busca como excusa. Deberá encontrar otra manera para convencer a aquellos que no creen en sus mentiras de que la Casa Kurita desea ver muertos a los Dragones. Busque otra forma de ganarse la lealtad de sus tropas ante este genocidio que quiere provocar. El plan ya lo tiene usted en su cabeza.

Wolf dejó de mirar a Akuma y se dirigió a Cameron.

—Llama a todos los puestos, William. Que todos permanezcan en su sitio. Que eviten las provocaciones. —Miró por encima de su hombro a Akuma y le dijo—: ¿Satisfecho?

Akuma estaba totalmente descontento. Tenía la esperanza de provocar la furia de los Dragones y hacer que se desatase la violencia. El gambito no había dado el resultado esperado, pero todo no estaba perdido. Había otros frentes de ataque que aún podía aprovechar.

—Sus decisiones a duras penas llegan ser satisfactorias para mí. Pero le aseguro que las tropas kuritanas no serán jamás las que realicen el primer disparo.

—Entonces será mejor que se prepare para pasar una noche tranquila en los cuarteles controlando a sus muchachos.

Akuma sintió el dardo que le había arrojado Wolf. La ira era algo que no podía soportar aquí en medio del nido de sus enemigos, de modo que, girándose, se marchó con pasos rápidos. Quinn lo siguió, tras dedicarle a Wolf una sonrisa de compromiso.

Una vez que los kuritanos se fueron, Shadd se aproximó a Wolf y le dijo con voz baja:

—Ha tenido una paciencia enorme con esa Serpiente, coronel.

Wolf estaba ensimismado en sus pensamientos y tardó en mirarlo y contestarle.

—Quería saber en dónde estaba parado dentro de toda esta confusión.



—¿Cree usted que él está detrás de todo esto?

—Es difícil de decir. Y, por cierto, está sacando ventaja de ello.

—¿Quiere que tenga un accidente? —preguntó Shadd, haciendo jugar entre sus dedos el cuchillo que había conseguido en la refriega.

—Ese es el estilo de ellos, no el nuestro.

—Usted ordena, coronel.

—Tengo reservado algo más importante para usted, capitán. Quiero emitir un mensaje sin utilizar la red de comunicación de ComStar y necesito a alguien de confianza para que lo logre hacer pasar. Ahora las cosas se han puesto un poco complicadas allí afuera. Un hombre siempre levanta menos sospechas que un escuadrón, y aquí usted es el único miembro del Séptimo.

—Entiendo, coronel. ¿Cuál es el mensaje?

—Quiero advertir a las guarniciones de los otros planetas que estén atentos a los problemas. Este puede ser el comienzo de lo que he estado temiendo. Quizá no. Pero no podemos permitirnos correr riesgos.

**Cuartel General Administrativo de los Dragones**  
**Cerant, An Ting**  
**Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**  
**2 de enero de 3028**

—¿Algún mensaje de Shadd?

—No, coronel —le respondió Cameron—. Aún estamos teniendo interferencias de las naves kuritanas en órbita. Están abarcando todas las frecuencias de comunicaciones.

Wolf se sentó cerca del holotank y se tapó la cara con ambas manos como tratando de quitarse el cansancio con un masaje. No le dio resultado. Deslizó las manos a través del cabello, pestañeando ante cada magulladura o corte que palpaba. Había sido un día muy largo.

—¿Y qué haremos con los cuarteles?

—Aún tenemos buenas líneas hasta ellos y hasta los campos de aterrizaje. Todos los informes de las últimas dos horas son sin novedad.

—Parece que usted podría retirarse por un rato. William, busque a alguien para que lo reemplace. Podría descansar un poco. Dígale a su relevo que quiero conocer de inmediato cualquier mensaje que provenga de Shadd o que se reciba en *Hefaistos*.

—Sí, coronel. —Cameron hizo unas señas a otra oficial para que se hiciera cargo de la consola que él utilizaba para controlar las pocas líneas de comunicaciones que los Dragones tenían abiertas. Después de pasarle las órdenes a la mujer, se dirigió hasta donde el coronel Wolf estaba sentado.

—Quizás el coronel debería aprovechar esta tranquilidad momentánea para descansar un poco.

—Usted es demasiado joven como para cumplir la función de mi madre, William.

—Sólo estoy tratando de hacer mi trabajo, coronel. Las comunicaciones son mi responsabilidad. Usted está casi muerto sobre sus pies, o más bien lo estaría si

estuviese de pie. No puede comunicarse eficientemente si está medio dormido sobre el escritorio.

—No puedo discutir contra un experto.

De improviso se oyeron gritos que provenían del pasillo. Wolf se puso de pie como impulsado por un muelle, y de su rostro desapareció todo vestigio de cansancio. Él y Cameron fueron corriendo hacia el corredor y lo encontraron repleto de Dragones. Al final del pasillo podían verse las puertas principales abiertas de par en par y en el marco se recortaban unas siluetas de gente alborotada, sobre el brillante fondo de las luces de la escalinata.

Wolf cogió del brazo a un soldado que intentaba entrar en el salón de planeamiento.

—¿Qué es lo que está pasando, soldado?

El soldado casi forcejeó tratando de librarse de la mano que lo detenía. Su mirada de contrariedad se disipó cuando se dio cuenta de que quien lo estaba deteniendo era una de las personas a quien quería informar de la situación.

—Draconianos armados, señor. Traen un cadáver.

—¿De un Dragón?

—No creo. No se lo puedo asegurar. Quieren entrar. Pero el teniente Riker, cumpliendo sus órdenes, lo está impidiendo.

—Estoy seguro de que desean verme a mí.

—Sí, señor —contestó el soldado, sorprendido de que Wolf ya lo supiese.

—Bien, no estoy de humor. Si el cuerpo no es de alguno de los nuestros decidles que vuelvan mañana. Si es de uno de los nuestros, haced que los kuritanos esperen pero no os preocupéis en ser amables.

Wolf autorizó al soldado a retirarse y se volvió para regresar al salón de planeamiento. En ese momento se incrementó el griterío en la entrada del cuartel. Por sobre las voces graves de los hombres, Wolf oyó una voz femenina.

—¡Jaime! ¡Jaime! ¡Diles que nos dejen entrar! —Era la voz de Marisha Dandridge.

Wolf recorrió el pasillo como si estuviese vacío. Sobre la escalinata se encontró con Marisha, de pie delante de una docena de kuritanos. Wolf pasó por entre los guardias y la abrazó.

—Pensé que estarías a salvo en *Hefaiostos*.

—Marisha estaba en la mansión cuando comenzó la revuelta —señaló una nueva voz.

Wolf se apartó de Marisha para mirar al alto y oscuro kuritano que estaba detrás de ella. Nunca hubiera esperado ver a Minobu allí. En las oscuras sombras, sólo había sido un draconiano más para un hombre que sólo tenía ojos para su amada.

—Era mi obligación acompañarla hasta dejarla en tu custodia —continuó Minobu

—. Perdóname por la demora, pero esperé hasta creer que fuese seguro. Aun así, no nos fue fácil llegar hasta aquí. Espero que no te hayas preocupado demasiado.

—Si hubiese sabido que estaba a tu cuidado, amigo, no me habría preocupado en absoluto —dijo Wolf mientras relajaba la presión con que apretaba a Marisha. Aún con los brazos alrededor de ella, se volvió hacia Minobu—. Ni siquiera sabía que estuvieses en An Ting. Tenemos mucho de que hablar.

—Lo haremos. También he traído esto —dijo Minobu señalando el cuerpo que uno de sus hombres llevaba sobre uno de sus hombros—. Me temo que no está en condiciones de responder ninguna pregunta.

El soldado kuritano dejó caer el cuerpo a los pies de Wolf. La piel pálida de su rostro reflejó las luces de la entrada. Su rígido semblante mostraba una expresión final de sorpresa, y el cuerpo estaba vestido con un uniforme kuritano con la insignia de la *Ryuken-ichi*, manchado de sangre y excrementos.

—No es uno de los míos, a pesar del uniforme. Ha estado trabajando en la mansión desde hace muchas semanas. Sólo era un sirviente contratado durante mi ausencia cuando en la casa hizo falta más ayuda. Llegó con excelentes referencias.

—Falsificadas, sin duda —dijo Stanford Blake, apareciendo a un costado del grupo que observaba al cadáver.

La fría mirada que Minobu lanzó a Blake demostraba que había encontrado estúpida y un poco grosera la sugerencia del Dragón.

—Un hombre puede ser bueno en más de una cosa. ¿Importa acaso si era un sirviente genuino?

—No, supongo que no —aceptó Blake.

Wolf tomó conciencia de que estaba rodeado por la gente.

—Entremos —indicó—. Riker, encárguese de arrastrar toda esta basura de aquí.

Los hombres de Minobu se quedaron en la sala de espera, pero antes tuvieron que aceptar en silencio que les quitasen las armas. Después de ordenar a un par de Dragones que se hicieron cargo del cadáver, Riker volvió a su puesto de vigilancia. Minobu, Marisha, Wolf y los oficiales retornaron al salón de planeamiento.

Minobu les relató la manera como descubrió al pistolero en la torre y cómo se desarrollaron los acontecimientos posteriores.

—No hemos sido capaces de recuperar su arma, pero encontramos esto en su cuerpo —dijo Minobu al llegar al final de su narración—. No hay nada más.

Minobu apoyó un objeto sobre la mesa, frente a Wolf. Era una cajetilla de cigarrillos.

Wolf la cogió y por su solo peso pudo adivinar que el objeto no era lo que aparentaba ser. Después de hurgar un poco en ella, apretó un pequeño botón que tenía en uno de los lados. La parte de abajo de la caja se abrió y por ella cayó un panel negro y chato con pequeños botones con forma de pastillas. La parte superior también

se abrió y dejó a la vista una antena telescópica.

—¿Qué haría con esto, Blake? —le preguntó Wolf a su oficial de inteligencia tendiéndole el aparato.

Blake lo miró, lamiéndose los labios en actitud pensativa mientras lo observaba por cada ángulo.

—Es un comunicador. De corto alcance. Su modelo es similar al utilizado por los bondianos de la Comunidad de Lira.

—¿Bondianos? —preguntó Marisha sin poder dar crédito a sus oídos—. ¿Un agente secreto de Steiner disparándole a un kuritano insurgente? Creía que los liranos estarían felices de ver problemas en el planeta Combine.

—A esa gente le gusta causar problemas —confirmó Blake—. Y disparar sobre aquel agitador bocazas era una forma perfecta de enardecer a la muchedumbre.

—No sabemos a ciencia cierta para quién trabajaba este sicario —recordó Wolf.

—Así como tampoco sabemos si realmente su objetivo era Nitta —puntualizó Minobu.

Wolf miró severamente a Minobu. Le había impresionado su acotación, y se encontró con el rostro impasible e indescifrable del kuritano. Wolf estaba por realizarle una pregunta, cuando lo interrumpió Cameron. El capitán había regresado a la consola de comunicaciones tan pronto como el grupo había entrado a la sala.

—Mensaje del capitán Shadd, coronel. Las interferencias continúan, de modo que ha sido enviado sin codificar por una línea de uso público. Aquí está la grabación.

Cameron tocó un botón de su consola y la voz de Shadd comenzó a oírse por altavoz.

«... Aquí Shadd. Quiero informar al coronel que no puedo difundir su mensaje. Las instalaciones de ComStar están controladas por Sotanas y Serpientes armadas. Alta seguridad. Las Serpientes están todas vestidas con ropas civiles, pero la mayoría lleva armamento militar. El Adepto dice que los GHP, los generadores de hiperpulsación, están prohibidos para —atiendan esto— los Dragones fuera de la ley. Quiere decirle al coronel que recuerde la inviolabilidad de ComStar y que volará el generador si llega a ver algún 'Mech. Infórmele al coronel que voy hacia el cuartel. Está cerca y mis... amigos... están allí. Llamaré al llegar».

—¿Cuánto tiempo hace que ha llegado el mensaje?

—Sólo un par de minutos. Aún no habrá llegado a los cuarteles.

—Mantenga una línea con ellos. Dígale al comandante que él está en camino y que esté alerta. Se autoriza una salida, si es necesaria para traerlo adentro. Quiero hablar con Shadd tan pronto como llegue aquí.

—Sí, señor.

—Blake, quiero que tenga una charla con ComStar. Descubra qué es ese asunto de que nos consideran fuera de la ley. —El oficial de inteligencia ya estaba a medio

camino hacia la consola de comunicaciones cuando el coronel terminó de hablar.

—Esto es una serie de acontecimientos desafortunados —observó Minobu.

—Sí, y serán mucho más desafortunados para quien sea que haya comenzado todo —prometió Wolf.

**Cuartel General Administrativo de los Dragones**  
**Cerant, An Ting**  
**Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**  
**2 de enero de 3028**

Minobu pudo percibir por la expresión de Wolf que el informe enviado por Shadd no le había causado ninguna gracia. La actitud de Wolf prometía que la violencia vendría provocada por este último obstáculo, una violencia que haría palidecer a las sublevaciones callejeras.

Minobu escuchó atentamente las conversaciones que Wolf mantenía con su grupo de oficiales indagando sus puntos de vista sobre la situación. Alguno sostuvo que las manifestaciones del oficial del ComStar acerca de la ilegalidad de los Dragones era sólo retórica exagerada, pero en general creían que las declaraciones del Experto reflejaban la posición oficial de ComStar sobre los Dragones. Si ComStar tildaba a los Dragones de proscritos, nadie los contrataría. Se transformarían en objetivos, en fugitivos buscados. Ni siquiera toda la fuerza del grupo mercenario más grande de la Esfera Interior podría soportar la presión de los ejércitos que la Esfera era capaz de interponer contra ellos. Cada mano de cada hombre de la Esfera se levantaría en contra de ellos y no habría en toda la Esfera ningún lugar seguro.

El primero en atacarlos sería Casa Kurita.

Minobu bajó la cabeza. Las nubes se habían acumulado con demasiada rapidez, más de la esperada, y la tormenta se cernía sobre su cabeza y la de sus amigos. Su esperanza de que las palabras del Experto de ComStar hubieran sido dichas sólo para causar impresión eran pocas, pero trataba de pensar que podía ser posible. A pesar de las advertencias de Samsonov en contra de prestar ayuda a los Dragones, él haría lo que estuviese a su alcance por sus amigos.

Minobu se giró hacia Cameron, quien estaba atento a la recepción de alguna comunicación. El capitán levantó los ojos y mostró un rostro pálido. Sus ojos azules

se encontraron con los ojos castaños de Minobu, y el kuritano pudo leer el miedo que sentía el joven oficial.

—No hay más interferencia, coronel. —La voz de Cameron fue tan clara como siempre, pero se notó cierto temblor. Para cualquiera que lo conocía era un anuncio de que algo iba muy mal—. Estamos recibiendo una transmisión desde la *Hefaistos*.

Cameron conectó el altavoz.

«... patriotas kuritanos. No somos terroristas. En nombre del Dragón, mantenemos bajo control a estos criminales y a su capacidad orbital para hacer chantajes. Exigimos que respondan por sus crímenes. Exigimos que todas las fuerzas de Dragones de Wolf en An Ting y en cualquier otro planeta que hayan deshonrado con su presencia abandonen las armas. Exigimos que se rindan a la justicia del Condominio Draconis.

»Somos fieles y leales al Dragón, pero también somos gente común. No podríamos esperar enfrentarnos al poder de los altamente entrenados MechWarriors. Lo admitimos francamente para que todos entiendan por qué hemos actuado de esta forma.

«Estamos aquí para ver que se haga justicia. No es nuestro deseo herir a aquellos cuya única culpa es haber estado relacionados con el sucio grupo que lideran los Dragones de Wolf. Mantenemos como rehenes a las personas de esta estación para forzar a sus villanos superiores a oír nuestras exigencias. Apelamos al poco honor que queda en los corazones de los líderes de los Dragones. Rendios.

»No queremos dañar a los inocentes. Hemos tomado el control de esta estación sin haber provocado ninguna muerte. Como prueba de esto, permitiremos que hable el comandante de la estación. —Aquí la voz hizo una pausa—. Declare su nombre y su rango.

»“Soy el comandante James Quo y estoy a cargo de la Estación *Hefaistos*. Nuestra sección de mando está bajo el control de esta banda de... patriotas kuritanos. Aún no han asesinado a nadie. Desde la consola maestra mantienen el control sobre todas nuestras funciones vitales, y pueden matar si lo desean a todo el personal de a bordo. No tenemos ninguna capacidad de respuesta a esta situación, ni siquiera como para constituir alguna amenaza para ellos. Tampoco ha muerto nadie del grupo atacante. Me han dado la oportunidad de hablar por este micrófono porque les prometí que aconsejaría a todos los oficiales Dragones que atendiesen las exigencias de estos... patriotas... y que actuaran de acuerdo con ellas. Di mi promesa francamente. Aconsejo a todos los oficiales Dragones que están oyendo mi voz que decidan por sí mismos. Si no podéis convencer a vuestros oficiales, tomad el asunto en vuestras manos. ¡Destruid a estas Serpientes!”»

Se oyeron sonidos confusos por el altavoz.

La voz de Quo volvió a oírse. Habló rápidamente, como un hombre que sabía que



no tenía demasiado tiempo.

«La popa está libre, coronel. El séptimo está en el casco. ¡Resistid! Podemos...»

Un disparo cortó la voz del comandante.

Volvió a oírse la voz anterior. Sonaba agitada, como si la persona hubiese estado realizando un ejercicio violento.

«Quo es un tonto y un embustero, como todos los comandantes Dragones. La estación está totalmente bajo nuestro control. Este hombre buscó engendrar más de esa violencia que tanto ama. Si seguís su consejo, lo único que encontraréis será la muerte.

»Estamos totalmente decididos. Cualquier intento de violencia o de represalias nos forzará a tomar acciones sobre la población de esta estación. Su sangre no caerá sobre nuestras conciencias. La responsabilidad pertenecerá al alto mando de los Dragones. Esperamos vuestra contestación. ¡Honor al Dragón!»

La emisión quedó cortada.

—Acople todas las unidades, William. —Wolf esperó impacientemente mientras Cameron comenzaba el proceso—. Reunión en la línea de seguridad, todos los comandantes. Que ninguno se mueva sin órdenes previas.

Wolf se volvió a Minobu y lo encontró sacudiendo negativamente la cabeza.

—¿Qué sucede?

—He visto cómo el pueblo injuria el nombre de los Dragones de Wolf en las calles. He oído cómo ComStar ha rotulado a los Dragones. Ahora, esta declaración. No puedes evitar lo que está sucediendo. Lo quieras o no, el problema ya existe.

—Nos puedes ayudar —le dijo Wolf—. Juntos podemos lograr que nos escuchen. Podemos evitar el fuego.

—Esta vez no. El asunto ha llegado demasiado lejos. —Minobu sabía que él era un obstáculo muy pequeño como para hacer mella en la unión de fuerzas contrarias. Se sentía cansado. ¿Qué había hecho para merecer tal karma? Apretó y aflojó varias veces su mano sana dando muestras de su frustración—. El terremoto puede ser lejos de la costa. El *tsunami* retumba, es imparable. Lo mejor, para quien está sobre aviso, es volar a las montañas en búsqueda de la seguridad.

—¿Entonces tú estás volando? —le preguntó Wolf.

—Me gustaría que así fuese, pero me lo impiden mis obligaciones. —Minobu hizo una pausa. Wolf había confundido el consejo de éste y lo había considerado como si hubiese sido una declaración de las propias intenciones de Minobu.

La pregunta de Wolf traía implícita una falta de fe en la relación de amistad que los unía, pero Minobu prefirió no considerarlo así. No creía que Wolf pensara que él era capaz de abandonarlo para salvarse solo. Sabía que se sentía perturbado, demasiado fatigado por las preocupaciones por sus Dragones. Minobu trató de que el consejo quedase claro.

—Considera tu propio rumbo.

—Tengo mis propias obligaciones —dijo Wolf mientras movía el brazo describiendo un arco en el aire, abarcando toda la sala en donde los Dragones estaban trabajando intensamente.

—Lo entiendo. —Minobu comprendió que allí y en esos momentos no cabía otra respuesta, y su corazón se vio embargado por la tristeza. El y su amigo estaban limitados por sus propias obligaciones. El destino que los amenazaba era ineludible, y Minobu ya comenzaba a percibirlo—. Parece que cada uno de nosotros debe enfrentarse con su propio karma.

Minobu se encaminó lentamente hasta donde estaba Marisha.

—Mañana deberé irme hacia Miseria. —No necesitaba añadir que consideraba que aquello era el adiós definitivo—. Gracias por todo lo que has hecho.

Cuidando de no ofender la dignidad del samurái kuritano, Marisha se puso de pie y lo saludó con una reverencia, cuando su deseo hubiera sido el de abrazarlo.

—Dales mi cariño a Tomiko y a los niños.

—No necesito darles algo que ellos siempre tienen presente y que recuerdan con gratitud.

Wolf se acercó, y Minobu pudo vislumbrar en sus ojos la comprensión y el pesar. Aquél era un momento culminante, a partir del cual sus vidas seguirían diferentes rumbos. El mercenario parecía titubear, como si estuviese buscando las palabras adecuadas.

—Durante mucho tiempo he tenido un hermano. ¿Es que siempre derrotas a tus enemigos, guerrero? —dijo Wolf finalmente.

Minobu se sintió desconcertado por las palabras de Wolf. Este había querido que su estima por Minobu quedase evidente, pero le estaba dando la despedida que él creía adecuada para un samurái. Quizá Wolf no viese con la misma claridad que Minobu lo que pronto iba a suceder.

—Un viejo proverbio aleccionador aconseja ser cuidadoso con lo que se desea para que el deseo pueda hacerse realidad.

Minobu se dio vuelta y se encaminó hacia la salida.

—¿Qué has querido decir? —le preguntó Marisha mientras él se retiraba. Pero no obtuvo respuesta—. ¿Qué ha querido decir? —Esta vez intentó obtener respuesta de su amante.

Wolf tampoco le respondió; sólo se quedó mirando fijamente a la figura que abandonaba la sala de planeamiento.

—Tú lo sabes, ¿no es cierto? —Frustrada por el silencio de su amante, Marisha se dirigió hacia el comandante Blake, quien había sido testigo del diálogo—. ¿Qué es lo que pasa?

—Creo que lo que nos ha querido dar es un consejo —le respondió Blake al notar

la insistencia de la muchacha—. El *Dictum Honorium* de Casa Kurita declara que quien no se compromete con el Condominio Draconis debe considerarse un enemigo. Creo que el Hombre de Hierro nos está haciendo saber que, si vamos al enfrentamiento, él no podrá abstenerse.

—Todos los comandantes de unidades están en línea —anunció Cameron.

**Cuartel General Administrativo de los Dragones  
Cerant, An Ting  
Distrito Militar de Galedon  
Condominio Draconis**

**3 de enero de 3028**

Dechan Fraser parpadeó y trató de enfocar el rostro de la persona que le estaba sacudiendo el brazo. Por la piel pálida y el rostro ovalado debía de ser Jenette Rand. Una trenza de cabello le rozó la nariz y le hizo sentir ganas de estornudar. ¿Cómo podía ser? El cabello de Jenette era corto y no llevaba una cola de caballo colgando por sobre el hombro, que pudiera tocarle la cara al inclinarse sobre él. «Susan Lean, sí», pensó. Y era casi tan bonita como Jenette. ¡Era... Lean!

—Sí, Lean. No soy la mujer de tus sueños, por lo que puedes levantarte. —Lean se enderezó cuando él dejó de cogerle los brazos—. Despierta, Fraser. Vamos. El coronel quiere que todos los comandantes de unidades participen en la reunión.

Mientras Dechan se colocaba su uniforme de servicio, Lean se quedó de pie en la puerta, golpeando impacientemente el piso con la punta del zapato.

—¿Qué estás esperando? —preguntó Drechan. No estaba acostumbrado a que lo observaran mientras se vestía. Al menos, no una hermosa mujer con el entrecejo fruncido. Ellas solían sonreír.

—Bien, no es por el espectáculo. El coronel me envió a buscarte y está malhumorado, por lo tanto no volveré sin ti.

Dechan percibió por el tono de la voz de Lean que el asunto era serio, algo más grave que la inquietud por una bronca personal.

—¿Es para preocuparse?

—Puedes estar seguro.

—Si es un asunto serio, no es momento para ser tímida.

—Tienes razón, disculpa —dijo, y luego le contó todo lo sucedido en la Estación

*Hefaistos*—. Creo que es la Hégira —concluyó.

—¿Hégira? ¿Qué es eso?

Ella se golpeó la frente con la mano y dijo:

—¡Cierto..., me olvidé de que eras adoptado! —Ladeó la cabeza y lo miró simulando severidad—. ¿Cuál es tu problema, hijo? ¿Cuando te hicieron comandante de compañía te quedaste dormido en la sesión introductoria?

—No, no lo hice —se defendió Dechan contestándole de manera brusca. ¡Hijo! ¿Quién se pensaba ella que era? Ese era el término en *argot* que usaban para los nuevos MechWarriors hasta que se los aceptaba como Dragones hechos y derechos. Nadie lo había llamado de ese modo desde hacía más de cinco años—. Y nunca tuve una sesión así. Obtuve mi estrella poco después de que fuimos a Ubidi. Desde entonces las cosas nunca volvieron a estar tranquilas.

—¡Que la Unidad nos proteja de los comandantes demasiado ocupados! —exclamó Lean—. Como hijo que llegó a comandante de compañía deberías haber sido instruido. Hégira es un plan de escape. Desde Nueva Délos, los Dragones han tenido siempre preparado un plan para escapar con los civiles si algún Señor Sucesor obtuso intentaba nuevamente el truco de los rehenes. Cuando se oye esa palabra, nosotros nos movemos.

—¿Eso es lo que está pasando ahora?

—Aún no. Pero pienso que por eso el coronel nos ha convocado a la reunión. En caso de desastre, él reúne a todos los oficiales. Todos, desde el cargo de comandante de compañía para arriba, tienen voto.

—¿Y si se decide el escape?

—En ese caso, y si no hay alguna orden en contra, todos los Dragones se reunirán en algún sistema estelar inhabitado, que se determinará previamente. Una vez reunidos todos, nos dirigiremos hacia un sitio seguro.

—Pero todo eso iría en contra del contrato —objetó Dechan. La noción de que el contrato era algo casi sagrado la tenía muy asimilada desde su adoctrinamiento en la disciplina y las normas de conducta de los Dragones.

—¿Es que aún estás dormido? —preguntó Lean, llena de incredulidad ante la ingenuidad que acababa de oír—. Si optamos por la Hégira es porque el contrato hace rato que se ha quebrantado, y no hemos sido nosotros quienes lo hemos hecho.

Dechan se ciñó el cinto de las armas. Comenzaba a entender la seriedad de la situación.

—Entonces, no lo hagamos esperar más.

Los dos capitanes marcharon al trote a través de los pasillos del edificio de administración. Cuando Dechan giró para bajar hacia la galería que conducía a la sala de reuniones. Lean le cogió el brazo y tiró de él para hacerlo cambiar de rumbo.

—Camino equivocado, hijo.

Los oficiales Dragones habrían sido convocados en la sala de comunicaciones, que contaba con el equipo necesario para establecer contactos con todos los emplazamientos de Dragones en An Ting. Wolf y la docena de oficiales presentes se encontraban sentados en círculo en el área de emisión del estudio. La brillante luz iluminaba sus rostros preocupados. Lean y Dechan se unieron al grupo.

Una vez sentado, Dechan pudo observar que delante de los oficiales había instalado un grupo de monitores. El resto de los oficiales Dragones de menor jerarquía estaban presentes por medio de una comunicación de vídeo de doble sentido. Cada monitor tenía una indicación sobreimpresa que identificaba la fuente de procedencia de la emisión. Una de las filas de monitores estaba a oscuras, salvo las pequeñas letras iluminadas: «Hefaistos». Un último monitor empezó a recibir imágenes, y apareció la cara del coronel Jeremy Ellman, del Comando de Entrenamiento.

—Ahora que estás en línea, Jeremy, podemos dar comienzo —dijo Wolf.

La voz del coronel cortó el murmullo de varias conversaciones simultáneas que se mantenían en la sala, y todos atendieron las palabras de Wolf.

—Comprendo que esto es irregular, pero no nos es posible establecer contacto con el resto de los Dragones. Necesito el consejo de todos los oficiales Dragones.

Wolf hizo una pausa y afloraron los murmullos entre algunos de los oficiales. La mayoría de ellos ya tenía una idea bastante aproximada del motivo del llamamiento, de modo que las palabras de Wolf eran sólo una confirmación.

Lean se inclinó hacia Dechan y le hizo un gesto que expresaba «lo que te dije» en el mismo instante en que Wolf retomaba la palabra.

—Damas y caballeros, estamos en una posición hartamente difícil. Todos vosotros estáis al tanto de los problemas que hemos tenido en los dos últimos años. Nuestro empleador nos ha estado atacando duramente, de distintas maneras, pero nosotros no hemos retrocedido. Pero ahora están tratando de forzarnos a operar fuera de la ley. También están teniendo el cuidado de hacer parecer sus acciones como provenientes de grupos o partidos independientes. Lamentablemente, nos vemos incapacitados, aún, de poder probar ninguna acusación sobre estos hechos.

»Para quienes no lo hayan oído, el capitán Shadd nos ha informado que se nos ha vedado la posibilidad de utilizar a ComStar. El Adepto a cargo ya se refiere a nosotros con el apelativo de «los proscritos». No sabemos a ciencia cierta si ésta es la posición oficial de ComStar o si este hombre es simplemente una víctima de las presiones de nuestros enemigos. En realidad no importa demasiado. Sin la posibilidad de utilizar las comunicaciones por HiperPulsación, deberemos confiar en el servicio de mensajeros para poder mantener contacto con el resto de los regimientos.

»En esto también tenemos problemas. El Sistema de Mando de An Ting está denegando todos nuestros pedidos para cambiar de órbita o para salir de un punto de

salto. Están derivando todas nuestras solicitudes a la oficina del Oficial de Enlace, quien, repentinamente, está demasiado ocupado como para tratar esos trámites. Para lo que sí ha tenido tiempo es para advertir que cualquier modificación de la ubicación aeroespacial de los Dragones debía interpretarse como una actitud de hostilidad. Es obvio que su intención es que no podamos comunicarnos con el resto de los regimientos.

»Creo que todos vosotros comprenderéis que están inventando una excusa.

»La *Hefastos*, o al menos una parte de ella, ha sido tomada por grupos que aducen ser patriotas kuritanos. El oficial de inteligencia, comandante Blake, analizó la situación y supone que los hostiles se presentaron en la estación como parte de un grupo local de técnicos expertos con la misión de suplir a nuestras fuerzas de mantenimiento. Son terroristas, y estoy convencido de que todos ellos son agentes de Casa Kurita. Pero, otra vez, la verdad no importa tanto. La situación actual es la auténtica realidad.

»Se repite otra vez una situación como la ocurrida en Nueva Délos. Esta vez, en una escala mucho más grande, con una mejor organización y más despiadadamente. Hace doce años, fallamos en nuestro juramento de proteger a nuestros civiles, algunos de los cuales fueron hechos rehenes y luego asesinados. Fallamos en nuestro compromiso moral, pero nos juramos que no volvería a repetirse. —Wolf hizo una pausa para dar más énfasis a sus próximas palabras—. ¿Dejaremos que vuelva a suceder? —dijo elevando dramáticamente el tono de voz.

El estruendoso clamor fue un claro indicio de la sensación general.

—¿Hégira? —preguntó Wolf gritando.

El silencio dominó a la sala, un silencio más fuerte que cualquier voz.

Jeremy Ellman fue el primero en hablar. Su rostro estaba sombrío y sus movimientos eran lentos, cargados por décadas de dura vida de soldado. Se puso de pie y repitió la palabra: «Hégira». Luego, uno a uno, cada uno de los oficiales Dragones se fueron poniendo de pie y repitiendo la misma palabra.

Dechan, como oficial novato, estuvo entre los últimos. No entendía muy bien lo que estaba ocurriendo, pero confiaba en la sensatez de los Dragones. Tenía fe en sus compañeros oficiales. Al fin se puso de pie y, tartamudeando, dijo: «Hégira».

Una vez que todos se expresaron, Wolf volvió a tomar la palabra. Habló con un acento extraño y casi anticuado que Dechan jamás había oído, ni en Wolf ni en ninguno de los oficiales Dragones. Por las caras de los otros comandantes, tanto los que estaban en la sala como los que estaban en comunicación por los monitores, se dio cuenta de que todos lo entendían perfectamente. Lean estaba en lo cierto: todavía era «un hijo». Sólo Scott, el jefe de los Techs, quien, como Dechan, se había incorporado a los Dragones en el espacio de Steiner, parecía estar tan confundido como él por el discurso.

—Hemos deliberado en cónclave. Jurado y sellado. Soy el Maestro depositario del compromiso. Las palabras que habéis dicho son mi testamento. Por lo que habremos de cumplirlas hasta caer.

—¡Así sea! —respondió un coro de voces.

Los Dragones se sentaron. Dechan y Scott, tomados por sorpresa por lo imprevisto del movimiento, los imitaron torpemente. Por un minuto reinó un silencio absoluto.

—Por lo tanto la declaración debe cumplirse —dijo Wolf, girándose hacia el monitor con el rótulo de «Cuartel de Boupeig» para dirigirse a uno de los oficiales allí destacado.

—Capitán Shadd, ejecute el Plan de Contingencia Mohammed.

—El Séptimo está listo, coronel. Las Sotanas nunca sabrán qué los golpeó —contestó Shadd con una mueca feroz.

Blake asintió en señal de aprobación.

—Así es como debe ser, Shadd. Sin pruebas ni evidencias —advirtió—. Nada que relacione a los Dragones con el ataque.

—Somos fantasmas, comandante. No dejaremos que la gente se desilusione —dijo Shadd mientras saludaba y salía del enfoque de la cámara del monitor.

Wolf se dirigió ahora a otra pantalla que mostraba el rostro del coronel Jason Carmody, jefe de operaciones aeroespaciales. El rostro del coronel se tensó cuando advirtió que Wolf se estaba dirigiendo a él.

—Jason, intercepte las comunicaciones hacia el enemigo, tanto las mías como las de la *Hefaistos*. Comenzará el Operativo de Rescate con la transmisión del capitán Shadd. Mientras tanto, negociaremos con los bandidos que retienen a nuestra gente y simularemos que queremos cerrar trato con ellos.

»Damas y caballeros, la batalla ha comenzado —anunció Wolf a todos sus oficiales—. Preparad vuestros 'Mechs.



**Sede de ComStar, Cerant, An Ting**  
**Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**

**3 de enero de 3028**

—¡Malditos insectos! —murmuró el acólito de ComStar, al tiempo que se golpeaba con la palma de la mano en la nuca, en donde un insecto le había picado. Se rascó y masculló otra maldición.

—Siempre comienzan a molestar en esta época del año, Seldes —le dijo su compañero. Su sonrisa ante el malhumor de su camarada se desvaneció cuando también a él lo picaron—. ¡Malditos! Este año son enormes. Si crecen un poco más, necesitaremos un arsenal antiaéreo para combatirlos.

—Por cierto que necesitaremos artillería, pero no será para combatir a los insectos. Los Dragones no se quedarán con los brazos cruzados ante la negativa de ComStar a dar curso a sus comunicaciones. Apostaría cualquier cosa, Kent. Seguro que ya están planeando hacer algo.

—¿Pero, qué es lo que pueden hacer? ComStar es neutral y está protegida por todos los Estados Sucesores para que pueda seguir prestándoles servicio. Esta guardia es una pérdida de tiempo. No tiene sentido permanecer aquí toda la noche aparentando estar atentos y vigilantes. ¡Qué pesadez! Deberíamos estar durmiendo tranquilamente. No hay nada de que preocuparse. Cualquiera que quisiera intentar entrar sería cogido por los guardias. Seguramente ya habrás visto a esos voluntarios kuritanos. Son duros. No me gustaría cruzarme con ninguno de ellos, ¿y tú?

La respuesta fue un ronquido grave. Kent miró a su compañero. Seldes estaba recostado contra la arcada, con la cabeza apoyada en el dintel.

—Por lo que veo has seguido mis consejos —dijo Kent entre dientes mientras ahogaba un bostezo—. No es una mala idea. Espero que el capiscol no nos coja... — El resto de sus pensamientos no llegaron a transformarse en palabras. Sus rodillas se doblaron y se derrumbó pesadamente en el suelo.

Una sombra con forma humana salió de la oscuridad y pasó por entre medio de los guardias dormidos. Entró en el edificio y volvió a quedar oculto por las sombras. Unos segundos más tarde ya estaba de regreso en la arcada. Hizo unas señas con el brazo y después volvió a desaparecer.

Desde la oscuridad de la noche fueron surgiendo otras sombras que siguieron a la primera. Todos parecían moverse con una gracia felina, salvo uno que tropezó con el fusil de Kent. Ante el ruido inesperado, todas las sombras buscaron protección en sitios cercanos a su posición y se quedaron inmóviles. Tras unos pocos segundos de espera, y ante el silencio reinante, siguieron su marcha. Uno cogió al guardia que estaba torpemente recostado en la arcada, lo llevó a la sala de guardia y lo dejó en el suelo junto al compañero. Luego, otros dos se encargaron de arrastrar los cuerpos hasta adentro del edificio. Un cuarto hombre cerró la marcha recogiendo las armas que habían quedado tiradas en el suelo de la sala de guardia.

Las sombras de los hombres se movieron sigilosamente a través del patio interior del edificio, deteniéndose sólo para tener una callada y corta reunión de planificación junto a una puerta desguarnecida. Momentos más tarde todos, salvo dos, volvieron a refugiarse en la oscuridad.

Esos dos, uno alto y grácil y el otro torpe y grueso, penetraron resueltamente en el edificio. Llevaban unas botas con unas suelas muy suaves que no producían el menor ruido mientras ellos se deslizaban por los pasillos del edificio. Al llegar a un cruce de pasillos, el de figura más esbelta le hizo una seña al otro para que se quedase quieto esperando. Luego siguió su marcha y, doblando por el pasillo, desapareció del campo visual de su compañero, que se quedó apoyado contra una pesada puerta de madera. Allí no había nadie que pudiese darse cuenta de los nervios que sentía y que lo hacían temblar.

Sin ningún preaviso, la puerta del lado opuesto del vestíbulo se abrió y arrojó un haz de luz sobre el pasillo. El hombre que había abierto la puerta vestía el rebuscado uniforme de un capiscol de ComStar. Por la expresión de su rostro podía verse que estaba casi tan sorprendido como el intruso. Trató de dar un paso hacia atrás mientras dirigía la mano hacia la empuñadura de su arma, pero el asaltante fue más rápido. Se oyeron una serie de disparos sordos que salieron del arma del intruso.

Las ropas del capiscol se tiñeron del rojo brillante de la sangre, y su cuerpo, por la fuerza de los impactos, dio dos pasos hacia atrás para quedar tendido en el suelo de la sala, tras golpear contra una silla. El intruso siguió disparando contra él aun cuando el cuerpo ya estaba inerte.

La primera sombra volvió para ver qué había sucedido. Se había quitado la máscara que le ocultaba el rostro. Era Antón Shadd, y tenía una expresión furiosa. Abofeteó la mofletuda, y aún oculta, cara de su compañero, quien se había quedado paralizado con el arma en la mano y el dedo todavía en el gatillo.

—¡Por la Unidad, Scott! —dijo Shadd controlando la voz para evitar ser oído desde lejos—. ¿Qué demonios cree que está haciendo?

El jefe de Techs, Scott, respiró con dificultad, como un pez fuera del agua. Con la mano izquierda se quitó la capucha y las gafas nocturnas de la cabeza, dejando al descubierto su rostro pálido y cubierto de sudor. Aspiró una bocanada de aire, pero tuvo que intentarlo dos veces antes de lograr hablar.

—Apareció por la puerta —susurró a su vez—. Pensé que iba a dar la alarma.

—¡Y entonces le disparó! —La voz de Shadd traslucía el enfado que sentía—. Ese era el capiscal. Lo necesitábamos para transmitir los códigos.

—Me sorprendió —balbuceó Scott—. Creí que estaba todo perdido.

—Fue dominado por el pánico.

—¿Y qué si fue así? —replicó el Tech molesto—. No fui entrenado para esto. Soy un Tech, no un asesino profesional como usted.

Shadd apretó los dientes y se contuvo para no seguir la discusión.

—Encontré la cámara de control del GHP. Vamos —indicó, y cerró la puerta dejando al pasillo nuevamente en tinieblas—. Y la próxima vez deje a los profesionales la tarea de matar.

Los dos Dragones recorrieron el corto trayecto que había hasta la cámara, sin cruzar palabra.

La sala tenía un elevado techo abovedado con lámparas que colgaban en lo alto. Los tubos de vidrio rojizo llenaban la cámara de un extraño brillo y producían unos destellos escarlatas en el cromo y el plástico del equipo.

El aparato regulador del voluminoso generador de HiperPulsación y su tablero de control de mandos en forma de herradura dominaban el centro de la cámara. Una gran cantidad de pesados cables protegidos salían de la maquinaria y estaban tendidos hacia la pared norte, detrás de la cual se hallaba el poderoso generador. Sobre la pared también se alineaban dispositivos de comunicaciones más pequeños, consolas de ordenador y unidades de almacenamientos de datos.

En la entrada de la cámara había una escalinata que conducía a una pasarela que circundaba toda la sala a tres metros de altura. El pasadizo culminaba en una plataforma desde donde se dominaban todos los controles. Allí estaba instalado el solio del capiscal, un sillón de terciopelo y respaldo alto desde el cual podía controlar todos los procedimientos que efectuaban sus acólitos en las tareas de transmisión.

Shadd fue a buscar otras entradas mientras Scott se dirigía hacia la consola de control para estudiar la instalación. El Dragón encontró otra pequeña puerta de entrada en la pared sur y dedujo, por las fotos orbitales de la sede que había estado observando, que la puerta conducía al jardín privado de la residencia del capiscal, de modo que había pocas probabilidades de que fuesen molestados por allí. Las otras comunicaciones con el exterior eran las ventanas, ahora cerradas, que había a lo largo

de la pasarela.

Un sonoro traqueteo hizo que Shadd girase súbitamente con su fusil preparado. Se relajó cuando vio que quien había provocado el ruido era el jefe de los Techs, Scott, al mover un panel del tablero de control. Scott estaba fisgoneando y hurgando de una manera un tanto caótica entre las conexiones y los circuitos que tenía a la vista.

—Vamos, Scott. Cada minuto que desperdicia jugueteando con esa cosa hace que aumenten las probabilidades de ser cogidos.

—Esto no es fácil, Shadd. Esta máquina endemoniada está fabricada con piezas de otras. Hay circuitos con parches sobre los parches. Son tantos que no puedo estar seguro de qué circuito es cada uno. Y no creo que las Sotanas tengan alguna idea de lo que estuvieron haciendo aquí.

—¡No quiero ni oír lo que está diciendo! —gruñó Shadd—. Se supone que usted es el experto en comunicaciones. ¡Demuéstrelo!

Scott hizo una mueca pero se calló y se concentró en su tarea. De vez en cuando se le oía lanzar una ráfaga de insultos mientras analizaba los circuitos. Shadd, entre tanto, se dedicó a revisar los cerrojos de las puertas. Estaba empujando un par de archivos contra la puerta trasera cuando oyó el súbito estampido de un fusil, proveniente de afuera de la cámara.

—¡Malditos! —murmuró Shadd. Alguien se había descuidado o, quizás, habían descubierto el cuerpo del capiscal. Fuera como fuese, era evidente que ya se habían percatado de su presencia.

Mientras Shadd volvía sobre sus pasos por la escalerilla que lo conducía hacia la pasarela, se empezó a oír el ulular de una alarma. Se detuvo al lado de una ventana que le permitía observar el movimiento del patio interior, pues los disparos habían sonado en esa dirección, y deslizó con cuidado la cortina para minimizar el riesgo de ser visto.

Unos potentes focos estaban rastreando el suelo. Shadd pudo ver unos soldados de ComStar y kuritanos que intentaban abrirse paso por el patio. Avanzaban bajo un arrobador fuego, con sus armas al parecer silenciosas ya que el estruendo de las armas de los atacantes y el de la sirena de alarma tapaba todo otro ruido que pudiese hacerse. Shadd era incapaz de calcular cuántos de sus hombres se mantenían aún en la entrada.

—¡Ya le han puesto la hora tope, experto! —le gritó a Scott.

—Sería mejor tener más tiempo —replicó éste. Su voz retumbó dentro del gabinete en donde tenía metida la cabeza.

Shadd, volviendo su atención a lo que ocurría en el patio, advirtió que tres draconianos se desplazaban por una galería alejada; evidentemente estaban preparando un ataque por el flanco. Desde su posición, Shadd calculó que la línea de desplazamiento de las Serpientes estaba fuera del campo de visión de sus guardias de

la entrada. Sin pensarlo más, se asomó por la ventana y lanzó una ráfaga de disparos sobre los soldados; tan pronto como soltó el gatillo, se agazapó nuevamente tras la ventana.

Esperó unos instantes pero no hubo réplica, por lo que dedujo que la ráfaga de su arma había hecho su trabajo y que ningún enemigo se había percatado de su posición. Shadd se arriesgó y echó un vistazo para comprobar el resultado de su acción. Dos de los soldados yacían en el suelo, muertos, y el tercero se alejaba retrocediendo por el camino por el cual había venido. La defensa de la entrada seguiría firme por un buen rato.

El grito de triunfo de Scott lo hizo girar justo a tiempo para ver el parpadeo intermitente de varias luces en el tablero de control. Tras unos instantes las luces se estabilizaron y el generador de HiperPulsación pareció entrar en funcionamiento. Se oyó una seguidilla de varios tonos de silbidos, hasta que al final quedó fijo un zumbido grave.

—Está listo —anunció el jefe de los Techs con satisfacción.

—¿Y qué sucede con los códigos?

—Logré evitarlos.

—Entonces envíe el mensaje. Exactamente como nos lo dictó el coronel. Ni una palabra fuera de su sitio.

—No soy un novato, Shadd —refunfuñó Scott, volviéndose hacia el teclado.

Afuera se había producido una tregua en el combate. El repentino silencio le permitió a Shadd oír el ruido de las teclas que parecían marcar el paso del tiempo como un reloj antiguo. Pero el tiempo era algo que no les sobraba. Cada momento que pasaba hacía que las probabilidades de escapar de la sede fuesen cada vez más reducidas.

El vivo chisporroteo de un lanzallamas de plasma anunció la reanudación del combate en el patio.

Shadd miró por la ventana y vio la parte superior del cuerpo de un BattleMech, visible por sobre el tejado del edificio exterior. Con la silueta enmarcada por la luminosidad previa al amanecer, la máquina se parecía a un espantapájaros sin cabeza. Shadd reconoció la forma de un *Vulcan*, un espantoso y temible 'Mech preparado para causar grandes matanzas.

Cuando el brazo derecho de la máquina lanzó su segunda bocanada de plasma, la luz de la llama le iluminó el torso, y Shadd reconoció el símbolo que adornaba el lado izquierdo del pecho del 'Mech: el dragón negro de Casa Kurita. Las Serpientes habían decidido emplearse a fondo.

El plasma del *Vulcan* quemaba todo lo que se interponía en su paso. Al oír los gritos que provenían de la entrada, Shadd comprendió que sus hombres estaban muriendo.

Unos soldados kuritanos salieron corriendo del edificio exterior. Nada detuvo su carrera a través del patio. Ni disparos, ni granadas. Sus hombres apostados en la entrada del edificio del generador ya habían muerto. Shadd tenía la esperanza de que alguno de ellos hubiese podido escapar hacia el interior del edificio y tomar una nueva posición defensiva fuera del alcance del 'Mech. Si alguno lo había logrado, a las Serpientes no les resultaría fácil hacerlo salir. Sus hombres eran capaces de defenderse durante bastante tiempo.

Las luces de la consola del GHP disminuyeron durante un instante por la sobrecarga de potencia que el generador necesitaba para enviar su pulso interestelar al espacio. Shadd vio cómo el jefe de los Techs sonreía satisfecho, inconsciente de lo que sucedía a su alrededor, y sacudió la cabeza.

El jefe del comando abrió su unidad de comunicaciones.

—Muhammad a base.

La respuesta fue inmediata.

—Adelante, Muhammad —dijo Jaime Wolf.

—Esto es un nido de Serpientes. También hay 'Mechs. No nos esperen en casa.

—¿Éxito?

—La declaración ya ha salido, coronel. Le deseo éxito en su misión de sacar a la gente.

—Siempre los recordaremos.

Shadd cortó la comunicación. Los hombres del Séptimo Comando vivían y morían en la oscuridad y en el engaño. Siempre los recordarían, había dicho el coronel. Él no podía pedir nada mejor. Colocó un nuevo depósito de cartuchos en el Ranger y se dirigió hacia la puerta a esperar el asalto.

**Cuartel General Administrativo de los Dragones  
Cerant, An Ting  
Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis  
3 de enero de 3028**

Dechan se comía las uñas de su pulgar. En las largas horas transcurridas desde la votación de la Hégira, la espera le había revuelto el estómago. La ociosidad forzada jamás le había sentado bien. Necesitaba hacer algo..., cualquier cosa. Lo que realmente quería hacer era estar en la carlinga de su *Shadow Hawk* cazando Serpientes, pero las órdenes del coronel lo obligaban a estar quieto a la espera. Además, su 'Mech estaba en los cuarteles de Boupeig, cerca de Cerant, y la multitud enardecida aún poblaba las calles.

Podía ver a Wolf en el otro extremo de la sala de planeamiento, con la espalda encorvada por la fatiga. El coronel parecía haberse tomado un respiro en las casi continuas negociaciones con los terroristas. ¡Negociaciones! Una buena palabra para ser utilizada en conversaciones entre políticos, pero los criminales que se habían apoderado de la *Hefaiostos* no parecían tener intenciones de escuchar proposiciones. Sólo querían hablar, condenar a los Dragones y hacer resaltar las virtudes del Dragón. En opinión de Dechan, estaban más dispuestos a conversar sobre los juegos en Solaris que a ponerse a resolver las condiciones de la negociación.

No envidiaba en absoluto la posición de Wolf. Los nervios del coronel debían de estar más tensos que los de cualquier otro Dragón del cuartel general. Después de todo, era quien debía tomar las decisiones.

Hacía dos horas, la órbita de una Nave de Salto de los Dragones se había acercado a la estación. Después de realizar un análisis visual, la tripulación había confirmado la aseveración del comandante Quo de que miembros del Séptimo Comando estaban sobre el casco de la *Hefaiostos*, pues habían asegurado que personas vestidas con trajes espaciales se estaban abriendo camino hacia la sección de mando.

Cuando desde la nave trataron de comunicarse con esas personas, los terroristas asesinaron a uno de los rehenes y amenazaron con más muertes si se emitía alguna otra transmisión a la estación, por lo que Wolf prohibió más intentos de establecer contacto con aquellos hombres que estaban sobre la superficie de la estación.

Las esperanzas de los Dragones se habían fortalecido al avistar a aquellas figuras, pues significaba que al menos parte de lo que el comandante Quo había tratado de decirles era cierto. Si esas personas con trajes espaciales pertenecían realmente al Séptimo Comando, las cosas no iban tan mal como parecía.

El Operativo Recuperación fue suspendido cuando Wolf decidió que los hombres del comando, si es que eran realmente un comando, tenían mejores condiciones para intentar el rescate de los rehenes que las que podía contar un asalto en gran escala. Si una Nave de Salto de los Dragones se movía hacia una posición ofensiva contra la estación, podía ser considerado como un desafío al Sistema de Mando de Kurita y provocar una reacción militar. Wolf todavía tenía reservadas esperanzas de limitar los incidentes. ¿Cómo podía ser considerado culpable de acciones realizadas por un comando que ya estaba en la estación?

Las órdenes de Wolf traían aparejadas poca tarea para el centro de mando, salvo esperar e ir actualizando los planes con las pocas informaciones que iban llegando. Esto era especialmente tedioso para Dechan, quien sólo era un Mechjock, no un planificador.

Cuando se recibió la comunicación de Shadd desde ComStar, había habido unos instantes de febril actividad. Los aplausos ante su éxito se habían acallado rápidamente cuando anunció el asalto de los kuritanos. Todos sabían que los hombres del comando no tendrían manera de sobrevivir a ese combate.

Ahora Shadd y sus hombres ya no estaban. Dechan pensó en ese hombre brusco que había insistido en llamarlo «muchachito». No lo había conocido muy bien, pero en realidad nadie fuera del Séptimo había logrado hacerlo. Dentro del cerrado clan de los Dragones, ellos eran como una familia aparte. Shadd parecía ser muy bueno en la lucha, aun cuando quizás era demasiado rápido para iniciar una. No debía de habérselo puesto nada fácil a las Serpientes.

Alegando defender a ComStar, los kuritanos habían realizado la incursión militar y los Dragones, por el momento, no podían hacer nada al respecto. Si trataran de buscar alguna compensación, sería como reivindicar a los hombres del comando como Dragones y ello acarrearía la ira de ComStar y de la Esfera Interior por la violación de la neutralidad de ComStar. Sin embargo, eso era exactamente lo que habían hecho los draconianos al ir en persecución de los hombres del comando.

Dechan quería vengar a la unidad perdida aplastando a las Serpientes de la misma manera en que ellos habían liquidado al comando de los Dragones. «Shadd lo aprobaría —pensó—. Shadd no permanecería enjaulado en el centro de mando.



Shadd no permitiría que la multitud lo detuviese en su camino hacia los cuarteles de Boupeig».

—¡Coronel Wolf!

Dechan reconoció la voz de Cameron en ese grito. La imperturbabilidad de este hombre era conocidísima en el regimiento de los 'Mech. Si estaba excitado era porque algo importante sucedía.

—¡Coronel, los terroristas están emitiendo nuevamente en la banda ancha!

—Conecta la pantalla principal, William —ordenó Wolf.

La banda ancha significaba que los terroristas estaban interrumpiendo en las frecuencias de emisión públicas para poder ser oídos por todo el planeta. El rostro que apareció en el monitor traslucía un gran agotamiento y mostraba oscuras ojeras debajo de los brillantes ojos de mirada fanática. La cabeza del terrorista se inclinó en señal de asentimiento de algo que no pudo percibirse y luego su atención se centró en la cámara. Su cara se animó mientras iniciaba su charla, con los ojos fijos en el telespectador.

—En una sucia maniobra, los forajidos Dragones han atacado la sede de ComStar en An Ting. Han masacrado a cientos de inocentes y han destruido la sede. Este ha sido un acto desmedido, más allá de los límites del comportamiento civilizado.

»Con esta atroz acción, los Dragones de Wolf no han hecho otra cosa que confirmar que no mentimos en lo que decimos de ellos. Ahora lo están demostrando a toda la Esfera Interior. Desenfrenadamente. Sin remordimientos ni negaciones.

»¡Esto legitima nuestra acción!

»¡Ellos son nuestros enemigos!

»Tales enemigos de la humanidad deben ser exterminados. Debemos realizar una tarea ejemplificadora con ellos para que nunca más alguien se atreva a cometer actos como éstos. No se debe permitir que dejen este sagrado espacio del Condominio Draconis sin recibir un castigo ejemplar.

»Pero nosotros sólo somos patriotas, armados únicamente por nuestro amor y fidelidad al Dragón y a Casa Kurita. Es poco lo que podemos hacer para dañar a esos asesinos que se hacen llamar los Dragones de Wolf. No podemos enfrentarnos a sus BattleMechs. No podemos combatir contra sus naves espaciales. Pero haremos todo lo que podamos. Mirad al cielo. Ved la estrella del amanecer de la verdad. ¡Oíd la llamada de la justicia! ¡Gloria al Señor de la Guerra Samsonov! —gritó el terrorista mientras agitaba el puño amenazando a la cámara.

De improviso, la imagen se desvaneció.

—¿Qué sucedió con la señal? —preguntó Wolf con ansiedad—. William, haz que regrese la imagen.

Cameron no hizo ningún movimiento hacia el tablero de mandos. Su mandíbula tembló y una lágrima le rodó por la mejilla. Cuando habló, su voz sonó entrecortada.

—Hay una potente señal electromagnética intermitente desde la órbita de la *Hefaistos*. La estación se ha ido, coronel.

**Casa de Gobierno, Cerant, An Ting**  
**Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**

**3 de enero de 3028**

Akuma rio.

Como siempre, el *Sho-sa* Andrew Subato Chou encontró que ese sonido lo ponía nervioso. Le hacía preguntarse si Akuma estaba realmente en su sano juicio.

Chou echó un vistazo a Quinn a través de la oficina lujosamente amueblada. El guardaespaldas estaba de pie cerca de la ventana de plastividrio que dominaba la habitación. Su figura a contraluz y vestida con el uniforme negro tenía más semejanza a una sombra que a un hombre. Chou no encontraría consuelo con él.

Quinn iba normalmente en pareja con Panati, pero Chou no había visto en todo el día al rechoncho japonés. De todos modos, su presencia no cambiaría las cosas. Probablemente, el segundo guardaespaldas de Akuma habría sido tan frío y distante como el primero. A Chou no le resultaba nada cómodo ser el único oficial que acompañase a Akuma. Lleno de nerviosismo, clavó los ojos en los remolinos y arabescos del pesado diseño de las alfombras de la habitación, deseando estar en cualquier otro lugar.

Akuma se divertía viendo cómo su segundo en el mando de combate trataba de ocultar su nerviosismo.

—Míralos, Chou —dijo Akuma señalando hacia el único de los monitores instalados en la pared que en ese momento emitía imágenes—. Están confundidos, desmoralizados.

Chou dirigió obedientemente su mirada hacia la pantalla, la cual mostraba una imagen algo borrosa de la sala de planeamiento del cuartel general administrativo de los Dragones. En el centro, Jaime Wolf estaba de pie, inmóvil, con los brazos caídos a los lados. Varios Dragones lo rodeaban mientras un joven capitán salía de la sala. El audio del monitor sólo recogía el ruido de muchas voces superpuestas.

—La destrucción de su estación orbital los ha dejado completamente aturdidos. Escucha cómo vociferan. Corren como hormigas a las que les han pateado el terraplén de su nido. —Akuma se regocijaba con cada una de sus palabras.

—*Chu-sa* Akuma —dijo Chou cuando al fin pudo oír algo inteligible entre todo ese barullo de voces—. Me parece haber oído como si la mayoría de los oficiales Dragones estuviesen pidiendo venganza.

Chou sabía perfectamente que con sus palabras estaba contradiciendo el análisis de la situación que su superior había realizado, pero se sentía obligado a decirlo. Le agradó percibir que su voz había sonado firme.

—¿Lo están haciendo? —Akuma se frotó el labio superior con el dedo índice, apretó el puño y luego fue estirando, uno a uno, los dedos de la mano haciéndolos crujir sucesivamente. El gesto trasuntaba indiferencia—. No tiene mucha importancia. No tienen objetivos. Su furia y frustración sólo los hará madurar para lo que les está por llegar.

Mientras Akuma hablaba, el nivel de ruidos del audio de la transmisión disminuyó notablemente. El cambio repentino atrajo la atención de los dos oficiales kuritanos.

Lo que vieron fue a Wolf ordenando silencio. Cuando reinó la calma en la sala de planeamiento, los Dragones comenzaron un debate controlado. La mayoría de los oficiales pedían una inmediata venganza, y muchos de ellos querían empezar arrasando la ciudad. Wolf se mantuvo inflexible en su postura de no iniciar ninguna acción militar mientras los civiles no estuviesen a salvo. Para poner en marcha esto, había ordenado que bajasen varias Naves de Salto para comenzar la carga.

Un oficial objetó violentamente el plan de Wolf y calificó al coronel de viejo y senil. A esto siguió una acalorada argumentación. Sabiéndose derrotado, pero aún lleno de ira, el oficial descargó su frustración arrojando su unidad de comunicaciones contra la pared.

Por un instante pareció que el objeto volaba directamente hacia la cámara espía. La imagen se tambaleó cuando el proyectil hizo impacto en la pared. Cuando se estabilizó la imagen, ésta era mucho más nítida que antes y mostró los rostros de sorpresa de los Dragones que dirigían su mirada hacia la cámara. Uno de los oficiales apuntó su arma hacia el objetivo e hizo fuego. El monitor de Akuma se oscureció.

Al sentir el disparo, Chou se agazapó instintivamente. Se enderezó al instante, sonriendo tontamente por su reacción. Akuma golpeteaba los dedos contra el mármol de su escritorio, y su rostro reflejaba una gran irritación. A Chou le sorprendió oír la voz de Quinn.

—No podemos colocar otra cámara en ese sitio.

—No importa. —Akuma dio por terminado el asunto con un movimiento de la mano—. No necesitaremos poner otra. Los Dragones están desmoralizados y están

distrayendo su atención para preocuparse por unos civiles despreciables. Sus comandantes están divididos. La mitad de ellos están de acuerdo en destituir a Wolf. —Se interrumpió y rio de manera extraña—. Todo esto será mucho más fácil de lo esperado.

»Si eliminamos a los mercenarios que están aquí en An Ting, habremos descabezado a los Dragones de Wolf. Han logrado emitir su mensaje, ¿pero qué conseguirán con eso? Sus palabras jamás llegarán a oídos de las personas para quienes fue emitida la declaración. Los restantes Dragones de Wolf permanecerán ignorantes de lo que sucede en An Ting hasta que ya sea demasiado tarde, y luego serán una presa fácil que cazaremos a nuestro antojo. Quizá la *Ryuken-ichi* se ocupe de dirigir la cacería. —El rostro de Akuma se iluminó ante el pensamiento.

Chou esperó un instante antes de carraspear para recordarle al *Chu-sa* su presencia.

—No te he olvidado, *Sho-sa* Chou.

Chou percibió algo en la voz de Akuma que le hizo desear que lo hubiese olvidado.

—Éste es tu momento de gloria —continuó Akuma—. Imparte las órdenes de ataque. Encabezarás personalmente el asalto a los cuarteles de Boupeig.

## **Cerant, An Ting**

### **Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**

**11 de enero de 3028**

El *Sho-sa* Chou enfiló su *Dragón* hacia la región nordeste de Cerant. Mientras su 'Mech pasaba pesadamente por delante de edificios de apartamentos maltrechos por ocho días de combates, una pared se derrumbó por las vibraciones que provocaba el paso del BattleMech de sesenta toneladas, y dejó una nube de polvo de ladrillos.

La pronosticada maniobra táctica de los Dragones no se había afectado. Como muchas otras informaciones de sus movimientos de los últimos ocho días, había sido falsa. Los Dragones eran fantasmas que golpeaban y desaparecían. Parecían moverse por la ciudad casi libremente.

Todo era una seguidilla de hechos contradictorios. An Ting era un planeta del Condominio, y Cerant una ciudad kuritana. Pese a eso, los mercenarios habían hecho caer repetidas veces en emboscadas a los 'Mechs de la Ryuken y habían llevado a cabo operaciones relámpago en áreas de la retaguardia kuritana que se suponían altamente seguras.

Sin embargo, el combate en una ciudad normalmente no era apto para aplicar tales tácticas propias de bandidos. Aun así, parecía como si los Dragones pudiesen ver cada cosa que se movía en Cerant, aunque Chou sabía que eso era imposible. La órbita espacial por sobre la ciudad de Cerant era una zona de nadie donde se combatía con ferocidad. Las Naves de Salto y los cazas eran blancos inmediatos, por lo que era imposible hacer reconocimientos aéreos del planeta, así que tanto los mercenarios como la Ryuken debían confiar en los que se realizaban en tierra.

Si las tareas de reconocimiento de la Ryuken podían ser calificadas como pobres, peor era su desempeño en los combates. En el asalto a los cuarteles de Boupeig, Chou había conducido a sus 'Mechs siguiendo al pie de la letra las directrices de los manuales de tácticas militares, pero la ofensiva había fracasado casi desde el inicio. A

pesar de que los 'Mechs kuritanos habían alcanzado sus puntos de salto casi sin incidentes, sin ningún preaviso de la red de comunicaciones de los Dragones de que estuviesen a la espera de un ataque, una compañía de BattleMechs bombardeó de improviso sus líneas.

Las máquinas de los Dragones irrumpieron en las formaciones de 'Mechs kuritanos cogiéndolos totalmente por sorpresa. Y a los pilotos de la Ryuken los sorprendió aún más que los Dragones continuaran su marcha hacia adelante sin detenerse. La máquina que encabezaba el ataque era un *Shadow Hawk* azul oscuro en cuyo pecho tenía pintado un halcón. Su piloto combatió con una tremenda fiereza y coraje, eclipsando a sus compañeros.

En el breve combate los Dragones habían ocasionado verdaderos estragos dentro de las filas kuritanas. Dos 'Mechs de la Ryuken habían quedado fuera de servicio y otros varios habían sufrido daños cuando en realidad los kuritanos aún no habían iniciado su asalto. Si el daño recibido hubiera sido un poco más grave, Chou habría dudado en seguir adelante con el plan de ataque.

Aunque la Ryuken había soportado un daño que menoscaba su fuerza moral, lo peor de todo era que los Dragones habían alertado a la sede de los cuarteles de la presencia de los 'Mechs kuritanos. Cuando las tropas de asalto llegaron a los cuarteles, la mayoría de los BattleMechs de defensa ya habían cargado su arsenal y estaban listos para la batalla.

Los mercenarios consiguieron mantener una eficaz resistencia al asalto y, por su parte, la Ryuken cometió varios errores que le impidieron concretar muchos de los objetivos previstos. A medida que el combate se prolongaba, el programa de ataque se alejaba cada vez más de los objetivos previstos. Finalmente el ataque se dio por terminado cuando dos lanzas de 'Mechs mercenarios se lanzaron contra el flanco de la Ryuken. Chou supo más tarde que no se trataba de verdaderos MechWarriors sino de aprendices, pero en realidad eso no había importado. Lo cierto fue que la sola aparición de unas fuerzas de refresco había sido suficiente para destrozarse la resistencia de uno de sus flancos.

Una explosión cercana hizo que Chou regresara al presente. Una nube negra con forma de hongo se levantaba delante de él, y las llamas lamían la parte inferior del hongo. Chou imprimió mayor velocidad a su *Dragón*, sin preocuparse del poco asimiento que le procuraba el pavimento de las calles de la ciudad. Temía comprender qué era lo que estaba sucediendo.

Sus temores se hicieron realidad dos minutos más tarde cuando detuvo su *Dragón* y miró azorado el paisaje de la devastación. Mientras él y la Ryuken habían sido atraídos con maniobras de distracción, los Dragones se habían deslizado en el mismo interior del cuartel general de la Ryuken. El campamento era una ruina y los dos 'Mechs de guardia sólo un montón de chatarra. La explosión había provenido desde

un polvorín de municiones y había destruido el centro de comunicaciones y el último vehículo refrigerante de la *Ryuken-ichi*. El fuego hacía estragos en todos los edificios cercanos y se diseminaba con una voracidad irrefrenable. Chou comprendió que allí ya no había nada que pudiese hacer.

El segundo batallón se hallaba más al sur, manteniendo el control de la ciudad, pero no había recibido ningún mensaje de él desde el mediodía. El tercer batallón estaba ocupado con la compañía de Lean en el lado más alejado de Cerant. Para llegar allí, el primer batallón tendría que cruzar por posiciones controladas por los Dragones y, considerando lo disminuido de sus fuerzas, sería un intento casi suicida.

El alto y poderoso comandante de la *Ryuken-ichi* se había desentendido de la red de comunicaciones durante toda la mañana, pendiente de alguna clase de reunión de planeamiento. ¿Una reunión de estrategia sin el comandante de campo de la *Ryuken*? No tenía sentido. Chou maldijo mentalmente al condenado Akuma. Sus terribles maquinaciones habían despertado el odio de los Dragones y su brutal salvajismo. ¿Cómo había podido conseguir la aprobación del Señor de la Guerra Samsonov con planes tan endebles y erróneos? ¿Acaso el *Tai-sho* no comprendía con quién estaba tratando? ¿Creía en verdad que Akuma podría manipular a placer a toda esa gente?

La *Ryuken* ahora estaba en la trampa que Akuma había tendido para los Dragones, pero Chou no iba a permitir que su regimiento fuese destruido. Lo que quedaba debía ser resguardado para volver a combatir al servicio de Casa Kurita. Si no podía ponerse en comunicación con Akuma, era él quien estaba a cargo de las decisiones. Por vez primera consideró la ausencia de Akuma en el generalato como un alivio.

Pero, antes de salvar a la *Ryuken-ichi*, debía salvar al primer batallón. Tenía que haber una escapatoria. Se fijó en el mapa táctico para buscar una salida por el sur que le permitiese reunirse con el segundo batallón, y encontró varios caminos alternativos libres de la presencia de Dragones. Aunque estas deducciones se basaban en los datos de la última actualización de posiciones, Chou prefirió pensar que la información era válida. Después de todo, ésa era su única alternativa.

El *Sho-sa* ordenó a los sobrevivientes del primer batallón que se dirigiesen a su encuentro. Una vez reunidos con el segundo batallón, podrían combatir y abrirse camino para llegar junto al tercero y, entonces, retirarse de la ciudad, dejando Cerant en manos de los mercenarios. Aunque, en realidad, los Dragones ya estaban actuando como si la ciudad les perteneciera. Luchar contra ello significaba condenar a muerte al regimiento.

Dos lanzas se unieron a él casi al mismo tiempo. Chou hizo que un *Panther* se adelantara en misión de exploración y ordenó que el resto se desplegara por las calles paralelas. Durante quince tensos minutos fueron avanzando por las calles vacías. Chou estaba seguro de que cada uno de sus hombres temía encontrarse con una



emboscada de los Dragones en cada intersección. Ciertamente, él también lo temía. Era un temor que ya se había apoderado de ellos, un miedo que mataba moralmente. Pero, si Chou no lograba sacarlos de ese infierno, era la muerte real lo que les esperaba.

En ese momento el radar de Chou emitió un silbido que lo alertaba de la aproximación de una nave por el cielo kuritano, y un punto rojo apareció en su pantalla. Un segundo después, el sistema de identificación cambiaba la señal a color verde. Al verificar el panel de identificación, Chou supo que era la Nave de Salto kuritana *Alabaster*. Detuvo su *Dragón* y trató de encontrarla visualmente en el cielo. Junto a él se detuvo también el 'Mech que marchaba a su lado.

Cuando al fin logró ver la nave, deseó no haberlo hecho. La nave volaba erráticamente, como si fuese a la deriva por la atmósfera. De improviso viró hacia babor y, por un hueco en donde debería haber estado la puerta de carga, comenzó a salir una densa humareda negra. La Nave de Salto desapareció de su vista por detrás de las edificaciones de la ciudad. A pesar de que se precipitó a tierra a muchos kilómetros de distancia, el BattleMech de Chou se balanceó por el temblor del suelo.

El *Sho-sa* escudriñó el cielo, aunque sabía perfectamente que no podría ver nada que los sensores de su *Dragón* no hubiesen detectado con anterioridad. Quizá, se reprendió a sí mismo, estuviese buscando su salvación. La destrucción del *Alabaster* no era un buen presagio para la victoria kuritana en la batalla espacial.

Si los Dragones habían planeado la caída de la Nave de Salto, no podían haber elegido un sitio mejor para tender una emboscada a los 'Mechs de la Ryuken. Desde los edificios de los alrededores y desde emplazamientos ocultos, surgieron poderosos cohetes y una descarga abrasadora de láseres y rayos de partículas se abatió sobre ellos. Un pesado 'Mech salió repentinamente de su escondite, desde atrás de una enorme edificación que le servía de pantalla, y se arrojó violentamente sobre un *Stinger* kuritano. Ambos 'Mechs quedaron ocultos por una densa nube de polvo producida por el derrumbe de las manposterías de los edificios cercanos debidas a las vibraciones generadas por el movimiento de las moles.

Cuando la nube se disipó, Chou vio al *Thunderbolt* de los Dragones de pie sobre los restos del mutilado 'Mech de la Ryuken, una máquina mucho más ligera que no tuvo ninguna posibilidad en el desigual combate. El *Thunderbolt* levantó ambos brazos y descargó violentos golpes sobre el *Stinger*. Una y otra vez, los puños chocaron contra la ya destrozada estructura del 'Mech kuritano.

El salvajismo del MechWarrior impresionó profundamente a Chou. No dudó en ordenar a sus hombres la retirada inmediata y a máxima velocidad del sitio de la emboscada. No podían seguir combatiendo en las condiciones planteadas por los mercenarios.

Chou se retrasó para asegurarse de que ninguno de sus hombres quedase atrapado

en un duelo con los Dragones, y barrió las posiciones de la infantería con una descarga del cañón automático, reservando el uso del láser y de los misiles para cuando los Dragones avanzasen hacia él. Por el momento se alegraba de que el *Thunderbolt* siguiese empeñado en destruir hasta la última pieza del *Stinger*, pues los dos 'Mechs que se disponían a enfrentarlo eran del tipo liviano. La masa combinada de ambas máquinas era menor que la de su *Dragón*, y eso representaba una ventaja a la cual tendría que recurrir para poder vencer a esos sanguinarios mercenarios.

Tras el primer intercambio de disparos, Chou se percató de que le estaban permitiendo tomar distancia a pesar de que ellos contaban con una maquinaria más veloz debido a su menor peso. Esa maniobra no era normal, salvo que se hubiesen rezagado a la espera de alguna cosa.

El sonido de su radar le despejó la duda. Había quedado cogido por una segunda fase de la trampa. Varios 'Mechs de los Dragones estaban descendiendo a su alrededor desde lo alto de los edificios.

Un *Shadow Hawk* azul oscuro aterrizó a su derecha y, surcando la nube de polvo que había levantado en su descenso, se dirigió velozmente hacia él. Su cañón automático Armstrong había sido recogido hacia su posición de transporte y ambos brazos estaban levantados por sobre la carlinga. Las manos del 'Mech sujetaban una monstruosa viga de acero que seguramente había sido arrancada de alguna de las construcciones cercanas. Por un absurdo instante, Chou creyó ver en el BattleMech a un antiguo samurái blandiendo su espada por encima de su cabeza y dispuesto a descargar el golpe que habría de partir en dos el casco de su enemigo. Mientras la viga surcaba el aire, a Chou le pareció que el transcurrir del tiempo se había detenido. En un instante de perfecta claridad tuvo plena conciencia de que no tenía ninguna posibilidad de evitar su final.

La viga se desplomó exactamente sobre la carlinga del *Dragón*.

**Casa de Gobierno, Cerant, An Ting**  
**Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**

**13 de enero de 3028**

—¿Qué fue lo que pasó por alto? —preguntó al aire Jerry Akuma, en su oficina de la Casa de Gobierno. La única respuesta fue el débil susurro del aire acondicionado.

Apartó la silla del escritorio y, poniéndose en pie, comenzó a pasear por la habitación. Cuando pasaba por tercera vez delante del escritorio, se detuvo bruscamente. Alargó la mano para coger la cabeza del dragón de bronce que decoraba el escritorio y, girándose, la arrojó contra la pared. El pisapapeles se estrelló contra una pantalla de vídeo y los trozos de cristal saltaron por el aire. Los circuitos chispearon y un delgado hilo de humo se elevó de los restos destrozados, que al instante fue absorbido por el sistema de circulación.

«¡*Frackencrack!*», maldijo para sí.

Dos días atrás, el *Sho-sa* Chou había muerto en una emboscada de los Dragones, y la *Ryuken* había comenzado a desmoronarse. Sin el liderazgo de Chou, la unidad no podía enfrentarse con éxito a las fuerzas de los Dragones, a pesar de la inferioridad numérica de éstas.

Al principio las cosas habían parecido ir muy bien. Los disturbios y la captura de la Estación *Hefaistos* habían afectado seriamente a los Dragones. Aunque Akuma no había logrado incitar a Wolf a atacar a la población local, había conseguido encolerizar al inmovible mercenario. Y los hombres encolerizados cometían errores. Pero, si Wolf había cometido alguno, Akuma no había podido detectarlo.

Cuando una compañía de *BattleMechs* de los Dragones se había presentado inesperadamente en la plaza de Cerant antes de que Chou hubiera iniciado el ataque a los cuarteles de Boupeig, Akuma pensó que había conseguido que perdieran el control. Sin embargo, los 'Mechs de los Dragones no habían atacado ningún bien kuritano. En lugar de ello, se habían limitado a supervisar la evacuación de Wolf y los

restantes Dragones del Cuartel General de Administración. Considerando esto como un signo de que los nervios de Wolf habían fallado y los Dragones emprendían la huida, Akuma había creído que el principal objetivo de su plan se estaba cumpliendo. Más tarde, cuando supo que esa misma compañía de 'Mechs había desbaratado el asalto a los cuarteles de Boupeig y alertado así a sus defensores, Akuma experimentó por primera vez lo que la historia militar enseñaba: que ningún plan sobrevivía al contacto con el enemigo. Y la experiencia no le había agradado en absoluto.

La verdad era que se había enfurecido por el fracaso de su plan, como si éste fuera su principal objetivo. Los cuarteles de Boupeig se resistían a caer. Día tras día, los Dragones se negaban a mostrar el hundimiento moral que él había predicho. Luchando con eficiencia y tenacidad, habían obligado a la *Ryuken-ichi* a replegar sus batallones para proteger las áreas más sensibles de Cerant.

Akuma no comprendía la reacción de los Dragones. La tonta moralidad de éstos concedía un ridículo valor a sus familias, por lo que las pérdidas que él había causado entre estos civiles debían de haber acabado con sus deseos de luchar. En cambio, habían resistido, cada día más ferozmente que el anterior. Y los ataques a las Naves de Salto cargadas con esos inútiles civiles sólo habían servido, al parecer, para alimentar aún más el fervor militar de los Dragones.

La *Ryuken* había constituido una decepción. Desde un comienzo, los lastimosos oficiales fueron incapaces de dominar a los desorganizados Dragones. Cada día llegaban noticias de los estragos cometidos por bandas de 'Mechs e infantería de los Dragones. ¡Derrotados por la infantería! En la época en que Akuma era un 'MechWarrior, ningún soldado kuritano se habría atemorizado ante la infantería. Pero estos oficiales de la *Ryuken* ordenaban siempre retirarse a la protección de los edificios, temerosos de que algún sudoroso cerdo terrestre les saltara encima y destripara sus 'Mechs con un vibro-puñal. ¡Incompetentes y cobardes!

Ya no había nada que hacer en An Ting. Mientras Chou había estado al mando, quedaba aún alguna esperanza de revertir la situación militar. La esperanza se había esfumado cuando el tonto había caído en una emboscada, dos días atrás, y había logrado que lo mataran. Había llegado el momento de retirarse y revisar los planes, para continuar con la destrucción de los Dragones desde algún otro lugar.

Una vez que hubiera establecido un nuevo cuartel general, ordenaría que se dieran a conocer todas las pruebas cuidadosamente reunidas de la desobediencia de los Dragones, así como las «pruebas» de sus crímenes inventadas con toda meticulosidad. Cuando este material estuviera en manos del público de los Estados Sucesores, los Dragones serían condenados universalmente. Todo el mundo los consideraría como proscritos, lo que validaría cualquier acción que el Condominio pudiera realizar contra ellos. Los mercenarios que lograran sobrevivir a la embestida del Dragón nunca volverían a encontrar empleo, y acabarían muriendo arruinados por

su pésima reputación.

Jerry Akuma consideraba el fracaso de An Ting como una contrariedad, no como una derrota. No renunciaría a su objetivo. La destrucción de Wolf y sus Dragones ya no era un objetivo secundario, un modo de torturar al mojigato bastardo de Tetsuhara. Ahora era una cuestión personal. Sólo la muerte de Wolf y la eliminación de todo aquello que este bastardo apreciaba podría satisfacer a Akuma.

A través de las paredes de plastividrio le llegó de pronto el estruendo distante de unas explosiones. Alzando la vista, Akuma vio los resplandores de armas de energía y las estelas grises de los misiles sobre el campo de batalla. Los Dragones habían dado comienzo a su ataque, y no se hacía ilusión alguna de que la *Ryuken-ichi* fuera capaz de detenerlos. En una hora los Dragones acabarían por apoderarse de la Casa de Gobierno. Había llegado el momento de irse.

La puerta se abrió para dar paso a Quinn, quien volvía de su última misión. Akuma volvió a fijar la mirada en la distante batalla.

—¿Está listo mi 'Mech para embarcar en la Nave de Salto? —preguntó sin girarse hacia el recién llegado.

Sólo hacía falta una breve carrera hasta la nave. Había un pequeño riesgo en el ascenso de ésta, pero los ataques programados de las fuerzas aeroespaciales kuritanas sobre las órbitas dominadas por los Dragones proporcionarían suficiente distracción como para que su nave pudiera abandonar el planeta. Una vez a salvo, podría continuar planeando la derrota de los Dragones. Los labios de Akuma se curvaron en una sonrisa. A pesar del reciente revés, ejecutaría su venganza. No tenía prisa.

Este último pensamiento le hizo recordar que Quinn no le había contestado. Cuando Akuma se volvió hacia él, las palabras se le helaron en la garganta: su guardaespaldas estaba apuntándole con una pistola de rayos.

Akuma siempre había considerado a la pistola de rayos como un arma hermosamente diseñada. Ahora, con los dos cañones apuntados hacia él, la pistola de láseres le parecía verdaderamente horrible. Habría sido menos horrible si no hubiera sabido cuán experto era Quinn en su uso.

—Se ha excedido usted en su autoridad —dijo Quinn como quien pronunciara una sentencia—. En el pasado se le permitió, pero esta vez ha fracasado, y las FIS no toleran los fracasos.

»Manipuló a Samsonov para que lo dejara actuar libremente. Juntos, usted y él arrinconaron a lord Kurita. El director ha sabido cómo ha respondido lord Kurita a la constante presión de Samsonov, y no está complacido. El sólo deseaba el descrédito de los Dragones de Wolf para que se vieran obligados a trabajar para el Condominio cuando ningún otro quisiera emplearlos, y creía que usted lo había entendido. Pero usted perturbó de tal manera su plan que los Dragones se han vuelto contra el Dragón y su señor.

»Ahora debe pagar por esto.

Un sudor frío brillaba sobre el labio de Akuma. Había visto a Quinn matar demasiadas veces como para engañarse creyendo que no hablaba en serio. No se trataba de una prueba ni de un truco, y nada de lo que él pudiera decir podría hacerlo cambiar de idea. La devoción de Quinn por Indrahara era incommovible.

Tampoco tenía modo de vencerlo. Si él hubiera sido el primero en desenfundar su arma, le habría sido imposible matar a Quinn y salir indemne. La destreza del asesino era mucho mayor que la suya. Lo que había sido su principal condición como agente se convertía ahora en la peor para un enemigo.

—*Sayonara*, Jerry —dijo Quinn con un dejo de emoción en la voz. «¿Será posible que lo lamente?», se preguntó Akuma—. Los Hijos del Dragón confiaban en ti.

El dedo de Quinn ya se había tensado en el gatillo, cuando de improviso todo el edificio se sacudió. El disparo se desvió levemente de su blanco y los dos rayos láseres pasaron rozando la oreja derecha de Akuma, cruzaron la habitación y abrieron un agujero de dos centímetros de diámetro en el plastividrio. Pero los rayos no se detuvieron allí: el blindaje de acero de un BattleMech los absorbió sin sufrir daño alguno.

La habitación volvió a sacudirse cuando el BattleMech se agarró con fuerza al techo del edificio. Al ver que unos bloques comenzaban a desprenderse del cielo raso, Akuma se arrojó al suelo y se agazapó junto al escritorio. Esto le salvó la vida, pues un instante después un gran trozo de cielo raso se estrelló contra la superficie de mármol del escritorio, que quedó sembrado de cascotes del tamaño de un puño.

Quinn no tuvo tanta suerte. Un trozo de manipostería tan grande como la pantalla de un ordenador lo golpeó en la nuca y lo derribó al suelo. Antes de que cayeran más escombros y le ocultaran la vista de su asesino, Akuma vio que la cabeza de Quinn estaba en un ángulo antinatural.

Entonces se detuvieron las sacudidas.

Akuma alzó los ojos hacia su salvador. El 'Mech precariamente aferrado a la pared exterior del edificio era un *Shadow Hawk* azul oscuro, en cuyo pecho brillaba un halcón dorado. Su gigantesco puño cubierto de polvo hizo añicos el plastividrio y se introdujo en la habitación.

La Lanza de Mando de Dechan Fraser había pagado un precio muy alto por llegar al Centro de Cerant a la cabeza de las fuerzas principales. El *Griffin* de West había quedado fuera de combate, con la pierna derecha arrancada por una vibrobomba. La última vez que Fraser había visto a Ellings y Alcorn, estaban combatiendo con un par de *Panthers* kuritanos y habían sufrido graves daños. Su propio *Shadow Hawk* había perdido la cabeza de su MCA por el disparo del CPP de un *Warhammer*. El disparo

había hendido el blindaje de su carlinga, y la metralla había perforado su brazo izquierdo. Pero los daños carecían de importancia pues había llegado a tiempo a la Casa de Gobierno.

Observó a Jerry Akuma, la Serpiente culpable de todos sus problemas. Aunque estaba casi oculto bajo los escombros, Fraser alcanzó a distinguir que su mano asía una pistola. «Nadie en su sano juicio se molestaría en empuñar una pistola contra un 'Mech», pensó Dechan, ignorante de lo que había sucedido antes de su llegada. De cualquier forma, eso no le importaba. Estaba aquí para vengarse y llevaría a cabo su venganza.

Descargó el puño de su *Hawk* contra la ventana de plastividrio, y los fragmentos del resistente plástico llovieron sobre la alfombra de escombros. La mano del 'Mech se abrió para coger al aterrado draconiano. Cuando se cerraba para asirlo, los dedos chocaron ligeramente contra el macizo escritorio tras el cual se cobijaba Akuma.

Esa breve demora era todo lo que necesitaba la Serpiente. Se revolvió para liberarse de los monstruosos dedos y se dirigió tambaleando hacia la puerta.

—¡Ven aquí y muere, escoria! —bramó Dechan por los altavoces externos, lleno de frustración.

Los seudomúsculos de miómero se tensaron y el *Shadow Hawk* se abrió paso a través de la pared del edificio. Dechan hizo girar al 'Mech hacia un lado para obtener una mejor lectura óptica del kuritano que huía. La maciza construcción de la Casa de Gobierno obstruía los sensores de su máquina más efectivamente de lo que las paredes dificultaban su avance.

Akuma se precipitó en un ascensor. Antes de que Dechan pudiera reorientar su 'Mech para dispararle con alguna de sus armas, las puertas se cerraron. El ascensor abandonó la planta en el preciso instante en que el láser del *Shadow Hawk* atravesaba las puertas exteriores y se clavaba en la pared posterior del pozo.

Dechan lanzó una maldición. Al observar los destrozos que había causado en el edificio, comprendió que no conseguiría abrirse paso hasta el pozo del ascensor antes de que Akuma descendiera de éste. Tras fijarse con cuidado en cuál de los ascensores se había subido Akuma, hizo retroceder al 'Mech hasta el agujero por donde había entrado y salió al exterior. De pronto resbaló, y sólo su rápida reacción para agarrarse del borde lo salvó de una caída. Una caída desde esa altura podía destrozar incluso a un BattleMech.

Una vez afirmado y después de orientarse, puso en funcionamiento sus retropropulsores y se soltó del techo. El suelo se acercó rápidamente, pero el chorro de aire caliente amortiguó el golpe. Los seudomúsculos de miómero se flexionaron para absorber el resto de la inercia.

Dechan hizo girar al 'Mech y lo condujo hasta la esquina del edificio. Al doblar ésta, vio ante él los oscuros cilindros de vidrio que encerraban a los ascensores y

observó que uno de ellos estaba en movimiento. Con un gruñido de satisfacción, comprobó que era el de Akuma y apuntó con cuidado. No bien la mira de su cañón enfocó el centro del cilindro, Dechan disparó su láser Martell.

Rayo tras rayo hicieron impacto en el cilindro, y de cada agujero abierto en éste brotaban llamas y humo. Por fin los cables se cortaron y el ascensor se precipitó desde una altura de diez pisos, para estrellarse contra el suelo.

Satisfecho al ver que ningún ser humano podía sobrevivir a aquel infierno, Dechan desactivó el láser.

—Esto es por Shadd y por todos los otros —dijo. Amplificada por los altavoces externos, su voz resonó entre los edificios.

Dechan había llevado a cabo su venganza pero no se sentía satisfecho. Sólo se sentía vacío.



**Plaza Central, Cerant, An Ting**  
**Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**

**14 de enero de 3028**

Erguido sobre la inclinada superficie del pie de su *Shadow Hawk*, Dechan se recostó contra la pierna del 'Mech. Apoyando el brazo sobre un peldaño, intentó descansar un tanto y reposar su cuerpo exhausto. Lo que en realidad deseaba era acostarse y dormir dos o tres días seguidos, pero era un lujo que debería posponer por un buen tiempo. Cuando Wolf había anunciado que hablaría con los Dragones para explicarles su curso de acción, Dechan se había propuesto examinar la ruidosa plaza donde tendría lugar el discurso. Por tanto, no podía dormir.

La sombra del 'Mech lo protegía del ardiente sol. Los restantes BattleMechs de su compañía que aún se encontraban en funcionamiento estaban diseminados en el extremo sur de la Plaza Central. Al igual que Dechan, los pilotos se mantenían al abrigo que les procuraba la sombra de sus máquinas.

Un poco más abajo que él, Thom Domínguez estaba de pie entre las piernas del *Hawk*. El *Wolverine* del sargento Domínguez aún se hallaba en el taller de reparaciones, pero el resto de su Lanza de Reconocimiento se encontraba presente. Maltrechos, pero presentes.

—No creo que las Serpientes nos den problemas hoy.

El comentario de Domínguez arrancó a Dechan de sus ensoñaciones.

—¿Eh? —fue todo lo que logró articular.

—Quiero decir que no he visto ni una Serpiente en todo el día. La ciudad parece un pueblo fantasma desde que la Ryuken la abandonó ayer.

—Mejor para ti, ya que estás desnudo —contestó Dechan, refiriéndose a su carencia temporaria de un 'Mech.

—¡Por la Unidad! Un hombre no necesita un 'Mech para perseguir a esos inútiles gusanos. Hasta un crío con un simulador podría derrotarlos. ¡Samuráis! —dijo con

desprecio, tras lo cual escupió al suelo, junto al pie izquierdo del *Shadow Hawk*—. Yo había imaginado que no se dejarían vencer tan fácilmente. En Barlow's End, los Jocks de la Ryuken fueron bastante competentes.

—Y aún lo son. Los tipos con que nos enfrentamos aquí eran en su mayoría novatos. Los Jocks de Barlow fueron enviados casi en su totalidad al regimiento del Hombre de Hierro, en Miseria. Apostaría a que ellos tampoco soportaban al bastardo de Akuma.

—Deben de haberlo odiado por haberlos hecho dejar un sitio tan agradable como éste por un agujero en ese infierno helado —comentó Domínguez frotándose la nariz—. ¡Valiente cambio!

—Creo que yo me habría alegrado del cambio si Akuma hubiera sido mi comandante.

Domínguez reflexionó por unos momentos en sus palabras.

—Sí, creo que tienes razón —dijo al fin.

Dechan paseó la mirada por la plaza. Las fachadas de madera y mármol de los edificios públicos, otrora brillantes, estaban deslucidas y cubiertas de manchas. Los disturbios callejeros habían sembrado el pavimento de escombros, sobre los que se acumulaban ahora los numerosos restos de las recientes luchas. Habían apartado los escombros más voluminosos para hacer sitio a los cientos de Dragones que acudirían a escuchar las palabras de Wolf.

Al otro lado de la plaza había otro grupo de BattleMechs. Perteneían a la compañía de Lean y ya se encontraban allí cuando las tropas de Dechan habían llegado. Al igual que la unidad de 'Mechs de Dechan, marchaban a la vanguardia del grueso de los Dragones, encargados de velar por la seguridad. Nadie deseaba que algún fatigado piloto de las gigantescas máquinas pisoteara accidentalmente a uno de los suyos.

Lean había acudido a la plaza antes que nadie y se había apoderado de la zona que se extendía delante de la Casa de Gobierno, con lo que había contrariado a Dechan, quien deseaba esa área para su propia compañía. Sabía que era el único sitio de la plaza que proporcionaría sombra a los BattleMechs cuando Wolf diera inicio a su alocución. El destartalado edificio detenía ya los primeros rayos de la tarde.

Desde su aventajada posición, Dechan alcanzaba a distinguir a los MechWarriors de la compañía de Lean reunidos al pie de su *Archer*. Parecían estar aún más exhaustos que sus propios hombres. La prolongada lucha en la ciudad se había cobrado su precio. Hacía una semana que ningún Dragón gozaba de una noche de sueño completa.

En la última media hora habían ido llegando soldados de infantería de los Dragones y personal auxiliar, de modo que la plaza ya estaba casi llena. Todos los Dragones presentes en An Ting estaban ansiosos por escuchar las palabras de Wolf.

Los únicos que no se encontraban allí eran los encargados de mantener alejados de Cerant a los sobrevivientes de la *Ryuken-ichi*, y los que estaban vigilando el espacio aéreo por encima de la ciudad.

A los oídos de Dechan llegó un ruido familiar, que acalló al instante el rumor de los Dragones. Era el inconfundible estruendo de los pies de un BattleMech gigante retumbando contra el cemento. Agarrándose con fuerza, Dechan se inclinó para obtener un mejor ángulo de visión.

—¿Qué es? —inquirió Domínguez, a quien la multitud reunida le obstruía la visión.

—Son los muchachos —anunció Dechan con el rostro iluminado por una sonrisa.

Los que estaban apiñados junto a la calle prorrumpieron en vítores al distinguir a los recién llegados, y el entusiasmo se contagió de inmediato a todos los congregados en la plaza. Las aclamaciones acompañaban el ritmo de los pies.

Una media docena de máquinas entraron en la plaza. Todos eran 'Mechs noveles y portaban las insignias del Comando de Entrenamiento. Los jóvenes pilotos se habían distinguido al salvar a los Dragones asignados al cuartel de Boupeig de la primera embestida de la *Ryuken*, y habían continuado demostrando su calidad como guerreros en las luchas posteriores. Habían actuado como fuerza de reacción móvil para defender el área del cuartel, lo que había permitido que los MechWarriors de las compañías de Lean y Fraser, más experimentados, se ocuparan de los difíciles combates en la ciudad. Hoy serían condecorados y pilotarían por última vez sus máquinas de entrenamiento. Después de la ceremonia, se les entregarían sus BattleMechs y serían asignados a los regimientos regulares. Lo habían ganado con creces.

Los héroes del Comando de Entrenamiento se dirigieron al área acordonada que les estaba reservada. Tras ellos avanzaba un vehículo terrestre que atravesó su formación y se detuvo frente a la escalinata del edificio de la administración. Dechan observó que un hombre de pelo cano, a quien supuso el coronel Ellman, descendía del coche. Aunque la fatiga le hundía los hombros, era evidente que irradiaba orgullo por sus alumnos. Dechan pensó que el orgullo era bien justificado. Sus muchachos habían salido airosos de un trance que habría constituido un desafío incluso para MechWarriors experimentados.

Una vez calmada la momentánea excitación por la llegada de los jóvenes pilotos, volvió a reinar el silencio entre los Dragones congregados. Encaramado en lo alto, Dechan aguzó el oído para percibir lo que se hablaba a su alrededor. El deseo de venganza estaba en boca de todos y, al parecer, sólo se disentía en cuanto al mejor modo de llevarla a cabo. Eran muchos los que proponían incendiar Luthien, en las propias narices de Takashi Kurita, utilizando al Señor de la Guerra Samsonov como combustible.

Un rápido destello en el sombrío interior del edificio de administración captó la atención de Dechan. Entrecerró los ojos para protegerlos del brillo del sol, y entonces recordó que los binoculares que había llevado con él para obtener una buena visión tenían un mecanismo polarizador. Alzándolos hasta los ojos, los graduó y enfocó el tenebroso vestíbulo que se introducía en el edificio, detrás de las puertas abiertas.

El Coronel Wolf avanzaba por el corredor, con paso firme y la cabeza bien alta. Dechan se preguntó cómo era posible que un hombre de cincuenta y tantos años pudiera recuperarse tan rápidamente. Se suponía que los jóvenes como él debían ser más resistentes. Sabía que el coronel debía de estar tan exhausto como todos ellos, pero no lo parecía en absoluto.

La multitud guardó silencio cuando vio al coronel Wolf aproximarse al micrófono que llevaría sus palabras a los repetidores diseminados por la plaza, así como a los Dragones que se encontraban en órbita.

—Dragones —comenzó Wolf, paseando la mirada por los allí congregados—, hoy damos la bienvenida a nuevos MechWarriors a las filas de nuestra unidad. Invito a todos los presentes a ser testigos de este honor.

Acompañados por los vítores, los jóvenes pilotos ascendieron la escalinata para recibir las insignias de su nuevo rango de manos del coronel Wolf.

Una vez completada la ceremonia, los MechWarriors se encaminaron nuevamente a sus máquinas de entrenamiento para entregar sus neurocascos a los nuevos alumnos que ocuparían su lugar. El coronel Ellman no los acompañó, sino que se ubicó detrás de Wolf, junto al coronel Arbutnot y los otros oficiales superiores de los Dragones presentes en An Ting. Dechan lo interpretó como una demostración de solidaridad entre los altos rangos.

De algún lugar entre la multitud se alzó una voz.

—¿Cuándo vamos a perseguir a las Serpientes, coronel? —interrogó.

De algún modo, Wolf logró identificar a quien había hablado y clavó en él una dura mirada.

—Pronto tendrá lo que quiere, Rodrigues —contestó—. Tenga paciencia.

El diálogo fue transmitido por el sistema de repetición. Cuando los apiñados Dragones oyeron las palabras de Wolf, rugieron su aprobación, previendo ya su venganza.

A través de los binoculares, Dechan pudo advertir que el coronel cerraba los ojos ante la reacción de la multitud. Por un instante, se desvaneció la fortaleza que Wolf manifestaba y fue evidente su fatiga. Pero pronto volvió a alzar su escudo interno y tornó a ser el líder nato que era.

—Hoy se ha vertido sangre —comenzó, acercándose al micrófono—. Sangre de nuestros camaradas. Sangre de nuestros enemigos. Pero, sobre todo, sangre de hombres, mujeres y niños de nuestras familias. Esa sangre nos llama, nos reclama

venganza. —Un rugido de aprobación se levantó de la multitud—. Si hoy estamos aquí es debido a la acción de otros. Nos forzaron a este punto crítico sin dejarnos ninguna otra opción. Les brindamos un buen servicio, pero hubo hombres egoístas que nos traicionaron. Aunque nos ha costado muy caro, ya hemos empezado a hacerles pagar.

»Tenemos varias opciones —continuó Wolf, elevando la voz para imponerse sobre los vítores—. Podemos llevar la antorcha a Luthien e incendiarla para acabar con el cáncer del Condominio Draconis. Podemos vengarnos tal como hicimos en Nueva Délos. ¿Es eso lo que deseáis?

Cientos de voces rugieron su respuesta:

—¡Sí!

Dechan, no obstante, no compartía su opinión. A pesar de que no había participado con los Dragones en la acción de Nueva Délos, sí había experimentado el dolor de las pérdidas aquí, en An Ting. Él también había deseado vengarse, pero lo que le había hecho a Jerry Akuma no había logrado devolver a la vida ni a un solo Dragón. No había mejorado nada. No le había vuelto más fácil el sueño. Clavó los ojos en Wolf, confiando en que su comandante dijera algo que pudiera ayudarlo a resolver sus contradicciones.

Wood se mantuvo impasible mientras la multitud coreaba la consigna de «¡Sangre! ¡Sangre!». Al cabo de unos instantes, levantó una mano para reclamar silencio, y las voces se fueron apagando una a una.

—Ciertamente correrá mucha sangre en tal acción. Tanto la nuestra como la de los kuritanos. El camino a Luthien es largo y difícil, y estará bajo el constante ataque de las fuerzas kuritanas. Los draconianos no permitirán que nuestra marcha a través del Condominio sea fácil, y enviarán sus fuerzas más poderosas para detenernos. Y fuerzas aún más poderosas defenderán Luthien. Después de todo, es su principal planeta, el punto central que les da su sentido de pertenencia y unidad. Esto es algo con lo que no tuvimos que enfrentarnos en Nueva Délos. En Luthien deberemos hacer frente a un pueblo unido, no a un pueblo escindido por una guerra civil. No podemos pasar por alto el poderío del Condominio Draconis.

»Somos los Dragones, y no hay unidad alguna, ya sea mercenaria o de una Casa, que se nos equipare. Pero no somos invencibles. Si nos vemos obligados a soportar una presión excesiva, también nosotros podemos desmoronarnos. El camino a Luthien podría ser el camino a nuestra perdición.

Un sordo rugido comenzó a elevarse de la multitud. Gruñía como un animal que sintiese que le estaban arrebatando su presa.

—No puedo pedirlos que llevéis a cabo vuestra venganza —continuó Wolf—. También yo juré que no volvería a haber otra Nueva Délos. Lo que sí puedo pedirlos es que reflexionéis sobre dónde estamos y sobre lo que deseamos conseguir. Que

penséis en aquellos a quienes debemos proteger.

»Tuvimos que luchar aquí, en An Ting, y tendremos que volver a hacerlo. Nada de lo que hagamos podrá evitarlo. El Alto Mando de Kurita sabe que nos han perdido y que dejaremos el Condominio. Todos habéis oído lo que dijeron los terroristas a bordo de la *Hefaiistos*. Sin duda habéis comprendido que el objetivo de Kurita son nuestras familias, a quienes pretende utilizar como rehenes en contra de nuestras acciones. Debemos proteger a nuestra gente.

El llamamiento de Wolf a las reales preocupaciones de los individuos que conformaban la multitud los hirió en lo vivo. Una vez conquistados, aumentó la presión.

—Podríamos limitarnos a ir con ellos, pero conduciría al Dragón directamente hasta ellos. Ahora los draconianos están sobre aviso y seguirán a nuestros regimientos hasta el punto de cita. No podemos permitir que suceda tal cosa. Debemos desviar la atención de Kurita de nuestra gente.

«Para lograrlo, llamaremos al campo de batalla al Condominio Draconis. Les presentaremos un desafío a su honor, y no serán capaces de rehusarse. Aun cuando nos consideren fuera de la ley, no podrán resistir la oportunidad de aniquilarnos por completo.

»Cuando acepten, acudirán a un lugar que nosotros habremos escogido, y tendrá lugar la batalla. Las tropas de Kurita se enorgullecen de su condición de guerreros, pero nosotros les enseñaremos qué significa realmente ser un guerrero.

»En estos mismos momentos, nuestro desafío va en camino a través de la red de comunicaciones de ComStar. Como medida de seguridad, hemos enviado correos a otros planetas para utilizar sus estaciones emisoras. La Esfera Interior oirá nuestra versión de la historia. Una vez que esto se sepa, Casa Kurita no podrá rehusarse a darnos lo que deseamos: la oportunidad de hacerles pagar. Y yo os prometo que *en verdad* les haremos pagar.

La multitud lanzó un rugido de aprobación.

—Ese es el motivo de que ahora ordene a todos los regimientos que se dirijan a Miseria. —Un murmullo de excitación lo interrumpió. Tras esperar pacientemente por unos instantes, el coronel alzó la mano pidiendo silencio. Cuando estuvo seguro de que volvía a tener la atención de todos los reunidos, continuó—: Supongo que querréis saber por qué he escogido Miseria. Hay algunas razones.

»Miseria es apropiado para las operaciones que hemos planeado. El sistema se halla dentro del alcance de transporte de nuestras unidades de lucha. En este momento, podemos confiar en aterrizar y consolidarnos sobre el planeta sin tener que enfrentarnos con una oposición significativa. Una vez allí, tendremos abundantes recursos para fortificarnos. Todas éstas son razones válidas, razones militares.

»También el nombre del planeta es apropiado, pues Casa Kurita aprenderá que

traicionar a los Dragones les acarreará la miseria.

»La principal condición de Miseria es que está muy lejos del punto de cita, de modo que nuestra gente podrá reunirse sin correr peligro y abandonar el espacio del Condominio. Cuando hayamos terminado con los kuritanos, nos reuniremos con ellos.

»Todos vosotros habéis demostrado ser verdaderos Dragones, y me sentiría sumamente honrado de que me acompañaseis a Miseria. Juntos podremos enfrentarnos a lo que sea que Kurita nos envíe, y dejar al Dragón con la cola entre las patas.

**Cuartel General Draconiano, Laerdal, Miseria**  
**Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**

**1 de febrero de 3028**

Minobu estaba en posición de firmes, aguardando a que el Señor de la Guerra Samsonov se diera por enterado de su presencia. Hacía veinte minutos que el Señor de la Guerra, enfrascado en la autorización de solicitudes, hacía caso omiso de Minobu. No era, por cierto, algo nuevo. Samsonov venía haciendo lo mismo desde que había llegado, dos días atrás, y se había hecho cargo de la oficina. No le había brindado ninguna explicación. Ni siquiera los subordinados del Señor de la Guerra habían sido capaces de decir algo a los oficiales de Minobu.

Haciendo los papeles a un lado, Samsonov alzó la vista con rostro impávido.

—Supongo que habrá leído el ridículo desafío que los Dragones de Wolf han lanzado contra el Condominio.

—He leído el texto.

—¿Y qué ha hecho usted al respecto?

Minobu comprendió que intentaba tenderle una trampa. Después del desastre de An Ting, buscaba una víctima propiciatoria. Y cualquier oficial que mostrara simpatía por los Dragones podría servirle como tal. Minobu sabía bien que, cuando años atrás se había puesto de parte de los Dragones frente a los intentos del Señor de la Guerra por adquirir el control sobre ellos, había hecho de éste un enemigo. Cada vez que él se había manifestado en contra de los planes de Samsonov, el odio del Señor de la Guerra se había vuelto más profundo. Sin duda, Samsonov estaría complacido de encontrar pruebas que demostrasen la participación de Minobu en los recientes y desastrosos sucesos. Su anterior servicio como Oficial de Enlace con los Dragones y su pública amistad con Jaime Wolf predisponían en su contra a muchos oficiales leales a Kurita. Debía manifestar, por tanto, toda la prudencia que su honor le permitiera.



—Como el Señor de la Guerra ya debe de saber, abandoné An Ting a la mañana siguiente de que hubieron comenzado los disturbios. Para ese entonces, el *Chu-sa Akuma* creía tener controlada la situación.

»Las declaraciones de los Dragones alegan muchas cosas. Si sus aseveraciones son ciertas, su desafío brinda a Casa Kurita más honor del que se merece. — Previendo la explosión de Samsonov, se apresuró a continuar para tranquilizar su ego —: Pero, como Señor de la Guerra de Galedon, usted no querría permitir que un acto tan infame tuviera lugar en su distrito. Por lo tanto, los Dragones deben de estar mintiendo. Su desafío no es más que una fanfarronada, una simple bravata para ocultar su verdadera naturaleza criminal. Un hombre de su elevada posición pasará por alto, sin duda, las baladronadas de sus inferiores.

Samsonov le dedicó una fría sonrisa, como si las palabras de Minobu lo hubieran complacido.

—Por el contrario —declaró—: no puedo hacer caso omiso de la situación.

La reacción del Señor de la Guerra cogió por sorpresa a Minobu. «¡*Shimatta!* — pensó—. Le he dado a Samsonov precisamente lo que buscaba».

—Soy un noble samurái y conozco mi deber —continuó Samsonov, visiblemente satisfecho por haber sorprendido a Tetsuhara—. Esa batalla que los Dragones desean debe tener lugar.

—Dudo que deseen ese combate —replicó Minobu, irritado por la satisfacción que demostraba Samsonov ante su incomodidad.

—No lo dude, Tetsuhara —dijo el Señor de la Guerra, con un brillo en los ojos como el de un gato que jugara con su presa—. Nuestros hombres más capaces estaban esperando algo así desde hace algún tiempo. El Coordinador sabía que este día llegaría y estaba preparado para ello. El desafío de los mercenarios se ajusta perfectamente a sus planes.

Minobu se sentía confundido, pues no alcanzaba a comprender el significado de las palabras del Señor de la Guerra. El Coordinador siempre había demostrado estar de parte de los Dragones. Quizá, si hubiera podido hablar con Wolf acerca de la visita de éste a Luthien, vería ahora todo más claro.

El Señor de la Guerra se echó hacia atrás en su silla y cruzó las manos sobre el vientre. Sus palabras trajeron de vuelta a Minobu a la realidad.

—Las fuerzas armadas del Condominio Draconis se enfrentarán con esos estúpidos Dragones aquí, en Miseria. Usted los conducirá, *general* Tetsuhara — anunció Samsonov, sacando una pequeña caja del interior del escritorio. Abrió la tapa y dejó al descubierto la insignia del rango de *Tai-sho*. Al no estar ésta sujeta al fondo de la caja, resbaló y cayó sobre el escritorio.

Minobu estaba atónito. ¿Conducir él la lucha contra los Dragones? Había contado con que la batalla tendría lugar, pero había confiado en poder mantenerse al margen

de ella. Todas sus esperanzas se desvanecieron de golpe al oír la orden que lo obligaba a comandar las tropas del Condominio contra los Dragones.

Y ahora era *Tai-sho*. Otra promoción vacía de significado, o, más bien, peor que vacía: ésta era una aguzada aguja para atravesarlo.

—Está usted abrumado por el honor —dijo el Señor de la Guerra, con fingida simpatía—. Quizá piense incluso que este nombramiento es accidental. Pero, si es así, olvida usted los clarividentes ojos de nuestro lord Takashi.

Samsonov se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre la pulida superficie del escritorio.

—Así es —continuó—. En octubre fui favorecido con un *haiku* de lord Kurita, lo cual, como ya sabrá, suele ser el modo en que imparte sus órdenes más significativas. Creo que su sentido le resultará sumamente claro.

Samsonov extrajo una hoja de papel del cajón central del escritorio y se la tendió a Minobu. Reclinándose en el respaldo de su silla, observó con una sonrisa presuntuosa a Minobu mientras éste leía el poema:

*El Dragón siente el estremecimiento primaveral.*

*El cazador de hierro apunta la flecha.*

*El lobo veloz debe caer.*

Como el Dragón en el primer verso, Minobu tuvo un estremecimiento.

—Usted es el cazador de hierro, Tetsuhara —dijo el Señor de la Guerra, escupiendo las palabras—. El Coordinador lo ha elegido para llevar a cabo la purga de los rebeldes Dragones. Conoce y respeta su lealtad a Casa Kurita. Sabe que usted no le fallará.

—Haré todo lo que esté en mis manos.

—Vamos, no me venga con falsas modestias, Tetsuhara —dijo con voz meliflua, que al instante tomó la dureza del diamante—. Goza usted de mi absoluta confianza. Sé que tendrá éxito.

Incorporándose de su silla, Samsonov se dirigió a la pared y desplegó un mapa del distrito. La brillante superficie de plástico estaba cubierta de líneas que convergían en el pálido punto amarillo que representaba al sistema de Miseria.

—Las unidades de Kurita ya se están desplazando para hacer frente al desafío.

—De modo que ya ha decidido una estrategia.

—Por supuesto, *Tai-sho*. El Coordinador quiere que conduzca usted las fuerzas que destruirán a los mercenarios, pero éste es aún mi distrito. Comandaré usted las tropas, pero a través mío. *¿Wakarimasu-ka?*

—*Hai*, Señor de la Guerra —contestó al instante Minobu.

—No lo olvide —ordenó con una mirada dura y brillante—. Mire aquí —indicó, desplegando un segundo mapa, esta vez del sol local y sus cinco planetas—. Nos enfrentaremos con los Dragones renegados aquí, en Miseria, tal como ellos desean.

Pero les tendremos preparadas algunas sorpresas.

»Usted estará al mando de las fuerzas terrestres, que incluirán todos los regimientos de la Ryuken y elementos de los regimientos Diecisiete y Veintiuno de Regulares de Galedon. También tendrá a sus órdenes al Octavo de Espada de Luz. Un gran honor para un *Tai-sho* novel.

»Mi Quinto de Regulares de Galedon y el Tercero de Húsares de Proserpina permanecerán en el espacio, ocultos aquí, detrás de la cuarta luna. Permitiremos que los Dragones aterricen sin ser molestados, de modo que podamos destruirlos sin arriesgar nuestra valiosa ventaja espacial.

—Pero sus BattleMechs serán mucho más vulnerables durante la fase de aterrizaje —lo interrumpió Minobu.

—No le he pedido que critique mi estrategia —gruñó Samsonov—. Una batalla espacial incrementaría el riesgo de que nuestras fuerzas emboscadas fueran descubiertas. Los Lobos no deben darse cuenta de que son como corderos marchando al matadero.

Minobu no veía cómo una batalla orbital podía suponer algún riesgo para unas Naves de Descenso cuidadosamente ocultas tras la cara lejana de la luna, pero optó por guardar silencio. Cuanto más detallados fueran los planes de Samsonov, menor sería su propia responsabilidad al ejecutar la desagradable orden de luchar contra los Dragones.

Samsonov pareció tomar el silencio de Minobu por una confirmación de la superioridad de su inteligencia.

—Una vez que la batalla haya comenzado —continuó—, usted atraerá al bandido de Wolf para que comprometa a la totalidad de sus tropas. Cuando esto suceda, mis fuerzas abandonarán la luna y descenderán detrás de ellos. Cogemos a los Dragones entre dos fuegos y los aplastaremos.

—La estrategia general parece correcta —opinó Minobu, escogiendo con cuidado las palabras para no ofender nuevamente al Señor de la Guerra—. Falta ultimar los detalles.

—Eso lo dejo en sus manos —contestó con sequedad Samsonov.

«Debería haber supuesto que iba a suceder esto —se dijo Minobu—. Mi karma no me dejará escapar tan fácilmente».

—Dejaré un pequeño destacamento mientras concluyo la transferencia de tropas. Encárguese de que estén al tanto de sus arreglos. Las fuerzas de descenso serán informadas sobre las zonas de aterrizaje y la oposición esperada. Naturalmente, usted se ocupará de que dicha oposición sea mínima. Mis 'Mechs deben concluir indemnes el aterrizaje, de modo de poder descargar todo el poderío de su fuerza sobre los Dragones.

—Comprendo, Señor de la Guerra.

Samsonov miró a Minobu y casi esbozó una sonrisa, como si conociese alguna broma secreta y las palabras de Minobu la hubieran traído a la memoria. Momentos más tarde, salió de la habitación, dejando a Minobu solo con sus pensamientos. Por más vueltas que les diera a éstos, siempre llegaba a la misma conclusión: estaba ligado por el deber. Pero ¿qué había hecho para merecer este karma?

A pesar de lo manifestado a Samsonov, Minobu no podía creer en la culpa de los Dragones. Había trabajado con ellos, había luchado a su lado. Conocía su naturaleza y, lo que era aún más importante, conocía la naturaleza de Jaime Wolf. Wolf debía de haber sido forzado a actuar así tal como él lo era ahora.

«Ninjo».

Deseaba ayudar a Wolf y sus Dragones. Durante años, los mercenarios habían sido sus amigos, y los recuerdos de todo lo que habían compartido le llenaban la mente. Un hombre honorable tenía la obligación de honor de acudir a ayudar a sus amigos en problemas. Pero a él le habían ordenado matar a sus amigos.

«Giri».

Él era un oficial de las fuerzas militares del Condominio Draconis. Sus superiores le habían ordenado ejecutar una acción, y su deber como soldado era obedecer. También era un samurái de Casa Kurita, y el principal deber de un samurái era obedecer a su señor. El honor le exigía que nada debía interponerse entre él y su deber.

Estaba atrapado, arrinconado por su deber. Siempre había sido un buen samurái: leal, fiel... y obediente. Formaba parte de su naturaleza: él no podía ser de otro modo.

Lentamente fue hasta la puerta y la abrió. Michi estaba sentado en la oficina contigua, aguardando a su señor. Se puso de pie cuando éste descorrió el panel, pero acalló sus impacientes preguntas al advertir el estado emocional de Minobu.

—Trae los mapas y las listas —ordenó Minobu con voz apagada—. Debemos planificar una campaña.

## **Cuartel General de Campaña de la Ryuken, Miseria Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**

**22 de abril de 3028**

Michi se abrió paso entre la maraña de consolas, máquinas y cables colgantes que obstruían el camino en el interior del refugio. Hacía más de una semana que funcionaban los calentadores —desde que el grupo de mando se había trasladado a la estructura—, pero éstos parecían totalmente inefectivos para erradicar el frío gélido que reinaba en Borealis, el continente septentrional de Miseria.

Michi penetró en la habitación donde se había instalado el centro de planeamiento, ocupada principalmente por el holotanke perteneciente al Cuartel General Móvil de la *Ryuken-ichi*. El tanque reproducía una versión detallada de la mitad este de Borealis. Las minúsculas imágenes rojas de unos BattleMechs congregados alrededor de la ciudad de Farsund marcaban la ubicación de las fuerzas reunidas de los Dragones. Unos símbolos azules similares se alineaban de costa a costa a través del continente, a lo largo de dos mil kilómetros. Había concentraciones cerca de la ciudad de Boras, en el norte, y en las proximidades de la ciudad de Laerdal y de las minas de magma, en el sur. En la región central de las tierras altas de Trolfjel, unas franjas azules indicaban los puntos controlados por la Ryuken.

Todos los *Chusa* de la Ryuken, incluido Charles Earnst, que había sido promovido para ocupar el puesto de comandante de la *Ryuken-ichi* dejado vacante por Minobu, estaban reunidos alrededor del holotanke. Minobu estaba de pie en un extremo, con la insignia de *Tai-sho* brillando en su cuello. Estaba dialogando con el *Sho-sa* Saraguchi, ahora comandante del centro de mando.

Michi se aproximó a Minobu y esperó a que éste lo invitara a hablar.

—El informe de los exploradores, *Taisho* —anunció, introduciendo una tarjeta en la ranura de entrada del holotanke. En la pantalla apareció un grupo de rojas Naves de Descenso en miniatura, cerca de la representación de la ciudad—. Han descubierto

nuevos aterrizajes de Naves de Descenso en las proximidades de Farsund.

—Debe de ser el Regimiento Alfa que llega de Delacruz —supuso Minobu—. ¿Qué clase de Naves de Descenso son?

—Naves de carga y de transporte de 'Mechs, tal como antes. No se ha informado sobre ninguna nave de tropas. Los informes preliminares indican que sólo se han desembarcado 'Mechs y los habituales vehículos de apoyo. No se han visto vehículos de combate.

—Vaya —comentó Earnst haciendo un gesto de incredulidad—. ¿En qué estará pensando Wolf? Una fuerza de 'Mechs sin apoyo no parece corresponder en absoluto al estilo de los Dragones.

—Pareciera que Wolf intenta que esto sea un combate entre los señores del campo de batalla —señaló Minobu.

—Con su permiso, *Taisho* —intervino Michi—, me gustaría sugerir que Wolf se está comportando de una manera razonable. Es consciente de que hay más de cien kilómetros de un terreno lleno de dificultades, entre la base que ha elegido en Farsund y las posiciones defensivas que ocupan nuestras fuerzas en las tierras altas de Trolfjel. No hay muchas posibilidades de aproximarse con vehículos. Las máquinas con ruedas o con orugas se hundirían en los terrenos de acarreo del sur. Por supuesto, los aerodeslizadores podrían franquear esas tierras con facilidad, pero las morrenas los derrotarían. Las hojas metálicas de la hélice, heladas por el frío, se harían añicos en cuanto una roca las rozara. Aun los más resistentes se destrozarían antes de los cuatro o cinco kilómetros, y son doce al menos los kilómetros que deberían recorrer. De modo que los 'Mechs son el único modo seguro de atravesar el valle.

Minobu había ido estudiando en el holotank las representaciones de cada tipo de terreno a media que Michi describía sus dificultades. Comprendió que su ayudante tenía razón y que Wolf debía de haber llegado a las mismas conclusiones. Las consideraciones sobre el terreno debían de haber sido una de las razones de la decisión de Wolf, pero sólo una.

—A veces, *Michi-san*, es usted demasiado práctico. Todo lo que dice es cierto, pero rara vez los Dragones permiten que el terreno los detenga. Si bien el terreno entre nuestros ejércitos está lleno de dificultades, nos veríamos amenazados si ellos llevaran sus vehículos de combate detrás de nuestra posición. Pero no es una amenaza que deba preocuparnos pues, por alguna razón, Wolf ha desistido de emplear esas fuerzas.

—No logro ver por qué —dijo Earnst con gesto ceñudo—. Si, como usted dice, hay un modo de emplear otras fuerzas además de los 'Mechs, ¿por qué entonces Wolf no recurre a ellas? Creía que los Dragones deseaban derramar toda la sangre kuritana posible.

—Desean sangre, y la tendrán —confirmó amargamente Minobu—. Será un

combate duro. Pero creo que Wolf está pensando más allá de esta batalla. Las fuerzas de 'Mechs son las más fáciles y más rápidas de evacuar. Eso significa que podrían reunirse antes con sus familias.

—Habla usted como si él estuviera seguro de su victoria —se mofó Earnst.

—¿Es que tiene usted alguna duda? —preguntó Minobu con voz engañosamente suave, paseando la mirada por la fila de oficiales, que se habían vuelto hacia él—. Caballeros, lord Kurita espera que ganemos, pero no basta con la esperanza para ganar batallas. Estas se ganan con planeamientos, dirección, coraje y armas.

Por favor, vuelvan a la planificación para que podamos ocuparnos del resto.

El *Chu-sa* se apresuró a escapar de la penetrante mirada de su *Tai-sho*. Michi se volvió para dirigirse a su puesto en el centro de comunicaciones, pero Minobu lo detuvo cogiéndolo del brazo.

—Este aterrizaje ha traído las últimas fuerzas de los Dragones a Farsund. Ya no quedan más bases. Haga volver a la Espada de Luz de Laerdal y a los Regulares de Boras —le indicó—. Quiero que todas nuestras fuerzas se reúnan aquí lo más pronto posible. Fije el itinerario de la Espada por el desfiladero de Voss; eso les permitirá ahorrar dos horas como mínimo.

Michi echó una ojeada al holomapa. Tal como él recordaba, el mapa indicaba que el desfiladero estaba a escasos veinte kilómetros de Farsund.

—La Espada de Luz deberá espaciarse para atravesar el desfiladero —objetó—. Constituirán un blanco tentador para una emboscada.

—No habrá emboscadas hasta que la lucha principal dé comienzo —aseguró Minobu.

—¿Cómo puede estar tan seguro? Los Dragones no han hecho aún ningún movimiento ofensivo desde el anuncio del desafío, pero ahora Alfa está aquí. ¿Cómo podemos saber si Wolf no ha ubicado ya algunas fuerzas? ¿Cómo sabemos si no está listo para atacar?

—Nosotros no lo sabemos, pero yo sí —contestó Minobu—. Me complace que piense usted por su cuenta, Michi *san*, pero aún no está capacitado para cuestionar mis decisiones. Cumpla mis órdenes.

Michi hizo caso omiso de la despedida implícita en las palabras de su superior.

—Al menos, déjeme enviar una Nave de Descenso para reconocer la ruta —protestó.

—No. Los Dragones han dejado en tierra todas sus naves. Debemos tener la cortesía de hacer lo mismo.

—Tienen otras naves más lejos —insistió Michi—. Sus naves de transpone de vehículos y tropas están a la espera fuera de aquí.

—Esas escoltan a sus Naves de Salto, de modo que no representan una amenaza para nosotros sobre el planeta. Recuerde que tenemos nuestras propias fuerzas en el

espacio y que las reservas de Samsonov están también esperando fuera de aquí. Sus 'Mechs superarán con creces en número a los soldados de infantería de los Dragones, por muchos que éstos hayan logrado reunir para esta emergencia.

Minobu se volvió hacia el holotank y prestó atención a los hipotéticos movimientos de tropas que el *Chu sa* estaba proyectando. Michi continuaba sin querer marcharse.

—¿Cómo puede estar seguro de que Samsonov está allí? No hemos recibido ninguna comunicación.

—Ni tampoco debíamos recibirla —respondió Minobu con un suspiro—. Para tener éxito con su ataque por sorpresa, la flota no debe permitir que la detecten. Están allí.

»Todos estamos bajo las órdenes del Coordinador, e incluso Samsonov tiene que saber que esta batalla es demasiado importante como para correr riesgos. El cebo de la gloria que puede conseguir si destruye a los Dragones es suficiente garantía de su participación. No nos abandonará, como hizo con Yoroshi en Galtor.

»Ahora vaya. Su demora está retrasando la llegada de la Espada de Luz, y necesitaremos a sus experimentados guerreros cuando los Dragones nos ataquen.

Minobu observó a su ayudante mientras éste se retiraba, y se dijo que las preocupaciones del joven oficial eran fundadas. A pesar de sus palabras, él también estaba preocupado por la falta de comunicación con Samsonov. Pero no había nada que pudiera hacerse al respecto. Las fuerzas draconianas apostadas en el planeta tenían sus órdenes. Con una cuidadosa estrategia y un poco de suene, podrían cumplir esas órdenes aun sin la participación del Señor de la Guerra. Minobu fue a reunirse con los oficiales congregados alrededor del holotank. Debía criticar algunos de los esquemas.

La reunión se prolongó por horas. Por fin Minobu ordenó una interrupción, y los oficiales partieron rumbo a sus cuarteles. Minobu permaneció en el centro de mando y analizó más simulaciones, hasta que el sueño lo venció sobre la consola. Ignoraba cuánto tiempo había pasado cuando alguien lo despertó sacudiéndolo por un hombro.

—Los exploradores informan que los BattleMechs han partido de la base de Farsund. —Michi parecía tan cansado como el propio Minobu se sentía. Probablemente el joven oficial no había dormido nada.

—¿Están dejando sus fortificaciones? —En mitad de la pregunta se dio cuenta de que ésta era redundante. El sueño lo había dejado atontado, con dificultades para responder.

—Sí.

—¿Cuántos?

—Según el informe, más de cuatrocientos.

Sus palabras acabaron de despejar a Minobu.



—Eso significa que son los cinco regimientos. Al parecer, Wolf está haciendo una gran exhibición.

—Cuando estén fuera de la protección de sus antiaéreos, podemos atacarlos con nuestros cazas y reducir su número antes de que se enfrenten a nuestros 'Mechs —sugirió Michi—. Constituirán un blanco perfecto si los cazas los alcanzan antes de que nieve. He ordenado a los pilotos que estén preparados.

—¿Los Dragones están avanzando con cobertura aérea?

—No —contestó Michi con renuencia.

—Entonces haga que nuestros pilotos se retiren —ordenó Minobu—. Esta será una batalla honorable. Aceptaremos el combate en las condiciones que ellos propongan.

—¿Es eso prudente? —preguntó Michi, visiblemente perturbado—. ¿No se nos ha ordenado vencer? Los Dragones tienen cinco regimientos de BattleMechs pilotados por tropas de élite. Podemos superarlos en número, pero pocos de nuestros MechWarriors los igualan en experiencia. Debemos hacer todo lo que podamos para ganar alguna ventaja. Piense en su futuro, Minobu-sama —le advirtió Michi.

El encogimiento de hombros con que respondió Mino-bu exasperó a Michi. El joven oficial intentó esconder sus sentimientos, pero su señor lo conocía demasiado bien.

—El futuro carece de importancia para un guerrero. El camino de un samurái es la muerte. *Shigata ga nai*.

Michi guardó silencio por unos momentos.

—¿Espera morir en esta batalla? —inquirió al fin.

—No espero nada —contestó Minobu con voz calma—. Si es mi karma, moriré.

Nuevamente Michi guardó silencio, meditando en las palabras de Minobu.

—¿Dejará que lo maten? —El tono suplicante de su voz le indicó a Minobu que su protegido temía que él hubiera perdido las esperanzas y que estuviera dispuesto a buscar la muerte en la batalla para escapar a los problemas que lo acosaban.

—Un guerrero debe abrazar la muerte si es un verdadero samurái, pero eso no significa que desperdicie su vida. Un samurái debe seguir luchando en tanto haga avanzar la causa de su señor. Fallar en esto es un deshonor.

—Un deshonor —repitió Michi—. ¿Qué pasa si sobrevive a la batalla pero somos derrotados?

—Si somos derrotados, la situación se tornará muy difícil. Hasta entonces, haré todo lo que esté en mis manos para cumplir con mi deber y mantener mi propio honor. Si sobrevivo, será porque he luchado como debe hacerlo un guerrero. Como comandante, me habré enfrentado honorablemente con mi enemigo. El *Dictum Honorium* exige que tratemos a nuestros enemigos como si fueran tan honorables como nosotros. No tengo la más mínima duda acerca del honor de Jaime Wolf y, por

lo tanto, debo enfrentarme con él de un modo honorable.

«Incluso en la hora de la batalla, él mantiene su propio honor».

Michi alzó las cejas, confundido por el último comentario de su *sensei*.

—Michi-san, ¿no ha advertido a qué hora comenzaron a avanzar los 'Mechs de los Dragones?

—A medianoche —respondió el joven oficial—. Wolf esperó a que oscureciera antes de emprender su marcha. No es inusual.

—La oscuridad no tiene nada que ver con esto, Michi-san. A medianoche expiró el contrato de los Dragones con Casa Kurita. Wolf y sus Dragones son ahora agentes libres.

## Valle de Hamar, Miseria

### Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis

23 de abril de 3028

—¡Hacia la derecha, West! —gritó Dechan por el *taccomm*.

El inmenso *Griffin* obedeció la orden y abandonó el lugar donde los kuritanos estaban concentrando su fuego. Las explosiones desmenuzaban las rocas ígneas, pero la nieve fundida y el hielo las enfriaban al instante.

Los *dracos* se estaban desempeñando bastante bien, habida cuenta de que la lanza de Fraser los había cogido por sorpresa. Su máquina más poderosa, un *Crusader*, había quedado averiada en la primera descarga. Esto había afectado considerablemente su potencia de fuego, y los kuritanos se movían ahora indecisos ante el implacable asalto de los Dragones.

—Se están retirando. No les deis tregua. Wakeman, concéntrate en el líder.

Dechan lanzó sus propios misiles, sumándose a los disparos del *Trebuchet* de Wakeman. Una lluvia de explosivos cayó sobre las fuerzas kuritanas en retirada, y el *Crusader* y otro 'Mech que ya estaba averiado cayeron bajo la arrasadora furia de las explosiones. Las dos máquinas enemigas restantes desaparecieron en los canales que el agua de deshielo del verano había cavado durante eones en las morrenas.

—Voy tras ellos —dijo Wakeman, exultante.

—Ten cuidado y manténte a cubierto —le aconsejó Dechan—. Aún están con vida.

El *Shadow Hawk* de Dechan siguió al *Griffin* de West hasta la cresta de un caballón.

—¿Qué buscas ahí arriba, West? Tenemos que capturar a las Serpientes.

—Venga a echar una mirada, capitán. —El voluminoso brazo derecho del 'Mech de West apuntaba con su CPP Fusigon portátil.

Siguiendo la dirección señalada, Dechan distinguió un grupo de BattleMechs

kuritanos a unos dos kilómetros de distancia. Los dos supervivientes de la lanza enemiga se dirigían a toda prisa al encuentro de sus compañeros.

—De modo que allí está el resto del batallón.

—Son demasiados para nosotros, si no contamos con algún apoyo, capitán.

—No nos han ordenado que combatamos con ellos, West. Sólo tenemos que encontrarlos. Nos han encomendado una simple y anticuada misión de reconocimiento.

—Pero ¿por qué no enviamos simplemente a nuestras Naves de Descenso? Hagamos que esos muchachos se ganen su paga.

—Estamos procediendo así porque así lo desea el coronel.

—Pues yo no puedo entenderlo —se quejó West.

—El coronel debe de tener una buena razón.

—Bueno, pues no me la dijo.

—Tampoco me la dijo a mí, pero eso no cambia las cosas. Aún tenemos un trabajo que hacer.

Los dos 'Mechs descendieron del caballón, moviéndose con lentitud para evitar ser detectados por el enemigo. Una vez fuera del alcance de su vista, apresuraron la marcha y se encaminaron hacia los BattleMechs kuritanos caídos, donde el *Ostscout* de Gatlin vigilaba al *Crusader*.

—¿Qué ha logrado rescatar? —preguntó Dechan.

—Es algo más que un rescate, jefe —contestó Gatlin—. Aquí hay uno con vida.

—Eso podrías solucionarlo con un buen pisotón de tu delicado piececito —sugirió Wakeman—. Será una Serpiente menos de la que preocuparse.

—Tranquilo, Calvin. De acuerdo con las marcas de la carlinga, este Jock es un oficial —anunció Gatlin—. No conozco con exactitud su rango, pero como mínimo debe de ser capitán.

—Por lo tanto, hemos conseguido el premio —concluyó Dechan—. West, sube allí y haz salir al draconiano. Al coronel le agrada charlar con él. Gatlin, vigila tus sensores. Avisa a Wakeman sobre cualquiera que se muestre demasiado curioso.

Los BattleMechs se movieron obedeciendo sus órdenes, pero no con demasiada prisa. El batallón de kuritanos podía estar esperándolos más adelante. «¡Por la Unidad! —se dijo Dechan—. Debería haber dejado a alguien vigilando en lo alto del caballón». Pero no se había imaginado que se demorarían por un prisionero.

—Vamos, West. Quiero ponerme en camino.

—Calma, capitán. No querrá que dañe la propiedad del coronel, ¿no es así?

—Apresúrese con eso y guarde los comentarios brillantes para cuando estemos fuera del alcance de los disparos de los draconianos.

West guardó silencio y se abocó a su trabajo de separar del cuerpo del *Crusader* la cabeza, donde se encontraba la carlinga del piloto. El *Griffin* necesitó cinco

minutos para conseguir arrancar la cabeza. Cada giro debía de sacudir dolorosamente al Mechjock kuritano dentro de su carlinga. Con la cabeza sujeta bajo el brazo, el 'Mech de los Dragones se reunió con sus compañeros de lanza para iniciar su apresurado regreso al puesto de mando.

La lanza de Fraser pasó junto a los centinelas e irrumpió en el claro en que estaba instalado el centro de mando. Las lonas de las tiendas habían sido cubiertas con nieve, tanto para procurar un aislamiento como para mimetizarse con el desolado paisaje. A la izquierda de la entrada, el *MAT Wasp* de Selden y el *Víctor* de Vordel montaban guardia. A la derecha, el *Cyclops* de Cameron se erguía por encima de las tiendas. Más allá se distinguían otros 'Mechs. Dechan reconoció entre ellos la siniestra forma negra del *Warhammer* de Natasha Kerensky. Ignoraba que las Viudas hubieran venido a Miseria, aunque debería haber imaginado que no se habrían perdido esta gresca por nada del mundo.

La compuerta del *Cyclops* de Cameron estaba abierta, y los calentadores de la carlinga lanzaban ondas de calor sobre el piloto, que permanecía de pie, bien abrigado para combatir el frío. Agitó la mano a modo de saludo cuando reconoció la llamada de radio de Dechan. Éste solicitó la ayuda de un destacamento de seguridad, y Cameron hizo los arreglos pertinentes. Luego le comunicó las coordenadas del taller de reparaciones para que la lanza pudiera reabastecerse. Antes de que los otros 'Mechs abandonaran la pista, Dechan liberó a West de su carga.

El *Shadow Hawk* continuó avanzando por el claro en dirección al centro de mando. Tras detenerse frente a las tropas de seguridad, depositó en el suelo la cabeza capturada.

—Ved si podéis forzar la puerta mientras yo desciendo —dijo por los altavoces externos.

Mientras él se ponía trabajosamente las ropas antifrío y abría su compuerta, el equipo de seguridad consiguió convencer al piloto capturado para que abriera por sí mismo la compuerta. Dos soldados estaban ayudando al prisionero a salir de su carlinga cuando Dechan descendió al suelo. El hombre estaba bastante magullado y sangraba de algunas heridas. Aunque temblaba de frío, nadie le ofreció algún abrigo más efectivo que el ligero uniforme que vestía.

Dechan se encaminó a la tienda, seguido por el comandante Kormenski y dos soldados que conducían al prisionero. Éste tenía una pierna herida, por lo que los guardias tuvieron que arrastrarlo.

Aunque la temperatura dentro de la tienda estaba notoriamente caldeada, Dechan aún temblaba por su corta permanencia en el exterior y se resistía a quitarse el abrigo, por lo que se limitó a entreabrirlo. Mientras avanzaba por el corredor que conducía a la tienda principal, advirtió que nuevamente era capaz de captar olores; olía a cuerpos sudorosos y comida rancia.

—Coronel —anunció a su llegada—, hemos capturado algo que puede interesarle.

Los Dragones agrupados junto al holotanco lo estaban esperando, y no parecieron sorprendidos por su anuncio. Su calma profesional desapareció cuando Dechan se volvió hacia el prisionero, que colgaba desmañadamente del brazo de los guardianes, y le alzó la cabeza sujetándolo por los cabellos.

—Singh —siseó el comandante Blake.

El prisionero se zafó de las manos que lo sostenían, pero el gruñido de dolor apenas contenido evidenció el esfuerzo que eso le costaba. Antes de volverse hacia el coronel, tosió y escupió sangre y trozos de dientes.

—Hola, Wolf.

Fadre Singh se cuadró, y la luz arrancó destellos de sus insignias de *Tai-sa* kuritano. Dio un paso hacia el líder de los mercenarios y los guardias se adelantaron para detenerlo, pero Wolf los contuvo con un gesto. Singh avanzó hasta quedar cara a cara con el coronel.

—¿Se sorprende de verme, gran señor de los Dragones de Wolf?

—En estas condiciones..., sí.

—¿Desde cuándo se preocupa usted por mi condición? Escupo en su preocupación, viejo fósil. Usted y su mando no son nada. Los draconianos harán lo que quieran con ustedes. Sus días están contados.

»Me alegro de haberme librado de usted. El modo en que me trataron después de Hoff me abrió los ojos sobre lo que usted y sus compinches están haciendo, y ahora lo veo todo claro. Mi habilidad y mis logros no significan nada para usted. Me abandonó, aunque sin duda sabía que yo tenía razón, y tomó partido por el viejo senil y cobarde de Parella. Usted mismo debe de estar senil, anciano.

—Cuida tu boca —gruñó Blake.

—¿Por qué debería hacerlo? —replicó bruscamente Singh—. No tengo respeto por él ni por ninguno de vosotros —dijo, abarcando con un gesto a todos los presentes—. Estáis en plena decadencia y sois incapaces de ver el talento aunque lo tengáis bajo las narices. Si hubiera podido marcharme lo habría hecho. Podéis mantenerme prisionero o podéis abandonarme a mi suerte.

»¿Qué esperáis de mí? ¿Pretendéis que me vuelva y le suplique a vuestro envejecido tirano? ¿Que le ruegue que me deje volver con los míos?

Singh lanzó una carcajada llena de furia y giró la cabeza hacia Wolf.

—No le debo nada, ni a usted ni a sus títeres Dragones —agregó—. No necesito nada de ustedes. Los he engañado a todos y he encontrado a alguien que aprecia mis habilidades. El Señor de la Guerra Samsonov reconoce a un jefe en cuanto lo ve, y me dio el mando que yo me merecía. —Singh hizo una pausa y sostuvo la mirada de Wolf. Una sonrisa cruel se dibujó en su rostro—. El único precio fue darle el nombre de su refugio.

Un jadeo de asombro recorrió a los presentes. Jaime alzó la mano para golpear a Singh pero, antes de que pudiera alcanzarlo, el cuerpo del prisionero giró por el impacto de varias balas. Wolf se volvió hacia el lugar de donde habían partido los disparos.

Natasha Kerensky enfundó tranquilamente su Marakov aún humeante, sin rastro de remordimiento en el rostro.

—Los que traicionan nuestra confianza sólo merecen hundirse en la oscuridad —sentenció.

## **Campos Helados de Opdal, Miseria**

### **Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**

**25 de abril de 3028**

Minobu estaba de pie junto a la compuerta abierta de su *Dragón*. Los remolinos de viento helado azotaban los macizos hombros del 'Mech, haciéndolo estremecer a pesar del traje especial de abrigo que llevaba. Poniendo gran cuidado en no rozar la piel expuesta y ya irritada por la breve exposición al frío, se acercó los binoculares a los ojos y estudió las apretadas filas de BattleMechs de los Dragones apostadas a lo largo del brazo principal del glaciar Opdal. Los 'Mechs permanecían erguidos entre las negras rocas que, como desnudos colmillos, se elevaban de la helada superficie.

Un movimiento captó su atención y enfocó los binoculares en esa dirección. En el flanco izquierdo de los Dragones, las oscuras formas de los 'Mechs, recortadas contra la nieve, estaban tomando posiciones. La roja insignia de la araña, claramente visible, le indicó que las Viudas Negras se habían reunido con los 'Mechs de asalto del Batallón Zeta. Una poderosa ayuda para las filas de los Dragones.

Ya habían concluido los días de las escaramuzas. Los ejércitos se habían reunido aquí, entre los picos y las heladas superficies, en un mudo acuerdo sobre el lugar en que se desarrollaría la batalla. No era el sitio que habrían elegido sus jefes, pero ambos lo encontraban aceptable. Minobu sabía que, excepto cuando debía defenderse un punto estratégico, rara vez un comandante podía luchar en un terreno que hubiera escogido.

Minobu se introdujo en su 'Mech y cerró la compuerta. Resguardado del viento y en el caldeado interior de su *Dragón*, sintió súbitamente mucho calor. Se despojó del abrigo y se acomodó en el asiento del piloto.

—Que todos los oficiales informen su posición —ordenó—. Código veintitrés.

Tras colocarse el neurocasco y conectar el sistema refrigerante, observó las luces verdes que se encendían en el tablero de mando para indicar que todo estaba



dispuesto. Su Tech había instalado el tablero sobre el de comunicaciones, abarrotando aún más la ya atestada carlinga. Minobu soportaba sin problemas la falta de espacio. Aunque el improvisado sistema no podía equipararse a un ordenador Tacticon, aumentaba sus posibilidades de comunicación con sus suboficiales, y esto lo compensaba con creces de su incomodidad personal. Cuando terminó de conectar todo, sólo una luz seguía apagada. Minobu abrió el canal de comunicación con el comandante de la *Ryuken-go*.

—*Tai-sa* Sullivan, no tengo en mi pantalla a la Espada de Luz. Explíquese.

—No tengo ninguna explicación, *Tai-sho*. —Aunque la respuesta llegó sin dilación alguna, Sullivan parecía nervioso, lo que no era de extrañar. Se suponía que la Espada de Luz debía estar apostada en su flanco—. Mis exploradores no los han visto. Trataré de restablecer el contacto.

Mientras Minobu esperaba su respuesta, los BattleMechs de los Dragones comenzaron a avanzar al unísono.

—Preparados —avisó Minobu a sus comandantes—. No comencéis a disparar hasta estar razonablemente seguros de poder acertar.

Escuchó cómo se retransmitían sus órdenes y se sintió complacido por la respuesta de sus tropas. Sólo unos pocos pilotos del Decimoséptimo de Galedon perturbaron la disciplina al disparar sin permiso, pero sus oficiales restablecieron rápidamente el orden.

Cuando Minobu estaba a punto de ordenar que descargaran toda la potencia de su fuego, los Dragones interrumpieron su avance. Azorado, contempló cómo un BattleMech se separaba del centro de la línea de Dragones y proseguía su marcha. Su programa de identificación le informó que se trataba de un *Víctor*, un 'Mech de Asalto de ochenta toneladas. Después de avanzar medio kilómetro, también se detuvo. El *taccomm* restalló cuando la voz de un Dragón llegó por el canal abierto.

—Soy Hans Vordel, teniente de los Dragones de Wolf. Pertenezco a la cuarta generación de MechWarriors. He visto veinticuatro ciclos y he luchado en más guerras de los años que tengo. ¿Quién entre ustedes tiene el coraje de enfrentarse conmigo en un combate cara a cara?

Su desafío era torpe y su japonés abominable, pero su intención resultaba perfectamente clara. Ningún kuritano habló, ni por el canal abierto ni por ninguna de las frecuencias protegidas. Nadie había previsto un desafío así. ¿Un *teki* que actuaba como un antiguo samurái? La sorpresa los había dejado inmovilizados.

Súbitamente, un *Thunderbolt* se apartó de las filas kuritanas y avanzó pesadamente hasta detenerse a un kilómetro de distancia del *Víctor* del Dragón. El canal de comunicaciones retumbó con la respuesta al Dragón.

—Villano, soy Tadashi Bolívar, un simple *Chu-i* en la gran fuerza del Condominio Draconis. No soy tan viejo y decrepito como usted, pero pertenezco a la

quinta generación de samuráis de Casa Kurita y he matado sin ayuda a tres MechWarriors davioneses. Acepto su desafío. Encomiéndose a sus dioses, *teki*, y prepárese a morir en mis manos.

Bolívar avanzó decididamente hacia su oponente. Vordel abandonó su posición de un salto y se adelantó a toda velocidad. Minobu advirtió que Bolívar se dirigía directamente a una zona de hielo quebradizo. Al parecer, también Vordel se percató de ello, pues desvió el curso de su *Víctor* para aprovecharse de la situación. Bolívar reaccionó precipitándose en el terreno peligroso.

Cuando el *Thunderbolt* tropezó, el *Víctor* del Dragón abrió fuego y alcanzó al 'Mech kuritano con sus dos láseres antes de que éste pudiera evitarlo. Reaccionando como un principiante, Bolívar disminuyó la marcha de su 'Mech, momento que Vordel aprovechó para poner en funcionamiento el impresionante cañón automático Pontiac que portaba el *Víctor* en el brazo derecho. Los proyectiles perforaron el blindaje superior del *Thunderbolt* y penetraron violentamente en la carlinga. Con un estremecimiento, el 'Mech kuritano se desplomó.

Un coro de vítores se alzó de los Dragones.

El *Víctor* alzó el brazo izquierdo y lanzó dos rojas llamaradas hacia el cielo, para luego dirigirse de regreso a sus líneas. Cuando aún no había llegado a éstas, un segundo 'Mech de los Dragones dejó la formación y avanzó hasta el centro del campo.

Resonó un nuevo desafío, tan torpe como el primero, y otro 'Mech kuritano se adelantó para encontrarse con el Dragón. Minobu reconoció al instante el *Ostroc* de Michi Noketsuna. Tras gritar «¡Acepto!», Michi se arrojó rugiendo sobre el Dragón. La lucha fue larga pero, cuando concluyó, el *Catapult* del Dragón yacía averiado en el suelo.

Esta vez fueron los vítores de los kuritanos los que se elevaron.

Minobu se preguntó qué estaría pensando Wolf para permitir tales duelos. Probablemente había imaginado que eso sería de su agrado. Quizá suponía que ése era el modo de conducir una batalla de honor, y, en verdad, lo había sido en otra época.

Pero, ahora, era un lujo que las fuerzas de Minobu no se podían permitir. Las fuerzas kuritanas superaban a los Dragones en número, pero no en habilidad. Si se enfrentaban hombre a hombre y 'Mech a 'Mech, la Ryuken no podría vencer a los mercenarios, y menos aún lo conseguirían los Regulares de Galedon. Una serie de duelos sólo mermarían los recursos draconianos.

No obstante, había otro aspecto a considerar. Sullivan acababa de informarle que la Espada de Luz continuaba sin aparecer. Si proseguían los duelos, tendrían tiempo para abrirse paso entre las fuerzas de los Dragones y llegar al campo de batalla. Entonces los kuritanos podrían atacar con mejores probabilidades de éxito. Entre

tanto, Minobu dejaría que continuaran los combates individuales. Confiaba en no perder demasiados buenos pilotos antes de que la Espada apareciera.

Los combates se sucedieron, uno detrás del otro. Había vencidos tanto entre los Dragones como entre los 'Mechs kuritanos, pero los 'Mechs destrozados que yacían en el campo eran en su mayoría draconianos. Pocos de los duelos fueron tan cortos como el primero, pero todos fueron brutales, y Minobu se sintió complacido al ver que ningún otro Dragón victorioso regresó ileso.

La culminación de una batalla entre un *Spider* de los Dragones y un *Panther* kuritano puso fin al juego de dilación de Minobu. El *Spider* estaba tendido de espaldas y el *Panther* se acercaba para acabar de darle muerte, cuando un rayo azul surgió de las filas de los Dragones. El disparo dio de lleno en el pecho del 'Mech kuritano, y el ya debilitado blindaje se hundió por el brutal impacto. La descarga eléctrica del CPP sobrecargó los circuitos del *Panther*, lo que a su vez provocó la carga automática de los MCA. El metal comenzó a fundirse y el *Panther* desapareció envuelto en una bola de fuego.

Esa violación de las normas de combate fue demasiado para los kuritanos. Lanzando aullidos de indignación, que las montañas devolvían, se lanzaron hacia adelante y cruzaron el campo. Ya no hubo más duelos.

Como una bandada de pájaros atemorizados, los Dragones dieron media vuelta y huyeron ante la arrolladora embestida de los kuritanos. A pesar de su evidente falta de moral, su ataque resultó bien coordinado y sorprendentemente efectivo. Disparando salvajemente, se abalanzaron sobre sus enemigos a través de la helada superficie del glaciar. Por lo que Minobu alcanzó a distinguir, la lluvia de misiles y proyectiles no pareció hacer gran efecto.

La inquietud se apoderó de Minobu mientras hacía avanzar a su 'Mech. Si sus fuerzas se adelantaban, él no podía menos de hacer lo mismo si quería mantener un mínimo control. Aún estaba desconcertado por el comportamiento de los Dragones, que había sido inusitado desde un comienzo. No tenía sentido haberlos retado a duelos ceremoniosos y luego haber violado las normas. Y menos sentido aún tenía su súbita huida. Tenía que ser una trampa.

En el preciso momento en que Minobu llegaba a esta conclusión, advirtió que el flanco izquierdo de los Dragones aminoraba la marcha y daba media vuelta. Habían alcanzado la rocosa cima de unas montañas de baja altura que se elevaban entre el hielo y estaban buscando cobijo en ellas.

—¡Deteneos! ¡Deteneos! —gritó, al tiempo que paraba su *Dragón*—. ¡Dejad de avanzar!

Sus órdenes fueron desobedecidas. Los primeros 'Mechs kuritanos se precipitaron en la zona que habían ocupado originalmente los Dragones. Cuando los 'Mechs medianos y las máquinas pesadas más rápidas alcanzaron las posiciones que antes

habían ocupado sus enemigos, los mercenarios pusieron en ejecución su trampa.

Con una repentina explosión, el hielo que estaba bajo las máquinas draconianas se iluminó con un fuego azul y brilló como algunas extravagantes decoraciones de Año Nuevo. Aparecieron grietas en el hielo, que rápidamente se extendieron por todo el terreno. En algunos sitios, el hielo se resquebrajaba con tanta facilidad como si se tratara de un charco helado. Se abrieron entonces grandes agujeros que devoraron a los BattleMechs kuritanos.

La embestida draconiana se transformó en caos cuando dos docenas de 'Mechs desaparecieron de la vista. Los restantes intentaron huir precipitadamente para alejarse del suelo que se resquebrajaba bajo sus pies. Unos pocos lograron alcanzar la seguridad en una zona donde el hielo no había sido dañado, pero la mayoría se hundió junto con las rocas de varias toneladas a las que habían tratado de sujetarse. Otros cuantos se precipitaron por el borde, empujados por sus furiosos camaradas que avanzaban detrás, ignorantes del peligro. Diezmadas por las bajas, las tropas kuritanas se sumieron en la más absoluta confusión.

A un kilómetro de distancia, los Dragones interrumpieron su huida fingida y se volvieron hacia los draconianos. Su furiosa embestida sembró la devastación entre los kuritanos.

Minobu comprendió por qué Wolf había demorado la batalla. Mientras se llevaban a cabo los duelos, sus ingenieros habían cavado túneles bajo la superficie del glaciar, habían preparado los pozos y habían colocado cuidadosamente las cargas de explosivos. Con una maniobra brillante, los Dragones habían acabado con la superioridad numérica de la Ryuken.

Aún había grupos de 'Mechs kuritanos diseminados por el glaciar, y los Dragones se lanzaron en su persecución por las zonas en que el hielo seguía intacto. La batalla se extendió por los Campos Helados de Opdal. En lugar de un combate frontal de todos los regimientos, la lucha se disgregó en una serie de peleas desconectadas entre sí, llevadas a cabo por compañías o batallones. Minobu se encontraba en el valle Hamar, adonde lo había arrastrado el flujo de la retirada de la *Ryuken-ichi*.

Los acosados kuritanos luchaban con ferocidad, pero los Dragones no les daban cuartel. Los mercenarios los aventajaban en las luchas de pocos combatientes, pues tenían mucha más experiencia que ellos en ese tipo de enfrentamiento.

La interferencia de las montañas que rodeaban a Minobu había llenado de parásitos sus canales de comunicación, impidiéndole comunicarse con la mayoría de sus oficiales. Cuando al fin logró desembarazarse de sus perseguidores, era muy poco lo que podía hacer para agrupar a sus fuerzas. Comprendió que sólo era cuestión de tiempo para que los Dragones redujeran a sus tropas hasta un punto en que ya fuera inútil toda oposición.

De improviso, cesó la presión sobre los draconianos y, a lo largo de todo el campo

de batalla, los Dragones retrocedieron. Por el canal abierto le llegó la plegaria de alguien que agradecía a Buda el milagro. Sin embargo, desde su aventajada posición Minobu se dio cuenta de cuáles eran las verdaderas razones de la inesperada retirada de los Dragones. El respiro de sus tropas no se debía a ninguna causa sobrenatural.

Finalmente había llegado la Octava Espada de Luz.

Al advertir la llegada de nuevas tropas enemigas, los Dragones se habían contentado con los estragos causados. Diseminados como estaban, al haber perseguido a la Ryuken y a los Regulares de Galedon, corrían peligro de ser derrotados. En lugar de enfrentarse a las tropas agrupadas de la Espada, prefirieron retirarse.

Su retirada se efectuó en completo orden. Sabían, al igual que Minobu, que habría otras batallas.

**Tierras Altas de Trolfjel, Miseria**  
**Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**  
**20 de mayo de 3028**

Un pálido brillo en el horizonte señalaba la llegada del amanecer, y los colores volvieron a aparecer ante los ojos de Minobu, sensibilizados a la oscuridad nocturna. Una nueva mañana en Miseria, otro día de batalla con los Dragones de Wolf. Había transcurrido cerca de un mes desde el terrible combate del glaciar Opdal. Los kuritanos se habían recuperado un tanto del mal comienzo, pero la lucha se había prolongado semana tras semana, sin que ninguno de los dos bandos lograra una clara ventaja sobre el otro.

A medida que la luminosidad aumentaba, comenzó a distinguir las figuras de hombres y mujeres que corrían por el campo, arrebujados en sus ropas antifrío. A través de los altavoces instalados en las ventanas de plastividrio, alcanzaba a oír los débiles ruidos de los Techs, que ponían a punto los BattleMechs para sus pilotos y recargaban las máquinas con municiones.

Se volvió hacia el hombre que, desde hacía media hora, estaba de pie a su lado sin emitir palabra.

—Creo que ya es hora de que se reúna con sus tropas, Michi-san.

—*Hai, Minobu-sensei.*

Minobu sonrió para sí ante el apelativo honorífico con que insistía en llamarlo su protegido.

—No me parece el momento apropiado para mostrar su vena rebelde —comentó.

—Quizá no vuelva a tener otra oportunidad.

El regocijo de Minobu desapareció al instante.

—De modo que también usted lo presiente. Esta será la última batalla.

—*Hai, sensei.*

No había mucho que decir.

—Luche bien —le indicó a Michi.

—Soy un samurái, *sensei*. No necesita recordármelo.

Las palabras de Michi complacieron a Minobu. La fuerza interior del joven se había incrementado y ya no se parecía en nada al muchacho inmaduro que había tomado a su servicio. Minobu alargó una mano y apretó el hombro de Michi.

—Confío en que todos mis hijos lleguen a ser tan honorables como un samurái, Michi Noketsuna —le dijo mirándolo a los ojos.

—Sus hijos seguirán sus pasos, no los míos, *sensei*. Es una senda de gran honor. Minobu se esforzó por controlar su emoción.

—Basta, mi joven amigo —dijo retirando la mano—. Tenemos una batalla que pelear y su lugar está allí. Vaya ya.

Michi hizo una profunda y respetuosa reverencia que Minobu le devolvió en atención a su rango superior.

Tras una nueva reverencia, Michi giró sobre los talones y se alejó. Cuando Minobu volvió a verlo, era una anónima figura enfundada en el traje antifrío y con una máscara de respiración. A través del plastividrio observó cómo se encaminaba hacia su 'Mech, luchando con el viento.

Como todos los 'Mechs kuritanos, su rojo *Ostroc* había resultado dañado, y los parches de blindaje apenas cubiertos por sellador antioxidante daban cuenta de la premura de los arreglos. La batalla y el clima riguroso de Miseria se estaban cobrando su precio. El único consuelo era saber, a través de los informes de los exploradores, que, a pesar de su magnífico equipo técnico, los Dragones también acusaban el esfuerzo. Un mes de escaramuzas y de algunas batallas campales había desgastado a ambos bandos. Ninguno de ellos podría soportar la presión por mucho más tiempo.

Las cosas podrían haber ocurrido de otro modo si Samsonov no los hubiera abandonado. Después de la desastrosa batalla inicial, Minobu había conseguido dos veces comprometer al conjunto de las fuerzas de Wolf. Dos veces se había dado la señal para el ataque de Samsonov. Ninguna de las dos veces se había presentado el regimiento del Señor de la Guerra, y las tropas de Minobu habían conseguido librarse a duras penas de la derrota total.

La primera vez podía haberse debido a un accidente, a una señal equivocada, pero la segunda no dejaba lugar a dudas. El Señor de la Guerra los había traicionado, los había abandonado en manos de los Dragones. Y lo que era más: había traicionado a Casa Kurita. El Condominio Draconis no podía permitirse el daño que los Dragones le estaban infligiendo. Aun cuando éstos resultaran al fin derrotados, el costo habría sido demasiado alto.

Esta vez Samsonov no se escaparía de la justicia, como había hecho después de Galtor. No habría perdón por parte del Coordinador. El crimen era demasiado

alevoso, y Samsonov lo había cometido abiertamente.

Pero eso no solucionaba en nada la actual situación. Minobu estaba obligado aún a obedecer las órdenes del Coordinador, aún debía destruir a los Dragones. Cuando Samsonov no llegó con tropas adicionales, no le quedó más opción que hacer lo que estaba haciendo.

Ahora, por primera vez en semanas de lucha, parecía haber una esperanza de alcanzar su objetivo. Muchos de los 'Mechs averiados en el curso de la trampa de los Campos Helados de Opdal habían regresado a sus líneas, después de haber sido reparados con partes de otras máquinas dañadas en batallas posteriores, de modo que los kuritanos eran ahora más fuertes de lo que habían sido desde el terrible día del combate en el glaciar. Aun así, era el último manotazo del ahogado, su última oportunidad en una acción ofensiva contra los Dragones.

Las fuerzas de los Dragones ya habían tomado posiciones. Otro tanto habían hecho las de Minobu, quienes se mantenían a la espera del aviso de la Octava Espada de Luz. Esta debería haber alcanzado su posición de avanzada hacía dos horas. «En cualquier momento nos llegará la señal de que han iniciado su ataque», se dijo Minobu.

Como si hubiera oído sus pensamientos, un comTech se aproximó en ese preciso momento. Inclínándose respetuosamente, le entregó un papel con un mensaje.

—De parte del *Sho-sho* Torisobo, de la Octava Espada de Luz, señor.

Minobu hizo caso omiso de la mano extendida con el papel.

—¿Qué tiene que decir? —inquirió.

—Le informa del éxito, señor. Los Dragones están descendiendo hacia la llanura. Todo marcha de acuerdo con el plan.

De acuerdo con el plan. Una frase tan simple para algo tan complicado. Si el mensaje de Torisobo era exacto, los Dragones, sorprendidos por el ataque de la Espada, estaban avanzando directamente hacia donde la Ryuken y los Regulares de Galedon se mantenían escondidos. Al ignorar la presencia de sus enemigos, los Dragones expondrían su flanco. Gracias a la tormenta de nieve, habitual por las mañanas, la visibilidad sería escasa. Los Dragones se aproximarían sin advertir el peligro, y sus misiles de corto alcance sembrarían la devastación en sus filas. Los kuritanos se abalanzarían sobre ellos antes de darles tiempo de reaccionar y la batalla sería feroz, pero reduciría la ventaja de sus artilleros más expertos con que contaban los Dragones, lo que les daría a los draconianos una posibilidad de ganar.

Minobu tenía todas sus esperanzas depositadas en esta pequeña posibilidad.

Hacía dos días que no había escaramuzas con los Dragones, y estaba seguro de que los exploradores enemigos no habían detectado la presencia de sus tropas. El plan tendría éxito, sin duda. ¿Por qué, entonces, tenía esa terrible sensación de que se avecinaba un desastre inminente?



Decidió no dejarse llevar por sus oscuros presentimientos. Si los Dragones ya estaban avanzando, su lugar tenía que estar en el centro de mando, desde donde podría coordinar a las fuerzas draconianas. Con paso firme, atravesó el corredor que conducía hacia él.

La primera unidad que controló fue su antiguo regimiento, la *Ryuken-ichi*. Le tomó algún tiempo, pero al fin logró comunicarse con el *Chu-sa* Earnst por el canal especial que impedía a los Dragones interceptar sus comunicaciones. La voz del *Chu-sa* estaba llena de confianza.

—La nieve matutina ha llegado tal como esperábamos, *Taisho*. La mayor parte del tiempo la visibilidad no alcanza a los cincuenta metros. No hay signos de... espera. —La línea emitió unos suaves silbidos, pero la voz de Earnst retornó al cabo de pocos segundos—. Veo..., sí, hay... BattleMechs, *Taisho*. Esta vez los Dragones se dirigen a *nuestra* trampa.

—Tiene que dar inicio al ataque cuando usted lo considere conveniente. ¡No lo olvide! —lo urgió Minobu.

—Comprendido, *Taisho*. Haremos...

Las palabras de Earnst fueron ahogadas por los parásitos.

Minobu sabía que la línea especial que estaban empleando no debía dar lugar a los ruidos de estática hasta que se hubiera cortado la comunicación.

Algo había ido mal.

—Restableced el contacto —ordenó a los comTechs, consciente de que la comunicación con sus oficiales era ahora vital—. Quiero a todos los comandantes en la red.

Los comTechs se quedaron mirándolo, asombrados por la vehemencia de su voz.

—¡Vamos, perezosos! ¡Abrid la línea de inmediato!

Los comTechs informaron que la línea estaba sobrecargada y demoraron unos minutos en establecer comunicación.

—*Ryuken-ichi* —anunció al fin uno de ellos.

Una voz brotó del altavoz.

—¡Negativo! ¡Negativo! ¡Seguid disparando!

—¿Dónde está el *Chu-sa* Earnst? —inquirió Minobu.

—Su 'Mech ha caído. Hemos perdido contacto con él —contestó la voz. El hombre parecía al borde de un ataque de nervios.

—¡Calma! Soy el *Taisho* Tetsuhara. ¿Con quién estoy hablando?

El tono autoritario de Minobu pareció hacer efecto en el hombre que se encontraba al otro lado.

—Soy el *Chu-i* Benedict Kerasu, señor —contestó con voz algo más firme, tras tragar saliva un par de veces.

—Informe, *Chu-i*.

—Se trata de los Dragones, señor. No venían huyendo. Se lanzaron directamente sobre nosotros y nos atacaron. No sé cómo, pero conocían nuestra posición. No los hemos engañado. —El nerviosismo había vuelto a apoderarse de su voz—. ¡Nos están destrozando! ¡Nos superan por completo! ¡Estamos totalmente rodeados por 'Mechs de los Dragones!

La transmisión se interrumpió.

—Restablezca la comunicación —ordenó bruscamente Minobu.

—El enemigo ha establecido interferencias en el área de la *Ryuken-ichi* —informó el comTech, después de algunos intentos—. No podemos atravesarlas.

—Siga intentándolo.

Mientras Minobu trataba de sacar algo en claro del perturbado *Chu-i*, su equipo había estado trabajando febrilmente para ordenar los confusos informes que llegaban del frente y actualizar el mapa de situación en el holotank. Una vez interrumpida la comunicación con Kerasu, Minobu se volvió para inspeccionar su trabajo.

—La situación es muy mala, *Taisho* —anunció Saraguchi—. Han quebrado todas nuestras líneas. Todos los regimientos de la *Ryuken* informan de violentos ataques de los Dragones. Y hemos perdido todo contacto con el Veintiuno de Galedon.

—¿Qué se sabe del Diecisiete de Galedon?

—Al parecer, su sector está en calma.

—Bien, no podemos darnos el lujo de que estén ociosos. Ordéneles retroceder hasta la posición de la *Ryuken-go*. Si logramos estabilizar ese flanco, le daríamos tiempo a la Espada de Luz para que acuda otra vez en nuestra ayuda.

En realidad, Minobu no lo creía probable pues las cosas habían ido demasiado lejos.

Dedicó las dos horas siguientes a ordenar desplazamientos a las fuerzas kuritanas. Cada vez que creía haber conseguido que una unidad cruzara las líneas enemigas, una nueva unidad de Dragones aparecía por un flanco o por la retaguardia y volvía insostenible la posición conseguida. Era como si Wolf leyera su mente. El ataque de los Dragones comenzó a parecer imparable.

De improviso, el puesto de mando se sacudió con la violencia de una explosión cercana, y los hombres fueron arrojados al suelo. Por encima del estruendo de las detonaciones de los misiles, llegó la familiar vibración de los veloces movimientos de los 'Mechs. El tronar de una explosión retumbó sordamente dentro de las paredes del centro.

Una descarga cercana abrió un agujero en la pared posterior del centro de mando, y la onda explosiva lanzó a todo el mundo al suelo. Cuando Minobu consiguió ponerse en pie, se precipitó hacia el boquete, saltando por encima de los diseminados restos del holotank. Haciendo caso omiso del viento helado, observó a los BattleMechs que estaban atacando el recinto. A la cabeza marchaba un *Archer* azul y

dorado.

Un *Panther* kuritano apareció de improviso y cerró el paso al 'Mech del Dragón. El *Archer* avanzó amenazadoramente hacia el defensor y descargó sus setenta y cinco toneladas de peso contra el 'Mech más liviano. El CPP del *Panther* lanzó una llamarada, que brilló como una débil lucecita contra el fondo de nubes tormentosas. El *Archer* descargó un violento golpe con el brazo derecho sobre el *Panther*, quien se tambaleó y se derrumbó al suelo, fuera de la vista de Minobu.

El *Archer* penetró en el recinto principal como si fuera el dueño del lugar. Sus compañeros de lanza lo seguían, sembrando la destrucción. Al llegar junto a Minobu, el *Archer* se detuvo. Un paso más lo habría llevado dentro de la frágil estructura prefabricada que constituía el cuartel general de Minobu.

El tiempo pareció detenerse.

Hombre y máquina enfrentados; ninguno se movía.

Minobu, casi diminuto frente a la enorme masa del 'Mech, alzó los ojos intentando vislumbrar al piloto que se ocultaba tras la pantalla de la carlinga del silencioso BattleMech.

Súbitamente, el 'Mech se sacudió bajo el impacto de tres proyectiles que le alcanzaron el hombro izquierdo. Una lluvia de blancos trozos calientes de cerámica metalizada obligó a Minobu a buscar cobijo.

El *Archer* giró sobre sí mismo y lanzó una descarga desde el afuste de su hombro derecho indemne. Los cohetes pasaron silbando lejos de la pretendida víctima, que estaba demasiado próxima como para constituir un buen blanco en el corto espacio de tiempo con que había contado el MechWarrior de los Dragones. Unos disparos de láser chamuscaron el aire junto al 'Mech de los Dragones, y algunos rayos le dieron de lleno.

Averiado, pero muy lejos de estar en peligro, el *Archer* retrocedió. Los Dragones, superados en número por la súbita irrupción de dos lanzas kuritanas compuestas por BattleMechs medianos y pesados, se replegaron del recinto en una ordenada formación de apoyo mutuo.

Minobu se arriesgó a asomarse para ver quiénes eran los recién llegados. El rojo *Ostroc* que los comandaba era muy familiar.

**Tierras Altas de Trolfjel, Miseria**  
**Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**

**20 de mayo de 3028**

El efecto del rescate de Michi fue efímero. Pocos minutos después, los Dragones reanudaron el ataque al centro de mando. El *Archer* azul y dorado no estaba entre ellos.

Una rápida mirada a la habitación sembrada de escombros y al humeante holotank destruido le indicó a Minobu que allí no había nada que hacer, por lo que se precipitó al campo en busca de su *Dragón*. Los MechWarriors de Michi lo protegieron mientras trepaba a bordo y lo ponía en funcionamiento. Una vez listo, abrió el *taccomm*.

—Venid conmigo. Intentaremos atravesar sus filas para reunimos con el grueso de la *Ryuken-go*.

—¿Y qué conseguiremos con eso? —preguntó una voz familiar.

—Poco —contestó—. Pero tendremos suficiente fuerza para tratar de abrimos paso hasta el refugio. Una vez allí, podremos resistir hasta que los Dragones se cansen.

Mientras hablaba, Minobu había hecho avanzar a su *Dragón*. Se adelantó pesadamente al *Ostroc* de Michi y fue tomando velocidad. Una media docena de 'Mechs kuritanos se alinearon detrás de él, y Michi los hizo agruparse formando una especie de cuña.

En un principio, el fuego de los Dragones no les causó muchas molestias, pues sólo uno o dos de ellos habían advertido que las máquinas kuritanas se ponían en marcha, pero, no bien el comandante de los Dragones se percató de sus movimientos, ordenó a sus fuerzas que se desplazaran. Los BattleMechs que habían estado destruyendo las instalaciones del centro de mando avanzaron para interceptar a las máquinas kuritanas. En el encarnizado combate que siguió, los kuritanos vieron

reducido su número a la mitad. Cuando cinco 'Mechs de los Dragones humeaban en el campo, su comandante dio la orden de retirada y dejó marchar a sus oponentes. Sólo unos intermitentes disparos de largo alcance persiguieron a los draconianos cuando abandonaron el centro de mando. Por fin llegó la tormenta matutina, y los remolinos de nieve los ocultaron de la vista de los Dragones que merodeaban por los alrededores.

En cuanto pareció que estaban a salvo, Minobu ordenó hacer un alto para permitir que las máquinas se enfriasen, lo que, en ese clima, no llevaría demasiado tiempo. Deseaba además hacer un relevamiento del estado de sus tropas e intentar establecer contacto con Sederasu, el comandante de la *Ryuken-go*.

El *Dragón* de Minobu no había participado en tantas acciones como los de sus compañeros, pero, aunque había salido de la escaramuza relativamente poco dañado, había agotado las municiones de cuatro de sus cañones automáticos y sabía que el estado de los otros 'Mechs debía de ser peor.

Miró a su alrededor y contempló a la que, a la fuerza, se había convenido en su Lanza de Mando.

El *Ostroc* rojo de Michi era el más pesado de los otros 'Mechs y el que había sufrido más daño en el último combate. El soporte de uno de los láseres Fuersturm colgaba destrozado del pecho. Michi informó que todos los sistemas de las otras armas estaban en funcionamiento, pero no hizo mención del brazo izquierdo del 'Mech, que colgaba flojamente y, sin duda, averiado. A la luz del día, podía verse buena parte del ensamblaje del hombro.

El 'Mech que lo seguía en peso era un *Panther*, y humeaba por una hendedura abierta a un costado de la carlinga. Las planchas de su blindaje estaban tan alabeadas y destrozadas que desfiguraban la forma de la cabeza, de modo que en lugar de tener el aspecto de un gato salvaje parecía ahora más bien una calavera semipodrida de sonrisa burlona. El piloto comunicó que había una excesiva acumulación de calor, pero que su 'Mech continuaba igualmente en funcionamiento.

El cuarto 'Mech kuritano era un *Jenner* cubierto de señales. Su forma no humanoide mostraba por doquier signos de daños recientes. Lo único que parecía intacto era la bóveda blindada del piloto, ubicada en el aguijón que sobresalía en la base del cuerpo. Lleno de una desconcertante alegría, el MechWarrior recitó una lista de fallos mecánicos y sistemas que funcionaban a medias, ante los cuales Minobu no pudo menos que preguntarse cómo había conseguido la máquina llegar tan lejos.

Una vez completada la revisión de su minúscula fuerza, Minobu intentó establecer contacto con Sederasu. La tormenta que los ocultaba de sus perseguidores también interfería en las comunicaciones de corto alcance que los picos de las montañas permitían, de modo que le fue imposible comunicarse.

Al haber sido destruido el centro de mando, Minobu había perdido todo contacto

con sus tropas, por lo que había confiado en que la computadora Tacticon y el poderoso equipo de comunicaciones con que contaba el *Cyclops* de Sederasu le sirvieran de sustituto. Si podía reunir a las fuerzas draconianas dispersas y conducir las al refugio que se alzaba en el valle Hamar, conseguiría quebrar el ímpetu de los Dragones, lo que daría a los kuritanos una posibilidad de recuperarse.

Cada vez que alcanzaban la cima de una elevación o dejaban atrás la mole de una montaña, Minobu intentaba comunicarse con sus unidades, pero los contactos eran demasiado breves o demasiado confusos como para ser de alguna utilidad. Por fin comenzó a soplar el viento y se llevó con él la cortina de nieve. Esperanzado, Minobu se dijo que eso quizá señalara un cambio en su suerte.

Y lo fue, pero no en el sentido en que él esperaba. En lugar de brindarles a los kuritanos una posibilidad de comunicarse, el caprichoso desplazamiento de la tormenta de nieve los puso frente a una compañía de Dragones.

Sin tiempo siquiera para decidirlo conscientemente, Minobu apuntó los misiles de largo alcance y disparó sobre los 'Mechs que se acercaban. El *Dragón* vomitó fuego, pero el enemigo ya se había desplegado en una formación de ataque. Los cohetes pasaron rugiendo junto a los dos 'Mechs que encabezaban la partida, un *Griffin* blanco y un *Shadow Hawk* azul oscuro, y dieron en el blanco. Una nube de humo envolvió la indefinida silueta de un *Ostscout*, que avanzaba con cautela tras los pasos del jefe de la lanza. El 'Mech trastabilló bajo la descarga y cayó hacia atrás, con el torso superior averiado y un brazo sensor amputado. Los poderosos sensores de la máquina habían seguido la pista de los kuritanos, aun a pesar de la enceguecedora nieve y la distorsión del campo magnético ocasionada por las montañas. Guiado por su *ki*, Minobu había anulado esa ventaja con su primer disparo. Ahora sus tropas sólo tenían que combatir con unos BattleMechs que los superaban en número en una proporción de tres a uno.

Una vez superada la sorpresa, los Dragones abrieron fuego, y los kuritanos lo devolvieron.

Minobu concentró su ataque en los enemigos más alejados, pues su *Dragón* era el que estaba mejor equipado para ocuparse de ellos. Todo Dragón que consiguiera derribar antes de que avanzara a una posición en que el alcance de sus armas fuera efectivo, era un enemigo menos para dañar a su lanza. Confiaba en que Michi y los otros pudieran enfrentarse con los 'Mechs restantes que encabezaban la lanza.

Minobu se deslizó al estado de *mushin*, en el que acción y pensamiento devenían uno. Era el *Dragón*, y el 'Mech era el poderoso Dragón de Kurita, que llevaba la destrucción a sus enemigos. Con movimientos gráciles, sus seudomúsculos de miómero desplazaban el cuerpo blindado apenas lo justo para esquivar el fuego enemigo mientras efectuaba sus propios disparos. El *Dragón* sembraba la muerte. Varias de las máquinas livianas de los Dragones se derrumbaron o se retiraron del

combate.

Una vez agotados los misiles de largo alcance, el *Dragón* se concentró en la lucha cercana y advirtió que sus probabilidades de éxito no habían aumentado. El *Jenner* estaba derrumbado en el suelo, con la carlinga extrañamente intacta. Del *Panther* sólo se veían piezas dispersas. El rojo *Ostroc* de Michi aún seguía erguido, enzarzado en un combate mano a mano con el *Griffin*.

Una descarga de los láseres montados en el pecho del *Ostroc* hicieron tambalear al *Griffin* hacia atrás, con un brazo levantado como si quisiera proteger de más daños a su estructura interna expuesta. Sus pies resbalaron y el 'Mech se desplomó al suelo.

La caída del 'Mech dio a su compañero la oportunidad que había estado esperando. El tableteo del cañón automático del *Shadow Hawk* ahogó el estruendo de la descarga de misiles.

El piloto tenía buena puntería. El *Ostroc* se estremeció cuando la superficie de su blindaje se pulverizó, y se sacudió violentamente bajo el impacto de los disparos.

El láser del *Dragón* alcanzó al *Shadow Hawk*, interrumpiendo su concentración. El *Dragón* dejó de disparar y se movió para cubrirse.

Pero la ayuda había llegado muy tarde para el 'Mech de Michi. Echando chispas y humo, comenzó a ladearse.

Una cámara brillante salió despedida a través de la nube de humo. Michi había esperado demasiado para poner en funcionamiento el sistema de eyección, y la silla salió lanzada en un ángulo peligrosamente bajo. El paracaídas se desplegó, pero apenas consiguió reducir la velocidad de la silla antes de que ésta se precipitara al suelo.

El mercenario lanzaba cohetes hacia el *Dragón*, pero el inmenso 'Mech se movía con una velocidad y una gracia sorprendentes. Los misiles explotaban a su espalda sin causarle daño, mientras Minobu se aproximaba al lugar donde había caído Michi.

Un disparo de láser alcanzó al *Dragón* en la parte posterior de la pierna izquierda. Una luz roja de avería se encendió en la carlinga, y los actuadores enfriaron y trabaron la pierna en una posición ligeramente curvada. Tambaleante, el *Dragón* siguió avanzando más despacio. Los láseres del mercenario continuaban alcanzando su blindaje.

El interior de la carlinga del *Dragón* estaba inundado de la sanguinolenta luz de los indicadores de averías, y los sensores destellaban avisando que una masa se aproximaba. Minobu giró sobre sí mismo y se hizo bruscamente a un lado. Cuando el *Shadow Hawk* que se había lanzado sobre él trastabilló, descargó sus poderosos puños sobre el 'Mech del *Dragón* y destrozó la caja que éste llevaba a la espalda. Sólo la dureza del cañón automático Armstrong, que también se hundió bajo el impacto, impidió que se abriera la carlinga del *Shadow Hawk*. El 'Mech del *Dragón* se derrumbó y, tras una sacudida, quedó inmóvil en el suelo.

El *Dragón* reemprendió su camino.

Vio que algo se movía entre los restos del asiento eyectable, y en el mismo momento advirtió un movimiento en su pantalla. Su preocupación por Michi demoró su reacción.

Un 'Mech chocó contra su costado izquierdo, pero el atacante era demasiado liviano para hacer caer las sesenta toneladas de peso de su *Dragón*, aun habiéndolo golpeado de lleno. Aunque la reacción de Minobu fue lenta, logró esquivar lo bastante el golpe como para reducir el efecto de la embestida del *Dragón*. La liviana máquina se pegó a un costado del *Dragón* y lo golpeó con los puños en un intento de destruir la carlinga.

El brazo del cañón automático del *Dragón* giró y clavó su punta en el costado del 'Mech enemigo, y la cápsula del último proyectil de Minobu se vació en la máquina enemiga. El estruendo de la explosión lo ensordeció y unos trozos de metralla desprendidos por la explosión le desgarraron el costado, pero el daño era mínimo comparado con los estragos causados en el 'Mech del *Dragón* por la explosión. La máquina yacía de espaldas sobre la nieve, como un insecto aplastado.

La desesperada maniobra había estropeado el cañón automático Imperator-A del *Dragón*, aunque poco importaba pues ya no tenía más municiones.

Los Dragones desistieron de su ataque cuerpo a cuerpo y descargaron sobre el *Dragón* sus rayos de energía y sus misiles de corto alcance. Sin más arma que un láser de cinco centímetros, el averiado *Dragón* avanzó trastabillando hacia los que lo atormentaban. El combate cuerpo a cuerpo era ahora el mejor modo de continuar la lucha.

El disparo de unos CPP anunció el regreso a la batalla del *Griffin*. La descarga electrostática ionizó el aire alrededor de la pierna averiada del *Dragón* y el azulado rayo penetró por su destrozado blindaje. Los desgarrados seudomúsculos de miómero se desprendieron de la estructura, incapaces ya de sostener el peso del 'Mech, y la pata se dobló. El *Dragón* se apoyó por un instante en la pata ilesa, se inclinó hacia la izquierda y se desplomó al suelo.

Minobu quedó aturdido, colgando de las correas que lo sujetaban. Bruscamente sacado de su *mushin*, volvía a ser un hombre que pilotaba una máquina.

Los sensores de advertencia silbaron para avisar que se aproximaban los 'Mechs de los Dragones. Concentró su *ki* para anular el dolor que lo atravesaba y alzó el brazo izquierdo del *Dragón*. Una llamarada de color rubí alcanzó a uno de los Dragones que se acercaban.

Los Dragones respondieron con un feroz bombardeo de láseres.

Se encendieron más luces rojas de avería, como una clara indicación de la debilidad creciente del *Dragón*, y una señal en el tablero mostró el defectuoso funcionamiento del láser. Una a una, las luces se fueron apagando a medida que la



vida del *Dragón* también se apagaba. Por fin, incluso los sensores dejaron de funcionar, dejando a Minobu aislado en la oscuridad de la humeante carlinga, sin más iluminación que el intermitente parpadeo de los disparos.

El *Dragón* se estremeció bajo un impacto, y Minobu fue lanzado violentamente hacia adelante. Su cabeza chocó contra la pared de la carlinga y, a pesar de la protección del neurocasco, la visión se le tornó borrosa. Sintió el agrio gusto de la sangre en los labios, y advirtió que ésta chorreaba desde el puente de la nariz. El aire estaba cargado de ozono, pero le pareció percibir el perfume de flores de cerezo. Antes de que pudiera descifrar este misterio, la oscuridad lo engulló.



## **Base de los Dragones, Farsund, Miseria Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**

**26 de mayo de 3028**

—¿*Seppuku*? —repitió Wolf con tono de incredulidad.

Minobu alzó unos ojos llenos de fatiga hacia el hombre que estaba de pie junto a su cama.

—No tengo otra elección. Le he fallado a mi señor.

—¿Fallado? Has dejado inutilizadas a todas nuestras fuerzas. Transcurrirán meses antes de que los Dragones podamos participar en una operación importante. Sin hablar del incontable número de nuestros mejores pilotos, hombres y mujeres que estaban conmigo desde que vinimos a la Esfera Interior, que yacen sepultados en la nieve. Si a eso lo llamas fallar...

Minobu volvió la vista al techo. Por el rabillo del ojo alcanzaba a distinguir a Michi Noketsuna, sentado a los pies de su cama y claramente incómodo. Era evidente que la incomodidad de Michi no provenía de su cabeza vendada ni del brazo en cabestrillo que le cruzaba el pecho, ni de la piel enrojecida que le había dejado su exposición al riguroso clima de Miseria, después de que su 'Mech había quedado destruido. Como Minobu, estaba incómodo por las palabras de Wolf. El éxito parcial no era un consuelo para un samurái. El guerrero que no cumplía con la tarea que le había sido asignada, faltaba a su deber. Y nada podía cambiar este hecho.

—No pienso marcharme por más que no me contestes —dijo Wolf al ver que Minobu no respondía—. Tu señor no puede hacerte responsable por haber fracasado.

—¿Eso crees?

—No fue tu culpa —insistió Wolf—. Actuaste de acuerdo con las reglas y resultaste vencido. No hay ningún deshonor en ello.

Minobu continuaba con los ojos clavados en el techo. ¿Qué podía decir? A los ojos de Wolf, bastaba con el intento, y un éxito parcial era aceptable. No podía

comprender que un samurái sólo podía tener éxito o fracasar. No había grados intermedios.

Frustrado por la falta de respuesta, Wolf lanzó un suspiro y se acarició la mandíbula sin afeitarse.

—Escúchame —dijo—, no tuviste ninguna oportunidad. Tú actuaste de acuerdo con las reglas, pero nosotros no lo hicimos. Te dejaste engañar por nuestra táctica de los duelos y caíste en la trampa cuando le jugamos sucio al *Panther*. Ni siquiera esta trampa bastó para detenerte.

»Cuando secundaste nuestra iniciativa de no emplear las fuerzas espaciales, nos hiciste el juego, pues no queríamos ninguna interferencia a nuestros satélites de reconocimiento que estaban en órbita. Era nuestra ventaja secreta. Mientras avanzabais a tientas como un ciego, nosotros sabíamos a cada minuto dónde estaban vuestras tropas. Y *aún así* estuviste a punto de vencernos.

Minobu escuchó en silencio la confesión de Wolf, trastornado por la incuestionable exposición de sus dificultades y de su casi conseguido triunfo. Wolf había luchado según sus propias reglas y conservaba su honor. Su confesión de que no había combatido de acuerdo con las reglas de Minobu, no cambiaba nada. El hecho era que Minobu no había tenido éxito en la tarea asignada por su señor. Y, si hubiera tenido éxito, habría ocasionado la ruina de su amigo y de todos sus protegidos, los Dragones, quienes, casi con seguridad, habían sido acusados injustamente. Minobu no habría podido soportar tal éxito.

Y, para empeorar aún más las cosas, muchos valientes MechWarriors de ambos bandos habían muerto inútilmente, pues ninguno de los oponentes había logrado su objetivo. Los kuritanos no habían conseguido destruir a los Dragones de Wolf, quienes continuaban siendo una unidad en funcionamiento.

Los mercenarios habían derramado mucha sangre kuritana y habían diseminado sus tropas, pero habían sido incapaces de destruir por completo las fuerzas draconianas. Era cierto que habían destrozado al Veintiuno de Galedon y que era probable que no fuera posible reconstruir el Diecisiete de Regulares de Galedon, pero la Octava de Espada de Luz había sobrevivido y casi la mitad de los MechWarriors de la Ryuken estaban en condiciones de volver a luchar. Todos los supervivientes eran ahora experimentados veteranos, forjados por el mismo acero de aquellos que habían luchado para destruirlos.

También las bajas de los Dragones habían sido cuantiosas. Aunque las pérdidas variaban de acuerdo con la intensidad del combate en que se habían visto envueltos los diferentes regimientos y unidades independientes, en algunos de ellos las bajas alcanzaban a un sesenta por ciento. A pesar de sus pérdidas, los mercenarios consiguieron mantener la cohesión y resistir en el campo de batalla. El material perdido podía reponerse, pero no los experimentados veteranos. Los Dragones de

Wolf no podrían seguir manteniendo su política de reclutamiento exclusivo si deseaban contar con sus fuerzas completas. No obstante, habían ganado su batalla por la supervivencia. Varias Naves de Salto habían abandonado ya el sistema con una dotación de Dragones que pronto se reunirían con sus familias.

Cuando Wolf guardó silencio, Minobu se incorporó para sentarse, sin hacer caso de las protestas de sus músculos. El súbito movimiento le nubló la visión y le hizo dar vueltas la cabeza, pero su voz fue firme cuando habló.

—¿Por qué me dices todo esto?

—Estoy intentando hacerte ver que tu señor tiene que estar orgulloso de ti. Hiciste más de lo que podría haberse esperado de cualquier hombre.

—Sin embargo, fracasé.

—¡Por la Unidad! —replicó enojado Wolf—. ¡Qué obstinado eres!

—Tenaz es una palabra más apropiada —lo corrigió Minobu con suavidad—. He vivido toda mi vida tratando de ser un hombre virtuoso. El Dragón admira la tenacidad, y también el código del samurái lo aprueba. Por lo tanto, he intentado cultivarlo. Soy leal al código.

En el rostro de Wolf apareció una mirada astuta.

—El código valora la lealtad por encima de todo, ¿no es así?

—Sabes bien que es así.

—¿No sabes que tu señor te traicionó antes de que tú tuvieras oportunidad de fallarle?

Minobu no se dejó distraer por el jadeo de sorpresa de Michi, y clavó la mirada en los grises ojos de Wolf. Recurrió a su *ki* para averiguar qué había de verdad en las palabras del mercenario, y sintió el brillo de la convicción que emanaba desde lo más profundo del ser de Wolf.

—No fueron los Dragones los que demoraron a Torisobo y sus Espadas —continuó Wolf, e hizo una pausa para que Minobu asimilara sus palabras—. Cumplían la orden de Samsonov de mantenerse apartados para que la Ryuken fuera arrasada. Después de que nos hubiéramos destrozado mutuamente, sería fácil creer que ellos habían intervenido y puesto fin a la situación. Y todos los supervivientes comprometedores de ambos bandos se encontrarían frente a la boca de un CPP.

Wolf sacudió la cabeza con tristeza.

—Parece una locura, pero es verdad —agregó—. El viejo bastardo se ha vuelto loco.

Minobu sabía que Samsonov había estado haciendo cosas absurdas, pero nunca se habría imaginado que el Señor de la Guerra fuera un demente.

—Invadimos el cuartel general de la Espada de Luz antes de que salieran huyeron del planeta con el rabo entre las patas —prosiguió Wolf—. Entre los documentos capturados estaban las órdenes de Samsonov. Puedo mostrártelas si lo deseas.

Minobu hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Por supuesto, Samsonov nunca estuvo esperando en el espacio para tendernos una emboscada. Estaba en el espacio, sí, pero no en este sistema. Él y sus tropas tenían otro objetivo: perseguir a nuestras familias. El poderoso y valiente Señor de la Guerra deseaba matar a nuestros civiles. No es precisamente la conducta de un hombre honorable, ¿no crees? Tal como Akuma antes que él, creyó que atacando a nuestras familias nos distraería y nos disuadiría de nuestro propósito. No sólo es un loco sino también un cobarde traidor.

»Samsonov está lleno de deshonor —concluyó Wolf—. Tu señor te traicionó, te falló. Fue él quien rompió los lazos de la lealtad.

El rostro de Wolf expresaba una clara súplica. Estaba luchando con desesperación para cambiar la decisión de Minobu y apartarlo del camino que había elegido.

Pero Minobu no veía cómo podía complacer a Wolf y al mismo tiempo mantener su propio honor. Nada que hubiera hecho otro hombre podía disminuir su responsabilidad.

Minobu se puso de pie con vacilación y Michi se apresuró a sostenerlo. Apenas sintió que recuperaba el equilibrio, se desembarazó de la mano de Michi y se irguió cuan alto era.

—Samsonov no es el señor a quien he traicionado —declaró. La decepción de Wolf fue evidente, pero también lo era su determinación.

—Te traicionó siguiendo órdenes de Takashi Kurita —dijo el mercenario.

Wolf había hecho una acusación muy seria. Si el señor de todos los samuráis kuritanos había ordenado seguir una conducta deshonorable, si él mismo había roto los lazos de la lealtad, la situación podía cambiar. En ciertas circunstancias, un señor que ordenaba a su samurái que siguiera una conducta impropia, justificaba una rebelión contra él. Minobu inspiró hondo y sintió una punzada de dolor en las costillas.

—¿Tienes pruebas de lo que afirmas?

—No las necesito. —La respuesta de Wolf fue rápida y plena de certeza.

—Yo sí.

La tenue esperanza que Wolf había suscitado se desvaneció. Ni siquiera la profunda convicción de un amigo lleno de honor bastaba para basar en ella una rebelión. Minobu caminó hasta la pared y se apoyó en ella, mucho más fatigado de lo que su breve esfuerzo físico podía haber ocasionado.

Wolf inclinó la cabeza y se frotó los ojos, exhausto.

—Escucha, no tienes por qué hacer eso. Renuncia a tu lealtad a Casa Kurita y únete a nosotros. Te ubicaré entre los Dragones.

La oferta no sorprendió a Minobu; más bien le confirmó algo que ya sabía: la bondad que había en el corazón de su amigo. Pero, por mucho que le agradara

aceptarlo, no podía hacerlo.

—Comprendo y aprecio tu oferta, pero debes entender a tu vez por qué no puedo aceptarla.

»Desde el día en que te salvé la vida en Quentin, soy responsable de ti. Debo responder de todos tus actos. Sea cual sea el karma que merezcas, éste forma parte de mi deuda de karma.

»Por tanto, soy responsable de todas las fuerzas kuritanas que tus Dragones han destruido.

Wolf abrió la boca para hacer una objeción, pero Minobu lo interrumpió con un gesto.

—Los Dragones eran la principal fuerza del Condominio en el Distrito de Galedon —continuó—, y ahora os retiraréis. Eso debilitará la defensa de nuestras fronteras. Nuestras batallas aquí, en Miseria, han diezmando a las tropas regulares que defendían la frontera de Galedon, con lo que éstas han quedado prácticamente sin vigilancia y abiertas a nuestros enemigos. Soy responsable por este terrible golpe a la Casa Kurita.

»Puesto que fallé en mi juicio y en mi habilidad, no me queda más elección que el *seppuku*. No hay otro camino para restaurar mi honor. En todo el tiempo transcurrido desde que te conozco, amigo Wolf, siempre has comprendido las exigencias del honor.

Minobu escrutó el rostro de Wolf, pero no halló en éste comprensión sino una terrible desesperación. No había nada más que decir. Se aproximaba el ocaso, y Minobu no quería dejar pasar otro día más.

Apartándose de la pared, caminó hacia la puerta, haciendo caso omiso del dolor de la pierna. Los guardias se adelantaron para cerrarle el paso, pero Wolf los detuvo con un gesto. Minobu atravesó el corredor sin que nadie lo molestara.

Al final del vestíbulo había una pequeña habitación que los soldados del cuartel solían utilizar cuando no estaban en servicio. La pieza estaba vacía. Minobu se acercó cojeando a las ventanas de plastividrio y observó las pistas de aterrizaje, donde los 'Mechs de los Dragones estaban subiendo a bordo de las Naves de Descenso. Minobu adoptó la posición del loto y contempló el paisaje. El brillo de la luz que se refractaba en los cristales de hielo de la atmósfera le producía un efecto tranquilizador. Como un reflejo de la pasajera belleza de la naturaleza, se sumió en un luminoso estado de meditación.

En la otra habitación, Wolf volvió su atención hacia Michi.

—¿Y usted qué hará? ¿También va a abrirse el vientre?

—No.

Wolf pareció sorprendido por la respuesta. Michi no tenía intenciones de explicar nada al mercenario, pero el apremiante escrutinio a que lo sometió éste lo incitó a

hablar.

—Esta vez no seguiré a mi señor Tetsuhara porque tengo una tarea que cumplir. Debo vengar a mi señor castigando a quienes le tendieron esta trampa de un callejón sin salida.

Wolf asintió y reflexionó unos instantes antes de hablar.

—Si lo dejamos aquí, sus jefes kuritanos le darán muerte, y no podrá conseguir lo que busca. En honor a su señor, extiendo mi oferta hacia usted.

Michi hizo una reverencia. Tal como Minobu antes que él, se sintió tentado a aceptar la oferta. Pero, al igual que Minobu también, estaba ligado al camino que le exigía su honor.

—No es correcto que me una a ustedes en tanto no cumpla con esta obligación.

—¿Quién ha dicho que le impediremos cumplirla? No permitiremos que esto acabe así. Seguiremos luchando contra Kurita. Samsonov atrapó a algunos de los nuestros antes de que pudiéramos advertirles que había cambiado el lugar del encuentro estelar. Ansiamos nuestra propia venganza.

—No sé si me complace oírle decir eso —repuso Michi. Aún seguía siendo kuritano. Su disputa no era contra el pueblo del Condominio ni con los MechWarriors que los defendían, y ellos serían los que soportarían el ataque de los Dragones—. Aunque combatan ustedes contra mi enemigo, mi lugar no está a su lado.

Dando por terminada la conversación, Michi salió al corredor y se detuvo para contemplar a la figura sentada en la pequeña habitación del fondo. Un instante después, Wolf se reunió con él.

—¿Qué podemos hacer entonces por usted? No puede permanecer aquí.

Michi reflexionó por unos minutos, evaluando sus escasas opciones. Eligiera el camino que eligiese, se convertiría en un proscrito. Sin embargo, Wolf tenía razón en un punto: cualquier intento de permanecer en el Condominio equivaldría a un suicidio.

—Permítame viajar con ustedes hasta algún lugar en que pueda dar comienzo a mi investigación.

—¿Es eso todo lo que desea? —inquirió Wolf con incredulidad.

—No puedo pedir más.

—O más bien, no desea pedir más.

Michi contestó con un encogimiento de hombros.

—Es usted un samurái loco, Noketsuna, pero tiene agallas.

**Base de los Dragones, Farsund, Miseria**  
**Distrito Militar de Galedon, Condominio Draconis**

**27 de mayo de 3028**

En el preciso momento en que Michi abandonaba la habitación de Minobu, llegó Wolf con su uniforme completo. El esplendor de éste ofrecía un vivo contraste con el rostro ojeroso del mercenario. También Michi estaba exhausto, pero su propio uniforme, aunque limpio y recién planchado, contribuía bien poco a disimularlo. Habían retirado sus insignias de la Casa Kurita, y llevaba un brazalete rojo con la cabeza de un lobo negro para indicar que había sido puesto en libertad. Si bien aún llevaba el brazo derecho en cabestrillo, portaba una pistola de láser en la cadera del mismo lado.

—*Ohayo*, coronel —dijo inclinándose ante éste.

—Buenos días, Michi.

—Debo agradecerle que me haya dejado en libertad, coronel. Es usted muy generoso con un antiguo enemigo.

—«Antiguo» es la palabra clave, Michi. —Wolf hizo un gesto con la cabeza señalando la puerta—. ¿Está allí?

—Sí, coronel. Lo está aguardando.

Michi se hizo a un lado y realizó una nueva reverencia. Wolf abrió la puerta y entró en la habitación. Michi cerró la puerta tras él.

Minobu estaba sobre la cama, sentado en la posición del loto. Vestía un brillante kimono de seda blanca que Michi había comprado en la ciudad cercana, que resplandecía contra su piel oscura. Tenía los ojos cerrados y el rostro calmo y relajado.

Cuando Wolf entró en la habitación, Minobu abrió los ojos.

—Querías verme —dijo Wolf.

—Gracias por venir —repuso Minobu. Con un gesto, le indicó a su amigo que



tomara asiento en la silla que había a los pies de la cama. Wolf hizo caso omiso del gesto y continuó de pie.

—¿Has cambiado de idea? —inquirió Wolf.

—No. —Alzó la mano para detener las objeciones del mercenario—. Por favor, no discutas. No hay nada que puedas decir para cambiar mi decisión.

»Los hechos que podrían haber evitado este destino llegaron y se fueron. La senda se abrió cuando Akuma comenzó su campaña para ligar a los Dragones al Condominio. La última oportunidad se perdió en tu viaje a Luthien. Cuando Samsonov recibió el *haiku* de lord Kurita, el camino al desastre se volvió inevitable.

»Es curioso que muchos eslabones de la cadena de sucesos tuvieran lugar en otoño. No en vano es la estación de los cambios, ¿no es así? —Minobu hizo una pausa, aunque no esperaba respuesta, y luego continuó con expresión pensativa—: Siempre amé la estación de los cambios.

Minobu advirtió que Wolf quería decirle algo, y se anticipó a sus palabras.

—Tengo que pedirte un favor —dijo.

—Pídeme lo que quieras.

—¿Aceptas antes de saber en qué consiste? —Minobu le dedicó a Wolf una burlona mirada de sorpresa—. Este no es el suspicaz Jaime Wolf que conozco desde hace años.

—No me pedirías nada que yo no pudiera hacer —replicó Wolf con plena confianza.

Minobu miró a los grises ojos del amigo que estaba de pie a su lado. Sus sentimientos estaban de acuerdo con lo que su corazón y sus ojos le decían.

—De verdad crees eso —dijo.

—Así es.

—Muy bien.

Cuando Minobu descruzó las piernas para ponerse de pie, Wolf retrocedió para hacerle sitio en la pequeña habitación. Minobu se acomodó el kimono e hizo una profunda reverencia.

—Hay un papel en la ceremonia que me gustaría desempeñase un amigo de confianza. —Minobu hizo una pequeña pausa antes de continuar—. Te pido que sirvas de *kaishaku-nin* en la ceremonia.

—De acuerdo.

Ante la rápida respuesta de Wolf, Minobu no pudo dejar de preguntarse si habría entendido lo que le estaba pidiendo, pero no deseaba discutirlo.

—Gracias —se limitó a decir, y volvió a hacer una reverencia—. Es la hora. Michi ya debe de tener todo dispuesto. Vamos.

Minobu le abrió la puerta a Wolf. Fuera esperaban Dechan Fraser y Hamilton Atwyl, también vestidos con sus resplandecientes uniformes de Dragones. Cuando

Wolf y Minobu emprendieron la marcha por el pasillo, los dos Dragones los escoltaron detrás. Minobu había trabajado con ellos cuando cumplía sus funciones de Oficial de Enlace, y sintió una leve curiosidad por saber cómo habían llegado a ser sus guardias de honor. Se dijo que sería un pequeño misterio que se llevaría consigo a la oscuridad.

El pequeño grupo recorrió el pasillo hasta llegar a la habitación del fondo, en cuya puerta esperaba Michi. Minobu advirtió que el cuarto había sido arreglado tan bien como cabía esperar. Era en verdad admirable que Michi hubiera podido adquirir todos los artículos necesarios para un ritual apropiado. Miseria era un árido mundo fronterizo, poco comprometido con los cánones de la corte.

El suelo de la habitación estaba cubierto de esteras *futon* de paja, y en el centro había un gran cojín blanco. A la izquierda de éste había una bandeja con papel de arroz, un pincel y un tintero. Al otro lado del cojín, Minobu distinguió un cubo de madera con un pequeño cazo apoyado sobre su boca. Junto a éste se erguía una espada laqueada. Su *katana* descansaba sobre los ganchos superiores, y en los inferiores estaba la vaina de la *wakizashi* vacía. Arrodillados en la entrada, había varios Dragones que conversaban en voz baja entre ellos, constituyendo una especie de barrera entre la puerta y el área cubierta por los *futones*.

Minobu reconoció todas las caras y se sintió impresionado al ver que todos los comandantes estaban presentes. También había otros oficiales importantes, entre los cuales figuraba Natasha Kerensky. Se sintió profundamente honrado por la presencia de tan notables guerreros.

Minobu se detuvo a cinco metros de la puerta y dejó que Wolf siguiera adelante. El mercenario llegó junto a Michi y le preguntó al oído:

—Me ha pedido que le sirva de *kaishaku-nin*. ¿Dónde debo ubicarme?

—Junto al cubo de agua. Deberá colocarse ligeramente detrás de él, a su izquierda. Arrodílese allí hasta que llegue el momento.

Michi advirtió que Wolf no mostraba la tensión que él hubiera esperado, y sospechó que no debía conocer la naturaleza del *kaishaku-nin*.

—¿Conoce usted la función de la espada?

—¿Qué debe hacerse con ella?

—El *kaishaku-nin* corta la cabeza del oficiante antes de que el dolor sea tan grande que éste se avergüence.

Wolf lo miró con los ojos desorbitados.

—¿No lo sabía usted?

—¡No!

—Comprendo —dijo Michi, bajando la cabeza—. Entonces lo haré yo.

—No —repuso Wolf, cogiéndolo del brazo—. Me lo pidió a mí, así que yo lo haré. ¿Ésa es la espada que se supone que debo usar? —preguntó con visible

esfuerzo.

Michi lo miró a los ojos, tratando de evaluar su estado emocional.

—Si no golpea usted de un modo apropiado, acarreará la vergüenza sobre usted y sobre su memoria.

—¿Qué otra opción tengo? Lo haré lo mejor posible —replicó Wolf.

—En circunstancias excepcionales, se permite que el *kaishaku-nin* emplee otras armas.

—¿Como cuál?

—Una pistola.

—Al menos es un arma que sé cómo usar.

Wolf se encaminó hacia la puerta, pero Michi se interpuso en su camino.

—Por favor, coronel —dijo mientras tanteaba torpemente la funda de su pistola con la mano izquierda—, use la mía. Permítame compartir el honor.

Wolf cogió la pistola y se dirigió al lugar asignado. Los Dragones allí reunidos guardaron silencio cuando su coronel entró en la habitación.

Minobu esperó a que Wolf se ubicara en su sitio. Luego atravesó el umbral e hizo una reverencia a los presentes. Con gran calma, sin mirar hacia los costados, caminó hasta el cojín y se arrodilló de cara a la puerta.

Se mantuvo inmóvil por unos instantes mientras ordenaba sus pensamientos. Una vez alcanzado un estado de paz, alargó el brazo hacia la derecha, cogió la bandeja y la puso delante de él. Cuidadosamente, mezcló la tinta e introdujo en ella el pincel. Su mano estuvo suspendida por unos segundos sobre el papel, y luego empezó a moverse creando caracteres *kanji* con trazos cortos y precisos. Con voz clara, leyó lo que había escrito:

*La guerra desnuda el acero de la espada.*

*Las hojas de otoño reflejan el color  
de la sangre de un samurái.*

Apoyó el pincel sobre el pote de tinta y devolvió la bandeja a su sitio. Volviendo a su posición de rodillas, esperó a que Michi se aproximara.

Éste llevaba una bandeja blanca laqueada, cuidadosamente equilibrada en su mano sana, sobre la cual había un vaso de cerámica y una pequeña botella de sake.

Arrodillándose, Michi colocó la bandeja delante de Minobu, y ambos se saludaron con una reverencia.

Minobu cogió la botella con la mano izquierda y, tras llenar el vaso, volvió a colocarla en su sitio. Alzó el vaso hasta los labios y bebió dos sorbos. Después de una pausa, tomó otros dos sorbos y devolvió el vaso a la bandeja.

Con una nueva inclinación, Michi retiró la bandeja y la llevó al otro extremo de la habitación.

Minobu continuó de rodillas, inmóvil, mientras una gran calma se extendía por su

interior. Transcurrió un minuto, y luego otro y otro más. Al fin, habló.

—Yo, y sólo yo, soy responsable de las desafortunadas pérdidas de aquellos que estaban bajo mi cuidado. Por este fracaso, debo abrirme el vientre. Ruego a todos los presentes que me hagan el honor de ser testigos de mi acción.

Minobu hizo una reverencia en dirección a los Dragones reunidos, y observó que sus rostros expresaban sentimientos que iban del disgusto a una grave preocupación o a una vengativa satisfacción. Desde el aislamiento que le procuraba su desapego, Minobu advirtió que sólo Kerensky mostraba el mismo desapasionamiento que él.

Enderezándose, Minobu se despojó de las prendas que le cubrían el torso y sujetó las mangas del kimono bajo las rodillas. Desnudo hasta la cintura, aguardó, con las manos ligeramente apoyadas sobre los muslos y el rostro inexpresivo.

Nuevamente se aproximó Michi con otra bandeja blanca laqueada. Esta vez, sobre su brillante superficie reposaba la *wakizashi* de Minobu. La espada estaba envuelta en papel de arroz, sujeto en tres puntos por una cuerda roja. Sólo tres centímetros del resplandeciente acero de la hoja eran visibles en un extremo. En el otro, el puño de madera laqueada estaba descubierto, mostrando el *mon* de la familia Tetsuhara.

Arrodillándose lentamente, depositó la bandeja frente a Minobu. La espada apuntaba hacia la izquierda, con su filo hacia Minobu. Michi hizo una reverencia, se puso de pie y, rodeando a su *sensei* por la derecha, se detuvo algo más atrás de Wolf y se arrodilló a su lado.

—*Jumonji* —dijo Minobu en voz apenas audible, que sólo percibieron los dos hombres arrodillados junto a él.

Michi se inclinó hacia Wolf y le habló al oído.

—Le pide a usted que espere hasta que él haya hecho el segundo corte en cruz.

Wolf hizo una profunda inspiración y asintió con un ligero movimiento de cabeza para indicar que había comprendido.

Minobu extendió la mano y cogió con firmeza la espada que descansaba frente a él. Bajó la mirada hacia ella. En su brillante superficie vio reflejado todo lo que había hecho valiosa a su vida. Su brillo era el resplandor de su honor.

Apuntó el extremo de la espada hacia su abdomen y concentró su *ki*.

Hundió la espada profundamente en su carne, algo más abajo y a la izquierda de su ombligo, y la desplazó lentamente hacia la derecha. Girando la espada en la herida, cortó hacia arriba, hasta el corazón.

No sintió dolor. Su *ki* lo liberó de él. Atrás, a su izquierda, hubo un leve chasquido.

*Olvido.*

El agrio olor a bilis y a cabellos chamuscados inundó el aire. Con la visión empañada por las lágrimas, Wolf se arrodilló para quitar la corta espada de las flácidas manos

de Minobu. Introdujo la ensangrentada hoja en su vaina y recogió también la espada larga de Minobu.

—¿Qué está haciendo, coronel? —preguntó Michi, alarmado por la falta de respeto mostrada hacia la espada—: Las espadas deben ser entregadas a su familia.

—No se preocupe, Michi. Las tendrán. Sólo quiero ocuparme de que lo haga un mensajero adecuado.

# EPÍLOGO

## **Sede del Primer Circuito de ComStar Isla de Hilton Head, América del Norte, Tierra 17 de agosto de 3028**

—¡Sea bienvenido, coronel Wolf! —dijo Julián Tiepolo casi gritando[2].

Todas las cabezas se volvieron para observar al mercenario, que vestía una chaqueta negra. Wolf clavó en el Primus de ComStar una mirada desdeñosa y se giró para examinar a las personas que ocupaban la estancia, más abajo de él. Su mirada recorrió a la multitud reunida para el casamiento del príncipe Hanse Davion, de la Federación de Soles, con Melissa Steiner, heredera de la Arcontesa de la Mancomunidad de Lira. Wolf era un depredador buscando su presa entre el rebaño.

La mención del nombre del mercenario se abrió camino entre el bullicio que rodeaba a Takashi Kurita y capturó su atención. Se volvió para mirar al hombre bajo que, desde lo alto de la escalinata, contemplaba a los reunidos. A pesar de su corta estatura, la presencia del mercenario parecía dominar a la multitud.

Era evidente que Wolf estaba inquieto. Llevaba un largo bulto envuelto en una tela negra con dibujos plateados, y, al moverse, la insignia con la cabeza de lobo relució con un brillo metálico semejante al de su dura mirada. La gente se apartaba ante esta fría mirada.

Los ojos de Wolf se encontraron con los de Takashi, y el Coordinador supo al instante a quién estaba buscando el mercenario.

Cuando Wolf comenzó a bajar la escalinata, la gente se apartó para dejarlo pasar. Incluso los altos dignatarios y oficiales que rodeaban a Takashi se hicieron a un lado para no interferir en el camino del mercenario. Todos excepto Yorinaga Kurita.

Takashi leyó la tensión en el rostro de los dos MechWarriors cuando éstos se miraron cara a cara. Wolf hizo una inclinación de cabeza casi imperceptible y Yorinaga se relajó. Satisfecho al ver que Wolf no representaba un peligro físico para su primo, Yorinaga Kurita devolvió el saludo sin abandonar, no obstante, su sitio.

Takashi apoyó una mano en el hombro de Yorinaga y, con un apretón, le indicó que no se oponía a la presencia del mercenario. Yorinaga hizo una reverencia y, tras retroceder unos pasos, se mantuvo en una posición de vigilancia.

Wolf desplegó la tela que envolvía el bulto. Cuando las dos espadas aparecieron a la vista, Yorinaga dio un paso hacia adelante. ComStar había prohibido las armas en el curso de los festejos, pero Wolf se las había ingeniado de algún modo para introducir éstas. Las espadas cayeron con estrépito al suelo, a los pies de Takashi, y Yorinaga detuvo su avance.

Takashi bajó la vista hacia las espadas. La más corta había caído sobre la más larga. Una oscura mancha rojiza teñía la laca de la empuñadura de la espada y cubría uno de los símbolos *mon*, pero la blancura de los restantes destacaba contra el fondo negro y permitía distinguirlos con claridad. Reconoció al instante el blasón de la familia Tetsuhara.

Cuando Takashi alzó los ojos hacia Wolf, éste se dirigió a él de un modo brusco y descortés, en un japonés rápido y fluido.

—¡Esto es todo lo que ha quedado de un buen hombre! Cuando las devolváis a su familia, no deberéis mentir. Podéis decirles que mantuvo su honor hasta el final. Espero que estéis satisfecho con lo que dispusisteis. Fuisteis un tonto al forzarlo a hacer esto.

La cara de Takashi semejaba de piedra. Con un gran esfuerzo de voluntad, el Coordinador reprimió su ira y se dispuso a replicar, pero Wolf se le adelantó.

—Creísteis que podía hacer las cosas mejor que Antón Marik, ¿no es así? Sin embargo, tenéis las respuestas que él omitió. ¡Estabais equivocado!

»Sin duda derramasteis más sangre. Incluso nos costó mucho más caro en bienes perdidos, pero todo esto significa poco al lado de las vidas que tomasteis. Nosotros los Dragones estimamos mucho a nuestras familias. Nadie que los dañe queda impune. ¡Nadie!

»Y todo fue en vano porque fracasasteis. Los Dragones nos hemos librado del Condominio y estamos listos para luchar. Hemos sobrevivido a vuestros ineficaces planes y a vuestro sobrestimado poderío militar. Hemos vencido a vuestro Señor de la Guerra y lo hemos dejado lamiéndose las heridas. Necesitaréis un asesino más diestro para que os haga el trabajo sucio.

Consumida su rabia apremiante, Wolf hizo una pausa. El galón dorado que le cruzaba un costado del pecho temblaba con la tensión de su cuerpo.

—Interpreta usted mal los hechos —comenzó a decir Takashi con voz calma y reposada, como quien tratara de tranquilizar a una bestia peligrosa—, coronel Wolf. Esto —agregó señalando las espadas que yacían a sus pies— nunca fue mi deseo. Yo apreciaba a Minobu Tetsuhara.

»Samsonov no actuó con mi consentimiento. Le advertí que otros actuarían por su

cuenta...

—Guardad vuestras mentiras para los crédulos —replicó Wolf con brusquedad—. Habéis pagado un precio elevado y ni siquiera sabéis lo que habéis adquirido. Si yo creyera que sois un hombre honorable, me lo cobraría personalmente.

»¡Desde hoy los Dragones estamos en guerra con vos y vuestra casa, Takashi Kurita! Si creéis que podéis vencernos, intentadlo. Os haremos trizas. ¡Vigilad vuestras fronteras!

Wolf calló, casi sin aliento.

Takashi comprendió que el mercenario ya no tenía nada que decir, pero que su ira estaba lejos de haberse agotado. Nada que él pudiera decir lograría cambiar el corazón del hombre. El Coordinador inclinó levemente la cabeza para dar a entender que había comprendido.

Wolf hinchó las ventanas de la nariz y apretó las mandíbulas. Dándole la espalda al Coordinador, atravesó el salón. Sus botas negras golpearon con fuerza la pulida superficie de mármol.

Con un perentorio gesto de la mano, Takashi llamó a uno de sus oficiales. Sólo los ojos parecían tener vida en la máscara de su cara.

—Quiero saber —dijo sin quitar los ojos de la espalda del coronel mercenario que se alejaba— cómo el coronel Wolf pudo llegar aquí antes de que se me informara sobre el resultado de la lucha en Miseria. Encuentre al responsable y hágalo fusilar.

El nervioso oficial se dispuso a marcharse, pero Takashi lo detuvo con un gesto.

—Ocúpese también de conseguir la cabeza de Samsonov. Esta vez sus torpezas han costado demasiado.

El oficial se apresuró a partir.

Takashi frunció el entrecejo al ver que Wolf se detenía a conversar con Morgan Kell. Mientras reflexionaba sobre el posible tema de la charla de los mercenarios, Yorinaga regresó a su lado.

—Wolf es un hombre obstinado y peligroso —dijo.

—Así es —coincidió Takashi—. Pero yo también lo soy —agregó con una sonrisa.

En el otro extremo de la habitación, Wolf alzó la vista y su mirada se encontró con la de Takashi. Éste leyó en los acerados ojos del mercenario odio y desafío, enmascarando un profundo dolor, y comprendió que era imposible llegar a un arreglo con él.

Él Lobo no estaría satisfecho hasta que cerrara sus mandíbulas sobre la garganta del Dragón.



# GLOSARIO

A lo largo de este libro se hace referencia a los oficiales kuritanos por los nombres de grados militares de los antiguos japoneses. Los grados equivalentes son:

**Señor de la Guerra:** Teniente general

**Tai-sho:** General de división

**Sho-sho:** General de brigada

**Tai-sa:** Coronel

**Chu-sa:** Teniente coronel

**Sho-sa:** Comandante

**Tai-i:** Capitán

**Chu-i:** Teniente

# LISTA DE ABREVIATURAS

**CGM:** Cuartel General Móvil. Un vehículo de mando cargado de ordenadores de comunicaciones y de desarrollo de planes tácticos.

**CPP:** Cañón Proyector de Partículas. Un acelerador magnético que dispara rayos de protones o iones de alta energía y el arma más eficaz de que dispone un BattleMech.

**DAM:** Detector de Anomalías Magnéticas. Es un sistema utilizado para detectar BattleMechs ocultos o camuflados.

**DAV:** Vehículos de Despegue/Aterrizaje en Vertical, incluidos los helicópteros y otros aparatos basados en la rotación de alas.

**FACD:** Fuerzas Armadas del Condominio Draconis.

**FIS:** Fuerzas Internas de Seguridad. Servicio Secreto de Kurita: una combinación de la CIA, el FBI y la KGB.

**GHP:** Generador de HiperPulsación. Dispositivo de comunicaciones interestelares controlado por ComStar.

**GPC:** Grupo de Pérdida en Combate. Medida de tiempo medio transcurrido hasta el fallo de los sistemas de combate en una unidad de BattleMechs.

**IAE:** Identificación: Amigo o Enemigo.

**IR:** Infrarrojo.

**LDV:** Línea de Visión.

**MAT:** 'Mech Aero terrestre. Un BattleMech que puede convertirse en un Caza Aeroespacial. Los MAT tienen algunas de las ventajas y desventajas de ambas modalidades de máquinas de combate.

**MCA:** Misiles de Corto Alcance. Misiles de trayectoria directa con cabezas altamente explosivas o reventadoras de blindajes.

**MLA:** Misiles de Largo Alcance, misiles de fuego indirecto con cabezas altamente explosivas.

**SESP:** Servicio de Enlace con los Soldados Profesionales. La sección del ejército de Kurita encargada de coordinar las unidades mercenarias con las fuerzas regulares.

**TEL:** Tiempo Estimado de Llegada.

# LISTA DE PERSONAJES

**Jaime Wolf:** fundador y misterioso líder de la unidad mercenaria de los Dragones de Wolf.

**Minobu Tetsuhara:** samurái al servicio de Casa Kurita. Al principio, Oficial de Enlace del Condominio Draconis con los Dragones de Wolf; luego, fundador de los regimientos Ryuken.

**Grieg Samsonov:** Señor de la Guerra del Distrito Militar de Galedon, del Condominio Draconis. Sólo debe responder ante Takashi Kurita.

**Jerry Akuma:** ayudante del Señor de la Guerra Grieg Samsonov; luego, Oficial de Enlace del Condominio Draconis con los Dragones de Wolf.

**Natasha Kerensky:** temida líder de las Viudas Negras, una de las unidades independientes de los Dragones de Wolf.

**Hanse Davion:** Príncipe de la Federación de Soles.

**Takashi Kurita:** Coordinador del Condominio Draconis.

**Subhash Indrahari:** jefe de las Fuerzas Internas de Seguridad (FIS), servicio secreto de Kurita.

**Quintus Allard:** jefe del Ministerio de Inteligencia, Información y Operaciones (MIIO), servicio secreto de Davion.

**Michael Hasek-Davion:** duque de la Marca Capelense de la Federación de Soles; cuñado y archienemigo de Hanse Davion.

**Michi Noketsuna:** ayudante de campo de Minobu Tetsuhara, Primer Oficial de Enlace con los Dragones de Wolf.

**Hamilton Atwyl:** comandante en jefe de la Escuadrilla Azul, unidad de Grupo de Operaciones Orbitales/Aeroespaciales de los Dragones de Wolf.

**Jason Carmody:** comandante en jefe del Grupo de Operaciones Orbitales/Aeroespaciales de los Dragones de Wolf.

**Dechan Fraser:** MechWarrior ascendido al mando de la Compañía de Fraser de los Dragones de Wolf, Regimiento Alfa, Batallón As.

**Kenneth Quo:** comandante en jefe de la Estación *Hefaiostos*, la estación orbital de los Dragones de Wolf.

**Antón Shadd:** comandante en jefe del Séptimo Comando, unidad de Servicios Especiales de los Dragones de Wolf.

**Fadre Singh:** ex MechWarrior de los Dragones que desertó al Condominio Draconis.

# Notas

[1] «Sparrowhawk» significa «gavilán» en inglés.<<